

novela

EL LABERINTO DE HERMES

DANSER CAITH

Danser Caith

EL LABERINTO DE HERMES



El laberinto de Hermes

Primera edición en España: 2009

Primera edición en México: 2009

Segunda reimpresión: 2010

D. R. © 2009, Danser Caith

D. R. © 2009, de la presente edición en español para todo el mundo:

Random House Mondadori, S. A.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

D. R. © 2009, derechos de edición para México:

Random House Mondadori, S. A. de C. V.

Av. Homero No. 544, Col. Chapultepec Morales,

Del. Miguel Hidalgo, C. P. 11570, México, D. F.

www.randomhousemondadori.com.mx

Comentarios sobre la edición y contenido de este libro a:

literaria@randomhousemondadori.com.mx

Queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía, el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares de la misma mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-970-780-216-2

Fotocomposición: Lozano Paisano, S. L. (L'Hospitalet)

Impreso en México / *Printed in Mexico*

ÍNDICE

Prólogo	7
Bienvenidos al laberinto	9
Una nueva vida	17
Un laberinto tramposo	26
El zoológico de cristal	31
Los secretos del laberinto	70
Confesión virtual	78
Raphael	92
El simulacro	99
Las profundidades del laberinto	106
Christian Mitch	118
Michael	142
Una mentira conveniente	153
Gabriel	177
La sinceridad: el mejor camino	185
La magia del laberinto	209
Mi amiga Leslie	218
Uriel	241
La única cita	249
Los sabores del placer	264
Un mal plan	271
Los guardianes del laberinto	399
La reconciliación	408
El laberinto de Hermes	427

*Este libro está dedicado a todos los amantes
de aquellos laberintos que la vida trae consigo.
Cualquier semejanza con la realidad, es pura fantasía.*

Prólogo

"La proyección, en el Psicoanálisis, es un mecanismo de defensa a través del cual el individuo se enfrenta a conflictos emocionales y amenazas, posiblemente de origen interno o externo, atribuyéndole incorrectamente a otra persona, sentimientos, impulsos o pensamientos propios que no se presentan en la realidad. Consiste en proyectar cualidades, características de personalidad, deseos y/o sentimientos, dirigiéndolos hacia alguien a quien se los pueda atribuir fácilmente".

Una de las mayores confusiones en lo que llamamos "amor", es la forma en la que interpretamos a la otra persona. El ser humano se caracteriza por completar cualquier carencia de entendimiento o información, recurriendo a su provechosa imaginación. El saludo de una muchacha es un hecho simple, vacío, incompleto de rasgos y detalles que no ofrecen más que la mera imagen del saludo. Aun así, percibimos en ello un irrefutable timbre de voz; una intensidad y una debilidad en su sonido. Percibimos ciertas características de la personalidad de esa persona aunque, no obstante, estas fuentes jamás nos serán suficientes; no bastará solamente con conocer el episodio del saludo, la gentileza, su educación. Así pues, agregamos a nuestra lectura mental todas aquellas características restantes que la persona no ha expresado en sus acciones, mediante nuestra creativa imaginación. Y así construimos con nuestra mente un ser imaginario con un rostro y un nombre del que quizá ya dispongamos. ¿Y qué ocurre cuando se presentan nuevas características que ya habíamos imaginado previamente? Detalles de la personalidad que ya existían en aquel individuo pero que, sorpresivamente, desconocía-

mos por completo. Será esta una guerra entre la realidad y nuestra imaginación, donde las ruinas resultantes se transformarán en una intensa negación de hechos que concluirán finalmente con la resignación.

Así funciona el amor a primera vista; algo que descubrimos en una persona, nos ayuda a crear en nuestra mente un ser perfecto. Una persona cuyo rostro y nombre quedarán grabados allí por siempre. Y en ese entonces, cuando la verdadera personalidad de nuestra alma gemela intenta reemplazar a aquella que aún perdura en nuestra imaginación, se transforma todo en una interminable guerra de sentimientos y sorpresas que llevarán a la desesperación. Quizá, tras esos persistentes disparos y explosiones de lucha y pasión, concluya esta batalla en una gran calma mental de esperanzas vacías. De magia inexistente donde la fantasía no existe; ni la fe ni la emoción, pero donde por alguna razón, el alma sigue en pie, sonriente y orgullosa.

Danser Caith

BIENVENIDOS AL LABERINTO

Allí estábamos por cruzarnos los dos sobre esa angosta vereda, ella hacia un lado y yo hacia el otro. Nos aproximábamos cada vez más, concientes de aquel encuentro aunque indiferentes a cualquier sensación de atracción o rechazo. Aguardamos a encontrarnos sobre la misma línea para observarnos el uno al otro mientras esa cercanía se convertía en un nuevo adiós para distanciarnos otra vez. Allí se iba ella a mis espaldas mientras yo me alejaba a las suyas.

De pronto, un inmenso rayo de luz roja se dejó caer desde el cielo como una gran columna de fuego mientras la gente se viraba para apreciar aquel extraño fenómeno. Como si sólo se tratara del canto del viento, una súbita e inoportuna carga de energía comenzó a arrastrar a aquella muchacha hacia la gran luz mientras yo, respondiendo a mis reflejos sentimentales, corría hacia ella lo más rápido posible para salvarla de cualquier peligroso destino que se encontrara escondido en esa inmensa columna. Saltaba expedito mientras ella me observaba con esperanza para que la rescatara de aquel momento de impotencia; su cuerpo ya casi se encontraba dentro del destello. La tomé del pie de la manera más sutil posible mientras la columna comenzaba a absorbernos a ambos hacia el interior de ese inmenso resplandor rojo. Cuando lo noté ya era demasiado tarde, comenzaba allí una interminable aventura de desafíos que aún no estaba dispuesto a descubrir.

Las algas del pequeño lago irradiaban grandes ondas y charcos hacia esos márgenes donde culminaban sus aguas. Era una inmensa cueva, de aquellas de las viejas cruzadas; esas cuyo silencio absoluto las mantenía rígidas sobre las exorbitantes columnas en equilibrio. Saliente del pequeño arroyo en esa temible oscuridad, un hermoso árbol de roble crecía hacia las vastas alturas de las penumbras mientras unos curiosos rayos de luz, provenientes de ninguna parte, creaban un hermoso efecto luminoso sobre los diversos movimientos del agua. El techo parecía componerse de piedras gigantescas amenazando con caer de allí en cualquier momento, y aun así, permanecían firmes y estables. Sólo podían oírse los pequeños sonidos del agua colándose por entre las hojas y algas que allí flotaban sobre la oscura superficie. Las ondas se movían de manera cada vez más brusca mientras la joven luchaba por escapar de aquellas profundidades. Continuaba nadando hacia la orilla mientras yo, sacudiendo mis manos a pocos metros de ella, discutía con mi obcecado sentido común para entender lo que estaba ocurriendo.

—¡Hey, espera a que yo salga del agua! Te ayudaré a salir a ti también —le grité, mientras el ruido de las salpicaduras me interrumpía. Me sujeté con ambos brazos de los bordes de aquel estanque y me retiré por fin de esas aguas. Allí estaba ella, nadando hacia todas partes, intentando entender a su vez lo que pasaba. Le costaba abandonar la presa; yo aún no entendía el porqué. La chica evitaba observarme allí parado frente a ella, sin embargo, su fe sólo atinaba a toparse con mi obstinada presencia.

—¡No puedo salir del agua! —se quejaba, envuelta entre algas y pequeñas olas. Yo continuaba inclinado hacia delante, estirando ambas manos para sacarla finalmente de allí.

—¿Cómo es que tú llevas ropa puesta?

—¿Pero qué dices? —exclamé algo confundido. Comenzaba a comprender en parte lo que ocurría.

—Yo no tengo ropa, estoy desnuda. No pienso salir del agua en estas condiciones —me explicó, con un tono sumamente versátil. La sorpresa en mi rostro se mezclaba con una grotesca sonrisa. Dejé de inclinarme hacia su cuerpo y, meditando de espal-

das durante unos segundos, me volví hacia el estanque un poco más serio que antes.

—De acuerdo, no voy a dejarte aquí para que pesques una neumonía. No sé ni donde estamos y preferiría que lo averigüemos juntos.

—¿Qué haces? —preguntó ella, al verme quitar mi camiseta empapada y los pantalones. Escurrí un poco mi ropa y se la dejé junto a la orilla quedándome solamente en paños menores. Me alejé algunos metros de aquella presa y me volteé para que saliera finalmente del agua.

—¡Llega a voltear mientras me visto y te mato! —amenazó a mis espaldas, dejando escuchar el caer de pequeñas gotas mientras salía desnuda de la pequeña laguna.

—En serio, no voltees por favor —agregó temblorosa. Le respondí con una pequeña risa mientras esa personalidad infantil no perdía su obvedad incluso en aquella notable situación de emergencia.

Giré una vez que había escuchado cerrarse a la cremallera de mi pantalón. La camiseta aún estaba empapada y, con la ausencia de un sostén, lograba apreciarse a contraluz gran parte de su intimidad. Ignorando mi torso al desnudo, le sonreí con una efusiva carcajada para que no se sintiera tan incómoda después de todo.

—Pues, te queda bastante bien mi ropa. Debo decir que, afortunadamente, tenemos casi la misma altura.

Continuaba seria, asustada. No sabíamos si volveríamos a ver la superficie o nuestro planeta; algún lugar seguro, quizá. Aún ignorábamos dónde estábamos y mi tranquilidad le provocaba a la muchacha un temor cada vez más intenso. Sólo quedaba descubrir el camino y, tras este, nuestra salida hacia la libertad.

—No entiendo como es que estás tan tranquilo. Estamos aquí atrapados sin saber dónde nos encontramos o hacia donde ir —rezongaba ella, acercándose a mí lentamente. La tenía de pronto frente a mis ojos una vez más, sólo que esta vez, no desaparecía a mis espaldas. Algo me decía que pasaríamos allí atrapados durante un largo período de tiempo.

Se escurría insegura el cabello mientras yo continuaba observándola allí vestida con mis prendas. Me era realmente confuso contemplarla así, tal como si se tratara de mi misma persona, envuelta en mis gustos y en mi propia personalidad.

—¿Por qué saltaste a rescatarme? —replicó ella, desencadenando una serie de preguntas que, a menos que se tratara todo de un largo trayecto, sabía que jamás acabarían. Me tomé unos momentos para responderle.

—No sabía que se trataba de ti. Observé aquella luz arrastrando a una chica hacia su interior y...

—¡No me mientas! Nos vimos unos segundos antes y sabías perfectamente que era yo —interrumpió, insatisfecha con mi respuesta. Apagué la quietud de mi rostro afirmando aquella mentira y, aceptando por fin la realidad de esa situación, la observé fijamente a los ojos ignorando el curioso escenario.

—¿Qué tan malo puede ser lo que haya ocurrido entre nosotros para dejarte ir así como así? Nadie merece caer solo en este lugar.

—Pero no sabías a dónde llevaba esa luz. Podríamos haber muerto o incluso habernos desintegrado —aseguraba ella.

—Es cierto, no lo sabía, ¿pero sabes qué? prefería averiguarlo en lugar de quedarme observando perplejo sin hacer absolutamente nada, tal como el resto de la gente —mi respuesta era sincera, aunque su rostro confirmaba aquella picardía; sabía perfectamente el motivo por el cual la había rescatado, y aun así, necesitaba preguntármelo.

Ambos observábamos el lugar de punta a punta. La cueva parecía tener allí a lo lejos una especie de salida, un túnel. Me encontraba calculando cada punto estratégico cuando, de pronto, un inmenso temblor despertó una vez más nuestros sentidos.

—¡Wow! ¿Qué ha sido eso? —exclamé asustado, mientras ella se quejaba con un simple y sonoro “Ay”. Comenzando a entender por fin lo que ocurría, la tomé fuertemente de la mano.

—¡¡¡Empieza a correr YA MISMO!!! —le grité exaltado, tironeando de su brazo para alcanzar aquel túnel que nos esperaba en los confines de esa tenebrosa cueva. Un nuevo temblor segui-

do por dos grandes estruendos; inmensas piedras comenzaron a caer por todo el sector amenazando con aplastarnos como pequeñas hormigas. Yo esquivaba cada una de esas caídas, sujetándola bien fuerte, mientras ella continuaba gritando asustada. Mis sentidos permanecían atentos, a un nivel realmente alto, entre el techo atestado en rocas y la salida; el más mínimo error cometido y moriríamos aplastados. La alcé con mis brazos sujetándola bien firme, y comencé a correr con todas mis fuerzas. Una roca allí, otra cayendo por detrás: Ya faltaba muy poco. Algunos impactos resonaban más fuertes que otros. Desde allí alcanzábamos a escuchar el sonido de esas gigantescas piedras rozando el aire, cayendo ansiosas por sepultarnos en esa misteriosa cueva. Dejé escapar un último e intenso brinco y ya por fin estábamos fuera de peligro. El polvo de las rocas comenzaba a enfundarnos a los dos bajo una confusa nube de tierra mientras yo me cubría la boca para no emponzoñar el aire de mis pulmones.

—¡Vaya! Eso sí que estuvo cerca —exclamé aliviado al vernos a ambos claramente a salvo. La muchacha tosió unos instantes recobrando por fin el conocimiento.

—¡Casi nos matamos! Esta es la segunda vez que me salvas, ¿qué puedo decir? —murmuró ella, evitando observarme a los ojos. Mi camiseta se encontraba llena de tierra; la sacudió un poco y escurrió una vez más mis pantalones para quitarse la humedad de encima.

—Si tanto te molesta el hecho de haberte salvado, puedo llevarte allí de nuevo. Creo que seguirán cayendo piedras un buen rato —la desafié, abierto a cualquier tipo de discusión.

—No es que no esté dándote las gracias. Es sólo que... bueno, no importa —concluyó ella, dejando en puntos suspensivos aquella conversación.

—Está bien, ya no tiene importancia. Busquemos la salida de una vez por todas, no quiero pasar aquí un segundo más —dejé que nuestras disputas permanecieran escondidas tras nuestro silencio. El polvo ya casi había descendido por completo y pude entonces comprender aquel nuevo escenario desplegándose frente a nuestros ojos. Parecía tratarse de un interminable túnel cu-

bierto de símbolos extraños y pequeñas antorchas sobresaliendo de sus muros cada quince metros.

—De acuerdo, comencemos a caminar. No sé cuanto tiempo pueda llevarnos recorrer esto —exclamé, decidido a hallar nuestra salida al final del camino. El túnel avanzaba cuesta abajo mientras ella intentaba descifrar cada uno de esos símbolos grabados en las paredes.

—¿No resulta irónico? Es decir, no importa lo que haga, tú siempre estás a mi alrededor. No insinuó que estés persiguiéndome, claro, pero es que llama un poco la atención ¿no crees? —cuestionaba ella, rompiendo por fin aquel molesto silencio que caminaba junto a nosotros.

—¿Por qué haces hincapié todo el tiempo en lo mismo? No importa lo que haya pasado hace años, ahora es ahora. Las cosas han resultado así, llámalo destino, casualidad o como tú quieras. Cuando hallemos la salida y estemos a salvo en nuestros respectivos hogares, entonces podrás recurrir a las suposiciones que quieras. Hasta entonces, no malgastes tu tiempo.

—No estoy echándote la culpa, tonto, simplemente estamos conversando —se corrigió ella. Sus planteos comenzaban a volverse ciertamente comprometedores.

—Es que nunca entiendo tus intenciones, ¿sabes? ¿Lo haces para reñirme? ¿Averiguar cosas? ¿O es que te gusta escuchar de mi boca ciertas confesiones o algún comentario que pueda aumentar el nivel de tu autoestima?

—No hay ninguna intención extraña en mis preguntas. De todas formas, no me hagas caso —volvió a disculparse mientras yo la observaba con cierto resentimiento. Me encontraba allí por ella y ni siquiera se había tomado la molestia de darme las gracias. Tomé una de esas antorchas del muro y, sujetándola con fuerzas, la acerqué a nuestras prendas para secarnos un poco.

—Te ves tierno en calzoncillos. Con gusto te devolvería tus ropas pero... ya has notado que no llevo nada debajo —exclamó ella, observando mi torso al desnudo. El aspecto de mi cuerpo se acercaba meramente a la de cualquier atleta. Me gustaba dejarme el cabello corto y lucir de esa forma el azul de mis ojos; la caden-

cia de mis músculos le daba a mi desnudez un toque sumamente atractivo. Claro que no iba a avergonzarme por ello.

—Pues entonces ya puedes devolvérmela, no tendré ningún problema en verte desnuda —bromeé, intentando disfrazar de humor aquel temor que nos perseguía a través del túnel; sabía que sobrevivir allí me resultaría un verdadero milagro.

—No te pases de listo. Será mejor que nos saques de aquí lo antes posible.

—¿Discúlpame? ¿Quién crees que eres, la autoridad entre estas paredes? ¡Arriesgué mi vida por salvarte y ni siquiera me has dado las gracias! Eres una verdadera ingrata. Si no fuera por mí ya estarías aplastada bajo las rocas de allí atrás. Jamás estuve en deuda contigo. Si tanto te urge salir de aquí, allí tienes el camino. Que tengas mucha suerte —le grité enfadado, apuntando con mi dedo hacia el final del oscuro pasaje. Me empujó contra aquel muro a mis espaldas y se alejó llorando desconsolada hacia el rincón opuesto. La observé con pena y benevolencia; con una inexplicable sensación de culpa que corría por mis venas intentando hacer estallar mi cerebro. Una culpa que, al parecer, había cruzado junto a mí aquella columna de luz roja. La arrastraba conmigo como a un gran grillete de acero cuyo peso se volvía imposible de cargar. Una culpa que traía ya desde hacía varios años; épocas que ya casi no lograba retener en mi memoria, no hasta ese momento. La observaba allí llorando, escondida junto a aquel rincón donde lograba sepultar sus lágrimas bajo ese suelo de tierra virgen que los pasos de ningún hombre habían alcanzado a conquistar aún. Justo en ese entonces pude recordar el total de la historia. Una historia de tensión e incomprendiones en la que ambos éramos protagonistas, víctimas de un destino que yo había construido años atrás.

Toda historia tiene un comienzo, un conflicto principal junto a su respectivo desenlace y, tras las incómodas e intensas colisiones, un decisivo final. Mi historia es importante porque nunca tuvo un desenlace. Se trata de un comienzo donde el desenlace del conflicto es nada menos que la ausencia de su final. Quizá,

aquel laberinto que nos quedaba por recorrer era el producto de ese fin inexistente; aquel final que el tiempo ya había devorado con los años. El final de una leyenda que gritaba desde el pasado tal como si la hubieran simplemente abandonado en un rincón. Comprendí finalmente el llanto de esa muchacha, su congoja; entonces pude recordarlo todo:

– CAPÍTULO 2 –

UNA NUEVA VIDA

Despertaba yo de un largo viaje por encima del océano atlántico. Ya no recordaba de donde venía o hacia donde me dirigía; sólo sabía que mi nombre era Danser y que ya me encontraba a salvo, fuera de peligro, de miedos e inseguridades. Sabía que me enfrentaba a un nuevo mundo, una nueva aventura cuyos personajes aún eran tan desconocidos como mi pasado. ¿De donde escapaba, en dónde buscaba refugiarme? El avión había arribado tan tarde a su destino; no podía recordar como llegué a ese pequeño hotel. Allí estaba yo, tendido sobre una cómoda pero humilde cama, observando el minúsculo cuarto que me separaba de esa incierta ciudad que esperaba al otro lado de esas paredes para conocerme de una vez por todas. Un mundo nuevo y poderoso. Tan poderoso como para sostener mis sentidos y fe sobre una delgada línea de inseguridad personal. Sin importar cuales fueran mis retos, mis metas u objetivos, los enfrentaría recurriendo a todos mis pensamientos positivos. Nada que un joven de quince años no pudiera lograr.

Harainay era una pequeña ciudad situada al norte de ese nuevo mundo por conocer. Allí me esperaban los más amplios conocimientos de vida y de muerte. Una aventura que, a pesar de su simplicidad, carecía de todo menos de magia y realidad. Se trataba de un nuevo comienzo, una nueva estrategia de vida que, sin puertas ni ventanas, transformaba mi universo en un interminable desierto casi imposible de recorrer.

Alquilamos, junto con mis padres y mi hermana, un amplio departamento frente al mar; la vista era simplemente hermosa desde las ventanas de aquel living comedor, un cómodo y sutil hábitat de cuatro ambientes ubicado en la esquina de la cuadra, en un

primer piso. Desde allí podían sopesarse las olas y los pequeños veleros que divagaban por entre los olajes del mar, mientras la marea subía y bajaba lentamente. Mi habitación no apuntaba hacia aquel paisaje, pero consistía de una silenciosa e inigualable tranquilidad en la cual podría dejar brotar mis ideas y mis impulsos artísticos. Me gustaba la música y el estudio de las armonías. Nadar entre acordes y notas buscando poesía en donde quiera que hubiera una melodía por descubrir. Mi guitarra y mi piano eran una de esas tantas herramientas de cacería musical que me acompañaban en aquella travesía artística. Allí estaban siempre esperándome en mi habitación, dispuestos a esos momentos de inspiración en los que la música se convertía en una de esas magias inexplicables que nunca deja de llegarnos al alma. Me dejaba llevar por mis sentimientos, volcando emociones en viejas hojas de papel que, antiguas y desgastadas, se transformaban en portadores de poesía; de letras intensas y llenas de fantasía. Las partituras decoraban mi cuarto de punta a punta construyendo un desorden tan caótico como creativo. Allí, escondido en las esquinas de mi cuarto, algún que otro diploma decoraba las paredes con viejas leyendas de vida, memorias que permanecerían allí colgadas reteniendo mi identidad; recordarme aún quien era.

Aquella ciudad era ciertamente perfecta. Su sencillez, su tranquilidad. Recuerdo escapar de casa cientos de veces sólo para adentrarme en esas soleadas calles que coloreaban mis ojos cada mañana. Allí comenzaba el movimiento urbano a sólo unas pocas manzanas de mi edificio. Pequeñas tiendas y puestos comerciales que profundizaban en las rutinas semanales para crear ese encanto popular que adornaba las calles de Harainay. Pizzerías, restaurantes, tiendas de ropa y electrodomésticos. Claramente no faltaba nada. El pueblo era medianamente pequeño y, aunque limitadamente amplio, no dejaba nunca de destacarse su calidez y comodidad de vida.

Conseguí inscribirme en el único colegio que había allí. Algunas personas decidían estudiar en otras escuelas; fuera de la ciudad, en otras áreas o sectores. Yo estaba a sólo unas pocas cuadras de esa, no necesitaba transporte alguno y la distancia hacia allí era un corto obstáculo que mis pies siempre lograrían superar.

Allí conocí a mucha gente de mi clase. Gente que, tal como yo, se descocía de su pasado para encontrar allí otros cursos de vida, otros objetivos. Personas que luchaban por adaptarse a aquel cambio, a ese nuevo vivir. Almas perdidas en las que pude reflejarme yo también para encontrar mi propio camino. Uno de ellos era Frederic, un chico bastante interesante, cuya personalidad era en ese entonces una intriga constante. Un joven con cierto atractivo aunque muy retraído y, si bien no era esta una de sus más notables características, vale aclarar que la inteligencia no era una de sus virtudes. De todas formas, su compañía era parte de aquellas suertes que el destino traía consigo. Nos juntábamos en el patio después de clases y nos poníamos al día con esas insignificantes novedades que, aunque meramente interesantes, adornaban nuestras charlas con pequeños trazos de cultura general. También James solía acompañarnos en nuestras diversas actividades. Un joven muy inteligente y bastante audaz. Le gustaba mucho el deporte y nunca dejaban de notarse su prolijidad y perfeccionismo. James vivía en la parte más nueva de Harainay, un sector con canchas deportivas y centros recreativos. Allí solíamos gozar los tres de incansables partidos de tenis. Jugábamos horas y horas hasta que anochecía y ya no lográbamos ver nada. Recuerdo que Frederic me prestaba una de sus raquetas extra ya que yo no tenía ninguna. Compraría una cuando lo creyera realmente necesario, mientras tanto, él me brindaba la suya. En algunas ocasiones, si las canchas se encontraban ocupadas, escapábamos a los centros recreativos para conformarnos al menos con un tenis de mesa. Claro que aquello no era lo mismo que correr de punta a punta intentando alcanzar esas pelotas que atravesaban el aire para escapar de la cancha, pero la finalidad del juego se cumplía de todas formas. Me encantaba hablar de chicas, aquellas fuera de mi alcance, compañeras de escuela que vislumbraba desde mi pupitre imaginando historias fantásticas. Imaginaba un gran terremoto amenazando a la ciudad y yo entrando veloz por una de las ventanas de la sala para salvar inesperadamente el día. Historias de heroísmo y aventura; siempre en aquellos momentos donde el aburrimiento lograba abrazarme de manera repentina, aun mientras el profesor repetía una y otra vez las mismas explicaciones que mi cerebro ya había compren-

dido en su primer intento. Dibujaba en mi cuaderno bocetos y escenas mágicas donde mi protagonismo siempre estaba allí presente. Por las tardes, al regresar de la escuela, me apegaba a mi ordenador adentrándome así en aquel mundo cibernético donde continuaba ampliando mis conocimientos y mis amistades sociales. El Chat era una de mis mejores herramientas en aquel entonces: Conversaba con todos mis amigos compartiendo el total de mis creaciones a través de ese mundo virtual. Allí coordinábamos nuestras salidas y encuentros, paseos y aventuras. A veces, incluso, creábamos salas de Chat colectivas y, convirtiendo aquel escenario informático en un mundo de amistades literarias, conversábamos en multitud intercambiando ideas y momentos característicos donde nunca faltaban ni el humor ni las palabras de aliento. Nos enviábamos fotografías, programas de computación y, hasta a veces, textos interesantes que valían la pena compartir. El Chat, aquella herramienta que día tras día destruye nuestros valores de vida alterando ese alcance que tenemos hacia nuestras metas y objetivos, era un mundo en el que años más tarde derramaría mis sentimientos y sueños. Un mundo donde el amor se convierte en simples letras e imágenes que se pierden vacías en la pantalla, obligando a nuestra imaginación a crear esa realidad que existe al otro lado y no logramos ver.

Cuando el tiempo lo determinaba, me sentaba frente al piano e intentaba componer alguna pieza romántica. Una canción que hablara de emociones, de euforia y a su vez de agonía, sin embargo, necesitaba ese factor fundamental que aún no había alcanzado a conocer. Necesitaba una musa inspiradora en la cual basar mis sentimientos. ¿Cómo podría escribir de amor o de romance si mis pocas experiencias no causaban en mí emoción alguna? Aquellas mujeres que encontraba atractivas no serían suficiente excusa para escribir. Necesitaba sentirlo, expulsar esa energía explosiva que aún no había alcanzado a experimentar.

Julia era una chica de mi curso a quien encontraba realmente interesante. Me gustaban su rostro y su pelo, también su cuerpo. Su belleza y su presencia se robaban mi completa atención en cada hora de clase; perseguía cada uno de sus movimientos, me adentraba fijamente en sus curvas y esa silueta hermosa que se escondía bajo su cabello rubio. Mientras el profesor dictaba sus

teoremas, yo dibujaba su rostro en mi cuaderno para llevarla conmigo a cada momento. Sin embargo, parecía como si aquella atracción no bastara para sentir esa fuerza que tanto buscaba en mi interior. Intentaba escribir versos, poemas que trataran sobre ella, melodías que convirtieran su perfección femenina en interminables letras y armonías musicales. Me gustaba, la quería, pero no era un amor único. Era esa clase de amor que con el correr del tiempo encontraría en otros cuerpos, otros rostros bañados en feminidad. Una atracción tan igualable que mi conquista hubiera sido un proyecto claramente innecesario.

Al terminar el día de estudio, nos juntábamos con los muchachos en la entrada de la escuela para concluir el día en el centro, sentados en algún bar de Harainay. Allí en sus interiores, la vieja pizzería Parc se convertía en aquel lugar en común al que nos adentrábamos para continuar nuestras pláticas. Se trataba de la pizzería más pequeña que jamás hubiera visto. El señor Gilbera, uno de los empleados del lugar, nos atendía siempre muy a gusto mientras, sumergido en un pequeño televisor sobre el mostrador, destapaba una botella de gaseosa que luego compartíamos entre toda la barra; como así, nunca faltaba entre nosotros algún desdichado hambriento combatiendo aquellas ansias con una deleitosa porción de pizza. Elegíamos una mesa al aire libre y nos sentábamos a ver a la gente pasar. Fantaseábamos con aquellas mujeres hermosas que decoraban las calles a nuestro alrededor, y criticábamos a ellas cuya belleza dios no había alcanzado a esbozar. Así transcurrían muchas de nuestras tardes en aquella pizzería cuya nimiedad era nuestro mayor punto de encuentro.

En los fines de semana, la recreación era otra. Nos reuníamos todos en la pequeña playa de Harainay, donde el arduo sol que nos enfrentaba en la semana se volvía allí un amistoso compañero vacacional. Disfrzábamos nuestros cuerpos de un notable bronceado para, momentos más tarde, descargar nuestras malas energías en un gran partido de voleibol en el que todos participábamos. Si el cansancio se volvía ya un problema, nos sentábamos en la sombra a observar aquellos cuerpos en bikini que jugaban al boxeo con nuestras hormonas juveniles. Allí fue donde vi por primera vez a la hija del señor Gilbera; una joven de mi

misma altura, de cabello color café y meramente ondulado, casi lacio, de ojos marrones y un cuerpo medianamente delgado.

—¡Observen al señor Gilbera, parece un oso! —exclamé yo, señalándolo con un dedo, mientras el hombre avanzaba tranquilamente por la playa. Su cuerpo era más velludo de lo normal, lo que me causó mucha risa al observarlo. Si hubiera previsto el hecho de que a mí me deparaba casi el mismo destino que a él, no le hubiera encontrado mucha gracia al asunto. Mis amigos lo observaron desinteresadamente mientras uno de ellos se percataba de que había alzado notablemente mi voz.

—¿Qué eres idiota, Danser? ¡La chica que está allí es la hija! —me susurró James fuertemente al oído. Volteé para observarla con atención; debo decir que me fue fácil reconocerla. El parentesco con su padre era realmente inconfundible. Caminaba junto a sus amigas usando uno de esos trajes de baño de cuerpo entero, un traje azul. Nos saludó de lejos expresando una de esas sonrisas de niña; esas que conmueven a cualquiera en aquellos rostros pecosos que en su mano portan una paleta de caramelo. La silueta de su cuerpo, disfrazada por aquel traje de baño, no llamaba mi atención en lo absoluto. Atravesaba mi campo visual con sus amigas mientras yo regresaba una vez más la vista hacia mis amigos.

—Descuida, no creo que me haya oído —me defendí ante James—. De todas formas, es más chica que nosotros, no creo que sepa lo que es un oso ¡Jaja! —agregué, desatando una breve carcajada. Mi sentido del humor se volvía a veces realmente desubicado.

—No es más chica que nosotros, de hecho, tiene la misma edad que tú —me corrigió James. El resto de los muchachos continuaban observando jovencitas, ignorando sus edades e imaginándolas completamente desnudas.

—Está bien, de todas formas no me resulta atractiva —repuse con cierto desinterés—. Y por cierto, ¿cómo has dicho que se llama?

—¿La hija del señor Gilbera? Se llama Leslie —respondió James, poco antes de cambiar de tema.

Continuamos conversando y derrochando frases que se perdían junto al ruido de las olas. Así eran nuestros días de playa. Por las

noches, la ciudad se convertía en una gran fiesta estatal donde la intendencia organizaba una serie de danzas populares en la amplia bahía. La gente bailaba en círculos coreográficos mientras otros, como nosotros, nos dispersábamos por doquier a disfrutar de esa hermosa vista artística. Allí conocí a un grupo de jóvenes de mi misma generación, sólo que un poco más aventureros en cuanto a ciertas normas sociales. A uno de ellos lo apodaban “El Tucán”. Era uno de esos individuos cuyas historias nunca dejaban de atrapar la atención de sus oyentes. Historias que, aunque pocamente verídicas, me brindaban aquel amplio conocimiento callejero que recién comenzaba a descubrir en mi nuevo mundo. Cuentos sobre chicas, conquistas y fracasos, encuentros y desencuentros. Historias que con el tiempo dejé de creer, de absorber, pero que siguen allí, en la imaginación con la que yo y mis amigos disfrutamos aquellos primeros meses del año 2004.

Allí también conocí a Fabio, un joven muy parecido a mí, lleno de proyectos y visiones futuras que jamás concretaría nadie. Trabajaba en otra de las pizzerías de Harainay, realizando repartos y ocupándose ciertas veces de la clientela. Le gustaba andar con esos pantalones desgastados, manchados de queso y salsa de tomate, portando en su mano el casco de su motocicleta.

Nuestra pequeña sociedad poseía una gran ventaja: Allí todos nos conocíamos entre todos. Si alguno optaba por ocultar alguna circunstancia personal, la pequeñez de esa comunidad se encargaba de lograr exactamente lo contrario. Sin ir más lejos, aprovechábamos aquellos bailes populares en la bahía para conversar buenos ratos y reforzar notablemente nuestras amistades.

Se acercaba, entonces, uno de esos vulgares 26 de Octubre, donde Fabio festejaría su cumpleaños en uno de los parques cerca de su casa. Allí él prepararía carne asada y hamburguesas para todos nosotros a la luz de las estrellas; sólo le restaba explicarme como llegar hasta allí.

—De acuerdo, Fabio, aún no me han comprado el teléfono móvil, así que explícame bien el trayecto; ya ves que no tendré cómo comunicarme contigo —le exigía yo, mientras él resto de mis amigos continuaban observando a la gente de alta edad bailando en la pista.

—Por eso mismo, escucha con atención. La reunión en el parque será este próximo martes a las siete de la tarde. Ya estará bien oscuro, no lo olvides. Yo vivo en la parte este de Harainay, Danser, así que deberás entrar allí por la calle principal. ¿Ya has visto por dónde va el río Tonga? —me explicaba él detalladamente. Aquel río era una delgada corriente de agua de unos dos metros de ancho que se desplegaba por el centro de Harainay dividiendo la calle principal en dos sentidos inversos.

—Sí, claro que sí, Fabio. Tú sigue explicándome, soy de orientarme con gran facilidad.

—De acuerdo. Tú coge la calle principal por la que va el río, cruzando la gran carretera y llegando así a una pequeña rotonda donde, al doblar hacia la derecha, llegarás a una zona de varios edificios sumamente idénticos. Yo vivo al final de esa calle, pero no es allí donde haremos la carne.

—¿Dónde entonces? —volví a preguntar. Ya tenía aquel triste presentimiento de que acabaría perdiéndome.

—A la derecha encontrarás un pequeño camino que conduce a una gran plaza atestada de árboles. Verás también unas canchas de tenis; ese es el parque del que te hablo.

—Perfectamente entendido. A las siete en punto estaré allí —dejamos todo confirmado y continuamos observando los bailes populares. Así concluíamos algunos de nuestros sábados.

El río Tonga desembocaba justo por debajo de la rambla, rodeada de restaurantes y hermosos caminos donde los enamorados solían gastar las huellas de sus pasos. Cómo ornamento simbólico, Harainay poseía allí una inmensa vela de barco, representando con ella el total de sus actividades marinas, dándole a la ciudad otra pizca más de esa belleza que tanto rebosaba.

Y llegó por fin aquel martes. Ya eran casi las seis y media de la tarde. Terminé de bañarme y me vestí con algo atractivo bien adecuado para aquella ocasión.

—No olvides llevarte algo de dinero, Danser. Digo, en caso de que haya que pagar algo por la comida —exclamó mi madre al verme abrir la puerta de casa.

—No hay que pagar nada, mamá.

—¿Y el taxi? —repuso ella. Continuaba lavando los platos con las manos repletas de espuma.

—No voy en taxi, mamá. Voy en bicicleta. Pierde cuidado, estaré aquí más tarde —me despedí y cerré finalmente la puerta. Llevaba puesta una campera de vaquero, en caso de que fuera a refrescar. Pedaleé unas buenas cuerdas a lo largo de la calle principal hasta llegar a esa rotonda de la que Fabio me había hablado. Estacioné mi bicicleta cerca de algún edificio que pudiera recordar con facilidad y comencé a buscar, a pie, aquel parque que había mencionado.

Ya pronto iban a ser las siete y media y aún no había encontrado el lugar. «¿Habré malentendido el camino?», pensaba una y otra vez. Me acerqué nuevamente a aquella rotonda esperando encontrar a alguien que pudiera orientarme de alguna forma. Así noté como una chica de mi edad se acercaba en bicicleta doblando lentamente hacia la izquierda.

—¡Hey, disculpa! Yo a ti te conozco. ¿No eres tú la hija del señor Gilbera? —la detuve groseramente. La muchacha frenó su bicicleta intentando alcanzar el suelo con sus delgados pies.

—Sí, me llamo Leslie —respondió sonriente ante mi saludo.

—Vaya, un gusto. Dime, ¿sabrías por casualidad dónde es que Fabio organiza su cumpleaños? Dijo que haría una parrillada en el parque más grande de aquí, sólo que no logro encontrarlo ni a él ni a nadie del grupo —le pregunté, esperanzado de que ella supiera algo al respecto.

—No, no he oído nada de eso. ¿Por qué no lo llamas por teléfono?

—Vaya, pues... no me lo han comprado aún —respondí, algo avergonzado.

—Jaja, lo siento. Lamento no poder ayudarte —se despidió la muchacha y se alejó en dirección este. Yo en cambio, decidí regresar nuevamente a casa y averiguar, a través del Chat, como llegar hasta allí. Así descubrí finalmente como aquella fiesta había sido suspendida; ya no tenía importancia. Recordé las palabras de esa chica en bicicleta y, sin reflexionarlo un segundo más, llegué a una decidida conclusión: En la semana compraría finalmente mi teléfono móvil.

UN LABERINTO TRAMPOSO

Continuábamos allí sentados con la espalda junto al muro, en esquinas opuestas, mientras la joven terminaba de secarse las lágrimas. Ignorando mi presencia y esquivándome notablemente con su mirada, esperaba impaciente por despertar de aquel extraño sueño; un inesperado sueño que recién acababa de comenzar.

—¿Piensas seguir callada por mucho tiempo más? Me gustaría continuar avanzando. No me importa lo que digas, no pienso dejarte aquí —exclamé finalmente, pasadas algunas horas. El silencio comenzaba a molestarme demasiado.

—Has lo que quieras. No me interesa —farfulló ella, acomodando su espalda contra la pared. Ni siquiera se molestaba en mirarme, continuaba allí sentada como si nada ocurriera; tal como si su libertad fuera a aparecer en cualquier momento.

—Pues, entonces nos quedaremos aquí sentados sin hacer absolutamente nada hasta morir de hambre y deshidratarnos, ¿qué opinas?

—No me importa nada, tienes razón en lo que has dicho antes: No tienes la obligación de salvarme la vida. Ve tú solo y salva la tuya. Yo me quedaré aquí —continuaba quejándose, cruzando los brazos sobre sus piernas. ¿Qué podía hacer yo al respecto? ¿Obligarla a recorrer conmigo aquel lugar tan sombrío? Ni siquiera sabía lo que me esperaba en aquellos túneles o si lograría, al menos, salir de allí con vida. Decidí finalmente ponerme de pie y me senté junto a ella para intentar arreglar nuevamente las cosas.

—Escucha, lo siento, ¿de acuerdo? No me refería a eso cuando dije que no estaba obligado a salvarte. Sólo digo que, a veces,

deberías pensar un poco más en el resto de la gente. Si alguien tiene un buen gesto contigo, aprovéchalo. No siempre se trata de decir “gracias”, a veces es sólo cuestión de aceptar las cosas tal como se presentan. Ahora estamos encerrados en este horrible lugar, no tengo ni la menor idea de cómo escapar de aquí, pero aun así, intento ayudarte. Salté hacia la luz roja para atraparte, te di mis ropas, te salvé del derrumbe de rocas y ahora intento sacarnos a ambos de aquí. Sólo quiero que vengas conmigo, no tienes por qué cuestionar mis actos. Tú bien lo has dicho, no tengo motivos para sacarte de aquí, pero aun así quiero hacerlo, ¿vienes conmigo o no? —concluí, esperando a que accediera finalmente a mis desinteresadas demandas. Jamás podría abandonarla allí.

—De acuerdo, iré contigo, Danser. Pero debo aclararte una cosa. Pienso bombardearte a preguntas durante todo el trayecto, así que ve preparándote —exclamó finalmente, frunciendo sus labios y soltando una emblemática sonrisa. La ayudé a colocarse de pie mientras ella se sacudía delicadamente mis pantalones.

—¡Jaja! Déjame advertirte que no me asustan tus preguntas. Puedes interrogarme todo lo que quieras —accedí, sumamente amistoso. Comenzamos a caminar hacia el fondo de aquel túnel, contentos de haber disuelto aquella molesta disputa. Decidí cumplidamente que jamás volvería a pelear con ella sin importar cuales fueran mis motivos; las discusiones se arman siempre de a dos o más personas. Sabido es que inteligentes son aquellos que aprenden a ganar discusiones; sabios son aquellos que aprenden a no discutir.

Así llegamos a unas viejas escaleras al final de aquel largo pasillo. Parecían descender hacia algún tipo de santuario oscuro; desde arriba podían calcularse unos ciento cincuenta escalones para alcanzar aquellas profundidades. Sólo restaba bajarlos uno a uno. Para nuestra sorpresa, sólo uno de nosotros cabía por allí; supuse que alguno de los dos tendría que avanzar a espaldas del otro.

—No sé si lo has notado, Danser, pero estas escaleras no llevan barandillas. Y mira hacia los costados, es todo un inmenso precipicio —observaba asustada la muchacha; no parecía poseer muy buen equilibrio.

—No te preocupes, no creo que sea tan peligroso. Sólo procura bajar despacio y pisar con cuidado —exclamé, acercándome al primero de los escalones. Mis pocas suposiciones acababan de caducar de forma repentina, al ver como aquellas escaleras se transformaban en pequeños peldaños cubiertos de fuego.

—¡Wow! Ahora sí que no pienso bajar por aquí, Danser, lo siento —objetó ella pasmada, advirtiéndose de la clara desnudez de nuestros pies.

—Tienes razón, se nos van a carbonizar las piernas. Aun así, no creo que haya otro lugar por donde bajar —exclamé, estudiando con suma cautela la intensidad de esas llamas.

—Espera, creo que tengo una idea. El fuego no lleva más de veinte segundos encendido, tardarán unos cuantos minutos en calentarse los escalones...

—¿Y qué sugieres? No pienso bajar por aquí y no lograrás convencerme de hacerlo —murmuraba ella, mientras yo, actuando de manera fortuita, la alcé firmemente entre mis brazos.

—¡Estás loco! ¡Bájame ya, Danser, por favor! ¡Vamos a matarnos, no seas inconciente! ¡Bájameeeee! —se desesperaba en gritos mientras yo embolsaba en mi cuerpo toda la adrenalina posible. Me acomodé estable frente a aquellas gradas y, sujetando a mi compañera con fuerzas, comencé a correr cuesta abajo.

—¡Maldición, esto sí que está caliente! —me quejaba dolorido, atinando a pisar uno a uno los escalones. Sin siquiera percartarme del abismo a mis lados, descendía a toda prisa evitando perder súbitamente mi equilibrio.

—¡¡¡Ni se te ocurra soltarmeeeeee!!! —gritaba ella una y otra vez, dándole un giro de ciento ochenta grados a sus últimas demandas.

—¡Ya casi llegamos! Unos pocos escalones más y estaremos abajo. ¡Dios, como quema esto! —exclamé, sintiendo en mis pies el más inexplicable de los ardores; una interminable evocación de pinchazos como agujas por toda la planta de mis pies. Salteé finalmente los últimos cinco escalones y, soltando a la muchacha sana y salva sobre el suelo, me aventé hacia un rincón de aquel cuarto para mitigar el dolor de las quemaduras.

—¡Vaya! Tienes los pies completamente rojos, Danser. ¿Te duele mucho? —inquirió ella, acercándose a mí.

—Arde un poco, pero estaré bien. Bajamos justo a tiempo, hubiera sido mucho peor si esperábamos algunos minutos más —añadí, masajeándome los dedos uno por uno. Me volví a colocar frente a ella y, sacudiéndome un poco el tizne de las piernas, le di dos palmadas en su hombro izquierdo para aclararle que ya me encontraba bien.

—Ya puedo caminar perfectamente. Será mejor que continuemos —concluí finalmente, retomando aquellos metros restantes donde una puerta nos esperaba entreabierta. Comenzamos a avanzar lentamente hacia ella con una evidente fe a sobrevivir a cada sorpresa que se nos presentara. Teníamos la mera impresión de que aquello sólo era el comienzo.

—De acuerdo, platiquemos de algo mientras tanto. Si vamos a estar aquí un buen rato, será mejor aumentar nuestra comunicación, ¿no crees? —sugirió ella, caminando junto a mi derecha.

—No podría estar más de acuerdo. Pues, dijiste que tenías muchas preguntas por hacerme. Soy todo “oídos”.

—Así es, veamos por donde empiezo. Ya sé, dime ¿cómo es que puedes ser tan habilidoso en tantas cosas? —cuestionó ella finalmente. Yo continuaba frotando mis pies contra el suelo; el ardor por las quemaduras parecía obstinarse en molestarme un largo rato.

—¿A qué te refieres exactamente? —indagué sorprendido. Buscaba descubrir cuan amplios eran sus conocimientos sobre mí; parecía conocerme más de lo que yo a ella.

—Pues, eres bueno con la música, con los ordenadores, inesperadamente bueno en la literatura. Vaya uno a saber en que otras cosas más eres tan ágil —repuso, claramente admirada.

—No lo sé. Creo que el secreto está en la fuente de energía que nos da esa fuerza para lograrlo todo. Se necesita un punto de motivación, algo o alguien que nos marque el camino. Un objetivo que, por más imposible que parezca, nos mantenga avanzando siempre hacia alguna parte.

—No entendí nada, Danser —objetó confundida.

—Me refiero a que sin una musa inspiradora, sin algo o alguien que pueda incentivarnos, somos todos unos completos inútiles —respondí finalmente; supuse que lo comprendería mejor con aquellas palabras.

—Tal como cuando escribes tus canciones, ¿no es así? —añadió ella.

—Exacto, aunque ya no compongo canciones. Dejé de hacerlo hace mucho tiempo.

—¿Y qué hay de aquellas que me enviaste una vez? ¿En quién te inspirabas? —osó a preguntarme por segunda vez en nuestra historia.

—¡Jaja! Seguirá siendo un secreto, querida. Un secreto bastante obvio —concluí, ocultando una vez más mis sentimientos; jamás lograría usurpar de mi boca esas palabras. La verdad sobre mi musa inspiradora: Aquella herramienta secreta que, portando su nombre, me daba esa magia para obtenerlo todo.

EL ZOOLÓGICO DE CRISTAL

Todas las personas se destacan en distintos ámbitos. Algunos dedican sus vastos impulsos hacia la música, a lo melódico. Otros se inclinan más hacia pasatiempos mucho menos significativos tal como coleccionar pequeñas nimiedades, estampillas, adornos y todo tipo de objetos pasajeros. Otros relucen en el deporte, en las artes corporales y algunos, incluso, en las artes mentales o espirituales. Escritura, poesía, composición, actuación, canto e instrumentación; cientos de ámbitos artísticos en los que cualquiera podría tranquilamente destacarse; encontrar sus mejores dotes y aptitudes y volcarlos en algún pasatiempo del que, al tratarse quizá de algo mucho más importante o popular, el resto del mundo podría disfrutar a su vez. En aquellos comienzos del año 2004, eran una gran innovación popular mis animaciones digitales. Me sentaba en mi ordenador horas y horas diseñando pequeños capítulos de humor protagonizados por grotescos dibujos animados que, personificados bajo mi propia voz, divertían a toda la ciudad de Harainay.

—¿Cuándo saldrá el nuevo capítulo, Danser?! —me gritaban las personas por la calle; mis amigos, mis compañeros, personas que seguían mis proyectos como un simple fanatismo que, al parecer, crecía lentamente día a día. Esa gran aspiración animada debutaba con una genialidad paródica acerca de la famosa pizzería Parc. Aquel capítulo, interpretado por sus propios empleados, se había vuelto una gran novedad al poco tiempo de aparecer en Internet. Mis creaciones comenzaron a volverse una gran celebridad más rápido de lo que esperaba. Allí fue cuando comencé a darle a mis tiempos de escuela una función mucho más didáctica que sentarme ineptamente en mi banco sin prestar la

más mínima atención en clase. Comencé a escribir nuevos guiones, pensamientos interminables que se dibujaban en mi mente como simples fileteados de creatividad e imaginación. Ideas humorísticas cuyas reacciones ya lograba predecir en los rostros de mis admiradores.

Abrían durante ese mes, en el colegio, algunas clases extra para aquellos alumnos que necesitaran algo de apoyo en ciertas materias. Una de ellas era la clase de literatura. Allí estudiaríamos muchas de las obras literarias más importantes de la historia. Novelas y representaciones teatrales de todas las épocas tras las cuales, mediante una gran puesta en común, discutiríamos entre todos con el transcurso de aquel año escolar. El 12 de Septiembre de ese mismo año, mi destino compartiría conmigo la misma hora de clase.

—Bienvenidos, chicos. Mi nombre es Sophia y seré su profesora de literatura este año —se presentaba nuestra maestra frente a todo el alumnado. Se trataba de una mujer delgada y muy formal, cuyo cabello oscuro y enrulado tambaleaba en el aire cada vez que se movía en alguna dirección. La saludamos cortésmente mientras yo me interiorizaba con aquellos rostros a mi alrededor; rostros que, poco a poco, se adherían firmes a los muros de mi memoria. En una esquina se encontraban Mathiew junto a su hermano mayor, dos muchachos provenientes de una pequeña región muy parecida a la mía. Junto a mi banco se sentaban Fabio y otras de las alumnas. Más a la izquierda, William, un verdadero amante del básquetbol, divertía a toda la clase con sus morisquetas y payasadas que, más de una vez, se volvían una gran molestia para todos nosotros. En la fila siguiente, un banco más al centro, se sentaba Arbin, un muchacho de cabello largo y de piel levemente oscura mientras, situado junto a él, un rostro que ya había tenido el placer de conocer anteriormente. Allí, con su pelo recogido y su mochila sobre el banco, la hija del señor Gilbera se escondía tímidamente por detrás de sus delgados lentes. Recordé su nombre, Leslie, aunque optábamos siempre por obviar su apellido: Simplemente la llamábamos Leslie G. Arbin parecía ser su única compañía; aquel amigo y compañero que le brindaba su apoyo a cada momento y le prestaba algún que otro bolígrafo en caso de que ella olvidara el suyo. Leslie era una de

esas chicas cuya forma de hablar e inseguridades despertaban en el resto de sus compañeros una gran apetencia por molestarla y burlarse de ella. Con el tiempo se convertiría en el viejo chivo expiatorio de sexo femenino con el que el resto lograría divertirse. Yo, en cambio, no acostumbraba a tener esa actitud con nadie aunque, ciertas veces, su inocencia bajo el ataque de sus compañeros se tornaba para mí algo bastante incitante.

La presencia de Leslie pasaba realmente desapercibida ante mi poca atención. Sabía que allí estaba, siempre sentada en su banco, formando una insignificante parte de la clase tal como otros de mis compañeros. Yo era de aquellos cuyo sentido del humor y participación comprendían siempre de una asistencia perfecta. Nunca faltaba alguno de mis descabellados comentarios que, tras algún hecho detonante, despertaban en todos una robusta carcajada. Para mi fortuna, Sophia era una de esas personas sumamente tolerantes, una sabia amiga del conocimiento y de la juventud. Una persona capaz de darnos aquella libertad de expresión en clase, sin dejar de marcar nuestros límites cuando alguno de nosotros sobrepasara los márgenes de su entereza. Era esa profesora que le daba a nuestras horas aquella calidad necesaria para que el aprender fuera un hecho ciertamente placentero.

Allí estábamos sentados en el patio con los muchachos durante uno de esos extensos recreos en la escuela.

Arbin y yo discutíamos sobre los distintos puntajes que le íbamos atribuyendo a cada una de las alumnas que pasaban a nuestro alrededor, mientras William y El Tucán, compartían con nosotros el mismo banco del patio.

—¿Qué opinan si nos escapamos? —exclamó William, sumamente ansioso.

—¿A qué te refieres? —preguntó El Tucán.

—Pues, ya han notado que el guardia en la entrada de la escuela no nos permite salir hasta las doce del mediodía. Yo conozco un pasaje secreto detrás del auditorio por el cual podríamos escapar.

—No sé ustedes, muchachos, pero yo me sumo a la hazaña —exclamó Arbin, mientras yo accedía a aquella proeza escondido en mi cabizbajo silencio.

—De acuerdo, síganme —concluyó William, dando un medio giro y arrastrándonos tras sus sigilosos pasos. El Tucán sonreía engreídamente mientras Arbin y yo agachábamos nuestras cabezas para evitar ser sorprendidos por algún profesor. Caminamos desde aquel patio hasta el final del gran auditorio de la escuela por donde, confiando en la indiscutible convicción de William, alcanzaríamos finalmente nuestra libertad. Allí atravesamos un pequeño asedio de piedra tras el cual se ocultaba una extraña muralla de placas metálicas. Desplegándose bajo una de ellas, un enlodado pasaje sumamente minúsculo nos mudaría hacia ese lado opuesto que aún desconocíamos por completo.

—De acuerdo, William, creo que yo pasaré primero —agregó El Tucán, arrojando su bolso por encima de las chapas. Sin siquiera titubear, se lanzó hacia el estrecho túnel alcanzando finalmente el fruto de la libertad.

—¿Qué ocurre, Danser? No te ves muy convencido de esto —exclamó Arbin, observándome con algo de compasión. ¿Escapar de la escuela? ¿No era eso algún tipo de violación a los valores sociales? Evité derrumbarme en aquella improductiva sensación de culpa y crucé finalmente la muralla, cuidando de no ensuciarme demasiado la ropa. El pasaje conducía a un inmenso terreno cubierto de hierbas y viejos pastizales. A unos cuantos metros de allí, una gran compuerta semidestruida se desnudaba por entre los herbajes dejando tras ella un detallado panorama de las calles de Harainay.

—Muchachos, eviten tropezarse. A partir de ahora somos infractores de las normas escolares y un accidente aquí sería lo menos conveniente —nos advertía William. El Tucán correteaba hacia la gran puerta mientras Arbin y yo nos limitábamos a esquivar cualquier piedra o escombros que arriesgara allí nuestra marcha.

No tardó mucho aquel pasaje en convertirse en el gran secreto popular de la escuela. Así continuamos aprovechando cada uno de nosotros esa tramposa salida para escapar de nuestras largas y aburridas horas libres; algo que pronto se convertiría en un gran capítulo de nuestra historia.

Las clases de Sophia se volvieron con el tiempo ciertamente didácticas; a pesar del espesor y la importancia de sus enseñanzas, yo jamás les prestaba atención.

Me encontraba durante una de esas horas dibujando nuevas ideas para mis animaciones digitales; aquellos numerosos seguidores ya no podían esperar más para ver el siguiente capítulo. Se encontraban frente a mi banco dos de los más destacados y estudiosos alumnos de la clase: Leslie y Arbin. Yo continuaba sumergido en mis bocetos mientras Sophia, atrapando por momentos la concentración de cada uno de sus oyentes, nos dictaba algunas consignas de trabajo.

—Hey, mi hermano es realmente un fanático de tus animaciones, Danser. Te felicito —se volteó Leslie hacia mí repentinamente, casi provocándome un verdadero infarto.

—Vaya, es bueno saberlo —le respondí con cierto desinterés, aquella chica no parecía tener muchas luces funcionando.

—Por cierto, mi hermano tiene doce años —repuso ella mientras yo continuaba distraído con mis ideas. No acometí siquiera a contestarle; se volteó nuevamente hacia su banco y continuó atendiendo a la clase al igual que su compañero. ¿Quién era esa chica? Tenía algo que no lograba explicar. Ignoraba su presencia tal como ignoraba esa extraña curiosidad que parecía despertar poco a poco en mi interior. Había algo distinto allí, algo que no había visto jamás en ninguna otra chica; una sensación tan singular que, al menos por el momento, decidí evadir notablemente.

—De acuerdo, chicos —comentaba Sophia—. Este año estudiaremos las biografías de cuatro autores importantes de la literatura. Con el correr de las clases realizaremos también algunos ejercicios de ortografía y gramática y otras variedades.

Si la maestra no lo notaba, William se paraba frente a la clase y se bajaba los pantalones mostrándonos a todos su retaguardia; las chicas volteaban y se reían inocentemente cómo si aquello las afrentara de alguna forma. El muchacho era un verdadero bufón y, mayormente, le encantaba molestar a Leslie durante las horas de clase.

En otras ocasiones, los tiempos de estudio se tomaban un prolongado recreo durante el cual nos llevaban a todos a una pequeña sala de conferencias. Con algo de creatividad escolar,

transformaban aquel aposento en un modesto teatro y, desde un humilde escenario, nos deleitaban a todos con alguna función teatral. Durante aquel mes de Septiembre pude gozar de una de las primeras obras.

La fila de alumnos continuaba desplegándose desde la entrada del auditorio; desde afuera podían apreciarse las luces del salón recorriendo las escaleras que descendían hasta el escenario de ese elegante lugar. Yo continuaba del lado de afuera, formando parte de la fila, mientras algunos personajes de la obra deambulaban disfrazados por el hall del teatro. Allí, a la derecha de la entrada, una de las organizadoras imponía un poco de orden intentando aquietar a la muchedumbre. Disfrazada con una pollera larga y el cabello a medio recoger, Leslie se acercaba para saludarme. Comprendí entonces que el público contaría indudablemente con su actuación.

—¡Hola! ¿Cómo estas? —me saludó sonriente.

—¡Hey! Muy bien. Aquí vine a verte actuar —le respondí, encubriendo el hecho de que no tenía ni la más mínima idea de que ella estaría allí.

—¿Cómo estoy? —me preguntó, ostentando su vestido que, hasta entonces, no había notado que formara parte de la escenografía.

—Estás hermosa. Enseguida entramos con mis compañeros —me despedí, mientras ella regresaba al auditorio para terminar de alistarse. La organizadora acabó de abrir la puerta y nos dejó ingresar finalmente. Se trataba de una pequeña sala de conferencias cuyo escenario había sido transformado en una humilde escena teatral. El público tomaba asiento mientras yo me decidía por una de esas butacas vacías en la segunda fila.

Se apagaron por fin las luces, dejando lucir todo el bello escenario a nuestro frente. Una joven se adentró rápidamente desde el lado derecho del telón comenzando así con su actuación. Acto seguido, Leslie se arrimaba a una pequeña mesa situada en el centro del escenario. La otra joven comenzó a narrar sus líneas mientras Leslie tomaba asiento frente a aquella mesa, donde una curiosa cajita la observaba desde su pequeña superficie.

Noté de pronto que algo no andaba bien conmigo; con mis emociones. Una extraña energía nubló mi mente cómo si fuera a

desmayarme justo allí entre el público. Observé nuevamente a Leslie con otros ojos; una visión completamente inédita que jamás había sentido en mi vida. La observaba allí sentada, acorde a su guión y a sus líneas sosteniendo su pequeña cajita, mientras mi cuerpo se conectaba a su imagen de la forma más mágica posible. Aquella singularidad con la que pasaba tan inadvertida por mi vida, comenzaba finalmente a desaparecer. El total de espectadores se esfumaba ante mis ojos convirtiendo a aquella chica en un punto de concentración solitario del cual no lograba escapar.

—¿Qué diablos me ocurre? Creo que estoy enamorado — exclamé para mis adentros, parpadeando un par de veces para reaccionar. El salón se encontraba atestado de jóvenes hermosas, ¿por qué ella? ¿Por qué me enamoraría de Leslie, una chica cuya belleza no era una de sus mayores virtudes? Jamás me había sentido así observando a Julia, cuya atención era aun más intensa. ¿Qué había en Leslie tan especial capaz de crear en mis sentimientos semejante excepción? Lo que fuera que había encontrado en ella, parecía estar más allá de mi entendimiento.

La obra continuaba su curso mientras el público se divertía criticando la evidente inexperiencia de los actores.

—Discúlpame, ¿sabrías decirme cuál es el nombre de la obra? —le pregunté a un muchacho sentado junto a mí: Parecía entender más que yo de qué trataba la función.

—Oh, claro. Se llama “El zoológico de cristal”, aunque los animales que lleva la chica en esa pequeña caja parecen estar hechos de plástico y no del material que insinúan en el guión. Debo decir que he visto mejores versiones —opinaba el muchacho. Yo continué disfrutando de la obra y de aquel nuevo paisaje mujerial que acababa de descubrir frente a mis ojos.

✘ ✘ ✘

Recibíamos aquel día nuestra segunda clase con Sophia. Nos sentamos en los bancos tal cómo la vez pasada y sacamos cada uno su carpeta para tomar cualquier apunte.

—Escuchen chicos, hoy los dividiré en distintos grupos. Les daré unos ejercicios de ortografía. No se preocupen, podrán

hacerlo en conjuntos de a tres, servirá para corroborar el nivel de cada uno de ustedes —explicaba Sophia, mientras yo continuaba sumergido en los bocetos de mi próxima animación. A mi izquierda se sentaba Gordon, un muchacho algo obeso y bastante tedioso. Le gustaba entrometerse en mis cosas, observar mis respuestas en los trabajos o preguntarme incluso sobre algunas de mis intimidades y gustos sexuales.

—De acuerdo, chicos, comenzaré a organizarlos. Mathiew, Fabio y Arbin compartirán el mismo grupo en el banco de allí. Tú, William, siéntate con las dos chicas de esa punta y tú, Leslie, ve a sentarte con Danser y Gordon —cada uno fue tomando asiento en donde le era asignado por la profesora. Leslie tomó su mochila y, acercando una silla a nuestros lugares, se sentó cómodamente frente a mí; esta vez la observé con más atención. Se veía familiar, distinta al resto. Consabida de un modo extraño tal cómo si fuera a formar una parte importante de mi futuro.

—Aquí están los ejercicios chicos. Revisen bien antes de entregar —Sophia dejó caer una hoja sobre el banco mientras yo corroboraba que mi lapicera aún tuviera suficiente tinta.

—Bien, la consigna es la siguiente... —leía Leslie en voz alta—. Completar las líneas en blanco con los verbos que están entre corchetes. Pues, parece fácil.

—Tú sólo lee las oraciones, nosotros te ayudaremos —exclamó Gordon. Yo observaba con atención su delicado rostro. ¿Cómo es que nunca había notado lo hermosa que era? ¿Acaso me habían flechado los dioses del amor? ¿Cómo es que ahora la veía tan perfecta?

—De acuerdo, aquí va una chicos: El muchacho se había [reponer] de aquel golpe. ¡Esta es fácil! —se alegraba Leslie.

—A ver, muchacha inteligente, ¿y cómo quedaría la oración con el verbo conjugado? —la retó Gordon.

—Pues, creo que sería ¿"El muchacho se había REPONIDO de aquel golpe"? —se animó a responder ella. Yo no pude evitar reírme, se veía realmente inocente con las dudas salpicadas en su rostro. Me sonreía apenada mientras yo le corregía sus errores. Algo había en ella, no podía negarlo. Supuse que algún día lo entendería.

Continuamos zambullidos en aquel ejercicio mientras Leslie rozaba mi pierna con la suya sin siquiera notarlo. Sentí como si mi mente se debilitara de pronto; cerré fuertemente mis ojos y, apoyando dos dedos sobre mi frente, intenté relajarme un poco.

—Hey, Danser, ¿te sientes bien? —me susurró Gordon al oído; Leslie aún permanecía concentrada en la hoja de ejercicios, supuse que era un buen momento para intentar conquistarla. ¿Cómo podría lograrlo? Ni siquiera tenía experiencia conversando con chicas.

—Hey, Leslie, déjame preguntarte algo —decidí interpellar finalmente.

—¡Seguro! Dime, Danser.

—¿Tú eres de conversar por Chat? Es decir, ¿tienes alguna dirección o algún medio por el que podamos platicar cuando no estemos en clase? —me animé a preguntarle. Claro que no iba a pedirle su número telefónico; jamás me hubiera animado a llamarla. Leslie asintió con una sonrisa. Tomó mi cuaderno y anotó su dirección de correo electrónico en la parte superior de la hoja.

—¡Vaya, excelente! Gracias, te agregaré a mi lista de contactos esta misma tarde.

—Cuando tú quieras —repuso contenta y frunciendo un poco sus labios. Guardé mi cuaderno en la mochila y continuamos trabajando en los ejercicios de gramática.

—¡Hey, Danser! Tú entiendes de informática. ¿Cómo podría ingresar al ordenador de otra persona desde mi casa? —me gritó Mathiew desde la otra punta del salón. Yo levanté la mirada y me acomodé con una mano el cuello de mi camiseta.

—No creo que sea posible. Y permíteme recordarte que eso es ilegal, no puedes invadir la privacidad de otras personas —le respondí introvertido, regresando la vista hacia mi cuaderno de apuntes.

—¡Vamos, Danser! No iba a convertirme en un hacker, sólo preguntaba por simple curiosidad —se disculpó él. Mientras tanto, yo me limitaba a observar sigilosamente a Leslie.

—¡No seas tonto, Mathiew! Los hackers no existen —se entrometía William, con muchas ganas de contradecir a su compañero.

—Claro que sí. Tengo un primo capaz de apoderarse de cualquier cuenta de correo electrónico. Ya lo ha hecho muchas veces —se defendía Mathiew. El resto de los chicos continuaban copiando las consignas de la pizarra mientras yo me decidía a escuchar atento aquella conversación.

—Pues, no sé lo que te ha dicho tu primo. Yo por mi parte, no conozco a nadie capaz de lograr algo así. Muchos son los que dicen poder hacerlo, yo creo que son simples habladorías —retrucó William y continuó copiando los textos. ¿Podría yo ser capaz de lograr algo como eso? Obtener cuentas de correo electrónico ajenas, apoderarme de sus contraseñas y contactos. ¿Era realmente posible? La curiosidad me incitaba a averiguarlo. Aquella tarde intentaría finalmente comprobarlo.

Me senté en mi ordenador tal como lo hacía cada vez que regresaba de la escuela, y comencé a ponerme a prueba.

—De acuerdo, lo primero que necesitaré será una lista de correos electrónicos —pensé en voz alta. Mis compañeros de clase serían una víctima sumamente interesante para comprobar mis habilidades cibernéticas. Cerré suavemente los ojos y dejé que mi mente encontrara la forma más práctica de lograr mi objetivo. Nuevamente la idea se apoderaba de mi mente, convirtiéndose en infinitas líneas de códigos de programación que alcanzaban las puntas de mis dedos. Comencé a diseñar, inexplicablemente, un sofisticado programa capaz de sabotear cualquier cuenta de correo sin siquiera dejar rastros. Mis manos bailaban sobre las teclas mientras mi mente continuaba en blanco, dejando que sus pocas facultades volaran por doquier. Los códigos resultaban tan incomprensibles que cualquiera hubiera afirmado que aquello era imposible; nadie con tan poca experiencia en programación informática podría ser capaz de lograr semejante tarea y, al parecer, gracias a razones claramente inexplicables, yo sí.

—De acuerdo, han pasado dos horas. Creo que el programa ya está listo. Es tiempo de ponerlo a prueba —exclamé para mis adentros, concentrándome en la lista de correos electrónicos con la cuál efectuaría mi experimento. Allí estaban todas mis supuestas víctimas: Mathiew, Frederic, James, William, Arbin, Fabio, Leslie y otros tantos pasajeros del mismo tren que se encontraban a punto de embarcar en las garras del programa que acababa

de diseñar. Copié la lista completa de correos electrónicos y la inserté en el procesador de datos para que la máquina hiciera su trabajo. La pantalla comenzó a dibujar unas interminables líneas de colores tras los notables quejidos provenientes del disco rígido. Pasaron unos cinco minutos cuando noté que algunas de las contraseñas ya se encontraban desplegadas sobre la pantalla.

—Con estas pocas alcanzará —pensé un momento, copiándolas así a un archivo de texto. Me proponía a corroborarlas una por una cuando advertí que mi programa las había desordenado por completo. ¿Cómo sabría entonces a quien correspondía cada una de las contraseñas?

—De acuerdo, intentaré usar la primera de ellas con cada uno de los correos electrónicos. Así hasta descubrir a cual pertenece —concluí en la idea de que aquella era la única forma de lograrlo. Copié la primera de las claves y comencé a probarla en cada una de las direcciones. Parecía una tarea bastante sencilla.

—¡No puedo creerlo! Me lo imaginaba —exclamé en voz alta al notar que se trataba de Leslie. Acababa de ingresar a su cuenta de correo electrónico y, como resultado de ello, mi objetivo por contradecir a William ya estaba cumplido. ¿Y qué podría hacer entonces? Aquella cuenta no me servía realmente para nada. ¿Dónde estaba el sentido en apoderarme de correos electrónicos ajenos? No encontraba fundamento alguno. Decidí que lo mejor sería deshacerme de aquella herramienta tan maligna antes de que cayera en manos equivocadas. El objetivo de su creación era el simple propósito de encontrar los confines de mis limitaciones, y no abusar de ello con fines perversos. Así pues, lo borré del ordenador, tal cómo debía, antes de que alguien descubriera inesperadamente la existencia de mi nueva habilidad.

Mi cargo de culpa no apareció hasta el día siguiente, al escuchar una conocida conversación en la clase de Sophia.

—¿Qué te ocurre, Leslie? —preguntó Arbin, observándola algo decaída.

—Creo que alguien me ha robado mi cuenta de correo electrónico. Ya no me funciona —comentaba ella, mientras yo buscaba alguna forma de entender lo que había ocurrido. ¿Podría ser que mi programa hubiera alterado la configuración de su

cuenta? ¿Cómo haría para ayudarla evitando confesarle mi cruel travesura?

—Ya no importa, he creado una cuenta nueva. Aún no he terminado de agregarlos a todos, supongo que me llevará algún tiempo —repuso ella.

Tan pronto llegué a mi casa me limité a resolver el problema que había generado. Gasté dos horas de desesperación intentando recuperar su contraseña hasta que pude finalmente recobrarla. Manteniendo mi indebido anonimato, se la envié a su nueva cuenta de correo electrónico esperando a que mi cargo de culpa desapareciera tarde o temprano; sólo buscaba reparar mis errores. Ya habían pasado algunos minutos cuando Leslie volvió a conectarse a su vieja cuenta de Chat.

—Vaya, asunto resuelto —exclamé aliviado en voz alta, y me fui finalmente a almorzar.



Los días de clase continuaban tan usuales como de costumbre. Por las tardes me sentaba nuevamente en mi ordenador y, recurriendo al provechoso Chat, le enviaba a Leslie algunas fotografías que ella observaba con sumo desinterés. «¿Cómo es que se logra conquistar a una chica?», me preguntaba a mí mismo una y otra vez. Probé enviarle entonces algunas de mis desafinadas canciones que, en alguna extraña oportunidad, había grabado en mi ordenador. Supuse que las escucharía por simple curiosidad. Mis pocas herramientas se iban agotando con el correr de los días. Nadie parecía brindarme los consejos adecuados y, consciente de mi asumida ignorancia, acabaría tarde o temprano echándolo todo a perder.

Comencé decorando mi oreja con un atractivo pendiente; uno de esos inusuales adornos que le dan a un muchacho de dieciséis años aquella imagen provocativa que tanto necesita. ¿Cómo iba Leslie a notar lo si ni siquiera me prestaba atención? Supuse infantilmente que aquel colgante me daría algunos puntos de ventaja.

Mi hermana entraba y salía de casa con una de sus mejores amigas. Parecían relacionarse bastante bien pese a sus diferencias en el carácter.

—¿Sabes qué? Mañana vendrá un amigo desde la ciudad de Tersenta. Se quedará a dormir en casa —comentaba ansiosa su amiga. Mi madre escuchaba desde la cocina mientras la esencia del guiso empapelaba los ambientes del departamento.

—Qué interesante. Seguro es sólo alguno de esos drogadictos que tú tanto conoces —escarnecí injustamente a su amiga; mi hermana frunció el ceño y me observó sumamente irritada.

Al día siguiente tuve la suerte de conocer a aquel muchacho. El sol ya se había ocultado horas antes. Me quedé en mi ordenador conversando con Frederic cuando se abrió la puerta de entrada dejando ingresar a cuatro personas.

—Frederic, no creerás quien acaba de entrar a mi casa —exclamé enmudecido.

—¿El presidente?

—¡No, idiota! Leslie. Acaba de entrar Leslie.

—¿Y qué hace en tu casa? —me preguntó él, notablemente sorprendido; al parecer, mucho más de lo que yo estaba. Frederic había sido el primero en enterarse de mis sentimientos hacia ella. Solía revelarle cada pequeño detalle y cada una de mis fantasías. Por más pertinaces que fueran mis intentos por igualarlo, Frederic solía conversar con ella en el Chat mucho más de lo que yo podía. Nunca pude entender el motivo.

—Pues, ahora que lo pienso, creo que ya sé lo que ocurre. Te explicaré: Una amiga de mi hermana tiene un amigo en la ciudad de Tersenta, el muchacho iba a dormir en su casa pero, al parecer, su madre no estuvo muy de acuerdo con ello. De manera que mi hermana se ofreció para que durmiera en nuestra casa, a mis padres no les molesta —le expliqué con lujo de detalles.

—¿Y qué tiene que ver Leslie en todo esto? —Frederic continuaba preso en su confusión.

—Pues, al parecer ella lo conoce. Déjame ver lo que ocurre, en seguida seguiré conversando contigo —me despedí de él para poner más atención a la presencia de nuestra huésped. Se encontraba parada frente a la puerta de la cocina mientras mi hermana

y su amiga le presentaban a mi madre a ese extraño visitante de Tersenta.

—¡Hey! ¿Cómo estas? —me saludó amistosamente, mientras yo intentaba ocultar mis calzoncillos bajo la mesa del ordenador.

—Muy bien. Qué sorpresa verte por aquí —exclamé desinteresado mientras ella cruzaba junto a mi hermana y sus amigos la sala principal.

—¿Quién toca la guitarra? —preguntó Leslie con suma curiosidad. Mi instrumento yacía de pie sobre uno de los sillones del living comedor.

—Danser —respondió mi hermana, y se encerraron finalmente en su habitación. Yo continué conversando con Frederic, compartiendo con él mi asombro por la insólita visita.

—Ya está, se han encerrado en el cuarto. No puedo creerlo, la tengo en mi casa, Frederic. Está sólo a unos pocos metros de mí y no puedo hacer nada —comencé a desesperarme.

—¿Por qué no entras, Danser? Después de todo es tu casa. Di que entraste a buscar algo y de paso chusmeas de que están platicando —me sugería él.

—¿Estás loco? Imagina si se convierte en una íntima amiga de mi hermana. Tenerla en mi casa cientos de veces sin poder confesarle mi amor. ¿Qué podré hacer? Acabará volviéndome completamente loco.

—Pues, creo que ya estás delirando un poco, Danser. No puedes ponerte así por cosas que, quizá, nunca ocurran. Espera a que se vaya y ve que puedes averiguar de todo eso.

—No lo sé, creó que ignoraré los hechos, amigo. Quizá no signifiquen nada —concluí resignadamente. ¿Qué podía hacer al respecto más que dejar que el destino hiciera su trabajo? Permanecieron allí unas dos horas hasta que la puerta de la habitación se abrió finalmente.

—Adiós, Danser —se despidió Leslie, mientras mi hermana, su amiga y nuestro incierto invitado la acompañaban nuevamente hasta el centro de Harainay. «La vida trae muchas sorpresas», pensé. Momentos cuya insignificancia sólo tendría una importancia simbólica en mi propia vida; en mi inconsciente tal vez. Personas que pasarían ante mis ojos como simples personajes secundarios de aquella novela cuyo futuro aún era una aventura

completamente desconocida. «Así funciona el universo», volví a meditar. Esperaba que la próxima ocasión en la que Leslie visitara mi casa fuera sólo para estar conmigo. «Nunca es tarde para nada», pensé una vez más. El destino da muchas vueltas.

✘ ✘ ✘

El rumor de la gran fiesta comenzaba a llegar rápidamente a los oídos de todos. Ciudadanos de la ciudad de Kalbii y de Harainay asistiríamos a aquella discoteca donde intercambiaríamos socialmente todo tiempo de vivencias bajo el ensordecedor ritmo de la música. La fiesta tendría lugar en un viejo salón llamado Malena, situado en las afueras de la ciudad de Tarikatai. Disfrutaríamos aquel viernes 26 de Noviembre de una gran fiesta en la que el alcohol y los besos desconocidos serían uno de esos tantos factores significativos por los cuales todos asistiríamos.

Y llegó finalmente la fecha esperada. Me reuní con Frederic en la ruta principal de Harainay. Un pequeño autobús, algo más parecido a un taxi, yacía detenido en la senda junto a la carretera mientras el conductor terminaba de fumar su cigarrillo.

—¿Hacia dónde van ustedes, muchachos? —exclamó él hombre, subiendo nuevamente al inmenso vehículo. Allí había una capacidad para diez personas; parecía esperar a que todos los asientos se ocuparan para ponerse en marcha.

—A las afueras de la ciudad de Tarikatai, señor. ¿Conoce la discoteca “Malena”? —agregó Frederic mientras, indiferentes a la respuesta del conductor, subíamos al taxi de una vez por todas. El hombre asintió con la cabeza y cerró finalmente la puerta para dar marcha al vehículo. Pasamos allí unos veinte minutos de viaje mientras la vibración de los asientos nos adormecía como a dos pequeños bebés.

—No te duermas, Danser, ya casi estamos allí —exclamó Frederic, al ver mis ojos entrecerrándose.

Así llegamos por fin a una vieja división de fábricas. Pagamos al conductor la tarifa correspondiente y bajamos finalmente del vehículo. La entrada estaba atestada de jóvenes de nuestra misma edad; todos provenientes de las ciudades más cercanas. Junto a la puerta, un muchacho de unos veinte años organizaba las filas

de gente evitando cualquier tipo de caos. Se vestía completamente de negro, portando una de esas inusuales chaquetas de gangster que suelen alcanzar la pantorrilla.

—¡Hey! Frederic, mira a ese joven de allí.

—¿Cuál?

—Aquel con el atuendo de pistolero —le señalé con el dedo. El muchacho continuaba caminando de punta a punta observándolo todo por encima de la multitud.

—¡Oh! ¿Te refieres a Verjai? Era el técnico de mi ordenador. Vino a casa un par de veces —me respondió Frederic.

—¿Técnico de ordenadores? Pues, no lo aparenta —agregué sorprendido por su inusitado atuendo; llamaba realmente la atención.

—Así es, arregla ordenadores y al parecer entiende bastante. Sin ir más lejos, es casualmente el primo de Leslie.

—¿El primo, dices? —exclamé asombrado. El mundo parecía ser verdaderamente pequeño.

—No le prestes la más mínima atención, Danser. Ese muchacho es sumamente engreído —concluyó él, y nos posicionamos finalmente en la fila de jóvenes para comprar nuestras entradas. Continuaron llegando decenas de chicos y chicas todas vestidas de forma realmente provocativa; todas menos una en particular. Allí pude verla bajando de un taxi muy parecido al que habíamos tomado mi amigo y yo unos minutos antes.

—¡Frederic, mira! Allí están Leslie y sus amigas —exclamé eufórico. Él, en cambio, ni siquiera se molestaba en observarlas. La muchacha llevaba puesto un pantalón de vaquero ajustado y una delgada campera azul. Se veía tan preciosamente intrigante; el brillo en su pelo recogido se destacaba por encima del resto de las personas. Le quedaba ciertamente hermoso su cabello amarrado, dejaba lucir aún más la suavidad de su rostro. Parecía conocer a muchas personas del lugar, comenzó a saludar a varias de ellas mientras Frederic y yo nos acercábamos cada vez más a la entrada de la discoteca.

Cruzamos finalmente la puerta principal. La multitud se desplazaba amontonada entre las paredes de ese angosto pasillo mientras otros pagábamos la entrada para acceder al salón central.

—Estiren su brazo, muchachos —exclamó la vendedora, marcando nuestras muñecas con un sello de tinta.

—En caso de que quieran salir de la discoteca y volver a ingresar luego, sólo tendrán que mostrarle este sello al muchacho de la entrada —nos explicaba la señorita, mientras el resto de las personas en la fila nos empujaba para que continuáramos avanzando.

Entramos finalmente a la parte principal de la fiesta. A la derecha, situada junto a la entrada, se encontraba la barra de los tragos picantes; aquel lugar donde, al pedir una gaseosa, te observarían con suma arrogancia. El resto de los jóvenes ya se encontraba bailando y emborrachándose mientras Frederic y yo estudiábamos el arte del cuerpo femenino; aquellas muchachas de dieciséis años que sólo lograríamos disfrutar en nuestra corta adolescencia.

El lugar poseía un segundo nivel subiendo unas pequeñas escaleras en la punta. Allí solían ocultarse los jóvenes que, revolcándose sobre unos cómodos sillones alineados al final de ese piso, disfrutaban de los labios de aquellas damiselas que prestaban gratuitamente sus cuerpos bajo el ritmo de la música. Por momentos, subíamos allí con Frederic a estudiar las mejores técnicas de conquista; técnicas que, sin lugar a dudas, escapaban a cuantas de nuestra poca valentía.

—¿Ves a esa chica de allí, Danser? —me preguntó Frederic. Yo me inquietaba por la delgada minifalda de una muchacha a mi lado.

—Se llama Fati y es la chica más fácil de la fiesta —me explicaba él. Yo continuaba distraído mirando hacia todas partes.

—¿Esa chica, Frederic? Mírala bien, tiene estrabismo. ¡Y observa sus pechos! —exclamé, algo indignado por el gusto de mi amigo.

—No veo nada. ¿Qué tienen sus pechos?

—¡Exactamente! No tienen nada, mejor dicho, ¡no tiene! Es por eso que no ves nada. Es completamente plana, Frederic —repuse yo. Él continuaba observándola perplejo evitando oír mis críticos comentarios.

—Está bien, no iba a casarme con ella, sólo te aclaraba el hecho de que es una chica verdaderamente fácil. Lo digo en caso de

que busques besarte con alguna muchacha, claro —concluyó él. Yo continuaba pensando en sus palabras. ¿Besar a una chica? ¿Cómo podría lograrlo? Jamás había besado a ninguna; mucho menos había experimentado en mi vida acercamiento alguno a una persona de mi sexo opuesto. ¿Qué tan fácil sería? Quizá sólo era cuestión de acercar mis labios a los de otra joven. ¿Por qué irían a rechazarme? ¿Cómo me sentiría al apoyar mi boca sobre otra, dejando que el calor de otras lenguas se mimetizaran con la mía? Algo tan sencillo y mágico a la vez. Un hecho que, a simple vista, parecía claramente elemental. ¿Dejaría de ser especial si lo compartiera con una muchacha cualquiera? Necesitaba comprobarlo de una vez por todas.

Continuamos divagando por la discoteca al ritmo de la música mientras el resto de la juventud encubría sus temores recurriendo a las bebidas alcohólicas del lugar.

Las horas pasaban deprisa; se acercaban ya las tres de la mañana.

—De acuerdo, Frederic. No sé tú, pero si no logro besar a una chica esta noche, me sentiré un completo fracasado —exclamé ahogado en envidia, al ver al resto de los jóvenes consumir mis objetivos.

—Lo mismo digo, Danser. ¿Qué tal si probamos con Fati? Mira, está allí arriba sobre la barandilla —la señaló con un dedo, mientras yo apuntaba directamente hacia la escalera. Subimos rápidamente a aquel mirador mientras la muchacha continuaba observando la fiesta desde ese ángulo tan elevado. Sólo quedaba enfrentar los hechos: Arrimarme lentamente hacia ella y platicar unos segundos. ¿Me animaría a besarla? ¿Lograría acercar mi boca a la suya sin acobardarme en el intento?

—De acuerdo, Danser, lo admito, no me animaré a hablarle. Mejor ve tú —se resignó Frederic, animándome a mí a cumplir nuestro objetivo; sólo necesitaba aproximarme. Comencé a caminar hacia ella lentamente. La música continuaba envolviendo mis oídos cuando, de pronto, no pude continuar más. Sentía como si algo me bloqueara, una extraña energía creando una barrera entre mis pies y los suyos. La muchacha permanecía inclinada sobre la barandilla sin siquiera notar mi presencia. No pude continuar. Cerré lentamente mis ojos y, tras una inesperada sensación de deshonra, regresé nuevamente hacia Frederic.

—¿Qué pasó, Danser? ¿Por qué no te has acercado a ella? Mírala, ahí sigue sobre la barandilla, sólo tienes que hablarle — indagaba él, claramente sorprendido por mi actitud.

—Lo sé, Frederic, pero no puedo hacerlo. No sé que me ocurre. Pensé que sería fácil, y aún creo que lo es, pero no puedo acercarme más. Al parecer soy más tímido de lo que creía —me lamentaba una y otra vez asumiendo mis claras limitaciones. Regresamos nuevamente a la planta baja. Yo continuaba absorto ante mi triste inferioridad mientras Frederic platicaba con un muchacho de pelo castaño y muy enrulado.

—¡Hey, Danser, ven! Te presento a George, mi mejor amigo.

—¿Qué tal? Un gusto —lo saludé con cierta apatía.

—George vive en la ciudad de Kalbii y se mudará a Harainay en unos meses —me explicaba Frederic, presentándome a nuestro futuro vecino. Yo ni siquiera le prestaba atención; el muchacho llevaba en su mano una cerveza semivacia y no parecía estar en sus mayores momentos de sobriedad. Dejé que platicaran tranquilos y me fui a recorrer un poco la discoteca. Allí estaba Leslie con sus amigas, sentadas en un cómodo sofá de unos tres metros de largo. Me senté a su lado, en la punta, mientras ella me daba la espalda; ni siquiera se había percatado de mi compañía. Pude entonces advertir una extraña sensación en mi mente. Sin siquiera mirarla, tocarla o escucharla, sentía como su energía corporal se comunicaba con la mía de un modo realmente misterioso. Comprendí finalmente que algo había en esa chica. Algo a lo que jamás lograría encontrarle explicación alguna; un poder que sólo mi mente parecía percibir. Cerré suavemente mis ojos y dejé que esa magia se apoderara de aquel momento. Pasaron así algunos minutos. Leslie y sus amigas abandonaron finalmente aquel sillón mientras Frederic se acercaba esta vez a gran paso veloz.

—¡Al fin te encuentro, Danser! ¿Dónde te habías metido? — se quejaba exhausto.

—Estuve aquí sentado un buen rato. Hey, por cierto, Frederic, hay algo extraño con Leslie. No sé que es.

—Se llama perfume —bromeó él, con cierta insensibilidad ante mi comentario.

—No, idiota, no es eso. No sé como explicarlo, tiene un “no sé que”, algo distinto a las demás chicas. Sentí algo realmente extraño al sentarme a su lado —le explicaba confundido.

—¿Estuviste sentado a su lado? ¿Por qué no conversaste con ella? Podrías haberla besado —volvió a gimotear Frederic.

—Pues, ganas no me faltaban, créeme. De todas formas, no creo que tenga importancia —abandoné de una vez el sillón y regresamos los dos a la pista de baile.

La fiesta concluyó cerca de las cinco de la mañana. Las bandas de jóvenes comenzaron a organizarse en distintos taxis mientras Frederic y yo buscábamos alguno que se dirigiera a nuestro destino.

—Disculpe, señor. ¿Llega usted por casualidad a la ciudad de Harainay? —le pregunté al conductor.

—Así es, pero sólo dispongo de diez lugares. ¿Cuántos son ustedes?

—Solamente dos —respondí, mientras un pequeño grupo de chicas se sumaba a nuestro viaje. Evité pensar que sólo fuera una tonta coincidencia; todos viajábamos a la misma ciudad: Nosotros dos junto a Leslie y sus amigas. Subimos finalmente al taxi mientras ellas se dispersaban por los distintos asientos.

—Hey, ¿cómo estás? ¿Puedo sentarme aquí contigo? —me preguntó Leslie, al ver junto a mi lado el único lugar disponible. «¿Por qué tendría que ser ella?», pensaba para mis adentros una y otra vez ¿Por qué no alguna de sus amigas? Necesitaba entenderlo, comprender aquellos inquietantes secretos del destino. ¿Estaba realmente enamorado o sólo era un hecho carente de cualquier sentido? Desgasté aquellos veinte minutos de viaje inclinado contra la ventana del taxi mientras Leslie platicaba con sus amigas dándome la espalda como siempre lo hacía; creía esperanzado que algún día la tendría justo frente a mí.

La fiesta del día anterior parecía haber dejado en mi cuerpo un prolongado cansancio. Desperté en la tarde cubierto por el humo de mil cigarros que aún reposaba allí sobre mi piel; la música continuaba rezumbando en mis oídos como si sólo hubieran transcurrido un par de minutos desde el desenlace de esa juerga. Me senté en el ordenador a conversar un poco con aquellos que,

al igual que yo, ya habían despertado; allí estaba Leslie conectada al Chat. Supuse que ya era tiempo de tomar algunas decisiones riesgosas, invitarla a tomar algo, ofrecerle una cita. Ganar su confianza antes de que otros lo hicieran antes que yo.

—Buenos días, o mejor dicho, buenas tardes —la saludé de muy buen humor.

—¡Hey! ¿Cómo estás?

—Muy bien, recién acabo de despertar. Se ve que estaba realmente cansado —agregué, dejando escapar algún que otro bostezo.

—¿Y qué tal la has pasado ayer en la discoteca? —le pregunté hambriento de entablar algo de conversación.

—Bastante bien, ha sido una buena fiesta. ¿Y tú qué tal la has pasado?

—Pues, regular. Me divertí bastante, aunque me hubiera gustado tener la oportunidad de besar a alguna chica —respondí, revelando algunos de mis intereses juveniles. Aquel detalle sencillamente obvio del que nadie solía hablar entonces.

—¿No te has besado con ninguna? ¡Que mal! —exclamó ella, notablemente desinteresada por mis comentarios. Yo continuaba en mis absurdos intentos por conquistarla.

—A decir verdad, jamás he besado a una chica —develé finalmente mi gran secreto, tratando al menos de ganar parte de su confianza.

—¿Jamás? Pues, siempre hay una primera vez. Ya ocurrirá —me respondió ella.

—¿Puedo confesarte algo? —me atreví a preguntarle.

—Claro, ¿qué tienes para confesarme?

—Bueno, a decir verdad, me gustaría que mi primer beso fuera contigo. No sé por qué. ¿Tú que opinas?

—Jaja, suena tierno —respondió ella, intentando escapar de aquella conversación tan comprometedora.

—Quizá podríamos salir en algún momento. No lo sé, ir a tomar algo tal vez. ¿Qué te parece? —le ofrecí amistosamente. Aquella era una oferta sumamente moderada e imposible de rechazar. Sin embargo, aún teníamos dieciséis años y su libertad social podía ser, quizá, una de sus tantas características a desarrollar.

—Pues, no por ahora. Preferiría estar sola —remató ella, dándole a mis dudas una merecida respuesta.

—De acuerdo, no hay problema. Necesitaba al menos preguntártelo —concluí yo para luego despedirme. Con el tiempo conocería cientos de muchachas parecidas a ella; incluso de su misma edad. Aquel pequeño rechazo no era más que uno de los tantos que recibiría en mi vida. Supuse que algún día encontraría a la chica adecuada. Aún era muy pronto para ello.

Al día siguiente volví a verla; no como en la discoteca, claro, pero ciertamente bella. Sophia esperaba en el hall principal de la escuela a que todos fuéramos llegando. William molestaba a los alumnos que intentaban cruzar por el patio mientras Arbin y Gordon indagaban sobre la fiesta de ese último viernes. El resto de nuestros compañeros deambulaban por el pasillo observando fotos en los murales. Allí llegó finalmente Leslie con su camiseta escolar. Comenzó a saludar a uno por uno hasta llegar inevitablemente a aquel muchacho que soñaba con darle su primer beso. Su saludo fue claramente presuntuoso sólo que, a diferencia del resto, se volteó nuevamente hacia mí.

—¿Todo bien? —agregó, intentando remediar de alguna forma el rechazo del día anterior.

—¡Claro! —le sonreí, y regresé la vista una vez más hacia Arbin y Gordon.

Evité abrumarla demasiado con mi presencia. Sospechaba que acabaría algún día olvidando esa inesperada confesión que le había hecho. Sólo era una chica más del montón, ¿qué podría ser tan grave? Pronto encontraría a mi alma gemela; sabía que algún día lo haría.

Caía previstamente, aquel 9 de Diciembre de 2004, mi gran oportunidad de mostrarme musicalmente ante el público. Uno de los grandes pianistas de la ciudad de Harainay organizaba un atractivo concierto para todos aquellos que supieran gozar de la buena música. Así fue como aquel hombre, mediante algunos de sus infaltables contactos sociales, me ofreció participar de su evento aportando dos de mis mejores canciones.

Ya todo estaba preparado sobre el escenario de aquel teatro. El pianista ejercitaba sus dedos sobre el piano de cola mientras yo tomaba algo de aire en la sala exterior. El público esperaba ansioso para entrar. Allí pude ver a Sophia entre la multitud; al parecer había llegado con una de sus hijas.

—¿Cómo está, profesora? —la saludé sonriente con un beso.

—Bastante bien, Danser. Que bueno verte. Ten en cuenta que he venido especialmente desde la ciudad de Kalbii para oírte cantar —aseguró ella, contenta de estar allí. Le había informado de aquel concierto en la clase anterior, donde prometió decididamente ir a verme.

—Es un gran gesto, Sophia. Gracias por venir. Espero no desafinar tanto —bromeé, regresando nuevamente a la sala principal. El público ya se encontraba tomando asiento. Desde allí pude ver a Verjai junto al resto de su familia, supuse que si Leslie no iba estar allí, las buenas críticas lograrían alcanzar sus oídos tarde o temprano.

Comenzó finalmente el concierto mientras yo me acomodaba en mi butaca esperando mi turno para cantar. Los aplausos se apeaban a las paredes del teatro tras cada una de las canciones que el pianista iba ejecutando; me encontraba realmente nervioso.

—Y ahora, damas y caballeros, quiero invitar al escenario a uno de mis futuros colegas. Un músico realmente excepcional que nos deleitará a todos con dos de sus mejores canciones. Danser, el escenario es todo tuyo —concluyó aquel hombre, abandonando así la butaca del piano. Me alcé finalmente de mi asiento y subí esos pequeños escalones que tenía frente a mí.

—Buenas noches a todos. Mi nombre es Danser, vivo aquí en Harainay desde hace dos años y siempre me ha gustado la música. No tengo mucha experiencia con los escenarios pero espero que puedan disfrutar hoy de las siguientes canciones —terminé de presentarme y comencé finalmente a cantar. Mis dedos se deslizaban temblorosos sobre las teclas del piano mientras el público me escuchaba con atención. Dejé que mi voz irradiara toda su fuerza alcanzando a cada uno de mis espectadores. Así concluí mis canciones saltando hacia una estampida de aplausos y alabanzas. Abandoné finalmente el piano y regresé a mi butaca para seguir disfrutando de aquel pianista y su excelente música.

Una noche realmente especial, tan inigualable como esa sensación de placer que se escondería por siempre bajo mi rostro; la memorable ocasión en la que comprendí la importancia que cumplirían las melodías durante el resto de mi vida.

Decidí comenzar preparando un fantástico disco con canciones de otros artistas, sólo que esta vez, entonadas bajo mi propia voz. Supuse que así lograría conquistar a Leslie mucho más rápido de lo que otros lo harían. Se volvía todo una gran competencia adolescente en la que jamás conseguiría triunfar; no de esa forma. Así concluí durante esos primeros días de Diciembre un romántico disco musical de diez canciones. Cargué la guitarra sobre mi hombro y, guardando esa nueva creación artística en el bolsillo de mi mochila, salí finalmente hacia la escuela; a las dos de la tarde tendría clase con Sophia y allí estaría Leslie: Una excelente oportunidad para acostumbrar mis disparatados esfuerzos por conquistarla.

Caminábamos por el salón de clase esperando a que la profesora llegara. Allí se encontraba mi musa inspiradora, sentada en su banco mientras yo, emanando algunas notas desde las cuerdas de mi guitarra, le entregaba mi disco a Gordon para que lo paseara por toda la sala. Así alcanzó finalmente las manos de Leslie quien, contemplando unos segundos mi foto en la cubierta, estudiaba con atención la lista de canciones.

—¡Ay! ¿Cantas este tema? ¡Me fascina! —exclamó algo agitada, volteándose rápidamente hacia mi banco. Abandonó sutilmente su asiento y, sentándose junto a mí y al resto de los muchachos, me devolvió delicadamente mi disco.

—¿Me prestas tu guitarra? —preguntó ella, inclinando hacia abajo las puntas de sus labios. Al parecer, le gustaba realmente jugar el papel de niña inocente. Se la di sin problema alguno y me acomodé para observarla portar mi instrumento.

—Yo no sé tocar la guitarra —volvió a fruncir sus labios. Deslizaba sus dedos por cada una de las cuerdas intentando arrebatar de ellas algunas melodías mínimas.

—Pues, no tienes por qué saber —justifiqué yo, palpando un embrollado cosquilleo en mi estomago. Me devolvió gentilmente mi guitarra mientras yo despegaba mis ojos de su extraña belle-

za; una hermosura que no alcanzaría a comprender nunca. Algo que sólo los ojos del corazón son capaces de percibir.

✘ ✘ ✘

Los días sábado abordaban ciertamente soleados. Días en los que cientos de ciudadanos aprovechaban sus horas para disfrutar del buen deporte, de los zumos del ejercicio y sus tantos frutos. Gastábamos con Frederic cada uno de nuestros fines de semana enfundados en largos y agotadores partidos de tenis; yo no tenía raqueta en aquel entonces pero él me prestaba la de su padre. Solíamos jugar en las canchas de Airsená, una colonia ubicada al sur de la ciudad donde las casas aumentaban de nivel económico sobre las distintas clases sociales. Nos reuníamos debajo de su edificio y, desde allí, pedaleábamos en nuestras bicicletas unos cinco minutos hasta las canchas. En cuanto a mis latentes inquietudes amorosas, aquellos partidos eran mi cable a tierra; momentos en los que Frederic se transformaba en mi escucha predilecta atendiendo a cada uno de mis pensamientos. Pasábamos así horas y horas platicando sobre mí y mis sentimientos hacia Leslie. Creía con plena convicción en que su compañía me ayudaría a entender mis emociones, comprender cada uno de mis pasos y actitudes frente a ella. Él simplemente me escuchaba y opinaba; todo lo que un verdadero amigo suele hacer. Me ajusté mis zapatillas mientras Frederic arreglaba el encordado de su raqueta. Dejamos nuestras mochilas a un costado junto a nuestras bicicletas y, aprovechando al máximo el espacio de la cancha, nos ubicamos cada uno en ambos lados de la red. Me acomodé unos segundos la camiseta que lleva puesta mientras Frederic realizaba por fin el primer saque.

—Déjame hacer un pequeño precalentamiento —exclamé desde la otra punta al notar mis músculos algo tensos. Peloteamos con desgano unos diez minutos mientras yo me limitaba a gastar mi respiración conversando.

—Hay algo que no logro entender, Frederic, y es por qué Leslie habla más contigo que conmigo. ¿Tendrá algún resentimiento hacia mí por lo que le dije la otra vez?

—No lo creo, pero ten en cuenta que la has invitado a salir y les has confesado, al menos por ahora, una pequeña parte de lo que sientes por ella. No lo sé, Danser, puede que se sienta incómoda hablando contigo —justificaba Frederic, saltando bien alto para darle un fuerte azote a la pelota; yo la atrapé con otro de mis raudos movimientos.

—Creo que el problema soy yo. Quizá no me suelto lo suficiente al conversar con ella. Créeme que lo intento pero es que... bueno... ella es tan importante para mí. Siempre pienso objetivamente y mi miedo es que nada sea suficiente para lograr que se acerque —me incliné con mi raqueta hacia la esquina opuesta del área para atrapar otro de los saques de Frederic.

—Yo creo que ese es tu problema, Danser. Calculas demasiado lo que dices cada vez que le hablas. Tienes que ser tú mismo.

—Sí, ya me lo han dicho muchas veces pero no me da resultado. Admito que lo intento, claro —otro salto en el aire, evitando un brusco movimiento con mi hombro y lanzando finalmente la pelota hacia el otro lado; esta vez Frederic no alcanzó a atraparla.

—Sé que parece fácil a simple vista, tal como dar un salto en paracaídas, pero...

—¡Que ejemplo tan tonto! —me interrumpió él con una destacada sonrisa.

—Jaja, sí, tienes razón. Lo que intento decir es que si ella supiera como soy en realidad, no dudaría en estar conmigo. Realmente confío en ello. El problema aquí es que no veo la forma de lograr que se acerque a mí lo suficiente para abrirme a su compañía. Sé que la hay —continuaba flotando en mis esfuerzos por compenetrarme mientras Frederic efectuaba otro de sus tiros.

—Seamos sinceros, Danser. No tenemos ninguna experiencia con las chicas. Ninguno de los dos. No puedo darte la respuesta que buscas, deberás aprenderlo con el tiempo y cometiendo algunos errores —reiteraba él. Yo seguiría navegando a la deriva por aquel mar de dudas y cuestiones buscando soluciones que aún desconocía por completo. Aprendizajes que sólo el tiempo interpondría en mi camino, tras las imborrables sombras de los errores que fuera a cometer en mis intentos por conquistarla. Aprendizajes de vida a los que temía indudablemente, dispuesto

a alzar mi bandera blanca ante cada derrota, cada fracaso afectivo.

Continuamos jugando unas dos horas más hasta agotar de una vez toda nuestra resistencia. Así cogimos nuevamente las bicicletas y, pedaleando unos minutos hasta el centro, concluimos aquel sábado sentados en la pizzería Parc.

Allí encontramos a todos nuestros amigos gastando las últimas horas de ese fin de semana. Leslie yacía sentada en un banco junto a un muchacho de nuestra misma edad. Me senté a platicar con ellos mientras Frederic estacionaba su bicicleta amarrándola a un árbol junto a la acera.

—¿Qué no eres tú aquel chico que cantó el otro día en el teatro de Harainay? —exclamó el muchacho, frunciendo sus ojos. Buscaba en mi rostro aquella similitud que lo ayudara a recordar mejor.

—Efectivamente, aunque no recuerdo haberte visto por allí —agregué, asombrado por la repercusión de mi participación musical. Leslie se sumaba libremente a nuestra plática.

—Me han contado que has estado realmente increíble. De veras te admiro, Danser —exclamó ella con suma franqueza. Comprobé claramente como las críticas habían llegado sorpresivamente a sus oídos.

—¡Hey! ¿Y cómo es que te animas a cantar frente a tantas personas? —indagó el muchacho.

—Está realmente claro: Tiene muchas agallas. Un verdadero valiente —interrumpió Leslie, apoderándose de esa respuesta que yo no hubiera sabido darle. Sentía en el fondo de mi corazón que sólo lo hacía por ella, por impresionarla con aptitudes que jamás encontraría en otros muchachos. Lograr que supiera lo diferente que me sentía al resto de la gente; que me viera de una forma especial tal cómo yo la veía a ella. ¿Lograría en algún futuro verme tan distinto a los demás?



Mis encuentros visuales con Leslie continuaban siendo un hecho sumamente limitado; sólo nos veíamos en la escuela y, con cierta frecuencia, bajo esos casuales suburbios de Harainay. Tal

como siempre, caminando por aquella cuerda de lo prudente hasta aquellos mediados de Diciembre, cuando pude finalmente convertirme en una notable molestia.

Así fue como atendí una de esas típicas llamadas a mi teléfono móvil.

—¡Ven para el centro en veinte minutos, Danser! James también saldrá con nosotros. Dime, ¿estabas durmiendo? Me has atendido con la voz algo agotada —exclamó Frederic al teléfono.

—Si, estaba descansando un poco. De acuerdo no hay problema, me pondré algo y en veinte minutos estaré allí. Por cierto, Frederic, ¿qué día es hoy?

—Siempre tan desorientado tú, eh. Viernes 17 de Diciembre. Ponte algo rápido, Danser, nos vemos en la esquina principal —se despidió él. Yo me dejé caer bruscamente de la cama cerrando los ojos antes de encender la luz de mi habitación; no me gustaba encandilarme tan de prisa. Me vestí con aquel pantalón de vaquero que había dejado en el piso horas antes, una camiseta verde de mangas cortas y las zapatillas que siempre solía usar.

—Estará fresco afuera, Danser. Llévate tu campera, te hará juego con los pantalones —me gritó mi madre desde la cocina, siempre pendiente de lo que llevara puesto al salir de casa. Abrí el armario de mi habitación y saqué aquella campera a la que tanto se refería. No podía negarlo, me quedaba bastante bien.

—¡Adiós, madre! Regresaré más tarde —me despedí, y salí finalmente a mi encuentro con James y Frederic.

—Te tengo buenas noticias, Danser —exclamó alegre mi amigo. James me observaba con esa típica sonrisa avispada mientras yo me proponía a escuchar las noticias de su compañero.

—Leslie festeja hoy en la casa su cumpleaños. Creo que ha dicho “diecisiete años” si mal no recuerdo. Dice que pueden ir todos los que gusten. Así que, ya ves, para allí nos vamos —concluyó él. Yo me encontraba ciertamente enmudecido. ¿Qué pensaría ella al verme? ¿Y si yo no estaba incluido en aquella invitación colectiva? Por otra parte, necesitaba verla. Formar parte de las personas que compartirían con ella aquel día, esa simpática reunión casera. Apuntamos en dirección este y partimos derecho hacia su casa.

—¿Alguno de ustedes sabe dónde vive? —pregunté con gran curiosidad.

—James sabe —agregó Frederic.

—En uno de los edificios de la calle principal de esa zona. El primero del lado izquierdo, para ser más exacto —comentaba él.

—¿Y tú cómo es que tienes esa información, James? ¿Qué acaso te ha invitado a su casa alguna vez? —pregunté yo, mucho más interesado que antes.

—Nuestros padres son amigos, vamos juntos a la escuela de vez en cuando en su auto. Si su padre no puede llevarnos, entonces vamos en el mío —me explicaba James.

—¡No puedo creerlo! Tienes la suerte de verla casi todos los días. ¡Cómo te envidio, James! —exclamé algo ambicioso.

—Ninguna suerte, Danser. Tú eres el que está enamorado de ella y la encuentra atractiva, no yo.

—Sí lo sé, necesitaba quebrar en celos de todas formas.

Llegamos por fin a aquel edificio del que James hablaba. Me encontraba realmente nervioso, ¿cómo reaccionaría ella al verme? Debía actuar de la forma más natural posible, evitar que se sintiera acosada por mi presencia. Sólo estaría con mis amigos en algún rincón, ¿por qué iba a ofenderse por ello?

—No lo sé, chicos, no creo que sea una buena idea. Es decir, lo más probable es que Leslie ya esté al tanto de lo que siento —me negaba a entrar a aquel edificio cuando James y Frederic me sujetaron firmemente de ambos brazos.

—No seas tonto, Danser. No va echarte de su casa por haberle dicho que te gustaría compartir con ella tu primer beso.

—De acuerdo, esperen unos segundos —exclamé, acercándome a una de las macetas de la entrada.

—¿Se puede saber que estás haciendo? —se alarmó Frederic al verme arrancar una de las flores.

—¿Qué crees que hago? Le llevaré una flor, no puedo aparecer en su casa sin llevarle algún regalo.

—Es realmente increíble lo idiota que eres, Danser. Nadie va a llevarle ningún regalo, ni tú tampoco. Llévale una flor y verás cómo te echa a patadas de su casa —murmuraba James. Dejé la flor en la misma maceta de la cual la había arrancado y entré con ellos al edificio.

—Muchachos, sigo insistiendo en que esto no es una buena idea. Estoy muy enamorado, no podré contenerme —yo continuaba quejándome; sentía una molesta efervescencia en mi estómago

—Entra aquí de una vez y no seas caprichoso —me arrojaron de un buen empujón al elevador mientras James presionaba en la botonera el piso correspondiente.

—Actúa de la forma más natural posible y verás que no habrá ningún problema, Danser. Hazme caso —me tranquilizaba Frederic. Llegamos a un pequeño hall decorado por cuatro puertas de las cuales una de ellas llevaba colgado un adorno con ese apellido tan prestigioso en la pizzería Parc. Tocamos el pequeño timbre al costado del muro y Leslie nos abrió finalmente.

—¡Hey, feliz cumpleaños! —la saludamos con un gesto claramente amistoso.

—¡Juro por dios que yo no quería venir, ellos me obligaron! —me encontraba a punto de reaccionar con esas mismas palabras pero, por fortuna, no alcancé a pronunciarlas. Pensaría que era un verdadero idiota. Decidí demostrarme con suma indiferencia, tal como si estuviera allí para acompañar a mis amigos y ella no tuviera ninguna importancia. Aun así, no podía dejar de mirarla; se veía tan perfecta. Llevaba puestas unas hermosas botas negras sobre sus medias de seda. Su pequeña pollera de vaquero y esa blusa fucsia dejaban lucir a la perfección ese turquesa del maquillaje con el que había enmarcado sus párpados. La veía como aquella chica cuya perfección jamás estaría a mi alcance.

—Gracias por venir. Allí tienen en la mesa todo tipo de guarniciones y bebida, pueden tomar lo que quieran —nos invitó gentilmente. Allí se encontraban Pacho, Flammeed y una cara completamente desconocida en el sofá junto a la ventana de la sala principal. Flammeed era uno de esos jóvenes ciertamente soberbios que con sólo mirarte a los ojos, bastaba para menguar tu autoestima. A parte de ese evidente estilo intelectual, su atractivo físico era otra de sus grandes facultades. Pacho, en cambio, no contaba con la misma delgadez que su amigo; le gustaba vestir, sobre su excedido peso, camisetas de mangas cortas y bermudas deportivas. Yo continuaba observando el apartamento de

Leslie; su casa era realmente pequeña. A la derecha, junto a una pequeña mesita central, un moderno televisor de veintiséis pulgadas nos reflejaba a mí y a mis amigos junto al sillón. A la izquierda se encontraba su habitación, donde algunas de sus amigas conversaban sentadas sobre su cama. Leslie iba y venía por toda la casa mientras James se surtía de algún refresco en la mesa.

—¿Por qué tengo la impresión de que todos hemos venido a comer? —exclamó de pronto Pacho. Flammeed y su compañero comenzaron a reír en sociedad.

—Pues, lo admito, yo vine a comer algo y luego me voy —agregó Flammeed. Leslie continuaba en su cuarto con sus amigas cuando no pude evitar entrometerme en aquella conversación tan egoísta.

—No lo tomen a mal, muchachos, pero no me parece una buena actitud. Es su cumpleaños, los invité para que compartieran con ella un buen rato y no para que vinieran a cenar. Y por cierto, ¿tú quien eres? Nunca te he visto por aquí —le pregunté a aquel muchacho de identidad desconocida.

—Es mi hermano, Danser. Y espera a que haga la digestión, verás como me levanto y me voy —se reía Flammeed a carcajadas acompañado por Pacho y su hermano. Decidí evitar aquella frustración, no era mi cumpleaños.

Las amigas de Leslie continuaban saliendo del cuarto y volviendo a entrar como si todo se tratara de una alocada maratón. Así fueron llegando nuevos invitados de género femenino. Entre ellas, Esthi, una chica ciertamente delgada y de muy poco atractivo. Contaba también con la presencia de “las mellizas”, dos de sus más comunes amigas que, a pesar de esa evidente hermandad, compartían entre todas el mismo grupo de camaradas. Pacho y Flammeed terminaron de cumplir con sus objetivos gastronómicos y, abandonando sus platos sobre la pequeña mesita junto al sofá, saludaron a Leslie y se fueron sin más; James, Frederic y yo continuábamos platicando entre nosotros mientras Leslie conversaba con una de sus amigas junto al televisor.

—Escucha, querida, si no estás en una buena situación económica para comprarme un regalo yo lo entenderé. Jaja, es sólo una broma —se divertía ella, con ese sentido del humor tan des-

colgado; le gustaba revelar la naturaleza de sus chistes antes de que su oyente pudiera siquiera reaccionar ante esos comentarios tan disparatados; a mí me encantaba. Yo me entretenía mientras tanto, observando allí sobre el sofá, un cuadro realmente interesante sobre un lago cubierto de pastizales. James, en cambio, persistía con su plato y bebida en mano evitando ensuciarse la ropa.

—Vaya, estos invitados están realmente grandes —bromeé entre mis amigos, al ver entrar a los padres de Leslie junto a un pequeño acompañante.

—Con que aquel es el pequeño admirador de mis animaciones —agregué, al observar a su hermanito cruzando la sala con una tímida sonrisa; me sentía realmente identificado, aquella era una de mis más notables características cuando era pequeño. Sus padres se encerraron en la habitación evitando que su presencia fuera un hecho tan distinguido. Quizá fui el único en percatarse de ello.

—¡Hey, Danser! ¿Por qué no nos cantas una canción? —se atrevió a imprecicar Esthi. Noté como Leslie se escondía por detrás de sus propios nervios, rezando por que no le arruinara su cumpleaños.

—Jaja, lo siento, no me pondré a cantar aquí. Supongo que otra vez será —le respondí a su amiga, evitando abrumar a la cumpleañera con mi desubicada presencia.

—¡Vamos, cántanos! Nos encanta escucharte —insistían todas sus amigas. La mirada de Leslie escapaba hacia la gran ventana, simulando no escuchar aquella conversación que retumbaba por las paredes de su casa.

—Lo siento chicas, no esta vez —concluí adultamente, y les di la espalda una vez más para seguir conversando con mis amigos. Continuamos allí sentados unos cuantos minutos más hasta que mis impulsos hacia ella acabaron con mi temple.

—De acuerdo, muchachos, creo que ya es hora de regresar —decidí interrumpir finalmente nuestra conversación.

—Sí, Danser tiene razón James, esta no es nuestra fiesta. Ya la saludamos y comimos lo que pudimos, dejémosla ahora con sus amigas —me apoyaba Frederic. James asintió con la cabeza y se levantó de su silla al mismo tiempo que nosotros.

—De acuerdo Les, ha sido todo muy agradable. Nosotros nos vamos retirando —se despidió Frederic gustosamente.

—No es nada, chicos, muchas gracias por venir —nos saludó con un beso a cada uno mientras yo intentaba no mirarla a los ojos; me sentía realmente culpable por escabullirme de esa manera tan inesperada en su fiesta de cumpleaños. Cruzamos la puerta de entrada y, subiendo seguidamente al elevador, abandonamos el edificio.

—¡Maldición chicos! Me temo que he olvidado mi chaqueta —se exaltó James al atravesar la puerta en la planta baja.

—Tienes suerte, Danser, podrás verla de nuevo al menos por unos segundos —se reía Frederic, volteando nuevamente hacia el elevador.

—Lo siento muchachos, tendrán que subir solos. Los esperaré aquí abajo, no tarden —me negué a regresar, no quería hostigarla otra vez. ¿Le habría molestado realmente aquel hecho? ¿Cómo podría saberlo? Tal vez ni siquiera se había percatado de que yo estuviera allí. Dejé que aquella fuera una más de mis tantas inquietudes. Mis amigos tardaron sólo unos pocos segundos en regresar.

—Veo que has encontrado tu chaqueta, James —exclamé al verlo abandonar edificio.

—Así es, ya podemos irnos —respondió aliviado. El muchacho dobló hacia la izquierda, retomando el camino hacia su casa, mientras Frederic y yo nos alejábamos hacia el lado opuesto.

—¿Ya viste, Danser? No fue tan grave después de todo —murmuraba él en nuestra larga caminata.

—No lo sé, Frederic, no lo sé.



Aquel mes pasó realmente rápido. Supuse que jamás volvería a casa de Leslie; no mientras mi afición hacia ella continuara acechándola en ese extraño silencio. Aun así, Frederic no se quedaba de brazos cruzados. Nos reunimos allí en la pizzería Parcì aquel 18 de Enero; dijo que iríamos a la estación de taxis a recibir a un amigo suyo de la ciudad de Kalbii.

—¿A que hora te ha dicho que llegará? —le pregunté algo cansado. La brisa helada de aquella temporada era ciertamente molesta. Llevaba puesta mi campera azul de vaquero y mis pantalones desgastados.

—Pues, acaba de llamarme. Dijo que estará por aquí a las cuatro y media.

Nos sentamos en un viejo banco de esa vereda mientras yo me frotaba las manos para calentarlas un poco.

—¿Vas a contarme el motivo de tu invitación, Frederic? Al menos dime el nombre de tu amigo —le insistí durante toda esa tarde. Su llamado resultaba bastante sospechoso, algo realmente inusual en su conducta.

—De acuerdo, Danser, creo que ya es hora de contártelo. Mi amigo se llama Albert, nos conocemos de Kalbii, como ya te lo he dicho antes. Al parecer ha hecho fuertes amistades con Leslie y ella lo ha invitado a su casa. Aun así, Albert sigue siendo mi amigo, de manera que me ha pedido que lo acompañe —me explicaba él, mientras yo me agarraba de los pelos.

—¿Estás loco, Frederic?! Esta chica va a matarme. Ni siquiera me ha invitado a su casa. Además, no conozco a tu amigo.

—Pero ella no lo sabe —alegaba él.

—No me importa si lo sabe o no. Lo que importa es que está esperando a un amigo suyo, no a nosotros. Ni siquiera me considera su amigo, Frederic —insistía yo, altamente desesperado por su terrible indecisión. ¿Qué iba a hacer al respecto? Quizá sólo era el destino ayudándome desde la mente de mi compañero. Necesitaba encontrarle alguna explicación a los hechos y evitar resignarme.

—¡Escucha Danser! Ya lo hemos hablado cientos de veces. Calculas mucho lo que ella pueda pensar. Deja ya de prever las cosas y aprovecha las situaciones que se te van presentando. Ahora tienes la posibilidad de ir a su casa, sólo seremos nosotros tres, ¿por qué lo haces todo tan dramático?

—De acuerdo, Frederic, voy a hacerte caso. Creo que tienes razón. Quizá a razón de lo que ocurra hoy ella comience a prestarme más atención, ¿no lo crees? —repuse yo, buscándole a los hechos una pizca de optimismo.

—Pues, no lo creo. Oí que está de novia con un muchacho de Kalbii —agregó él inoportunamente.

—¿Qué?! ¿Y ahora me lo dices, idiota? A veces no te entiendo, Frederic —me exalté ante aquella noticia tan repentina.

—No creí que fuera importante. El muchacho es un idiota. ¿Recuerdas que el otro día en su cumpleaños entraron dos jóvenes más grandes que nosotros? Pues, uno de ellos era él ¿cuánto crees que durarán juntos?

—Claro que lo recuerdo, pero no hables así. La conviertes a ella en una idiota por haberlo elegido —osé a defenderla.

—No tiene importancia, Danser. ¡Hey! Aquí llega Albert, vamos —advirtió Frederic, al observar a uno de los taxis llegando a la estación. De allí bajó un muchacho de cabello castaño y textura muy parecida a la mía; su clara palidez lo convertía en uno más de mi clase.

—¿Qué tal el viaje, Albert? —lo saludó Frederic, mientras yo me presentaba dándole la mano.

—Bastante bien, no ha sido gran cosa. Hablé con Leslie, dijo que estará en su casa y que vayamos cuando queramos —comentaba su amigo. Yo caminaba entremedio evitando sentirme aquel personaje secundario que tanto aparentaba ser; si me iba a adentrar en su casa, me restaba adoptar entonces cierta actitud de firmeza.

—Yo opino que vayamos ahora, ¿tú que dices, Danser? —exclamó Frederic. Asentí con una de esas sonrisas sutiles mientras Albert me observaba encantado.

Comenzamos a caminar en dirección este platicando y cosechando una muy buena amistad. Albert era uno de esos jóvenes realmente interesantes; de aquellas personas cuya presencia se hace ciertas veces muy placentera. Nos reíamos de anécdotas personales y otras no tanto. Aproveché también ese largo recorrido para contarle sobre mis profundos sentimientos hacia Leslie; me escuchaba con atención mientras Frederic añadía a nuestra charla algunos datos menores.

—Tengo entendido que está de novia con aquel muchacho de Kalbii, ¿no es así? —questionaba Albert, mientras Frederic asentía con un gesto de certeza.

—Sí, él ya me lo ha contado. No sé que me pasa con esta chica, debo estar maldecido —exclamé con fastidio. Llegamos por fin a aquel edificio que ya había tenido el gusto de visitar un mes antes. Subimos nuevamente al elevador, tal cómo en su fiesta de cumpleaños, mientras Frederic intentaba recordar el piso en el que vivía. Tocamos el timbre y, pasados algunos segundos, Leslie nos abrió finalmente la puerta. Para mi sorpresa, no se había arreglado demasiado esta vez; llevaba puesto un pijama suelto de color gris y unas cálidas pantuflas. Su cabello se veía realmente desarreglado y sus dientes parecían discutir con algunos trozos de alimentos que aún continuaban bailando en su boca; sin embargo, ante mis ojos, su atractivo permanecía invulnerable a cualquier clase de desorden.

—¿Cómo están? —nos saludó a los tres, observándome algo sorprendida; mi visita se veía claramente inesperada. Las cosas seguían tal como yo lo recordaba, a excepción de aquella mesa vacía de guarniciones y bebida. Su madre se encontraba en el lavadero, ocupada en sus quehaceres del hogar, mientras Leslie nos mostraba entusiasmada cada rincón de su casa.

—Vengan, les mostraré mi habitación —exclamó ella jubilosa, mientras Albert vislumbraba esos luminosos ventanales. Su cuarto se veía infantil pero acorde a su edad; algo claramente parecido al de mi hermana que aún llevaba sus catorce años. Allí en la pared, una divertida caricatura suya le daba a su habitación aquel toque de vida tan imprescindible. Su puerta, decorada por detrás con decenas de fotografías e imágenes de su juventud, me daba de Leslie una perspectiva mucho más amplia de la que ya tenía. Un cuarto ciertamente pequeño, de aquellos donde jamás faltaría un escritorio o alguna biblioteca en donde guardar algún libro colmado de magia.

—Aquí tienes, Les, traje un par de películas tal como te había prometido —exclamó Albert, entregándole un pequeño estuche repleto de discos digitales. Pasamos finalmente al salón central donde Frederic y yo nos desplomamos sobre uno de aquellos sillones. Leslie continuaba caminando con sus pantuflas azules mientras su pijama desgastado se dejaba llevar por el movimiento de su cuerpo; Albert tomó una silla y se sentó junto a nosotros.

—¿Tienen ganas de ver un video? —sugirió ella, apuntando el televisor con su dedo pulgar.

—Sólo algo que valga realmente la pena. No me quedará mucho tiempo —agregó Albert algo inapetente. Frederic y yo continuábamos mudos junto a la pantalla, observando a Leslie con gran curiosidad. Se veía realmente desvalida ante mi inesperada presencia; sus intentos por no mirarme se volvían claramente notorios. ¿Por qué estaría allí en su casa? Ni siquiera era mi amiga. ¿Qué buscaba encontrar en su vida? Mientras tanto, me alcanzaba con mirarla en sus prendas menores; se veía realmente encantadora.

—Ya sé, les mostraré un video de cuando estuvimos con mi hermano en un programa de televisión —ofreció ella.

—¿Estuviste con tu hermano en televisión? —preguntó Albert sorprendido, mientras mi amigo y yo reaccionábamos con la misma expresión en nuestros ojos.

—Así es, fue un regalo de cumpleaños por parte de una compañera. No se preocupen, sólo dura cinco minutos. Haré café mientras tanto —concluyó, intentando accionar el control remoto; no parecía tener suerte esta vez. Extendí lentamente mi mano y me ofrecí a resolverlo por ella. Así me lo entregó sin siquiera mirarme o hablarme; luego se volvió finalmente hacia la cocina.

—¿Cuántos tomarán café? —preguntó desde la mesada mientras yo le agradecía su oferta con un gesto de negación. Frederic, por otra parte, no era un gran amante del café.

—Yo tomaré uno, Les. Está un poco fresco afuera —exclamó Albert, volteando su vista hacia la cocina.

Terminado aquel video, nos movimos hacia el cuarto del ordenador; no presté mucha atención al decorativo. El mundo de Leslie aún continuaría siendo una gran incógnita para mis ojos, al menos, hasta entender su gran significado en mi vida.

—Les mostraré fotos que tengo aquí guardadas en mi disco rígido.

—Mejor muéstrame fotos de tus amigas —se reía Albert, mientras tomábamos asiento en la cama situada al costado.

—Pues, este de aquí fue mi primer novio —nos explicaba ella, señalando a un muchacho de pelo castaño en una de las fo-

tografías. Continuó avanzando de forma progresiva hasta llegar a una foto claramente familiar.

—¡Vaya, creo que a ese lo conozco! —exclamé yo al observar en su pantalla, luciendo aquellos músculos que aún no había acabado de desarrollar. Me miró finalmente con una exquisita sonrisa mientras Frederic y Albert se reían a carcajadas. Se trataba, al parecer, de alguna de esas fotografías que yo le había enviado en alguna ocasión.

—¿Sabes qué, Albert? Tengo ganas de ir hasta la casa de mi novio y darle una sorpresita “holaaaaaaaaa” —exclamó ella con un tono realmente peculiar. De algo estaba muy seguro: Aquella chica no era muy normal en comparación al resto de la gente. «Por fin algún punto en común», se me ocurrió de pronto.

—¿Qué? No entendí nada —indagó Albert, intentando adaptarse a su ritmo intelectual.

—Que tengo ganas de ir hasta la casa de mi novio y darle una sorpresita “holaaaaaaaaa” —repitió ella, esta vez un poco más cuerda; su amigo le respondió con una ultrajante sonrisa.

—Hey, Les, no lo tomes a mal, pero ya debo irme. Le prometí a Frederic y a Danser que iríamos a tomar algo al centro de Harainay —se disculpó él poniéndose de pie.

—No hay problema. Gracias por la visita. ¡Oh! Casi me olvidé. Mi novio me ha dado estas invitaciones para la próxima fiesta en la discoteca, si no las reparto a todas me mata —exclamó, entregándonos a los tres unas tarjetas impresas en color negro con publicidades de la fiesta; al parecer, su novio activaba en aquellos eventos. Las guardé en el bolsillo interior de mi campera y nos despedimos de ella mientras Albert saludaba a su madre que aún continuaba lavando la ropa.

—Mamá, Albert trajo películas.

—Vaya, que buen gesto de parte de tu amigo —le respondió su madre desde el lavadero. Leslie nos dio un beso a cada uno y nos acompañó en pijama hasta el elevador. Abandonamos finalmente el edificio y nos encaminamos hacia el centro de Harainay.

—¿Tú qué piensas, Albert? ¿Crees que haya alguna probabilidad de que algún día sea mi novia? —le pregunté, esperando; parecía conocer a Leslie mucho mejor que yo.

—No lo sé, Danser, eso dependerá de ti y de cómo intentes conquistarla —me respondió con plena sinceridad.

—No tengo ni la más remota idea de cómo lograrlo, Albert. Necesito algo de experiencia —repuse, algo molesto por la complejidad de mis pasos.

—No te preocupes, Danser. Ya lo conseguirás.

LOS SECRETOS DEL LABERINTO

La tierra del suelo continuaba empotrándose entre mis dedos mientras Leslie observaba con atención aquel santuario misterioso.

—De acuerdo, allí está la puerta. Ahora sólo tienes que descubrir como abrirla —exclamó ella apuntando hacia el fondo de aquel templo. Las tablas permanecían selladas esperando a ser destrabadas por alguna actividad de ingenio; parecía tratarse de un verdadero crucigrama.

—¡Maldición! Creo saber como abrirla, Leslie —farfulle asustado al mirar por encima de nuestras cabezas. Allí, enquistadas contra los muros en las vastas alturas del templo, unas interminables plataformas se dirigían hacia una extraña palanca mecánica.

—¡Wow! Dime que no has de subir hasta allí arriba, Danser. ¡Son casi cincuenta metros de altura! —se quejó ella petrificada. ¿Cómo iba yo a subir a un lugar tan alto? Ni siquiera sabía cómo trepar a un árbol. Nuestra salida yacía en aquella pendiente, esperando a que arriesgara nuevamente mi vida y activara ese viejo mecanismo.

—Lamento informarte que no hay otra salida, Leslie. Déjame analizar el recorrido —repuse, descubriendo una sólida barra de hierro en el muro derecho del salón. Sobre él, unos metros hacia adelante, yacía la primera de las plataformas; jamás entendería el circuito ascendente hasta no subir allí arriba.

—Estás loco, Danser. ¿Por qué mejor no buscamos otra puerta? Tiene que haber algún otro modo de salir de aquí sin arriesgar nuestros cogotes.

—No te preocupes, sólo está en juego el mío —añadí irónicamente. No iba a permitir que ella arriesgara el suyo. Me acerqué lentamente a aquella barra saliente y, ejercitando un poco mis brazos, salté con todas mis fuerzas para sujetarme finalmente de ella.

—¡Ay no! Vas a matarte, Danser. Mejor vuelve aquí —continuaba quejándose Leslie, ovillándose sigilosa contra uno de los rincones; desde allí podía verlo todo. Comencé a balancearme sobre aquella barra intentando lograr los más ágiles movimientos que jamás había efectuado. Un impulso hacia adelante, otro hacia atrás. Ya me dolían las manos y aun así no me importaba. Necesitaba sacarla de allí, sacarnos a ambos. Necesitaba creer que tenía el control de nuestro destino; vencer cada obstáculo sin preocuparme por lo que fuera a ocurrir. Continué abalanzándome hacia adelante hasta adquirir una estable velocidad. Dejé que mi cuerpo se dejara afectar por la gravedad y me solté finalmente de la barra hasta alcanzar aquella plataforma frente a mí.

—¡Ayyyyy! —gritó Leslie, al verme saltar inesperadamente. Abrió nuevamente sus ojos mientras yo me colocaba de pie sobre aquel soporte.

—¿Cómo podré lograrlo si gritas así cada vez que intento concentrarme? Tranquilízate, ¿de acuerdo? No va a ocurrirme nada —la obligué a calmarse. Yo estaba más asustado que ella, ¿qué más podía hacer? La fe y la confianza eran mi única escapatoria frente a cada obstáculo. Avancé hacia el lado norte, caminando a lo largo de la plataforma, alcanzando así una nueva barra de hierro. Esta vez, el peligro ya comenzaba a asomarse inadvertidamente. Me encontraba a cuatro metros de altura; una simple caída y, sin duda, acabaría desnucado contra el suelo.

—Ten cuidado, Danser. Sujeta la barra con fuerza. Intenta repetir el salto anterior —me alentaba ella. Cerré lentamente mis ojos intentando recuperar el aliento. Distendí cada uno de mis músculos y, conteniendo densamente mi respiración, salté hacia la barra superior. Leslie dejó escapar un leve chillido mientras yo comenzaba a balancearme nuevamente hacia atrás y adelante.

— ¡Ay, no quiero ver! ¡No quiero ver! —gritaba ella.

—Está bien Leslie, ya puedes mirar. Lo he conseguido — exclamé inmóvil desde la angosta plataforma. Dejé escapar todo el aire que llevaba acumulado e intenté relajarme una vez más.

—¡Vaya! Bien hecho, Danser. ¿No tienes como arrojarle algo a la palanca desde allí? —sugería ella. Aún me quedaban otros cuarenta metros por subir. ¿Qué pretendía de mí?

—No querida, sólo traje mi ropa a esta cueva pero, lamentablemente, la traes puesta tú —me ofendí por su mediocridad. Regresé la vista hacia el frente y, avanzando por el soporte hasta alcanzar la pared frontal, doblé en aquella esquina descubriendo así una extraña marca en el suelo. Desde allí debía saltar unos dos metros por encima del precipicio y alcanzar así la siguiente plataforma.

—¿Tienes que saltar desde allí? ¿No tienes de donde sujetarte? —exclamó ella desde abajo. Su voz comenzaba a convertirse en un canto de ecos rebotando por todo el santuario alcanzando las lejanas alturas.

—No, no tengo de dónde agarrarme. ¿Y sabes lo que más lamento de todo esto, Leslie? No haber asistido nunca a las clases de deporte en la escuela. Ni siquiera sé cuan bueno soy en saltos de longitud.

—No me asustes más de lo que ya estoy, Danser —sollozaba ella. Regresé algunos metros hacia la esquina de la plataforma y volví a respirar hondo.

—Sólo hay una forma de averiguarlo. ¡Aquí voy! —exclamé eufórico, escuchando desde arriba los gritos de Leslie. Alcancé finalmente el final del camino mientras mis piernas abandonaban etéreamente la superficie de aquel soporte. Pude sentir el aire atravesando mi cuerpo desnudo, arrastrándome lentamente hacia el borde de la siguiente plataforma. Pisaba finalmente el arcén cuando perdí meramente el equilibrio inclinándome torpemente de espaldas hacia el precipicio.

—¡¡¡Danser!!! —gritó Leslie exaltada, mientras yo me reubicaba sobre la plataforma.

—Que cerca estuvo eso, casi me caigo —exclamé aliviado, observando con un excesivo vértigo aquel abismo.

—Atrévete a caer y te mato, Danser.

—¡Jaja! No puedes matarme estando muerto, Leslie —repu-se, manifestando esa notable contradicción.

—Lo sé. Te reviviré y luego te mataré de nuevo —prorrumpió a carcajadas, mientras yo me enfocaba en la próxima de las plataformas. Aquello no me gustaba nada.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué te has quedado mudo? ¡Ay no! No intentarás pasar por allí, ¿no? —se exaltó Leslie, al observar el próximo de mis obstáculos. Un salto exactamente igual al anterior sólo que, esta vez, enfrentando un pequeño inconveniente. Allí sobre el precipicio, entre ambos bordes, tres hileras de lanzas indudablemente afiladas salían y entraban de aquel muro pre-dispuestas a ensartarme como si mi cuerpo estuviera hecho de mantequilla.

—¿Cómo esperas sobrevivir a eso, Danser? ¿No tienes algún interruptor para detener las lanzas? —indagaba ella.

—¡Oh, claro! Está en el bolsillo de mi pantalón, ¿podrías subir y traérmelo? —me burlé tal como antes.

—¡Hey! No te pongas así. Estoy asustada —volvió a quejarse, mientras yo analizaba las entradas y salidas de cada lanza. Retrocedí nuevamente hacia el lado norte de la sala y calculé la distancia entre el borde de mi plataforma y la que debía alcanzar.

—¿Qué haces? ¡Ay no! No vayas a saltar todavía. Practica un poco antes —insistía ella.

—No te preocupes. Creo haber memorizado los tiempos. Fíjate bien, la segunda fila de lanzas tarda exactamente medio segundo en asomarse después de la primera hilera —le explicaba, conteniendo nuevamente la respiración

—¿Y la tercera? ¿Cuánto tarda la tercera?

—No tengo la menor idea. Supongo que ahora lo averiguaremos —concluí, corriendo con todas mis fuerzas hacia la siguiente plataforma.

—¡¿Qué has dicho, tonto?! ¡¡¡Estás loco!!! —gritó Leslie des-pavorida, mientras yo me arrojaba hacia el precipicio sin siquiera exhalar. Mi cuerpo cruzaba en el aire la primera hilera de lanzas mientras la segunda y la tercera se ocultaban nuevamente en el muro permitiéndome alcanzar mi objetivo. Esta vez el equilibrio parecía no haberme abandonado.

—¡No puedo creerlo! Lo has conseguido —gritaba ella desde las profundidades.

—No lo suficiente, Leslie. No he salido tan ileso después de todo —exclamé, observando un profundo corte en mi brazo derecho. Dejé que las gotas de sangre se deslizaran hasta mis dedos e intensifique una vez más la solidez de mis músculos.

—¿Te duele?

—Sobreviviré, no te preocupes, es sólo un raspón. Al parecer me corté con una de las lanzas. Cicatrizará en unas horas —me contuve de preocuparla más de lo que ya estaba. Aún quedaban varias plataformas por alcanzar. La palanca continuaba allí sobre mis ojos esperando a que venciera cada uno de esos obstáculos; no pensaba darme por vencido aún.

—Te pondrás bien. ¡Hey, Danser! ¿Eso de allí es fuego? —indagó, observando el siguiente de mis desafíos.

—¡Maldita sea! No otra vez —murmuré, agobiado de tantos retos. Ahora debía efectuar el mismo salto que acababa de realizar frente a las lanzas sólo que, para mi sorpresa, esquivando una intensa llamarada proveniente del muro. El fuego se apagaba durante unas pocas milésimas de segundo, de manera que necesitaba saltar a mucha velocidad.

—Ya te has lastimado un brazo. Intenta no incinerarte, por favor —me exigía Leslie a gritos desde la planta inferior del santuario. Su voz se perdía en la distancia. Corrí rápidamente hacia la llama y me detuve justo antes de efectuar el salto; hubiera acabado carbonizado.

—¡Eso estuvo cerca! —exclamé aliviado.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué te detuviste? —indagaba Leslie, sorprendida de verme con vida.

—Lo que me temía, la llama viene con trampa. Cada cinco veces se apaga y luego queda encendida en el sexto disparo. Yo estaba a punto de saltar en el sexto, tuve suerte de darme cuenta a tiempo. Deberé tomar más distancia esta vez y saltar en el séptimo intento.

—¡Ay, por favor, Danser! Hazlo bien esta vez. No soportaré quedarme aquí sola en este horrible lugar con tu cadáver abandonado allí arriba —comenzó una vez más a angustiarse. Tomé

nuevamente carrera y, cruzando el abismo en el momento exacto, alcancé finalmente la siguiente de las plataformas.

—¿Dime que no te has quemado! —me inspeccionaba mi compañera desde allí abajo.

—No, no me he quemado. Creo que estoy bien. Al menos por ahora —respondí aliviado, al verme sumamente intacto. Ahora sólo quedaba un último obstáculo por superar. Dispuestas de forma escalonada y ascendente, cuatro barras de hierro cruzaban el santuario de punta a punta y, ubicada frente a la última de ellas, la palanca esperaba ansiosa porque llegara finalmente a mi destino.

—¿Qué tienes que hacer ahora? —preguntó Leslie, intentando hallarme en los límites de sus facultades visuales.

—¿Ya has visto el primer salto que hice allí abajo en la barra? Pues, al parecer debo realizarlo otras cuatro veces hasta alcanzar la palanca —le explicaba yo, intentando perder ese intenso vértigo que devoraba poco a poco mi resistencia abdominal.

—¿Crees poder lograrlo? Por favor, dime que sí.

—No lo sé. Ya no tengo de donde sujetarme. Un pequeño movimiento en falso y me verás acercándome a ti más rápido de lo que crees.

—No hagas bromas con eso, Danser. No sabes lo que es estar aquí abajo observándote realizar esas peligrosas acrobacias —insistía ella.

—No tan desesperante como estar aquí arriba, créeme —le grité, sin siquiera bajar la mirada. La herida en mi brazo ya comenzaba a arder notablemente. Ignoré todo tipo de dolor y, evitando perder los estribos, salté hacia la primera de las barras. Presioné fuertemente mis manos contra el óxido del barrote y comencé a balancearme tal como al principio. Un nuevo salto y allí estaba sujetándome de la segunda barra frente a mí. Y así, repitiendo la última de las piruetas, alcancé finalmente la tercera.

—¡Estoy conteniendo la respiración, Danser! Vamos, sólo te queda una más —imprecaba Leslie, contemplándolo todo con suma atención; si hubiera osado a responderle ya me hubiera desarmado contra el suelo. Volví a balancearme hacia atrás y

adelante y salté finalmente hacia la última de las barras, alcanzando a atajarme con sólo una mano.

—¡Ay dios! ¡Sujétate bien! —se exasperaba ella, mientras yo recuperaba lentamente el control de mi brazo derecho.

—¿Estás bien, Danser?

—Sí, por poco y no llego a alcanzarla. Mi brazo se ha debilitado por la herida —le grité, saltando rápidamente hacia la palanca que allí yacía frente a mis ojos. Me posicioné sigilosamente frente a ella y comencé a inspeccionar el extraño mecanismo.

—¡Ya jálala de una vez! —se escuchaba una voz femenina desde las vastas profundidades. Allí observé a mis espaldas una vieja cuerda pendiendo de unas cuantas algas secas en el oscuro cielorraso.

—¿Qué estás esperando, Danser? Ya jala de la palanca —Leslie continuaba gritando desesperada. Observé nuevamente el inmenso abismo a mi alrededor y, cerrando levemente mis ojos, accioné finalmente el mecanismo. El suelo a mis pies comenzó a desarmarse rápidamente mientras yo acometía un violento salto hacia la cuerda de atrás. Las lianas se desprendieron del techo, soltando la parte restante de la soga para que pudiera descender a la parte inferior del santuario.

—¡Siiiiii! ¡Lo has conseguido, Danser! ¡Te amo, te amo! Baja ya de una vez —se exaltaba a gritos, mientras yo bajaba esos largos cincuenta metros deslizándome con cuidado por la cuerda.

—Tú sigue festejando, muchachita. No sé si has notado que casi desciendo de un golpe. El suelo se desarmó tan pronto jalé de la palanca, tuve suerte de saltar hacia esta bendita cuerda —exclamé agitado, pisando finalmente tierra firme. La puerta acababa de abrirse. Leslie saltó y me abrazó con fuerzas. Nos observamos durante unos pocos segundos e interrumpimos nuestro dulce cruce de miradas al notar que la puerta comenzaba a cerrarse de nuevo.

—¡Maldita sea! Apresúrate. No pienso subir de nuevo hasta allí arriba —exclamé exasperado, corriendo a toda velocidad hacia la próxima sala. Cruzamos finalmente la puerta allegándonos así a un pequeño pasillo repleto de imágenes y símbolos extraños.

—¡Vaya! Eso estuvo cerca —suspiró mi compañera, mientras el santuario desaparecía a nuestras espaldas.

Tomé una nueva antorcha del muro y me acerqué a uno de los rincones. Leslie observaba uno a uno los jeroglíficos intentando encontrar alguna respuesta, algo que nos ayudara a escapar de aquel infierno.

—¿Qué crees que signifiquen estos símbolos? —indagaba ella deslizado sus dedos por entre las grietas de las imágenes.

—No tengo idea. Parecen letras griegas, algo referente al olimpo, quizá. No tengo ni la menor idea.

—Pues has el intento. Podría decirnos cómo salir de aquí. Tal vez sea algún tipo de mapa.

—Podría ser cualquier cosa, Leslie. No soy semiólogo, lo siento —me disculpé, intentando descifrar algunos de los símbolos.

—De acuerdo, no eres “semiolo... no sé qué” pero entiendes bastante sobre dibujos —insinuaba ella con un tono curiosamente sospechoso.

—¿A qué te refieres con eso? —pregunté sorprendido.

—¿No recuerdas aquellos dibujos que hiciste de mí? Te deshiciste de ellos sin siquiera mostrármelos —comenzó a reprocharme.

—¡Jaja! Me asombra, ¿cómo puedes acordarte de eso? Fue hace mucho tiempo.

—Sí lo sé. Poco tiempo antes de confesarme lo que sentías por mí.

—Realmente pasó mucho tiempo, ¿no es así? —exclamé yo, arrodillándome en el suelo sumamente pensativo. No creí que el recuerdo fuera a afectarme de esa forma tan significativa.

—Tienes razón, Danser. Ya han pasado muchos años —concluyó ella observándome con algo de interés. Yo continué recordándolo todo con lujo de detalles...

CONFESIÓN VIRTUAL

Las clases de literatura continuaban llevándose a cabo tal como de costumbre mientras yo seguía en búsqueda de alguna solución. Los interminables pensamientos sobre Leslie se transformaban uno a uno en coloridas imágenes mentales. Se dispersaban por mi mente como aguas de manantial abarcando cada rincón de mi cabeza. Poco a poco, su exclusiva figura corporal se convertía en una detallada figura que, al cerrar mis párpados, se manifestaba firmemente ante mis ojos.

«¿Qué podré hacer con tantas imágenes en mi cabeza?», pensaba una y otra vez, intentando desconcentrarme. Cerré nuevamente los ojos y, disfrutando de aquel rostro tan definido, comencé a distinguir el resto de su belleza. Aquella imagen era tan vívida y real que dibujarla hubiera sido tan sencillo como calcarla. ¿Era esta la respuesta a mi pregunta? Había finalmente encontrado una solución a mi problema, una forma de librarme de aquellas imágenes suyas que, paulatinamente, terminaban apoderándose del total de mi mente. Tomé asiento en la mesa del living comedor, aquella que sólo utilizábamos en ocasiones especiales, y aprovechando un viejo lápiz y una hoja en blanco, comencé a descubrir un nuevo don bajo mis pocas cualidades.

La energía en mi mente comenzó a deslizarse por mi brazo, mi mano y mis dedos hasta llegar a la punta del lápiz. Sobre la hoja lograba ver el rostro de Leslie como si se tratara de una detallada fotografía; sólo faltaba apoyar el lápiz sobre ella y bordear lentamente su contorno. Comencé por sus cabellos hasta llegar a sus hombros. Los márgenes de su cuerpo eran las líneas más hermosas jamás trazadas; infinitos granos de carbonilla que, tras la ma-

gia y el movimiento de mis dedos, desdibujaban a Leslie sobre el blanco de las hojas. Continué hasta su cintura, comenzando luego por el borde de sus piernas; así hasta llegar a sus pies que, dispuestos en un ángulo algo difícil de comprender, le daban vida eterna a aquel dibujo. Sus pechos eran una suave sombra entre sus brazos. Esa pequeña nube gris que, recurriendo a un leve movimiento de muñeca, fui enmarcando suavemente con la punta del lápiz. Las sombras le daban a su cuerpo cada uno de esos detalles encantadores que la adornaban. La invisibilidad de su rostro, esperando ansiosa en mi mente por revolcarse sobre el papel, no me impedía reconocerla. Aquel cuerpo era suyo y de nadie más; un cuerpo cuya belleza era ciertamente única y meramente imposible de imaginar. Su rostro comenzó a revelarse finalmente sobre mi hoja. Sus cejas, escondiéndose por detrás de algunos cabellos que se desprendían de su peinado, le daban a su semblante esa infaltable cereza que suele posarse en el postre; esa perfección facial de la que yo estaba perdidamente enamorado. Llegué poco a poco a sus ojos, donde aquellas pupilas tan redondas y exquisitas me observaban desde la hoja como dos magníficos cristales. La combinación de sus pestañas sobre aquella belleza artística, le daba a Leslie aquel retoque especial que la convertiría tarde o temprano en mi chica ideal. Su nariz era esa escultura infaltable que completaría mi dibujo junto a esa boca inconfundible que, trazando suavemente con el lápiz, sentía rozar mis labios cada vez que la observaba. Mi mano continuaba balanceándose sobre la hoja mientras mi mente terminaba de descargar sus emociones. Aquello parecía funcionar, estaba finalmente conectando mis sueños con el mundo real; un mundo en donde todo lo referente a Leslie se volvía sumamente especial. Comprendí de una vez el espesor de su importancia: Aquella chica sería por siempre el hechizo perfecto que jamás encontraría en otros ojos.

Mis dibujos se volvían verdaderamente adictivos. Regresaba de la escuela y, aventando mi mochila hacia algún costado de la casa, me sentaba en la gran mesa a dibujar a Leslie una y otra vez. Ya pronto había alcanzado una numerosa cantidad de bosquejos y debía de hacer algo con ellos; no podrían quedar sueltos

en algún recodo, olvidados en algún estante de mi habitación hasta que el tiempo superpusiera sobre ellos viejas carpetas y libros. Aquellos dibujos eran una ventana hacia mis sueños, hacia cada una de mis fantasías. En ellos, Leslie era exactamente como yo quería, tal como yo la imaginaba. Un boceto perfecto de la muchacha que deseaba tener junto a mí por el resto de mi vida. Tomé algunos trozos de cinta adhesiva y, sosteniendo con mi otra mano los doce bosquejos, comencé a pegarlos en el muro de mi habitación, justamente a un costado de mi almohada. A cada noche, cada momento en el que me recostara sobre mi cama, predispuesto a soñar y a imaginar infinitas historias de amor junto a ella, su rostro permanecería firme frente a mis ojos para darle a mis ilusiones aquellos detalles que tan necesarios se me hacían. Supuse que intentar aprovechar aquel poder recurriendo a otras caras, otros cuerpos, lograría crear en mí aquel excelente dibujante en el que soñaba convertirme algún día. Sin embargo, nada daba resultado; aquel don parecía funcionar solamente con Leslie.

Mis dibujos se volvieron un gran hecho popular en los rincones de mi habitación. Invité aquella tarde a Frederic sólo para que observara lo detallados que estos habían resultado.

—¡Wow! Danser, es increíble. Te ha salido realmente idéntica —exclamó él, observando uno a uno los bocetos. En uno de ellos, Leslie vestía una delgada blusa color turquesa junto a un hermoso colgante de plata alrededor de su cuello. Los rústicos aretes de colores dibujaban desde sus lóbulos aquella delicadeza que decoraba la perfección de su rostro. Frederic continuaba observando maravillado mis obras de arte.

—¿Cómo has hecho para dibujarte a ti mismo tan detalladamente? —preguntó Frederic, estudiando uno de mis dibujos preferidos. Abrazados como dos robles en primavera, Leslie y yo abarcábamos el espacio completo de esa hoja. Esperaba algún día convertir aquel dibujo en una fotografía verídica; allí donde mis fantasías no se perdieran detrás de la esperanza.

—Deberías mostrárselos, Danser. Son realmente increíbles. Es más, podrías obsequiárselos. Te aseguro que los guardará como

un gran recuerdo —insistía mi amigo, mientras yo continuaba perdido con la mirada frente a aquella pared repleta de hojas. Algunos de ellos solían escapar de mi habitación y me escoltaban hasta la escuela, escondidos dentro de las láminas de alguna de mis carpetas; me sentía acompañado, contenido por aquellas ilusiones que podrían no existir jamás en ningún futuro. ¿Por qué debería Leslie estar enamorada de mí? Sólo porque yo me sintiera el candidato perfecto para ella no significaba que esa magia fuera recíproca. La amaba de una manera realmente desesperada, y aun así, no tenía idea del porqué de mis sentimientos. ¿Lo descubriría con el correr del tiempo o permanecería allí en el pedestal de las incógnitas?

✘ ✘ ✘

La profesora de historia se había ausentado aquel martes. Tendríamos con los muchachos una hora libre sin nada para hacer, de manera que nos sentamos en los bancos del patio para descansar un poco. La luz del sol atravesaba las ventanas de las aulas iluminándolo todo a nuestro alrededor; un verdadero panorama. Allí estábamos Pacho, Fabio, yo y algunos otros personajes que jamás se ausentaban en aquellas horas libres. Pacho, a diferencia del resto, no dejaba nunca de aportar ese oportuno sentido del humor. Sin dejar de mencionar, su desidia al movimiento corporal lo obligaba a sentarse en algún sitio durante horas con el fin de evitar la fatiga.

—¿Qué son esos dibujos, Danser? —exclamó Pacho, al verme quitar de mi mochila una abultada carpeta con algunos de mis bocetos.

—Oh, tonterías, nada importante. Son mis sueños —le respondí de un modo sumamente tajante.

—¿Tus sueños? ¿A qué te refieres? —volvió a preguntar, abriendo animoso la carpeta para ver algunos de mis trabajos.

—Mis sueños, Pacho. Todo lo que sueño en la noche, tomo una hoja y un lápiz, y al llegar del colegio lo vuelco todo sobre el papel —le explicaba yo, mientras Pacho se acomodaba maravi-

llado para poder disfrutar de aquel arte. Yo continuaba buscando mis anotaciones.

—¿Sueñas con Leslie? —exclamó de pronto, observando detenidamente uno de mis dibujos. Yo me exalté sorprendido por lo que acababa de oír.

—¿A qué te refieres? —le pregunté, buscando alguna explicación a sus comentarios. Me volví rápidamente hacia mis amigos para entender finalmente lo que ocurría.

—Pues, la chica de este dibujo es realmente idéntica a Leslie, de hecho, el parecido es asombroso —agregó Pacho, reafirmando notablemente sus inquietudes y las de Fabio, quien observaba enmudecido cada uno de mis dibujos. Aquellos sueños eran míos, mis fantasías, mis focos de inspiración, tan sólo míos y de nadie más; compartirlo con ellos no estaba dentro de mis planes.

—Jaja, que elocuente, no me había percatado de ello. Tienen razón chicos, es un poco parecida. De todas formas, no es uno de mis mejores dibujos, les sugiero que continúen mirando el resto —agregué finalmente, excluyendo toda sospecha que pudiera amenazar la privacidad de mi profundo secreto.

La inusual presencia de Albert volvía una vez a formar parte de nuestra historia. Acordamos juntarnos uno de esos 15 de Enero «de aquellos que solían posarse sobre mi almanaque una sola vez al año» para disfrutar de una cálida y divertida noche de billar.

Allí me reuní con Albert y Frederic en la esquina del río Tonga, junto a la ruta principal de Harainay, esperando a que Leslie y sus amigas arribaran de una vez por todas.

—¿A quienes has invitado? —le pregunté a Albert, dándome con las manos un buen masaje en el estómago. Me sentía realmente nervioso por verla; ya pronto estaría allí junto a mí, compartiendo con nosotros una buena noche en sociedad.

—Pues, Leslie es una de ellas, claro. También vendrán las mellizas junto a Esthi y su hermana. Ya conoces a Esthi, ¿no es así, Danser?

—¡Oh, claro! Estaba allí en su cumpleaños el mes pasado. Ella fue quien me pidió que me pusiera a cantar —respondí, citando

algunos detalles menores mientras Frederic reía al recordar vívidamente esa incómoda situación.

—¡Escucha, Danser! He oído que tu amada ya no está de novia —añadió Albert, amenguando innecesariamente el volumen de su voz.

—¿Ya se han separado? ¿Pero cuánto tiempo llevaban juntos? ¿Y qué es lo que ha ocurrido? ¿Se han peleado? —comencé a marcharlo con cientos de preguntas que jamás hubieran concluido.

—No importa el motivo. La cuestión es que Leslie está disponible y ya tienes tu camino despejado.

—¿Disponible? ¡No es un objeto, idiota! No puedes hablar así de ella. Además, quizá esté pasando por un mal momento. No creo que sea debido intentar conquistarla ahora —refuté, pretendiendo escapar una vez más de mis fantasías. A veces resulta más sencillo cruzarse de brazos que enfrentar nuestros retos.

—Ese no es tu problema, Danser. Sólo tienes que acercarte a ella y conversar por un rato. Sé que puedes lograrlo, haz el intento —persistía Albert, mientras Frederic aprobaba sus más sabios consejos con una mueca de concordancia.

Allí pude verlas acercándose desde el lado este de la ciudad. Esperé a que terminaran de cruzar la carretera y nos saludamos entre todos de forma alternada. Leslie se veía realmente hermosa: Llevaba puestas unas cómodas zapatillas negras de tela bajo las amplias mangas de sus pantalones desteñidos. Sobre sus caderas, un cinturón blanco decorado por decenas de tachuelas plateadas y claramente brillantes, le daba a su cintura un roce de estética ciertamente juvenil. Las mangas de su blusa azul alcanzaban a rozar los nudillos de sus manos mientras sus hombros, más perfectos de lo que mi imaginación lograría concebir, escapaban al desnudo desde la parte superior de aquella prenda.

—Entremos ya de una vez, muchachos. Hace demasiado frío aquí afuera —sugirió Esthi, descendiendo junto al resto de sus amigas por la rampa de un pequeño estacionamiento. Allí a la derecha, debajo de un despintado balcón, una pequeña puerta de madera nos daba la bienvenida al billar más descuidado que jamás hubiéramos visto. El gerente del sitio nos cedió una bandeja con dieciséis bolillas de colores mientras Albert, liberando del

bolsillo su billetera, le pagaba al hombre con el dinero que cada uno de nosotros fuimos aportando.

—Hey, Frederic. ¿Crees que pueda pagar por Leslie? Sería un buen gesto, ¿no crees? —le susurré al oído, mientras ella y sus amigas se alejaban hacia la mesa del fondo para dejar sus abrigos y pertenencias.

—No, creo que sería bastante impulsivo de tu parte. Pensaré que eres un idiota. Mejor intenta conversar con ella, dile lo primero que te venga a la mente —me sugería él, observando a otros cuatro muchachos más grandes jugando en la mesa de al lado.

—No lo sé, Frederic, ni siquiera se acerca a mí. De hecho, parecería estar esquivándome todo el tiempo con la mirada, ¿lo has notado?

—Puede que tengas razón. Aun así, date una oportunidad, Danser. Intenta hablar con ella —insistía él, mientras Albert cogía su vuelto del mostrador. Nos dio un leve golpe en la espalda y avanzamos finalmente hacia el fondo de aquel curioso galpón.

—De acuerdo, organicémonos en distintos equipos —propuso Albert, tomando del estante cuatro largos y esmaltados tacos de madera. Yo cogí uno de ellos mientras Frederic ordenaba las bolas sobre la mesa de billar. El resto de las muchachas permanecían sentadas cómodamente en un sillón de pana dispuesto junto a nosotros.

—Ven Leslie, tú jugarás con Danser —la invitó Albert, confiando en que sus entrometidos propósitos lograrían acercarnos un poco más. Aquellos eran los más simples progresos que yo tanto necesitaba aplicar. Sentarme a su lado y platicar con ella del modo más sobrio que pudiera encontrar; disfrazando mis profundos sentimientos de un claro desinterés.

—No, gracias Albert. Yo no quiero a jugar. De hecho, ninguna de nosotras lo hará, sólo encargaremos algunas bebidas —respondió Leslie con un tono de indiferencia hacia las claras intenciones de su amigo. Sólo se trataba de divertimos un rato, ¿qué tan difícil podía ser eso?

—¡Yo jugaré con ustedes! —arremetió bruscamente la hermana de Esthi; se negaba a perder aquella oportunidad que Les-

lie acababa de rechazar. La muchacha amarró su cabello rubio y tomó sutilmente uno de los tacos de madera que yacían a un costado de la mesa. Ignorando la firmeza de sus contrincantes, comenzó a practicar algunos torpes movimientos con la vara de billar; no parecía tener mucha idea al respecto.

Y así transcurrían esos largos minutos en los que Albert se desvivía por enseñarle a aquella chica a golpear con por arte de magia alguna de esas bolas que permanecieron inamovibles durante todo el juego. Yo me atenía a la imagen de Leslie desplomada sobre aquel sillón de pana. Sabía que no me dirigiría la palabra; continuaba esquivándome constantemente como si yo no existiera en su orbita juvenil. ¿Acaso le había molestado mi comentario? ¿Aquella confesión tan sincera y comprometedora que arriesgué a dedicarle unos meses antes? Supuse que algún día encontraría aquella penosa valentía que tanto precisaba para acercarme.

Aquel no era un simple 28 de Enero. Comenzaba allí una historia de la que, hasta ahora, sólo había alcanzado a tantear su apasionante prólogo. Un insipiente capítulo y una nueva realidad que, a simple vista, representaba para mí un verdadero enigma de vida.

La observaba allí sentada en su banco de clase tal como los astrónomos observan a otros planetas, otras galaxias. Maravillado y fascinado, admirando su belleza femenina tal como si no fuera a haber otra como ella en mi vida. El solo hecho de observarla me provocaba la mayor desesperación por besarla y abrazarla que jamás había sentido. Me sentía atraído de una forma tan peculiar como inexplicable. Aquella atracción trabajaba como un gigantesco imán absorbiendo toda mi atención y mis sentidos hacia los detalles más encantadores de Leslie. Ya no podía soportarlo más; necesitaba decírselo, confesarle el total de mis sentimientos. ¿Qué pensaría ella? ¿Qué sentiría? Necesitaba saber que ocurriría al decirle lo mucho que me sentía atraído hacia su persona. ¿Estaba enamorado, acaso? ¿Cómo podría sentir algo tan significativo por alguien con quien sólo compartía dos o tres clases en la escuela? ¿Qué tipo de obsesión era aquella? Las pregun-

tas rebotaban una tras otra por cada rincón de mi paciencia; necesitaba descubrir de una vez por todas la verdadera naturaleza de mis sentimientos. Saber si realmente existía en algún punto la posibilidad de que Leslie fuera mi novia, la persona que mi mente clamaba a gritos por tener a su lado. Sólo necesitaba que ella sintiera por mí al menos una pequeña parte de esa atracción que yo sentía por ella. ¿Acaso era mucho pedir? Regresé de la escuela aquella tarde. Inesperadamente, la historia se encontraba a punto de comenzar.

Esa inmensa bola de sentimientos que hasta entonces se escondía sobre las paredes de mi habitación, luchaba por salir finalmente de mí. ¿Cuánto más lograría esperar? Necesitaba librarme de mis emociones. Aún si ella no me correspondiera su amor, el simple hecho de demostrarle el mío era ciertamente una acción necesaria. Precisaba darle un rotundo final a esa larga carrera que, poco a poco, comenzaba a dejarme sin aliento. Me senté impaciente frente a mi ordenador y esperé a que Leslie se conectara por fin al Chat.

—Hola, ¿Cómo estas? Veo que ya has regresado de la escuela —la saludé, sumamente amistoso.

—Así es, un día realmente agotador. ¿Qué hacías tú?

—Nada en particular. Un poco ajaqueado, creo que tomaré un analgésico —rezongué buscando una rauda respuesta, algo que cumpliera el papel de excusa para conversar con ella.

—Hey, ¿podríamos mañana sentarnos a hablar en algún momento? Tengo algo que decirte —dejé escapar finalmente. Ya era tiempo de encarar la situación, enfrentarla a los ojos y tironear de mi boca todos esos sentimientos que llevaba apresados en mi interior. ¿Lograría hacerlo? ¿Perdería aquella timidez que tanto me afectaba al querer declararle mi amor? Jamás alcanzaría a averiguarlo.

—Quizá sea mejor por aquí, ¿no? Creo que es más fácil —alegó ella, dando la mera impresión de que ya sabía de que trataría todo. No tenía ser que más fácil sino algo mucho más especial. ¿Cómo iba ella a entenderlo?

—No es que quiera fatigarte ni nada, pero es que preferiría que fuera personalmente. Es algo muy íntimo —agregué final-

mente, despertando en Leslie demasiada curiosidad. De algo ya podía estar seguro, aquel encuentro jamás se llevaría a cabo.

—¿A ti te pasa algo conmigo? —me preguntó, comprendiendo finalmente lo que pasaba. Ya no había razón alguna para continuar con aquel juego, esa distancia incoherente cuyo silencio se volvía cada vez más insoportable. Ya era hora de enfrentar la realidad y acometer ese último paso que restaba.

—Pues, ahora no sé si podré responder a tú pregunta. No sé lo que pueda pasar después —respondí nervioso, manifestando mis pensamientos mucho más de lo que debía.

—Si no me lo dices, entonces nunca lo sabrás —concluyó ella, dejando que la ilusión se dispersara repentinamente por mis venas. Interpreté lo que cualquier hombre hubiera interpretado. ¿Sentía ella también algo por mí? ¿Por qué ese afán por descubrir mis sentimientos hacia ella? Mi respuesta era más que evidente, ¿Cuánta certeza necesitaba Leslie para satisfacer sus inquietudes? Aquello apuntaba a un sentimiento recíproco; una verdad cuya lógica encajaba perfectamente al tomar en cuenta su inesperada afirmación. Sólo quedaba responder a sus cuestiones y confirmar, de una vez por todas, aquella idea tan indiscutible.

—De acuerdo, lo admito, me pasan cosas fuertes contigo. Me gustas desde hace varios meses y, si tú sientes algo por mí, me encantaría saberlo —respondí finalmente, conteniendo intranquilo mi respiración. Una extraña sensación de logro parecía corretear por todo mi alrededor. Aquel presentimiento era una simple cuenta matemática que cualquier niño lograría resolver. Todo parecía tener sentido: Su mirada al tenerme cerca, su forma de expresarse, aquella manía suya de esquivarme constantemente evitando mi presencia. Los detalles apuntaban a una indudable y exitosa experiencia que estaba a punto de descubrir, pero una vez más, volví a equivocarme.

—Mira, lo mejor será que te olvides de mí. Eres un chico especial, divertido y de veras me agradas, pero sólo podría considerarte mi amigo —reveló Leslie, mientras yo tropezaba con mi propia derrota. El camino parecía concluir en aquel punto; ya no había marcha atrás ni futuros por delante. Acababa de obtener una respuesta clara y decisiva ¿Me bastaría con ello? ¿Me sería

suficiente con resignarme y aceptar aquella realidad tal como se presentaba? El solo hecho de renunciar a esa magia, a esos nuevos dones y poderes que comenzaba a descubrir gracias a ella, me provocaba una verdadera sensación de impotencia. ¿Eso era todo, olvidarla tal cómo si cambiáramos simplemente un jarrón por otro? Así no funcionaban las cosas; no iba a renunciar a mis sueños e ilusiones por un simple rechazo.

—Pues, me será realmente difícil quitarte de mi cabeza, Leslie. Eres muy especial para mí —agregué, intentando conmovérla un poco. No obstante, aquella era la pura verdad.

—Te entiendo, pero no puedo hacer nada por ti excepto darte algunos consejos, créeme, a mí me ayudaron bastante en algún momento. Por empezar, intenta todo el tiempo de no mirarme. En las clases o en la calle, has un esfuerzo por concentrarte en alguna otra cosa. Si puedes, deshazte de todas las fotografías mías que tengas o cualquier cosa que te recuerde a mí. Créeme, te ayudará a superarlo, ya he pasado por algo parecido y no se lo deseo a nadie. Me parece bien que me lo hayas dicho, requiere de mucho valor —aludía ella, empleando el papel de una psicóloga claramente inexperta. No necesitaba de sus consejos ni opiniones, sólo quería algo de correspondencia, una parte de esa atención que ella jamás dudaría en darle al resto de sus amigos.

—Mira, en primera instancia, no tengo fotografías de ti. Tampoco estaba en mis propósitos quitarte de mi cabeza, eres una gran fuente de inspiración, y por otra parte, si no podré mirarte más, entonces no seguiré asistiendo a clases. De todas formas, aquel era el único motivo por el cuál iba —le aclaré, defendiendo en cierta forma mis sentimientos. Comprendí sus buenas intenciones, pretendía ayudarme y no podía culparla por ello. Un significativo desinterés de su parte hubiera sido la más lógica de las reacciones; podría simplemente haberme dado la espalda, despreocuparse por mí y por mi desdicha, y aun así, se empeñaba en darme al menos sus sabios consejos.

—Mira, Danser, lo que dices no suena nada bien. Estás obsesionado y eso no es sano. Yo estoy siéndote sincera, es lo menos que puedo hacer. Intenta desconcentrarte, de algo te servirá. Y si

dejas de asistir a clases por mí te mato, no hagas que me sienta culpable por ello.

—De acuerdo, agradezco tus consejos. Aun así, si en algún momento tienes ganas de estar conmigo, dímelo. Yo estaré allí —repuse con cierta dramaturgia. Quizá fui algo impulsivo con mis palabras; una simple reacción de emociones, de impotencia, tal vez. Necesitaba creer que aún quedaba algo de fe en mis fantasías, que en algún futuro incierto ella sería mía, compartiendo juntos cada uno de nuestros respiros. Sentir que, a pesar de ese angustioso rechazo, aún quedaban esperanzas por lograr enamorarla. De algo ya estaba seguro: Aquel no era el modo adecuado de enamorar a nadie.

—Danser, si algún día quiero estar contigo te lo diré, no te preocupes. Pero tú tienes que olvidarte de mí, hazme caso —insistía ella. Sabía que estaba en lo cierto. ¿Qué más podía hacer al respecto? ¿Forjar sus sentimientos? Si tanto persistía Leslie en que borrara su imagen de mi mente, quizá eso debía hacer.

—De acuerdo, supongo que ya encontraré alguna solución. Gracias de todas formas por entenderme —concluí finalmente y, consiente de que aquello jamás terminaría, la borré de mi lista de contactos con cierta inapetencia; supuse que eso me ayudaría a no vivir pendiente de ella. Me sentía vacío, insatisfecho, cargado de emociones desesperadas por escapar de mí. Confirmé nuevamente que, sin importar lo que el tiempo se trajera entre manos, la historia jamás acabaría.

Decidí no asistir por dos semanas completas a las clases que compartía con ella. Evitaría cruzármela en la escuela, en los recreos; intentaría lograr que sintiera mi ausencia, la importancia de mis sentimientos. Jamás se sentiría culpable, claro que no, pero aun así, me gustaba la idea de que pensara en mí. Para mi fortuna, nunca llegué a verla. Esquivaba cada uno de esos sectores que ella frecuentaba, cada pasillo en los que pudiéramos descubrirnos el uno al otro. Me resultaba imprescindible el hecho de que Leslie no me viera durante esas dos semanas. Así me encontré un día con Mathiew cerca del hall deportivo.

—¡Hey, Danser! ¿Qué cuentas hombre? Pensamos que habías desaparecido —comentó él, acercándose a mí para saludarme. El resto de sus compañeros precalentaban sus músculos contra la pared exterior del lugar. Yo sólo pasaba por allí.

—Sí, Mathiew, lo sé. No he estado asistiendo a las clases auxiliares.

—¿Y a qué se debe tu ausencia? ¿Algún problema? —Mathiew parecía realmente interesado. No pensé que fueran a importarle mis motivos.

—Pues, supongo que debo contárselo a alguien. Le he confesado a Leslie que estoy enamorado ella, no fue realmente una gran idea —comencé a explicarle. El muchacho me observaba sorprendido tras oír mis rotundas palabras.

—¿Estás enamorado de Leslie? ¿Ella? ¿La Leslie de nuestra clase? ¿Qué tiene ella de especial? Quiero decir... eso no suena nada bien. Te ha dicho que no siente nada por ti, ¿no es así? ¿Es por eso que ahora no vienes a las clases?

—Así es. Creo que me hará bien no verla por un tiempo. Siento cosas muy fuertes por ella, supongo que alejarme por unos días podría darme algún resultado —me lamentaba con cierto desánimo.

—Vaya, no pensé que fuera tan importante. Créeme, Danser, he visto muchos casos parecidos al tuyo y nunca un muchacho ha dejado de asistir a clases por no soportar ver a su amada —acotaba él. Carecía de cualquier tipo de experiencia como para determinar la objetividad de mis acciones. ¿Sería aquella la forma correcta de olvidarla? Según los consejos de Leslie, a ella parecía haberle dado resultado alguna vez. ¿Funcionaría también conmigo, con mis emociones? Aún me quedaba una semana más para reflexionarlo; encontrar mis respuestas, las más inesperadas soluciones que pudieran borrar su imagen de mi mente. No podía negarlo, a simple vista, parecía una tarea bastante sencilla; claramente no lo era.

— CAPÍTULO 7 —

RAPHAEL

Algunos de los símbolos parecían apuntar hacia alguna parte del túnel. El fuego de la antorcha ya casi se había agotado. Me puse de pié nuevamente, dispuesto a tomar aquella otra del muro opuesto cuando Leslie se aferró repentinamente a mi brazo.

—Creo que hay alguien allí, Danser —me susurró al oído, contemplando esa gran oscuridad frente a nuestros ojos. No se veía prácticamente nada y las antorchas sólo alcanzaban a iluminar los interminables jeroglíficos en los muros.

—No me pondré a caminar por allí, Leslie. Ve a saber que clase de trampas podrían haber en el camino. Lanzas, llamaradas a altas temperaturas, pozos infinitamente profundos —suponía yo, mientras ella se aferraba a mi brazo cada vez con más fuerza.

—Aquí no hay trampas, muchachos. Pueden pasar tranquilos —aseguró una voz al otro lado de la oscuridad. Una luz centellante comenzó a develar un inmenso salón rústico al final del túnel. Observé a Leslie por unos segundos y comenzamos finalmente a caminar hacia allí.

—¿Quién ha dicho eso? —me susurró ella al oído. Aquella era nuestra primera compañía en el laberinto. ¿De quién podría tratarse? Parecería ser que ya no estábamos solos.

Llegamos así a un antiguo salón circular iluminado por una gigantesca antorcha en su parte superior. A nuestro alrededor, siete querubines de piedra nos observaban fijamente con sus ojos tiesos. El suelo se componía de ocho círculos de dos metros de diámetro cada uno, formando así una interesante circunferencia de platos frente a nuestra próxima puerta.

—Bienvenidos a mi santuario, jóvenes aventureros —volvió a repetir aquella voz.

—¿Quién eres? ¿Por qué no te muestras? —exclamé histérico, mirando hacia todas partes. Uno de los círculos en el suelo comenzó a descender lentamente volviendo a subir a los pocos segundos con nuestro rebuscado anfitrión. Se trataba de un joven de unos veinte años de edad. Su cabello rubio y ensortijado creaba un hermoso collage junto a sus llamativos ojos azules. Llevaba puesta una cómoda túnica amarilla de reverses violetas y unas botas brillantes de cuero negro. En su mano derecha portaba una espada de acero; esperaba que no fuera a utilizarla contra nosotros.

—Permítanme presentarme. Mi nombre es Raphael y este es mi santuario sagrado. ¿Qué les trae por aquí? —preguntó con una voz tan resonante como juvenil.

—Pues, mi nombre es Danser y ella es Leslie. Al parecer nos encontramos atrapados en este laberinto. Ni siquiera sabemos por qué estamos aquí, ¿podrías regresarnos a nuestro mundo? —le pregunté de la forma más educada posible; aquel misterioso muchacho podría ser nuestra única escapatoria. Leslie lo observaba con una notable desconfianza; decidí fiarme de sus instintos femeninos.

—No has contestado a mi pregunta, Danser. ¿Qué les trae por aquí? —volvió a preguntar, esta vez con un inesperado matiz de insolencia.

—¿Qué nos trae por aquí? Nada nos trae por aquí, muchachito. Queremos salir de este lugar y tú estas parado justo frente a aquella puerta —le respondí, sumamente enfadado. No parecía querer ayudarnos en lo más mínimo. Supuse que si no iba a moverse de allí, lo apartaría yo mismo con mis propias manos. Avancé unos pocos metros hacia el muchacho sin percatarme siquiera de lo que ocurría detrás mío: Aquellos curiosos círculos a mi alrededor, acababan de convertirse en gigantescas columnas de piedra, dejando a Leslie encerrada en una de ellas.

—¡¡¡Danser!!! —su grito mujeril desaparecía tras el eco de su voz. Corrí desesperado hacia ella oyendo a Raphael reír a carcajadas.

—¡Jaja! No puedes rescatarla, Danser. Está encerrada en uno de estos pilares. Jamás descubrirías en cual de todos ellos se encuentra.

—No tengo que descubrirlo. Tú vas a sacarla de allí y más te vale traerla sana y salva —lo amenacé, inundando mis ojos de un profundo furor. El muchacho retrocedió hacia una de las esquinas y enfundó nuevamente su espada.

—No quiero pelear contigo, Raphael, soy una persona bastante apacible. Jamás he luchado contra nadie y no pienso hacerlo ahora. Regresa a Leslie a salvo y terminemos de una vez con esto —le insistí recalcadamente, intentando evitar cualquier clase de contienda.

—¿Aún no has aprendido a cerrar la boca, muchacho? Discutir no resolverá tus problemas, sólo luchando por la victoria conseguirás resultados. ¿Quieres recuperarla? ¿Cruzar esta puerta que se encuentra a mis espaldas? Entonces pelea por ella. Pelea por tus ansias —concluyó Raphael, escondiéndose por detrás de esas inmensas columnas. Yo comencé a correr en círculos apagando mi oreja a cada uno de los pilares; necesitaba encontrar mi tranquilidad: Escuchar nuevamente su voz.

—¡Leslie! Si estás aquí dentro grita bien fuerte —bramé, golpeando una de las columnas a mi derecha.

—No puede oírte, Danser. Tus esfuerzos son sumamente en vano —persistía la voz de Raphael desde alguna parte del santuario.

—¡Al ataque querubines! —repuso de pronto con un fuerte alarido. Mis oídos se exaltaron al escuchar un clamoroso caer de cadenas en cada esquina del salón; percibía un sonoro cacareo de pisadas acercándose velozmente por detrás de las columnas. Sin dudar ni un solo segundo de mis movimientos, me coloqué rápidamente en el centro del santuario esperando obtener allí un mejor panorama de mi nueva amenaza.

Finalmente pude verlos. Acechando desde cada esquina encolumnada y obstruyendo cada rincón de escape, los siete pequeños ángeles de piedra me apuntaban fijamente con sus arcos y flechas. Convirtiéndome en víctima de mis propios nervios y sufriendo un desgarrante dolor abdominal, decidí permanecer

completamente inmóvil esperando a que un milagro me salvara de la terrible amenaza. Los querubines continuaban apuntándome con sus flechas mientras uno de ellos estiraba hacia atrás su sólido brazo de piedra. Cerré fuertemente mis ojos y, esperando a que aquella pesadilla desapareciera, pude oír como sus dedos se soltaban de las tensadas cuerdas. Abrí nuevamente mis ojos sólo para observar como la flecha cruzaba el salón traspasando aguzadamente mi hombro derecho; la fuerza de aquel impacto me alzó por los aires arrojándome airadamente hacia al suelo.

—¡Ahhhhggg! ¡Maldito seas Raphael! —comencé a gritar desesperado, evitando tocar con mis dedos la pértiga. Puede entonces percibir cómo el resto de los querubines extendían sus flechas y, sin quedarme allí tendido a averiguar sus próximos movimientos, me paré rápidamente con mi brazo izquierdo y entablé a correr hacia uno de ellos. Le arrojé un fuerte y crispado puntapié mientras él se preparaba para efectuar finalmente su disparo. El pequeño querubín despegó sus pies del suelo y, asfixiándose en la inercia de mi golpe, se quebró contra los muros del salón en mil pedazos. Dejando escapar de mi rostro una leve sonrisa, voltéé para descubrir como los seis querubines restantes se acercaban hacía mí a toda prisa.

—¡Intenta detenerme ahora, Raphael! —exclamé, ignorando la herida en mi hombro. Comencé a correr por detrás de las columnas, esquivando cada una de las flechas que luchaban hambrientas por devorar mi cuerpo. Esperé a que el siguiente de los querubines se asomara por detrás de mí y, arrojándome hacia él tal como antes, le quité arremetidamente su arco. El pequeño comenzó a correr en dirección opuesta mientras yo, recurriendo a mi acertada puntería, lo embestía con su propia herramienta de combate. Retomé una vez más esa inevitable carrera mientras los cinco querubines restantes se dispersaban por todo el santuario para atacarme. Me ocultaba sagazmente detrás de uno de los pilares cuando note que, esta vez, me apuntaban con dos flechas desde mis laterales. Me dejé caer de rodillas para igualar en cierta forma sus alturas, mientras los querubines estiraban sus brazos para espetarme finalmente con sus delgadas flechas.

—Sólo concéntrate en Leslie, Danser. Sólo concéntrate en ella —medité sin siquiera mover mis labios. Cerré lentamente mis ojos y esperé a que la tirantez de sus arcos me indicara el momento exacto para inclinarme hacia atrás.

Al fin pude observar, alzando meramente mis parpados, a mis dos enemigos tumbados y derrotados por sus propias flechas. Volví a retomar mi carrera por todo el santuario; ya sólo quedaban tres de ellos.

Allí, junto a una de las columnas, yacía una larga y filosa lanza tal como aquellas del cuarto anterior.

—Supongo que ahora estarás de mi lado, ¿no es así? —reproché, observando la vieja herida en mi brazo derecho. Tomé la lanza con ambas manos y salí finalmente en búsqueda de mis últimos enemigos. Junto a otra de las columnas, dos de ellos esperaban a que mi cabeza atinara a asomarse al alcance de sus objetivos. Efectuando una vuelta completa por toda la abadía, me arrojé ligeramente hacia ellos desarmando sus torsos de piedra con las puntas de mi lanza.

—¡Ya casi acabo con todos tus discípulos, Raphael! Entrégame a Leslie de una vez por todas —grité mirando hacia las vastas alturas, esperando a que mi enemigo pudiera oírme. Me arrojé rápidamente hacia la esquina opuesta mientras una de las flechas alcanzaba exitosamente mi pantorrilla.

—¡Ahhhhggg! ¡Otra vez no! —exclamé, perdiendo finalmente el equilibrio y dejando caer torpemente mi lanza; una vez más, volvía a perder las riendas de mis caballos. Evitando asquearme con el correr de mi propia sangre, quebré la punta de la flecha y, al igual que antes, la extraje delicadamente del muslo. La madera atravesaba cada uno de mis tendones provocando el más indescriptible de los dolores; ya casi no lograba sentir mi pierna. Sólo quedaba destruir al último de los querubines, ¿qué tan difícil podía ser? Me apoyé contra aquel muro mientras mis lágrimas se mezclaban con la sangre en mi hombro. El pequeño angelito esperaba impaciente desde una pequeña plataforma a que yo abandonara mi único escondite. Sin perder esa última oportunidad antes de desangrarme, comencé a correr hacia el pedestal. Recurriendo a un gran salto desde el suelo y alcanzando finalmente la

cornisa, aventé velozmente mis piernas hacia aquel querubín, contemplando cada uno de sus trozos cayendo por todo el sector.

—Fin del juego, Raphael —musité, presionando la herida en mi hombro. El dolor se volvía cada vez más insoportable. Me dejé caer de aquel pedestal y, evitando que mis rotundos quejidos alcanzaran a ser oídos por mi contrincante, me escondí nuevamente detrás de uno de los pilares. Me secaba las lágrimas de mis ojos mientras los pasos de Raphael volvían a escucharse una vez más.

—Ya puedes salir, Danser. Tienes un hombro herido y tu pierna está prácticamente inmóvil —exclamó desde el centro del santuario. Me negaba a responderle. Con mi pecho envuelto en sangre y una pierna perforada jamás lograría acabar con mi enemigo. Se acercaba finalmente mi muerte, y tras ella, la eterna e inevitable soledad de Leslie atrapada en alguna de esas inmensas columnas de piedra.

—De acuerdo, Danser. Si no sales ya mismo, incendiaré el interior de cada uno de los pilares del santuario. ¿Sabes que significa eso? —me desafiaba envuelto en ira, mientras yo descubría, entre los restos de uno de los querubines, una pequeña baleta de madera.

—Ya me harté de ti, muchacho. Olvídate de tu amiga, aquí termina esta batalla —concluyó Raphael, alzando en el aire su espada encendida en llamas.

—¡No lo hagas, por favor! Ya casi no siento mi cuerpo. Tú ganas —farfullé, acercándome finalmente hacia él. Mi cabeza se encontraba cubierta de sangre al igual que gran parte de mi cuerpo. Me dejé desplomar en el suelo observando por última vez a mi enemigo, mientras este me apuntaba colérico con su filosa espada. Se arribaba orgulloso hacia mí, predispuesto a acabar con los últimos latidos de mi corazón.

—Eres un cobarde, Danser. ¿Te dejas morir así como así sin siquiera haber luchado contra el gran Raphael? Te cortaré la cabeza y la guardaré entre mis trofeos, ¿qué opinas? —se reía sin cesar, acercándose lentamente hacia mi cuerpo moribundo.

—Mírate, inútil. No puedes ni moverte. Obsérvame bien porque esta es la última imagen que verás en tus últimos segundos de vida —concluyó Raphael, alzando bien alto su espada; tal como antes. Sin dejar pasar un solo segundo más, y recurriendo al más rápido de mis movimientos, retiré la pequeña ballesta que llevaba escondida en mis calzoncillos y la apunté de inmediato hacia su frente.

—¿Qué demonios?! —exclamó mi enemigo, mientras la diminuta flecha atravesaba su cien. Se ahogó en un pequeño gemido y, cerrando sus ojos bañados en sangre, cayó finalmente al suelo de su propio santuario.

La puerta comenzó a abrirse lentamente mientras las descomunales columnas volvían a descender hacia los niveles más bajos. Allí estaba Leslie, de pie, sintiendo otra vez el sabor de la libertad; esa libertad que aquel laberinto insistía en denegarnos. Corrí desesperadamente hacia ella y la abracé con todas mis fuerzas.

—Sabía que me encontrarías. Nunca dudé de ti —dejó escapar reservadamente de su boca. Parecía haber recobrado nuevamente su fe, sus ganas de continuar aquel largo trayecto junto a mí.

—Ya está bien, Leslie, ya pasó todo. La puerta se ha abierto, ya podemos cruzar al siguiente cuarto —la aparté de mi cuerpo observándola con una afectuosa sonrisa. Se veía realmente esperanzada.

—¿Danser, estás hecho un desastre! —se espantó al verme todo ensangrentado.

—Oh, no te asustes. Tuve que disfrazarme un poco para ganar mi combate contra Raphael —le expliqué claramente para que se aplacara. Se veía realmente aterrada.

—¿Disfrazarte? Se ve muy real —repuso ella, observando semejante agujero en mi hombro derecho.

—¡Ah, sí! Esta herida es de verdad. Al igual que esta de aquí, claro —agregué, señalándole con un dedo la brecha en mi pierna izquierda—. No te preocupes, me pondré bien.

—De acuerdo, ¿Y cómo has conseguido vencerle? Se veía más listo que tú —exclamó, subestimando mis capacidades tal cómo siempre lo hacía. Me alegraba de tenerla otra vez junto a mí.

—Es una larga historia. Decidí simplemente someterlo a una especie simulacro, uno de esos pequeños engaños que suelen surgir de mi mente algunas veces.

—¡Vaya! ¿Qué le has hecho creer? —preguntó Leslie, sumamente intrigada.

—Jaja, te lo contaré mejor en otra ocasión —me reservé algunos detalles. Supuse que cuanto menos gastáramos nuestras palabras, más rápido alcanzaríamos la salida.

—¡Ay, Danser! Tú y tus simulacros. ¿Recuerdas aquello que hiciste en la escuela, en la clase de Sophia?

—¿Entre otras tantas idioteces? ¡Jaja! Claro que lo recuerdo, Leslie —desaté una leve a carcajada. La miré fijamente a los ojos con algo de culpa y abandonamos de una vez por todas ese inmenso salón.

EL SIMULACRO

No me había llevado tanto tiempo imaginar aquella actuación tan formidable como elocuente, aunque quizá un poco fuera de la cordura. La bronca y la creatividad se mezclaban en un solo sentimiento de ira y desesperación; aquella sensación en la que los sueños se derraman como granos de arena por entre las manos y así, en pocos segundos, se desvanecen por completo hasta desaparecer incluso del recuerdo. Pero de mi memoria no desaparecerían. ¿Notaba ella acaso la importancia que tenía para mí esa imagen que nadaba en mi mente tras cada instante que pasaba; cada segundo en el que la imaginación reaparecía una y otra vez sin previo aviso? Al parecer no. Necesitaba asegurarme de que mis sentimientos no se esfumarían así sin más. Que incluso algún día, por error, Leslie recordaría o sentiría lo importante que era para mí estar cerca suyo, al menos como un buen amigo o una gran compañía. Necesitaba que mi historia fuera distinta a otras, a otros desamores. Que aquella negación e indiferencia tan molesta que ella me transmitía, no fuera una más del montón en el largo transcurso de mi vida. Cada sentimiento es único, y esperaba que fuera comprendido por el resto de mis compañeros, amigos o simplemente pasajeros de mi mismo tren.

La solución, aunque poco convencional, era claramente sencilla. Rebotaba en mi mente una y otra vez tal como si se tratara de una simple telenovela; una que quizá, en la vida real, tendría más connotación para cualquier otro, incluso para ella.

Ya era sábado. Me encontraba sentado en mi ordenador imaginando frente al teclado cada instante y cada parte del guión que estaba a punto de escribir. La idea era sumamente clara: Re-

gresaría yo finalmente al colegio sólo que, esta vez, con otro aspecto. Un aspecto triste, seco. Tan vacío de ganas como de vida. Aunque el sentimiento no era tan trágico y suficientemente expresivo para revelar aquella compostura, la idea era reaparecer como tal proveniente de las penumbras del amor, del pensamiento. De días de reflexión, locura, remordimiento. Comencé a escribir aquel guión prestando atención a cada detalle indispensable que pudiera imaginar útil frente a la psicología de Leslie. Contaría entonces con la amable complicidad de Mathiew, a quién ya le había cedido un resumen de mi pequeña historia. Se prestaba a ello decididamente y sin problema alguno, jocosamente de ayudarme con su participación teatral en aquel simulacro. La escena se llevaría a cabo allí en la clase de literatura; durante esas horas liberales de la profesora Sophia. Estaríamos entonces estudiando una intensa obra literaria de amor y desencuentros; una gran pieza intelectual y ciertamente adecuada para la ocasión. Durante una breve puesta colectiva sobre la obra, mientras mi silencio y tristeza aturdiran la atención de Leslie, Mathiew perpetraría uno de esos comentarios clave sobre el libro, agregando a ello una detallada burla sentimental, y así, dirigiendo su mirada directamente hacia mí:

—¡Bueno, y ya que hablamos de problemas amorosos, el otro día una chicuela me rechazó y, fue tanta mi depresión, que por dos semanas no fui a la escuela!

En aquel preciso instante, subiría yo mi atención al comentario de Mathiew, y respondería a ello tras una gran manifestación de defensa, mezclada en parte con algo de desesperación y una pizca de nervios:

—¿Estás burlándote de mí? —reaccionaría yo de la manera más expresiva posible.

—No, no ¿Cómo es que piensas eso Danser? —agregaría él. Yo me pondría de pie para enfrentarlo desde mi banco.

—¿Te crees muy astuto? ¿De veras le ves tanta gracia a mi problema? —aquellas serían mis últimas líneas. Allí recogería rápidamente mi bolsa y, sin mirar hacia ninguna otra parte, dando por sentado que la atención de Leslie se encontrara al cien por ciento sobre mí y aquella situación, me retiraría del salón a gran

paso veloz; tal como las niñas caprichosas se enfurecen ante ciertas situaciones de impotencia dejando su escenario detrás y cerrando la puerta de un breve portazo. Así debía de ocurrir todo, cada línea, cada instante. Y una vez más no lograría nada. E incluso ignorando aquella verdad, el instinto continuaría empujándome hacia esos hechos. ¿Por qué resistirme entonces?

Debía contar también con la complicidad de mi profesora, claro. Ya casi tenía en cuenta cada una de las posibles variables, y una de ellas sería “salir del salón sin conflicto alguno con Sophia”. Claro que su simpatía, comprensión y carisma no dejarían que aquello fuera un problema, sin embargo, aún debía hablarlo con ella. Acordado todo con Mathiew y habiéndole enviado el pequeño guión para mantenerlo al tanto, me propuse a decidir la fecha de realización. Sólo teníamos dos horas por semana, los lunes y los jueves, y aun así, yo recién volvería a clases aquel domingo entrante. Tendría tiempo hasta el lunes; no obstante, la desesperación ya era muy intensa. Imaginaba cada movimiento, cada instante y disfraz. No aguantaría hasta aquel lunes para descargar toda esa adrenalina que se juntaba en mi cabeza y ya pronto se despararraría por todo mi cuerpo.

Cuando pude notarlo, ya era miércoles 9 de Febrero. Quizá era una gran idea deshacerme de aquel plan lo antes posible y llevarlo a cabo justo al día siguiente. Acordamos con Mathiew cada detalle y nos alistamos finalmente para aquel jueves; claro estaba que sólo yo necesitaba estar preparado. De todas formas, no había duda en mi interior de que todas las emociones que luchaban por salir de mi mente, convertirían mi desdicha en una gran actuación de cine.

Y llegó finalmente el día jueves. Decidí arribar algunos minutos más temprano antes de clase para acordar aquellos asuntos con Sophia. Le relaté cada uno de los detalles de mi situación sentimental y, aunque considerando aquella idea como algo realmente divertido, sentía algo de lástima por mí. Aseguró que no habría problema alguno. Le facilité una copia de mi pequeño guión para interiorizarla un poco y me alejé finalmente hacia el resto de los muchachos. Su participación no era tan crítica pero, aun así, necesitaba ponerla al tanto.

Allí estaba yo, con unos gruesos anteojos negros de sol, aquellos que usan las viudas en esos tétricos velorios. Muchos de mis compañeros, incluso Mathiew, ya se encontraban allí esperando para entrar a clase. Decidí utilizar esos pocos minutos de los que disponíamos en el patio antes de que comenzaran las horas, para desparramar mi tristeza frente a la percepción de cada uno de los alumnos que, uno a uno, indagaban sobre lo que parecía ocurrirme. Yo me limitaba a responder, evitando enajenado mencionar su nombre, que una chica a la que realmente amaba acababa de rechazarme hacía pocos días. Observaban aquel rostro fraudulento y enervante, mientras algunos comenzaban a entrar al aula. Leslie no había llegado todavía y la certeza de que contaría con su presencia aún no era del todo convincente.

Entramos al salón mientras Sophia sacaba sus materiales y libros del bolso. Comenzaba finalmente la clase, tan fresca como siempre; yo continuaba irradiando mi tristeza sin exagerarlo todo demasiado. Nadie parecía ponerme atención pero, sin ir más lejos, aquel no era el público que yo realmente buscaba. Ya habían pasado unos veinte minutos cuando la puerta se abrió nuevamente.

—¡Oh, con que llegando tarde, eh!... —se interrumpió Sophia con una atractiva sonrisa, mirando hacia la entrada del salón. El ángulo en el que me encontraba sentado no me permitía distinguir de quien se trataba, y aun así, me sentía realmente nervioso.

—¡Toma asiento! Estábamos justo comenzando con la lectura —agregó la profesora, mientras Leslie cruzaba esa puerta observándome con una brusca mirada que, sorpresivamente, desaparecía una vez más para escapar de mi presencia. Tal como en otras tantas ocasiones, mi estomago optaba por ausentar nuestra amistad y compañerismo para provocarme un agudo dolor de nervios psicológicamente físicos.

Tomó asiento en el banco a mi izquierda casi a la misma altura en la que yo me encontraba. La sentía observándome, inspeccionándome. Manifestando su notable sorpresa al verme allí, esclavo de mi silencio, de mi agonía.

La clase continuaba como si nada, tal como si yo no estuviera allí. Había cambiado el aro que pendía de mi oreja izquierda por

una bolilla colgante tan seductora como llamativa. Supuse que le daría a mi rostro una contextura mucho más provocativa; un estilo más artístico, quizá. William me observaba intrigado desde la otra esquina del salón.

—¡Eh, Danser, que buen arete! —exclamó en voz alta, mientras el alumnado completo volteaba para observarme allí sentado portando mis anteojos oscuros. Sin sonreír más de lo debido, le respondí con una mirada algo seca y vacía.

—Parece un arete de músico —agregó sonriente, mientras yo asentía con la cabeza. Leslie utilizaba aquella situación como la excusa más valedera para poder mirarme con más atención. Me quité mis anteojos sólo para revelarme con más ímpetu. El hecho de llevarlos puestos creaba en ella una extraña sensación de accho que hubiera preferido no causarle. Expresando una vieja mirada pobre y cansada, tomé mi teléfono celular y le envié un pequeño mensaje de texto a Sophia.

« El simulacro será en 5 minutos »

El mensaje ya había arribado a mi profesora a los pocos segundos cuando, emitiendo una dulce e inocente sonrisa, comenzó a leerlo en voz alta sin siquiera percatarse de lo que ocurría. Fue realmente una suerte, una dicha, su avidez al corregirse bajando el volumen de su voz y evitando así cualquier tipo de atención. Nadie parecía haberla escuchado; el simulacro continuaba fuera de peligro. Guardó nuevamente su teléfono celular en la cartera y me observó con un rostro desatinado, lamentándose por casi arruinar mi operativo. Mis nervios se volvían cada vez más intensos. Sabía que ya no habría marcha atrás ni tiempo alguno para arrepentimientos. Esperé cinco minutos tal como lo dispuse, y observé finalmente a Mathiew para darle la señal con la cual debería de comenzar con sus líneas. Con un disimulado gesto de afirmación, el muchacho comenzó a conversar con Sophia, en un alto tono de voz, sobre aquella obra que estudiábamos y, escapándose del guión de un modo ciertamente improvisado, comenzó a adueñarse de la atención de todos:

—Bueno, resulta que el otro día le declaré mi amor a una chica. Y... pues...resulta que ella me rechazó, y a raíz de eso me puse tan mal... decidí, pues, no asistir al colegio un tiempo, y... No permití que continuara tanto. A diferencia de su pobre actuación, mis líneas se adecuaban perfectamente a las del guión. Debía intervenir con mi personaje de una vez por todas y concluir mi efectivo simulacro. Sin dejar pasar un solo segundo más, levanté finalmente mi rostro descubierto para poder enfrentarlo escénicamente:

—¿Te crees muy listo? —exclamé de una vez por todas. Mathiew agachó su cabeza escondiéndose bajo sus hombros con algo de vergüenza. Mientras tanto, el resto de los alumnos observaban absortos aquella tensa e inesperada situación.

—No, no, juro que no, es que...

—¿Estás de broma, entonces? ¿Acaso te resulta divertido? —volví a interrumpirlo de nuevo, esta vez con un tono mucho más emotivo que antes.

Preferí concluir con mis líneas. Ninguna expresión agresiva iba a servirme de nada, y aunque muchos preveían allegarse allí una gran pelea de jóvenes, tomé mi bolsa y me retiré del salón tan rápido como pude. La interminable adrenalina y esa inexplicable sensación que continuaba en mis venas como un gran eco de emociones, se alejaban conmigo a través del patio de la escuela. La misión ya estaba cumplida pero no regresé a casa. Esperé impaciente en un pequeño parque de la zona, sentado en un viejo banco, a que la clase alcanzara su fin; continuaba imaginando cada sensación que pudiera haber envuelto la mente de Leslie. Recordaba aquel clima de tensión dramática en el que podía sentir su inesperada sorpresa a mi reacción. Quizá ella no lo esperaba, o no supuso que algo así pasaría. ¿Cuán importante pudo haber sido su respuesta; su rechazo? Tal vez, todo aquello era sólo una tonta y versátil manifestación teatral para llamar su atención, pensaría ella.

Tomé mi teléfono celular nuevamente y llamé a Sophia para obtener la perspectiva final, el resultado de mis actos, mi tan esperado veredicto. El efecto había inferido mucho mejor de lo previsto, aunque un poco comprometedor para Leslie. Mi sorpresi-

vo escape, seguido por un largo y tendido silencio de parte del público, concluyó en un intensivo interrogatorio colectivo hacia Mathiew con el fin de entender lo que había ocurrido. Sin siquiera revelar el nombre de la protagonista, el muchacho relató gran parte de esa historia mientras Leslie, enmudecida desde su asiento, se aferraba fuertemente a la esperanza de que su identidad jamás se asomara a la luz. Terminada la clase, la víctima de mi falsa actuación parecía haber intentado compenetrarse en ello, evitando connotar demasiado su interés por los detalles. Me sentía satisfecho: Sin lugar a dudas, la historia acababa de volverse importante para los dos.

LAS PROFUNDIDADES DEL LABERINTO

Descendíamos juntos por aquel angosto y renegrido pasillo, mientras yo me quitaba del hombro los pequeños cuajos de la cicatriz; Leslie me observaba con algo de repulsión.

—¿No te impresiona curarte a ti mismo?

—¿Lo harías tú por mí? —exclamé, observando esa mueca en su rostro fruncido.

—Tendría que estar loca. De todas formas, tu pierna ya parece estar mejor. ¿Cómo es que sanas tan rápido? —indagaba ella, deslizándose sus ojos por todo mi cuerpo.

—Pues, no lo sé, Leslie. Aquí muchas cosas no tienen sentido: Trampas ilógicas, abismos que no desembocan en ninguna parte, ángeles de piedra capaces de correr y lanzar flechas; deberías haberlos visto. Casi me matan.

—¿Y todo por mí? —musitó, dispersando una inmensa sonrisa de oreja a oreja.

—¡No querida! A mí es a quien buscaban matar, no a ti —reparé, interrumpiéndola bruscamente. Me limpié algunos trazos de sangre seca en mi pecho mientras ella hurgaba en los bolsillos de mi pantalón.

—Sin ir más lejos, Leslie, ya hemos pasado varias horas aquí encerrados y aún no hemos padecido ni hambre ni sed. ¿Qué crees que signifique? ¿Y qué estás buscando en mis bolsillos? Deja de husmear, no he traído nada.

—¿Y tú teléfono móvil? ¿Tus documentos, las llaves de tu casa? ¿Nada has traído? —investigaba ella en cada uno de los bolsillos.

—Claro que los llevaba conmigo cuando salté a rescatarte. Lo que trato de decirte es que están vacíos. No hay nada en ellos. Tampoco intentes comprenderlo, ni siquiera tus ropas han aparecido. Mejor agradece el hecho de que yo tuviera las mías o estaríamos caminando por aquí completamente desnudos.

—¡Ni lo creas! No hubiera salido del agua, Danser —concluyó ella finalmente, ignorando interminables incógnitas.

—Hey, hablando de agua, ¿no oyes una pileta allí al fondo? —exclamé algo inquieto, contemplando el final de aquel túnel.

Y llegamos así a una inmensa abadía sumergida en profundidades ciertamente cristalinas. Nuestros pasos concluían de forma inevitable en una pequeña plataforma al final del pasillo; nos paramos inmóviles frente a aquel estanque mientras yo investigaba la escena. El nivel de las aguas se encontraba a unos veinte metros de altura desde nuestro pedestal. Bajo aquellos calados, dos inmensas cabezas de piedra yacían sumergidas esperando a que algún aventurero alcanzara a descubrirlas.

—De acuerdo, no soy una experta en esto pero, ¿cómo se supone que bajaremos allí? ¿Y dónde está la puerta de salida, Danser? —comenzó a atormentarse ella. Yo continuaba enfocando mis ojos hacia aquellas profundidades.

—¡Lo tengo! Ya sé lo que debemos hacer, Leslie. Por empezar, tendremos que dar un buen salto al agua. Luego...

—¿Estás loco?! Aquí el único inconsciente capaz de hacer una cosa así eres tú, lo siento. Tendrás que saltar tú mismo y resolver el camino solito —se quejaba ella, intentando escapar de la adrenalina; aquel era un brinco realmente complejo.

—Está bien, tengo una mejor idea. Yo saltaré solo y tú te quedarás aquí arriba. Cuando acabe de comprender la maquinación de esta especie de ermita, buscaremos otra forma de lograrlo, ¿de acuerdo?

—No hay ningún problema, tan sólo procura no olvidarme aquí arriba —me exigió, con otra de esas sonrisas tan infantiles—. ¿No te da vértigo saltar desde un lugar tan alto?

—No te preocupes, ya lo he hecho algunos años atrás. Resulta bastante divertido, aquí vamos... —retrocedí finalmente unos metros y, evitando cometer de nuevo viejos errores, me arrojé de

cabeza hacia el fondo del curioso santuario. Descendiendo cuesta abajo y extendiendo ágilmente mis piernas, pude sentir claramente como mi cuerpo se sumergía en aquellas profundidades. Sin dejar que las bajas temperaturas lograran entumecerme, retomé velozmente mi camino hacia la superficie.

—¡Dime que estás bien, Danser! —me gritaba Leslie desde el encumbrado pedestal. Sacudí sutilmente mi cabeza, y corriendo algunas gotas de mis ojos, comencé a agitar mis brazos para adquirir flote.

—Sí, estoy bien. Creo que nadaré un poco por la zona, desde aquí no logro ver nada —añadí, algo agitado por mi gran salto. Leslie me observaba desde aquellas alturas con suma atención, asomándose cuidadosamente sobre el pedestal. Yo comencé a zambullirme ligeramente a lo largo de esas aguas, alcanzando así una delgada plataforma en la esquina de la abadía; me paré finalmente sobre ella. Escurriendo con gran designio mis calzoncillos, investigaba desde allí las insólitas profundidades; tal vez hallaría así nuestra próxima salida.

—¿Qué has encontrado? —exclamó ella desde allí arriba.

—No estoy seguro. Creo que hay una palanca en el fondo del agua. Tendré que bajar y averiguarlo.

—¿Está muy profunda?

—Unos quince metros quizá. Soy bueno buceando, puedo lograrlo —alardeé con un fuerte grito, cerciorándome una vez más de mis cálculos. Almacenando todo el aire que pude, me eché nuevamente al agua efectuando un hermoso salto en clavado. Comencé a descender a toda prisa rezando por salir otra vez a la superficie.

Y rocé finalmente aquella extraña palanca que había visto, descubriendo como el aire en mis pulmones ya no me era suficiente; cargué nuevamente mis pocas fuerzas y volví a germinar hacia el exterior.

—¡Danser! ¿Lo has conseguido? —me gritó entusiasmada al verme salir del agua.

—No, no pude. Sólo llegué a tocar la palanca con mis dedos; no me ha alcanzado el aire —exclamé agitado, recuperando parte del oxígeno malgastado; me costaba recobrar el aliento.

—Descansa un poco e inténtalo de nuevo. Tú puedes, Danser —me estimulaba Leslie desde el alto pedestal. Levanté mi cabeza y le sonreí para que se quedara tranquila; no iba a fallarle esta vez. Llené nuevamente mis pulmones y, lanzándome aguzadamente hacia el agua, volví a sumergirme en aquellos largos y profundos quince metros. Abriendo mis ojos de par en par, tomé la palanca con ambas manos y apoyé firmemente mis pies contra el muro. Dejé que la fuerza de mis brazos lograra desplazarla de su oxidada posición y volví a alcanzar la superficie para observar los resultados.

—¡Ahí estas, Danser! Mira, el agua está descendiendo. ¡Lo has conseguido! —gritaba ella de felicidad. Yo me limitaba a contemplar aquel nuevo escenario. Frente a mí se revelaban ahora dos inmensas efigies con forma de ángeles. De sus pechos, desnudos entre sus brazos de piedra, asomaban dos curiosos habitáculos iluminados por pequeñas antorchas; al parecer, sólo debía llegar hasta ellos e investigar de que trataba aquel desafío. Las aguas ya llevaban descendidas unos cuantos metros más que antes, mientras yo trepaba exhausto hacia una nueva plataforma.

—¡Que estatuas inmensas! ¿Qué tienes que hacer ahora, Danser? No es que quiera ser reiterativa, pero ve pensando como harás para bajarme de aquí —se quejaba desde aquellas alturas.

—No me pongas más nervioso de lo que ya estoy, Leslie. En el pecho de las estatuas hay algunos mecanismos, no alcanzarás a verlos desde allí. Al parecer, debo llegar a ellos y activar alguna clase de circuito —le expliqué detalladamente para que no se aburriera; llevaríamos allí un buen rato.

Comenzaría por el ángel de la izquierda, el más cercano de ellos. Junto al muro, apegado a su enorme brazo, se extendía una delgada rampa de piedra. Comencé a avanzar sobre ella hasta alcanzar así un pequeño pedestal saliente de su cintura.

—¡Hey, Danser! No puedo verte, los ángeles me dan la espalda. ¿Podrías ir contándome lo que haces? —indagó ella, recosándose sobre el prominente pedestal y asomando sutilmente su cabeza para observar la escena.

—Pues, estoy parado sobre una plataforma de piedra en la parte frontal de la estatua. Parece que tendré que realizar un par

de saltos hacia el centro del santuario —murmuré, estudiando con suma atención cada parte del circuito. Las estatuas se encontraban a unos treinta metros de distancia una de la otra, desplegando entre sus brazos un profundo precipicio sobre el cual Leslie observaba impaciente por que yo resolviera el enigma.

Frente a mis ojos, surgiendo del brazo derecho de aquel ángel, otro de esos delgados pedestales esperaba a que me colgara ágilmente de él. Salté hacia adelante sin tomar distancia alguna y, evitando mirar hacia abajo, alcancé finalmente la plataforma; me paré sobre ella.

—Acabas de saltar, ¿no es así? —Leslie curioseaba ante cada uno de mis movimientos; insistía en oír la presencia de mi voz.

—Así es. Por cierto, ¿ves aquella barra de hierro junto al brazo interior? —exclamé, calculando vigoroso la próxima de mis piruetas.

—¡Sí, la veo! ¿Piensas saltar hasta allí?

—¡Exacto! Hazme un favor, Leslie. Descríbeme lo que ves al otro lado del ángel. Necesitaría saber con qué clase de obstáculos voy a encontrarme —le pedí, esperando a que el peligro no atinara a perseguirme tras cada uno de mis pasos.

—Pues, creo que frente a la vara hay otra de esas tablas cuadradas para pararse. Intenta llegar hasta allí, no parece ser tan complicado.

—Nada parece complicado desde allí arriba, querida. De acuerdo, aquí vamos —tomé un pequeño empujón y salté finalmente hasta aquella pértiga.

—¡Ya te veo, ya te veo! —comenzó a gritar gozosa; acabábamos de recobrar otra vez nuestro humilde contacto visual.

—Ahora sólo te queda saltar hasta aquella plataforma —exclamó Leslie, mientras yo coordinaba cada uno de mis pasos; no necesitaba esos consejos tan evidentes. Sujetando la vara con todas mis fuerzas, y observando absorto aquel abismo a mis pies, comencé a balancearme hacia atrás y adelante apuntando fijamente hacia el pedestal. Dejé que mis piernas hicieran el resto y alcancé finalmente la delgada plataforma. Allí, frente a mis ojos, pendiendo desde las más intangibles alturas, una interminable cuerda yacía empapada esperando impaciente a que me colgara

de ella. Retomé una vez más mi carrera y salté velozmente hacia aquella maroma; Leslie observaba intranquila mientras yo investigaba otra vez mi efímero itinerario.

—Tienes que llegar hasta aquella escalera en el muro frontal. Balancéate con las piernas —me indicaba ella, asomando su cabeza hacia abajo. Yo comencé a sacudirme una vez más intentando mantener mi equilibrio.

—¡Lo estás haciendo mal! Tienes que usar las piernas, Danser. Necesitas generar contrapeso —insistía ella.

—¡Yo sé lo que hago! ¡Déjame hacerlo a mi modo, Leslie! Quisiera verte a ti realizando todas estás acrobacias, ya tengo las manos repletas de callos.

—Es que lo haces mal, Danser, tienes que hacerlo con las piernas. ¡Hazme caso! —persistía ella en su inocente discusión mientras yo, con cierto desgano, me resignaba finalmente a hacerle caso. Comencé a sacudir mis extremidades en ambos sentidos, logrando de esa manera un notable vaivén hacia aquella escalera. Dejé que la cuerda alcanzara una corta distancia y salté finalmente hasta el muro.

—¡Te lo dije! Deberías escucharme más a menudo, Danser —presumía Leslie, observándome allí colgado de la extensa escalera. Comencé a subir cuidadosamente por ella hasta alcanzar así un pequeño surco en las alas del ángel.

—¡Hey! Observa el brazalete en el brazo de la estatua. ¿Qué opinas? ¿Crees que pueda saltar hasta allí? —indagué yo, calculando algunos riesgos.

—Creo que sí. Deslízate por su cuello hasta llegar a su hombro. Desde allí sólo tendrás que dejarte caer. Me aferré animosamente de esa inmensa oreja de piedra y realicé cada uno de mis movimientos tal cómo ella me lo había indicado. Así alcancé finalmente a posarme sobre ese holgado brazalete. Luego, un breve salto hacia el pecho y ya me encontraba en su pequeño habitáculo.

—¡Eureka! Lo hemos conseguido. Gracias Leslie, te debo una —exclamé en un grito de euforia.

—Exactamente, así que empieza por bajarme de aquí, Danser. Ya me está dando vértigo —se quejaba otra vez. Yo continuaba

inspeccionando aquel extraño habitáculo. Se trataba de una minúscula tapia decorada por tres medianos agujeros, uno al lado del otro, y sobre ellos, tres insólitos símbolos por descifrar. En el suelo, junto a inmundas telarañas cubiertas de insectos, una mano cadavérica yacía inmóvil frente a mis ojos. Comencé a husmear por adentro de aquellos agujeros en el muro; parecía comprender finalmente de qué trataba el acertijo.

—¿Qué has encontrado allí, Danser? —se escuchó su voz lejana rebotando en cada esquina del santuario.

—Algún tipo de enigma. Escucha esto, Leslie: Frente a mí hay una pared de piedra con tres agujeros en ella, y al parecer, uno de ellos posee adentro una cuchilla. Cada agujero lleva en su interior una palanca, ¿sabes lo que eso significa?

—¿Qué perderás una mano? —dedujo con cierta picardía.

—Pues, esperemos que no. En fin, dos de estas clavijas son las correctas mientras la otra me dejará manco. Sólo resta averiguar en cuál de todas ellas no debo meter mi mano —proyectaba yo en voz alta.

—¿Qué no hay allí un manual de instrucciones, Danser?

—¡Oh, claro! Es más, aquí está escrito el teléfono del fabricante. Podríamos llamarlo y preguntarle, ¿no crees? —me burlé ante su “no tan errado” comentario. Aquellos símbolos parecían significar algo; comencé a observarlos con más atención. Se veían realmente familiares, parte de algún viejo recuerdo en los rincones de mi memoria. Metí mis manos en dos de los agujeros, ignorando aquel que se ubicaba en el medio, y jalé finalmente de las pequeñas palancas.

—¡¿Danser?! ¿Qué fue ese ruido? —exclamó Leslie asustada al oír un resonante deslíz de cuchillas.

—¡Jaja! Sabía que estaba en lo cierto. Lo que acabas de escuchar fue la guillotina. Tuve suerte de no haber metido allí mi mano —exclamé aliviado, sin dejar de sostener las palancas.

—¡Vaya, que alivio! ¿Y ha funcionado? ¿Cómo has sabido cuales eran los agujeros correctos? —indagaba ella aplacada, al descubrir que mi cuerpo aún continuaba íntegro.

—Pues, cada uno lleva encima un símbolo extraño. Dos de ellos figuraban en un curioso rompecabezas que armé una vez en

casa. Sólo tuve que correr el riesgo —le respondí, mientras el agua comenzaba a subir nuevamente. Corrí rápidamente hacia el exterior, evitando ahogarme en el fondo de aquella habitación, y me arrojé por entre los brazos de la inmensa estatua; subí finalmente a la superficie. Las aguas parecían haber ascendido a un nivel mucho más alto esta vez.

—¡Escúchame, Leslie! Tienes que saltar, es tú única oportunidad —le grité, agitando mis brazos y piernas para no perder flote.

—¿No podrías hacer que el agua suba un poco más? Es muy alto, Danser —se lamentaba ella, engullendo su pánico.

—No puedes quejarte, Leslie. Ya son menos de veinte metros de altura, puedes hacerlo sin ningún problema —le insistía yo, intentando convencerla; supuse que mis ropas, las que ella aún llevaba puestas, volverían a mojarse de nuevo.

Retrocedió algunos metros para tomar suficiente carrera mientras yo me alejaba a un costado para que no aterrizara inesperadamente sobre mi cabeza.

—¡Ahhhhhh! —gritó despavorida, abandonando finalmente el pedestal. Su cuerpo se estrelló contra el agua mientras yo me sumergía para ayudarla a ascender a la superficie.

—¡Jaja! Eso ha sido estupendo, Danser. Me atrevería a hacerlo de nuevo —bromeaba ella, sacudiendo sus brazos para adquirir flote.

—¿Estás de broma, Leslie? Vamos, por aquí. Tenemos que llegar hasta el pecho del segundo ángel —le ordené yo, desdibujando una ingrátida sonrisa y comenzando a nadar en dirección noreste.

—¿Qué te ocurre? ¡Jaja! —se quebraba en carcajadas mientras yo me detenía en reiteradas ocasiones.

—Se me están saliendo los calzoncillos. Creo que el agua me los quiere arrebatar —le respondí, recurriendo a un pequeño tono de ironía.

—¡Jaja! Pues, a mí se me está estampando tu camiseta contra el pecho enmarcándome toda y no digo nada.

—¡Vaya! Suena tentador —me reí, exhibiendo algo de picardía y alcanzando finalmente la entrada del próximo habitáculo.

El agua alcanzaba el nivel exacto de aquella plataforma; ya no nos enfrentaríamos a ninguna clase de precipicio.

Me subí al aposento cuidando una vez más de no perder mis calzoncillos, mientras Leslie me tendía su brazo para que la ayudara a salir del agua.

—Tenías razón en cuanto a la camiseta —musité, observando su figura por debajo de mis ropas estrechadas sobre su pecho. Se volteó rápidamente y se escurrió la prenda con ambas manos.

—Ya no se notan para nada —repuso con una vengativa sonrisa. Yo me volví hacia nuestro nuevo acertijo. Allí en el suelo, una extraña plataforma decoraba el centro del curioso habitáculo mientras dos concisas cuerdas de fibra escapaban de las paredes laterales.

—¿Qué crees que haya que hacer aquí, Danser? —preguntó Leslie intrigada. Yo me viré nuevamente hacia la entrada de aquel cuarto donde un inmenso arcón de madera yacía inmóvil junto al agua.

—No lo sé aún, pero ayúdame a arrojar esta caja afuera. Podría ahorrarme algunos saltos si tuviera que trepar de nuevo —exclamé, apoyando mis manos sobre el enorme arcón.

—¡Ven, ayúdame! No te quedes allí parada —le insistí otra vez, mientras ella apegaba sus manos junto a las mías; su pereza femenina comenzaba a molestarme un poco.

—A la cuenta de tres, ¿de acuerdo? Uno, dos, ¡TRES! —empujábamos con todas nuestras fuerzas mientras la caja se inclinaba lentamente sobre el agua. Un pequeño aventón y allí estaba aquel arcón alejándose hacia una de las esquinas del templo, flotando inapelablemente a la deriva. Regresamos una vez más la vista hacia el pequeño habitáculo, mientras yo me aproximaba hacia la extraña plataforma en el centro.

—¡Espera! Mira hacia arriba, Danser —exclamó ella, percatándose de dos gigantescos martillos suspendidos sobre mi cabeza.

—¡Vaya! Lo tomaré como parte de las instrucciones. Están allí por alguna razón, creo que alguno de los dos deberá pararse debajo mientras el otro jala de las cuerdas, y créeme Leslie, hará falta mucha fuerza para tironear de ellas.

—Lo sé, tú eres más fuerte que yo. Pero estás loco si piensas que voy a pararme debajo de esos martillos. Me harán papilla cuando caigan —se quejaba exasperada. ¿Cómo podría protegerla sin ponerla unos instantes en peligro? Al parecer no era posible; todo allí tenía un precio.

—Lo siento, Leslie, no hay otra opción. Escucha bien lo que haremos. Tú te pararás en la plataforma y yo comenzaré a tirar de las cuerdas para activar el mecanismo. En cuanto vea a los martillos sacudirse te quitaré rápidamente de la balanza, ¿de acuerdo? No dejaré que te pase nada, confía en mí —intentaba tranquilizarla. Leslie asintió con un leve gesto en su mirada y se colocó justamente frente a mí.

—Está bien, sólo avísame cuando deba subir —exclamó ella, sin dejar de mirar hacia arriba. Yo tomé con ambas manos las cuerdas y comencé a tirar de ellas con todas mis fuerzas.

—¡Ya puedes subir, Leslie!

Sin soltar su vista de aquellos robustos martillos que esperaban por caer, subió con sumo cuidado a la plataforma. De pronto sentí como las cuerdas se aflojaban simultáneamente obligándome a tirar de ellas con más empeño aún.

—¿Estás bien, Danser? —preguntó alarmada, al verme ejerciendo semejante forcejeo.

—Sí, creo que puedo lograrlo. Ya entendí como funciona esta cosa, Leslie. ¿Ves estos dos ganchos en las puntas de las cuerdas? Tengo que empalmarlos el uno con el otro. Si suelto las sogas los martillos te aplastarán —le explicaba en leves tartamudeos, intentando controlar la resistencia de mis brazos; las ganzúas ya se encontraban a sólo unos pocos centímetros de distancia.

—¡Ya no puedo más, Leslie! Estas cuerdas me están ganando. No sé cuanto más pueda aguantar —barboteaba yo, sin dejar de tironear de ellas.

—¡Aguanta un poco, Danser! Ya casi lo logras, te quedan menos de veinte centímetros —intentaba incentivarla mientras mis últimas energías optaban por esfumarse de mi cuerpo.

—Es que ya no siento los brazos, creo que voy a soltarlas. Cuando te diga, salta hacia atrás tan rápido como puedas, ¿de acuerdo?

—No saltaré hacia ninguna parte. Sé que puedes hacerlo, Danser, siempre logras lo que quieres. Busca esa fuerza que tanto te ayuda a obtenerlo todo.

—¡Ya casi no siento mis brazos, Leslie! ¿Qué no puedes entenderlo? —insistía yo, dejando caer de mi frente grandes e interminables gotas de sudor. Me encontraba a punto de soltar las riendas dejando que los muros de aquel pequeño habitáculo se burlaran nuevamente de mí. ¿Cómo iba a permitirlo?

—No necesitas sentir tus brazos, Danser. ¡Siénteme a mí! Mírame a los ojos como siempre lo haces y deja que esa magia inexplicable surja sola —concluyó ella, sin dejar de concentrarse en los martillos. Opté finalmente por neutralizar mi molesta falta de fe y comencé a ensimismarme en la imagen de Leslie. Su cuerpo, su rostro embellecido por aquellas interminables horas de insomnio a las que nos íbamos enfrentando. Me enfocaba atrevidamente en la sombra de sus pechos bajo la tibia humedad de mi camiseta. Su cabello empapado y extendido sobre la perfección de sus hombros. La observaba como un tonto apasionado mientras mi cuerpo recuperaba insólitamente sus fuerzas. La energía se esparcía por mis venas alcanzando por fin las muñecas de mis manos. Dejé que mis nuevos esfuerzos hicieran su debido trabajo y empalmé finalmente los ganchos. Soltaba aliviado las cuerdas cuando noté que los martillos se desprendían sorpresivamente del techo para aplastar a Leslie. La tomé velozmente de sus ropas y la arranqué de aquella plataforma con suma rapidez. Los martillos se atizaron desatando un grave y resonante estrépito, mientras Leslie caía inevitablemente sobre mi pecho.

—Mmm, creo que ya ha acabado todo. Ya puedes levantarte. A menos que estés cómoda, claro —le sonreí, observándola fijamente a los ojos.

—Sí, tienes razón —añadió ella, levantándose del suelo y ayudándome a colocarme de pie.

El agua comenzó a bajar nuevamente develando así una pequeña rampa junto al brazo izquierdo de la estatua.

—¡Vaya! Menos mal que te arrojaste al agua. Poco más y te quedas allí arriba para siempre —exclamé aliviado, observando en un rincón el arcón que habíamos dejado caer minutos antes.

Caminamos cuidadosamente a lo largo de aquella rampa hasta alcanzar finalmente la planta inferior.

—¿Has visto, Leslie?! Sabía que la caja serviría de algo —añadí, al observar nuestra puerta de salida a unos tres metros de altura.

—Ven, ayúdame a colocarla junto a la puerta, sólo así logramos subir —apoyamos nuestras manos sobre aquel arcón y lo situamos medianamente contra el muro; me encontraba realmente agotado. Recurriendo nuevamente a la energía de mis brazos, me subí rápidamente a la caja mientras ella se recostaba en el suelo del salón como una verdadera chiquilina.

—¡Hey! ¿Qué haces? No te hagas la tonta. Me escalé todo el santuario para sacarnos de aquí. Pon algo de voluntad ¿de acuerdo? —le grite enfurecido, observándola allí tendida.

—¡No me digas tonta! ¡Tengo nombre, imbécil! No como tú, claro, que tienes varios. ¡Jaja! —comenzó a reír, decorando nuevamente el tono de nuestra conversación. Le cedí una mano y la ayudé a subir hasta la parte superior de la caja; la puerta ya esperaba entreabierta en el recóndito de aquel pasaje.

—¿Varios nombres? Si te refieres a los que usaba por Internet, déjame aclararte que sólo fue por motivos de copyright. No puedo usar mi verdadera identidad en cada idiotez que hago, ¿no crees? —me justifiqué, concentrando mis ojos en su dulce sonrisa.

—Me refería al que usaste conmigo. ¿Qué ya no te acuerdas? —añadió ella, adoptando lentamente una mueca de seriedad.

—¡Ohhhh! Ya creo saber a cuál te refieres —reaccioné, bataneando mi cabeza en un torpe gesto de negación. Me quité algunas gotas de agua de los ojos y, sacudiéndome el pelo una vez más, cruzamos finalmente la puerta.

CHRISTIAN MITCH

El valor de cada hecho se volvió algo realmente significativo a raíz de mi innecesario número teatral. El simulacro había logrado captar en Leslie esa atención que yo tanto necesitaba; transmitirle la importancia de mis sentimientos y de lo que ella realmente significaba para mí. De cualquier modo, mi regreso a la escuela no fue una de esas grandes sorpresas para nadie; tampoco deseaba que así lo fuera. Lo importante era haber tomado el dramatismo de mi personaje con excesiva seriedad, tanta que, cada momento de mi vida, cada hecho y cada aventura, se transformaban en parte de esa historia; una historia que se volvía cada vez más interesante.

Los días pasaban muy lentamente mientras yo me advertía de su presencia en las clases. La observaba horas y horas sin siquiera parpadear. Me sentaba en una punta del salón y, sigilosamente, recorría con la mirada cada rincón de su cuerpo allí desplomado sobre la silla. Su forma de mover el bolígrafo, de acomodar las hojas. La observa tan detenidamente que al cerrar mis ojos aún lograría dibujar una imagen perfectamente detallada de lo que ya no podría contemplar. La pintaba en mis cuadernos y en algunas fotocopias que encontraba allí perdidas en mi bolso. Si dibujar se volvía aburrido, escribía algunas de mis historias en puño y letra para memorizarlas literariamente y obsequiárselas luego al bote de la basura. Me encantaba pensar en Leslie, descubrirle en cada nuevo día, cada semana.

El tiempo continuaba deslizándose y yo aún sentía esa necesidad de llegar a ella. Más allá de mis ilusiones y mis fantasías, necesitaba su voz, sus palabras, todo lo que mis ojos no podrían jamás

conseguir. Si no iba a lograr nada ante su persona, pues entonces sería una vez más con la ayuda de la informática. Necesitaba construir una nueva identidad, otro rostro y otro nombre. Alguien con quien ella pudiera conversar libremente sin saber de quien se tratara. Comenzaba aquella tarde una nueva misión, un nuevo objetivo que, más allá de mis esperanzas, sabía que duraría sólo un tiempo; y aun así, necesitaba intentarlo de todas formas.

—¿Cómo estás, Danser? —me saludó Albert, al verme conectado en el Chat.

—Muy bien la verdad. Oye, necesitaré tu ayuda. Es bastante sencillo ahora que lo pienso —recurrí a él para solicitar algo de asistencia en mi proyecto.

—Claro, en lo que pueda ayudarte, encantado será.

—Pues, estoy creando una nueva cuenta de Chat. Un nuevo usuario sólo que utilizando otra identidad. Me gustaría que pudieras facilitarme algunos apellidos de gente que conozcas. No soy bueno inventando nombres, así que haré una amalgama entre varios —le expliqué detalladamente.

—Mmm, pues, tengo un amigo que se llama Richard. Su apellido es Mitch, Richard Mitch es su nombre completo —respondió Albert, tras meditar algunos segundos.

—¡Vaya! Creo que ese estará bien. De todas formas, no busco ninguno en particular. Ahora, me gustaría que mencionaras alguna ciudad ciertamente desconocida. De esas de las que casi nadie ha oído hablar.

—Pues, existe una ciudad no muy lejos de aquí llamada Felton. Se que está por allí pero, tal como tú lo has dicho, no se ha oído hablar mucho de ella —cooperaba Albert con su tan variada información.

—Estará bien con eso. Te lo agradezco.

—No hay por que, Danser. Supongo que estarás muy ocupado, te dejaré trabajar tranquilo en lo tuyo —se despidió amistosamente, mientras yo continuaba construyendo mi nueva identidad. Adentrándome en aquellos suburbios de la gran red, por los más sinuosos rincones del Internet, logré darle a mi nuevo personaje un rostro y un cuerpo. Se trataban de las fotos de un mu-

chacho de unos años más que yo. Desconocía su identidad, aunque su contextura física y conquistadora masculinidad eran el disfraz perfecto para mis intenciones. Su estructura facial me sonaba simplemente a "Christian". Un nombre bastante adecuado para acompañar a aquel apellido que ya esperaba ansioso por encontrar dueño. Mi nueva identidad se encontraba casi lista para escapar a la luz, aunque aún debía construirle su historia; un pasado, un futuro. Disponer de ciertas temáticas de conversación, algo que pudiera compartir con Leslie sin tener que fingir nada más que mi nombre. Dejaría entonces que el tiempo lo decidiera. Me dejaría fluir, llevar por los momentos, por aquellas vivencias imprevistas que el destino traería consigo. Acabé de construir mi nuevo perfil en el Chat y, observando aquella lista vacía de contactos, agregué a Leslie para comenzar con esa aventura virtual que, tras nuestras respectivas pantallas, se volvería algo ciertamente real a cada instante. El primer paso ya estaba completo, sólo restaba esperar a que se conectara; algo que ocurriría justo al día siguiente.

—¡Hola! —me saludó ella abiertamente, la tarde de aquel lunes 7 de Febrero.

—Hola, un gusto conocerte —le respondí, presentándome nuevamente, sólo que esta vez, por detrás de mi nueva identidad.

—Lo mismo digo. ¿Cómo es tu nombre? ¿De dónde eres? ¿Qué edad tienes? —me bombardeaba con preguntas cuyas respuestas ya se ocultaban dispuestas bajo mi manga esperando a ser empleadas. La situación parecía estable, sólo se trataba de recorrer aquel camino de la forma más equilibrada posible.

—Pues, mi nombre es Christian. Christian Mitch. Tengo diecinueve años y vivo actualmente en la ciudad de Felton. ¿Has escuchado hablar de ella alguna vez? —le respondí, disfrazando mis diecisiete años con aquellos disimulables diecinueve que, acorde a las fotos de mi perfil, encajaban perfectamente.

—¡Vaya! La verdad es que no, nunca he oído hablar de esa ciudad. Yo soy Leslie, por cierto —agregó ella, añadiendo una de esas expresivas caritas sonrientes al final de su frase; aquellas

caras gestuales que suelen convertir una conversación en algo mucho más expresivo que simples palabras.

—Y dime, Leslie, ¿qué edad tienes? ¿Qué haces de tu vida?— pregunté yo, conociendo anticipadamente su respuesta y evitando causar la más mínima sospecha acerca de mis previos conocimientos.

—Bien, tengo diecisiete años, vivo en la ciudad de Harainay, estudio, salgo con mis amigas a fiestas y a discotecas. Podría decirse que hago de todo un poco —alegaba ella con franqueza y simpatía. Sus palabras aterrizaron en mí tal como yo quería. Otro rostro y otro ser que, bajo aquel grotesco disfraz digital, se deleitaba con esa conversación notablemente amistosa. Continuamos quizá una hora platicando sobre tonterías y temáticas que, aburridas ante cualquier curiosidad ajena, se sentían como un gran baño de victoria.

Las conversaciones persistieron durante varios días. Comencé a creer que mis logros por atraerla hacia Christian se debían sólo a esas falsas fotografías; a la argucia de mi edad, a la hipocresía de mis músculos y a aquel rostro de diecinueve años que pertenecía a algún otro afortunado. Comenzaba a molestarme esa libertad suya para conmigo. ¿Por qué no se comportaba así en persona? Si Christian lograba adecuarse tanto a aquella persona ideal con la que cualquier chica gozaría al conversar todos los días, ¿por qué no intentarlo conmigo, con la verdadera cara que se escondía bajo esa máscara? Su timidez hacia Danser, hacía mí, confundía mis criterios tras cada charla que compartía con Christian. Ya no podía soportarlo: Aquella pasión que se colaba por entre las teclas de mi ordenador cada vez que conversábamos en el Chat, se encontraba por desmentirse de una vez por todas.

Nos juntábamos con Frederic una de esas tardes de Febrero. Solía revelarle todas mis tácticas, mis estrategias por acercarme a Leslie cada vez más. Nuestras conversaciones se volvían sumamente monotemáticas al tratarse de ella. Se transformaba todo en una obsesión constante que, poco a poco, comenzaba a alterar mi cordura.

—Hey, Danser, ¿Por qué no aprovechas esa sesión de Christian que has creado, y averiguas un poco de información sobre Aria? —me sugirió Frederic, intentando darle un mejor uso a mi ficticio personaje. Aria era una de esas chicas atractivas de la escuela cuyo cuerpo se acercaba meramente a la perfección. Un cuerpo cuya delicadeza era una estafa para nuestros ojos y sentido común. Una peligrosa arma contra esas hormonas que alborotaban nuestra concentración cada vez que pasaba cerca nuestro en el colegio.

—Agrégala a tu lista de contactos. Platica con ella, averigua que cosas le gusta hacer, cuales son sus pautas para convertirse uno en su chico ideal. Sus pasatiempos, sus gustos predilectos —me incentivaba Frederic, casi logrando convencerme de ello.

—Pues, ahora que lo dices, no parece una mala idea. Quizá esta estrategia de Christian Mitch nos sirva para matar dos pájaros de un tiro: Conseguir llegar a Leslie, y en cuanto a ti, averiguar detalles sobre Aria que puedan servirte para cortejarla. Así fue como aquella tarde agregué a Aria a mi lista de contactos. Comencé a agregar a muchas personas. Amigas de Leslie, de Aria. Personas que, para aquel entonces, ya se encontraban muy al tanto de mi plan. Albert y Frederic perseguían cada uno de los hechos alimentando su curiosidad e interés sobre el asunto. Yo continuaba adherido a la silla de mi ordenador desviviéndome por aquellas conversaciones que se volvían cada día más intensas.

Logré adentrarme, al poco tiempo, en las grandes intimidades de Aria. Conversaba en el Chat con ella aun más que con Leslie. Platicábamos de todo, coqueteábamos bombardeándonos con indirectas y directas que convertían aquellas charlas en interminables guerras de seducción mutua. Las tardes virtuales entre Aria y Christian Mitch representaban ante mis ojos el mejor aprendizaje sobre como cortejar chicas. Sus maneras de pensar, de vivir. Sus formas de vernos a nosotros «los hombres», nuestras actitudes. Aprendí que la sinceridad es siempre el mejor camino, la mejor pauta en las relaciones. Una sinceridad que, a simple vista, estaba olvidando emplear con Leslie. Las pláticas con Aria se volvían ciertamente adictivas. Así fue como, un día de esos, lo-

gró arrebatarme mi número telefónico. Insistía, justificadamente, en que necesitaba hablar conmigo todos los días. No le bastaba con encontrarme en aquel Chat, tras esas coloridas letras que viajaban por el ciberespacio hasta llegar a ella en cada conversación. Necesitaba platicar conmigo día y noche. Así, pues, tras sus obstinadas peticiones, le cedí finalmente mi número de teléfono: Ese único factor en común que aún compartían Danser y Christian. Aria llamaba casi siempre después de clases. Engruesaba yo mi voz para que no descubriera quien era; conocía mi verdadero timbre tras haberme escuchado alguna vez entre mis amigos. Mis tácticas de conquista, de seducción, aquellas herramientas cautivantes que llevaba yo a la práctica con Aria, se volvieron realmente un problema a los pocos días de convertirla en víctima de mis trastadas. Comenzó a sentir cosas por mí, emociones por la verdadera personalidad de Christian. Una personalidad tan atenta y discreta que la apoyaba en sus momentos de soledad e incertidumbre. Necesitaba conocerme personalmente de una vez por todas; algo que jamás podría permitir. Decidí hacer alusión a sus sabias enseñanzas y recurrir al mejor camino del que ella solía hablar: La sinceridad. Al día siguiente, encararía a mi inocente enamorada en el patio de la escuela y le revelaría la verdadera identidad de Christian; una verdad cuya existencia debería esquivar preceptivamente los oídos de Leslie. Mientras tanto, yo continuaba dejando a un lado esa vieja filosofía de la sinceridad, para retomar mis intensas charlas con la verdadera víctima de mi tonto proyecto.

—Y dime, Leslie. ¿Tienes novio? ¿Existe, acaso, algún pretendiente a la vista? —le pregunté, dejando connotarse un leve tono de broma.

—Pues, a decir verdad, no por ahora. ¿Y tú? ¿Alguna novia por allí? —agregó ella, retrucando mi pregunta.

—No, no estoy de novio pero, curiosamente, me encuentro bastante atraído a una chica de mi clase. Algo que, últimamente, se está convirtiendo en una polémica para mí —respondí, refiriéndome indirectamente a su persona.

—Vaya, eso no suena nada bien. ¿Te gustaría contarme de eso? —indagó ella, algo cautivada por la romántica e intrigante historia de Christian.

—Pues, todo comenzó hace varios meses atrás. Podría decirse que su presencia en mi vida no era tan significativa como lo es ahora —iniciaba yo mi largo relato, mucho más inquieto que de costumbre. ¿Notaría acaso la relación de los hechos entre mi atractivo personaje y yo? —intenté una vez revelarle mis sentimientos, mis verdaderos sentimientos, pero ella acabó rechazándose. No entiendo realmente a las chicas, ¿qué cuernos buscan encontrar en un muchacho? —continuaba yo.

—¡Que mal suena eso, Christian! No entiendo como podría una chica rechazarte de esa forma; al menos a mí me caes de maravilla.

—Me alegra saber eso, Leslie —respondí, contradiciendo la triste riña de que disfrutara más de mi excéntrico disfraz que de mi propia personalidad.

—No lo sé, quizá las chicas de hoy se concentren más en lo que concierne a la musculatura, la belleza exterior —agregué, con el fin de corroborar ciertas dudas existenciales que aún divagaban por mi mente.

—¿Por qué dices eso, Christian? Es cierto, a las chicas nos gusta que el muchacho sea buen mozo, atractivo y más aún si posee un lindo cuerpo. Aunque yo, personalmente, preferiría tener a mi lado a una persona divertida, sincera y dispuesta a mí en cada momento —contestó Leslie. Intentaba descifrar aquella respuesta basándome en mis sucintas características. «¿Cómo es que le gusta todo aquello acorde a mí, pero me rechaza de todas formas? Le confieso que me gusta, que le dedico toda mi atención, que la estimo y la admiro, dispuesto a protegerla de cualquier peligro, de sus inseguridades. Dispuesto a estar con ella incondicionalmente, y aun así me rechaza». Intentaba descifrar aquella respuesta, lamentando que no fuera Danser el protagonista de esas pláticas. Recostándome sobre el teclado de mi ordenador, me escabullía en mis fantasías por cambiar el pasado. Borrar de la historia aquel momento en el que osé a revelarle mis sentimientos e impulsos. De esfumar de su recuerdo aquel ins-

tante en el que aquella libertad de expresión que Christian compartía con ella aún no existía. ¿Y qué ocurriría una vez que conociera mi verdadera identidad? ¿Qué pensaría de mí? Mis actos no serían nunca una justificación admisible.

—Todos en la clase se burlan de ella. La tratan como a un ser deficiente, mayormente “una necia”. Me molestan esos comentarios, yo no pienso así de ella —le comentaba yo, mientras Leslie comenzaba a sentirse curiosamente identificada con mi extraño relato.

—¡Que malas personas! Y tú la defiendes, ¿no es así?

—Pues, hago el intento. Es que no quiero que el resto de mis compañeros noten la importancia que ella tiene para mí. Me gustaría evitar cualquier tipo de mofa —respondí. Nuestra charla se volvía poco a poco una gran bomba de tiempo. ¿Cuánto tardaría en descubrir mi verdadera identidad antes de excederme en los detalles de esa historia? Tarde o temprano lo descubriría sola, o sin ir más lejos, quizá algún clavo suelto perdido en alguna parte en Harainay, llegaría entonces a los oídos equivocados.

Me encontraría con Aria en el patio de la escuela aquel viernes 11 de Febrero. Mis demandas por reunirme con ella llamaban realmente su atención. ¿Por qué querría Danser hablar con Aria? alguien con quien no solía platicar nunca. Le conté a Frederic sobre mi perentoria necesidad de decirle la verdad. Se reía al escuchar que su amada se había finalmente enamorado de mi elo-cuente personaje; de aquel ser inexistente y romántico que, con sus diecinueve años de edad, se ocultaba en los suburbios de Fel-ton.

Le robaría esos quince minutos del primer recreo. La observaba allí parada junto a la entrada, disfrutando del aire que penetraba sigiloso en el salón principal de la escuela.

—Hola, Aria, ¿cómo estás? —la saludé cordialmente con ese infaltable beso de mejillas.

—Hey, Danser, muy bien. ¿Cómo estás tú? —respondió ella, recurriendo a su irrefutable sonrisa.

—Pues, muy bien la verdad. Disculpa la molestia, pero me gustaría conversar un segundo a solas contigo. En el patio de

aquí atrás, si puede ser —le solicité, dándole a mi rostro un pequeño rose de seriedad para alcanzar parte de su atención.

—Seguro, Danser, no hay ningún problema.

Nos sentamos en una de esas viejas mesas de madera que adornaban el patio central de la escuela. A nuestro alrededor, cientos de chicos convertían el recreo en un gran campamento de grupos y reuniones en los que cada uno disfrutaba de su sándwich y un refresco. Mis deseos por terminar aquel cuento crecían muy rápido mientras la gente continuaba pasando incesantemente.

—Escúchame, Aria. Lo que voy a decirte ahora puede que te lastime un poco —comencé a liberar mis palabras, mientras ella me observaba con cierta incoherencia.

—Quiero que sepas que en ningún momento tuve la intención de molestarte ni mucho menos de causarte el más mínimo problema.

—¿De que hablas, Danser? —me preguntó ella, ya un poco preocupada por aquel encuentro inesperado.

—Verás, la persona con la que has estado hablando todo este tiempo, Christian, no es quien tú crees —afirmé, observando como su reacción de sorpresa se transformaba lentamente en una notable irritación. Por fin entendió lo que ocurría; no hizo falta alguna aclararle que se trataba de mí. Se paró de la mesa sin siquiera observarme a los ojos y, alejándose finalmente del patio, exclamó en voz alta: “No puedo creerlo, otro imbécil que se burla de mí”.

Deseaba sentir que me había quitado un gran peso de encima. Que mis mayores problemas desaparecían de una vez por todas, pero no fue así. Sentía como si la culpa se devorara toda mi insensibilidad. Como si el simple hecho de jugar con sus sentimientos comprendiera de un molesto efecto consecuente que se transformaría rápidamente en remordimiento. El timbre despertó una vez más para adentrarnos a todos los alumnos a nuestros respectivos salones de clase. El día transcurría tan normal como de costumbre mientras yo aplacaba mi culpa con algunos de los dictados del profesor.

Ignorando la aflicción de Aria y olvidando aquel hecho por completo, regresé a mi casa para continuar atestando a Leslie con

mis indirectos pensamientos sobre ella. Esa forma de volcar mis ilusiones, mis sentimientos hacia su persona, se volvían una tarea sumamente sencilla para Christian. La manera que encontraba yo para notar como mis emociones alcanzaban su objetivo definido; llegando a la persona indicada, a la verdadera protagonista de mi historia de amor.

De pronto Esthi, concurrente entre los pocos contactos de aquel Chat, le dedicaba unas importantes e inoportunas palabras a mi inusitado personaje.

—¡Oye Christian! Ya sabemos que eres Danser. Aria lo ha contado todo —me informó ella, algo indignada, dándole un rotundo final a mi proyecto que, gracias a mis innecesarios errores, se transformaba ahora en un verdadero problema.

—Les pido mil disculpas a ti y a tus amigas —declaré, eximiéndome de aquellos actos cuya justificación era ciertamente improductiva.

—No hay problema, no fue tan grave. Pero eres un verdadero tonto —me aquietaba ella, claramente desinteresada ante mis curiosos motivos.

—De todas formas, necesitaría que me especifiques quienes de tus amigas ya conocen mi verdadera identidad —le rogué, rezando por que Leslie no fuera una de ellas. No quería que se enterara de esa forma tan oblicua. La verdad debía salir de mi propia boca.

—Pues, todas lo saben —respondió Esthi, mientras yo me sumergía en dudas requiriendo una respuesta mucho más específica.

—¿Lo sabe Leslie? ¿Sabe que yo soy Danser? —pregunté una vez más, desmenuzando algunos de los misterios que correteaban entre dudas y rumores.

—Sí, Danser, Leslie lo sabe —concluyó Esthi. ¿Qué podría hacer ahora? ¿Qué clase de persona pensaría que era? «Empiezo revelándole mis sentimientos, luego me ausento por dos semanas al colegio convirtiéndola en la responsable de ello. Regreso finalmente a la escuela y, frente a ella y todo el alumnado, instauró una intensa representación dramática dejando a todos enmudecidos y perplejos en sus bancos. ¿Qué pensaría ahora de

mí, después de esta nueva y elocuente actitud?» Logré convencerme de que no volvería a hablarme, a dirigirme la palabra pero, para mi sorpresa, Leslie aprovechaba la noticia sobre la verdadera identidad de Christian para continuar con esas charlas donde ya no necesitaría sentirse identificada.

—¿Cómo estás Christian? —me saludó ella, disimulando desconocer mi secreto que, después de todo, ya no era tan secreto.

—Pues, muy bien la verdad. Aquí en el ordenador investigando algunas materias por Internet —le respondí, algo nervioso.

—Me parece muy bien. Oye, me gustaría que me siguieras contando sobre esa chica de la que sigues enamorado.

—¡Vaya! No pensé que fuera a interesarte tanto el tema. ¿Y que más te gustaría saber? —la incité, acomodando mis fichas en aquel juego cuyas reglas ambos desconocíamos.

—A decir verdad, me gustaría que me contarás un poco más sobre las cosas que la gente dice de ella —me explicaba, mientras yo notaba en sus palabras un gran desinterés en cuanto a mis sentimientos. Parecía dejar mi historia de lado enfocándose simplemente en su persona y nada más. Esa parte egoísta y egocéntrica suya que hasta ahora desconocía. ¿Y en cuanto a mí, a mi engaño, mi picardía? ¿No pensaba reaccionar en lo absoluto frente a ello? Le había mentado, jugado con su inocencia, con su ingenuidad. ¿Dónde estaba su reacción, entonces?

—Bueno, eso mismo que te he contado el otro día. Que los chicos de la clase se burlan de ella, que transforman su personalidad en un tonto chiste al que todos logran encontrarle alguna gracia. También suelen reírse de su cuerpo y su exiguo atractivo, lo cual es cierto, aunque a mí parecería no molestarme en lo más mínimo su carencia de belleza —le recordé, defendiéndome un poco frente al resto de las opiniones públicas.

—Y si no te parece atractiva, ¿cómo es que ella te gusta, entonces? —agregó, denotando la contradicción que encontraba en mis palabras.

—No sé porque me gusta. Simplemente me siento atraído. No creo que haya explicaciones para ello. La observo a cada rato y siento esa gran necesidad de estar a su lado —le explicaba yo,

haciéndome a mí mismo la misma pregunta. ¿Cómo es que podía sentir algo tan fuerte por alguien a quien indudablemente desconocía? ¿Cómo es que lograba ver tanta perfección y pureza en donde el resto de la gente sólo veía a una chica más del montón? Más allá de sus errantes características, de su egoísmo, su indiferencia a todo aquello que no refería a su persona, yo la encontraba perfecta. Única en ese interminable mar de almas femeninas donde ninguna lograría igualarla. Nunca encontraría explicación a ello. Simplemente, me sentía atraído hacia ella.

—Creo que ya es tiempo de encararla personalmente. Revelarle la verdad. Serle sincero —agregué yo, evitando desvelar aquella identidad que Leslie ya conocía.

—¿Encararla? ¿Para que? —preguntó asustada y confundida, ¿a que verdad me estaba refiriendo?

—Necesito hablarle, ser sincero. Esperaré al final de la última clase y se lo confesaré todo.

—¿Qué verdad? ¿Qué piensas decirle? —se defendía insegura frente al hecho de que, una vez más, hablaríamos en persona. Sabía que aquello trataba de ella, de la identidad de Christian Mitch, de mis sentimientos. Enfrentaría los hechos frente a mí por primera vez, frente a mi voz, a mi osadía por encararla. Logré sentir su timidez tras esa luminosa y gastada pantalla que nos separaba. La sentí rogar por que la dejara en paz de una vez por todas; sola con su vida, con las burlas del resto y las malas críticas. Mi búsqueda de respuestas, de nuevos intentos, se volvía un verdadero acoso para Leslie y cualquiera que procurara interpretar mis acciones.

—En fin, deséame suerte mañana —agregué irónicamente.

—Si claro, lo que tú digas, Christian —concluyó ella, rogando por que aquel encuentro jamás se llevara a cabo.

Sólo se trataba de enfrentar esos momentos por el simple hecho de mirarla a los ojos al decirle lo que sentía. Observarla fijamente cuando me rechazara de nuevo, cuando intentara librarse una vez más de mí. Tenerla justo frente a mi rostro admitiendo mutuamente la realidad de los hechos. ¿Tendría la valentía de encararla, de enfrentarme a su rechazo una vez más? Confrontar su inocente carácter; aquel curioso temple que escondía junto a su

egoísmo e ingratitud al ignorar el pesar de mi tristeza. Ya no se trataba de conquistarla ni de obtener su amistad. Se trataba de un logro personal, un enorme salto al vacío con el fin de vencer esa molesta timidez que cargaba yo sobre mis hombros hasta ese entonces. Un salto que efectuaría al día siguiente.

La fresca mañana se tornaba de gran ansiedad y estrés aquel domingo 13 de Febrero. Las horas transcurrían lentamente mientras yo esperaba deseoso a que llegara la hora de literatura donde por fin la vería. Me apoyaba contra el muro del salón mientras el profesor de historia ignoraba mi desinterés por la clase. Sólo faltaban unas pocas horas para verla; horas que avanzaban y retrocedían mientras yo me apegaba a las agujas de mi reloj.

Y se hicieron finalmente las tres de la tarde. Allí estaba Leslie junto a la puerta de la sala, esperando para entrar a la clase de Sophia. Se ocultaba solitaria en aquella punta del pasillo mientras el resto de nosotros esperábamos a que la profesora terminara de abrir la puerta. Yo observaba a Leslie disimuladamente mientras mis compañeros, cansados por el extenso día de estudio, tomaban finalmente asiento. Arbin se sentó junto a ella en uno de esos bancos al frente; les gustaba colocarse lo más próximos a esa inmensa pizarra que recorría las paredes de la sala de punta a punta. Yo, en cambio, opté por situarme en el banco más alejado de todos; allí junto a la ventana. Preferí mantener una adecuada distancia entre ambos, evitar abrumentarla con mi presencia, mi molesta percepción a sus movimientos. Así esperé a que la clase se extendiera hasta sus respectivos desenlaces. Arranqué un pequeño trozo de una de las hojas de mi cuaderno y, convirtiéndolo en una pequeña bolita de papel, se la arrojé a Arbin al cuello para que volteara un segundo hacia mí. El muchacho me observó con un leve movimiento en su mentón para ver lo que quería. Señalé a Leslie y, tras darle a entender que la llamara por mí, la codeé para que volteara.

—Creo que Danser te llama —le susurró Arbin al oído mientras ella esperaba ávidamente a que la clase terminara y yo dejara pasar de largo aquella oportunidad de encararla. Me observó dando un pequeño e inadvertido giro con su cabeza, mientras yo

le pedía desde mi banco que se quedara cinco minutos más después de clase. Asintió nerviosa bajo esos delgados lentes y regresó su mirada hacia Sophia quien, sumergida a pleno en la lectura, me observaba con gran disimulo.

Aquella revelación ya era un hecho: Sólo quedaban diez minutos de clase mientras Leslie buscaba la forma de escapar de allí lo antes posible. Yo evitaba observarla; pronto la tendría frente a mí y a toda mi disposición, abierto a su insistente rechazo, su comprensible apatía.

Concluyó finalmente la clase y esperé a que todos se retiraran del salón para quedarme a solas con ella. Leslie se acercó a mí y, notando que muchos de los chicos continuaban conversando con Sophia, comprendió que allí jamás encontraríamos la privacidad que yo buscaba.

—Bueno, no sé, ¿dónde quieres que hablemos? —musitó nerviosa y en voz baja, mientras yo sostenía mi mochila sobre mi hombro derecho. La invité a salir del salón y a conversar en aquel pasillo que conducía hacia la salida. Caminamos unos pocos metros cuando William, desconociendo la formalidad de las cosas, saltó inadvertidamente sobre mi espalda para darme un buen susto.

—¡Oye! ¿Eres imbécil? —le grite furioso, mientras él me observaba enmudecido por mi inesperada reacción.

—Está bien, sólo era una broma. No es para que te pongas así —respondió William. Leslie mantenía su cabeza a gachas evitando mirarme.

—¿Ocurre algo en particular, chicos? —intervino él, como tal entrometido.

—No, no ocurre nada, déjanos un momento a solas por favor —le pedí yo, mientras William se alejaba hacia el otro extremo del pasillo. Por fin estábamos solos, incapaces de escapar hacia ningún otro sitio o escenario donde toda aquella tensión pudiera desaparecer. Nos detuvimos finalmente en la mitad del pasillo; en esa desolada nave espacial que se encontraba a punto de despegar.

—De acuerdo, Leslie, tengo algo que confesarte y, en caso de que lo supieras de antemano, apreciaría que me lo dijeras —

comencé a soltar mis palabras, con esa voz temblorosa que, entre leves tartamudeos, atinaba finalmente a salir de mi boca. Leslie no respondió. Esperó a que continuara con lo que tuviera para decirle.

—Está bien, aquí va... yo soy Christian Mitch —concluí de una vez por todas, convirtiendo mis palabras en un inmenso silencio que ahora se encontraba en sus manos. La observé allí parada frente a mí con su mirada insegura. Por primera vez pude observarla detenidamente: Sus ojos, su boca. Su cutis envuelto en ese acné juvenil que, pintado sobre su rostro, se volvía una gran poesía en su piel.

—Bueno, déjame decirte que ya lo sabía. Es más, te diré lo que pensé en aquel momento. Dije, “este chico está realmente enfermo”, las cosas que haces, tus actos no son para nada característicos de una persona normal. Tienes que hacer algo al respecto. Yo no puedo ayudarte. —respondió ella, con suma rebeldía ante la situación. Sus comentarios eran francos y yo era consciente de ello. Entendí su temor a enfrentarme, a mirarme a los ojos. Me trataba, quizá, como a un verdadero monstruo, creando en mí una imagen que hubiera deseado jamás dibujar ante ella. Comprendí nuevamente sus planteos, sus reacciones; su interés por que me alejara finalmente de su vida.

—¿Y quiénes son, por cierto, los que hablan mal de mí? —comenzó a interrogarme, aprovechando aquella situación como una gran herramienta para indagar ciertos datos de su conveniencia. Olvidé la importancia del honor, la discreción que le debía a mis compañeros. Olvidé retractarme frente a su cruel egoísmo, dejarla a un costado y proteger la identidad de aquellos que en la vida no me rechazarían. Olvidé todo aquello que debía tener en cuenta ante sus demandas, para obsequiarle a Leslie esa sinceridad que, francamente, no se merecía.

—Pues, William es uno de ellos. Mathiew sea quizá, el más importante. Arbin también, no de la manera en que tú crees pero, en cuanto a lo de tu físico, él ha sido uno de los verdaderos autores —revelaba yo, mientras ambos continuábamos avanzando hacia la salida de la escuela.

—De todas maneras, eso no tiene importancia alguna. Te pedí que habláramos de mi problema, no el tuyo.

—Tienes razón. En cuanto a ello, tendrás que convencerte de que no sientes nada por mí. Repítelo en tu mente una y otra vez, “tengo que olvidarme de ella, tengo que olvidarme de ella” — insistía Leslie, mientras bajábamos las escaleras de la entrada principal para retomar cada uno su propio camino.

—Intenta no mirarme, esquivarme permanentemente. Cuanto más tiempo trates de ignorarme más rápido te olvidarás de mí —concluyó ella. Ni siquiera nos despedimos. Se alejó hacia la calle de la izquierda mientras yo me adentraba lentamente en aquel pasaje a mi derecha: Ese trayecto que me llevaría a casa una vez más, tal como en cada uno de esos días que se transformaban en un eterno sinsentido. Regresé a mi vieja esquina, frente al mar, deseando no volver a verla nunca más. No sería suficiente con ignorarla, esquivarla con la mirada. Necesitaba escapar de esa realidad, de aquel Harainay que se apoderaba de su imagen para acecharme tras las sombras de cada calle. Lo llamé a Frederic y, relatándole cada uno de los hechos, le exigí que me rescatara de aquella soledad; de ese hastío que concluiría en mi almohada como en tantas otras ocasiones.

—Tengo una idea, Danser. Acompáñame al mercado que está en las afueras de Harainay a comprarle un videojuego a mi hermano. Te hará bien despejarte un poco, respirar otro aire —me enardecía Frederic.

Sin siquiera cambiarme de ropas, guardé algunas monedas en mi bolsillo y me propuse a escapar de casa por un buen rato. Un paseo por las afueras no me haría nada mal.

Nos encontramos con Frederic en la esquina principal donde siempre nos reuníamos. Si calculáramos la distancia entre su casa y la mía, aquella esquina era el punto central de esa recta. Caminamos desde allí hasta la gran avenida donde tomaríamos el taxi para llegar al mercado. El viaje era más corto de lo que parecía; la feria se encontraba a sólo cinco minutos de viaje desde Harainay. Bajamos del vehículo y, pagando la tarifa a medias entre mi amigo y yo, cruzamos la avenida para llegar por fin a aquel lugar repoblado. El sitio era uno de esos inmensos terrenos atestados

de diminutos puestos donde suelen venderse hasta las más insignificantes nimiedades. Abarrotado de humildes consumidores y cientos de personas cuyo tiempo de compra era, al parecer, el gasto mayor, el mercado era el mejor lugar para despegar a Leslie de mi mente por un buen rato. Para mi sorpresa, aun cuando la improbabilidad no es un hecho muy propio de lo cotidiano, siempre existe alguna que otra desubicada coincidencia esperándonos en los lugares más inéditos. Escuchando la voz de mi amada entre la multitud, comencé a dudar de mi locura al voltear para descubrir que mi cordura mental aún continuaba en su sitio. No era un eco en mi cabeza, ni una voz imaginaria. Allí, a nuestras espaldas, Leslie caminaba a la par con su prima mientras Frederic se reía sorprendido por la situación. ¿Qué clase de suerte era aquella? ¿Acaso así funcionaba el destinto? La muchacha me descubrió entre aquel gentío mientras el movimiento general y las personas atropellaban torpemente su ángulo de visión.

—¡No puedo creerlo, Danser! Mira quien está aquí —me susurró Frederic al oído, dejando escapar de su boca una leve carcajada. Yo intentaba entender la razón de aquellas casualidades; los motivos del hado por perseguir mi tolerancia hasta agobiarme con esa molesta realidad.

Alcanzamos finalmente el lado opuesto al que ella se encontraba y, alejándonos lo mejor posible, compramos aquel videojuego que el hermano de Frederic había encargado. Abandonamos el mercado de una vez por todas y escapamos nuevamente a la avenida para regresar a Harainay. Así comprendí que, sin importar cuan incómodo fuera el destino, el mundo era más chico de lo que parecía.



Los encuentros durante las clases continuaron llevándose a cabo con el correr de las semanas. Aprendí a excluirla de mi vista, de mi alcance auditivo; de esa atención que yo le brindaba a cada momento. Aprendí a conformarme simplemente con su imagen suspendida en mi mente. A dibujarla en mis pensamien-

tos como si sólo se tratara de una colorida pintura en movimiento. Descubrí que su presencia frente a mí no era el problema sino su existencia en mis tareas cotidianas; tal como si se tratara de una indispensable herramienta de vida. Así transcurrían esas semanas de silencio mutuo desde nuestra última conversación.

En alguna de esas ocasiones, nos cruzamos desprevenidamente en la escuela por aquellas escaleras de entrepiso. Me volteé para observarla alejarse a través ese largo pasillo, cuando noté que ella hacía exactamente lo mismo conmigo. Nos miramos tan sólo por unas pocas milésimas de segundo y continuamos cada uno por su ruta. Sus reacciones comenzaban poco a poco a divertirme.

Aquel 18 de Marzo se convertía en una fecha realmente importante en mi vida. Un día cuyo significado sería un hecho sorpresivamente insignificante.

Una nueva fiesta bailable se organizaba en la discoteca “Malena”. Ese viernes nos reuniríamos todos para darle un buen uso a nuestros pies; adentrarnos en aquel mundo juvenil donde la prudencia y la moral no solían estar invitadas. Disfrutaría una vez más de Leslie en su otro formato. Aquella belleza que el innecesario maquillaje lograba crear mágicamente sobre su piel. Disfrutaría de ella en todos aquellos ángulos visuales a los que ya no tenía acceso en la escuela.

Me vestí el torso con una playera negra y decoré mi cuello con un barato collar verde que había encontrado en casa. Así terminé de colocarme por fin las zapatillas y lo llamé a Frederic para acordar la hora en la que nos encontraríamos en la estación de taxis. Se acercaba un nuevo encuentro, una nueva oportunidad de ver a Leslie; otra fiesta que comenzaría a las doce de la noche y terminaría cuando el sol se asomara nuevamente.

Me encontraba caminando hacia la estación cuando comenzó a sonar mi teléfono móvil.

—Hey, Danser, no adivinarás quien viene con nosotros a la fiesta —exclamó Frederic, perceptiblemente emocionado.

—Odio las adivinanzas y ya casi estoy llegando, ¿a quien voy a encontrarme?

—¡James viene también! ¿No es eso increíble? Y nosotros que pensábamos que no le gustaban las fiestas —añadió él. Yo continuaba caminando a toda prisa; odiaba llegar tarde.

—Pues, supongo que seremos una vez más tres bestias al acecho. Nada mal. Nos vemos en la estación, Frederic, ya casi llego allí —me despedí y guardé nuevamente el teléfono en mi bolsillo. Allí estaba James esperando junto al taxi; llevaba puesta una camiseta negra con dos líneas blancas al frente.

—¡Sorpresa, Danser! Yo también voy con ustedes a la fiesta —me saludó eufórico.

—Frederic acaba de llamarme. Creo que ha arruinado tu sorpresa —me reí algo taimado, regresándole el saludo.

—Que mal amigo. Mira, allí viene —exclamó James al verlo llegar. Subimos por fin al vehículo y partimos hacia la discoteca.

Allí estaba Leslie en la entrada del lugar esperando para ingresar junto al resto sus amigas. Evité arrimarme demasiado y, observándola a escondidas, me paré con James y Frederic en la fila para comprar nuestras entradas. Desde allí pudimos ver a George que, oculto en una esquina frente a la discoteca, disfrutaba de una deliciosa cerveza con sus amigos. James observaba asombrado aquel mundo de lo imprudente mientras los ojos de Frederic escapaban hacia los pechos de una chica a su izquierda.

—Mira todo esto, Danser. Son realmente increíbles las diosas que han venido hoy a esta fiesta —exclamaba Frederic, dejando correr libremente sus hormonas.

—Coincido contigo, amigo. Y te diré algo, no pienso irme de aquí hasta no besarme con alguna de ellas —agregué, decidido a recuperar de una vez por todas el total de mi autoestima. Si no iba a ser Leslie la protagonista de mi primer beso, tendría que conseguirlo entonces de otros labios.

Pagamos las entradas e invadimos finalmente la pista de baile. La música atravesaba mis tímpanos dejándome prácticamente sordo, inerte ante cualquiera de mis facultades auditivas, obligándonos a recurrir a viejas señas al querer comunicarnos.

Decidí subir con James y Frederic a aquel mirador superior y estudiar un poco la escena. Las bocas de los muchachos recorrían una a una las de otras chicas tal como si sólo se tratara de un ca-

tálogo de belleza. Se divertían besándose entre desconocidos para luego intercambiar sus opiniones y críticas sobre aquella experiencia. Yo vigilaba a Leslie evitando descubrirla protagonista de aquel movimiento tan popular que, lentamente, comenzaba a envidiar. ¿Cómo es que otros lograban lo que yo ni siquiera había experimentado aún? Necesitaba comprobarlo, vivirlo de una vez por todas. Demostrarme a mí mismo que no tenía limitación alguna o barreras que le impidieran el paso a mis inquietudes de adolescente.

—Hey, James, tengo una idea. Tú te llevas a la más baja de esas dos y yo me quedo con la escuálida —le grité al oído, señalándole a dos chicas que bailaban juntas en una esquina del salón.

—Me parece bien, veamos que tal nos va —accedió James, acercándonos lentamente hacia ellas para sacarlas a bailar. Me incliné hacia la muchacha sin notar que su compañera acababa de rechazar a mi amigo. Ignoré lo que sucedía y la tomé de la mano para acoplarme a su baile. La miré fijamente a los ojos mientras ella arrojaba su mirada hacia los laterales del salón. «Sólo necesito pedírselo», pensé por un instante. Necesitaba poner a prueba mis límites, demostrarme a mí mismo que aquello que otros lograban con tanta facilidad no se volvería un cometido imposible en mi vida. Aun así, las probabilidades de que esa muchacha me rechazara, tras mi corta experiencia social, eran factiblemente altas. ¿Qué perdía con probar? Aquella discoteca era un mar repleto de peces; mujeres solitarias y perdidas en busca de nuevas bocas, nuevos cuerpos a los que abrazar. La curiosidad se apoderaba de mis años. La incertidumbre sobre cuándo viviría mi primer beso, aquel del que sólo disfrutaba en mis sueños como una tonta fantasía, se volvía una gran carga sobre mis hombros. Un peso del que deseaba librarme de una vez por todas. La observé fijamente a los ojos y, sin siquiera titubear al pronunciar mis palabras, le pregunté cortésmente si quería que nos besáramos. Comprendí que aquella no era la forma de hacerlo. No compartes un baile con una chica y le pides de besarla tal como así. La muchacha asintió con la cabeza y, liberando una bibróna sonrisa tras el humo del salón, se lanzó rápi-

damente hacia mi boca para acceder a mi oferta. En esa milésima de segundo, aquel instante en el que su rostro se acercaba al mío, sentí como si todo a mi alrededor se detuviera; como si el ritmo de la música disminuyera vivamente hasta apagarse por completo. La famosa leyenda del beso, lo que era, lo que significaba, esa duda del “como será” que me embestía hasta cumplir mis diecisiete años, se arrojaba ahora inadvertidamente hacia mi boca. Los labios de esa chica se pegaron a los míos como si sólo se tratara de un beso más. Agitando su cabeza con el ritmo de la música y rodeándome con sus delgados brazos, empotraba su lengua contra mi boca para que yo hiciera exactamente lo mismo con la suya. Fingí saber de qué se trataba, cómo funcionaba aquel acto lingual, para dejarme llevar por la infructuosa situación. Acaricé su lengua con la mía intentando controlar fallidamente el movimiento de mis labios; se volvía todo una tarea bastante complicada. Lo que a simple vista parecía una habitual costumbre pública, era para mí un ejercicio no muy agradable. ¿Dónde estaba el sentido en lo que estaba haciendo? ¿Tantos años de ilusiones por aquel hecho tan apático e innecesario? Nuestras lenguas continuaban masajeándose mutuamente mientras yo intentaba darle fin a esa superflua petición. Me alejé de su boca lentamente y, librándome de sus brazos que aún seguían encerrándome en su prisión, le respondí con una gratificante sonrisa. Me alejé finalmente de su figura y me volteé para regresar con mis amigos.

—¡Hey, James, Frederic! Vamos afuera —les grité al oído. Abandonamos la pista de baile y nos tiramos de cabeza hacia la puerta de entrada para tomar un poco de aire.

—No puedo creer que te hayas besado con eso —exclamó James, enjuiciando burlonamente las características de la pobre muchacha.

—Está bien, es simplemente un beso más. Un beso como otros tantos —agregué, quitándole interés al asunto. Sin embargo, más allá de mis palabras, yo no podría quitarle la importancia a los hechos. Mi primer beso, aquel que volcaría en algún momento de magia y romanticismo, a la luz de las velas, de la luna quizá, acababa de arruinarlo con la primera de las chicas que se me cru-

zaba. ¿En que estaba pensando? Ya no había marcha atrás; lo hecho ya estaba hecho y lo cargaría en mi memoria por siempre. Lo que me desvivía por compartir con Leslie, algún día, acababa de regalárselo a un extra cualquiera de aquella película de cine. Me preocupaba decirles la verdad a mis amigos. Confesarles que aquel había sido mi primer beso, mi primer contacto físico con una mujer. ¿Se reirían de mí? ¿Se burlarían? No eran ellos el problema sino el hecho de alcanzar a reírme de mí mismo; burlarme de mi propio error, de ese sueño que acababa de arrojar voluntariamente a la basura.

Regresamos nuevamente a la pista principal. Allí bailaba Leslie con sus amigas mientras yo disfrutaba de verla flotar junto al ritmo de la música. Se movía feliz con cada rítmica, cada melodía. Yo me dejaba llevar por el compás de los temas observando como mi musa inspiradora desaparecía por entre la multitud.

Me arrojé a uno de aquellos sillones del lugar y permití que el tiempo se encargara de darle un fin a esa fiesta. Leslie me observaba disimuladamente en momentos en que los que yo, desprevenido, optaba por inclinar mis ojos hacia otra parte. La atrapaba reiteradas veces con la mirada, dando un fuerte giro con mi cabeza para aprisionarla desprevenida. Se volvía todo un juego muy interesante, realmente divertido. Nuestros ojos combatían en un intenso asalto de miradas cuyo poder arrasaría con cualquier cosa que se interpusiera entre medio. Comenzaba a disfrutar de su hipocresía; su manera de evadirme y de esquivarme con tanta atención.

Olvidaba observar nuevamente mi reloj cuando noté que la fiesta acaba de terminar. Me reuní nuevamente con James y Frederic en la entrada de la discoteca para tomar un taxi hacia Harainay. La batalla había concluido finalmente. Necesitaba descansar, recomponer mis energías, restaurar la fuerza de mis músculos. Comenzaba a sentir los latidos de mi corazón en mi cerebro como si mi presión sanguínea se encontrara por las nubes. De todas formas, ya todo había terminado y pronto llegaría a casa.

La fiesta había acabado con toda mi resistencia física. Desperté a las tres de la tarde como si se hubiera recuperado mi cuerpo

de la más bárbara lucha de titanes y fieras. Recordé una vez más a aquella chica en la fiesta con la que me había interiorizado bucalmente. Me lamenté una vez más el haberlo hecho, el haber destruido la exclusividad del momento perfecto que algún día experimentarí. Para mi sorpresa, la imagen de Leslie se alimentaba de mis buenos y malos pensamientos apoderándose de todo lo que se encontraba allí en mi mente. Inesperadamente, el error que acababa de cometer el día anterior comenzaba a desaparecer de mi memoria.

Esa misma tarde recibí una llamada muy importante de la municipalidad de Harainay. Una copia de aquel disco que tuve la oportunidad de grabar había alcanzado las oficinas del centro de cultura de la ciudad.

—¿Cree usted, Danser, que podría deleitarnos con algunas de sus canciones en el festival de Mayo que se organizará en el parque principal de Harainay? —inquiría una voz femenina al otro lado del teléfono.

—Así es, yo creo que no habrá ningún problema, señorita. Tendré mi repertorio armado para ese entonces —respondí contento, imaginando previamente aquel escenario a mi completa disposición frente a todo el público.

—¡Perfecto! Estaremos en contacto, Danser —se despidió cordialmente la organizadora.

Una nueva oportunidad para revelarme musicalmente comenzaba a nacer. Una oportunidad para convertirme en alguien especial para Leslie, alguien que no fuera simplemente uno más del montón; no para dedicarle mis canciones, nada de eso, sino para que dibujara en mí otra imagen, una perspectiva mucho más atractiva que pudiera, quizá, acercarla más a mí.

Conocí en aquel entonces a una chica llamada Lisa. Mi amistad con ella despertaba en uno de esos encuentros grupales que organizábamos con El Tucán y su pandilla. No sentábamos en algún rincón de la ciudad a emborracharnos mientras yo, portando sobre mis hombros un notable rechazo al alcohol, aportaba la presencia de mi guitarra y de mis canciones. Así fue como conocí a esa muchacha que, visitándonos desde la ciudad de Kalbii, se sumaba a una de nuestras veladas musicales aquel 20 de Marzo.

Era una de esas chicas sumamente inteligentes. Tenía una manera de ver la vida muy distinta a la del resto de la gente. Comenzamos a ser muy buenos amigos.

Se proponía a encontrar en mí aquel romántico incurable que pudiera cumplir el papel de su príncipe azul, cuando notó que cierta obsesión en mi mente se interponía ante sus profundos deseos. Así fue como, poco a poco, comencé a revelarle mi inquietante historia. Decidió limitarse a ayudarme; a interpretar mis ideas y pensamientos para así lograr que mis fantasías con Leslie no acabaran irremediablemente conmigo. Mis conversaciones con Lisa eran tan interminables como monotemáticas. Le conté sobre el gran recital de Mayo cuyo repertorio y estilo eran todavía una verdadera incógnita. Así fue como se ofreció a ayudarme a armar la estructura temática de mi show; recomendándome canciones, estilos musicales de distintas épocas y dándome algún que otro consejo. Encontraba finalmente una gran amiga en Lisa. Una amiga cuya presencia era diariamente imprescindible y lo había logrado siendo yo mismo; sin recurrir a ningún innecesario personaje ficticio. Ningún habitante de Felton cuya sinceridad fuera tan falsa como su nombre.

¿Encontraría esta vez la forma de convertirme en aquel personaje imaginario? Un personaje de novela cuyas protagonistas morirían por conquistar. Aquel intelectual que todo lo puede, cuyos proyectos y objetivos fueran siempre satisfactorios y provechosos. Una imagen pública a la cual admirar libremente sin esa envidia enfermiza ni viejos rencores. Tal vez, aquel era mi único objetivo pendiente; enamorar a miles de mujeres con el fin de reemplazar a la única que jamás lograría cortejar. Al fin y al cabo, Christian Mitch comenzaba a ser en mí una gran fuente de aprendizaje.

MICHAEL

Las murallas de aquel túnel confluían en los bordes de un inmenso pantano cubierto de musgos y algas cutáneas. La altura de esa cueva lograba crear una estremecedora sensación nocturna sobre nuestros cuerpos indefensos. Leslie se acercó a la orilla del grasiento arroyo, mientras yo contemplaba una extraña luz al final de su orilla opuesta.

—El agua está helada, Danser. Y realmente espesa —se quejó ella al mojarse los pies.

—Es un pantano, Leslie. ¿Cómo quieres que esté el agua? Sólo lo espero que no haya aquí alguna colonia de cocodrilos, no estoy vacunado contra mordidas de semejante envergadura.

—¿Has dicho cocodrilos?! Vas a matarme de un infarto, Danser. ¿Y qué es esa luz allí al fondo? —preguntó ella, sumamente intrigada.

—Es justamente lo que estaba observando. No parece haber otro camino, creo que debemos llegar hasta allí —le respondí, adentrándome finalmente al oscuro pantano. Leslie avanzaba a mis espaldas sujetándose firmemente de mi mano; ya no iba a arriesgarme a perderla de nuevo.

—¡Ay, el agua está helada! Se me están congelando los pies —murmuraba ella, tras los sigilos de nuestros pasos.

—Lo sé, mis dedos ya están entumecidos. Mejor reza porque no haya aquí peces carnívoros, no pienso cargarte hasta allí —le aclaré, con un simpático tono de burla. Leslie soltó un quisquilloso alarido de pánico y se abrazó velozmente a mi cintura.

—¡Jaja! Es sólo una broma, no va a pasarte nada. Lo prometo. Además, ya casi estamos allí —repuse observando, a unos pocos

metros de mis ojos, la entrada de un misterioso túnel. Salí finalmente del agua mientras Leslie se sacudía las piernas a un costado de la orilla; me gustaba verla tan ofuscada por mantenerse intacta.

Caminamos finalmente por el interior de aquel túnel hasta alcanzar una inesperada bifurcación. El camino se dividía en dos partes exactamente iguales, obligándonos a continuar de manera optativa por una de ellas.

—¿Derecha o izquierda? ¿Qué camino sugieres que sigamos? —le pregunté indeciso, esperando a que fuera ella quien tomara las riendas esta vez.

—Pues, yo soy diestra. Vamos por la derecha, parece ser más seguro —respondió, indiferente a lo que fuera a esperarnos tras aquellas opacidades. Comenzamos a recorrer ese extraño pasaje que, en notables proporciones, se encorvaba lentamente hacia la derecha; tal cómo si aquello formara un extenso camino circular hacia nuestro mismo punto de partida. Caminábamos pausadamente cuando Leslie se quedó petrificada; me volteé para observarla a los ojos.

—¡Ay, dios mío! Dime que eso no es lo que creo que es —gritó pasmada. Acababa de descubrir un horroroso esqueleto tendido allí en el suelo donde, sobre sus hombros, los extremos de una flecha de hierro atravesaban su cráneo de punta a punta; algo realmente espantoso.

—¡Vaya! Que susto me has dado, no lo había visto. De algo podemos estar seguros, Leslie: No estamos solos en estos túneles —repuse, sin dejar de masticar mi propia cobardía.

—¡Pero mira esa flecha, Danser! No quiero que me disparen con eso —comenzó a angustiarse rápidamente. Yo vigilaba, mientras tanto, cada una de las esquinas de ese interminable corredor; nuestras vidas ya estaban claramente en peligro.

—No me preocupan las flechas. Tuve la mala fortuna de ser atravesado por dos de ellas en el santuario de Raphael, querida, puedo soportarlo. Lo que me tiene realmente preocupado es nuestra nueva amenaza. ¿Quién crees que lo haya asesinado? —indagaba yo, frotándome las piernas; la inmundicia del pantano parecía haber dejado algunas huellas por mi cuerpo.

—¡Basta, no quiero saberlo! Mejor sigamos caminando, ya no veo la hora de salir de aquí, Danser —sollozaba nuevamente. Continuamos avanzando por aquella senda oscura, cuando pude oír un sonoro y esponjoso quejido junto al siguiente desvío.

—¿Qué fue eso? —preguntó Leslie asustada, rezando por que aquello no fuera una bestia insaciable. Yo me asomé lentamente a escondidas hasta ver de quién se trataba. Allí se encontraba aquel hombre misterioso; sentado sigilosamente con su espalda apegada al muro y aferrándose a sus piernas como un verdadero niño.

—¡Hey, Les, es un hombre! Y creo que está llorando —le susurré al oído para no despertar la atención de aquel huésped. Se veía algo indefenso y sumamente abstraído ante nuestra presencia. Me acerqué lentamente a través del túnel mientras Leslie se escondía por detrás de aquella curva.

—Disculpe, señor, ¿se encuentra usted bien? —le pregunté, deslizado mis palabras por entre sus brazos. El muchacho alzó su rostro lagrimeado mientras yo notaba el estrabismo en sus ojos.

—¡Malo! ¡Es un hombre malo, muy malo! —comenzó a gritar con cierto tono de demencia. Parecía sufrir de algún tipo de retraso mental. Leslie se acercaba despaciosa mientras yo buscaba la mejor manera de comunicarme con nuestro extraño individuo.

—¡Hey, Danser! ¿Qué es lo que dice? —preguntó ella, con suma curiosidad.

—No tengo ni la menor idea. Creo que padece de algún tipo de trauma —le respondí a mi compañera, regresando mi atención a aquel hombre.

—Discúlpame, amigo, ¿podrías decirnos tu nombre? ¿Cómo has llegado hasta aquí? ¿Quién es un hombre malo?

—¡Ay, Danser! No lo ataques con tantas preguntas. Espera a que te responda su nombre al menos —se molestaba Leslie. La incómoda situación me convertía en un ser sumamente testarudo.

—¡Es un hombre malo! ¡Muy malo! ¡No dejen que me haga daño! ¡Es malo! —el hombre volvió a desgarrarse en lamentos. Leslie se reía entre sus variadas reacciones mientras yo optaba

por tranquilizarme; claro estaba que no obtendría mis respuestas tan fácilmente.

—¿Quién es un hombre malo? ¿Quién busca hacerte daño? Quédate tranquilo, nosotros no te haremos nada. Estamos buscando la salida de este laberinto. ¿Sabes como llegar a ella? —volví a preguntarle al hombre, esperando alcanzar una pizca de comprensión en sus ridículas palabras.

—¡Michael es un hombre malo! ¡Quiere hacerme daño! ¡Mucho daño! —escupió finalmente, cambiando las líneas de sus tan reiterativas dicciones; acababa de otorgarnos el nombre de nuestro supuesto enemigo.

—Vayámonos de aquí, Danser. Este hombre no va ayudarnos. Aparte, míralo, está completamente loco —se quejaba Leslie, señalándolo con el brazo.

—¡Hey, no hables así! No está loco. Creo que es esquizofrénico, no podemos dejarlo aquí.

—Ya estaba aquí sentado cuando llegamos, ¿cuál es el problema? Obsérvalo, ni siquiera nos mira. Está encerrado en su propio mundo —insistía ella. Yo buscaba la forma más sutil de abandonar a nuestro enigmático sujeto en aquella triste soledad; completamente inerte en las penumbras del peligro.

—Escucha, hombrecito. Mi compañera y yo debemos retomar nuestro camino. Vamos a dejarte aquí solo, ¿de acuerdo? —me expresé, aplacando poco a poco el sonido de mi voz.

—¡Es un hombre malo! ¡Michael es un hombre malo! —continuaba repitiendo una y otra vez. Yo volví a colocarme de pie y, acercándome a Leslie nuevamente, continuamos avanzando a través del túnel. El muchacho permanecía ahogándose en sus propios gemidos mientras yo me percataba de un extraño soniquete que lograba alcanzar mis oídos.

—¡Hey, Les! ¿Escuchaste eso? —exclamé, sosegando la velocidad de mis pasos.

—Claro que lo oigo. Es tu amigo el esquizofrénico hablando solo. ¿Quién más sino? —repuso ella, claramente desinteresada.

—¡No me refiero a eso! el otro sonido. Fue algo así como un rugido.

—No, no he oído nada. Mejor sigamos caminan... ¡Ay! ¡¿Que rayos fue eso?! Ahora sí que lo he oído —se detuvo al escuchar repentinamente aquel chillido ensordecedor. Parecía tratarse de una furibunda bestia acercándose veloz por los túneles del laberinto.

—No lo sé, pero no pienso quedarme aquí a averiguarlo, Leslie. Empieza a correr ya mismo —concluí, notando como aquellos rugidos se volvían cada vez más espesos. Comenzamos a avanzar a toda prisa por las curvas de aquellos túneles evitando tropezar con nuestros propios pasos. Leslie corría agitada mientras yo me aseguraba de no posarme sobre ninguna trampa inesperada. Los rugidos de esa bestia continuaban acercándose arremetidamente; supuse que pronto nos alcanzaría.

—Danser, ya no puedo más. Me duelen las piernas y no estamos llegando a ninguna parte. Además, los ruidos de ese monstruo me están poniendo cada vez más nerviosa —se quejaba ella, mientras yo me detenía ante un sorpresivo foso repleto de lanzas. Desde allí podía escuchar las garras de nuestra temible mascota acercándose a toda prisa.

—¡Malas noticias, Leslie! Tendremos que saltar —imprequé exánime, calculando el tamaño de aquel pozo tan profundo.

—Estás loco, Danser, jamás llegaré hasta el otro lado —añadió pasmada, al descubrir entre las lanzas varios restos de cadáveres; el súbito final de otros tantos desventurados.

—¡No hay tiempo, Leslie! ¿Escuchas a esa bestia? No parece estar muy lejos de aquí. La tendremos sobre nosotros en pocos minutos si no saltamos —le insistía yo, alejándome algunos metros para tomar suficiente carrera. Corrí rápidamente hasta el borde de aquella fosa y, recurriendo al resultado de mis tantas prácticas, alcancé finalmente el lado opuesto de las lanzas.

—¡Te odio! ¿Por qué has saltado? Pensaba que lo haríamos juntos —sollozaba ella, apoyándose las manos en la cabeza. Los rugidos continuaban acercándose mientras Leslie se desesperaba inevitablemente.

—No te preocupes, pienso atraparte desde aquí. Pero tienes que saltar, Leslie, no hay tiempo. Toma carrera desde dónde tú quieras y salta. ¡Ya, salta! —le grité, impaciente por tenerla fuera

de peligro; se veía realmente nerviosa. Se alejó unos cinco metros de aquel poso, y corriendo a toda prisa, se lanzó velozmente hacia mis brazos.

—¡Está bien, te tengo! —exclamé, atrapándola de su cintura; se encontraba sumamente pálida. Respiró aliviada y me abrazó con fuerzas, desplomando de sus ojos el reflejo de algunas lágrimas.

—¡Hey, ya está bien, Les! Te dije que te atraparía. Ven, sigamos avanzando —le sequé las mejillas con la ayuda de mis manos y retomamos nuestra carrera por aquel túnel.

Así llegamos finalmente a lo que parecía ser el salón central del laberinto; aquel punto arredondeado en el cual cada uno de esos túneles desembocaba. La abadía se encontraba iluminada por otra de esas inmensas antorchas situadas en la parte superior de la sala mientras, sobre los muros, se desplegaban en distintos niveles pequeñas plataformas doradas suspendidas por delgados tirantes de acero. Una sala curiosamente aquietante, de aquellas que solemos contemplar varias veces. La luz desbordaba por los muros mientras seis descomunales pilares de piedra, dispuestos circularmente, acordonaban una pequeña compuerta en el centro del salón; nos acercamos poco a poco hacia ella esquivando algunas de esas columnas.

—¿Crees que esta sea nuestra última puerta? Es distinta a las demás —exclamó Leslie sorprendida, mientras yo contemplaba la extraña cerradura junto a la compuerta; parecía requerir de algún tipo de trasto tallado para poder abrirla.

—Necesitas una llave, ¿no es así, Danser? —se inquietaba ella, irradiando su mirada hacia todas partes. Yo volví a colocarme de pie y, concentrándome en aquellas plataformas, inicié la búsqueda de esa llave tan imprescindible. La suerte parecía no estar de mi lado esta vez.

—Yo opino que demolamos a golpes la compuerta —sugerí, algo agobiado por tantas cacerías. Leslie observaba intrigada la cerradura buscando una herramienta con la cual reemplazar nuestra llave.

—¿A dónde creen que van muchachos? Nadie atraviesa estas columnas sin ser devorado por el filo de mis flechas —aseguró

una voz masculina desde una de las plataformas superiores. Reaccionando a mis románticos reflejos, envolví a Leslie con ambos brazos creyendo que así lograría protegerla de nuestra nueva amenaza. Entonces pude verlo claramente, ese rostro embaldado en furia, controlando firmemente con sus manos la tensión de su arco; la flecha parecía apuntar fijamente a mi cabeza.

—Sabía que no debíamos confiar en ti. Por eso es que te dejamos allí solo en el túnel. No eres ningún esquizofrénico —le grité impetuoso, observándolo con más atención esta vez. Llevaba puesto un largo y ajustado traje rojo decorado por pequeños trazos de franjas verdes. Su cabello rojizo, tan espeso como ondulado, creaba en sus ojos verdes el claro reflejo de su tan evidente palidez.

—Exactamente. Y tal como han de suponer, mi nombre es Michael. La llave que están buscando la llevo colgada de mi cintura, como pueden ver —comentaba nuestro enemigo, asomando a la luz una extraña herramienta dorada; Leslie observaba absorta el centelleo en la punta de sus flechas; se veían verdaderamente pavorosas.

—¿Qué ganarás matándonos, Michael? Volverás a quedarte tan solo como antes —me expresé nuevamente, tomando a Leslie de un brazo para cubrirnos detrás de uno de los pilares.

—¡No quiero matarlos, idiota! Todo es parte de una prueba. Sólo tienen que pasarla y les entregaré cortésmente la llave —explicaba Michael, sin dejar un segundo de sostener su arco.

—¿De eso se trata, entonces? ¿De pasar pruebas? No nos apuntarías con tus flechas si no pensaras dispararlas, ¿no crees?

—¡Tienes toda la razón! —arremetió él, lanzando al instante una de ellas. Su ballesta se clavó en el suelo justo frente a nuestros ojos. Mientras tanto, Leslie se abrazaba a mi cuerpo con todas sus fuerzas, conciente de que sus flechas lograrían atravesarnos a ambos sin ningún inconveniente.

—¿Qué fue eso, Michael? ¿Algún tipo de amenaza? —carraspeé asustado. Su acertada puntería superaba notablemente en calidad a los ángeles de Raphael. ¿Qué clase de prueba era aquella? Nos mataría a ambos tan pronto asomáramos nuestras cabezas por detrás de esa inmensa columna.

Lo escuché tomar otra de sus afiladas flechas de la cesta que llevaba en la espalda; se veía claramente preparado para efectuar su próximo tiro.

—Danser, busca la forma de vencerle. No quiero acabar como aquel esqueleto con el que nos topamos antes —musitaba ella, comprimiéndose bruscamente contra mi pecho.

—Ya pensaré en algo, Les. Déjame observar sus próximos movimientos. Sólo espero que mis planes no incluyan el hecho de ser asesinados.

—Aquí hay varias plataformas, Danser. ¿Cuánto crees que me llevará recorrer cada una de ellas hasta alcanzarte con una de mis flechas? —continuaba retándome Michael con plena seguridad de sus facultades; parecíamos no tener escapatoria alguna. Comencé a estudiar la escena, esta vez con más atención; cada esquina, el espacio entre cada uno de aquellos pilares y plataformas.

—¡Ay, Danser! ¡Va a matarnos a ambos! ¡Nos degollará con sus flechas! —se desesperaba Leslie entre susurros y melancolías. Yo terminé por fin de estudiar el curioso escenario.

—Espera, creo que tengo un plan. Necesitamos llegar hasta la columna de allí, aquella que porta una antorcha en su parte superior, ¿puedes verla? —desembrollé, intentando acarrearla hacia el quid de mi fortuita estrategia.

—Sí, la veo, pero nunca llegaremos hasta allí. Ya tiene su arco en posición y listo para disparar.

—Tú confía en mí. A la cuenta de tres corremos hacia ella, ¿de acuerdo?

—¡Nada de eso! ¿Estás loco? Nos va a disparar —insistía Leslie, clavando sus ojos fijamente en los míos.

—¡Baja la voz! ¿Acaso quieres que nos oiga? A la cuenta de tres saldré corriendo hacia allí, pon mucha atención en lo que haremos. Tan pronto veas que mi cuerpo es alcanzado por alguna de sus flechas, saldrás corriendo instantáneamente hacia la columna, ¿entendido? —le expliqué, especificando mis próximos movimientos con lujo de detalles. Esperaba que su poca valentía aún continuara latiendo en sus venas.

—¿Dejarás que te dispare? Yo tenía razón, Danser, estás completamente loco. Te matará ti y luego me disparará a mí.

—Así es, va a dispararme con una de sus flechas, pero no podrá hacerte nada a ti. Le tomará unos tres segundos cargar nuevamente su arco —repuse, recordando el último tiro de Michael. Sólo esperaba estar en lo cierto esta vez.

—De acuerdo, al parecer no nos queda otra opción. Tú sólo avísame cuándo deba correr —accedió ella finalmente, esperando a que todo saliera a la perfección. Cargué una vez más el total de mi confianza personal y, abrazándola intensamente, escapé hacia esa apartada columna.

—¡Allí estás, muchacho! —gritó Michael de pronto, soltando finalmente sus dedos de la cuerda tensada. La flecha cruzaba el salón a toda prisa, mientras yo me arrojaba improvisadamente al suelo para esquivarla.

—¡¡¡Corre Leslie!!! —bramé con todas mis fuerzas, tomándola de la mano y alcanzando finalmente nuestro nuevo escondrijo.

—¡Maldita seas, Danser! Nadie esquivo mis flechas ¿me oyes? Ni tú ni tu amiga —se quejaba encrespado, cruzando hacia la siguiente de las plataformas.

—¡Ay! ¿Ves lo que has hecho, Danser? Ahora sí que lo has cabreado. Buscará un mejor ángulo de tiro y nos matará sin piedad alguna —Leslie comenzó a llorar desconsolada. Sus temblores se mezclaban con los míos mientras yo rezaba por que mis planes tuvieran resultado.

—¡Ya no tienen escapatoria, muchachos! —volvió a gritar Michael, acercándose poco a poco a su última oportunidad de tiro: Aquella plataforma desde la cual sus flechas jamás fallarían; un disparo ciertamente perfecto.

—¿Confías en mí, Leslie? —le susurré al oído, descargando de mi rostro una delicada sonrisa.

—Pues, ¿me queda alguna otra opción? —musitó ella, encerrándome sutilmente entre sus brazos. La muchacha percibía que su muerte se acercaba; para nuestra fortuna, se equivocaba.

—¡Ahora sí los tengo en la mira! Bienvenidos a mi lista de cadáveres, jovencitos —concluyó Michael con una molesta carcajada, alcanzando finalmente la última de las plataformas. Los

ganchos de los tensores, oxidados y destruidos tal como mis ojos lo habían notado unos minutos antes, terminaron de disolverse en el aire soltando inesperadamente la plataforma. El cuerpo de Michael se derrumbaba ineludiblemente mientras Leslie volteaba para observar lo que ocurría. Su sangre desparramada en el suelo, tornaba de un rojo fornido las flechas que ya se encontraban dispersas por todo el salón. Aquella lucha tan poco ecuánime acababa de terminar.

Leslie yacía escamada e inmóvil junto a la compuerta del suelo mientras yo me aproximaba lentamente a mi enemigo para quitarle la llave. Parecía estar soltando sus últimos soplos de aliento.

—Dime cómo lo logras, Danser ¿Cómo es que logras vencerlos y superar cada una de nuestras pruebas? Dímelo, por favor. No permitas que muera sin la respuesta —tartajeaba Michael, acabando de desangrarse por completo.

—Es realmente fácil, pues mi arma es mejor que la tuya y que cualquiera de las trampas de este laberinto. La muchacha que ves a mis espaldas es la única razón por la cual aún seguimos con vida. Me transforma en un ser perfecto. Un ente invulnerable capaz de lograr lo que sea. ¿Cómo es que logro vencerlos y superar cada una de sus pruebas? Simplemente, la tengo a ella —concluí en un sigiloso susurro, evitando que mi compañera alcanzara a oír mis palabras.

—No hay hombres perfectos, Danser. Sólo emociones perfectas —exhaló Michael entre sus últimos esfuerzos de vida. Leslie continuaba esperándome junto a aquella compuerta mientras mi enemigo cerraba sus ojos con una saciada sonrisa. Le quité finalmente la llave de su cintura y me acerqué a mi amada para escapar finalmente de aquella prisión. Esperaba encontrar la ventana a nuestra libertad por detrás de aquella abertura; encontrar mis respuestas tal como Michael acababa de hacerlo antes de morir.

Introduje delicadamente la pieza en la cerradura y entreabrí finalmente el inmenso tablacho. Desde allí descendían unas pocas y medianas escaleras que llevaban hacia un nuevo pasaje subterráneo.

—¿Qué fue lo que te dijo? —me preguntó intrigada, observando con cierta curiosidad el interior de aquel túnel.

—Sólo ha dicho que pasamos la prueba. Nada más —respondí enigmáticamente, cediéndole una mano para que ingresara conmigo al siguiente conducto.

Nos encontrábamos ahora en una extendida galería decorada de antorchas y, tal como antes, dirigiéndonos hacia alguna otra parte. Una vez más atentos al peligro, a las interminables sorpresas que pudieran perseguirnos por aquellos senderos de oscuridad; aquella penumbra en la que sólo nosotros lograríamos crear nuevamente la luz.

—¡Hey, Danser! ¿Te acuerdas de Zalo? —exclamó Leslie, entablado así una de esas largas conversaciones.

—¡Vaya! Al parecer tu memoria es mejor que la mía. ¿Cómo podría olvidar a aquel muchacho? Por su culpa tú y yo acabamos peleados —recapitulé, asombrado por sus elocuentes comentarios.

—Pero luego de esa ocasión nos amigamos. Fue algo realmente bonito, ¿te acuerdas? Aun así, no puedes culparlo a él. Tú eras el único que cometía las idioteces —objetó ella.

—Sí, tienes toda la razón. Aunque no fue muy larga su estadía en Harainay, sólo pude frecuentarlo por un par de meses. Después de amigarme contigo desapareció inexplicablemente de la faz de la tierra —mencioné yo, envuelto en nostalgia, mientras Leslie se escondía por detrás de su sonrisa.

—Voy a hacerte otra pregunta, Danser, pero tendrás que ser sincero —volvió a interrogarme ella con esa infaltable curiosidad suya. Sabía que sus inquietudes jamás desaparecerían hasta no darle una respuesta a cada una de sus incógnitas.

—¿Qué ganabas ocultándome tus verdaderos sentimientos? Me hubiera dado cuenta de ello tarde o temprano —afirmó con suma firmeza mientras yo rememoraba nuevamente el resto de la historia.

UNA MENTIRA CONVENIENTE

Zalo era una de esas pocas personas que disfrutaban de oír mis interpretaciones sobre la vida. Interpretaciones erróneas que fui corrigiendo con el correr de los años. Mi orgullo, la envidia y esa personalidad tan egocéntrica iban ganando su primer lugar en mi lista de defectos que parecía no tener fin alguno. Zalo se convencía a sí mismo de que su vida era un caos, un desperdicio carente de sentido e ilusiones. Insistía una y otra vez en que el destino es solamente uno de esos peores enemigos que se desviven por lograr que nuestros sueños se desplomen uno tras otro. Su visión trágica de las cosas sonaba tan realista en aquel entonces, que encontraba yo un lugar para sentirme seguro. Una realidad en la que sus palabras, filosas y punzantes, debilitaban mi ilusión para apagar lentamente mi obsesión con Leslie.

Zalo escuchaba con atención cada detalle de mi historia y cada característica que pudiera completar las piezas de mi rompecabezas, de manera que me abrí decididamente a él. Le conté los hechos, mis temores, mis angustias y mi único objetivo. Un objetivo que se tornaba ambiguo cada vez que volvía la vista atrás, tratando de comprender el origen de mi tan romántica necesidad. Comenzamos a encontrarnos bastante a menudo; en algún parque, algún rincón suburbano. Recuerdo bien nuestras charlas porque eran intensas, elocuentes. Comenzaban con temáticas infundadas y acababan transformándose en ideas sumamente estériles sobre algún futuro con Leslie.

Las luces del parque iluminaban esos bancos despintados que bordeaban los pequeños caminos. La frescura climática de aquel diez de Abril creaba una hermosa brisa sobre la plaza. Los an-

gostos caminos que se cruzaban por entre las canchas deportivas que allí nos rodeaban a Zalo y a mí, dibujaban desde otra perspectiva visual un artístico collage de baldosas. Su palidez se perdía por detrás de ese cabello despereado y enrulado que adornaba su rostro tan serio y retraído. Y aun así, tan interesante como su silencio, su compañía era una vieja cesta en la que yo arrojaba todos mis pensamientos sobre Leslie:

—Yo creo que lo mejor sería que lo hables con ella —insistía mi amigo. Yo caminaba de punta a punta observando el cielo entre leves meditaciones, mientras él permanecía inmóvil en el banco de esa plaza.

—No lo entiendes Zalo, estamos hablando de mis sentimientos, no los de ella. Este es mi sueño, no el suyo. ¿Qué crees que podría decirle? ¿“Hey, Leslie, escúchame, sé que no sientes nada por mí, que no podría ser más que un amigo para ti, pero de todas formas has la excepción y ve en contra de tus sentimientos”?

—Y... no estaría mal —contestó él, con esa grotesca personalidad que, por momentos, lograba confundir a mi torpe juicio. Yo continuaba mi trayecto de esquina a esquina buscando respuestas; ideas positivas que parecían abstenerse de llegar a mi mente.

—Es cierto, no puedo obligarla a acercarse a mí, y al parecer, tampoco puedo convencerla. Lo que me desespera es el hecho de que dejará entrar en su corazón a cientos de personas desinteresadas; aquellas que no dejan ni las más mínimas huellas. Pero claro, no me dará un lugar a mí. Ni siquiera un pequeño sitio en su vida para poder verla, para escucharla, contarle de mis problemas, mis proyectos; escuchar los suyos.

—Bueno, esa parte suena un poco irónica, debo decirte —interrumpía Zalo, con algo de razón quizá—. Contarle de tus problemas no sería una gran idea, recordemos que, al menos por ahora, ella es tu único conflicto emocional. Y admitamos que, analizando cómo van surgiendo los hechos en tu historia, no tienes muchos proyectos en mente.

—Sí, creo que tienes razón, Zalo —asentí una vez más, esta vez en voz alta. En cierto punto, mi amigo lograba ver la realidad mucho mejor que yo. Tenía el poder de orientación que yo tanto necesitaba para saber que hacer, y aun así, ambos perma-

neíamos ciegos frente a un camino que nos negábamos a ver. ¿Así es como funcionaba el mundo del amor? ¿Ignorando simplemente a esa persona que deseas, que necesitas cerca? ¿O sólo era un tonto destino en la que mi musa inspiradora resultaba ser nada más que una chica insensible que procuraba alejarme de ella fueran cuales fueran mis intenciones? Pues sólo el tiempo lo diría. Mientras tanto, aquella herramienta capaz de desconectarla por siempre de mi mente, aún estaba fuera del mercado de ventas.

—Quizá, lo mejor sea seguir así, ¿no crees? Continuar fingiendo que no me importa, que el tiempo cumplirá con su parte en esta guerra de emociones —añadí yo.

—Insisto en que lo más lógico sería empeñarse un poco más, Danser. ¿Por qué no intentas demostrarle lo mucho que ella te importa? Quizá no logre ver tu parte sensible. Tal vez tu ímpetu por controlar la situación y cada una de sus reacciones generen alguna especie de barrera u obstáculo que no la deja ver quien eres realmente.

—¿Y quién soy realmente, eh? —indagué, aun más confundido que antes.

—No te bases en tu nombre, en tu pasado o en lo que te identifica, sino en lo que tienes para ofrecerle. Piensa en todo aquello que estás dispuesto a compartir con ella, en los momentos que imaginas posibles. Todo ello te dirá quien eres; tus acciones y tus deseos.

—Sólo quiero que ella sea feliz. El problema está en que mi egoísmo intenta convencerme de que sólo yo seré el único capaz de darle esa felicidad, esa paz de vida. Es mi ego el que ignora el hecho de que nunca podré contar con aquella exclusividad, siempre habrá otros tantos que verán en ella lo que yo veo. Que encontrarán esa belleza interior que esconde bajo su tan extraña personalidad —continuaba lamentándome; sabía que todo aquello era cierto. Necesitaba creer que yo era su ángel guardián, aquel que le daría la atención que otros ni siquiera optarían por brindarle. Necesitaba saber que mis sentimientos no se perderían en el viento al escapar de mi boca bajo las luces de un parque.

Recordé sabiamente las palabras de Zalo. Palabras que años más tarde lograron mostrarme mi verdadero camino:

—Sólo pocos logran ver la perfección de un futuro que aún no existe, Danser. Y mi único consejo será siempre el mismo: No cometes el error de creer que porque tú sientes esa magia, ella también deberá sentirla. Sabes que tarde o temprano tendrás que lidiar con aquella verdad.



Los días pasaban lentamente como si el reloj de mi pared continuara funcionando sólo porque su labor así le estaba asignada. ¿Y que cometido me deparaba a mí el futuro, entonces? Así transcurría mi semana, tan larga como siempre. Como si sus días fueran simples minutos que cambiaban de forma junto con mi ánimo. Me sentaba solitario en la escuela, en los bancos del patio exterior mientras las horas de clase aterrizaban sólo en aquellas mentes dedicadas al estudio y a la educación. Yo ya estaba ido, completamente perdido. Mis discos y su reproductor eran mi única compañía en aquellos momentos en los que me tiraba en las gradas a dejar pasar el tiempo. La imaginaba junto a mí una y otra vez, lograba oír su voz tan única, tan suya. Me cubría los ojos con mi gorra mientras, boca arriba y recostado sobre el banco, la sentía acariciarme el cuello y la mejilla: Era esta una de las más hermosas magias que pude encontrar en el viento y su suave sonido al soplar.

Así pasaron dos semanas desde aquel encuentro con Zalo. Ya no había mucho más por hablar ni tampoco algún tema que pudiera provocarme la más mínima distracción. Nada de lo que hiciera borraría a Leslie de mi mente siquiera por un instante. Sólo al cerrar mis ojos sobre la almohada, dormitando en algún que otro universo, lograba entrar en aquel mundo donde su presencia se me hacía verdaderamente placentera. Un lugar donde podía besarla y tocarla sin medir las consecuencias de mis actos ni atenerme a los prejuicios, sentir su calor bajo la intensa cercanía de su figura.

Disfrutaba de un hermoso sueño con Leslie durante aquel 17 de Abril, cuando la alarma de mi móvil comenzó a sonar junto a mi cama. Lograba escuchar sus cacareos desde mis profundos pensamientos, invadiendo mis fantasías oníricas sólo para despertarme gratuitamente. ¿Qué necesidad había en ello? «Debí haberlo silenciado antes de recostarme», pensé. Me levanté finalmente de mi cama para apagarlo cuando noté que se trataba simplemente de un mensaje de texto. Al parecer era Zalo:

—Irás a matarme por algo que hice —decía en pequeños caracteres. Indiferente a su tangible honestidad y mirando las teclas con mis ojos entrecerrados, atiné a responderle:

«Sólo si se trata de Leslie»

Esperé a que contestara mi mensaje, suponiendo que sólo se trataría de una falsa alarma. Aunque mi corazón rogaba a gritos por que se tratara de ella, la incertidumbre era aun más dolorosa que mi soledad.

—Es sobre Leslie —respondió Zalo a los pocos minutos de enviarle mi mensaje. Mi corazón comenzó a palpitar rápidamente. Sentía una especie de taquicardia abrumándome descaradamente mientras corría a mi ordenador para ver lo que había ocurrido y, de alguna manera, entender la catástrofe que Zalo me había ocasionado. Abrí el Chat tan rápido como pude; allí estaba mi amigo conectado, ansioso por contarme con lujo de detalles lo que había hecho.

—¡Dime ya mismo lo que pasó! —exclamé yo, ligeramente nervioso. Esperaba que me escribiera alguno de esos largos textos bañados en varias explicaciones y hechos concretos, pero no fue así.

—Te pido disculpas, Danser, pero es que agregué a Leslie a mi lista de contactos en el Chat. Comenzamos a platicar y luego... bueno, será mejor que lo leas tu mismo —concluyó Zalo, y allí nomás me envió una corta conversación en un archivo de texto:

—¿Quién eres? —preguntó ella, tras saludarlo gentilmente.

—Bueno, mi nombre es Zalo. Estudio allí en el mismo colegio que tú. También soy amigo de Danser, tú lo conoces —respondió él, mencionándome en primera línea. La lectura me resultaba

intolerable. Una parte de mi mente intentaba continuar, mientras la otra luchaba por leer sesgadamente el final de aquella conversación.

—Sí, claro, y asumo que te ha contado toda la historia. ¿Cómo está él? ¿Ya está bien de ánimo? —preguntó ella, exponiendo un notable interés. Su preocupación lograba pintar todo de un hermoso color fantasía. Dibujaba una significativa sonrisa en mi rostro que me obligaba a detenerme unas cuantas veces a leer repetidamente aquella línea. Se preocupaba por mí. Podría haber ignorado los hechos, o incluso olvidarse de mi existencia, pero no. Al parecer, Leslie necesitaba saber como estaba.

—Bueno, pues, yo lo veo bastante bien —respondió Zalo de forma muy contradictoria. Resultaba realmente formal el hecho de no haber querido revelar mi cruel realidad. A diferencia de él, yo hubiera cometido ese error tan impropio; le hubiera dicho la verdad olvidando que, si mi intención era acercarme nuevamente a ella, mi energía debía de ser positiva. Tal vez, esta era una buena oportunidad para arreglar el pasado, borrar cada uno de los hechos y empezar de nuevo. Agenciar al menos una buena amistad; una amistad que llenara aquel vacío que su presencia quizá nunca lograría completar en mi interior.

—Me pone muy contenta eso. Por cierto, me gustaría poder hablar con él. Cuando lo veas dile por favor que me admita de nuevo en su lista de contactos —replicó Leslie, con grandes expectativas a que yo accediera a sus antojos.

—Y dime algo, Leslie, por simple curiosidad, ¿por qué no le das cabida a Danser, amistosamente, claro? —le preguntó Zalo, mientras yo, ahogándome en la lectura, tiritaba ante cada uno de esos comentarios tan comprometedores.

—Es que él no es muy comunicativo. No puedo quedarme esperando a que él venga a buscarme para platicar, o arrancarle conversaciones que simplemente no surgen —respondió ella. Comencé a entender el porqué de las cosas. Mis sentimientos no me dejaban abrirme a su amistad. Nunca me permitían soltarme o dejarme llevar por los simples momentos que la vida dejaba corretear por allí. Entendí finalmente los hechos y, dispuesto a

cambiar aquella timidez que robaba poco a poco mis esperanzas, regresé mi atención al fiel defensor de mi historia:

—Bueno Zalo, realmente te agradezco lo que has hecho —le dije, al terminar con mi lectura—. No tengo palabras para explicarte como ha cambiado mi ánimo tan pronto gracias a tus actos.

—Me parece muy bien, Danser —respondió él, más que contento al ver que, al fin y al cabo, su impertinencia dejaba salir mágicamente sus frutos.

Suelen decir que el orgullo es un arma que somete al hombre a su derrota en cualquier guerra sentimental. Un arma de doble filo que dispara siempre en ambos sentidos. Cualquier actitud de orgullo nos perjudica, sin excepción alguna, siempre. Es esta una afirmación tan estrechamente demostrada que ningún ejemplo lograría jamás contradecir. Mi orgullo, esa arma que llevamos en nuestras manos a cada instante, estaba por dispararse muy pronto.

—¿Y qué es lo que harás ahora al respecto, Danser? —preguntó Zalo, intentando conocer mi conclusión final.

—Pues, nada. Te agradezco lo que has hecho, necesitaba realmente saber que Leslie aún siente inquietud por lo que pasó. Pero no voy a admitirla en mi Chat.

—¿Qué?!— se alarmó, más que sorprendido. ¿Tanto sacrificio y deseo por llegar a ella, y así es como yo afrontaba los hechos?

—Eso mismo Zalo, no voy a admitirla en el Chat. No puedo permitir que vea que, ahora que quizá tenga ella un mínimo interés en mí, yo venga corriendo a sus brazos para obviar el pasado y comenzar de nuevo. Si quiere que me acerque nuevamente, tendrá que pedírmelo ella misma.

Moría de ganas por tenerla allí en mi lista de contactos. Observar su pequeña foto al costado del cuadro de texto en mi ordenador tras cuya pantalla ocultaría una vez más mis sentimientos. ¿Podría lograrlo? Esta era otra de esas tantas incógnitas que sólo el tiempo resolvería.



Decidí comenzar aquel mes de Mayo con algunos cambios no tan cómodos. Si pretendía realmente librarme de Leslie de una vez por todas, aún quedaban clavos sueltos que destruir; mundos imaginarios que aún yacían estampados junto a mi almohada en la pared de mi habitación. La observé allí tan hermosa y perfecta. Se sentía como contemplar a la más bella de mis creaciones, una combinación impecable de líneas y sombras capaz de darle a mis ojos la imagen más preciosa que pudiera hallar. La observé detalladamente, intentando estampar cada trazo de mis dibujos en los sitios más profundos de mi memoria. Cada gesto, cada hechizo en su mirada. Los recordé claramente ante mis ojos y, evitando adentrarme una vez más en aquel mundo de fantasías, los arranqué finalmente del muro.

—Son los retratos más hermosos que pude haber dibujado. Sólo espero que el hecho de destruirlos me ayude a borrarlos de mi mente —exclamé en voz alta, alineándolos uno por uno. Cerré mis párpados lentamente y dejé que mis manos se alejaran hacia lados opuestos sosteniendo las hojas con fuerza. Dos partes, luego cuatro, luego ocho; la imagen de Leslie desaparecía por entre las trisas mientras algunos pedazos escapaban de mis manos para desplomarse sobre el suelo. Los recogí nuevamente e inclinándome hacia el bote de la basura los arrojé sin siquiera arrepentirme de ello. Ya no habría fotografías tuyas ni retratos. A menos que el tiempo cumpliera con su parte, Leslie permanecería solamente en mi cabeza, encerrada allí por toda la eternidad.

Aquella tarde del 7 de Mayo era la ocasión perfecta para descansar de las dudas y de esa molesta falta de respuestas que conseguía trastornarme día a día. Me recosté sobre mi cama observando aquel muro completamente vacío cuando comenzó a sonar mi teléfono móvil.

—¡Vaya! ¿Qué no puede uno descansar tranquilo un sábado? —me quejé, estirándome hacia el estante de mi biblioteca para atender la llamada. «La última vez que alguien se interpuso en mi descanso resultaron ser buenas noticias, nunca se sabe.», pensé.

—Buenas tardes, ¿podría usted comunicarme con el señor Danser, por favor? —reclamó una voz al otro lado de la línea.

—Por supuesto, con él está hablando. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Ah, es un gusto señor. Le estoy llamando desde Radio Hainay, tengo entendido que dentro de una semana se llevará a cabo en la ciudad uno de sus recitales, ¿no es así? —indagó aquel hombre. Se sentía realmente increíble observar como las noticias solían transformarse notablemente al correr de boca en boca. Mi insignificante presentación musical parecía convertirse en una gran novedad a través de los distintos medios de comunicación.

—Así es señor, el próximo sábado —le respondí, más que emocionado por la situación.

—Pues, nos gustaría, si no es mucha molestia para usted, hacerle una pequeña entrevista acerca de ello.

—¡Oh, claro! sería un gran honor de mi parte. ¿Y cuando sería la entrevista? —pregunté, esperando a que esta no se superpusiera con ninguna de mis actividades.

—Verá usted, el programa saldrá al aire a las siete de la tarde. ¿Le parece bien si lo entrevistamos cerca de las nueve? Claro que lo llamaríamos unos minutos antes del interviú para que pueda usted alistarse.

—Me parece perfecto. Esperaré su llamado durante ese horario, no se preocupe.

—Le agradezco profundamente señor Danser. Ya nos comunicaremos con usted. Tenga un buen día —se despidió el hombre, mientras yo me apegaba a mi reloj para calcular las horas libres que aún me restaban. Me encontraba por ser entrevistado ¿no era eso increíble? Aun así, necesitaba compartirlo con Leslie; conseguir que ella supiera de su importancia en aquella cuestión. ¿Cómo lograría contárselo estando tan distanciados uno del otro? Ni siquiera se encontraba en mi lista de contactos de Chat. ¿De que me servía hacer las cosas en base a una inspiración tan ausente? Necesitaba compartirlo con ella.

Y se hicieron finalmente las siete de la tarde. Encendí aquella radio antigua que yacía abandonada en una punta de la cocina y me senté a buscar la frecuencia indicada.

—¡Bienvenidos a Radio Harainay! Dónde la voz llega siempre a vuestros corazones —relataba un severo aullido desde el otro lado; una voz penetrante y profunda que lograba despertar en mi estomago un considerable cosquilleo. Tan sólo había transcurrido media hora de música cuando mi impaciencia sobrepasó los límites. Me arrojé rápidamente sobre mi ordenador y, recurriendo a movimientos sumamente ágiles, agregué nuevamente a Leslie a mi lista de contactos.

—A las nueve de la noche seré entrevistado en Radio Harainay sobre mi recital del viernes próximo. Sería lindo que pudieras escuchar la entrevista —concluí a gran velocidad, y la eliminé nuevamente de mi lista. Ahora todo era cuestión de que sus inquietudes, si es que existían algunas, la incentivaran a dedicarle unos minutos de su tiempo a mis proyectos. Una vez más, mi imaginación correría por su propia cuenta, el resultado de mis acciones sería nuevamente un dato que jamás alcanzaría a conocer. Mi teléfono móvil comenzó a sonar de nuevo y pude sabiamente reconocer de qué número se trataba.

—Buenas noches, Danser. Aquí está todo en marcha, ¿estás listo para salir al aire? —preguntó aquella voz con la que había tenido el agrado de conversar horas antes.

—Por supuesto, señor. Aquí esperaré impaciente en la línea para ser entrevistado —le respondí cortésmente. Desde allí podía escuchar a otros locutores alcanzando segundos más tarde el parlante de mi vieja radio. Me encontraba tan sólo a unos pocos segundos de transportarme a ese latoso sonido que rebotaba en cada uno de los azulejos de la cocina.

—Acabamos de escuchar “Tus ojos son del viento”, mi nombre es Mark y esto es Radio Harainay, dónde la voz llega siempre a vuestros corazones. Pasamos ahora a las actualidades culturales de la ciudad. Tenemos el agrado de comunicarnos con Danser, un nuevo artista musical que nos glosará acerca de su participación en el festival Mustata del próximo viernes. Precisamente estamos con él en línea. Buenas noches Danser, ¿cómo

estás? —concluyó el relator, desplomando sobre mí toda aquella presión mediática.

—Muy bien, Mark. Muy emocionado por el espectáculo de la semana entrante —respondí, intentando imitar a otros entrevistados que pudiera haber oído alguna vez en mi vida.

—Me lo imagino, Danser. Apuesto a que ya tienes todo listo para el espectáculo, ¿no es así?

—Por supuesto. Todo marchando sabiamente a la perfección —respondí con plena certeza, ocultando el hecho de que aún no había preparado nada.

—¡Genial entonces! Bueno, ¿por qué no le cuentas a la gente un poco sobre el recital? —me dio Mark el puntapié para apoderarme de su audiencia y, recurriendo al mejor vocabulario que mis labios pudieran emplear, comencé a revelarme adultamente ante los oyentes.

—Bueno, se trata del cierre del festival Mustata, el cual se llevará a cabo desde las diez de la mañana hasta el mediodía. La presentación emprenderá con la participación de distintas bandas de música que abarcarán las distintas edades. El evento tomará lugar en el parque principal de Harainay, junto a las canchas deportivas, obteniendo así suficiente lugar para todo el público. Mi recital comenzará cerca del mediodía y comprende de unas siete u ocho canciones de estilo popular con las cuales intentaré deleitar a todos mis oyentes —desarrollaba yo mi tan detallada explicación.

—Y estoy seguro de que lo lograrás, Danser. Y cuéntanos algo más, ¿hace cuanto que cantas y compones? La gente quiere saber —preguntó Mark, intentado satisfacer esa curiosidad que yo no podría alimentar con mi verdadera respuesta. ¿Qué podría responderle? ¿Qué una chica de mi edad provocaba en mí poderes asombrosos que me permitían comprender los más insólitos secretos de la música? ¿Qué cada vez que pensaba en ella, mis manos lograban descubrir magia entre las teclas del piano? Claro que no.

—Pues, hace más o menos diez años que canto. Estudié piano durante la última década y compuse algunas canciones que este

viernes compartiré con todos aquellos que asistan al espectáculo —respondí.

—De acuerdo, señoras y señores, acaban de oírlo. Este próximo viernes, a partir de las diez de la mañana, podrán disfrutar de las canciones de Danser y de muchas otras bandas en el parque principal de Harainay. Los esperamos a todos allí para compartir juntos el final del festival Mustata con lo mejor de la música moderna.

—Efectivamente Mark, será un gran espectáculo —agregué yo, para darle a la entrevista un toque final de excelencia.

—No nos cabe la menor duda, Danser. Muchísimas gracias por tus palabras y la mejor de las suertes para este viernes —se despidió él, mientras la música de fondo comenzaba a apagar lentamente su voz.

—Un placer, Mark —concluí colgando finalmente el teléfono. ¿Habría Leslie escuchado la entrevista? ¿Cómo lograría saberlo? Preferí dejar que el poder de aquella intriga se alimentara poco a poco de mi incertidumbre. Sentir esas filosas garras devorando mi desesperación por no tenerla junto a mí. Supuse que algún día me acostumbraría, mientras tanto, aquella semana transcurría muy de prisa.



Allí estaba Lisa en mi lista de contactos, esperando para compartir otra de nuestras largas charlas. Me había agregado al Chat pocos días después de conocerme y, desde entonces, solíamos platicar muy a menudo.

—¿Cómo estás, Danser? —me saludó ella.

—Muy bien, aquí terminando de grabar el disco con las pistas de audio para el recital. Estuve intentando memorizar las letras de las canciones, creo que no nací para esto.

—¿Por qué dices eso? —me preguntó algo inquieta.

—Es que no logro retenerlas en mi mente. Es decir, las memorizo perfectamente una por una. De pronto pienso en Leslie por unos instantes y todo se esfuma de nuevo. No sé que hacer —me quejé, intentando incentivar a mi amiga de encontrarle una solu-

ción a mi problema; solía agobiarla constantemente con mis tan insistentes estigmas amorosos.

—¿Otra vez Leslie? Si continúas así perderás la cabeza por completo. No puede ser que su imagen se superponga a cada uno de tus pensamientos. Deberás encontrar algo cuya importancia sobrepase la suya. ¿Por qué no intentas enfocarte en alguna otra chica?

—Es que ya lo he intentado con muchas. No es un tema de gustos, Lisa, sino una atracción carente de cualquier tipo de explicación. De hecho, su belleza es sólo una vaga interpretación de mi mente. No creo que el resto de las personas puedan ver lo mismo que yo. Si su presencia es tan importante en mi vida, seguramente se trate de alguna especie de ley de atracción. Tal vez, Leslie representa algo así como mi batería, una fuente de poderes, no lo sé —pensaba en voz alta, compartiendo mis delirios con Lisa.

—Creo que estás corriéndote una vez más de la coherencia. Aun si así fuera, no tienes forma de averiguarlo. Intenta buscar soluciones más reales y congruentes, algo cuya metodología se acerque más a la cordura de los demás —me tranquilizaba mi amiga.

—De acuerdo, supongamos que mi problema no tenga solución alguna; que estoy destinado a pensar en ella durante el resto de mi vida, ¿qué clase de provecho podría sacarle a ello? Si lograra controlar mis poderes, podría quizá convertirlos en alguna herramienta de vida. ¿Tú que piensas, Lisa?

—Pienso que estás lejos de ser un superhéroe, Danser. Lo que buscas no existe. ¿Y sabes que pasará con el correr de los años? Estarás casado y con hijos, al igual que ella, y recordarás algún día las idioteces que acabas de decir —me criticaba Lisa. Intentaba excluir de su mente el hecho de que, quizá, algo de certeza aún permanecía en mis palabras. ¿Y si fuera verdad? ¿Y si Leslie era aquella fuente de energía con la cual podría ayudar a aquellos que no poseyeran mis habilidades? Podría quizá, en algún futuro lejano, convertirme en un gran profesor de música cuyos conocimientos fueran siempre ilimitados. O utilizar mis recursos informáticos para reparar ordenadores. En cuanto a mis aptitu-

des de dibujo, podría brindarles a otros la magia que creaban mis manos sobre el papel. Escribir poemas, libros o canciones en las que otros lograrían sentirse identificados.

—Si no puedes memorizar las letras, te sugiero que las imprimas y las leas desde un atril —me sugería mi amiga. Lo pensé durante unos minutos. Aquella era una idea claramente práctica. ¿Por qué memorizarlas? Nadie iría a juzgarme por ello.

—Sí, tienes razón, Lisa. Supongo que eso ayudará —le agradecí plenamente. La insignificancia de su aporte era ciertamente notable; uno de esos pequeños detalles capaces de destruir por completo la calidad de mi recital. Yo no estaba listo para eso. Dejé que los días restantes siguieran su marcha hasta aquel 12 de Mayo; ya era tiempo de dejar todo preparado para el día siguiente. Cogí un viejo bolso de mi armario y comencé a guardar todo cable o conector que pudiera hacer falta en caso de que el encargado del sonido no contara con el total de sus materiales. Me senté nuevamente en mi ordenador e imprimí finalmente las letras, comprobando por última vez si podía realmente memorizarlas. «Jamás lo lograré», pensé, «no con la imagen de Leslie tan arraigada a mis pensamientos». Observé, allí solitaria en un rincón, la vieja cinta adhesiva con la que había estampado sus dibujos en la pared de mi cuarto; aquello resolvería mi problema. Tomé un par de tijeras y, tras recortar las letras en pequeñas estrofas y estribillos, comencé a fijarlas por todos los sectores libres que hubieran disponibles sobre en el teclado.

—Hey, eso es trampa —exclamó mi padre, al ver lo que estaba haciendo. Se reía con suma indiscreción por esa astuta idea con la que yo resolvía mi inconveniente.

—No es trampa, papá, podría decirse que es simplemente una ayuda memoria. Si puedo perder algo de tensión por no equivocarme en ninguna de las letras, el recital saldrá mucho mejor, te lo garantizo —respondí, continuando distraídamente con mi tarea. El armado ya estaba listo, sólo quedaba ensayar cada una de las canciones en su respectivo orden y asegurarme de que todo marchara a la perfección. Conecté un prolongado cable desde el teclado hasta mi ordenador y, amoldándome cómodamente frente a las letras que acababa de estampar, comencé

a entonar la primera de mis canciones. El sonido de mi música comenzó a recorrer los cuartos de la casa, resonando en cada una de las ventanas y repisas. Mi voz se transformaba en un sonoro aullido de melodías que, tras la magia del piano, le daba a mis canciones aquel toque final que las llevaría a alcanzar la perfección. Ya todo estaba preparado para el día siguiente: El teclado, las pistas de las canciones y las letras escondidas entre teclas y controles. Sólo era cuestión de dejar que pasaran las horas hasta asomarse el sol de la mañana siguiente.

La coordinadora del festival me llamó aquella tarde para comprobar que todo estuviera preparado en cuanto a mi presentación.

—Todo marcha a la perfección, señorita. Estaré allí mismo a las diez de la mañana y listo para subir al escenario con mi instrumento —aseguré, dándole a mi número aquella seriedad que tanto merecía.

—Oh, me parece perfecto, Danser. Supongo que ya has hablado con el encargado del sonido. Deberás entregarle a él las pistas de audio.

—Por supuesto, señorita. Ya está todo perfectamente organizado —le repetí una vez más para que perdiera cuidado.

—Por cierto, olvidé mencionarte que, antes de ti, cantarán los ganadores del concurso nacional de estrellas que han participado este año. Comprenderás que habrá allí mucha gente —agregó ella, apoderándose del poco aliento que aún me quedaba. Aquel recital sólo estaba dedicado a Leslie; no creí estar preparado para cantar frente a tantas personas.

—Claro, señorita. Será un honor para mí compartir con ellos el escenario —concluí, despejando finalmente cualquiera de sus inquietudes.

El festival Mustata comenzaba exactamente la noche anterior. Las calles de Harainay se convertían en una fantástica feria de luces y micro-espectáculos para todos los ciudadanos que osaran a asistir. Viajeros de otros pueblos cercanos aprovechaban nuestra cálida bienvenida para formar parte de las repobladas calles mientras, por entre esas inmensas multitudes, los niños correteaban bajo interminables ataques de espuma y bocinazos. Nos reu-

níamos con los muchachos en algún punto clave donde pudiéramos reconocernos fácilmente; las calles estaban atestadas de gente y aquello se volvía una tarea claramente imposible de realizar. La pizzería Parcì acababa completamente sepultada bajo interminables gentíos hambrientos que ahogaban sus ansias con alguna de sus especialidades. Así disfrutábamos cada año del festival Mustata. Un espectáculo donde el tráfico de las calles resultaba generado por miles de habitantes de Harainay que, cada año, le daban a esa ciudad aquella magia única y maravillosa que no encontraríamos en ninguna otra parte.

Nos reunimos con James y Frederic en la vieja esquina de siempre, listos para sumarnos al gran festival. James traía consigo a uno de sus más usuales amigos cuyo nombre yo jamás lograba recordar. Nos adentramos rápidamente en la calle principal de Harainay donde, ocultos entre la multitud, comenzaríamos finalmente nuestro paseo.

Allí fue donde descubrí un juego bastante sugestivo que me ayudaría a concentrarme un poco más en mi típica obsesión.

—¿A quién buscas, Danser? Estás mirando hacia todas partes, pareces un faro —bromeó James, al verme tan inquieto. Intentar encontrar a Leslie por entre las miles de personas que caminaban hacia todos lados era una tarea ciertamente fascinante. Me sentía aquel valiente buscador de tesoros, adentrándome en un bosque místico de gritos y bocinas donde la espuma que arrojaban los niños continuamente se transformaba en una riesgosa tormenta de nieve luchando por evitar que encontrara mi riqueza perdida.

—Jaja, no estoy buscando a nadie, James. Tal sólo disfruto al observar a la gente pasar. Me gusta el panorama —le respondí, evitando parecer un completo obsesionado; y francamente lo estaba. Los restaurantes, atestados de gente tal como las calles, consideraban aquel festival como una gran oportunidad comercial.

—¡Emboque la pelota en alguno de los agujeros de esta pizarra y obtenga como premio este inmenso oso de peluche! —gritaba un hombre desde su simpático puesto de feria. Allí pudimos ver a cientos de niños intentando alcanzar aquel triunfo sin siquiera percatarse de que los huecos en la pizarra eran más

chicos que la pelota. Frederic se limitaba a descubrir funciones en su nuevo teléfono móvil mientras James y su amigo fomentaban curiosas ideas para divertirnos entre todos.

—Escucha, Danser, con James hemos pensado una buena trastada para jugarle a la gente —exclamó su compañero, acercándose velozmente hacia mí e interrumpiendo mi obsesiva búsqueda que aún no había concluido. Yo lo escuchaba con atención.

—Tú te pararás en aquella esquina de allí mientras James se situará en esa otra. Frederic y yo nos sentaremos en la esquina siguiente —comenzaba a explicarme su amigo.

—¿Y qué se supone que haremos? —pregunté yo, intentando adivinar de que trataba aquella broma. James se reía a un costado mientras Frederic se acercaba aún más para intentar comprender, al igual que yo, lo que estábamos a punto de hacer.

—La idea es la siguiente, Danser: Tú gritarás bien fuerte la palabra “manzana” asegurándote de que todo aquel que pase cerca tuyo pueda oírte. La gente continuará avanzando y, en la esquina siguiente, James gritará la palabra “naranja”. Al llegar la multitud a la próxima calle, Frederic y yo gritaremos bien fuerte “ensalada de frutas” —concluyó su amigo, desplomándose a carcajadas. Yo lo observaba de reojo mientras Frederic volvía su mirada hacia su nuevo teléfono móvil para seguir estudiándolo.

—¿De manera que la idea es confundir a la gente que pasa? ¡Crearán que estamos locos! —exclamé ofendido, imaginando a Leslie pasar en aquel preciso instante en el que yo acometiera semejante payasada.

—De acuerdo, chicos. Lo haremos —accedí finalmente. El festival Mustata era la excusa perfecta para revivir a aquel niño que aún continuaba escondido en mi interior. Nos colocamos cada uno en una esquina y, disfrutando de aquel momento de alegría y euforia, nos dejamos llevar por nuestras descabelladas ocurrencias. La gente reaccionaba agradablemente mientras James y su amigo discurrían nuevas e inofensivas ideas para seguir divirtiéndonos.

La noche avanzaba continuamente. Leslie aún no aparecía pero aquello ya no me preocupaba; pronto serían las once de la noche

y necesitaba dormir suficiente para estar en forma a la mañana siguiente. Esperamos a que las mazas disminuyeran un poco y nos despedimos finalmente junto a la pizzería Parci.

—¿A que hora comienza mañana tu recital, Danser? —preguntó Frederic para confirmar el horario.

—A las diez ya estaré arriba del escenario. Les ruego, hagan lo posible por venir, será un gran espectáculo —me despedí de ellos y cogí el camino más corto hacia mi casa. Ya lograba vislumbrar el rostro de mi amada enredado entre mi público; sería una gran presentación.

El reloj despertador comenzó a sonar exactamente a las nueve de la mañana tal como yo lo había programado. Sólo disponía de una hora para desayunar y acomodar las cosas junto a la puerta de entrada. Supuse que ensayar algunas melodías de canto no estaría nada mal para precalentar mi garganta.

—¡Maldita sea, esto no puede estar sucediendo! —exclamé sobresaltado, al notar que mi garganta se encontraba completamente afónica. Me proponía lograr que mis cuerdas vocales reaccionaran poco a poco, pero estas parecían no percibir en lo absoluto mis intenciones. Corrí rápidamente hacia la cocina y, aprovechando aquella única hora que aún llevaba de ventaja, me preparé un té natural esperando a que sus propiedades curativas me asistieran en algo. Dejé que el trago pasara suavemente por mi garganta y comencé a preparar otro adicional para darle a mis cuerdas una tranquilidad provisoria. En instantes nada más llegaría el taxi que aún no había encargado y yo seguía sin vestir. Terminé de beberme ese último té y me asomé finalmente a mi armario para elegir la ropa adecuada. Rescaté una sutil camiseta roja del rincón y unos ajustados pantalones de vaquero. Acudiendo a un poco de gomina para el cabello, me aseguré de que mi pelo no perdiera su consistencia; si aún quedaba algo de atractivo en mi blanca palidez, me aseguraría de que permaneciera allí de forma incuestionable. «¿Cómo podría concentrarme en las letras de las canciones sin que el público lo notara?», pensé por un momento. Observé de pronto unos modernos anteojos de sol que resolverían aquel problema. Ya todo estaba casi listo. Co-

rroboré nuevamente la hora y, asegurándome de no olvidar ninguno de los bultos que debía llevar, tomé ágilmente mi teléfono para encargar el taxi.

No había tiempo para pensar en Leslie. La prisa y los nervios se balanceaban desde mi estómago hasta la punta de mis dedos alterando mi pulso reiteradas veces. ¿Tiempo para pensar en Leslie? ¿Dónde lo encontraría? El taxi avanzaba lentamente mientras yo escuchaba desde allí los murmullos del público. El sol atravesaba las ventanillas del vehículo deshumedeciendo mi cabello que aún continuaba fresco por la gomina. Yo desempañaba una y otra vez mis anteojos para apreciar mejor las calles de Harainay. ¿Cómo iba a encontrar tiempo para pensar en Leslie? Las personas, repartidas entre las diversas veredas, se dispersaban de esquina a esquina mientras el conductor del taxi se las rebuscaba para llegar a tiempo al lugar que le había indicado. Y por fin llegamos al parque principal de la ciudad. No había tiempo para pensar en Leslie pero, de manera claramente inevitable, su imagen aún seguía en primer lugar.

Bajé finalmente del taxi y, sosteniendo el instrumento con todas mis fuerzas, pude entender finalmente a lo que me enfrentaba. Allí, bordeando aquel inmenso escenario, más de dos mil personas se preparaban ansiosas para el gran evento.

—¡Dios mío! Esta es demasiada gente para mí, aún no estoy listo para tanto público —exclamé asustado. «Leslie ya podría estar allí», pensé objetivamente. Crucé finalmente la cerca que bordeaba aquella plaza y, evitando tropezar entre la multitud, alcancé finalmente el inmenso escenario. A su derecha, dentro de una de las canchas deportivas del parque, una pequeña carpa blanca escondía en sus adentros a los finalistas del concurso de estrellas.

—¡Señorita, soy yo, Danser! —le grité a la organizadora, al verla a un costado de aquella carpa. La mujer se acercó lentamente hacia la entrada de la cancha y me abrió la puerta para que ingresara.

—Bienvenido, Danser, Aquí tienes una botella con agua especialmente para ti. Recuerda que cualquier cosa que necesites me mantienes al tanto. Subirás al escenario en cuanto los ganadores

del concurso de estrellas finalicen su presentación —me orientaba ella para que no hubieran negligencias de mi parte.

—Perfectamente claro, señorita. Por cierto, aquí tiene las pistas de las canciones, le agradecería si pudiera entregárselas al encargado del sonido por mí —le encomendé, cediéndole educadamente el disco compacto.

—Claro, Danser, enseguida nomás se lo entrego. Tú ve alistándote —se despidió ella, regresando nuevamente con los verdaderos anfitriones de aquella presentación. Desde afuera, la gente me observaba ansiosa por descubrir de quien se trataba. Me sentía francamente un verdadero privilegiado. Si Leslie estaba allí esperando por verme, no lograría encontrarla hasta estar finalmente sobre el escenario. Me notaba mucho más nervioso de lo habitual; aquello debía salir perfecto y no iba a permitirme ningún error.

Los jóvenes artistas bajaron del escenario y, esquivando una inesperada avalancha de fanáticos y seguidores, cruzaron la puerta de la cancha para esconderse bajo la carpa blanca.

—De acuerdo, Danser, el escenario es tuyo. Ya puedes ir subiendo y conectando tu instrumento. En cuanto te sientas listo, hazle una seña al encargado del sonido, él sabrá que hacer con tu disco —me orientaba la directora del evento. Así crucé aquella puerta y, evitando tropezar con los pequeños escalones, alcancé finalmente esa altura que sólo un escenario podría brindarme. Lograba esconder tras mis anteojos negros el total de mi ansiedad; mis nervios saltarían a la luz tan pronto comenzara a cantar. Conecté uno a unos los cables del teclado y reajusté el soporte del micrófono para evitar cualquier percance inesperado.

Aquellas dos mil personas fueron pronto unas pocas decenas de espectadores; tal parecía ser que la noticia de mi espectáculo no había contado con la repercusión suficiente. Ignoré la disminución del público y, observando al encargado del sonido, perpetré un leve gesto con la cabeza para que insertara el disco con las pistas. Indiferente a mis nervios y a aquella falta de control sobre mis dedos, comencé a cantar la primera de las canciones. Las pistas sonaban tal como había imaginado. Mi voz ya despierta, las

letras en su lugar y mis dedos bailando entre las teclas del piano; todo marchaba a la perfección a excepción una cosa: Leslie.

La buscaba una y otra vez por entre esa escasa multitud. ¿Se habría olvidado de mí? Quizá no tardaba en llegar. Tal vez ni siquiera pensaba en venir o en desperdiciar unas pocas horas de su vida al escucharme cantar. Dejé de enfocarme en su ausencia y comencé a concentrarme en aquellos que, parados diversamente frente a mi escenario, disfrutaban de la magia proveniente de mi voz y de mis manos. Desde allí pude ver a dos de sus íntimas amigas. Más a la izquierda, Lisa y su amiga cantaban a la par conmigo y me tomaban algunas fotografías. A lo lejos pude reconocer al señor Gilbera caminando junto a su esposa; su hija no estaba allí pero ellos seguro le contarían de mi recital. Continué cantando hasta el final, presentando cada una de mis canciones y acotando algunos mínimos datos sobre ellas. A unos pocos metros de Lisa y su amiga, Matnik, un muchacho de unos años más que yo, se reía notablemente a causa de mis nervios al hablar. Frederic y su madre me observaban desde la otra punta mientras el resto de mis espectadores se dejaban llevar por el ritmo la música. Los aplausos eran pocos pero intencionados. Agradecí la presencia del público y, despidiéndome de la manera más profesional posible, apagué finalmente el teclado. Bajé esas pequeñas escaleras evitando una vez más tropezar con ellas y empecé a saludar con gran emoción a cada uno de mis amigos.

—Ven, Danser, mi amiga nos tomará una fotografía —exclamó Lisa, arrebatándome de allí de un gran tirón. Nos paramos junto a la puerta de la cancha mientras su amiga sostenía frente a nosotros su cámara digital.

—Me encantaría quedarme con ustedes chicos pero debo regresar a casa con los equipos —me disculpé.

—Despreocúpate, Danser. Estaremos aquí en el centro unas cuantas horas. Puedes dejar las cosas en tu casa y luego venir con nosotros —me sugería Frederic. Lisa continuaba a mi lado contemplando el hermoso bronceado que aquellos minutos de sol acababan de pintar sobre mi piel.

—Sí, creo que es una buena idea. Por cierto, Frederic, ¿no has visto a Leslie por aquí?

—Mmm, no, no lo creo. Tan sólo he visto a sus padres, pero ella no estaba —me respondió él.

—Sí, yo también los vi. De acuerdo, no importa. Llevaré los equipos a casa y volveré en algunos minutos.

—Claro, no hay problema. Estaremos aquí esperándote —respondió Lisa en nombre de todos. Regresé al escenario a guardar cada uno de mis instrumentos, sin olvidar ningún cable, y me acerqué al encargado del sonido para que me devolviera el disco que le había entregado. Yo continuaba pensando en Leslie y en su tan reciente ausencia. Sus padres y amigas habían venido a escucharme, ¿podría al menos conformarme con ello? Ya no tenía importancia. La decepción ya no era un factor latente. Quizá pudiera algún día cantarle, tendidos en las playas de Harainay, una hermosa serenata a la luz de la luna con mi guitarra. ¿Quién lo diría...?

Aquel viernes, después del gran recital, concluía un gran capítulo de mi historia; aquel silencio entre Leslie y yo, que se volvía una verdadera molestia cada vez que compartíamos un mismo espacio, desaparecía finalmente. Comenzaba a preguntarme hasta que punto negaríamos la naturaleza de aquel conflicto. ¿Hasta cuando continuaríamos esquivándonos con la mirada e ignorando la existencia de mis sentimientos? Tarde o temprano, aquello debía llegar a su fin. Me conecté al Chat tal como de costumbre, mientras diseñaba en el ordenador un bonito mensaje de agradecimiento para todos aquellos que habían asistido al recital. Fue allí cuando noté la presencia de Zalo en mi lista de contactos activos.

—Hey, Danser, Leslie está pidiéndome otra vez que la adhieras a tu lista de Chat. Dice que quiere hablar contigo —exclamó él, mientras yo dibujaba en mi rostro una grotesca sonrisa. Quizá ya era hora de abrirle paso al destino. Si el gran amor de mi vida intentaba llegar a mí, ¿por qué insistir en lograr lo contrario? La agregué finalmente y esperé paciente a que me dijera lo que necesitara decirme.

—¡Hola, Danser! —me saludó ella, dándole un rotundo final a aquel tendido silencio cuya infinitud ya se volvía realmente eterna.

—Hola, ¿cómo estás? —respondí yo.

—Bien, quería saber como estabas respecto a lo que hablamos la última vez —me explicó ella, justificando su reaparición en mi vida. ¿Realmente quería saber cómo me sentía? Ya habían pasado tres meses, ¿por qué buscaría ahora llegar a mí? ¿Curiosidad, quizá? Tres meses de silencio, de roces visuales e irritantes desencuentros. Quería saber como estaba después de tanto tiempo. ¿Para qué? ¿Cambiaría algo si mi respuesta hubiera sido la cruda verdad? Yo seguía tal como antes, completamente enamorado y padeciendo aquella realidad como una simple rutina. ¿Valía realmente la pena ser sincero para alejarla otra vez de mí? Quizá era una buena oportunidad para comenzar todo de nuevo.

—Oh, ¿te refieres a lo que me ocurría contigo? Pierde cuidado, estoy completamente curado. Ya no siento nada por ti —respondí finalmente, recurriendo a un infaltable icono gestual de aquellos de los que disponemos comúnmente en un Chat. Aquella sería mi gran decisión final; mis sentimientos hacia ella volverían a ser nuevamente un secreto.

—Me alegro mucho, Danser —concluyó ella. Por alguna extraña razón, mi respuesta no parecía haberle causado mucha gracia. ¿Cómo podría una chica ponerse contenta al saber que su ferviente enamorado ya no lo estaba más? Contar con la existencia de un gran admirador, alguien que nos proteja, que se deslumbrase ante nuestra belleza incierta, nuestra forma de ser, ¿por qué renunciar a ello? No había motivo alguno por el que mi respuesta fuera un hecho positivo para ella. Supuse que las cosas volverían una vez más a la normalidad.

—¿Y qué tal te ha ido con tu recital? —me preguntó, claramente interesada.

—Pues, podría decirse que meramente regular. De todas maneras, me he quedado satisfecho.

—Juro que moría de ganas por asistir, es que no sabía que hacer al respecto. Creí que si me veías allí parada, mi presencia te afectaría de alguna forma —me explicó ella, justificando su ausencia del día anterior. Parecía ser sincera conmigo; de veras quería verme.

—Mis padres y mis amigos estuvieron allí. Me han dicho que has cantado espectacular —alegó ella, expresando aquella opinión que yo tanto anhelaba por que fuera de su autoría.

—Está bien, Leslie, ya habrá otras oportunidades —concluí, con ese pensamiento objetivo de que ahora todo sería distinto. Quizá podría perfeccionarme, mejorar mis técnicas musicales, la claridad en mi voz. A partir de aquel entonces algo cambió en nuestra afable relación. Se volvía lentamente adicta a todo lo referente a mí; mis canciones, mis fotografías. Le gustaba hablar conmigo de cualquier cosa, como si mi amistad fuera algo realmente importante para ella. ¿Extrañaba acaso ese afecto que yo tanto le tenía, esa forma de mirarla como un completo enamorado? Pensé que podría buscar la manera de llegar a mí de un modo mucho más íntimo, más profundo. Tal vez decidió darse una oportunidad para conocerme mejor, buscar en mí aquel amor que no encontraría en otros hombres. Me gustaba imaginar aquella idea, suponer sus intenciones, y sin embargo, no había forma alguna de comprobarlo. Sólo al dejarme llevar por mis errantes instintos, lograría comprender aquel cambio tan significativo que empezaba poco a poco a notar en ella.

—Hey, Danser. Leslie me hizo hoy un par de preguntas sobre ti —exclamó Zalo aquel 15 de Mayo, desconcentrándome por completo de aquello en lo que estuviera ocupado entonces.

—¿Qué tipo de cosas? —pregunté yo, sumamente interesado. ¿Qué podría averiguar a través de mi amigo que no pudieran pronunciar mis propios labios? Aquella incógnita lograba martirizarme.

—Quiere saber si es cierto que ya no sientes nada por ella. ¿Me puedes explicar por qué le has dicho eso? Cada vez me sorprendes más, Danser —me interrogaba Zalo, intentando comprender el motivo de mi insólita negación amorosa.

—Es difícil de explicar. Si vuelve a preguntarte algo, tú simplemente confirma lo que he dicho, ¿de acuerdo?

—Está bien, no hay problema. Espero que sepas lo que haces.

—Pierde cuidado amigo, tengo una gran idea.

GABRIEL

La prudencia de nuestros pasos avanzaba sigilosa por aquella galería, cuando me detuve a contemplar algunos de esos símbolos que nos escrutaban desde los muros de piedra. Leslie se apega sutilmente a mi hombro izquierdo, apuntando sus ojos a donde fuera que se dispersaran los míos. La observé con ternura mientras ella me respondía frunciendo sus labios.

—Me pregunto que hubiera pasado si, en lugar de agregarnos nuevamente en el Chat, dejábamos pasar el tiempo pretendiendo nunca habernos conocido —exclamó ella finalmente, observando junto a mí algunos de esos extraños símbolos.

—Pues, a decir verdad, el resultado hubiera sido el mismo, sólo que todo aquello que fue ocurriendo luego jamás habría acontecido.

—¿Cómo estás tan seguro? —insistía ella, con cierto interés en aquellos universos paralelos que el destino había omitido ante cada una de nuestras viejas decisiones. Algunas cosas no se pueden cambiar.

—Porque tú me rechazaste en primera instancia, Leslie. Ya no iba a intentarlo de nuevo, tu respuesta fue clara y concisa. ¿Acaso hubieras cambiado de parecer con el tiempo? —rezongué sumamente infausto, al recordar mis antiguas congojas.

—Pues, no lo sé. Quizá —repuso ella, dibujando en su mente algunos de esos bocetos y suposiciones que yo dejé de imaginar con el tiempo.

—De acuerdo, ¿por qué no dejamos aquel tema para otro momento? Será mejor seguir avanzando. Creo haber descifrado algunos de estos sím... —aplaqué de pronto mis palabras al sentir

un profundo azote en mi cabeza. Mis ojos se cerraron súbitamente mientras yo percibía a Leslie desplomarse junto a mi cuerpo desmayado. En ese entonces, mis ideas convergían una y otra vez en la misma obstinada y repetitiva interpretación de hechos: Alguien acababa de golpearnos.

Abrí finalmente mis ojos al sentir una voz seca y varonil desgarrando mis oídos.

—¡A despertarse, queridos dormilones! Esto recién comienza. ¡Ya es tiempo de desperezarse, vamos! —continuaba escuchándolo con cierto vahído mientras mi pobre cabeza se afligía en un dolor verdaderamente punzante.

—¡Hey, Danser! Despierta ya mismo. Tienes que sacarnos de aquí —gritaba Leslie desde alguna parte, mientras yo conseguía abrir mis ojos de una vez por todas. Allí pude hallarme encerrado entre cuatro paredes completamente enrejadas. A lo lejos, unos veinte metros quizá, Leslie me observaba temerosa y sometida a mis mismas condiciones. Me acerqué a las barras frontales para hacerme de un mejor panorama; mi cabeza aún continuaba aturdida e intentando recuperar parte del conocimiento.

—¡Buen día, muchachito! Veo que ya haz despertado—exclamó un curioso anfitrión desde el centro de la sala, mientras yo alzaba la vista para estudiarlo con más atención. Allí, sobre una plataforma suspendida a tres metros del suelo, el individuo nos observaba con una alienada sonrisa. Vestía una toga color azul claro, con reveses anaranjados; aparentaba unos treinta años de edad. Su piel tostada robustecía aquellos ojos azules verdosos que nos vigilaban desde su alto aposento, mientras sus largos cabellos de bronce despertaban gran curiosidad.

—¿Estás bien, Les? ¿Te hizo algo? —le grité desde mi celda.

—Pues, ¿más que golpearme en la cabeza? No lo creo —respondió ella, tanteando disimuladamente algunos rincones de su cuerpo. Yo la observaba con cierto consuelo, apoyando una mano sobre mi cerviz.

—Lamento haberlos golpeado, jovencitos, pero no tuve otra opción. Déjenme presentarme: Mi nombre es Gabriel y seré su carcelero durante las próximas eternidades. Como lo habrán no-

tado, no tienen forma de escapar de mis celdas, así que no malgasten sus energías —se vanagloriaba nuestro agreste guardián. Leslie me observaba desde su celdilla, completamente desesperanzada ante nuestro repentino aislamiento. Su cuerpo yacía a tan sólo unos metros del mío y, aun así, la necesitaba exasperadamente. Sentirla cerca, sana e incólume, al alcance de mis brazos. Necesitaba salvarnos; sacarnos de aquellas mazmorras que, entre las brisas de la humedad y el miedo, nos aprisionaban sin ningún tipo de escape.

—De acuerdo, Gabriel. ¿Qué quieres de nosotros? Supongo que estás dispuesto a negociar —imprequé finalmente, arrimando mi cabeza por entre las barras de hierro.

—¿Negociar, dices? Jaja, pero que joven tan crédulo. ¿Acaso te has observado? Tan sólo llevas puestos tus calzoncillos. ¿Qué crees tener para intercambiar? Además, no tengo ningún interés en liberarlos. Serán mis prisioneros de ahora en adelante. Les sugiero que vayan acostumbrándose —reiteraba nuestro perverso vigilante.

—¿Qué?! ¡Danser, dile algo! Pretende dejarnos aquí encerrados —comenzó a gimotear Leslie, extendiendo sus brazos por delante de las barras. El hombre se reía a carcajadas mientras yo me insuflaba en una insoportable sensación de minusvalía; necesitaba urgentemente escapar de allí.

—¡Ya déjanos en libertad! ¿De acuerdo? De nada te serviremos aquí encerrados —volví a insistirle a nuestro vil carcelero.

—¿Libertad? ¡Jaja! Pero que joven más encantador. La libertad no existe, muchachito. Todos son prisioneros, aquí o afuera, sólo que en distintos aspectos. Al menos aquí, como podrán ver, el presidio es más honesto y evidente. ¡Jaja! —continuaba riéndose a carcajadas. Leslie apoyó su espalda contra los bordes de su celda mientras yo contemplaba a Gabriel con suma aversión.

—De acuerdo, prisioneros. Los dejaré aquí solos por unos momentos. Iré a preparar los útiles de tortura, no me tardaré —se despidió el guardián, ascendiendo sobre su pequeña plataforma hacia alguna otra parte del salón. Ya nuevamente estábamos solos.

—¿Oíste lo que ha dicho, Danser?! Piensa torturarnos. Tenemos que escapar de aquí cuanto antes —se desesperaba Leslie, entre llantos y bramidos.

—¡Pero por supuesto! En seguida te sacaré de tu celda, aquí traigo las llaves —me burlé, mientras ella apagaba sus lágrimas para observarme con cierto rencor.

Comencé a estudiar la escena con mucha más determinación que antes. Allí, entre nuestras respectivas prisiones, un inmenso engranaje de piedra ejercía sus funciones sobre algún tipo de maquinaria subterránea. La sala permanecía iluminada por decenas de pequeños candelabros, todos dispuestos en forma aleatoria, rodeando aquellas barras que nos encerraban de par en par.

—¿Sabes una cosa, Danser? Oí perfectamente lo que le decías a Michael —carraspeó ella, mientras yo continuaba inspeccionando cada rincón de la fortaleza.

—¿De qué hablas?

—De que gracias a mí logras superar las trampas de cada sala. ¿Cómo puedes seguir enamorado? —pesquisaba Leslie, completamente inconciente de las venideras torturas.

—No estoy enamorado, tonta. Bueno, tal vez sí lo esté. ¿Pero qué importa? A ti no te hará ninguna diferencia —respondí, con algo de neutralidad. Algunos sentimientos van más allá de las definiciones que pueda representar a veces una palabra.

—¿Ninguna diferencia? Te diré una cosa, Danser... ¡¡Ay, una rataaaaa!! —gritó pasmada, al ver un inmundo roedor cruzando ligeramente entre nuestras celdas. El bicharraco tropezó con un pequeño candelabro junto a mis barras, dejándolo caer sobre unas insólitas cadenas de acero.

—¡Vaya! ¿Cómo es que no las vi? — exclamé sorprendido, inclinándome hacia ellas para ingresarlas en mi aposento. Las tomé de sus inmensos eslabones y, arrastrándolas con todas mis fuerzas, comencé a estudiar mis tácticas con más atención.

—¿Se puede saber que haces? ¿Ya mataste a la rata? —bramaba Leslie, desde su humilde camarote.

—No, y deja en paz al pobre bicho. Escucha con atención, Les. Esta cadena es sorpresivamente extensa, lleva casi cincuenta me-

tros de largo —yo continuaba investigando mi supuesta herramienta de escape.

—¿Qué tienes en mente?

—Ya lo verás. Intenta atrapar esto —repuse, arrojando una punta de las cadenas hacia la celda de mi amiga, quien estiraba ágilmente sus brazos para atraparla.

—¡Auch! Creo que me rompí una uña —se quejó ella de pronto. Yo continuaba desenredando el remanente de los eslabones.

—¡Jaja! Mujer tenías que ser; ya te crecerá de nuevo. Ahora escucha con atención. Necesito que entrecruces las cadenas por dos o tres de los barrotes de tu celda, y me las arrojes nuevamente hacia aquí, ¿de acuerdo? Tironea un poco más de ellas, no te alcanzará su longitud —le expliqué yo, tratando de no obviar ningún detalle. Noté como Leslie comprendía poco a poco hacia dónde conllevaban mis métodos. Se volvió a acomodar la uña del dedo y, sujetando las cadenas con cierta repulsión, comenzó a mudarlas entre las barras de su pequeño aposento.

—¡Excelente! Ahora tienes que arrojarlas hacia mí. No te preocupes si no alcanzas, podrás intentarlo de nuevo —la instruía yo con suma paciencia. Odiaba subestimarla de aquella forma, sólo que algunas de mis viejas memorias parecían obligarme a recordar lo torpe que era.

—¡Aquí va, atrápala! —gritó ella. Yo estiré mis brazos por delante de las barras y, tras coger las cadenas con ambas manos, comencé a entrelazarlas por mis barrotes tal cómo mi compañera acababa de hacerlo. Amarré finalmente las puntas, mientras Leslie me observaba sumamente intrigada.

—¿No piensas decirme lo que harás? —volvió a preguntarme.

—Aún no. Ya lo verás tú misma —respondí con certeza, extendiendo mis brazos hacia fuera y revoleando las cadenas que allí colgaban entre nuestras celdas. Dejé que el batir de las ondas formara un delgado óvalo de acero hasta arrojarlas raudamente hacia el inmenso engranaje de piedra que allí rotaba al igual que antes. Las cadenas comenzaron a tensarse con sumo entusiasmo, mientras los barrotes se encorvaban de par en par como peque-

ños alambres de aluminio. Esperé a que las varas cobraran algunos centímetros más de distancia y, pasando finalmente entre ellas, volví a sumergirme en mi vieja libertad.

—¿Pero cómo cuernos se te ha ocurrido doblarlas con la rueda? —exclamó Leslie, contemplándome con suma estupefacción. Permanecía allí parada con sus ojos abiertos de par en par mientras yo me acercaba velozmente a su celda.

—Pues, la rata dejó caer aquel candelabro sobre las cadenas —respondí yo, ayudándola a salir de su pequeña mazmorra.

—¿Y eso qué? —volvió a indagar ella.

—¿Cómo que “eso qué”? Tú misma me has enseñado que todo ocurre por una razón. Yo sólo me las rebusqué para aplicarle un buen uso a lo que tuviéramos a mano. No es tan difícil como parece.

—Vaya, que admirable —repitió, algo abismada.

—De acuerdo, Leslie, mejor apresurémonos. No creo que Gabriel tarde en regresar —exclamé yo, observando una extraña abertura en el rincón de la sala. Desde allí podía vislumbrarse nuestra próxima salida en los términos de una prolongada galería. Avanzamos algunos metros por sus magros interiores, cuando las vastas paredes comenzaron a cerrarse inesperadamente.

—¡Maldición! Nos aplastarán si no nos apresuramos —imprequé, comenzando a correr decididamente hacia aquella luz que esperaba al final del pasaje. Leslie adjuntaba sus pasos a los míos mientras yo me adecuaba a su ritmo de trote.

—¡¡¡Prisioneros!!! ¿A dónde creen que van? ¡Vuelvan aquí inmediatamente! —vociferó Gabriel, adentrándose en el pasillo a toda velocidad. Los muros continuaban cicatrizándose a nuestros costados, esperando ansiosos por aplanarnos entre sus inmensas grietas de piedra. La tomé a Leslie de su cintura e incrementamos aun más nuestra torpe carrera. Alcanzábamos prontamente la delgada salida cuando advertí a nuestro vil carcelero arrojarlo hacia mí.

—¡¡¡Danser!!! —gritó Leslie pasmada, al ver como el joven guardián me atrapaba sorpresivamente de mi pierna. Me dejé caer al suelo mientras ella tironeaba de mi mano con todas sus fuerzas. Gabriel continuaba con sus garras envolviendo mis tobi-

llos, esperando a que aquellos muros nos aplastaran a los tres por igual; ya pronto acabaríamos completamente machacados. Sacudí ágilmente mi otra pierna, aquella que aún disponía de su tan amplia movilidad, y le di un fornido topetazo en el rostro. El guardián frotó sus dientes en un gesto de afán y, llevándose las manos al mentón, optó finalmente por soltarme.

—¡Vamos, Danser! —Leslie volvió a sujetarme con fuerzas y, observando a nuestro persecutor allí tendido en el suelo, recordamos esos pocos metros que aún restaban.

—¡Vuelvan aquí prisioneros! ¡No pueden escapar! —continuaba ahogándose en gritos nuestro enemigo, mientras los muros terminaban de cerrarse de una vez por todas. Desde allí pudimos advertir el crujir de sus huesos, esfumándose en los recónditos de su propia trampa.

—Ay, que asco... —exclamó Leslie, mientras yo la tomaba del brazo nuevamente. Dejamos que el silencio de aquella prisión tan tétrica permaneciera por detrás de esos muros.

—Se necesita mucho más que una celda para privarnos de nuestra libertad, imbécil —agregué yo, virándome hacia los inmensos paredones.

Así accedimos finalmente a un pequeño habitáculo completamente vacío. La luz desaparecía tras el eco de nuestros pasos mientras Leslie buscaba inquieta la próxima salida.

—Aquí no hay nada, Danser. ¿Crees que sea esta la última de las habitaciones? No veo ninguna puerta —investigaba ella. Yo continuaba inspeccionando el misterioso cuarto.

—No tengo idea, Les. Supongo que habrá que esperar a que ocurra algo.

—Está bien, no tengo más apuro del que ya tenía antes de entrar aquí. Podríamos mientras tanto seguir conversando, ¿qué dices? —insistía mi compañera, con ganas de retomar nuestra última plática.

—Me parece bien, ¿de qué tienes ganas de hablar?

—Pues, ¿recuerdas la primera de nuestras peleas? —rememoraba ella, hallando algo de gracia en sus viejas retentivas.

—¡Vaya! No estoy seguro de a cuál te refieres. Nos hemos peleado tantas veces... —figuré algo confundido. ¿Por qué esa ton-

ta necesidad de recordar los malos momentos? ¿Y qué había de nuestros buenos recuerdos, de aquellos que aún perduraban intactos en mi memoria?

—¡Oh! Ya creo saber de cuál hablas. Te refieres a aquella vez en la que Zalo optó por traicionarme —logré recordarlo finalmente.

—Esa misma, pero tú habías tenido la culpa. Aun así, me alegra que te hayas disculpado luego. No sé si hubiera podido perdonarte —añadió ella, sumamente conforme con mis antiguas decisiones.

—Lo sé, necesitaba ser sincero contigo. Ya no importaba lo que ocurriera después —concluí acogojado, cuando noté que el suelo de la sala comenzaba a temblar inesperadamente. La tomé de la mano e intenté recobrar nuevamente mi equilibrio.

—¿Qué rayos ocurre, Danser? El piso se está desarmando. ¡Haz algo al respecto! —comenzó a desesperarse ella. Yo continuaba tambaleando entre aquellas grietas que se despleaban bajo nuestros pies.

—¿Qué quieres que haga, Les? ¡No tengo de dónde sujetarme! —vociferé, notando como el suelo se despiezaba por completo, soltándonos inadvertidamente sobre una pequeña cascada. Nos derrumbábamos a lo largo de aquellas aguas mientras Leslie se soltaba de mi mano para agitar exasperada sus brazos. Caímos finalmente a un pequeño estanque de bajas profundidades; la tenue cascada continuaba desdoblándose sobre nuestras cabezas. Luchaba por recobrar el aliento mientras la fuerza de mis recuerdos me transportaba una vez más hacia los antros de mi pasado.

LA SINCERIDAD: EL MEJOR CAMINO

Aquel 16 de Mayo era un buen día para poner en juego algunos de mis tantos aprendizajes. Si no imponía contra mi voluntad aquella extraversion de la que tanto carecía mi personalidad, jamás lograría acercarme a Leslie de la forma en que yo quería. Nos encontrábamos todos en el patio exterior de la escuela habiendo acabado por fin nuestro largo día de estudio. Amontonándonos junto al banco de la derecha, nos despedíamos unos de otros con grandes ansias de vernos nuevamente al día siguiente.

—¿Alguien vuelve por esa calle de allí? —preguntó Leslie, señalando esa salida que nunca transitaba; el camino que llevaba hacia mi casa. Nadie parecía prestarle la más mínima atención; nadie excepto yo.

—Claro, yo voy por aquel lado. Te acompaño —me atreví a responderle, sin siquiera cuestionar mis actos. ¿Habré sido algo impulsivo? Tal vez no tenía ganas de que la escoltara, debí haberle consultado antes de arremeter con aquellos modales tan inadecuados. Me respondió con una amable sonrisa mientras yo notaba en ella algo de inseguridad. Conocía la verdadera cara de mis intenciones y, aun así, se enfrentaría a compartir algunas calles conmigo tras esa profunda intuición de que aún seguía enamorado de ella.

—¿Y qué tal tu día de estudio? Muchas horas, ¿no es así? —indagué yo, evadiendo aquel silencio que, de no haber sido por mí, hubiera permanecido allí junto a nuestros pasos.

—Sí, como todos los lunes. Un día común y corriente, nada especial —respondió Leslie, incisivamente. Nos encontrábamos transitando las mismas calles; necesitaba pensar rápido en algu-

na otra pregunta o aquellos pocos metros que nos restaban acabarían finalmente con mis planes.

—Te queda muy bien el color del bronceado. Te resaltan más los ojos —alegó ella. Me alegraba saber que aquellos días de playa habían sido ciertamente provechosos, que no había llegado a malgastar mi tiempo.

—Bueno, gracias —le respondí, con una irrefragable sonrisa.

—¿Y cuánto hace que vives en Harainay? —agregué, para entablar una amistosa plática y profundizar un poco. No sabía realmente por donde comenzar.

—Pues, ya van a ser cuatro años.

—Vaya, que interesante. Yo estoy aquí desde hace dos años y medio, pero te aseguro que no se sienten como tales. Juraría que llegué ayer —me reí francamente. Continuamos avanzando un par de calles más hasta llegar a aquella esquina donde nos disgregaríamos para continuar cada uno con su viaje.

—Yo voy al bloque que está aquí a unos metros. Allí vive mi amiga. Te veré mañana supongo —se despidió ella.

—Por supuesto. Por cierto, yo estoy en aquel otro bloque de la cuadra. Nos vemos mañana —le sonreí, saludándola con un beso claramente desprendido. Nos despedimos desinteresadamente y, desdeñando viejos hechos que procuraríamos olvidar, crucé la calle para regresar finalmente a mi casa. Al menos por ahora, mi tarea estaba realizada.

Me acosté a descansar un rato de ese agotador día de escuela, adentrándome en aquellos sueños inalcanzables que encontraba sobre mi almohada cada vez que cerraba mis ojos; me dejé llevar por lo que mi mente pudiera descubrir allí.

Desperté unas horas más tarde y, tal como era de suponerse, me senté en mi ordenador para comprobar si Leslie estaba conectada en el Chat.

—¡Holaaaaaaaaa! —me saludó ella, al mismo instante en el que yo corroboraba si se hallaba su nombre en la lista de contactos activos. Lograba finalmente contar con su atención sin tener que ser yo mismo quien diera comienzo a la conversación.

—Hey, ¿cómo estás? ¿Qué tal te ha ido en lo de tu amiga?

—Muy bien, aunque no estudiamos nada. Creo que lo haré cuando termine de completar lo que estoy haciendo ahora —comentaba Leslie. Yo, mientras tanto, transportaba al ordenador las filmaciones de mi gran recital. Desde allí podría compartirlas con todos mis amigos, mis oyentes, y por sobre todas las cosas, podría mostrarle a Leslie aquella presentación a la que no había asistido: Mi tan reciente actuación.

—¿Y qué es lo que haces que aún no estás estudiando? —le pregunté yo intervinidamente y con ganas de platicar un poco más.

—Ah, pues estoy transportando al ordenador las filmaciones de mi examen de teatro que tuve la semana pasada —respondió ella, mientras yo me sorprendía por aquella coincidencia tan inusual. Dos personas estudiando al mismo tiempo es ciertamente una gran coincidencia. Dos personas cocinando al mismo tiempo es también una gran coincidencia. Dos personas en algún lugar insólito, apartado de lo común, leyendo un libro, duchándose, peleando con sus padres, sus hermanos, esas son las más típicas coincidencias a las que podríamos enfrentarnos día a día. Aquello no era una coincidencia sino algo prácticamente imposible, utópico. Algo completamente apartado de lo habitual, pero así había ocurrido. ¿El destino, quizá? Tal vez no tenía ni la más mínima importancia. El hecho era que Leslie y yo nos encontrábamos haciendo exactamente lo mismo.

—Hey, Danser, ¿cómo estás? —exclamó Lisa al verme conectado y percatándose de que aún no la había saludado.

—¡Feliz! Me habló, Lisa, me habló sola sin que yo le dijera nada. ¿Entiendes eso? Significa que lo de hoy ha funcionado —exclamé contento.

—Vaya, eso suena genial. Me gustaría al menos saber qué es lo que dices que ha funcionado; si tienes ganas de contármelo, claro.

—Por supuesto. Leslie le dijo a Zalo que le costaba acercarse a mí debido a mi falta de comunicación. Que me falta esa chispa para conversar y hablar de cualquier cosa. De manera que la atrapé hoy en la salida de la escuela con la esperanza de ir caminando juntos. Pudimos conversar un buen rato, bueno, al menos

un par de calles. Juro que pensé que no volvería a hablarme. Alcancé a discurrir, incluso, en que el hecho de acompañarla había sido en contra su voluntad. Es más, dijo que el sol me ha dejado un muy lindo color en la piel. Bueno, no lo sé, ¿tú que opinas?

—Suena interesante, pero aún no has descubierto nada Danser. Recuerda que las relaciones entre las personas se mantienen comunicándose. Si no hablas con ella, si no platican, nunca lograrás concretar una buena amistad, ¿entiendes? —me explicaba Lisa, conllevándome a aquel mundo de las relaciones sociales que, al alcance de mis ojos, parecía simbolizar un complejo laberinto de aprendizajes que aún estaban fuera de mis facultades. Entretanto, yo continuaba conversando con Leslie.

—Tienes toda la razón, Lisa. No sé que haría sin ti. Espero aprender mucho e instruirme lo suficiente para concretar con Leslie, al menos, una simple amistad —le agradecí profundamente. Lisa era aquella fuente de conocimientos que yo tanto necesitaba para lograr mis objetivos. Parecía conocer las respuestas a todas mis preguntas. Le gustaba recordarme que ninguna obsesión es buena, más aún cuando se trata de una persona del sexo opuesto.

—Por cierto, observa que coincidencia tan curiosa. Regresé hoy de la escuela y me propuse a transferir a mi ordenador los videos del festival. Cada una de las canciones —le contaba a Lisa, esperando a que compartiera conmigo aquella reacción tan sorpresiva.

—Vaya, me parece muy bien. Espero que cuando termines con ello me envíes algunos de los videos —demandaba ella.

—Sí, por supuesto, pero déjame continuar con mi relato. Al mismo tiempo, le pregunté a Leslie qué se encontraba haciendo en aquel momento y, adivina lo que me respondió.

—Tú dirás. Me muero de intriga.

—Transfiriendo los videos de su clase de teatro al ordenador. ¿Qué opinas? —le pregunté a Lisa, esperando una opinión sugestiva.

—¡Vaya! Eso sí que es una verdadera concurrence, Danser. Estoy realmente asombrada. Pero así es la vida, repleta de sorpresas. Al igual que el hecho de que, innecesariamente, ambos ya

han pisado un escenario a nivel artístico; en distintos ámbitos, claro, pero es un hecho muy concurrente.

—Vaya, no me había percatado de ello. Tienes razón, Lisa — exclamé sorprendido por su repentina observación. Comenzaban allí nuevos retos por superar. Obstáculos sociales tan ajenos a mi forma de pensar, que convertían a Leslie en uno de mis más distantes triunfos. Sólo restaba abatir aquellas sólidas murallas de mi timidez y luchar por concretar las metas de mis sentimientos.

✘ ✘ ✘

El examen final de lengua se llevaba a cabo aquel 18 de Mayo. Me senté en el banco del salón mientras el resto de mis compañeros tomaba asiento en otros lugares.

Las consignas de cada ejercicio se volvían sumamente confusas frente a mis ojos; no lograba concentrarme. Parecía como si una extraña corriente de imágenes se apoderara de mi mente y de toda mi concentración.

—¿Algún problema, Danser? —me preguntó la profesora, percatándose de mi indiferencia hacia aquel examen que permanecía completamente vacío sobre mi banco.

—No, es sólo que no logro compenetrarme en el ejercicio.

—Pues haz el intento, recuerda que este examen es el que determinará tu notación final —me aclaró ella, un poco preocupada por mi desatención. Las imágenes comenzaban a manifestarse una tras otra frente a mis ojos como si alguien estuviera disparándolas directo hacia mi mente. Se trataba de Leslie, una vez más, apoderándose de todas mis actividades mentales.

—No puede ser, esto sólo me ocurre cuando ella se encuentra frente a mí. ¿Por qué ahora, durante este examen? —rezongaba en mis adentros, aferrándome a una interesante suposición. Me paré rápidamente sobre mi asiento para mirar a través de esa pequeña ventana que daba al patio interior. Allí, sentada en uno de esos amplios bancos de madera, Leslie concentraba su lectura en uno de sus libros de estudio. Aquello era ciertamente increíble; había logrado percibir su presencia sin siquiera observarla u oírla. ¿Cómo era eso posible? Quizá tanta atención a su figura

había creado algún tipo de puente sobrenatural que, de un modo curiosamente extraño, me mantenía conectado a su persona. ¿Sentía Leslie mi presencia tal como yo sentía la suya? Algo ya era seguro: Jamás podría completar aquel examen con mi amada a tan pocos metros de mí. Me paré cautelosamente, sin llamar mucho la atención, y acomodando mi mochila para retirarme del salón, entregué el examen en blanco con mi nombre escrito en la punta superior de la hoja.

—¡Danser! ¿Eres conciente de que así repruebas la materia? —exclamó alertada la profesora al ver la pureza de mi examen que, vacío a la vista de cualquiera, regresaba a sus manos tal como me había sido entregado.

—Sí, profesora. Supongo que el tiempo dirá cuan importante era esta nota en mi curso de vida. Preferiría correr el riesgo —le respondí amablemente y abandoné finalmente la sala.

—¡Buenas tardes, señorita! —saludé sorpresivamente a Leslie, sentándome junto a ella en aquel banco del patio.

—¡Hey! ¿Cómo estás? Que susto —se rió.

—Muy bien, ¿por qué estás aquí tan solitaria? —indagué para molestarla un poco; supuse que algo de plática no interferiría con sus estudios.

—Estaba repasando matemáticas. Ya me cansé de todas formas. Por cierto, mira lo que me hizo mi mamá —exclamó ella, mostrándome un delgado brazalete rojo rodeando su muñeca izquierda.

—Jaja, con que evitando el mal de ojo, eh. Me parece bien.

—Hey, chicos, ¿qué hacen? —saludó Arbin, llegando a mis espaldas. Sin lugar a dudas, allí concluía mi exclusividad en su mesa. Dejábamos de estar a solas para convertirnos en una pequeña multitud que iba creciendo poco a poco. Cuantas más personas éramos, más difícil se me hacía conversar con ella.

—Hey, Danser, ¿qué fue lo que te dijo la profesora cuando le entregaste el examen? —inquirió Arbin, mientras el resto confrontaba las respuestas de la prueba. Yo observé a Leslie por unos instantes cerciorándome de que no haya escuchado la pregunta que acababa de hacerme su compañero.

—No, nada. Sólo ha dicho que no es una buena idea entregar un examen sin antes revisarlo varias veces —respondí, evitando soltar de mi boca la verdadera versión de los hechos.

—Bueno, no sé ustedes, pero yo ya me voy a casa —anunció Fabio inesperadamente, mientras el resto de nosotros alistábamos nuestras mochilas para acometer exactamente sus mismos pasos. Leslie se puso de pie con su pequeña bolsa repleta de cuadernos y se acomodó ligeramente ese pantalón que, al parecer, su cintura no alcanzaba a sostener.

Así comenzamos a dirigirnos todos hacia la salida para regresar cada uno a su casa. Yo me apegaba sigilosamente a Leslie para que no escapara de mi compañía como en tantas otras ocasiones. Noté de pronto que se dirigía nuevamente a la salida opuesta a la suya. Aquella por la cual habíamos marchado dos días antes y compartido pocas cuerdas platicando durante algunos minutos.

—¿Vas de nuevo a la casa de tu amiga? —le pregunté amistosamente, haciendo alusión al hecho de que se encontraba saliendo por la misma puerta que yo.

—Ah, jaja, no lo había notado —se reía ella, sumamente consciente de lo que hacía—. Tú me acompañaste el otro día, esta vez te acompañaré yo hasta la próxima calle ¿de acuerdo? —agregó ella, mientras yo me sorprendía por su actitud. Finalmente estaba dedicándome algo de su tiempo, una pequeña parte de su amistad. ¿Lo estaba realmente consiguiendo? ¿Había funcionando aquel tonto truco del “ya no estoy enamorado de ti”? ¿Era el disfraz de mis verdaderos sentimientos la única manera de lograr su amistad, su compañía? Al parecer estaba funcionando. Continuamos conversando muy liberalmente, sin barreras ni esa molesta timidez que tanto solía abrumarme. La notaba contenta, dichosa de caminar junto a mí. El resto de los chicos se alejaban poco a poco mientras ella se apegaba cada vez más a mis pasos. De todos ellos, de toda aquella muchedumbre de compañeros, amigos y conocidos, Leslie optaba por elegirme a mí.

—Bueno, yo me separo aquí. Nos vemos mañana, ¿de acuerdo? —se despidió ella, doblando hacia la izquierda para retomar su camino a casa. Nos saludamos con las mejillas mientras yo continuaba mi ruta descendiendo hacia el lado del mar. Los

avances en nuestra relación comenzaban a tomar forma, sin embargo, un vacío en mi interior me provocaba una gran sensación de insuficiencia. ¿Cuánto más podría soportar mis limitaciones? Necesitaba abrazarla, besarla, sentirla más cerca de lo que el reflejo de mi rostro en sus ojos lograba expresar. ¿Cuánto tiempo más podría continuar de esa manera; fingiendo que ya no la amaba, que sólo pretendía ser su amigo, su compañero? Tarde o temprano, aquella bola de sentimientos estallaría como una gran carga de desesperación. Tarde o temprano, tendría que decirle la verdad.

✘ ✘ ✘

Dicen que una de las leyes más importantes de la física cuántica es la "Ley de Murphy". Uno de esos principios que siempre me he negado a creer; siempre hasta a aquel viernes 20 de Mayo. Solía Leslie terminar su jornada de estudio a las tres y media de la tarde. Tal como todos los viernes, cruzaba aquel hall de la planta baja y, bajando con cuidado esos dos escalones que llegaban hasta el patio exterior, regresaba a su casa para acabar su día sentada frente a la pantalla del ordenador. Consideré que un encuentro casual con ella, caminar juntos algunos metros, compartir alguna charla insustancial, no sería para nada una mala idea. ¿Estaba intentando controlar el destino, los momentos? ¿Cuánto había de ingenioso en manipular aquellos instantes, lo que ocurría o no ocurría entre nosotros? ¿Cumplir el papel del destino? ¿Para qué? ¿Por qué no esperar a que las cosas ocurrieran solas, de forma independiente? ¿Y si nada ocurría? ¿Y si eran mis estrategias lo único que me acercaría finalmente a ella? No había forma de saberlo. Necesitaba estar cerca suyo, sentirla próxima. ¿Por qué iba a dejar que el tiempo se encargara de algo que quizá nunca acontecería? Decidí que la mejor manera sería averiguándolo yo mismo; aventurándome en aquellos intentos por conquistarla, acudiendo a cuales fueran los medios necesarios. Me senté en el patio exterior; en uno de esos bancos a los que nadie les prestaba atención alguna. Tan sólo eran las tres y veinte, «de seguro Leslie no saldría antes de esa hora», pensaba yo

para mis adentros. No me desesperaría en ningún momento; me encontraba plenamente dispuesto a esperarla el tiempo que fuera necesario. Ya podía imaginarla bajando aquellos peldaños con la mochila colgada en sus hombros y la mirada hacia abajo, protegiéndose ingenuamente del mundo que la rodeaba.

Tres y media, finalmente. El timbre comenzó a sonar mientras decenas de chicos huían despavoridos del aquel mundo educativo. Yo continuaba allí sentado, esperando a que nadie alcanzara a vislumbrarme. ¿Quién podría verme? La única preocupación latente de parte de los jóvenes era regresar a sus casas, nadie me prestaría la más mínima atención. Evité parpadear lo suficiente para no descuidar de mi vista a alguna musa inspiradora que pudiera, por esas casualidades, salir apresurada de la escuela. Chicos y chicas continuaban cruzando aquella puerta mientras yo yacía inmóvil esperando a que Leslie apareciera de una vez por todas. El volumen de las mazas comenzaba a disminuir lentamente; decidí permanecer allí sentado un rato más.

Ya había pasado exactamente media hora. ¿Cuáles eran las probabilidades de que se retrasara al salir? ¿Valía la pena esperar tanto por el solo hecho de acompañarla hasta la salida de la escuela? Conversar era una buena estrategia. Más que una estrategia, era uno de esos momentos que más disfrutaba al estar con ella; confrontar nuestras ideas, escuchar sus perspectivas de vida, sus proyectos. Dialogar con Leslie era uno de esos mágicos instantes en los que nada importaba a mi alrededor. Un momento en el que el tiempo se detenía sin previo aviso para envolvernos a ambos en una gran nube de poesía.

—De acuerdo, ya esperé demasiado, ella no saldrá. Seguramente ni siquiera haya venido hoy a la escuela —me convencí a mí mismo, acercándome a la entrada del hall para ratificar el hecho de que tampoco se encontraba en el patio.

—¡Hey, que susto! —exclamé atónito, al toparme repentinamente con ella. Se encontraba saliendo de la escuela con una de sus amigas. Aquella sorpresa se tornó bruscamente en una inesperada taquicardia que, tras semejante espasmo, se transformó luego en un significativo bloqueo mental. Olvidé el motivo por el cual me encontraba allí, el valor de mi tiempo, de mis esfuerzos.

Mis intenciones desaparecieron por completo dejándome elementalmente a la deriva bajo ese encuentro tan inesperado.

—¿Has visto a Frederic por aquí? —le pregunté, justificando de alguna forma mi violenta aparición.

—No, no lo he visto. Me voy a la playa con mi amiga —me respondió sonriente y despidiéndose, mientras yo ingresaba innecesariamente al hall de la escuela.

—¡Vaya, que bien! Pásenlo lindo —me despedí, conforme con la reciente ocasión de haberla visto. Parecía como si aquello fuera suficiente; el hecho de verla, de saludarla, escuchar su voz, observar sus ojos. Esperé unos quince minutos sentado en aquel hall y regresé finalmente a casa.

Volvimos a hablar al día siguiente. Allí estaban Leslie y Lisa conectadas en mi lista de contactos. Las saludé a ambas de forma alternada y esperé a que me contestaran cada una a su tiempo.

—¿Cómo estás, Danser? —me saludó Leslie. Yo devastaba un pequeño plato repleto de galletas, dejando caer algunas migajas sobre el teclado.

—Mañana comienzo a trabajar en Bramia, aquel restaurante al final de la rambla —me contaba ella, sumamente emocionada. Empezaba finalmente a trabajar de camarera.

—¡Vaya! Eso es realmente excelente, Leslie. Te harán atender a los clientes, ¿no es así?

—Pues, me tendrán a prueba por unos días. Le dije al gerente que tengo experiencia y, a decir verdad, no la tengo. Ni siquiera puedo sostener una bandeja, temo que se me caiga todo —se quejaba, algo afligida.

—Creo que sólo es cuestión de ganar seguridad en ti misma. Verás con el tiempo que las cosas se te harán más fáciles —intenté estimularla. ¿Lograría recordar mis palabras? ¿Me dejaría algún día ser ese fiel consejero en el que tanto deseaba convertirme? Brindarle mi apoyo y mi compañía sin condiciones, sin nada a cambio más que su mera satisfacción. Soñaba con ser su mejor compañía, algo más que un novio; dejar que mi presencia fuera una necesidad indispensable en su vida. Nada más que simples fantasías, claro.

—Más te vale venir a visitarme al restaurante —me exigió ella. Me encontraba dispuesto a recorrer los más interminables trayectos ante cualquiera de sus peticiones. De todas formas, aquel lugar sólo estaba a unos cinco minutos de mi casa.

—¡Danser! Siento haber tardado en responderte, estaba cocinando —me saludó Lisa, al ver mi mensaje abandonado en su pantalla.

—No hay problema. ¿Y que manjares has estado horneando por allí?

—Una deliciosa tarta de acelga. Te invitaré algún día a probar mis especialidades —me incitaba ella. «Si tan sólo tuviera con Leslie aquella libertad de expresión que tanto comparto con Lisa», pensaba una y otra vez.

—Gracias por la invitación, lo tendré en cuenta. Y hablando de invitaciones, Leslie acaba de pedirme que vaya a visitarla al restaurante en el que comenzará a trabajar mañana. ¿Qué opinas? —le conté a Lisa. Supuse que me daría algunos de sus infaltables consejos; algunas pistas de cómo actuar, quizá.

—¡Me parece fantástico, Danser! Al parecer te ha tenido en cuenta. Me imagino que irás, ¿no es así?

—Por supuesto. Iré con una amiga —respondí confanzudo.

—¿Qué?! ¿Eres tonto o qué? Quiere verte a ti, Danser, no puedes ir con una amiga. ¿Qué pensará al respecto? —se sorprendía por mi ilógica idea.

—Ya, Lisa, te lo explicaré. Supongamos que siente algo por mí pero aún no está segura de ello. Si se pusiera celosa, se diría a sí misma: “Oh, creo que Danser me gusta”. Claro que también me preguntará quien era aquella muchacha y, cuando le diga que sólo era una de mis amigas, comprenderá que me gusta invitarlas de vez en cuando a tomar algo. Eso podría facilitar las cosas al invitarla a ella en algún otro momento. Entendería que la considero mi amiga, ¿no es así?

—Entendería que eres un idiota. Como siempre digo, Danser, calculas mucho las cosas; lo que pasaría, lo que no pasaría. Si te cuelgas de todos esos detalles y cálculos acabarás estrellándote contra un muro —me orientaba Lisa. Las planificaciones que en mi cabeza funcionaban a la perfección, parecían no alcanzar la

comprensión de mi amiga. ¿Cómo podría actuar frente a ello si no meditaba previamente los hechos? ¿Lograría concretar mis sueños recorriendo aquel camino completamente a la deriva?

—¿Y con quien irías a aquel bar? —indagaba Lisa, interesada en los pormenores del plan.

—Pues, no lo sé aun. Conseguiré a alguien para mañana. Podría como última opción disfrazar a mi hermana —bromeé, imaginando de todas formas aquella situación tan ocurrente.

—Ay, ay, Danser. Sólo espero que esta muchacha valga lo suficiente como para esquematizar tus planes con tanto detalle —invocaba mi amiga, lamentando que mis esfuerzos fueran tan grandes como innecesarios.

—Créeme, Lisa: Ella lo vale.

✘ ✘ ✘

Aquel 23 de Mayo hice algo de lo que pude arrepentirme por el resto de mi vida. Algo indebido, imprudente. Una actitud que, afortunadamente, no iba conmigo. ¿En que se diferencian los neuróticos de los ecuánimes? ¿Hasta que punto llega la cordura de un hombre? La diferencia no está en nuestras acciones sino en nuestra conciencia sobre las mismas. Si logramos encontrarle aquella parte lunática a nuestros actos, a nuestras intenciones, si logramos reconocer un hecho como algo propio de un demente, significa entonces que estamos suficientemente cuerdos para no estar locos. Decidí cruzar aquel día esa delgada línea entre lo prudente y lo irreflexivo para comprobar que mis actos nunca serían propios de un psicópata: La seguí por la calle a escondidas.

—¿Estás loco? —resonaba una voz en mi cabeza mientras, observando con atención mi lista de contactos en el Chat, esperaba a que Leslie se desconectara finalmente. Le sumaría a aquella señal unos dos o tres minutos tras los que tardaría ella en abandonar el edificio de su amiga; aquella que vivía junto a mi bloque.

—¿Piensas seguirla desde aquí hasta el restaurante? Eso es acoso, y una de las actitudes más inapropiadas que existen — continuaba castigándome aquella voz interior.

—¿Crees que me gusta la idea de seguirla? Déjame probar sólo esta vez; observarla de lejos como si sólo se tratara de un hermoso cuadro en movimiento —me respondía a mí mismo, intentando de alguna forma justificar mis actos.

—Insisto en que no me parece una buena idea. ¿Y si luego se vuelve un hábito? ¿Y si te ve? Primero eres un ferviente enamorado, luego un molesto persistente. ¿Qué querrás ser ahora? ¿Un persecutor, un acosador? Porque eso es lo que estás buscando, eso es en lo que te convertirás si la empiezas a perseguir — concluía aquella voz, desapareciendo como un extraño eco en las profundidades de mi mente. Todo era cierto. ¿Me volvería un ser peligroso si continuaba a ese ritmo? Necesitaba comprobarlo. Aventurarme al menos una sola vez en aquel elocuente episodio con el fin de comprobar que mi amistad con la cordura jamás se perdería.

Aproveché los pocos minutos de los que aún disponía para salir, y alisté mi bicicleta junto a la puerta de mi edificio. Subía las escaleras nuevamente cuando tuve entonces una gran idea:

Nos tomarían al día siguiente, en la escuela, un breve examen sobre la biografía de uno de los escritores que estudiábamos en literatura. Conseguí completar un conveniente resumen con todos aquellos datos que cuestionarían en el examen; supuse que cederle amablemente una pequeña fotocopia del mismo no sería un mal gesto en lo absoluto.

—¡Eso es, se ha desconectado! —exclamé en voz alta, mientras aquella fotocopia terminaba de salir finalmente de la impresora. Me arrojé rápidamente por las escaleras del edificio, plegando la hoja en pequeños dobleces para guardarla en el bolsillo de mi pantalón. Me monté sobre mi bicicleta de la forma más rauda posible y pedaleé hasta la esquina de enfrente donde un inmenso árbol me preservaría de ser visto. Desde allí, mientras la rueda delantera subía bruscamente a la acera, pude ver como Leslie cruzaba la calle a gran paso veloz. Esperé a que alcanzara aquel camino que bordeaba las playas, esa ruta que la llevaría

hasta el restaurante, y pedaleé nuevamente hacia la próxima esquina adyacente desde la cual podría observarla con más atención. Mi bicicleta parecía desarmarse en el aire ante cada carrera. Mis sentidos visuales se volvían más agudos cada vez que intentaba contemplarla, tal como si su magia le diera a mi cuerpo fuerzas que aún desconocía por completo. Leslie continuaba caminando a toda prisa mientras yo la descubría por entre los distintos obstáculos que se interponían ante mis ojos en aquellas lejanías. Desde allí pude verla desaparecer frente a la entrada de Bramia a orillas del mar; un lugar ciertamente hermoso, con vista hacia aquel horizonte que se escondía tras las aguas del paisaje. A pocos metros del lugar, un pequeño estrado decoraba la pasarela que recorría las angostas playas de Harainay. Estacioné mi bicicleta en algún punto estratégico y me senté sobre aquel soporte de piedra para obtener un mejor ángulo visual del restaurante. Mis aptitudes ópticas se agudizaron una vez más, dándome una excelente imagen a través de las ventanas del lugar. Desde allí pude observarla limpiando las mesas y las sillas con un robusto paño empapado; portaba en su mano izquierda un calado rociador de agua mientras el propietario del lugar la hostigaba para que trabajara más rápido. Se veía tan bella, tan inocente. Luchando contra su autarquía, con miedo a defraudar a sus propios propósitos. Si no lograba hacer bien esa tarea tan sencilla, ¿qué otra cosa podría hacer? Continué observándola con sumo encanto mientras el resto de las camareras atendían a los pocos clientes que disfrutaban de su cena en aquellas horas tan prematuras. El gerente caminaba entre las mesas confirmando la calidad laboral del personal. ¿Cuánto tiempo aguantaría allí sentado? Aún era muy pronto para obtener la respuesta a esa interrogante. Permanecí contemplando aquel paisaje mientras el viento del mar refrescaba suavemente la desnudez de mi cuello. El sol comenzó a descender rápidamente cuando noté que Leslie acababa de desaparecer de mi vista. Se encontraba saliendo del restaurante a toda prisa y, si no optaba por apresurarme, jamás lograría alcanzarla. Corrí hacia mi bicicleta y, pedaleando a toda prisa, me alejé de las costas para llegar finalmente a la pizzería Parci. Abandoné a un costado mi humilde medio de transporte y

me arrojé sobre unos de los bancos de la pequeña plazoleta, esperando disimuladamente a que Leslie pasara por allí; mi respiración se encontraba sumamente acelerada a causa de las corridas. Exhalaba e inhalaba lentamente mientras mi amada se acercaba a toda prisa desde la esquina opuesta. ¿Alcanzaría a entregarle aquella fotocopia que le había traído? Esperé a que estuviera más cerca.

—¡Conseguí el trabajo! —me gritó con un notable susurro, al verme allí sentado. Sostenía en su mano el teléfono móvil mientras yo me aproximaba hacia ella para que no se me escapara de nuevo.

—Lo siento, estoy muy apurada —exclamó, con suma presteza. Continuaba en dirección este sin siquiera voltear para ver de que trataban mis intenciones.

—¿Qué es eso? —preguntó sorprendida, al verme entregarle una pequeña hoja doblada en cuatro partes.

—Es la biografía del examen de mañana —me estiraba para que ella lo tomara sin tener que interrumpir su carrera.

—¡Ay, muchísimas gracias! —se despidió, corriendo nuevamente hacia su casa. Continuó avanzando con su teléfono móvil mientras yo regresaba a mi bicicleta. Me sentía realmente bien por haberla ayudado sin nada a cambio. Me gustaba socorrerla de aquella forma, brindarle ese apoyo que quizá ella jamás necesitaría.

—Es la primera y última vez que sigo a una chica por la calle. Este estilo no va conmigo —murmuraba yo en voz alta, pedalearando de regreso a casa. Aquel día aprendí, al menos, esa lección tan juiciosamente conclusiva.



Todos excedemos nuestros límites tarde o temprano. Nos volvemos tan persistentes en lograr nuestras metas que, ciertas veces, no nos percatamos del daño que causamos. Nos volvemos monotemáticos, ofuscados con una idea y no nos detenemos hasta lograr concretarla. Aprendí aquel 25 de Mayo que la sinceridad es una actitud realmente esencial. Aun cuando la verdad sea

un factor convenientemente evadido, algunas personas merecen siempre verdadera la cara del asunto.

—¡Ya no aguanto más, Zalo! Tengo que comprobar de una vez por todas si mis posibilidades con Leslie son viables en algún futuro. Necesito saberlo, no puedo seguir con esto, tarde o temprano tendré que averiguarlo —me desesperaba ante mi amigo, observando algunos de mis contactos activos en el Chat.

—¿Y qué tienes pensado hacer? —preguntó él, un poco inquieto por aquel comportamiento tan exasperante. Sabía perfectamente que algún plan me traía entre manos.

—Escucha, tengo una idea, quizá funcione. Presta mucha atención a lo que haré. Le hablaré a Leslie por aquí y le diré que si no siente nada por mí, ahogaré mis ganas de vivir, que le daré un súbito final a la continuidad de mi vida. Si siente realmente algo por mí, me lo dirá ¿no es así? Una vez que obtenga su respuesta, me conectaré desde la sesión de mi viejo y abandonado “Christian Mitch”, ¿lo recuerdas? Le diré que alguien se ha infiltrado en mi cuenta de Chat y que, sin importar lo que esa extraña persona le haya dicho, no soy yo quien le ha hablado. De esa manera, obtendré la respuesta a mi pregunta y ella podrá continuar con la idea de que aún desconozco sus verdaderos sentimientos —concluí con mi explicación.

—Vaya, o eres demasiado inteligente o estás realmente loco, Danser. No son tanto tus acciones lo que me asusta, sino el hecho de que realmente creas en ello. Lo ves funcionar en tu cabeza y te convences de que así marchan las cosas en la realidad.

—De acuerdo, Zalo, sólo estaba contándote lo que estoy por hacer, no iba a pedirte permiso —me enfadé con él y su desinteresado afán por querer ayudarme. No pensaba escucharlo. Me encontraba tan enceguecido por mis propias ideas que alcanzaba a volverme un verdadero esclavo de mis sentimientos. ¿Hasta que punto llegaría? ¿Hasta dónde me llevarían mis acciones, esas alocadas estrategias que sólo acabarían con el poco juicio que aún me restaba?

—Hola —saludé a Leslie de la manera más inexpresiva posible. Cuanto menos notara que era yo aquel que hablaba, mayor

sería mi facilidad al convencerla de que sólo se trataba de otra persona.

—Hey, ¿Cómo estas? —agregó ella, sumamente objetiva por conversar conmigo; me encontraba a punto de echarlo todo a perder.

—¡Mal! —respondí, cortantemente.

—¿Y eso por qué? —preguntó ella, más que intrigada.

—¿Qué crees? Porque tú no sientes nada por mí. Yo muero por ti y tú no me quieres —afirmé, corriéndome notoriamente de mi conocida personalidad; sabido era que aquellas nunca serían mis propias palabras.

—Te dije que te alejaras de mí, que iba a ser lo mejor, pero tú no me hiciste caso —respondía Leslie a aquella pregunta que tantos destrozos lograba ocasionar en mi cabeza. La represión comenzó a crecer como si ya no quedara nada más por lo que luchar. Si ella nunca me amaría, ¿por qué darle esa inútil continuidad a mis planes? Aquello debía terminar de una vez por todas.

—Ya no me importa nada. Si tú no me amas, pues entonces no tendré lo que hacer en esta vida —agregué, con un notable sentido de extravagancia para que ella jugara con mi desdicha. ¿Descubriría, al menos, que clase de persona era Leslie?

—Pues ve y máatate. ¿Qué crees, qué voy a amarte contra mi voluntad para que no te quites la vida? ¡Por favor! —se defendía, manifestando una reacción ciertamente obvia que en mis errantes estrategias no había alcanzado a tomar en cuenta. Conecté rápidamente la sesión de Christian Mitch y comencé a entarimar la última fase de mi plan. Me encontraba a punto de citar mis líneas cuando noté que Leslie se adelantaba inesperadamente a mis propósitos.

—Ya sé, no me digas nada. Alguien se ha infiltrado en tu cuenta y en realidad el que me habla no eres tú, ¿no es así? —exclamó ella, mientras yo me detenía boquiabierto por la exactitud de sus interpretaciones. ¿Cómo era posible que lo supiera?

—¡Maldito seas Zalo, no puedo creer que se lo hayas contado! —pensé para mis adentros, vapuleando el escritorio del ordena-

dor. Deseé creer que la culpa había sido suya, que su falta de lealtad era la responsable de mi fracaso, pero no era así:

Yo era el único culpable de mis errores.

—¡Ya estoy cansada de ti, Danser! En serio, me estás asustando con las cosas que haces. Parezco tonta pero no lo soy. Y esa estúpida dramatización que hiciste en la clase de literatura fue realmente absurda e infantil —se quejó ella, mientras yo me desintegraba en un indescriptible sentimiento de culpa. Por primera vez en mi vida, comprendí la gravedad de mis actos. Me convertía finalmente en el monstruo de mi propia película; una persona que, injustamente, amenazaba la tranquilidad de Leslie. ¿Qué podía hacer al respecto? El error ya estaba hecho y no había marcha atrás. Ya no importaba lo que dijeran mis palabras, no había forma alguna de justificar mis actos. Comprendí finalmente que había perdido el control.

Me desconecté bruscamente del Chat y, escapando por fin de esa realidad que acababa de crear al otro lado de la pantalla, corrí rápidamente a mi cuarto. Mi estómago comenzaba a retorcerse como si un ser superior lo estuviera prensando entre sus propias manos. Me desplomé lentamente sobre el suelo mientras mi mente desaparecía en aquella intensa oscuridad. La voz en mi interior regresaba otra vez para emprender conmigo una nueva discusión:

—¿Qué diablos acabas de hacer, Danser? Realmente, no te entiendo. Te desvives por conquistarla, por obtener su amor, su amistad al menos, ¿y ahora lo tiras todo por la borda de la manera más engreída que existe? Realmente, no lo comprendo —gritaba esa voz en los confines de mi mente. Su sonido retumbaba en cada uno de mis pensamientos.

—Déjame escapar, volar hacia otro mundo, otra vida, alguna dimensión en la que ella no exista —me desesperaba yo, agarrándome fuertemente la cabeza y revolcándome por el suelo de mi cuarto.

—¡Su existencia no es el problema, Danser! Tú eres el problema. ¿Cómo puedes limitar tu universo a una simple chica de carne y hueso? ¿Dónde están tu idealismo y tus pensamientos proyectivos? Levántate de una vez y olvida todo lo ocurrido.

Quizá sea mejor deshacerte de tus tontos planes y buscarte alguna otra musa inspiradora. Leslie no te corresponde y, aunque así lo fuera, ya lo has echado a perder. No tienes otra opción, déjalo ir de una vez.

—Créeme, no hay nada que más quiera en esta vida; deshacerme de ella, de mis monotemáticos pensamientos, de esa repetitiva imagen suya de la que no logro liberarme jamás. Ya no sé que hacer —me reiteraba a mí mismo, justificando en parte esa insufrible desesperación. Me lavé la cara con agua fría y, dispuesto a desconectarme de mis problemas al menos por un par de horas, escapé de casa hacia alguna otra parte.

Me encontraba escondido en algún rincón de la ciudad cuando sonó mi teléfono móvil. Atendí con desgano y secándome algunas de mis lágrimas; la angustia y la culpa me arrojaban lentamente hacía un profundo precipicio del que no lograría escapar jamás. Se trataba de Gordon. ¿Por qué me llamaría un día miércoles y a esa hora?

—¡Hey, Danser! ¿Estás ocupado? Con los muchachos estamos preparando una cena para este viernes en casa de alguno de nosotros. Haremos un delicioso asado —comentaba él, con gran entusiasmo.

—Está bien, ¿y qué quieres que haga? —pregunté yo, entre cortándome en un notable gemido.

—Es que dentro de unos minutos nos reuniremos en el centro de Harainay para comprar la carne. Danser, ¿te encuentras bien? Te noto algo triste.

—Sí, estoy bien. Nomás estaba durmiendo. ¿A qué hora y en dónde? —accedí, intentando escapar finalmente de aquella penumbra. El viento soplaba frente a mi rostro tras un ilusorio sonido de burla.

—Pues, intenta llegar a la pizzería a las cinco en punto. Creo que yo estaré allí primero. Vendrán también Flammeed y Edi Vinkel. Nos vemos allí en un rato —se despidió Gordon, mientras yo apagaba mi teléfono para que nadie me molestara de nuevo. Necesitaba sentir que aquel fastidioso zumbido en mi mente comenzaría tarde o temprano a desaparecer; que al cerrar mis ojos tras el ruido de las olas, todo ese mundo de preguntas

sin respuestas se apartaría hacia alguna otra realidad. Permanecí allí sentado en la gran nada unos cuantos minutos más y partí finalmente hacia la pizzería.

Allí me encontraría con Gordon, Flammeed y Edi Vinkel. Edi era uno de esos muchachos adictos a la recreación femenina. Sus cejas abultadas y su cabello enrulado semicastaño, le daban frente a las chicas de su edad ese atractivo al que tanto provecho le sacaba. Llegué finalmente a la pizzería y, tal cómo Gordon había prometido, allí estaba esperándome en una de las mesas.

—¡Vaya, Danser! Estás hecho un desastre. Creo que has dormido demasiado —me saludó él, destapando una botella de gaseosa.

—Sí, puede ser. ¿Cuánto dinero piensan gastar en carne? No traigo mucho encima —le aclaré, con mi voz algo rendida.

—Está bien, no te preocupes. Seremos muchos este viernes. ¿Te dije que vendrán también las chicas de Kalbii?

—No, Gordon, no me lo has dicho. Y supongo que fue Edi quien las convenció de que vinieran —asumía yo.

—¡Exacto! Será una fiesta estupenda, Danser. Quizá conozcas a alguna chica de tu agrado. ¿Qué dices?

—No me hables de chicas, Gordon. Olvidé mi buen humor en casa esta mañana —repuse, dejando escapar esa distinguida congoja.

—Vamos muchacho, no te me pongas así. Supongo que algún día me contarás lo que te ocurre —fisqueaba él, con sumo interés. Por fin llegaron Edi y Flammeed. Los saludé con una sonrisa mendaz y abandonamos finalmente la pizzería.

—¿Alguno de ustedes conoce una buena carnicería? —preguntó Edi algo desorientado.

—Ustedes síganme, yo me encargaré de todo —aseguró Flammeed, tomando la delantera.

Terminamos de comprar las cosas y escapé nuevamente a mis viejos rincones; sólo y desamparado. Volvía a aparecer repentinamente aquella voz en mi cabeza, esa masa de pensamientos cuerdos e inteligencia propia que lograba de algún modo controlar mis desenlaces.

—¿Por qué no intentas arreglar las cosas? —preguntó ese aullido interior.

—Ya no puedo arreglar nada, lo he deshecho todo por completo. Me odiará por el resto de su vida. En cada esquina, cada calle y cada rincón de este mundo. Soy un verdadero imbécil, ¿qué puedo hacer? Nadie perdonará a alguien como yo ni mucho menos ella.

—Te tratas injustamente, todos cometen errores, algunos irreversibles. No has puesto en peligro la vida de nadie, ni tampoco has lastimado a Leslie. Sólo las has disgustado un poco, pídele disculpas. Otros ni siquiera se molestarían. Tú no eres como el resto, puedes marcar la diferencia. Verdaderos hombres no son aquellos que nunca se equivocan, sino los que aprenden a admitir sus errores por sobre ellos mismos; sin nada a cambio.

—Quizá tengas razón, ya no importa si me perdona o no. Deberé hacerme cargo de mis errores sin excusa alguna y solucionar las cosas de una vez por todas. Supongo que, al menos ahora, aprenderé a darle a Leslie el respeto que se merece.

Abandoné aquella soledad y regresé prontamente a mi casa dejando que el viento secara mi rostro. Abrí nuevamente el Chat y recé por que ella aún siguiera allí conectada; no quería esperar un solo día más para disculparme. Para mi fortuna, mi optimismo alcanzaba sus provechos.

—Hey, vengo en son de paz. Quería pedirte disculpas —exclamé yo esperando a que, a pesar de perdonarme, me permitiera explicarle el porqué de mis actos. No esperé a que me contestara, continué disculpándome hasta donde fuera necesario.

—Me he comportado como un verdadero imbécil y no quiero que las cosas terminen así. Es una ciudad muy pequeña y no me gustaría estar peleado contigo por culpa de mis errores. Si decides no dirigirme más la palabra lo entenderé, de verdad; pero tengo esta gran necesidad de pedirte disculpas y no poseo excusa alguna. Sólo eso quería decirte —concluí, asumiendo que jamás volvería a hablarme o responderme.

—Te comportaste como un verdadero imbécil, Danser. Pero está bien, me alegra que te hayas disculpado o no te hubiera vuelto a dirigir nunca más la palabra. De todas formas, pierde

cuidado, yo sé perdonar —respondió ella, volcando un gran balde de alivio sobre mi cuerpo. Necesitaba librarme de aquella carga. La amaba realmente, ¿en qué cuernos estaba pensando al comportarme de esa forma? ¿Qué clase de ser normal hace esas cosas?

—Me alegra que me perdonaras, de verdad. No hubiera tolerado jamás el haberte molestado tanto. Déjame al menos explicarte porque hice lo que hice, sería una gran descarga para mí —exclamé, intentando darle a mis errores algo de justificación.

—Todo comenzó hace unos años, quizá a finales del año 2004. Me empezaste a gustar mucho; no sé porque pero así fue. Comencé a sentir cosas muy fuertes por ti, me hubiera encantado poder ser al menos tu amigo pero las cosas nunca se dieron como yo esperaba que ocurrieran. Juro que intenté borrarte de mi mente cientos de veces pero nada parece dar resultado. Lo intenté una y otra vez de mil formas distintas; es como si ya fueras parte de mi cabeza. Todo lo que he hecho ha sido el resultado de ello, de mi obsesión contigo y prometo que jamás volveré a molestarte. Si estoy destinado a vivir enamorado de ti, será a partir de ahora un problema mío y no te involucraré en aquello nunca más. Te lo prometo —concluí, consiente de mis cargos y mis errores. Sería a partir de ese entonces una travesía personal donde Leslie representaría tan sólo una vieja reminiscencia y aquel ejemplo de vida que yo tanto debería recordar.

—¿Me dejas a mí ahora contarte las cosas desde mi posición? —añadió ella, recurriendo a una gran explicación como respuesta a lo que acababa de excarcelar.

—Lo mejor que pudiste haber hecho fue decirme lo que sentías. En aquel entonces estaba yo muy triste por algo parecido y el hecho de que alguien sintiera algo por mí me puso realmente contenta. Comenzaste a aparecer en mi vida, empecé a prestarte más atención a ti, a tus comentarios, a lo que hacías. Es cierto, me molestaste mucho, pero te perdono. Y me gustaría que empezáramos de cero, como si nos conociéramos ahora. Ya todo lo que quedaba por decir está dicho y me alegra mucho que hayamos aclarado las cosas —concluyó ella, contenta de que a partir de

ese entonces pudiéramos entablar una buena amistad; una amistad sincera y sin ninguna de esas intenciones secundarias.

—Me pone realmente contento que hayamos resuelto las cosas, Leslie. Y por cierto, ¿cómo supiste que aquella escena en la clase de literatura era falsa? —indagué, sorprendido por su admirable augurio. Zalo no sabía de ello y jamás pudo habérselo contado.

—Jaja, pues no lo sabía. Me arriesgué a opinar y, aparentemente adiviné —respondió, orgullosa por su acertada observación. Aquello era realmente asombroso. Su reacción frente al simulacro había sido tan intensa que, hasta entonces, lo cargaba en su boca con el simple afán de dejarlo escapar algún día.

—Y dime algo, Danser. Se me han agregado otros dos chicos a mi lista de contactos en el Chat, ya puedes decirme si eres tú —exigió ella, esperando a que no se tratara de otros casos similares al de Christian Mitch.

—¡No, no! Juro que no, Leslie. Prometo que nunca más volveré a mentirte en mi vida, de eso sí puedes estar segura —le aseguré innegablemente, dispuesto a mantener mi promesa hasta el final de mis días. A partir de entonces, mi sinceridad y franqueza hacia ella serían siempre una ley inquebrantable.

—Está bien, sólo buscaba cerciorarme. Te creo, Danser —concluyó ella, mientras yo pisaba una cruda realidad de la que no había alcanzado a percatarme. ¿Qué pasaría una vez que comenzara a dudar de mí? Cada vez que aparecieran nuevos contactos, nuevos desconocidos o exhibiciones anónimas de otras personas. Al parecer, había creado en mí una eterna etiqueta de usual sospechoso que jamás lograría borrar; supuse que aquello quedaría latente durante el resto de su vida. Aun cuando mi ausencia frente a ella fuera un hecho contundente, Leslie seguiría sospechando de mí y de mis alocadas actitudes que, pese a esa cruda realidad, quedarían encerradas en el pasado por siempre. De algo estaba ciertamente seguro: Jamás volvería a comportarme de esa forma.

Ya todo era un nuevo capítulo en aquella amistad. Una nueva etapa en la que no habría secretos ni verdades ocultas. ¿Dejaría de calcular mis pasos, cada uno de esos hechos que solían surgir

de mi propio albedrío? Aquella sinceridad parecía haber dado más resultado que todas mis estrategias pasadas. Ahora todo era cuestión de ser yo mismo, sin pretensiones ni personalidades forjadas. Aprendería a conformarme tan sólo con su amistad y, quizá algún día, el destino me deparara alguna sorpresa.

LA MAGIA DEL LABERINTO

Salimos del agua casi ahogándonos. Leslie nadó hasta la orilla de aquella cascada con las pocas fuerzas que aún le restaban y se abrazó a los bordes para recuperar su aliento. Me apuré a acercarme a ella y me retiré de las aguas con el fin de ayudarla a subir, cuando esta me alejó de un gran manotazo para que la dejara recuperarse en paz.

—Déjame, casi me ahogo, necesito aire —se quejó con un suave tono que, entre llanto y agotamiento, no se dejaba comprender.

—Está bien, respira hondo, lentamente y profundo. Intenta salir cuando sientas que ya tienes fuerzas —la animé yo. Ella permanecía allí con su cabeza agachada, aferrada al borde de ese pequeño estanque. Respiraba rápido y torpemente; sin lugar a dudas, pronto ya no tendríamos más energías para continuar. Esperé a tranquilizarse un poco y comenzó a llorar en una angustia tras la cual comenzaría a aceptar la realidad. Un llanto triste y dulce que afectaba lentamente mi fe por encontrar una salida. Continuábamos descendiendo cada vez más y avanzando hacia desconocidas profundidades que no parecían llevarnos a ninguna parte.

—¡Estoy cansada Danser, ya no aguanto más! —se atribulaba intensamente, como una sinfonía que crecía hacia una gran desesperación de melodías destellantes.

—Estoy cansada de arriesgarme en vano, de pasar frente a la muerte una y otra vez. Cansada de tu optimismo y tu valentía, ya no tengo más fuerzas para seguir. Si vamos a morir aquí, quedémonos en un lugar seguro y punto. Ni siquiera estamos

subiendo a la superficie, bajamos cada vez más y permanentemente, ya no sé que hacer Danser —concluía con un llanto dramático pero apacible. Su cabeza continuaba agachas, dejando caer sus lágrimas sobre aquel estanque en donde se perdían libremente.

—Ya está bien Leslie, ya está bien —la tomé por debajo de los brazos y la ayudé finalmente a salir de allí. La abracé bien fuerte y, escuchándola llorar sobre mi hombro, la miré con franqueza a los ojos.

—Leslie, sea cual sea la razón por la que estamos aquí, no significa que debemos rendirnos. Las personas viven sin saber cual es el camino o desconociendo su destino y aun así, sin saber el motivo de su existencia, se enfrentan día a día a miles de obstáculos. A veces no parece haber ninguna salida, como ahora, y lloramos, y eso está bien. Nos angustiamos y nos rendimos una y otra vez pero seguimos peleando; seguimos adelante aun cuando todo parece descender interminablemente, tironeándonos hacia abajo cada vez más —le costaba mirarme a los ojos mientras le hablaba. Me abrazó nuevamente dándome a entender que mis palabras le daban la compañía que más necesitaba en aquel momento.

—Leslie, si este laberinto no tiene salida ya no dependerá de nosotros, pero dame la oportunidad de sacarnos de aquí. Dame la ocasión de intentarlo, no puedo quedarme de brazos cruzados, necesito verte a salvo. Es por eso que salté a rescatarte allí afuera —mis palabras rompieron aquel abrazo que tanto nos distendía. Leslie me soltó unos segundos y, parada frente a mí, me observó finalmente a los ojos. Esquivé su mirada y, contemplando con atención el lugar donde ahora nos encontrábamos, me acerqué a una de las paredes de tierra para sentarme cómodamente en el suelo. Estábamos completamente empapados y mi torso al desnudo comenzaba a envolverme en una leve sensación de frío. Me dejé caer sobre la tierra y, apoyando mis espaldas contra el muro, la observaba acercándose a mí para oír lo que su corazón deseaba escuchar más que sus oídos. Se sentó a mi lado y recostó su cabeza sobre mi hombro, dejando caer sobre mí todo su cabello mojado.

—No podía dejarte allí Leslie. Eres todo lo que tengo para ser quien soy —comencé a confesarlo, mientras ella apoyaba su mano sobre la mía.

—Cada cosa que hago, cada objetivo que tengo, es como si tú estuvieras al final de ese camino. Como si en cada respiro necesitara imaginarte para ver mi realidad, mi forma de ser. No puedo pasar cerca de ti sin sentirme desnudo, a la deriva, como si no tuviera de donde sostenerme; como si tu presencia fuera la única cuerda sobre la que obtengo equilibrio. Todo lo que hice en el pasado lo hice mal, por miedo, por sentirme inseguro. El silencio que nos perseguía hasta ahora fue culpa mía, y a ti quizá nunca te importó, pero... no lo sé, quizá era mejor de esa forma, cada uno por su lado y yo pensando en ti desde mi propio universo, desde esa realidad que construí al imaginarte. Creyendo que algún día podría viajar por el tiempo y hacer que las cosas fueran de otra manera. Pero está bien, lo que pasó ya es historia, no puedo cambiarlo. Todo es consecuencia de lo que yo creé. Quizá, si nunca me hubiera acercado a ti, este hecho nunca habría ocurrido y no estaríamos aquí atrapados. Quizá...

—Quizá si nunca te hubieras acercado a mí me hubiese enfrentado a esto sola —me interrumpió, con el fin de aludir su otra perspectiva.

—Es cierto, las cosas no salieron bien y quizá no fue sólo culpa de tus errores sino del hecho de que yo no haya querido ver más allá de tus acciones. Quizá debí haberte dado la oportunidad de cambiar, de madurar y probar una vez más en algún futuro, y en lugar de eso preferí alejarte de mí, pretender que no eras importante cuando en realidad siempre lo fuiste —continuaba expresándose ella mientras yo, perdido en ambos sentidos, presentía que encontraba finalmente el camino que nunca hallaría fuera de esas mazmorras.

—Es cierto, cometiste muchos errores. Yo también cometí los míos pero tú lo has dicho, lo que haya ocurrido ya ocurrió, no podemos cambiar nada. Hoy estoy aquí encerrada, viviendo esta tortura que no termina jamás, y tú eres el único que está aquí; que se desvive por salvarme, abrazarme y contenerme aun siendo tan protagonista de esto como yo. Ahora estoy aquí y estoy

contigo. Ya entendí como eres y lo que significo realmente para ti, ¿pero sabes lo que rescato de todo esto? Que ahora logré descubrir lo que tú significas para mí —alzó su cabeza y me miró fijamente a los ojos mientras yo la observaba desde mi gran transe, haciéndole a un lado el cabello que se impregnaba en su rostro empapado. La miré intensamente y, observando su boca allí tan cerca de la mía, la besé por primera vez registrando en mi mente cada detalle; cada minúsculo sonido que se detenía ante nosotros para crear esa magia jamás vivida. Nuestros cuerpos permanecían inmóviles, indiferentes a cualquier dolor o estorbo, mientras nuestros labios se transformaban en un inmenso manantial de besos, como mantas deslizándose entre dos cuerpos, dos almas. La simplicidad de aquel beso se convertía en la sensación más indescriptible que podría imaginar mi mente, como si ese interminable laberinto no fuera más que una vana aventura transformándose en el lugar más bello que pudieran sentir mis ojos. Aquella cárcel que nos perseguía tras cada obstáculo, tras cada cascada y peligro, se convertía en el lugar más importante de mi vida.

Nos besamos durante algunos minutos. La observé una vez más a los ojos, más cerca que nunca; la veía feliz, víctima junto a mi cuerpo en esa interminable aventura, pero feliz. Como si hubiera finalmente encontrado a su alma gemela, la compañía que había buscado toda su vida. Nos sonreímos mutuamente y nos volvimos a besar. ¿Por qué allí, en ese oscuro y peligroso lugar? Ese incierto escenario que allí nos esperaba, rodeándonos sin cesar, mientras nuestra indiferencia a los hechos lo excluía de nuestras mentes para dedicarnos ese tiempo tan único; nuestro amor. ¿Por qué allí, en ese oscuro y peligroso lugar? Ya no tenía importancia. Cualquier obstáculo pierde su función si estás con la persona que amas; cualquier desventura, miedo, impotencia. Todo desaparece en aquel momento. El calor y la presencia de aquel que comparte contigo esa unión, ese instante, te envuelve en una nueva realidad donde el temor y el peligro no existen. Escapan de nuestras mentes hacia otros senderos, otros desventurados. La besaba como si aquel beso fuera una explosión desesperada que ya venía cargando conmigo por cientos de años, y así era. La

miré otra vez a los ojos y la abracé como deseé abrazarla en tantas otras ocasiones. Dejé que se recostara sobre mi pecho y, tomándola de su cintura con mis brazos para que se sintiera más a gusto, nos acomodamos para descansar de una vez por todas. Recostó su cabeza sobre mí y, apuntando nuestros ojos hacia la pequeña cascada, nos sujetamos de las manos para continuar sintiéndonos el uno al otro.

—No puedo creer que aquí estemos —le susurré en voz baja al oído. La cascada creaba una música sobre las aguas que adornaban aquella cueva de magia y fantasía. Leslie acariciaba mi mano respondiendo a cada uno de esos sentimientos que continuaban saliendo de mi interior sin cesar.

—Pasaron tantos años, tantas desilusiones y aquí estoy junto a ti, como siempre quise. Es cierto, no es realmente el lugar que tenía en mente —agregué, destilando otro dócil suspiro. Leslie dejó salir una dulce risa que rebotó sobre mi pecho, allí donde yacía tan agotada después de las interminables carreras por entre óbices y trampas. Acariciaba su hombro tal como a ella le gustaba, sólo que esta vez, todo salía de mí; cada palabra, cada caricia. Su cabello ya se encontraba seco mientras mi camiseta, en su poder y algo húmeda todavía, convertía nuestro calor corporal en una cálida y delgada manta de pieles. Advertí como sus ojos se cerraban lentamente bajo esos delgados cabellos; deslizó su mejilla sobre mi pecho y se aferró fuertemente a mi cintura.

—Intenta descansar un poco, Leslie —le bisbiseé sutilmente al oído. Supuse equívocamente que me había escuchado: Ya se había quedado dormida.

Despertamos algunas horas más tarde frente a aquella columna de piedra; nuestras prendas parecían ya estar secas y la habitación permanecía tan intacta cómo antes, esperando a que intentáramos vencer sus más profundos secretos. Estiré delicadamente mis piernas mientras Leslie se limpiaba la lagaña de sus ojos.

—¿Pudiste dormir bien? —musité yo, arrimando mi rostro al suyo.

—Eso creo. Aún seguimos aquí, ¿no es cierto?

—Lamentablemente sí. Esperaba despertar en algún suburbio de Harainay, pero creo que será mucho pedir por ahora —rezongué, estirando cada músculo de mi espalda y colocándome finalmente de pie; aquella no era la mejor de las posiciones para quedarse dormido. Comencé a explorar la misteriosa habitación mientras mi compañera terminaba de despertarse.

—¡Hey, Les! Observa esta columna. Creo que es nuestra salida, parece tratarse de una abertura. ¿Ves estas hendidias de aquí? —le señalé, enmarcando los contornos de lo que parecía ser una pequeña puerta. El pilar se encontraba acordonado por una interminable canaleta dispuesta en espiral. Sus extremos concluían en pequeños y curiosos huecos dispersados entre el suelo del salón y los principios de aquella columna. A nuestra derecha, la cascada continuaba decorando musicalmente, con el ruido de sus chorros, cada rincón de esa cueva. Mientras tanto, yo me concentraba en nuestra puerta de salida.

—¿Qué hay con esas hendidias? —preguntó Leslie, acercándose al agua para mojarse el pelo.

—No estoy seguro, parece algún tipo de mecanismo hidráulico. Observa esos pequeños pozos allí en el suelo, creo que debemos llenarlos con agua. Tiene sentido, ¿no es así? —suponía yo, entonando mis ideas en voz alta.

—No lo sé, Danser. Tú eres el ingenioso aquí, yo sólo te asisto cuando hace falta —declaraba ella con su voz dormida, mientras yo me acercaba lentamente a la pequeña cascada.

—No opines así, Les, cada uno pone su parte. Ninguno de los dos sobreviviría aquí sin el otro, ten seguridad de ello. Ahora ayúdame a buscar algo que pueda servirnos como recipiente para cargar agua, no veo nada por ninguna parte —exclamé, contemplando nuevamente cada rincón

—Usa tus manos, Danser. ¿Cuánta agua necesitas?

—Pues, no creo que mucha. Necesitamos medio litro en cada agujero del espiral y hay ocho en total. Déjame probar con uno de ellos —repuse, cerrando mis manos en forma de cuenco y sumergiéndolas en el pequeño estanque de la cascada.

—Veamos si así es como funciona esta cosa —susurré, vertiendo mis manos sobre uno de los pozos.

—De acuerdo, Les, medio agujero ya está lleno. Sólo quedan otros siete —me volví a poner de pié.

—¿Qué fue ese ruido? ¿Lo has oído? —exclamó ella intrigada, observando atónita por sobre el pilar. Una espesa polvareda comenzaba a descender desde aquellas alturas asomando unas temibles lanzas que, presurosamente, se arrimaban por encima de nuestras cabezas.

—¡¡¡Dios mío, Danser!!! ¡Dime que esto no está ocurriendo! —comenzó a gritar despavorida, alejándose rápidamente hacia la cascada. Yo continuaba absorto, observando el extraño espiral e intentando resolverlo todo antes de que fuera demasiado tarde.

—¡Apresúrate, Leslie! ¡No hay tiempo! Carga en tus manos toda el agua que puedas y ayúdame a llenar los pozos antes de que las lanzas logren alcanzarnos. ¡Vamos, date prisa! —le grité desesperado, arremetiendo contra el estanque. Comenzamos a correr de punta a punta evitando que el agua escapara entre nuestros dedos. Leslie trotaba agitada sin dejar de mirar hacia arriba y tropezando con sus propios saltos, mojóndolo todo a excepción de los pozos. La cabida en mis manos ya no era suficiente.

—De acuerdo, Les, tengo malas noticias —me detuve agitado ante tantas corridas; mis brazos ya estaban realmente empapados.

—¡Lo sé! Vamos a morir, ¿no es así? —comenzó a llorar desconsolada, dejándose caer de rodillas al suelo y sacudiéndose las manos.

—No exactamente, pero ocurrirá si no hacemos lo que te diga. Tendremos que darle la espalda a nuestra intimidad física por un momento, lo siento.

—¿Qué? No entendí nada, ¿a qué te refieres? —preguntó desorientada, secándose las lágrimas.

—Tendrás que quitarte la camiseta y sumergirla en el agua. Yo haré lo mismo con mis calzoncillos, luego los escurriremos sobre los pozos. ¡Apresúrate no hay tiempo! ¡Las lanzas ya casi nos alcanzan! —acabé de dar mis ordenes y me desnudé por completo. Leslie continuaba allí sentada observándome.

—¡No te pongas discreta ahora! No voy a mirarte, ayúdame o acabaremos convertidos en coladores —le insistí, empapando en el estanque mis paños menores. Corrí nuevamente hacia los pozos llenando por completo tres de los más cercanos a la cascada. Las lanzas ya se encontraban a dos metros del suelo amenazando con enristrarnos a ambos, mientras Leslie escurría mi camiseta en los agujeros restantes y cubriéndose el torso con su brazo derecho. No había tiempo para poder contemplarla; recorrer con mis ojos su espalda o la delicadeza de su cintura. Ya sólo quedaban dos pozos más por llenar y aún no estábamos fuera de peligro. Corríamos meramente agachados, esquivando aquellas garrochas que pronto alcanzarían a tocar el suelo, y exprimíamos nuestras ropas con ambas manos.

—¡Ya sólo queda uno, Les! No te muevas, yo lo haré— exclamé, rodando con mi cuerpo al desnudo hasta el último de los pozos. Escurrí los calzoncillos con todas mis fuerzas escuchando por fin el sonar de los mecanismos superiores. Las lanzas comenzaron a ascender nuevamente mientras yo me colocaba otra vez mis paños menores; Leslie se limitaba a hacer exactamente lo mismo con mi camiseta. Las aguas se esparcían a lo largo de ese interminable espiral en el suelo, alcanzando a entrar por cada uno de los pequeños agujeros de la columna. Los crujidos provenientes de aquella puerta comenzaron a expandirse por todo el lugar mientras yo abrazaba a Leslie por detrás de su cintura. Le di un beso en la mejilla y esperé a que la abertura terminara de entreabrirse; entonces pude sentir como una suave corriente de aire escapaba ondeante desde el interior del inmenso pilar. Me asomé para comprobar que todo estaba bajo control y, observando a Leslie con una irrefutable sonrisa en mi rostro, la invité a abandonar junto a mí los rincones de aquel cuarto.

Desde allí se desplegaba, tal como en otras ocasiones, una extensa galería recubierta de antorchas. Comenzamos a avanzar sin titubear ante nuestros pasos mientras yo intentaba tomarla de la mano.

—¿Puedo hacerte una pregunta, Danser? —desató ella, con una inquietante actitud en su voz. Caminábamos despacio hacia el final del corredor.

—Claro, dispara nomás —accedí, completamente abierto a cualquiera de sus inquietudes.

—¿Qué ocurrirá una vez que logremos escapar de aquí? Es decir, me refiero a lo que está ocurriendo entre nosotros —masculló ella, dirigiendo su mirada hacia el suelo; le costaba mirarme a los ojos.

—No lo sé, Les. Ocurrirá lo que tú quieras que ocurra, ya sabes lo que siento por ti. Sólo tú llevas la última palabra —atiné a recordarle. Esperaba que nuestros deseos fueran mutuos, algún tipo de objetivo compartido; una extraña y asombrosa masa de sentimientos que sólo nosotros lograríamos comprender. Esperaba que su decisión fuera un canto a la esperanza, un lugar donde el mundo que aguardaba detrás de esas puertas fuera sólo para nosotros; para compartir aquellos momentos que la humanidad jamás entendería.

—Creo que lo mejor será permanecer como amigos —concluyó ella, escapando una vez más de mis profundos sentimientos. Supuse que aún no estaba preparada pero ello.

—Pues, recuerda que ya lo intentamos hace tiempo atrás. No podemos ser amigos, Les, sabes que jamás funcionaría.

—Sí, lo sé. Supongo que una vez que salgamos de aquí descubriremos hacia dónde nos lleva el destino, ¿no crees? —se animó a conjeturar. Jamás pude comprender sus verdaderas intenciones, ¿por qué iba a hacerlo ahora? Decidí dejar que el laberinto arremetiera con aquellas sorpresas que tanto comenzaba a disfrutar; momentos que algún día escaparían de esos profundos subterráneos.

MI AMIGA LESLIE

Y llegó finalmente aquel día viernes. Gordon pasó a buscarme por mi edificio exactamente a las diez de la noche tal cómo habíamos acordado unas horas antes. El asado se organizaría en casa de Edi Vinkel y hacia allá nos dirigíamos.

Llegamos así a una calle al norte de Harainay donde Flammeed acababa de estacionar su auto.

—Es el penthouse del último piso —aseguró Gordon, señalando hacia arriba con el dedo. Cruzamos el pequeño umbral que decoraba la entrada y subimos finalmente al elevador. Para nuestra sorpresa, no fue Edi quien nos abrió la puerta sino Lisa; parecía haber traído a todas sus amigas de la ciudad de Kalbii.

—Que sorpresa, Danser. No me esperabas por aquí, ¿no es cierto? —me saludó ella con un fuerte abrazo. Gordon y Flammeed se alejaron al balcón para ayudar a Edi a encender el fuego y las brasas.

—Para nada, no creí que fueras a venir, Lisa. ¿Y cómo están tus cosas?

—Excelentemente bien, como siempre. ¿Y tú? ¿Alguna novedad con la señorita? —indagó ella, sumamente interesada en mi progreso.

—Pues, tengo noticias realmente frescas. Es una larga historia —repuse, dejando salir un largo suspiro. Lisa me tomó de un brazo y me arrojó al sofá para escuchar cada detalle de mi relato. El resto de sus amigas merodeaban por la casa mientras otras jugueteaban con el equipo de música saltando de canción en canción.

—De acuerdo, todo terminó este miércoles al regresar de la escuela. Me desesperé bastante por mi falta de respuestas, así que intenté robarle a Leslie algunos de sus pensamientos recurriendo al método más estúpido que jamás se me hubiera ocurrido —le explicaba.

—¡Ay, dios! Tú y tus métodos, Danser. Ya me estoy poniendo nerviosa ¿qué fue lo que hiciste?

—¡Oh! Nada grave, no te preocupes. Podríamos decir que lo más trágico en todo eso fue haber quedado como un completo idiota.

—Bueno, ¿vas a decirme lo que ocurrió? —insistía ella, mientras yo intentaba deducir por donde comenzar.

—Quise averiguar si sentía algo por mí y lo eché todo a perder. Nos peleamos a un nivel realmente significativo, me puse muy triste Lisa. No entraré en detalles porque no hacen falta.

—No sabía que eras tan sensible, Danser. Aun así, hay algo que no logro terminar de comprender. Si la has perdido para siempre, ¿cómo es que estás tan sonriente? —exclamó Lisa, algo sorprendida por mi tan notable buen humor.

—Es que aún no he terminado de contarte todo, déjame continuar. Necesitaba despejarme a como dé lugar, de manera que acompañé a los chicos a comprar la carne que comeremos ahora en un rato. Durante aquel lapso, llegué a la conclusión de que lo mejor sería pedirle disculpas y olvidar que alguna vez sentí algo por ella. Llegué corriendo a casa, me senté una vez más en mi ordenador y me disculpé tal como debía.

—Vaya, me parece muy maduro de tu parte. Me imagino, según tu rostro, que te ha perdonado, ¿no es así? —suponía Lisa, orgullosa de mí por aquella decisión tan prudente.

—¡No sólo eso! Por primera vez pudimos platicar como dos personas normales, confesando algunas cosas del pasado y con muchas ganas de entablar una buena amistad. Dejar todo en el olvido y comenzar de cero —le contaba a Lisa, recordando cada momento de esa conversación con Leslie.

—Pues, suena realmente hermoso, Danser. De todas formas, yo que tú no me arriesgaría a ser su amigo. Estás muy enamora-

do de ella, ¿qué crees que pasará luego? Lo siento, pero es que no me parece un plan tan razonable.

—¡Vaya! No había pensado en ello. Tienes razón, Lisa. Jamás me conformaría con su amistad, estaría siempre buscando aquella parte romántica que ella nunca me daría —exclamé desconcertado, percatándome de aquellos puntos que no había alcanzado a tener en cuenta.

—Es mi consejo, Danser. Si estás decidido a afrontar su amistad, sugiero que mantengas una distancia importante. Intenta eludirla de tus momentos, esquivarla con la mirada. Si intenta acercarse demasiado, tú aléjate —me sugería Lisa, recurriendo a sus sabios consejos.

—¿Y qué ocurre si algún día siente ganas de estar conmigo y compartir algo mucho más íntimo? Si acabo perdiendo la oportunidad de estar con ella por jugar a las escondidas con mis sentimientos lo lamentaré por el resto de mi vida, Lisa.

—Pero es más seguro, Danser. Si abusas de su amistad esperando llegar algún día a su corazón, podrías salir lastimado de nuevo. Evita que la desilusión se apodere de ti, es sólo un consejo. Tú has lo que tengas que hacer —concluyó ella, mientras yo reflexionaba sobre mi decisión final; una decisión ciertamente crucial.

—Tienes razón, Lisa. Debo pensar con la mente y no con el corazón. Ya está decidido, intentaré ser su amigo al menos por un tiempo. Si la relación se vuelve confusa le daré fin a nuestra amistad. Creo que es la opción más inteligente, ¿no crees?

—No podría estar más de acuerdo. Me parece la elección más razonable, Danser. Y ahora, vamos a comer que ya están todos esperando en la mesa —nos pusimos finalmente de pié y escapamos hacia aquel balcón donde Edi y el resto de los muchachos terminaban de acomodar los platos. Dejé que la noche trajera consigo algunas sorpresas; distintas perspectivas sobre mi vida o de las del resto del mundo. Tal vez aprendiendo a observar a los demás, lograría algún día entenderme a mí mismo.



El 29 de Mayo tuve con Leslie mi primer encuentro después de aquel incidente. Supuse que estaría algo tensa pero, para mi sorpresa, se veía bastante apetente de conversar conmigo. Me encontraba junto a Sophia y Gordon en la oficina de profesores de la escuela cuando la vi entrar por aquella puerta. Llevaba puestos unos pantalones color fucsia y su camiseta negra con el emblema del colegio en su pecho. Me dejé llevar por la naturalidad del momento y la saludé abiertamente, ocultando un importante pesar detrás de mis ojos. Me escondía bajo la sombra de mi gorra mientras ella mordía en su boca la pajita de una gaseosa.

—Danser, no te imaginas lo que me ha ocurrido hoy en el trabajo —exclamó Leslie en silencio, mientras Sophia continuaba platicando con Gordon. Yo le respondí con una sonrisa sumamente caritativa esperando a que continuara con su comentario.

—Luego te contaré —remató ella, postergando aquella conversación para más tarde.

Dejé que las horas transcurrieran poco a poco, ignorando bajo un gran sacrificio su inevitable presencia.

Llegamos a nuestras casas, y de una manera sorprendentemente sincronizada, nos conectamos al Chat para conversar un buen rato. Platicaba con ella y con Frederic la noche del 31 de Mayo cuando noté que mis sueños se volvían cada vez más reales; el destino parecía estar llamando a mi puerta:

—¿Cómo estas, Danser? ¿Fuiste hoy a la escuela? —me saludó él.

—Claro, tonto. ¿Por qué faltaría a clases? Esas épocas ya acabaron hace tiempo —respondí, aludiendo aquellos días en los que la ausencia y el desaliento se apoderaban de mi asistencia escolar.

—Tienes razón. ¡Hey! Danser, presta atención. Leslie acaba de decirme que le has alegrado el día y que le encanta hablar contigo. Y eso no es todo, le recomendé algunas canciones que supuse que le gustaría escuchar, ¿y sabes lo que me ha dicho?

—No lo sé, dímelo tú —le pregunté, dejando escapar de mi rostro una valiosa sonrisa de triunfo.

—Me ha dicho: “no gracias, yo solamente escucho a Danser”. ¿Qué cuernos le hiciste a esta chica? ¿Cómo has logrado conquis-

tarla de esa manera? —indagaba Frederic, sorprendido por aquel cambio tan significativo; ni siquiera yo podría darle la respuesta que buscaba.

—Sólo fui sincero con ella. Le dije la verdad sobre todos mis sentimientos, cada uno de mis pensamientos. No pensaba que esto fuera a ocurrir, Frederic, sólo intentaba ser yo mismo —le explicaba a mi amigo, pretendiendo comprender la naturaleza de los hechos.

—Pues, parece haberte dado buenos resultados, Danser. La tienes realmente hechizada. ¿Qué crees que pasará ahora?

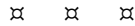
—No quiero pensar en ello, amigo. Ni en eso ni en nada que implique enamorarme de ella más de lo que ya estoy. Lisa tiene razón respecto a todo; tengo que ser fuerte e indiferente. Evitar confesarle lo mucho que la deseo y lo importante que me es tenerla junto a mí. Necesito lograr su amistad evitando cualquier clase de optimismo amoroso; sólo quiero despegarme de mis sentimientos de una vez por todas, nada más.

—Realmente no te comprendo, Danser. Estás logrando lo que tanto querías, ¿y ahora te echas atrás? ¿Ahora que la has conquistado finalmente? —se cuestionaba él, pasmado por la incoherencia de mis pensamientos.

—Es que tengo miedo, Frederic. Tengo miedo de perderla de nuevo, volver a pelearme con ella por culpa de mis idioteces; por creer que está interesada en mi amor, en darme un lugar en su vida.

—Sigue siendo incongruente, Danser. ¿Te paras sobre un escenario frente a cientos de personas sin miedo alguno y no tienes la valentía de luchar por la persona que amas? —Frederic continuaba cuestionando mis decisiones, y en el fondo, sabía que tenía toda la razón.

—Dejemos que el tiempo lo decida. Mientras tanto, le seré indiferente a Leslie hasta estar bien seguro de sus sentimientos. Al menos por ahora, aprenderé a conformarme tan sólo con su amistad —concluí, despidiéndome de él tras algunos minutos más de plática. Me acosté finalmente en mi cama esperando soñar otra vez con mi amada tal como el día anterior. No había dudas al respecto: Mi vida se estaba volviendo muy complicada.



Comenzaban los días de Junio y ya era un gran momento para armar aquel rompecabezas que, abandonado en un rincón de mi casa, gritaba por que alguien lo completara de una vez por todas. Me acomodé sobre la mesa en la que solía dibujar a Leslie y desparramé finalmente las piezas por todas partes. Observé la caja para entender la imagen que se suponía que armaría; se trataba de un laberinto adornado por cuatro arcángeles. Algo sumamente místico formado por trampas y distintos tipos de obstáculos. Intenté orientar mi búsqueda por entre las piezas y abandoné aquel rompecabezas para sentarme nuevamente en el ordenador; allí estaba Leslie conectada en el Chat, tal como siempre. Así decidí esperar unos cuantos minutos a que me saludara por sí misma.

—¿No saludas? —acabó reaccionando ella, frente a mi molesta tardanza.

—Jaja, lo hice apropósito, lo siento. Quería que me hablaras sola sin que yo lo hiciera —le confesé, con aquella sinceridad tan desbocada.

—¡Ay! No se cuentan esas cosas, Danser. Imagínate si no te hubiera visto conectado, no podríamos conversar.

—Vaya, tienes toda la razón. ¡Que idiota soy! —me disculpé nuevamente.

—No hay problema, me divierte tu sinceridad —repuso ella.

—Es bueno saberlo, aunque deberé tener más cuidado en lo que diga. Y dime, ¿qué andas haciendo ahora?

—Pues, intenta adivinar. Una pequeña ayuda: Tiene que ver contigo —respondió ella, recurriendo a un curioso acertijo.

—Jaja, debo admitir que me siento halagado, aunque dudo que pueda adivinar.

—Estoy viendo los videos que me has enviado de tu recital. Realmente me encantan, los veo una y otra vez. Tienes que hacer otro para que pueda ir a verte —agregó ella, regalándome ese anhelo de sentirme realizado. No hay mejor sensación que ver a los frutos de nuestra inspiración llegando a su propia musa. ¿De

qué serviría escribir románticas canciones inspiradas en alguien que nunca las escucharía? Me sentía satisfecho; Leslie observaba mi recital aun con más presencia de la que yo había encontrado allí frente a mi escenario. Disfrutaba cada una de las canciones tal como esperaba que lo hiciera; pude claramente comprender que aquello no había sido en vano.

La conversación que comenzábamos aquel mediodía parecía extenderse eternamente mientras ambos continuábamos envueltos en esa atmósfera virtual que, en la simplicidad de aquel Chat, se convertía en la herramienta que reforzaría nuestra confianza mutua. Las horas continuaban avanzando ese primero de Junio mientras yo me salteaba decisivamente las comidas del día por no despegarme de nuestras pláticas.

—Podríamos juntarnos alguna vez en casa a ver películas, pedir pizza. Suena bien, ¿no? —planeaba ella, mientras yo recurría una vez más a mi bendita imaginación. Una imaginación capaz de proyectarme aquel futuro justo frente a mis ojos.

—¡Suena genial, Leslie! Tú sólo avísame un día de estos —exclamé, en respuesta a aquella magnífica idea. La plática avanzaba lentamente mientras el tiempo parecía volverse inexistente.

—Hey, Danser ¿puedo decirte algo? —exclamó ella de pronto.

—Pues, estamos conversando desde hace ocho horas y prácticamente hablamos de todo. Claro, puedes decirme lo que quieras —respondí, ansioso por lo que fuera a exponer.

—Estoy muy contenta con nuestra amistad, de veras. No sabía que eras así, supongo que me equivoqué contigo al principio. Me alegra que ahora seamos amigos —concluyó Leslie, mientras yo releía sus palabras una y otra vez. Se trataba de mí y de nadie más. No necesitaba ser Christian Mitch ni tampoco un muchacho cuyos músculos fueran su mayor elixir de atracción. Se trataba simplemente de mi verdadera forma de ser. Aquella personalidad que hasta entonces me desvivía por compartir con ella y, finalmente, lo estaba consiguiendo. Y así continuamos conversando horas y horas, completamente indiferentes al paso del tiempo.

—De manera que ya puedo olvidarme de ti, ¿no es así? Buscarme alguna otra muchacha, una novia, alguien con quien pueda compartir mi amor. Ahora que nuestra amistad está tan clara ya no habría inconvenientes si me desenamoro —la amenacé irónicamente, comprobando cuan lejos llegaría nuestra profunda conversación.

—¡No lo hagas, por favor! Me encanta que estés enamorado de mí, que me quieras y me estimes tanto.

—Jaja, sólo era una broma. Puedes quedarte tranquila, jamás lograría perder mi amor por ti —agregué, sin notar que mis palabras parecían ser tristemente ciertas. ¿Qué ocurriría si las cosas no funcionaban? ¿Lograría algún día encontrar a otra chica que pudiera apoderarse de mi mente tal como ella lo hacía? Una chica que pudiera crear en mí esas asombrosas habilidades que sólo ella parecía provocar. La amaba tan profundamente y de la forma más sana que pudiera haber; ese amor que sólo pocas veces cruza los desiertos para caminar por entre las hipócritas relaciones de tantas parejas. La amaba por sobre todas las cosas, ¿por qué no iría funcionar?

—Hey, ¿y cuando vendrás a arreglarme el ordenador, está muy lento todo y algunas cosas no funcionan? —se quejaba ella, al parecer, aprovechando mis amplios conocimientos informáticos.

—Jaja, cuando tú quieras. Déjame recordarte que soy un técnico muy caro ¿De que forma tienes pensado pagarme? —le respondí ingeniosamente intentando tomar ventaja, al igual que ella, de esa ocurrente situación.

—Pues, te invitaré a tomar un café a casa y a ver fotografías. ¿Qué te parece? —respondió Leslie amigablemente. Me gustaba la idea, algo limitadamente íntimo pero uno de mis tantos objetivos a lograr con ella.

—Suena genial. Uno de estos días me verás por allí.

—Gracias. Creo que en diez años me casaré contigo, me ahorraría muchos técnicos en casa —bromeó por un instante. «Sería un hecho muy fortuito si ocurriera de verdad», pensé de pronto. Aquello era una cierta y empírica realidad en la vida de Leslie:

La solución a sus problemas jamás sería un inconveniente al contar con mi compañía.

✘ ✘ ✘

El sol de aquel 4 de Junio esmaltaba las interminables playas de Harainay con sus rayos de luz. Nos juntamos con Frederic y James debajo de casa. Aquel era un excelente sábado para tomar sol y observar chicas bonitas; luchar contra la corriente de esas olas que el mar asomaba en su cálida marea. Traía puesta conmigo una bermuda de matices anaranjados y azules; por debajo llevaba mis calzoncillos, no me importaba que se mojaran con el agua. Dejé mi torso al desnudo mientras Frederic y James me enfrentaban vestidos con unas radiantes camisetas blancas; se cambiarían una vez que llegáramos al lugar.

—Me dijo Leslie que estará en las playas Volkoso con sus amigas. ¿Qué dicen de ir hacia allá? —exclamó Frederic. James me observaba esperando a que yo tomara la decisión final.

—¿Qué no lo ves, Danser? Podrás verla en bikini —agregó James, con aquel tono tan sádico al que siempre recurría. ¿Por qué iba a querer verla en traje de baño? Jamás se había tratado de una atracción sexual; al menos no hasta aquel entonces.

—De acuerdo, muchachos, iremos hacia allí —accedí finalmente. Comenzamos a caminar unos metros hacia la marina desde donde llegaríamos a las playas en las que Leslie y sus amigas se encontraban.

—Y podrás pasarle crema por la espalda, Danser.

—¡Ya cállate James! —le grite riguroso; se volvía a veces realmente insoportable. La marina estaba atestada por decenas de navegantes con sus veleros y trajes de buceo. El mar y yo no solíamos compartir la misma celda; supuse que algún día lograría cobrar esa valentía al experimentar la náutica. Continuamos caminando algunas calles más, pasando la rambla de Harainay y luego el río Tonga. Alcanzamos finalmente las playas Volkoso; allí estarían Leslie y sus amigas bronceándose un poco.

—Hey chicos, pensarán que estoy algo paranoico pero ¿no creen que podría molestarle el hecho de que hayamos venido sin avisarle? —osé a preguntar, ya casi estábamos llegando.

—¿Y desde cuando hay que pedir permiso para venir a las playas, Danser? —se ofendió Frederic ante mi repentino comentario.

—No digo eso. Me refiero a que ella está con sus amigas y nosotros estaríamos quebrantando su privacidad. De acuerdo, no me hagan caso. Tan sólo son ideas mías —me corregí, evitando las burlas de mis amigos. Alcanzamos finalmente el sector de los vestuarios. A su derecha, una pequeña rampa de cemento viraba hacia la parte principal de las playas mientras, del lado opuesto, unos sobrios quinchos de madera nos darían la sombra que tanto necesitábamos para evitar los rayos del sol.

—Mira, Danser, allí está Leslie con sus amigas —advirtió Frederic. Nos sentamos, mientras tanto, debajo de aquellos quinchos al otro lado.

—Iré a saludarla, quizá quieran que nos acerquemos —sugería él. James traía consigo en la mochila tres pelotas de tenis; continuaría practicando aquellos malabares que yo había estado enseñándole en la escuela unos días antes. Frederic cruzó la gruesa rampa para llegar hacia las muchachas y regresó a los pocos segundos.

—¡Hey, chicos! Dicen que vayamos con ellas. Y tú, Danser, dice Leslie que no te hagas el interesante y vayas a saludarla.

—Jaja, al parecer soy muy transparente. En fin, si ellas lo dicen, supongo que no habrá problema alguno —accedí, y nos pusimos de pie nuevamente para ir hacia aquel lado de las playas; allí estaba Leslie con dos de sus mejores amigas. Llevaba puesto un precioso bikini color negro. Nos sentamos junto a ellas mientras mi amada y sus amigas continuaban tomando sol boca abajo.

—Se han perdido lo que acaba de ocurrir hace unos minutos —comenzó a relatar ella con cierto tono de intriga; a diferencia de mis amigos, yo era todo oídos a sus comentarios.

—Un muchacho de unos veinticinco años preguntó si podía ponernos crema en la espalda. ¿Ya han visto cómo hay ciertos insolentes?

—Le hubieran dicho que sí —bromeé yo.

—¡Ni loca! Si necesitáramos crema nos pondríamos entre nosotras —repuso Leslie. Yo no hubiera tenido aquella valentía para hacerlo; su piel era para mí como un frágil mar de purezas. El solo hecho de observar sus piernas al desnudo me obligaba a sentirme en sus mismas condiciones. Su espalda a la deriva, decorada por el delgado sujetador del sostén, absorbía lentamente cada uno de los rayos del sol.

—De acuerdo, no sé ustedes muchachos, pero yo tengo muchas ganas de entrar al mar —amenacé, colocándome de pie; necesitaba alejarme de Leslie por unos momentos. James y Frederic cogieron el mismo camino que yo y se adentraron en el mar alcanzando así la parte más profunda. Las olas eran realmente leves, se convertía todo en una brusca piscina de natación bañada en sales y algas flotantes. Leslie se sacudió un poco la arena y se metió al agua para alcanzarnos; ya sólo lograba ver su cabeza asomándose sobre la superficie. Los cuatro nadábamos agitando nuestros brazos hacia todas partes para evitar hundirnos. Mientras tanto, yo me las rebuscaba para jugarle a Leslie una de mis tan divertidas bromas: Esquivando algunas de las olas más características, logré quitarme la bermuda quedándome bajo el agua en paños menores.

—¡Hey, Leslie! ¡Atrapa esto! —le grité, arrojándole mi traje de baño mientras ella borraba repentinamente la sonrisa de su rostro. James y Frederic comenzaron a reír.

—¡Ponte ya mismo eso! —exclamó avergonzada. Tan sólo me encontraba a unos diez metros de ella; no parecía ser tan grave.

—Jaja, de acuerdo, James alcánzame la bermuda. No vayas a hacer tonterías o no tendré como salir del agua —le grité. Me arrojó aquel colorido trapo mientras Leslie me observaba con atención para cerciorarse de que ya me la había colocado.

—De acuerdo, chicos, creo que yo saldré del agua —exclamé, pasados unos cuantos minutos. Así decidimos salir todos pues pronto habríamos arrugado demasiado las puntas de nuestros dedos. Las amigas de Leslie continuaban allí tendidas bajo el sol, esta vez con el torso hacia arriba. Nos sentamos nuevamente junto a ellas mientras Frederic se revolcaba en la arena imitando a

las ardillas. Yo me encontraba a pocos centímetros de Leslie; sentada sobre su toalla, se comprimía con sus brazos y piernas demostrando algo de timidez. La notaba sumamente amedrentada, ¿qué acaso tenía vergüenza al estar en bikini frente a mis ojos? ¿De su cuerpo, de ella misma? No era tan ilógico después de todo; conocía perfectamente la atención que yo le prestaba, tal vez era su falta de seguridad. ¿Notaba siquiera como yo inspeccionaba cada centímetro de su cuerpo? Lo sentía tan especial, tan familiar. No podía explicarlo, tan sólo lo percibía.

—Por cierto, Leslie, llevo puestos mis calzoncillos debajo. No iba a quedarme realmente desnudo —revelé finalmente; la notaba muy tensa.

—¡Ohhhhhh! —exclamó sumamente aliviada. Parecía haber quedado algo sorprendida por mi actitud; realmente no se lo esperaba. Continuamos allí sentados uno frente al otro evitando observarnos con tanto ímpetu. Su importancia en mi vida ya era tan significativa que jamás lograría estar seguro de lo que pudiera decirle; calculaba demasiado mis frases. Supuse que algún día acabaría por superar ese gran defecto en mi personalidad o terminaría perdiéndola. Leslie y sus amigas saludaron y se retiraron de las playas. James continuaba con sus pelotas de tenis practicando malabares mientras Frederic investigaba la forma más ingeniosa de sacudirse esa arena que le llegaba hasta las orejas. Nos quedamos unos cuantos minutos más y regresamos finalmente a nuestras casas. Por mi parte, ya no había lo que hacer allí.



Aquella sería la primera vez que salí a pasear con una chica; la primera con la que compartí una emotiva y larga caminata por las calles de Kalbii; un cinco de Junio cualquiera, atestado de sorpresas y de nuevas experiencias por vivir. Acordamos encontrarnos en la esquina de un quiosco de la zona, a las cuatro en punto de la tarde; supuse que no tendría ningún problema en llegar. Caminé hasta la carretera principal de Harainay y subí a uno de esos modestos taxis de diez pasajeros; sólo fueron unos

veinte minutos de viaje hasta Kalbii. Bajé finalmente del taxi y allí estaba Lisa esperándome junto al quiosco. Llevaba puesta una divertida camiseta gris y esos ajustados pantalones negros que tanto le gustaba vestir.

—Sabía que no te perderías, Danser. ¿Cómo estás? ¿Qué tal el viaje? —me saludó con un beso y un fuerte abrazo; realmente me quería.

—Muy bien, en verdad fue un viaje corto. Nada que mi trasero no pudiera soportar, claro —respondí, en tono de broma.

—De acuerdo, creo que ya sé a donde te llevaré. ¿Qué distancia estás dispuesto a caminar?

—Pues, estoy acostumbrado a caminar mucho. Créeme, podría regresar a Harainay a pie y aun así no me cansaría —la amenacé con plena convicción. Sabía intuitivamente que ella jamás podría caminar tanto con esos zapatos de taco alto que llevaba puestos.

—Iremos a las playas de Taimariki, no es muy lejos de aquí pero tendremos que caminar bastante —repuso.

—No hay problema, allí vamos entonces —concluí, y comenzamos a caminar en dirección al mar. Avanzamos rápidamente por un largo puente que conducía hacia las lejanías de la ciudad; por allí pasaban cientos de autos unos tras otros dirigiéndose todos hacia alguna parte del mapa. Nosotros continuábamos caminando mientras Lisa encendía uno de sus tantos cigarrillos. Y llegamos por fin a una de esas playas públicas donde una inmensa ballena, compuesta de fibras, decoraba las arenas por entre las multitudes que allí pasaban el día.

—Es un lugar realmente hermoso, Lisa. Gracias por traerme aquí. Y por cierto, ¿qué se supone que significa esa ballena? —pregunté intrigado al observar semejante escultura.

—Jaja, no significa nada. Es simplemente un adorno que decora las playas de Taimariki. Ven, nos sentaremos por aquí —sugirió ella, señalando una inmensa roca de superficies planas. Nos sentamos en dirección a la orilla mientras yo buscaba la posición más cómoda para evitar que se me durmieran las piernas. «Allí podríamos conversar un buen rato hasta que oscureciera», pensé.

—¿Sabes qué, Danser? Te haré una confesión. Al principio, cuando te conocí, realmente me gustaste. Me pareciste un joven realmente interesante, divertido, alguien a quien sería un verdadero gusto conocer. No negaré mis primeras intenciones, ciertamente buscaba algo más que una simple amistad. Pero al verte tan perdido por Leslie supe que jamás lo lograría, así que decidí dejarlo todo en una muy buena relación de amigos.

—Es muy lindo lo que dices, Lisa. Ojalá ella pensara como tú —agregué a sus palabras.

—¡Basta de compararme! —se ofendió de pronto. Leslie era Leslie, no se trataba de buscarla en otras personas, otras caras u otras voces que pudieran de alguna forma reemplazar la suya.

—Tienes razón, lo siento. Ya me desacostumbraré —me disculpé. Debía admitir que Lisa tenía una gran tolerancia a mis desperfectos; otra chica en su lugar, me hubiera abandonado repentinamente sin pensarlo dos veces.

—No hay problema, a partir de ahora seré tu psicóloga, será divertido. Tienes una personalidad demasiado interesante, Danser, muy distinta a la del resto de las personas. ¿Por qué no intentamos descubrir que fue lo que tanto te atrajo de ella? Quizá podamos sacar algunas conclusiones, ¿qué dices? —Lisa se acomodaba sobre la gran roca preparada para escuchar mis interminables idioteces.

—De acuerdo, creo yo que para buscarle una solución a mi problema, deberíamos comenzar por entender su naturaleza: Hablamos de una chica con la que no he compartido más que algunas clases en la escuela, no creo que este sea un hecho muy vehemente que digamos. Ya he ido al colegio durante catorce años y nunca me ha ocurrido nada parecido con ninguna muchacha —meditábamos juntos, mientras Lisa analizaba cada una de mis palabras.

—De manera que lo que sientes no se debe al hecho de compartir con ella el mismo salón de clases; se trata de algo más. Continúa, Danser.

—Pues, recuerdo que, cuando la conocí, aún no sentía nada por ella. Incluso, de todas las chicas de la escuela, ella hubiera

estado en último lugar en la lista de chicas que pudieran gustarme.

—¿Tenías una lista de chicas que te gustaban? Que indiscreto.

—Es un decir, Lisa, es un decir —me corregí.

—Jaja, sí lo sé, continúa.

—De acuerdo, en algún momento de la historia, algo cambió. Y eso es lo que no logro entender. Algo que no había en ella, de pronto allí estaba. Tú explícamelo, ¿cómo es posible que pueda enamorarme tan desesperadamente de alguien por quien nunca sentí absolutamente nada? —indagué, al formularme otra vez la misma pregunta.

—Pues, teniendo en cuenta que no es muy bonita, quizá sea algo que va más allá de nuestra comprensión humana. Una vez leí sobre cómo el universo está regido por distintos campos de energía y, al igual que las leyes de la gravedad, hay a veces entre seres humanos las mismas normas de atracción —me explicaba Lisa. Yo la escuchaba con atención, jamás había oído hablar de semejante locura.

—¿No suena demasiado místico lo que dices?

—Todo en este planeta es místico, Danser. La gente cree en dios, en el destino, en miles de ideologías y nadie les dice nada. Créeme, para todo hay una explicación —reafirmaba ella.

—De acuerdo, supongamos que haya algo de cierto en todo esto. ¿No debería Leslie sentir por mí la misma atracción que yo siento por ella? —respondí, efectuando una nueva pregunta. No me rendiría hasta llegar a los confines de cada una de las posibilidades.

—Pues, teóricamente sí. ¿Qué sabes? Quizá ella siente lo mismo que tú y aún no te lo ha dicho.

—No lo digas ni en broma, iría corriendo a buscarla. Sería demasiado perfecta mi vida si Leslie sintiera por mí al menos una pequeña parte de lo que yo siento por ella. Y en caso de que así sea, ¿por qué dejaría de contármelo? —volví a cuestionar las amplias teorías de Lisa

—Somos mujeres, Danser, nunca estamos seguras de lo que sentimos. Si eres realmente importante para ella, no te lo dirá hasta tener la certeza de que eres su mejor opción como pareja.

Algunas chicas prefieren evitar el riesgo a las penas de amor en lugar de aventurarse y descubrir que tan perfectas pueden ser sus vidas.

—¿Cómo haces para darme vuelta el mundo tan fácilmente? Es increíble —exclamé sonriente. Lisa lograba darle a sus palabras aquella fe que yo tanto anhelaba.

—No lo digo para ilusionarte, Danser, pero ten en cuenta las posibilidades místicas. Si es realmente tu destino estar con ella, no importa cuan fuertes fueran sus intentos por evitarlo, el universo siempre acomoda las fichas del juego. Así que ya sabes, si están destinados a estar juntos, tarde o temprano ocurrirá —concluyó ella. Supuse que tendría que comprobarlo con el tiempo, dejarme fluir por los momentos y descubrir hacia donde me transportaban. ¿Así era como funcionaba el amor, esa atracción de la que Lisa hablaba constantemente? ¿Qué clase de aventura me deparaba el destino?

Continuamos platicando un largo rato sobre ambos. Lisa me contaba sobre algunas de sus experiencias de vida mientras yo compartía con ella otras tantas. Moría por sentir algo por ella, aquella amiga con la que tanta confianza parecía tener. Obsesionarme con su cuerpo, esos ojos tan amplios y penetrantes que, con sólo abrirlos de par en par, me iluminaban como dos grandes faroles. Quería sentir por ella todo ese amor que sólo le brindaría a Leslie, pero no podía. La sentía mi amiga, mi compañera. Podría compartir con Lisa todo aquello que las parejas de novios comparten; besos, sexo y lujuria, emociones intensas. Podría compartirlo todo y, aun así, jamás lograría amarla. Siempre hay una mujer exacta para cada hombre, una única afrodita capaz de superponerse ante cualquier otra chica. La joven perfecta elegida por nuestros dioses donde el problema siempre sería el mismo: Una vez hallada en nuestras vidas, jamás nos libraríamos de ella.

Ya nos dolían las piernas de estar sentados tanto tiempo sobre aquella piedra. Lisa se acomodó la blusa mientras yo amoldaba los bolsillos de mis pantalones para ponernos nuevamente de pie. El sol comenzaba a ocultarse y ya era hora de regresar cada uno a su respectivo pago. Nos despedimos en aquella esquina

junto al quiosco dónde me había encontrado con ella. Allí tomaría el autobús que me llevaría una vez más hasta Harainay.

—De acuerdo, Danser, la he pasado muy bien. Nos vemos muy pronto y espero que hayamos podido encontrarle buenas conclusiones a tus inquietudes. No soy una gran admiradora de Leslie pero, aun así, espero que puedan concretar algo realmente lindo —nos despedimos finalmente en la esquina de aquel negocio mientras Lisa se alejaba en dirección opuesta junto a algunas elevadas palmeras. Sus profundas teorías sobre el destino habían logrado despertar en mí más incertidumbres de que las que ya traía antes en mis bolsillos. En base a sus ciertas observaciones, ya no tendría por qué preocuparme: Si realmente éramos con Leslie esclavos de los caprichos del destino, tarde o temprano acabaríamos juntos.

Caminaba al día siguiente por las calles de Harainay cuando Lisa llamó a mi teléfono móvil. Se acercaba allí una amistad mucho más insondable que antes; algo que, a su debido tiempo, se convertiría en una hermosa confraternidad.

—¿Cómo estás, Danser? ¿Qué tal la has pasado ayer conmigo? —me saludó ella, con una voz claramente achispada.

—Bastante bien, Lisa. Fue una linda tarde.

—¿Y te ha servido de algo nuestra conversación? ¿Pudiste sacar algunas conclusiones? —indagaba ella, esperando nuevas perspectivas en cuanto a Leslie y mis sentimientos.

—Te sorprenderá lo que voy a contarte. Nuestra salida ha dado más frutos que nuestra larga conversación —le explicaba yo, de una forma algo alegórica.

—¿A qué te refieres?

—Pues, Leslie me ha preguntado hoy sobre nuestro paseo por Taimariki. Le reproché el hecho de que ella nunca quiere salir conmigo.

—¿Y qué ocurrió luego, Danser? —preguntó Lisa, figurando una respuesta tan eventual como improbable.

—Lo que yo tanto esperaba. Dijo que quiere que salgamos a algún lado un día de estos. ¿Tú qué opinas, Lisa?

—Que es la típica actitud de una chica caprichosa. Se abstiene de salir contigo y ahora que sales conmigo no quiere privarse de ello. Ten cuidado, Danser, parece tratarse de una muchacha algo problemática. Aun así, es sólo mi opinión —Lisa me dedicaba nuevamente sus sabios consejos. ¿Y qué tal si estaba en lo cierto? Si Leslie tan sólo jugaba con mis sentimientos, ¿por qué iba a cederle lugar a consumir sus testarudos antojos? ¿Y sí realmente quería estar conmigo, disfrutar de un buen rato juntos sin importar lo que Lisa creyera? Las dudas parecían no llevarme a ninguna parte. Necesitaba respuestas, palabras divinas que lograran confirmar cada una de mis inquietudes.

—¿Y qué más te ha dicho esta chica? —continuaba pesquizando mi amiga. Disfrutaba con suma emoción cada detalle de mi historia.

—Pues, al parecer, habrá este 24 de Junio una fiesta bailable en la ciudad de Velvati. Iremos allí con toda la muchachada de Harainay —le comenté.

—¡Oh, claro! Ya he escuchado la noticia, Danser. Yo asistiré a esa fiesta. Leslie irá también, ¿no es así?

—Exactamente. Y dice que tiene muchas ganas de bailar conmigo. Que “más me vale invitarla”.

—Pues, sería una gran oportunidad para besarla, ¿no crees? —sugería Lisa, citando una de esas típicas costumbres femeninas que tanto me restaban por volver a experimentar.

—Olvídalo, ¿así es como interpretas mis sentimientos? Jamás desperdiciaría nuestro primer beso en aquel ambiente tan denigrante. Ni siquiera la música es buena. No hay nada romántico en ello, Lisa. No iré a besarla en la discoteca, olvídalo. Es más, tampoco bailaré con ella, resultará algo sumamente peligroso ante mis afectos —me ofendí por sus comentarios. Leslie era única, ¿cómo podría besarla en aquel lugar tan sombrío? ¿Cómo lograría escuchar siquiera el rozar de sus labios sobre los míos con tanto tumulto a nuestro alrededor? Aquello debía ocurrir bajo una romántica atmósfera de intimidad. Me encontraba dispuesto a esperar largos años hasta que ocurriera; el tiempo jamás lo entendería.

Evité recordarle a Leslie sobre su última promesa. Supuse que si tan significativo era su interés por salir conmigo, tarde o temprano se acordaría de ello. Sólo le llevó dos días, ni más ni menos. Volvimos a conversar en el Chat tal cómo de costumbre mientras yo resolvía algunas de mis tantas incógnitas.

—Y por cierto, ¿cuándo quieres que salgamos, Danser? —se animó a preguntarme.

—Cuando tú quieras, claro. Pero sólo si realmente lo deseas, no tienes que darme el gusto por el sólo hecho de haberte reprochado que nunca quieres salir conmigo —le aclaré, demostrándole que aquello debía de ser algo mutuo y no un simple capricho de mi parte.

—¡Claro que quiero! Si no quisiera no lo haría por compromiso. Sencillamente no lo haría —me respondió. Entendí su explicación la cual era efectivamente cierta. ¿Por qué saldría conmigo si no quisiera? No la estaba obligando ni presionando. Sólo quería que fuera un deseo claramente recíproco, algo que pudiéramos compartir y recordar algún día.

—Bueno, entonces yo decidiré la fecha y tú organizarás la salida, ¿de acuerdo? —me cuestionó ella, bastante inquietada por la idea.

—Sí, claro. ¿Y qué tipo de salida tienes en mente?

—No lo sé, pero algo inusual. Podríamos, quizá, sentarnos en algún parque, tú traer la guitarra, conversar, pasar el rato. Algo por el estilo —delimitaba Leslie, mientras yo rezaba por que aquello no fuera uno más de esos tantos proyectos que jamás concretaríamos.

—Suena genial, Leslie, me gusta esa idea.

—Sí, está muy bien ¡Pero sólo una salida de amigos, eh! —enfaticó ella. Comprendí que aquello complicaría mis verdaderas intenciones. ¿Cómo lograría besarla y abrazarla de la forma más romántica que jamás había soñado? Al menos tendríamos nuestra salida personal, ¿de qué más podría quejarme?

—Claro, claro. Sólo como amigos, no te preocupes —respondí, algo afligido.

—Y quiero pedirte algo Danser. Intenta dejar esta vez que las cosas surjan solas, no las forjes tú —exigió de pronto, manifes-

tando un gran tono de sinceridad. Si dejaba que las cosas ocurrieran solas, jamás me animaría a besarla o abrazarla siquiera. Comenzaría a temblar apenas la mirara fijamente a los ojos. Si realmente íbamos a estar juntos, sin lugar a dudas, tendría que someterme a un verdadero esfuerzo.

—Claro, no te preocupes. Tú sólo escoge una fecha —concluí esperanzado y me despedí de ella. Ya era muy tarde. Abandoné el ordenador y, encendiendo la luz junto a la ventana, me senté en la gran mesa a armar otro poco de ese interesante rompecabezas; algo que parecía reflejar cada uno de mis avances con Leslie. Ya no quedaban tantas piezas por colocar.

Nuestra cita no iba a llevarse a cabo aquel 9 de Julio. Durante aquella noche, Leslie trabajaría en “Melón”, uno de los restaurantes más populares allí frente al mar. Podría una vez más sentarme a lo lejos y espiarla tal cómo en la ocasión anterior, sin embargo, aquello ya no volvería a estar jamás entre mis variados antojos. Supuse que no haría falta ese día:

—Danser, iremos al centro con James, ¿quieres venir? —exclamó Frederic al teléfono. Ya eran casi las ocho de la noche, un excelente horario para encontrarnos a beber algo por allí.

—Lo siento, Frederic, tendré que fallarles esta vez —respondí, con una notable convicción en mis planes.

—¿Qué dices? Tú nunca nos fallas. ¿Qué ocurre?

—Pues, verás, Leslie me ha pedido que vaya a visitarla a Melón en un rato, y realmente me gustaría ir. Ayer no pude verla en todo el día —admití francamente. Ya no tendría por qué soportar su ausencia, aquellos persistentes intentos por encontrarla en calles inciertas, en los límites de mis sueños. Podría verla ahora en mi propia realidad sin esa tonta necesidad de imaginarla.

—De acuerdo, Danser, pero ella está trabajando, no estarás por allí mucho tiempo. Nosotros seguiremos en el centro, llámame cuando te desocupes y te diré en dónde nos encontramos —insistía él.

—Tienes razón, Frederic. Espera mi llamado entonces, nos veremos más tarde —me despedí y corrí a vestirme con algo de ropa elegante; nada que se corriera tanto de esa moda común

juvenil, claro. Me observé a mí mismo con una perspectiva sumamente externa. Leslie podría haber invitado a cualquiera de sus tantos amigos o amigas. Podría, incluso, haberse guardado sus propias experiencias laborales sin querer siquiera compartirlas con nadie. Podría tratarse de cualquier otro chico de mi edad yendo a complacer los pedidos de una dama y, al menos esta vez, aquel afortunado era yo.

Me coloqué mi gorra preferida y salí rápido a mi encuentro. Decidí ir por la rambla, cruzar la marina, esa gran pista de baile donde solían realizarse las danzas populares, y finalmente, la calle que dividía al río Tonga. Melón era el primero de los restaurantes frente al mar junto a esa inmensa vela en la rambla. El camino lo seccionaba en dos sectores dejando sobre las amplias arenas de la playa gran parte de las sillas y mesas de cada uno de ellos. Me paré junto a la entrada del restaurante y esperé a que Leslie apareciera.

—¿Puedo ayudarte en algo, muchacho? —exclamó una de las meseras del lugar al verme allí desprevenido.

—Pues, a decir verdad, no. Estaba esperando a una de ustedes. Ya aparecerá —me libré de su atención mientras Leslie se acercaba a mis espaldas.

—Hey, ¿cómo estas, Danser? ¡Has venido! —me saludó con un beso y sosteniendo, mientras tanto, una bandeja de plástico en su mano derecha. Llevaba puestos sus pantalones de vaquero y una camiseta roja.

—Claro que he venido, ¿no te prometí que lo haría? De acuerdo, tomaré asiento en alguna de las mesas. Tú sólo atiéndeme como a cualquiera de tus clientes —ingresé hacia las mesas interiores, de aquellas que aún continuaban al aire libre, y me senté a esperar a que Leslie me trajera la carta con el menú.

—Aquí tienes, Danser, pero no pidas algo tan caro. No quiero que gastes dinero por haber venido a verme —me rogaba ella, cediéndome la carta con cada una de las bebidas que podría encargarse. La notaba realmente nerviosa, incapaz siquiera de controlar aquella situación tan sencilla.

—Pues, no hay problema. Creo que pediré un agua sin gas, ¿está bien eso?

—Sí, pues, no sé, creo que... ¡Ay! No, mejor trae para aquí el menú, será mejor te vayas, Danser, lo siento —acabó por desesperarse, aunque de un modo ciertamente efusivo. Yo me reía con algo de ternura, se veía realmente atractiva vestida con el pequeño mandil negro, su bandeja en mano y esos lentes de secretaria. Me costaba esconder mis ganas por comerla a besos, abrazarla y escapar de aquel mundo tan sólo por unos instantes.

—Jaja, está bien, no hay problema. ¿Qué te ocurre? —le pregunté, mientras ella me echaba de allí con suma ansiedad.

—Sí, lo sé. Lo siento Danser, es que me pongo muy nerviosa si tú estás aquí. De veras, te agradezco inmensamente el hecho de que hayas venido a visitarme, es realmente un lindo gesto. Hablaremos más tarde —se despidió con un beso algo similar al anterior, mientras yo abandonaba el restaurante notoriamente satisfecho. Pude verla, tocarla tras el rozar de nuestras mejillas, sentir esa voz tan suya acariciando las profundidades de mis oídos. ¿Qué más podía pedir? Aquel juego de obstáculos y sorpresas se volvía una de las aventuras más emocionantes que jamás había experimentado; la sentía realmente mía.

Me alejé algunos metros del restaurante y metí la mano en mi bolsillo para sacar mi teléfono móvil.

—¡Hey, Frederic! Ya he terminado, ¿dónde están ustedes? —exclamé, caminando mientras tanto en dirección este.

—Estamos en la pizzería. Ven sin prisa alguna, estaremos aquí un buen rato.

—De acuerdo, llegaré en cinco minutos. Nos vemos —me despedí y me alejé hacia el centro guardando nuevamente mi teléfono en el bolsillo.

Así nos sentamos con los muchachos a tomar una fresca gaseosa en la pizzería. También me encontré allí con Flammeed, Pacho y algunos de sus tantos compañeros. Conversábamos de nuestros propios problemas o experiencias, mientras aquella botella perdía poco a poco el total de su peso.

—¿Quién me acompaña unos minutos a Melón? —exclamó Flammeed, mientras yo me sorprendía imprevisiblemente por sus palabras.

—¿Para qué? ¿Qué tienes que hacer allí? —preguntó Frederic, tan intrigado como yo.

—Tengo algo que hablar con Leslie. No es nada importante. ¿Me acompañan, si o no? —insistía Flammeed.

—¡Yo te acompañaré! De todas formas, voy para ese lado —me ofrecí, con el fin de verla una vez más. Tan sólo habían pasado unos pocos minutos y ya la extrañaba. Frederic y James se despidieron mientras yo me retiraba junto a Flammeed, Pacho y el resto de sus amigos. Caminamos esas pocas calles hasta el sector de los restaurantes y nos sentamos sobre una pequeña tapia de piedra frente a la puerta de aquel lugar en el que ya había estado minutos antes. Flammeed entró hacia la barra interior donde Leslie parecía ocuparse de algunos quehaceres en el pequeño mesón. Platicaron unos minutos cuando noté que su padre había venido a buscarla.

—¿Cómo está señor Gilbera? ¿Mucho trabajo hoy en la pizzería? —volvieron a saludarlo Pacho y sus amigos. Vestido con unas cortas bermudas, zapatillas y una humilde campera azul, esperaba a que Leslie saliera finalmente del restaurante. Flammeed cruzó la puerta de salida mientras ella se acercaba para saludarnos a todos.

—¡Vaya, Danser! Estoy viéndote muchas veces últimamente —me sonrío, despidiéndose con un beso. Le cedió la mochila a su padre y se alejaron los dos a lo largo de la rambla.

—¿A qué se ha referido Leslie con eso de “estoy viéndote muchas veces”? Si me quieres contar, claro —indagaba Pacho que, evitando ahogarse en fatiga, continuaba sentado junto a mí.

—Oh, por nada. Es que nos hemos cruzado muchas veces en lo que va del día. Nada importante. Regresé finalmente a casa y recé por que al despertar todo permaneciera tal como estaba; no hubiera soportado el hecho de tener que comenzar una vez más desde el principio.

URIEL

La arquitectura de aquel santuario difería notablemente de las salas anteriores. Se trataba de una cálida antecámara rodeada de inmensos precipicios y estatuas de piedra, iluminadas por decenas de antorchas. La plataforma central se convertía en un sólido puente rectilíneo que llevaba hasta a una pequeña puerta de madera; nuestra próxima salida. El camino parecía estable, sin trampas ni peligrosos obstáculos por afrontar. La tomé a Leslie de la mano y comenzamos a avanzar hacia la siguiente salida.

—Intenta no mirar hacia los precipicios, te provocarán una gran sensación de vértigo —le advertí. Caminábamos muy lentamente.

—¡Qué miedo! Imagínate caer allí dentro, Danser —exclamó Leslie, pasmada por la lobreguez de aquel santuario.

—¡Jaja! Gracias, pero preferiría imaginar otras cosas. Parece estar todo bajo control, apuremos un poco el paso.

—No te apresures, la puerta está cerrada —repuso ella, claramente acostumbrada a las características del laberinto.

—¡Sabía que llegarían aquí tarde o temprano! —exclamó un misterioso ser, dejándose caer libremente desde lo más alto del salón. Allí estaba parado frente a nosotros que, perplejos ante su repentina aparición, lo observábamos con plena curiosidad. El hombre aparentaba unos cuarenta años de edad tras sus tan espesas y llamativas barbas. Su cabello castaño oscuro, largo hasta sus hombros, dejaba lucir a la perfección el matiz de su piel morena y el negro de sus ojos. Sus ropajes variaban entre diversos colores: Verde oliva, marrón oscuro y un suave toque color ladri-

llo. Lo observamos detenidamente: Al parecer, no portaba consigo ningún tipo de armamento.

—Evitemos pláticas innecesarias. Mi nombre es Uriel y acaban de entrar en mi santuario. Soy el mayor de mis cuatro hermanos y el último de los arcángeles que custodia las salidas del laberinto —se presentaba aquel hombre.

—¿Arcángeles? ¿Te refieres a que esto es obra de Dios? ¿Esta tortura interminable que por poco logra matarnos a ambos? —me exalté ante su peculiar comentario.

—Veo que adoras quejarte, muchachito. ¿Por qué mejor no aprendes de tu amiga que tan callada permanece? —repuso Uriel, observando a Leslie fijamente.

—Tienes razón, no sé porque gasto mi tiempo en protestar. Vamos Les, crucemos el puente —exclamé, abrumado de tantos intervalos. La tomé nuevamente de la mano y comenzamos a avanzar hacia él sin siquiera mirarlo a los ojos.

—No tan rápido muchachos. Deberán deshacerse de mí si pretenden llegar a esta puerta detrás mío —aseguró Uriel, señalando la salida a sus espaldas.

—¿Pero qué ocurre con ustedes los arcángeles? ¿Por qué esa extenuante necesidad a obstruirnos el paso? Mejor haz una pequeña excepción con nosotros y déjanos pasar sin someternos a ninguna prueba ¿de acuerdo? —le exigí encarecidamente; ya estaba realmente agotado de tantas luchas.

—No entiendo de que te quejas, Danser. Déjame aclararte que el sabor de las victorias incrementa notablemente de acuerdo a la cantidad de obstáculos que superas por conseguirla —galanteaba Uriel con algunas frases sumamente metafóricas. Leslie continuaba parada junto a mí esperando a que lográramos llegar a un debido acuerdo.

—Ya estoy harto de las filosofías. Sólo queremos salir de aquí, ¿vas a ayudarnos o no? —pregunté una vez más. El hombre se colocó en posición de combate y, aspirando a golpearme, se arrojó agresivamente hacia mí.

—¡Cuidado Danser! —grito Leslie, mientras Uriel me sujetaba con ambos brazos, enunciando una especie de conjuro espiritual.

—¡Danser, quítatelo de encima! —exclamó ella una vez más, pretendiendo protegerme de nuestro enemigo. Una intensa y vehemente luz blanca se apoderó de nuestros cuerpos, arrojándonos a ambos hacia el centro del santuario. Leslie se dejó caer al suelo y, entrecerrando sus ojos frente a aquel potente destello, se detuvo a investigar lo que pasaba.

—¿Danser?! —imprecó confundida. Comencé a colocarme de pie intentando comprender finalmente lo que acaba de ocurrir. Allí, a unos pocos metros frente a mí, una copia perfecta de mi persona repetía con exactitud cada uno de mis movimientos. Nos observábamos mutuamente mientras Leslie se desesperaba por entender lo que veía.

—Está bien, Les. Es sólo un efecto espejo —exclamamos los dos al mismo tiempo.

—¡Ay dios! ¿Quién de ustedes dos es Danser? —indagó asustada. Se sentía tan perdida como al principio.

—Aquí está mi prueba, muchachos —la voz de Uriel resonaba por todo el santuario dejándonos prácticamente sordos tanto a mí como a Leslie. Mi otro yo imitaba, a su vez, cada uno de mis gestos faciales.

—Cómo puedes ver, Leslie, ahora son dos “Danser” los que tienes frente a ti. Imitaré cada uno de los rasgos y movimientos de tu amigo. Verás finalmente lo que ocurre —explicaba la voz de Uriel desde las vastas alturas del salón. Leslie nos observaba sumamente atormentada. ¿Cómo iba a hacer para distinguirnos? ¿Cómo sabría quién de los dos era yo?

—No lo escuches, Leslie. Yo soy Danser. El mismo que te ha besado frente a la cascada —murmuramos los dos sincronizadamente. Aquello jamás daría resultado. Estallé en furia y me arrojé violentamente hacia Uriel quien, dibujando una molesta coreografía, repetía exactamente mis mismos movimientos. Le arrojé un rauda golpe a su rostro mientras yo recibía en el mío uno exactamente idéntico.

—¡Ya basta! ¡Dejen de pelear, idiotas! —gritaba ella despavorida, evitando observarnos en aquel impetuoso combate. Salté nuevamente hacia él y, recurriendo a la fuerza de mis piernas, le arrojé hacia el pecho una imprevista patada tras la cual volvimos

a desplomarnos. Su rostro ignoraba el dolor tal como yo lo hacía, dejando caer, simultáneamente, unas pocas lágrimas sobre sus mejillas. Corrí nuevamente hacia él y, sujetándonos con ambos brazos, nos arrojamos bruscamente contra una de las estatuas del santuario. El torso de aquel querubín se partió en mi cabeza dejándonos a ambos otra vez tendidos en el suelo. Me volví a colocar de pie y, secándonos las gotas de sangre, comenzamos a pelear de nuevo. Leslie continuaba gritando asustada.

—¡Ya basta, por favor! Danser, detente de una vez. Te lo suplico, no puedes ganarle —intentaba convencerme ella. No pensaba abstenerme hasta no acabar finalmente con él; tenía que haber alguna forma. Aquella batalla se convertía en el más difícil de los obstáculos que había enfrentado hasta ahora con mi compañera.

—Lo siento, Les. No hay otra manera de abrir la puerta y este subnormal no me deja más opción —gritamos los dos, saltando uno encima del otro. Le arrojé un fuerte azote al estómago y, padeciendo un terrible dolor abdominal, lo tomé del cogote tal como él lo hacía conmigo.

—¿Qué no lo entiendes, Danser? Uriel repite cada uno de tus movimientos, no puedes golpearlo sin dejar de recibir en tu cuerpo el mismo ataque que tú le das —añadió Leslie, intentando persuadirme de concluir aquella pelea. Me detuve unos segundos y, observándola allí parada frente a nosotros con su rostro bañado en impotencia, comencé a correr nuevamente hacia Uriel con el fin de empujarlo hacia los pozos.

—¿Intentas tirarme allí abajo, Danser? —exclamó nuevamente aquella voz, balbuceando desde los infinitos decorados del santuario. Una inmensa explosión comenzó a revestir de calurosas llamas cada uno de los precipicios a nuestro alrededor. El fuego yacía en las lóbregas profundidades colmando de humo cada rincón de la sala. Me aventé nuevamente hacia Uriel mientras Leslie tosía a causa de las cenizas.

—¡Imbécil! —gritamos los dos al mismo tiempo, dándonos un brusco trastazo en el mentón. Nos desplomamos nuevamente sobre ese suelo cubierto de escorias mientras yo me limpiaba, al igual que Uriel, la sangre que escapaba de mi nariz.

—¡Danser, maldita sea, escúchame! No sé cual de los dos eres tú, pero deja de insistir. Terminarás matándote. Quédate quieto de una vez, Uriel ya se cansará de imitarte y se marchará — insistía ella, intentando encontrar una solución que no implicara morir a golpes.

—No va a cansarse, Les. Esto es lo que busca, sabe que no hay otra solución —exclamamos mi enemigo y yo, observándola con cierto desgano.

Me resigné a continuar peleando. Ya pronto iba a acabar con cada uno de mis huesos y la lucha parecía no dar ningún resultado. Sólo había una forma de sacar a Leslie de allí y era acabando finalmente con Uriel. La observamos fijamente a los ojos, dejando caer dos tristes y arrepentidas lágrimas de impotencia, y me sequé una vez más las mejillas.

—Lo siento, Les. Hice lo que pude —musitamos los dos bajo un silencioso coro a dueto, comenzando a caminar hacia el fuego del precipicio.

—¡¡¡Espera!!! No lo hagas, Danser. Tengo una idea —exclamó Leslie, mientras yo me detenía justo al borde del abismo. Volteé rápidamente para observarla; Uriel hacía exactamente lo mismo, imitando mi necia mirada de contrición.

—Lo siento, Danser. Sólo hay una forma de acabar con esto —farfulló ella, acercándose eventualmente a mi molesto imitador. Lo observó fijamente a los ojos y tomándolo de la cintura, evitando distraerse por aquel abismo, lo beso intensamente durante unos segundos. Se alejó finalmente de su boca y volvió a concentrarse en su mirada.

—Lo sabía. Jamás lograrías imitar sus sentimientos, Uriel —le susurró al oído, empujándolo bruscamente hacia el fuego. El arcángel la observaba con una irónica sonrisa mientras, desplegando de su espalda unas delgadas alas de plumaje azul, desaparecía en las llamas de aquel pozo. Leslie se dejó caer de rodillas frente al abismo y se cubrió el rostro con las manos. Comenzó a llorar en silencio mientras mi cuerpo recuperaba una vez más su exclusividad.

—Hey, Les —la abracé lentamente.

—¡Déjame tranquila, Danser! —carraspeó ella, con un suave y agudo tono de voz por detrás de sus manos. Continuaba cubriéndose las lágrimas sin poder siquiera observarme a los ojos.

—Les, sólo era una trampa del laberinto. Tal vez ese hombre ni siquiera era un ser humano —exclamé, intentando comprenderla. Creía entender lo que pasaba por su mente.

—¿Qué no lo entiendes, Danser? Acabo de matar a alguien —volvió a desplomarse en lágrimas.

—¡Hey! No digas eso. No has matado a nadie. Ni siquiera sabemos si está muerto. Es sólo un arcángel, ¿lo recuerdas? —insistía en reanimarla. Las sombras de un puente descendieron frente a nuestros ojos permitiéndonos alcanzar finalmente la puerta de salida y, al parecer, mi chica acababa de lograrlo sola.

—¡Les, la puerta! Vamos, salgamos de aquí. Luego hablaremos respecto a Uriel. —nos pusimos nuevamente de pie y abandonamos aquel santuario a toda prisa, dejando un incandescente resplandor de hornallas a nuestras espaldas.

Llegamos así a una curiosa sala rectangular. La próxima puerta se encontraba a sólo unos veinte metros frente a nosotros, sin embargo, el cuarto parecía estar seccionado en dos partes por un extraño arenero.

—De acuerdo, descansaremos por un par de horas, ¿qué dices? —le sugerí, observando esa melancolía en su rostro. No supe responderme. Nos sentamos contra el muro izquierdo del salón mientras yo la abrazaba para que estuviera más cómoda.

—¿Quieres hablar de ello? —musité, acercando mis ojos a los suyos.

—No, prefiero que hablemos de alguna otra cosa. Ya sé, hablemos del pasado —dejó salir finalmente sus palabras.

—Vaya, pues, ¿y de qué quieres hablar exactamente? —pregunté intrigado. Me encantaba revivir con ella mis antiguos recuerdos; evitar que se perdieran con el tiempo en los rincones de mi memoria.

—Hubo una época en la que fuimos muy buenos amigos, ¿no es así? —evocaba Leslie, sujetando mi brazo derecho con fuerzas y besando nuevamente la herida que había dejado allí una de las lanzas.

—Verás, tengo un poder que me ayuda a recordar las cosas de un modo mucho más práctico. De manera que, sí, lo recuerdo todo —respondí, develando una de mis más secretas habilidades.

—Suena interesante ¿Cómo funciona eso? —indagó ella, ciertamente cautivada por mis palabras.

—Pues, es difícil de explicar. Cuando cierro mis ojos, puedo viajar por el tiempo y protagonizar cada momento de mi vida, sintiendo una vez más cada detalle. Percibir cada olor, cada sonido escondido en algún punto del ayer. Puedo disfrutar cien veces de cada viaje, cada experiencia de vida y sentirlo todo tal como si fuera real.

—Suena confuso —repuso ella, intentando encontrar en mis palabras una explicación mucho más específica.

—De acuerdo, digamos que puedo viajar a cualquier punto de mi pasado y, disponiendo de mis cuatro sentidos, vivir otra vez cada momento. Puedo cambiar algunas cosas y disfrutar de otras, pero al abrir nuevamente mis ojos, todo vuelve a ser como antes —le expliqué, esperando a que no se asustara de mis facultades. Supuse que estando con ella ya no iba a necesitarlas.

—Significa que no puedes cambiar el pasado; solamente en tu mente, ¿no es así?

—¡Exacto! —exclamé, abrazándola con más fuerza. Leslie estiró sutilmente sus piernas y volvió a acurrucarse sobre mi pecho.

—¿Y te acuerdas de nuestra salida juntos?

—¡Jaja! Ya te lo dije, lo recuerdo todo. Aunque, no sé si me hubiera conformado con esa única cita. Todavía me faltaba aquel beso.

—Eres un tonto, no sé por qué no me lo has dado. Era el momento perfecto —recriminó ella, recordándolo todo con lujo de detalles.

—¿Qué pretendías que hiciera? Me pediste que fuera una salida de amigos, ¿cómo iba a besarte? Lo hubiera echado todo a perder.

—¡Ay, Danser! No tenías por qué hacer caso a todo lo que te decía. No hubieras echado a perder nada, era sólo un beso. Y uno

muy importante, por cierto —se defendió ella, cuestionando sus antiguas demandas.

—Está bien, Les. Ya no importa a estas alturas, ¿no crees? —concluí, apoyando mi cabeza contra el muro y cerrando mis ojos. Me respondió con una romántica sonrisa mientras yo viajaba nuevamente al pasado con mi tan provechoso poder.

LA ÚNICA CITA

Tal vez sea esta la única ocasión en la que creí en la verdadera magia, aquel instante en el que pude sentir los pétalos de la fascinación en mis propias manos. Un día que tomaré como ejemplo durante el resto de mi vida para demostrarle a la humanidad que a veces el mundo voltea cabeza abajo para consumir algún sueño, e incluso, cuando nada parece tener sentido, nos dejamos llevar por esa magia tan inexplicable. El alma, la mente, nuestros sentidos, nos dicen que aquello que deseamos existe. Lo percibimos, lo sentimos cerca, aproximándose, y aun así, fuera de nuestro alcance. ¿Se dan por vencidos los sueños, las esperanzas? Esa reciente amistad se volvía cada vez más interesante y, al mismo tiempo, sentía como si ambos estuviéramos conociéndonos finalmente, sin mentiras ni pretensiones, siendo cada uno tal como era. Por dentro, sin embargo, sabía muy bien que quien debía de soltarse y adaptarse era yo. Aquel 11 de Junio alcanzaba yo una de las más inaccesibles aventuras que jamás hubiera experimentado. Una vivencia realmente simple a los ojos de cualquiera pero sumamente especial para mí. Descubrí que la vida trae a veces muchas sorpresas, momentos cuya concertación resulta a veces casi imposible de comprender.

Comenzaba entonces a descubrir en Leslie una segunda perspectiva; esa parte en la que dejaba de ser un vulgar observador para convertirme en aquel protagonista que tanto deseaba ser. Nuestras charlas se volvían un libro abierto en el que poco a poco comenzábamos a conocernos, a descubrirnos. Germinaba entonces un nuevo capítulo en mi vida; un capítulo en el que la distancia entre mis sueños y la realidad empezaría a disminuir lentamen-

te. Lograría finalmente conectar mis fantasías con aquel mundo que, hasta entonces, permanecía impasible a cualquier milagro.

Me senté en mi ordenador y, tan desganado como de costumbre, abrí el Chat para entablar con Leslie alguna de las típicas conversaciones de esos días; una plática como otras tantas. No iba a encontrar muchas alternativas recreativas a las ocho de la noche de aquel sábado, y aun así, conversar con ella era una de esas maravillas sin días ni horarios; un hecho claramente incondicional.

—Estoy justo a la vuelta de tu casa —exclamó Leslie, saludándome amistosamente.

—Vaya, asumo que estás en lo de tu amiga.

—Exacto, y estamos muy aburridas. ¿Tú que haces? —se interesaba ella, tratando de conversar un buen rato.

—La verdad, nada en particular; también muy aburrido. Ya encontraré algo para hacer, creo —respondí. Sus palabras no tardaban en llegar. Conversábamos a través de esa pantalla insensible cuando sólo nos encontrábamos a unos pocos metros de distancia. La sentía cerca y a la vez tan lejos; fuera de mi alcance, de mis expectativas; un sueño que se volvería realidad algún día.

—¡Ya sé! ¿Y si me saco algunas fotografías y te las envío por aquí? Algo así como un catálogo fotográfico, mi amiga tiene una muy buena cámara —ofrendaba ella, muy entusiasmada por la idea. Se volvía todo un hecho claramente inusual; algo que lograba convertirme en aquel privilegiado que tanto deseaba ser, dichoso de su imagen, de sus actos. ¿Me dedicaría aquellas fotos, su belleza bajo esas atractivas poses de moda?

Esperé unos cuantos minutos hasta recibir unos diez envíos remotos a mi ordenador.

—¡Espero que te gusten! —exclamó ella, mientras yo comenzaba a verlas una por una. Mis ojos se perdieron en aquella belleza: La plena perfección sobre el cuarto de su amiga que, tras el protagonismo de Leslie, se perdía en los confines de la fotografía. Me extraviaba tenuemente en la suavidad de su piel, de su pelo; ese color oscuro en su cuerpo que la playa le había obsequiado junto al brillo del sol. Vislumbraba cada una de las fotos enamorándome de su persona una y otra vez, creando así, un círculo

perfecto entre el corazón y la mente. Una conexión inquebrantable con mis sueños que quedaría allí por siempre, aun cuando su ausencia fuera un hecho irreversible.

—Pues, me has dejado sin palabras. Estas fotografías están realmente increíbles —le agradecí, guardándolas en algún lugar recóndito de mi ordenador. Me respondió con una de esas divertidas sonrisas virtuales que se transformaban en su propio rostro una vez que alcanzaban mi imaginación.

—¿Y qué tienes pensado hacer hoy? —agregó ella, recurriendo a esa anhelada pregunta; una de esas preguntas que suelen formar parte de simples conversaciones, algo poco importante.

—No lo sé, no he organizado nada aún. Lo más probable es que me quede aquí en casa —afirmé yo, dándole lugar a que me concediera alguna solución.

—¿Tienes ganas de que salgamos hoy? —me preguntó, agregando una infaltable cara sonriente al final de su propuesta. Yo no podía creerlo, aquel era el día, el tan esperado. «¿Y qué haremos, a donde iremos?», me preguntaba a mí mismo una y otra vez.

—Claro, justamente eso iba a preguntarte. ¿Y qué tienes ganas de hacer? —la interrogué yo.

—Bueno, estuve pensando, hay una playa aquí al frente. Por allí no pasa nadie y podremos estar solos —me respondió, mientras yo percibía cierto acoso de su parte al tomar en cuenta aquel detalle en su “salida de amigos”. De todas formas, sus peticiones serían siempre respetadas.

—Jaja, bueno, donde tú gustes. Aquel lugar está muy bien para mí. ¿Y a qué hora quieres que nos encontremos?

—¿A las nueve en punto te parece bien? No olvides traer la guitarra y una lona para no llenarnos en la arena —me exigía ella sin obviar ningún detalle. Tan sólo faltaban treinta minutos para las nueve y yo aún no me había duchado. Se trataba de Leslie, de manera que hubiera accedido a todas sus peticiones con tal de que estuviera a gusto conmigo. La noche debía ser prácticamente perfecta, carente de errores o de cualquier rasgo indebido.

—Sí, sí, claro, a las nueve será perfecto. Te veré entonces en la esquina de aquí abajo —concluí eufórico, y me desconecté del Chat.

Me levanté finalmente de esa silla, en la que poco más y quedaría dibujada mi figura de tanto estar allí sentado, y me arrojé en la ducha para darme un buen baño. Cada gota que caía despertaba en mí una sensación de realidad que me obligaba a calcular cada detalle. ¿Qué le cantaré? ¿Qué le diré? ¿Qué me dirá ella? Cada incógnita aceleraba las agujas de mi reloj, despertándome a cada instante para apresurarme una vez más. Me lavé la cabeza, me enjaboné y me enjuagué rápidamente dejando mi cuerpo limpio y reluciente. Salí de la ducha, mojándolo todo a mi alrededor, y desempañé el espejo del baño para lavarme los dientes.

Así corrí a mi cuarto a preparar la guitarra y practicar, en esos últimos minutos, algunas canciones que a ella pudieran gustarle: “Corner to corner”, uno de esos temas tan inciertos como su respectivo artista, era aquel leitmotiv que no podría ausentarse y, tanto en mi voz como en mi propia interpretación musical, serían quizá una conquista perfecta. Preparé alguna que otra canción y memoricé las escalas que mejor se adaptarían a mis cuerdas vocales; advertí que estaría muy nervioso al dedicárselas.

—¡No puedo creerlo, ya es casi la hora! —exclamé en voz alta. Aún estaba en paños menores y no me quedaba mucho tiempo restante. Corrí hacia mi cuarto y saqué del ropero uno de esos pantalones de vaquero ajustados que prometí soportar sólo al tratarse de una ocasión tan importante como aquella. Cogí también una camiseta negra decorada por dos ojos brillantes dibujados en el pecho, de esos que observan a cualquiera que se detiene ante a ellos. Me coloqué las zapatillas y me eché un poco de perfume en el cuello: Algo que jamás creí necesario pero esta vez lo era. Sólo quedaba un último detalle tan imprescindible como mi presencia: Mi gorra. Colocándomela ciertamente a medida y con su visera hacia adelante, abandoné finalmente mi habitación. Ya en instantes nada más serían las diez de la noche y me era de gran importancia llegar antes que ella. Deseaba que me encontrara allí en la esquina esperándola ansioso; tal como si yo y mi

guitarra fuéramos ese valiente jinete junto a su caballo, dispuestos a enfrentar arremetidamente cada aventura. Abrí la puerta de salida y, asegurándome de cerrar con llave, me volteé para bajar las escaleras de ese primer piso. Abandoné la entrada del bloque observando, para mi sorpresa, como Leslie ya se encontraba en la esquina esperándome. La miré detenidamente mientras me iba acercando poco a poco hacia ella. Su pollera verde era una larga y translúcida tela que se ondeaba con el viento que arribaba desde el mar. Sus piernas escapaban por debajo, vistiendo unas divertidas chanclas de playa que se perdían en la perfección de sus pies. Su playera negra dejaba lucir su cuerpo de la forma más seductora que mi mente jamás hubiera imaginado, mientras de su cuello pendía un hermoso colgante en forma de corazón.

Crucé esa angosta calle que nos separaba y, acercándome lentamente, la saludé con un desinteresado roce de mejillas.

—Estás demasiado arreglado para la ocasión. Vamos a estar en la playa —me corrigió ella sonriendo, al observar esas zapatillas que se corrían del atractivo playero y de las comodidades lógicas quizá. No supe responderle. Comenzamos a caminar hacia el mar, esquivándonos con la mirada, mientras yo disimulaba mis nervios de las formas más creativas que encontraba. Parecía conocer la zona mucho mejor que yo, sólo era cuestión de seguirla. Doblamos en la esquina y caminamos junto a la arboleda de la calle, alcanzando pronto un desolado camino que desembocaba en una playa desierta; estaba oscuro. Allí, a unos cuantos metros, un farol solitario creaba un gran círculo de luz sobre la arena, mientras el sonido de las olas del mar nos guiaba lentamente hacia allí. Las ruinas de un viejo desagüe sobresalían del suelo muy cerca del lugar donde nos sentaríamos. El lugar era obsoleto y a la vez mágico. No importaba lo que allí ocurriera; disfrutaría el estar con ella compartiendo un momento, una ilusión, algo que pronto se convertiría en un recuerdo ciertamente eterno. Y llegamos por fin a aquella luz casi desvanecida; ese círculo que nos gritaba desde lo lejos para darnos la bienvenida.

—¡Aquí me parece bien! —exclamó ella observando el lugar. Me gustaba su solidez, su libertad al decidir y determinar lo que quería, aunque me hubiera gustado, quizá, sentir su papel se-

cundario en aquel momento. Sentir que era yo quien controlaba las cosas, el lugar... esa magia. Necesitaba verla tan insegura como yo lo estaba, indecisa, nerviosa; sentirla dispuesta a mí tal como yo me estaba entregando a ella finalmente. Nos sentamos frente al mar mientras mis ojos la observaban de pies a cabeza más enamorados que nunca.

—Mi amiga tuvo que prestarme estas chanclas —comentaba ella, mientras yo me acomodaba sobre la arena contemplándola junto a mí. La notaba distinta, diferente a otras épocas; momentos que hasta ese entonces sólo existían en mi mente. Comenzaba a conocer finalmente su verdadero ser, aquella personalidad que sólo al imaginar lograba regocijarme.

—Olvidaste traer la lona, ¿no es así? —exclamó sorprendida, notando que sólo había traído mi guitarra.

—¡Uy, que idiota! Tienes razón. Salí tan apurado que acabé dejándola en casa —le aclaré, descubriendo repentinamente mi falta.

—¡Te voy a golpear! —amenazó chistosamente y alzando al aire una de sus chanclas. Me dejé llevar por su aparente personalidad, sintiendo como mi imaginación se convertía en una pieza única. Aun así, su energía era la misma. La mujer que tanto deseaba tener junto a mí, compartía ahora el mismo escenario que yo.

—Deja en paz la chancla de tu amiga o se la terminarás arruinando —decidí tranquilizarla para que se comportara un poco más adulta.

—Sí, tienes razón, y creo que algo me ha picado en la pierna, mira... —mencionó, alzando levemente su pollera y adentrándose a aquel sector al que, supuestamente, aún no era bienvenido. Me reí notablemente, ignorando el hecho de que mi amiga intentaba provocarme sexualmente. Le gustaba jugar con mis pensamientos, con mis intenciones. Sabía que no me aprovecharía de ella ni de aquella situación tan fortuita. ¿Le daría eso lugar a jugar con mis hormonas?

Mis pantalones ajustados comenzaban a causarme una molesta inmovilidad; ya casi no podía flexionar mis piernas y, allí en la

playa con mi más deseada compañía, el confort era una necesidad sumamente infalible.

—Bueno, ya puedes quitar la guitarra de su estuche.

—Sí, creo que es una buena idea —respondí yo, preparado de una vez por todas para envolver a Leslie en mi sutil y romántica serenata. Arrojé el estuche a un costado y comencé a revisar cuerda por cuerda con el fin de evitar enfrentarme a alguna inesperada desafinación. Me costaba observarla a los ojos. Acostumbraba a cantar libremente frente a cientos de personas, empujado a un inmenso escenario donde nada podría fallar, ¿por qué, entonces, dedicarle una simple canción a mi amada se volvía una tarea tan complicada?

Comencé a deslizar mis dedos sobre las cuerdas de la guitarra dejando salir suaves y morosas melodías.

—No saldrá como su versión original pero haré el intento —aclaré innecesariamente, pretendiendo aquietar un poco mis nervios. Ella no me respondió: Se encontraba sumergida en las profundidades de aquel momento; alguien estaba a punto de dedicarle una canción. No cualquier canción, claro, sino una masa de sentimientos; melodías que cargaban sobre sus notas y acordes millones de pensamientos, sueños que sólo con ella desearía concretar. Avivé el sonido de mi voz y, tras un agudo chirrido en las cuerdas más gruesas de mi guitarra, comencé a cantar su canción preferida. Concluí el primer estribillo y le di fin a esa corta romanza.

—¡Hey, cantas muy bien! —exclamó ella, ignorando mis nervios que, al parecer, se habían apoderado al menos de un cincuenta por ciento de mis facultades de canto. Le sonreí como respuesta y dejé mi instrumento a un lado para continuar nuestra velada. El estuche de mi guitarra se convertía en una cómoda almohada sobre la cual Leslie y yo nos recostamos. Observábamos los confines de aquel cielo estrellado mientras la arena comenzaba a penetrar sigilosamente en mis zapatillas.

—¿Por qué estás tan lejos? —preguntó irónicamente, observando aquellos insignificantes veinte centímetros que nos separaban. Me reí nuevamente y deslicé mi cuerpo sobre la arena para que nuestros hombros estuvieran más cerca uno del otro.

¿Cómo lograría entenderlo? Se desvive desde un principio por evitar que me acerque a ella; evitar mi presencia, mis sentimientos. Convenciéndome de que me alejara incondicionalmente de su vida, que dejara de perseguirla y ahora, al parecer, se proponía a conseguir exactamente lo contrario. Quizá había logrado encontrar en mí lo que no supo que existía en los rincones de mi interior. Una persona que la respetara, que la amara sin importar cuales fueran sus más ocurrentes características. Lo pensé una y otra vez pero allí estábamos los dos bajo la luz del cielo; ya no importaba más nada.

Comenzó a rascarse las piernas como si las arenas de esas playas la estuvieran devorando parte por parte.

—No puedo creer que hayas olvidado traer la lona —se quejaba, creando énfasis en mi cruda culpabilidad al ser responsable de sus picaduras.

—¿Tú con cuantas almohadas duermes? —me preguntó de pronto, ignorando la falta de sentido en sus palabras.

—Jaja, pues, duermo con dos. Una es para apoyar mi brazo y con la otra cubro mi cabeza —respondí abiertamente.

—Yo también, y una de ellas la abrazo como si fuera un inmenso oso de peluche —me explicaba Leslie mientras, recurriendo a su brazo izquierdo y posicionando su pierna sobre las mías, me convertía a mí en su mascota de descanso. Asombrado por esa magia, continué observando las estrellas mientras el contacto físico causaba un inmenso cortocircuito por todo mi cuerpo. Comencé a temblar suavemente como si mis músculos fueran víctimas de insistentes descargas eléctricas que se apoderaban de mí poco a poco. Intenté controlarlo, vencer aquella corriente y estabilizar nuevamente mi cuerpo. Se volvía una misión casi imposible de lograr mientras ella continuaba abrazándome fuertemente y apoyando su cabeza junto a la mía, tendida sobre mi hombro izquierdo.

—Acaríciame —me susurró al oído, con un leve tono de sueño, mientras yo comenzaba a rozar su hombro con el brazo sobre el que ella reposaba. A lo lejos, unos coloridos fuegos artificiales le daban a nuestra romántica velada ese pequeño toque de fanta-

sía que tanto escaseaba para que la noche se volviera completamente perfecta.

—Juro por dios que yo no le he pagado a nadie para que lanzara esos fuegos artificiales —bromeé, para no perder ese sentido del humor del que se alimentaban sus risas. Comenzamos a conversar de ambos, de la historia que traíamos de nuestros respectivos pasados. Me sentía poco a poco parte de ella, parte de su vida.

—A ver, muéstrame la panza —exclamó, levantándose un instante la camiseta. Debía admitirlo, mi chica tenía características muy curiosas. Una personalidad claramente infantil; me fascinaba. Hablamos sobre su familia, sus padres, su hermano. Platicamos acerca de cada una de sus inquietudes, sus historias de la infancia. Conversábamos sobre sus cambios y aprendizajes de vida; cambios que, aunque su cuerpo expresara lo contrario, no parecían saltar realmente a la vista. Se describía a sí misma como una joven madura, crecida mentalmente, cuya personalidad infantil ya era parte de su pasado. Yo en cambio, notaba exactamente lo contrario: Una chica sumamente sensible y aniñada que comprendería, tal vez algún día, que los momentos únicos en la vida no ocurren dos veces.

—Ya quítate la gorra —se reía cariñosamente.

—¡No, deja ya! —me quejé, compartiendo su sentido del humor mientras ella se apoderaba inevitablemente de mi sombrero. Todo resultaba perfecto. Disfrutaba de su compañía, su calor sobre mi pecho, su cuerpo entre mis brazos. Agradecía al universo una y otra vez por transformar el curso del tiempo sólo por complacerme, por regalarme aquel recuerdo tan real. Observaba las estrellas intentando comprender esa magia, esa realidad de fantasía que, tras los solemnes suspiros de Leslie frente a mi boca, se convertía en una incógnita más de mi vida: Una de esas preguntas a las que algún día lograría encontrarles respuesta.

—No te pongas traviesa —repuse. Leslie se desarmaba en carcajadas; le causaba tanta gracia aquella palabra. Dejé nuevamente que el silencio se adueñara de nuestro instante concentrando tan sólo mi sentido del tacto. Se sentía todo tan real.

—Háblame —me rogaba ella, mientras yo me limitaba simplemente a mimarla y a observar el cielo.

—Es que no se me ocurre nada —contesté, evitando dejar escapar aquel “No hace falta decir nada, todo es perfecto”. Comencé finalmente a pensar que tanto amor podría alejarla de mí una vez más; decidí no expresarme con tanta franqueza.

—¿Sabes una cosa? Todo pasa por algo, estoy segura. Es mi forma de ver las cosas —comentaba ella.

—¿A qué te refieres con eso? —pregunté, suponiendo esperanzadamente a que se refería al hecho de haberme conocido.

—A que todo ocurre por una razón. Las cosas transcurren con algún fin, como si todo fuera obra del destino —me explicó más detalladamente. ¿Podríamos acaso prever el destino, sentir la importancia de una persona por su significativa existencia en nuestro futuro, en nuestras vidas? ¿Sería por eso que la sentía tan mía, tan especial como a ninguna otra chica que hubiera cruzado por mi senda? Si todo era obra del destino, tal como ella suponía, pues no había razón para preocuparme por ello; tarde o temprano, las cosas surgirían tal como mi corazón lo presentía.

—No sé si le contaré a mi madre de esto —exclamó ella, jugando con mi hombro derecho y el cuello de mi camiseta.

—¿Esto qué?

—Esto, nuestra salida —explicaba ella—. Es que yo a mi madre le cuento absolutamente todo.

—Jaja, por mí esta bien, Leslie. Pierde cuidado que, por mi parte, no le contaré a nadie —le prometí. ¿Por qué tendría yo la necesidad de mencionárselo a alguien? Ese encuentro era sólo nuestro y de nadie más; nuestro pequeño secreto, aquella historia en la que sólo nuestros recuerdos serían protagonistas. ¿Contárselo a alguien? ¿Con qué fin?

Los minutos se derretían como trozos de chocolate mientras nuestros cuerpos se enredaban como lianas bajo aquella noche tan estrellada. Me detuve a escuchar su respiración, los latidos de su corazón. Acariciaba suavemente su hombro mientras ella se refugiaba sobre el calor de mi cuerpo; parecía por momentos quedarse dormida. Continué acariciándola, sintiéndola bajo el tacto de mis dedos. Cada roce se volvía un hechizo inigualable

de magia que viajaba hasta mi mente para cargarme con más chispas de esa extraña energía. Comencé a temblar de nuevo, levemente, y evitando que ella lo notara.

—Creo que te asignaré algún apodo. A partir de ahora te llamaré “Chuchu” —exclamó ella, ignorando la extravagancia de su frase. ¿Qué clase de apodo era aquel? ¿Sería acaso esa mema exclusividad que yo tanto buscaba?

—Pues, pienso que es un nombre algo cariñoso para mí. No creo estar preparado para afrontarlo —respondí en tono de broma, mientras Leslie dejaba escapar de su boca una suave carcajada.

—Es que a mis amigas les digo “Chuchi”, no puedo llamarte a ti como a mis amigas, ¿no crees?

—Jaja, sí, tienes razón. Puedes llamarme como tú quieras, por mí está bien —accedí. Continuamos allí abrazados mientras yo registraba en mi mente cada una de sus palabras. Comprendí que los buenos momentos son siempre un recuerdo imborrable; una imagen que permanece sellada en nuestra memoria por toda la eternidad.

—¡Hey! ¿Por qué tiembles tanto? —preguntó con una voz seca y apagada.

—Jaja, puede ser que tiemble. Es que aquí de veras hace frío, eh —mentí. No quería que descubriera el motivo; que su cuerpo sobre el mío trabajaba como una inmensa carga de energía tan insólita como poderosa. Que tan sólo con tocarla, mis sentidos se volvían magníficos, únicos. Que su presencia creaba en mí aquel ser superior cuyos límites se alejaban cada vez más de la realidad.

De pronto, mi móvil interrumpió aquella romántica velada que ya alcanzaba inevitablemente sus términos.

—Hola, Frederic —respondí, observando su nombre en la pequeña pantalla del teléfono.

—Hey, Danser, ¿cómo estas?

—Bien, muy bien, pero un poco ocupado —le explicaba yo, esperando a que nos dejara tranquilos esos últimos minutos que nos quedaban juntos.

—Oh, no hay problema, quería avisarte nada más que estaremos a las once de la noche en la pizzería con los muchachos. Estás invitado —comentaba él, despidiéndose para vernos luego. Corté finalmente el teléfono. Guardándolo en mi bolsillo y evitando moverme tanto, volví a abrazar a Leslie para recuperar la intensidad de nuestro momento. Continuamos bajo aquel profundo trance unos cuantos minutos más hasta que se hizo bastante tarde.

—¿Vamos regresando ya?— me susurró al oído, levantando lentamente su cabeza de mi pecho. Nos reubicamos una vez más mientras yo regresaba mi guitarra a su estuche que, apachurrado y enterrado en la arena, se convertía en nuestro único testigo. Me sacudí las zapatillas y el pantalón mientras Leslie se colocaba las chanclas y se rascaba otra vez las piernas. Me reprochó una vez más el haber olvidado la lona y, tras limpiarse un poco la arena de la pollera, comenzamos a caminar hacia aquella senda por la que habíamos llegado.

—No puedo creerlo, no estudié nada de historia y mañana tengo el examen —se quejó, al recordar sus irresponsabilidades. A mí no me importaba en lo absoluto; había cambiado sus obligaciones por estar conmigo, que más podía pedir al respecto. Fui yo quien renunció a sus estudios tan sólo para observarla; concentrarme en su hermosura y su cuerpo en lugar de la pizarra de clase. Caminamos así varios metros hasta llegar a la casa de su amiga. Nos abrazamos unos segundos y nos despedimos finalmente con un tierno roce de mejillas.

—Hey, Leslie —le grité desde la calle mientras ella entraba apresurada al edificio.

—La pasé muy bien está noche. Habría que repetirlo —me despedí. Me respondió con una dulce sonrisa y, alejándose a mis espaldas, se perdió en el interior de aquel bloque.

Mi mente se encontraba extraviada en un gran sinsentido que, recurriendo a las más ilógicas explicaciones, intentaba resolver desesperadamente. Me pellizcaba a mí mismo una y otra vez asegurándome de que no se tratara de un sueño; que toda esa noche había ocurrido realmente y que no despertaría sobre mi almohada como en tantas otras ocasiones. Aprovechando esa

inexplicable energía que recorría entonces todo mi cuerpo, subí las escaleras hasta aquel primer piso para entrar finalmente a mi casa. Apoyé la guitarra contra la pared de mi cuarto y me acerqué a terminar, en pocos segundos, las cuatro o cinco piezas del rompecabezas que aún seguían allí desparramadas. Aquel complejo puzzle representaba de alguna forma mis nuevos logros. Empotré la última de las piezas del dibujo sintiendo como concluía ese nuevo capítulo en mi vida. Introduje las llaves en mi bolsillo y me despedí una vez más de mi hermana que aún seguía allí sentada en el ordenador.

—¿Y ahora a dónde vas? —me preguntó inquietada por mis idas y vueltas.

—Al centro con los muchachos. Volveré más tarde —le respondí, mientras ella continuaba hipnotizada frente a la pantalla. Salí nuevamente de casa notando como mi cuerpo poseía ahora más agilidad que de costumbre; tal como si me hubieran conectado a una gran fuente de electricidad y mis músculos se volvieron simplemente indestructibles. Me arrojé por las escaleras y, aterrizando ilesamente en la planta baja, abandoné el edificio para dirigirme hacia la pizzería Parc. Comencé a correr por las calles a una velocidad casi imposible de percibir. Mis sentidos parecían funcionar al máximo mientras yo continuaba acercándome poco a poco a mi destinación. Allí estaba Frederic junto a algunos de los compañeros de El Tucán.

—¡No puedo creerlo! Sólo a mí puede pasarme algo así —grité despavorido, al notar como un murciélago acababa de descargar su digestión sobre uno de mis hombros. Los muchachos comenzaron a reír mientras yo me acercaba a una de las mesas de la pizzería para coger algunas servilletas.

—¿Y qué tal estuvo la salida? Tienes que contármelo todo, Danser —me exigía Frederic, mientras yo terminaba de limpiar mi camiseta.

—Ven, acompáñame aquí a la vuelta. Te lo contaré todo con lujo de detalles —exclamé, rompiendo aquella promesa que le había hecho a Leslie. Necesitaba descargar toda esa euforia, compartir aquel sueño con mi amigo. Nos escondimos en un vie-

jo callejón y, sentándonos en un pequeño escalón bajo uno de los negocios que yacían cerrados, comencé a relatarle los hechos.

—En fin, me encontré con ella en la esquina de mi casa y de allí nos fuimos a aquel lugar donde hicimos con los muchachos la fogata el año pasado, ¿recuerdas? Tendrías que haberla visto con esa playera tan ajustada, estaba realmente hermosa.

—Suena increíble. Imagino que estabas súper contento —interpretaba Frederic.

—Por supuesto, pero eso no es lo más increíble, espera a que llegue a la mejor parte —me adelantaba yo en mis relatos. Mi amigo me escuchaba con suma atención aunque, sin importar lo explícito que yo fuera, jamás hubiera logrado comprender lo que aquella cita significaba para mí. No con los detalles que sólo mi corazón podría percibir.

—De acuerdo, resulta que iba yo acompañado por mi guitarra. Ya sé, dirás que fue muy cursi la idea aunque, permíteme informarte, no fue idea mía sino suya.

—Supongo que le dedicaste alguna canción —adivinaba él.

—¡Exacto! Y quedó muy satisfecha. Estoy seguro de que le ha gustado, era una de sus canciones preferidas. Pero eso no es todo. Después de cantarle la canción, nos recostamos sobre el estuche de mi guitarra a observar las estrellas. Déjame mostrarte como estábamos tendidos... —continuaba yo con mi relato mientras, recostándome sobre aquel porche enmugrecido, imité de la forma más explícita posible la posición en la que Leslie y yo nos encontrábamos.

—¡Wow! No puedo creerlo. Lograste lo que querías, Danser. Lograste finalmente llegar a ella —exclamaba Frederic, completamente fascinado por los detalles.

—Quiero suponer que se besaron, ¿no es así? —se adelantaba mi amigo, intentando alcanzar el resto de los hechos.

—Bueno, a decir verdad, moría de ganas por besarla pero no hizo falta alguna. Es decir, me pidió que sólo fuera una salida de amigos, tenía miedo de arruinarlo todo, no quise arriesgarme.

—Pues, te entiendo, pero aun así, hubiese sido el último factor que restaba para que tu cita fuera perfecta —opinaba mi amigo, mientras mi mente continuaba bajo aquel farol en las playas.

—Es que no lo entiendes, Frederic, la cita fue enteramente perfecta. No necesitaba nada más, la tenía entre mis brazos, sobre mi pecho. ¿Qué más podía pedir? Esta noche fue cien por ciento perfecta, sin contar este regalo que me ha dejado un murciélago hace unos instantes, claro —bromeé como de costumbre.

—Es asombroso, Danser. Leslie te ha rechazado mil veces, es realmente increíble como todo ha resultado justamente al revés.

—Está bien, aun así, no quiero gritar victoria todavía. Recuerda que si mañana se pierde el hechizo, volveremos nuevamente al principio, tal como hace unos meses —concluí yo, recordando que la suerte dura a veces lo que una tormenta.

Regresamos una vez más con la muchachada que allí continuaba sentada alrededor de la pizzería. El Tucán y su pandilla continuaban sosteniendo esa misma botella de gaseosa que portaban hacia unos minutos y que aún no habían terminado. Intentaba desconcentrarme, despegarme del recuerdo al menos por un rato, unos pequeños instantes. Aquella energía que hacía menos de una hora recorría mi cuerpo, parecía haber interferido con todas mis emociones y nervios. Mi cerebro se encontraba en una especie de burbuja temporal, tal como si el tiempo en mi cabeza continuara detenido, atrapado en el recuerdo de su piel, de sus brazos sobre mi pecho. Un recuerdo cuyos detalles continuaban en mi cuerpo como simples latidos del corazón regresando con cada suspiro, cada gota de aliento. Un recuerdo que permanecería allí por siempre.

—¿Y a que se debe esa sonrisa, Danser? Estás así de alegre desde que haz llegado y no nos has contado el porqué —exclamó El Tucán desde una de las mesas. El resto de los muchachos me observaban absortos esperando a que mi respuesta fuera tan interesante como aquella felicidad en mi tez.

—¡Oh! no es nada, muchachos. La vida es simplemente hermosa.

LOS SABORES DEL PLACER

Desperté unas horas más tarde frente a esa extraña senda de arena. La puerta aguardaba entreabierta al otro lado del salón mientras yo esperaba a que Leslie despertara. Comencé a inspeccionar aquel cuarto intentando comprender su misterio; la arena parecía llamar mucho la atención. Sólo nos restaba cruzar por allí caminando y llegar finalmente a la puerta de salida. ¿Qué tan difícil podría ser? Se acercaba una intensa experiencia que jamás lograría borrar de mi mente.

—Hey, Danser. ¿Cuánto dormimos? —despertó allí tendida sobre mi pecho, dejando escapar de su boca un afable bostezo. Sus ojos, tan hermosos como siempre, continuaban entrecerrados mientras se rehumectaba los labios. Me abrazó fuertemente y se apoyó una vez más sobre mi pecho; se veía realmente agotada.

—No lo sé, Les. Supongo que algunas horas. Descansa un rato más, te despertaré luego, ¿de acuerdo? —le ofrecí para que siguiera durmiendo.

—No, está bien. Creo que ya descansé lo suficiente. ¿Y has visto de qué se trata este cuarto? —preguntó intrigada, acomodándose un poco el cabello.

—En eso estaba. Ven, te mostraré —exclamé, ayudándola a colocarse de pie.

—¡Ay, maldita sea! —rezongué, al intentar levantarme del suelo; mi cuerpo se encontraba realmente deshecho y tardaría unos buenos días en recomponerse.

—Te duele todo, ¿no es así? —indagó ella, entristeciendo su rostro al verme tan mal herido.

—Sí, estaré bien. No te preocupes.

—Te dije que no pelearas contra Uriel, Danser. Mira como has quedado.

—Sí, lo sé. Tendría que haberte hecho caso. ¿Puedo hacerte una pregunta personal? —cuestioné, revisando cada una de mis lesiones. Algunas ya estaban cicatrizadas.

—Claro, pregúntame lo que quieras —accedió ella, aparentemente, sin ningún problema.

—¿Por qué lo besaste? Quiero decir, ¿cómo supiste quién de los dos era Uriel? Pudiste haberte equivocado y arrojarme a mí al precipicio —exclamé, algo tenso por su ciega decisión. Podría haberme matado, y aun así, se veía segura de ello.

—Pues, tu beso es muy especial, Danser. Es como si al besarte pudiera percibir cada uno de tus sentimientos. Se pone todo realmente intenso, no sabría como explicarlo pero sé muy bien que, al besarlo a él, no pude sentir nada. Su cuerpo imitaba al tuyo y, sin embargo, detrás de sus ojos no había absolutamente nada. No lo entenderías, son percepciones femeninas —terminó de explicarme Leslie. Jamás pensé que mi alma fuera tan transparente frente a ella. Me sentía realmente bien por saber que mi amada advertía cada uno de mis sentimientos tal como surgían de mi corazón.

—Me quedo tranquilo entonces —le sonreí, regresando la vista hacia el largo escaque de arena.

—Veamos que tenemos por aquí —pesquisé, avanzando lentamente hacia la puerta. Alcancé finalmente aquel borde entre el suelo y la represa y me paré poco a poco sobre la arena.

—Está bien, Les. Creo que no hay peligro —repuse con suma determinación. Para mi sorpresa, mis pies comenzaron a hundirse deprisa como si el suelo se convirtiera en una profunda alberca de agua.

—¡Danser! —gritó ella, arrojándose hacia mí de un salto y tomándome de un brazo, mientras la arena alcanzaba poco a poco mi cintura.

—¡Espera! Creo que ya se detuvo —suspité, intentando comprender la extraña naturaleza de esas arenas movedizas. Sujetando a Leslie con fuerzas, comencé a ascender nuevamente bajo la ayuda de mis pies.

—Qué susto. ¿Por qué crees que se haya detenido? —añadió ella, soltando repentinamente mi brazo.

—No lo sé. ¡Maldición, aquí viene otra vez! —imprequé pasmado, hundiéndome otra vez a gran velocidad. Leslie volvió a tomarme del brazo mientras las arenas se detenían una vez más.

—¿Qué cuernos ocurre aquí? —indagué, ciertamente desconcertado.

—Creo que ya lo sé, Danser. La arena parece detenerse cuando te toco —se percataba ella, mientras yo deducía exactamente lo mismo. La energía que mi cuerpo provocaba ante nuestro contacto físico parecía paralizar la maquinación de aquella asechanza. Volví a deslizarme hacia arriba y, sin soltar a Leslie por nada del mundo, abandoné finalmente la represa.

—Tienes razón, así es como funciona esta cosa. Sugiero que crucemos de la mano y a gran paso veloz. ¿Qué dices? —le propuse, observando esos largos diez metros que esperábamos atravesar.

—No lo sé, no me convence, Danser. Si no logramos llegar a la puerta nos hundiremos sin más. ¿Por qué mejor no analizamos un par de veces la idea? —gruñó, algo insegura. Se negaba creer que, tras haber superado tantas batallas y ecuaciones mortales, aquello fuera tan sencillo como parecía.

—De acuerdo, tengo una idea. Coloquémonos sobre la arena unos segundos bien tomados de la mano y, si no empezamos a hundirnos, avanzaremos hasta la salida —concluí, intentando convencerla de ello de una vez por todas. Me sentía ciertamente seguro de mis cálculos, ¿por qué iba a salir mal mi tan racional estrategia?

—Está bien, confío en ti. Pero no tan lejos del borde, ¿de acuerdo? Y tú vas primero —imponía ella sus pequeñas condiciones. Asentí con un desdeñable movimiento de cabeza y, afe rrándola fuertemente, me paré otra vez sobre la arena.

—¿Lo ves, Les? No ocurre nada, podemos avanzar tranquilos —la invité a continuar junto a mis pasos. Meditó unos breves segundos y avanzó finalmente hacia mí. La arena continuaba estática tal como si aquello sólo fuera una pequeña playa frente al mar.

—A la cuenta de tres corremos hacia la puerta, ¿de acuerdo? —añadí, controlando una vez más con mis pies la firmeza del suelo; Leslie aprobó mi idea apretando con ganas mi mano izquierda.

—¿Preparada? Uno... dos... ¡TRES! —grité finalmente, y empuntamos nuestros pies descalzos sobre la arena, disparando rápidamente hacia la salida. Ya casi alcanzábamos la mitad de aquella represa cuando perdimos inesperadamente el control.

—¡Espera Les! ¡No puedo creerlo! ¡Detente! —exclamé asustado, al ver como nuestros cuerpos se hundían lentamente.

—¡Ay no! ¡Te lo dije, Danser! ¡Te lo dije! Nunca me escuchas. Ahora vamos a morir —comenzó a llorar desesperadamente.

—Lo siento. Nunca quise que esto pasara —me disculpé, cerrando con cierta culpa mis ojos. La abracé más fuerte que nunca cuando noté que la arena volvía a detenerse.

—¿Pero qué cuernos ocurre aquí? Intenta trepar con los pies, Les. Ya sólo nos queda la otra mitad —repose aliviado; al parecer aún no estábamos perdidos. Conseguimos ascender una vez más a la superficie mientras yo empuntaba nuevamente mis pies para retomar de la mano nuestra corta carrera. Para nuestra sorpresa, la arena comenzaba a moverse otra vez.

—¡No puede ser! ¡Ya me doy por vencido, Les! —volví a protestar.

—¡Espera, Danser! Tengo otra idea —musitó ella, cubierta hasta las rodillas. Se arrojó inesperadamente hacia mi boca y comenzó a besarme de una forma ciertamente acometedora. Sin siquiera percatarnos del peligro de muerte, nos dejamos caer sobre la arena sin dejar de besuquearnos un solo instante. Me animé a resbalar mis manos sobre sus piernas, alcanzando poco a poco cada rincón de su cuerpo. Me dejaba llevar por la sensualidad de sus movimientos mientras su boca, inadvertida, conversaba con la mía en una interminable lucha de besos y mordidas. Comencé a intercalar mi pierna por entre las suyas, alcanzando así sus más profundos sollozos de placer. Nos mirábamos el uno al otro sin la más mínima necesidad de abrir nuestros ojos; percibiéndonos simplemente con el corazón. Comencé a sentir como la arena se endurecía notablemente bajo nuestras piernas. Aquel

lazo parecía imponer en la represa el mejor de los resultados, y aun así, no me importaba. Me sentía en una inmensa atmósfera de magia tan inexplicable como el destino. ¿Qué importancia tenía acaso el laberinto? La incertidumbre que allí nos perseguía en cada uno de los santuarios, desaparecía repentinamente tras cada beso de su boca, cada roce de calor; ya todo se volvía perfecto y vehemente...

—¿Sabes? No creo que esta habitación sea el lugar más romántico para hacer esto —le bisbiseé al oído, apoyando mis manos por detrás de sus piernas.

—¡No hables! —añadió ella entre roces y besos. Sujetaba mi cabeza con ambas manos deslizándose sus labios por todo mi rostro mientras yo, ignorando la celeridad de mis latidos, me peleaba apasionadamente con su cintura. Volteándonos uno sobre el otro, nos dejamos arrastrar como dos pequeñas bolsas de aire embarrándonos de arena hasta el cuello. Me acoplé bajo sus piernas mientras ella se quitaba mi camiseta y la arrojaba hacia la puerta de salida. Se dejó caer velozmente sobre mi torso, evitando que mis ojos pudieran embestir sus pechos descubiertos, mientras la luz de las antorchas en los muros se colaba por entre nuestros cuerpos. Nos viramos ligeramente hacia el costado fusionando nuevamente nuestras bocas; mi energía se fugaba de mi mente endureciendo cada vez más las arenas de la represa. Deslicé mis dedos por detrás de su pelo acariciando cada rincón de su espalda; Leslie se aferraba de mi cuello con todas sus fuerzas sin dejar de besarme ni siquiera para recobrar ese aire que escapaba de su boca. Sus latidos se mezclaban con los míos conformando la más intensa orquesta de percusión que mi cuerpo pudiera oír. Combatíamos entre besos y caricias mientras yo desabrochaba poco a poco sus pantalones. Manteniendo sus ojos cerrados, comenzó a arrastrar sus manos por mi espalda hasta alcanzar finalmente la superficie de mis posaderas. Luego, empuñando con los dedos de sus pies una de las mangas del pantalón, lo dejó deslizarse lentamente por sus piernas hasta arrojarlo hacia mi camiseta, allí junto a la puerta de salida. Su cuerpo yacía desnudo junto al mío mientras yo, evitando envolverla escrutadamente con mis ojos, me quité la única prenda que llevaba

puesta. Sin siquiera desprenderme de ella, me dejé desplomar sobre su cuerpo zambulléndome fibrosamente entre sus piernas. Continué besando sus labios advirtiendo cada uno de sus suspiros tras esa indudable rapidez en su respiración. Nuestras piernas se enredaban como largas e interminables lianas mientras mis músculos alcanzaban finalmente su mayor firmeza; el total de mis músculos. Apoyando todo el peso de mi cuerpo sobre mis brazos, comencé a adentrarme lentamente en cada uno de sus gemidos, cada jadeo que atinaba a escapar de su boca. Leslie apoyaba sus manos en mi cintura mientras yo la observaba fijamente a los ojos en aquella tenue oscuridad. El fuego de las antorchas alcanzaba a evaporar las gotas de transpiración que caían de nuestros cuerpos; los párpados de Leslie se cerraban y se abrían tras cada uno de sus movimientos y contracciones. Los minutos corrían lentamente. La sentía alcanzar los límites de aquella dicha, mientras yo me acercaba inevitablemente a su mismo desenlace. Insistí en contener mi respiración y dejé finalmente estallar mi energía en un interminable correr de secreciones mientras Leslie se inclinaba hacia atrás alzando súbitamente su cintura y aferrándose una vez más a mi espalda. La arena acababa de transformarse en una eterna y sólida masa de piedra imposible de emblandecer; ya no nos hundiríamos de nuevo. Continué recostado sobre ella intentando recuperar mi respiración. Intercambiamos nuevamente nuestras miradas y, sin pronunciar palabra alguna, permutamos otra vez nuestras posiciones. Leslie se acomodó el cabello mientras yo la observaba profundamente a los ojos.

—¿Lista para alcanzar la salida? —le dije en voz baja. Arrió levemente sus párpados y me respondió con una escorada sonrisa.

—A la cuenta de tres, ¿de acuerdo?

—Cuando tú digas —repuso ella, abrazándose a mí con todas sus fuerzas. Acabé de contar hasta tres y, enredando revoltosamente nuestras piernas, comenzamos a girar desnudos hasta salir finalmente de la represa. Nos quedamos tumbados junto a la puerta mientras ella recuperaba mis ropas para cubrir así los rostros de su intimidad.

—Aquí están tus calzoncillos, Danser —me los alcanzó sutilmente, estirando sus brazos hacia una de las esquinas del salón. Crucé nuevamente mis piernas, tal como ella lo hacía para taparse, y volví a colocarme mi prenda.

—Creo que a estas alturas ya podrías devolverme toda mi ropa, ¿no crees? —bromeé, observando su cuerpo semicubierto.

—¡Jaja! Ni lo sueñes —desató una leve carcajada colocándose otra vez mis pantalones. Nos pusimos finalmente de pie y, sacudiéndonos la arena de los pies, nos dispusimos a cruzar aquella puerta.

—¿Qué necesidad había en pelearnos, Les? —exclamé satisfecho, advirtiendo el eco de nuestra sombra en la represa del cuarto.

—¿Pelearnos? ¿A qué te refieres? —preguntó ella, claramente desorientada.

—Después de aquella cita en la playa. ¿Por qué tuvo que desaparecer todo tan rápido?

—No lo sé, Danser. No lo sé —respondió pesarosa; nos tomamos de la mano con firmeza y, cruzando la puerta de una vez por todas, abandonamos finalmente la habitación.

UN MAL PLAN

Aquella noche no había logrado concebir el sueño. Volví a sentarme en mi ordenador esperando a que el cansancio reapareciera en mi corta rutina de vida; mi tan esperada salida con Leslie había logrado cargar mi mente de una interminable energía de emociones. Una energía capaz de mantenerme inexplicablemente despierto por tiempo indefinido. ¿Cómo es que una chica tan simple a los ojos del resto lograba transformar mi pequeño mundo en un universo repleto de magia y fantasía?

Allí estaba ella conectada en el Chat y esperando, tal vez, a continuar compartiendo conmigo algunas de nuestras largas pláticas; volveríamos a hablar de nuevo luego de aquella romántica salida.

—¿Cómo estas, Danser?! —me saludó, aparentemente emocionada.

—Muy bien, aquí terminando algunas cosas. ¿Y qué tal te ha ido hoy en tu examen de historia?

—¡Excelentemente bien! Creo que obtendré una buena nota. ¿En qué estás tan ocupado? —indagó sumamente interesada. Supuso acertadamente que podría tratarse de ella.

—Estaba grabando una canción en mi ordenador. Conecté el piano y un micrófono a sus entradas de audio y me puse a cantar un poco. Déjame enviártela, Les —exclamé, ansioso por que escuchara la más reciente de mis grabaciones: Una canción capaz de expresarle cuan mía lograba sentirla; dejando que mi voz y mis sentimientos pudieran convencerla de lo mucho que la amaba.

—¡Es hermosa, Danser! Y dime, ¿en quién te inspiras al componer tus canciones? —indagaba Leslie, esperando a que mi respuesta pudiera aumentar mucho más su autoestima. Medité unos instantes antes de responderle. ¿Qué pensaría ella al notar cuan obsesionado me estaba volviendo? ¿Renunciaría a nuestra amistad al descubrir que la totalidad de mis actos se debían a ella y a mis profundos sentimientos? Decidí mantenerlo en secreto. Ocultar la identidad de mi musa inspiradora hasta que el mundo lo descubriera por sí solo; algún día ella también lo haría.

—¡Jaja! No puedo responderte, Les. Es un secreto. Te lo contaré en otra oportunidad —respondí finalmente.

—Me parece bien. Y dime, ¿qué opinas de nuestra salida? La has pasado bien ¿no es así? —preguntó, afanosa por conversar sobre ello; me pareció una excelente idea.

—Pues, a decir verdad, la he pasado de maravilla. Realmente, fue mejor de lo que esperaba. No puedo quejarme.

—¡Me alegra mucho! Pero no te perdonaré el hecho de que hayas olvidado traer la lona, amanecí toda picada esta mañana —murmuró, con cierto tono de ironía.

—¡Ay, no me digas eso! De veras lo siento. Prometo que la próxima vez no la olvidaré.

—¡Jaja! Está bien, no es grave. ¿Y por qué temblabas tanto, Danser? No recuerdo que haya hecho frío —cuestionaba ella, desconforme con mi respuesta; sabía que se trataba de algo mucho más pujante que los efectos del clima.

—De acuerdo, lo confesaré. Cuando logro consumir en mi vida objetivos realmente importantes acostumbro a temblar mucho. Es una de esas debilidades que jamás pude resolver —le respondí finalmente; supuse que escupir algunas confesiones no sería tan grave.

—¡Vaya! ¿Te refieres a que salir conmigo era uno de tus importantes objetivos? Que privilegio —se enorgullecía ella, tomando conciencia de su valor en mi vida. Tan sólo pretendía que se enamorara de mi propia personalidad y no de mis románticos agasajos. Que pudiera animarse a compartir conmigo algo más que una simple amistad. No obstante, aquella relación comenzaba a perder todo tipo de simplicidad.

—¡Hey Danser, dime una cosa! El día de tu recital, unas horas más tarde, me topé con Matnik en la calle y dijo que me habías dedicado una canción. ¿Es cierto eso? —exclamó Leslie, despertando algunos hechos pasados que creyó interesantes.

—¡Jaja! No, no es verdad. Supongo que habrá estado jugándote una broma. Me hubiera gustado dedicarte alguna pero, lamentablemente, tú no estabas allí —respondí, sin mencionar el hecho de que todo mi espectáculo había sido en su homenaje.

—¿Puedo hacerte una pregunta, Les? Es sobre nuestra salida de ayer —osé a interpelar, evitando que mi torpeza adolescente acabara inesperadamente con nuestra plática.

—Seguro, puedes preguntarme lo que quieras —accedió ella, ansiosa por descubrir cuan lejos llegarían mis inquietudes.

—De acuerdo. Pediste que sólo fuera una salida de amigos, y sin embargo, noté de alguna forma que me estabas provocando. Incluso levantaste tu pollera unos segundos con la excusa de mostrarme la picazón en tu pierna. ¿Por qué lo hiciste?

—¡Jajaja! Tú lo has dicho, intentaba provocarte. Me resultó realmente divertido —respondía ella a carcajadas. Le gustaba, al parecer, someterme a mis propios nervios.

—¿Y qué hubiera ocurrido si me lanzaba encima de ti para intentar violarte o aprovecharme? —sugerí, esperando a que tomara conciencia de ello. Me allá de la inocencia de mi inofensiva personalidad, ¿cómo reaccionarían aquellos hombres que cruzarían por su vida al igual que yo? Aquellos que tomarían ventaja tanto de su cuerpo como de su ingenuidad.

—Sabía que no harías nada, Danser. Te conozco mejor de lo que piensas y confío en ti plenamente. Sólo fue una salida de amigos —alcanzó a aclararme mientras yo releía sus palabras unas cuantas veces más.

—¿De amigos? Debiste habernos visto allí tendidos sobre la arena, Leslie. Esas no son salidas de amigos —atiné a disparar la interpretación más lógica. ¿Se habría percatado de ello o así es como trataba a todos sus amigos de sexo masculino?

—¡Vaya! Creo que tienes razón, Danser. La próxima vez intentaré no acercarme tanto, no me gustaría que te confundas de nuevo.

—¡Nooooo! ¡Tú acércate todo lo que puedas! Olvida lo que yo pueda sentir o pensar. Además, no habría confusión alguna: Sé muy bien lo que siento por ti —concluí con una irrefutable sonrisa, de aquellas que logran originar intensos detalles en cualquier programa de Chat.

—Sólo estaba de broma, no te preocupes. ¿Y qué has pensado de mí al mostrarte mi pierna? Realmente no te lo esperabas.

—Pues, pensé: Está chica si que es verdaderamente traviesa. ¿Qué más podría pensar? Te creía mucho más inocente.

—¡Jajajajaja! Basta, no puedo parar de reírme, Danser. Harás que despierte a mi hermano —Leslie se volcaba en carcajadas mientras yo intentaba hallar la comicidad en mis palabras. Noté como las horas de aquella tarde se habían transformado en las doce de la noche más rápido de lo que parecía; acabábamos de gastar allí sentados en nuestros respectivos ordenadores la totalidad del día.

—¡Jajaja! ¿Traviesa? Es realmente gracioso, Danser. ¿De dónde has sacado esa palabra? No puedo dejar de reírme —insistía ella. Yo me bañaba en satisfacción por lograr dibujarle una sonrisa. Adoraba observarla reír, aunque esta vez, sólo podía imaginarla desde mi asiento desgastado.

—Pues, me alegra ver que aún sigues siendo una niña realmente divertida.

—¡Ya no soy una niña, Danser! Soy una mujer —se defendía ella, mientras yo le daba a sus palabras una interpretación mucho más erótica de la que aparentaba insinuar.

—¿Una mujer?! ¿Te refieres a que ya has tenido...? Bueno, quiero decir, ¿ya has experimentado eso...? Olvídalo, no dije absolutamente nada —me detuve finalmente, al notar que jamás encontraría la valentía para preguntárselo.

—¡Ay, no! ¡No me refería a eso, tonto! Aún sigo siendo virgen. Supongo que lo haré cuando me case. En mi luna de miel, claro —me corregía ella, retardando nuevamente mi ritmo cardíaco; por alguna extraña razón, su respuesta me era de gran importancia.

—¿Y tú, Danser? ¿Aún eres virgen? —contraatacó Leslie, recurriendo a mis mismas inquietudes. Deseaba realmente sor-

prenderla; expresarle una imagen mucho más adulta de la que ella acostumbraba a ver en mí. Pero no iba a mentirle. Preservaría una vez más mi sinceridad tal como había prometido que lo haría; tal como yo necesitaba que fuera.

—Así es, aún no he perdido mi virginidad. Sin embargo, de algo estoy realmente seguro: Lo haré con la persona que verdaderamente ame; y aquello no ocurre todos los días —respondí finalmente. Ya había logrado arruinar la magia de mi primer beso; sólo esperaba no destruir también ese último capítulo en mi sexualidad.

Dejé que nuestra velada persistiera unos cuantos minutos más y me despedí de ella para que pudiera irse a dormir de una vez por todas. Sabía que estaba cansada y, aun así, luchaba contra sus párpados por quedarse conmigo conversando. Yo me recosté sobre mi cama esperando recobrar finalmente el sueño; tampoco tuve suerte esta vez.

Mi asistencia a la escuela ya no era gran parte de mi rutina diaria. Tantas idas y vueltas en mi cabeza no me permitirían jamás concentrarme en nada; me dejaba llevar por los momentos, completamente preparado para lo que fuera a ocurrir. Sabía con certeza que mi nueva realidad podría desaparecer tan rápido como había emergido: Si la vida podía darme tal regalo, también podía quitármelo. Evité darme por invicto y continué con aquel rumbo intentando ignorar la existencia de Leslie. ¿Sería aquella una buena idea?

—Hey, Danser, nos juntamos a las cuatro con los muchachos a jugar al tenis. ¿Te sumas? —me preguntó Frederic al teléfono.

—A decir verdad, estoy bastante cansado. Intentaré ver si hoy logro dormir —soslayé, intentando escapar unas horas de mi incierta realidad; no tenía muchas ganas de jugar. Aquella cancha se encontraba a unos pocos pasos de la casa de Leslie y el mero hecho de estar cerca suyo, sin poder verla, me provocaría un gran sentimiento de insuficiencia.

—¿Todavía sigues sin dormir? Danser, es 15 de Junio, ya han pasado cuatro días, ¿por qué no vas a ver a un médico? Te dará algo para recuperar el sueño —sugería Frederic.

—¿Y qué le diré al doctor? ¿Qué salí con la mujer de mi vida y que de tanta alegría ahora no logro quedarme dormido?

—Pues, tienes razón, no suena muy lógico. ¿Y qué ocurre cuando te acuestas? Explícamelo un poco más —indagaba Frederic, intentando comprender con exactitud mi problema.

—No ocurre absolutamente nada. Apoyo mi cabeza sobre la almohada y, al igual que el resto de las personas, espero a quedarme dormido. Y así pasan las horas, no ocurre absolutamente nada —repuse detalladamente.

—¿Y cómo sabes que se debe a tu salida con Leslie? Podría ser simplemente una coincidencia, algún virus del sueño —suponía él.

—No es ningún virus. Sé que es debido a la salida porque es en la única cosa que pienso cuando me recuesto. Quizá sea eso lo que no me permite dormir.

—De acuerdo, entonces ven a jugar al tenis, te despejará un poco. Y no es una invitación, Danser, es una exigencia. Tú vienes con nosotros —insistía mi amigo. Comprendí que no podría negarme a ello.

—Está bien, Frederic. ¡Hey! Tengo una idea, invítala a Leslie a jugar con nosotros —le rogué, esperando a que no se opusiera. Si el deporte no era su fuerte, yo podría instruirla, adecuarla a los diversos movimientos del tenis y orientarla para que disfrutara de un buen rato con sus amigos. Me parecía una gran idea el que viniera con nosotros.

—¡Pero Leslie no sabe jugar al tenis, Danser! Será una molestia para todos —se quejaba Frederic, intentando deshacerse de mis bosquejos.

—Por favor, te lo suplico amigo. Deja que lo decida ella. Si la invito yo pensaré que la estoy acosando —le aclaré, justificando mi errónea suposición.

—¿Por qué pensaría eso? ¿Qué diferencia habrá en que se lo digas tú?

—Pues, no lo sé. Es que ya has visto como es ella, nunca se sabe lo que quiere. Tan sólo hazme ese favor, si se vuelve una molestia durante el juego me iré con ella a un costado y los dejaremos a ti y a James jugar en paz —le prometí, comprendiendo

que, incluso de esa forma, yo conseguiría aquello que tanto anhelaba: Estar con ella.

—Está bien, Danser, le diré que venga. Por cierto, George me llamó hace unos minutos, dice que quiere venir él también.

—Por mí no hay problema, pero dile que traiga su raqueta —le aclaré, para evitar sorpresas a último momento. Supuse que sería un gran gesto incorporar a nuestro nuevo vecino que, recién mudado desde la ciudad de Kalbii, buscaba robustecer notablemente sus amistades.

La imaginaba a Leslie junto a mí en cada salida, cada partido de tenis que compartíamos con Frederic. La imaginaba sentada a mi lado, esperando a que termináramos el juego y regresáramos juntos a casa. A veces, incluso, la dibujaba en el horizonte para darme esa seguridad que yo tanto necesitaba, esa energía que su presencia creaba en mí cuerpo tras cada encuentro.

—Hola, ¿cómo estas? —me saludó ella al verme conectado.

—¡Hey, Les! Muy bien. ¿Cómo has estado? —le respondí, acomodándome más a gusto sobre la inconfortable silla de mi ordenador.

—Muy bien. ¿Qué tienes pensado hacer hoy? —me preguntó ella, tan amistosa como siempre.

—Bueno, iremos con los chicos a jugar al tenis en las canchas frente a tu casa.

—Sí, lo sé. Nos vamos a ver —respondió ella de forma combativa, mientras yo me sorprendía por aquel jueguito suyo del “ya lo sabía”. Parecía ser que mis peticiones habían sido sabiamente escuchadas por mi amigo que, asombrosamente, había logrado convencerla de que viniera.

—¿En serio, tú también vienes? —exclamé desinformado, recurriendo a otro golpe similar ante la inocencia de su jueguito.

—Pues, nos vemos allí entonces —me despedí y regresé a mi cuarto para cambiarme de ropas. Me coloque aquella playera negra que había usado en la disco Malena la última vez. No me gustaban las bermudas; el atractivo de mis piernas no era precisamente mi más seductora parte corporal, de manera que tomé un mesurado pantalón deportivo y unas cómodas zapatillas blancas. Salí apresurado de casa y, montando rápidamente mi

bicicleta, me dirigí hacia la esquina central de Harainay para encontrarme con Frederic.

—¡Hey, Danser, al fin llegas! —me saludó él, mientras yo me subía a la acera sin siquiera bajar de mi bici.

—De acuerdo, pasaremos primero a buscar a George. James ya estará allí abajo esperándolo, luego cruzaremos al frente para recoger a Leslie —me explicaba Frederic. El itinerario no era tan complejo como parecía, no había nada que explicar.

—Está bien, andando. Acordamos encontrarnos a las cuatro y ya se nos hace tarde —concluí yo, retomando juntos aquel camino hacia el lado este de Harainay. Serían a pie unos quince minutos quizá pero, bajo aquella locomoción en dos ruedas, llegaríamos allí en no más de cinco.

—No puedo creer que hayas logrado convencerla de venir, Frederic. ¿Cómo lo has conseguido? —le pregunté, esquivando algunos de los automóviles que pasaban por la carretera mientras continuábamos pedaleando.

—¿Que cómo lo he conseguido? ¿Cómo voy a saberlo? Le hice aquella oferta, me preguntó si tú venías y le dije que sí. Supongo que viene a verte a ti, no lo sé —respondió él, aumentando con sus palabras mi sentido de autoestima. Así llegamos finalmente a la calle principal de aquel barrio. A lo lejos podía vislumbrarse una gran montaña escondiéndose por detrás de las nubes. Continuamos sacudiendo nuestras piernas hasta llegar a aquel círculo formado por siete grandes y niveos edificios completamente idénticos uno al otro. Allí esperaban James y George sentados en una modesta y pequeña casona de madera, donde los vecinos de aquel bloque solían sentarse por las tardes a dejar descansar sus pies. Sin siquiera bajar de nuestras bicicletas, nos acercamos andantemente hacia ellos.

—¡Qué precisión de horario! Las cuatro en punto, ni un minuto más ni un minuto menos —exclamé yo, corroborando la hora en mi reloj como siempre lo hacía. Los saludamos con un gran apretón de manos y los invitamos a ponerse de pie para acompañarnos a recoger a Leslie al edificio contrapuesto; sólo nos restaba cruzar dos pequeños estacionamientos y esa angosta calle que separaba a cinco de las idénticas construcciones. Yo no podía

creerlo: Me acercaba una vez más a su bloque; a aquel punto en el mapa del que tanto intentaba escapar cada vez que pasábamos por allí con mis amigos. Exactamente siete meses después de haberme filtrado en su cumpleaños sin siquiera haber sido invitado, volvía una vez más a su edificio.

—De acuerdo, ¿alguien sabe en que piso vive? —preguntó George, mientras el resto competíamos para ver quien de todos se acercaría al llamador a pulsar el botón. Para nuestra sorpresa, no logramos llegar a ningún acuerdo:

—En seguida bajo, estoy buscando mi raqueta —nos gritó Leslie desde una de las ventanas del bloque. Así pude apreciar una pequeña cabeza asomándose desde lo alto; aquel panorama era ciertamente gracioso. Esperamos un par de minutos más y bajó finalmente para encontrarse con nosotros. Vestida con unas ajustadas calzas negras y una camiseta blanca, portaba en su mano izquierda la más antigua de las raquetas que jamás hubiera visto; una de esas reliquias de épocas renacentistas. Si pensaba jugar con eso, seguro era que no llegaría muy lejos; la pelota tampoco.

Nos saludó a todos de forma muy natural y, enseñándonos su prehistórica raqueta, nos dirigimos finalmente hacia las canchas de tenis. Yo permanecía callado; mis intenciones protagónicas me causaban mucha vergüenza. Preferí, pues, cederles el lugar a mis amigos. Leslie caminaba entre nosotros mientras James, Frederic y George ignoraban por completo su presencia. Yo la observaba abstenido. Sumergido bajo aquel silencio en el que ella y yo parecíamos comunicarnos. Pude sentir sus pasos junto a los míos sin siquiera descorchar mis ojos; allí estaba ella, tan real como siempre.

Llegamos así a la cancha de tenis que, para nuestra fortuna, se encontraba completamente vacía. Frederic y yo dejamos nuestras bicicletas a un costado mientras James comenzaba a practicar tiro con su raqueta y algunas de las pelotas.

—Pues, alguno de ustedes tendrá que enseñarme a jugar. No soy muy buena en esto —se quejaba Leslie, mientras yo ingresaba en la cancha mediante un ligero trote. George jugaba con una de las pelotas del tubo en el que Frederic solía cargarlas.

—Ya verás, no es tan complicado, Leslie. Tan sólo es cuestión de pegarle a la bola y enviarla hacia el otro lado de la red —le explicaba Frederic, mientras el resto de nosotros continuábamos distraídos en cada esquina del campo. Moría por acercarme a ella. Tomarle la mano junto a la raqueta y enseñarle cada uno de los movimientos. Brindarle aquella seguridad que tanto necesitaba, esa firmeza que tan indispensable se nos hace en cada uno de los deportes. Moría por acercarme, estar junto a ella, pero no pude.

—De acuerdo, muchachos. Danser y yo nos situaremos en este lado de la cancha. George, James y Leslie en aquel otro —nos organizaba Frederic.

—¡Hey! No es justo, ellos son tres —objeté al respecto.

—Estamos en igualdad, Danser, no te quejes. George y Leslie no lograrán conformar ni medio jugador —se burlaba James, mientras yo la observaba a mi amiga resignarse ante ello con tal de no defenderse.

—De acuerdo, James. Basta de bromas y has el primer saque —le grité, colocándome en posición de ataque.

Mi adversario lanzó la pelota directamente hacia mi raqueta. Por fin sentí como mi cuerpo respondía ante esa magia momentánea para devolver aquel tiro. Con un leve movimiento de antebrazo, me libré por fin de la bola sin notar a quien acababa de arrojársela.

—No, no, Leslie. Mira, lo primero y principal es no temerle a la pelota ni mucho menos a la raqueta. Si ves que se acerca, tú sólo golpéala con todas tus fuerzas —le explicaba James, al ver que mi tiro había seguido su curso. Me sentía mal por humillarla así; fui yo quien arrojó la bola, se suponía que fuera también quien la orientara en como devolverla. De algo estaba casi seguro, así no iba a lograr conquistarla.

—De acuerdo, chicos, aquí va una vez más —retomó James, mientras Frederic y yo recobrábamos nuevamente nuestras posiciones. Allí volaba nuevamente la pelota. Ahora todo era un gran juego monotemático entre James, Frederic y yo. George y Leslie observaban aburridos nuestros movimientos como si su presencia fuera ciertamente improductiva. Por momentos, mis tiros es-

capaban en dirección a mi adversaria mientras James se interponía con su raqueta para evitar que su compañera arruinara nuevamente el juego. Continuamos peloteando un rato más hasta que George decidió retirarse.

—Amigos, me sentaré un rato aquí al costado, ustedes sigan jugando. Necesito tomar algo de aire.

—Yo también me sentaré unos minutos aquí a descansar un poco. Aprovechen para enseñarle algunos movimientos a Leslie —exclamé yo, colocándome a un costado junto a George. Los muchachos continuaban peloteando mientras nosotros los observábamos desde allí sentados.

—¿Quién la invitó a jugar con nosotros? —me preguntó George, bastante confundido.

—Jaja, ¿por qué lo preguntas? —exclamé, intentando no revelar mi culpabilidad tan rápido.

—Es que no sabe jugar. Está bien, lo admito, yo tampoco juego muy bien, pero ella es un desastre. Es más, mírala bien. Su espalda parece la de un boxeador. ¿Y dónde está su trasero? Creo que lo ha invertido en una apuesta y por lo visto ha perdido —se burlaba él, mientras yo comprobaba parte de lo que decía. Tenía razón, su espalda no era un gran monumento a la feminidad.

—¡Hey! No hables así de ella, ¿de acuerdo? Es cierto, su trasero no es realmente una de sus virtudes pero no tienes porque fijarte en esas cosas —la defendí humanamente. No me gustaba que hablara así de la persona que yo más valoraba. Lo que a sus ojos era una gran mofa a las proporciones físicas, a mí me resultaba verdaderamente hermoso.

—Está bien, no te pongas así —se disculpó George.

—No hay problema. Intenta no revelar tanto la perspectiva que tienes de las personas. Y por cierto, fui yo quien le pidió a Frederic que la invitara —le aclaré finalmente.

—Pues, eso lo explica todo. No sabía que ella te gustara. ¿Y cómo marcha todo? ¿Se lo has dicho ya?

—Sí, ella ya lo sabe. Estamos tratando de mantener una buena amistad, aunque no sé si sea esta una buena idea. Es decir, mis sentimientos hacia ella no cambiarán, quizá se convierta en

un problema —meditaba yo en voz alta, contándole a George la parte más superficial de mi historia.

—¿Y por qué no te corresponde su amor? Tú estás bastante bien para ella.

—Jaja, que curioso, nunca me lo había planteado a mí mismo —respondí irónicamente, escupiendo una suave carcajada.

—De acuerdo, muchachos, por hoy ya es suficiente. Estamos todos muy cansados —exclamó Frederic, acercándose a nosotros al igual que James y Leslie.

—¿Qué tal jugué? —me preguntó ella con esa tierna sonrisa.

—Excelente por ser la primera vez. Si te propones a venir con más frecuencia podrás jugar cada vez mejor —la engañé, con tal de verla más seguido; me respondió con otra de sus sonrisas. Frederic recogió cada una de sus pelotas y las regresó al tubo de donde George las había sacado. Guardó nuevamente las raquetas en su mochila mientras James ponía la suya en la canasta delantera de su bicicleta. Así concluíamos nuestro día de juego; sólo esperaba poder repetirlo algún día.

Abandonamos finalmente la cancha y retomamos aquel camino por el que habíamos llegado. Leslie caminaba delante nuestro mientras yo, cargando entre mis manos mi bicicleta e intentando controlar el equilibrio de sus ruedas, la observaba con sumo encanto.

—¿Hey, Danser, me quieres arreglar el ordenador? —exclamó ella, volteándose lentamente hacia mí. Esperaba que ocurriera en alguna otra ocasión. Una excusa para estar con ella a solas en su casa; algo que no incluyera a ninguno de mis amigos. Por otra parte, la idea de ayudarla con ello se convertía para mí en una gran necesidad.

—De acuerdo. Ya que estamos aquí, aprovecharé para darle un vistazo —accedí amablemente. Pude al menos confirmar una de mis mayores inquietudes: A pesar de aquellas antiguas y crueles travesuras que pudiera yo haber hecho por Internet, Leslie confiaba en mí lo suficiente para permitirme acercarme a su ordenador.

—Compórtense bien chicos, y traten de no romper nada —nos pidió ella, mientras los cinco subíamos por aquel lujoso ele-

vador. Bajamos finalmente y, girando unos tres pasos hacia la izquierda, esperamos a que se abriera la puerta de su casa.

—¡Danser! —gritó su hermanito, al verme entrar junto a los muchachos. Su madre, quien se encontraba entonces en la cocina, se acercó gentilmente a recibirnos a todos.

—¿Cómo estás, Danser? —me saludó alegremente. Yo no podía creerlo: Sabía mi nombre. ¿Acaso Leslie le había contado de mí, de mis sentimientos hacia ella? Cambié completamente mi postura, mi forma de hablar, mi manera de comportarme. Adopté rápidamente una presencia sumamente adulta. «Aquella podría ser, en algún futuro inexistente, mi futura familia», pensé utópicamente. La idea era simplemente objetiva: Sabía que cuantas más ilusiones atinara a imaginar, menos resultados obtendría al final del camino.

—Pasen, pónganse cómodos. ¿Tienen ganas de tomar algo? —ofreció su madre, mientras Leslie se sentaba en el sofá para quitarse las zapatillas.

Su pequeño hermano correteaba por la casa con aquella flexibilidad que yo ya comenzaba a perder con los años. Los muchachos, arrojados a su vez en el sofá adyacente, relajaban su cuerpo ignorando cualquier tipo de modales mientras la madre de Leslie nos servía algo de beber.

—¡Danser! ¿Nos vas a arreglar el ordenador? —vociferaba el pequeño una y otra vez tomando ventaja de mi presencia.

—Pues, así parece. Ya veremos que le ocurre a tu máquina —le respondí amistosamente, mientras él continuaba saltando tan inquieto como antes.

—¡Ven ya, Danser! Acompáñame, te mostraré lo que le pasa —insistía su hermano con suma confianza, logrando que me sintiera realmente a gusto en aquella casa. Me tomó del brazo y, pegando un gran tirón, me arrastró hasta el final del pasillo donde se encontraba su habitación. De seguro Leslie no iba a quedarse allí en el living comedor junto a mis amigos; se pusieron finalmente de pie y nos siguieron a ambos hasta el ordenador.

Su habitación era un completo desorden. Sobre una de las repisas, viejos libros y adornos observaban escondidos por detrás de algunas fruslerías cuyo significado no alcanzaba a comprender.

Parado en el rincón de la derecha, un sobrio ventilador apuntando hacia todas partes y finalmente, allí junto a una robusta ventana que atisbaba hacia el oeste, mi pobre paciente esperaba a que reparara sus programas y funciones.

—Es toda tuya, Danser. Haz lo que tengas que hacer —exclamó Leslie, sentándose desarregladamente sobre la cama de su hermano mientras el resto de los muchachos se acomodaban donde fuera que hallaran comodidad.

—¡Formatea el disco rígido, formatea el disco rígido! —correteaba a los gritos el pequeño, disfrutando a su vez de mi tan esperada presencia.

—No puedo formatear el disco, lo siento. Perderías toda la información que el ordenador lleva guardada. No te preocupes, lo repararé sin siquiera interferir en su sistema —respondí, observando a Leslie sumamente desinteresada por mi explicación. Confiaba en mí con suma plenitud y seguridad; sabía que jamás haría algo que la desfavoreciera.

—De acuerdo, tú sabes que hacer —agregó ella. Me senté sutilmente en la silla frente a aquella pantalla de quince pulgadas y, aprovechando toda esa energía que rebotaba por la habitación hasta llegar a mi cuerpo, transformé esa extraña magia en todo el conocimiento que necesitaba para reparar correctamente la máquina. Sólo un par de leves tácticas sobre el teclado y el ratón alcanzaron para completar mi tarea.

—¡Trabajo terminado! —exclamé orgulloso ante mi tiempo record.

—¿Qué?! ¿Tan rápido? Es imposible —reaccionó George, mientras Leslie y su hermano comprobaban la calidad de mi trabajo; parecía funcionar todo claramente a la perfección.

—¡De veras, la ha reparado! Está muy bien, Danser —exclamó Leslie, dejando caer desprevenidamente al suelo su vaso con agua. Un sonoro crujido de cristales se desparramó bruscamente por el piso mientras su madre se arrimaba para ver lo que había ocurrido.

—¡Ay! ¿Se les cayó un vaso? —preguntó retóricamente, observando los pedazos de vidrio junto al ordenador. Leslie se le-

vantó de la silla evitando clavarse algo en los pies, mientras el resto nos ocultábamos bajo una distinguida mueca de culpa.

—¡No te quedes allí parada como si nada, Les! Ve a traer una escoba —le ordenó su madre. Su hija corrió hasta la cocina y regresó con lo encargado, un trapo de piso y una pala para recoger los trozos de vidrio.

—Déjame ayudarte —me ofrecí yo, arrebatándole la escoba de la mano y recogiendo los restos yo mismo para que no se lastimara.

—Tú siempre haciendo desastres, Leslie —exclamó su hermano sin siquiera ayudarla a secar el piso. La muchacha volvió a tomar asiento frente al ordenador, sumamente indiferente a lo ocurrido, mientras yo continuaba parado junto a ella observando cada rincón de la habitación.

—¿Tienen ganas de ver fotos, chicos? —sugirió ella. Yo no podía creerlo, aquella idea era suya y mía; no iba a compartirla con su hermano y mis amigos. ¿Por qué me hacía eso? Nos sentaríamos a ver fotografías los dos solos junto a un delicioso café, ¿acaso pensaba repetirlo en algún otro momento? Acababa de arreglarle su ordenador, más le valía pagarme por ello con lo que habíamos acordado. Allí no había ningún contrato de por medio que incluyera a mis amigos en el cobro; aquel momento tan nuestro, era ahora una tarde cualquiera junto a otros cuatro personajes secundarios.

—¡Claro! Pero muéstranos fotografías de chicas lindas —exclamó James con su mórbida sonrisa. Leslie se abstenía de responderle intentando evitar el remate del chiste. Navegaba por distintas carpetas compartiendo con nosotros algunas de sus fotos.

—Vean, esta es de cuando festejé mis diecisiete años —nos enseñaba ella. Podía verse en la pantalla del ordenador una colorida fotografía suya de aquel cumpleaños en el que James, Frederic y yo nos habíamos invitado sin previo aviso.

—Pondré algo de música mientras tanto —agregó. Continuábamos viendo las fotografías mientras las canciones sonaban en orden aleatorio una tras otra.

—En esta foto estábamos en la playa con una de mis amigas —explicaba ella, tapando con la mano su delantera en bikini.

—¡Wow! tu amiga está realmente buena —se exaltó George, mientras yo intentaba escabullir la mirada por entre los dedos de su mano que aún seguían sobre la pantalla cubriendo el bikini.

—Bueno, bueno, no más fotos de la playa. Se ponen muy molestos —se quejó ella, cerrando finalmente las fotografías.

—¿Hey, dónde has conseguido esa canción? —exclamé sorprendido, al escuchar mi propia voz en los parlantes de su ordenador.

—No tengo idea. Estaba aquí guardada. ¿Eres tú el que canta? —preguntó ella, aun más sorprendida que yo.

—Así es. Lo más probable es que te la haya enviado en algún momento, aunque realmente no lo recuerdo —respondí, intentando refrescar un poco mi memoria. Mientras tanto, sentado incómodamente sobre la cama de su hermano, Frederic transformaba su cansancio físico en un evidente cerrar de ojos.

—Hey, muchachos, sugiero que vayamos regresando. Estoy muy cansado y tengo cosas que hacer —exigió, alzando nuevamente sus párpados. La reunión comenzaba a volverse bastante aburrida para todos; quería estar con ella a solas y aquello no iba a ocurrir tan fácilmente. Decidí, por lo tanto, sumarme a las crudas demandas de Frederic y continuar nuestro encuentro en algún otro momento.

—Sí, yo también debería ir regresando ya —exclamé.

—De acuerdo, los acompañaré a la puerta. Recuerden que están invitados cuando quieran —nos convocaba ella cortésmente. Esperaba que algún día fuera yo aquel dichoso que tuviera esa libertad de visitarla cuantas veces quisiera. Me despidió naturalmente como siempre lo hacía y nos acompañó hasta aquel elevador desde donde sabríamos regresar perfectamente hasta nuestras bicicletas.

Por fin su ordenador se encontraba en buenas condiciones. Supuse que algún día me daría las gracias por ello; a su manera quizá. ¿Recordaría acaso que aún debía pagarme con aquel café con el que nos sentaríamos a ver fotografías? ¿Lograría recordarlo sola o se iría simplemente con el correr del tiempo? «Podría al

menos haberme dado las gracias», pensé una vez más. Evité concentrarme en los hechos; al parecer la gratitud no era una de sus mayores virtudes.

Platicamos al día siguiente tan abiertamente como de costumbre, junto a aquella libertad de expresión y afecto que hasta entonces compartíamos también a través del Chat:

—¿Y qué tal sigue tu ordenador? —pregunté animosamente; esperaba haberle dejado una buena impresión.

—¡Espectacular! Y mi hermano está muy contento por ello, dice que quiere que le enseñes informática.

—Jaja, yo encantado, claro. No tendrás otra opción que invitarme a tu casa más a menudo —agregué, sumamente risueño. Parecía estar logrando por fin mis más grandes propósitos. Continué jugando el papel de aquel cortejador en el que tanto deseaba convertirme.

—¿Sabes qué, Danser? Mi madre dice que eres muy lindo —exclamó Leslie, desfigurando un poco nuestra conversación. No había allí fundamento alguno. Todos somos lindos a aquella edad, mayormente ante los ojos de previas generaciones. De todas formas, aquel no era un dato menor.

—Jaja, ¿de veras? Pues, es un grave problema, Leslie. Tendrás que avisarle a tu madre que mi amor ya se encuentra dirigido hacia otra persona —agregué, incluyendo al final de mis líneas un infaltable icono gestual en forma de guiño.

—Te diré algo, Danser. Existe una forma de que me enamore incondicionalmente de un chico —añadió ella, desatando en mí una de mis mayores inquietudes.

—¿Y cuál sería esa forma? —pregunté intrigado, asumiendo la posible eventualidad de poder lograrlo.

—Pues, digamos que si un chico es de esa manera, soy capaz de enamorarme completamente —respondió por fin, generando un nuevo acertijo en mi mente; una nueva incógnita que aún no estaba listo para resolver.

—¿Mmm, hablas de la marca de shampoo que usa el chico, quizá? —bromeé, esperando a que me revelara por fin su secreto. ¿Acaso había logrado enamorarla? ¿Me había adecuado a aquel perfil del que ella hablaba? ¿Cómo conseguiría averiguar-

lo? No podía creer que fuera tan difícil conquistar a alguien. Estaba dispuesto a amarla y protegerla sin excepción alguna, brindarle mi compañía y mi sinceridad. ¿Cómo es que era tan difícil enamorarla? Concluí en que la mejor de mis opciones sería dejar que el tiempo respondiera a mis preguntas. Dejar que los momentos fluyeran solos tal como ella me había enseñado y evitar que los instantes fueran sólo una creación de mi autoría. Así esperé paciente a que el tiempo cumpliera con su parte.

x x x

Todos los aventureros o competidores pasan cerca de sus trofeos tarde o temprano. Corren hacia él con todas sus fuerzas y energías hasta observarlo justo frente a sus ojos. Se inclinan hacia él, lo rozan, lo sienten con ambas manos; sienten su contextura y su eterno brillo tal como lo imaginaban y, justo en aquel instante, cuando sólo se encuentran a un paso de obtenerlo y abrazarlo triunfantes, tropiezan accidentalmente para verlo alejarse de nuevo. Yo alcancé aquel trofeo el 17 de Junio del año 2005. Supuse que era un buen horario para jugar al tenis con los muchachos. Me coloqué aquellos pantalones celestes que nunca usaba y una camiseta negra ciertamente ordinaria. «Bastaría perfectamente para aprovecharla a nivel deportivo», pensé.

—¡George, ve a buscar la pelota! —le gritó Frederic a su amigo, observando como este le daba un tremendo azote a la pobre bola que ahora cruzaba los límites del campo de juego. James y yo nos observábamos desde nuestros respectivos puntos estratégicos.

—¿A qué hora dijo Leslie que llegaría? —le pregunté a Frederic, quien observaba exhausto como George regresaba junto con la pelota.

—En unos minutos. Aseguré que vendría con una de sus amigas —aclaró él.

—Que venga con quien sea pero que venga. Muero de ganas por verla —agregué, alzando nuevamente mi raqueta para cubrir aquella bola que volaba directo hacia mis narices.

—Ten cuidado, Frederic, ahora es James quien hará el saque —le grité, colocándome en posición de defensa. La pelota cruzaba velozmente de un lado a otro, mientras nuestras raquetas sacudían el aire dejando pasar el viento a través de su encordado.

—¡Esta es para ti, Danser! —exclamó Frederic, haciéndose a un lado para que yo recibiera el tiro. Intentaba dominar mis movimientos pero mis músculos no parecían siquiera percatarse de mis esfuerzos.

—¡George, compórtate! Lanza la pelota como corresponde —le gritó James, observando como su compañero se defendía con golpes sumamente desinteresados. No era un gran amante del deporte; se libraba de la bola como si ésta fuera una gran molestia.

—¡George, empieza a pegarle como es debido o no jugaremos más! —lo enfrente con prepotencia, mientras el zumbar de unas voces lejanas alcanzaban mis asombrosos sentidos auditivos.

Allí pude verla acercándose junto a su amiga. Una chica de cabello rojizo con la que yo solía compartir en la escuela mis clases de inglés. Jamás nos habíamos dirigido la palabra, decidí simplemente fingir que no la conocía. Sin siquiera considerarlo, noté como mis músculos aumentaban notablemente su rendimiento a causa de su presencia. Llevaba puestos unos llamativos y resaltantes pantalones color fucsia y una ajustada camiseta negra. Su cabello suelto se dejaba llevar por el suave movimiento del viento, mientras su amiga me observaba con cierto disimulo.

—De acuerdo, Leslie. Tú y Frederic jugarán de este lado de la cancha. Tu amiga y yo jugaremos de aquel otro, ¿está bien? —le explicaba James, intentando tomar ventaja de su compañera. Yo me senté a un costado con George para observar como mi gran amor se enemistaba con su propia raqueta.

—Jamás lograrán darle a la pelota estas inútiles —me susurró George al oído, mientras yo continuaba ido por la imagen de mi amada sobre la cancha. En respuesta a ello, dejé salir una corta carcajada esperando a que se callara de una vez por todas. No pretendía nada de ella; la amaba por su torpeza y su sencillez. No procuraba que supiera sostener una raqueta: Me gustaba tal como era.

Aquella vuelta duró realmente poco. Frederic lanzó la pelota con uno de sus típicos saques, obligando a esa pobre muchacha a realizar un salto imposible de efectuar.

—¡Ayyyyy! —gritó de pronto su amiga, arrojándose al piso y llevándose las manos a su tobillo derecho.

—Te lo dije, Danser, son realmente inútiles —repitió George desubicadamente, mientras James se abalanzaba abruptamente hacia su compañera de juego para revisarle el pie.

—¿Estás bien, amiga? —le gritó Leslie, sin siquiera aproximarse para ver lo que pasaba. Frederic se reía bajo ese grotesco sentido del humor mientras yo permanecía allí sentado como si nada ocurriera; imaginé que hubiera hecho si, en lugar de su amiga, se hubiera tratado de Leslie: Alzándola con ambos brazos, la hubiera llevado a urgencias médicas intentando rescatarla de su desdicha como un torpe apasionado inconsciente. Pero claramente, no se trataba de ella sino de su amiga. Dejé que James se ocupara de ello.

—Hey, chicos, no creo que pueda jugar más; le duele demasiado. Leslie, será mejor que la acompañes a su casa —exclamó James desde el lado opuesto del campo.

Allí terminaría finalmente nuestro corto encuentro. «Al menos pude verla por unos minutos», pensé. Se acercó rápidamente a su amiga y, acompañándola hasta la entrada de la cancha, se alejaron finalmente de mi alcance visual.

—¡Maldición, Frederic! ¿Por qué le arrojaste la bola de esa manera? —le grité a mi amigo, cargándole con la falta. Claro era que ya no podría disfrutar de mi musa inspiradora.

—¿Acaso yo tengo la culpa de que su amiga no sepa saltar? Si no alcanzaba a atraparla no hubiera efectuado ese brinco tan tonto —se defendía él, mientras George y yo regresábamos una vez más al campo de juego.

—De acuerdo, basta de discutir. Vinimos a divertirnos, ¿no es así? —repuso James, realizando un gran saque con su raqueta. Yo salté desde una de las esquinas, atrapando a cuestas aquel lanzamiento, mientras Frederic se arrojaba hacia mí en caso de que yo no pudiera lograrlo. George recibió el contraataque tropezando con sus propios movimientos y dejando caer su raqueta

al suelo. James retrocedió unos metros y, alcanzando finalmente la bola, la aventó con fuerzas hacia el lado opuesto de la red. Continuamos jugando unos minutos más mientras el sol comenzaba por fin a ocultarse.

—George, ¿podrías sostener bien tu raqueta? Ya es la quinta vez que la dejas caer —rezongué, mientras James se alejaba a buscar la pelota con cierto desgano. Así transcurrían nuestros juegos si es que George se encontraba presente: Tres o cuatro boleadas y a empezar una vez más desde el principio.

Comencé a correr rápidamente hacia la pelota cuando noté que mis músculos volvían a fortalecerse.

—¿Y ahora qué ocurre? —pensé en voz alta, concentrándome en aquella energía que otra vez recorría mis venas. Logré comprenderlo más rápido de lo que creía.

—Hey, chicos, ¿todavía les queda un lugar para mí? —exclamó Leslie, cruzando nuevamente la puerta de la cancha. Yo evitaba que mi boca dibujara esa sonrisa tan notoria que estaba a punto de escapar de mi rostro.

—¡Vaya! Miren quien ha regresado —exclamó George al verla entrar.

—¿Y qué pasó con tu amiga? —preguntó James con cierta curiosidad al advertir que, esta vez, la muchacha no venía acompañada.

—Le llamé un taxi y esperé a que la vinieran a buscar —respondió ella, mientras yo notaba la ausencia de su raqueta; al parecer había tenido tiempo de dejarla en su casa y coger, por si acaso, una delgada campera del color de sus pantalones deportivos. Así llegaron, a su vez, dos muchachos de unos treinta años de edad intentando aprovechar, al igual que nosotros, las últimas horas del día. Leslie se acercó a Frederic quien, facilitándole su raqueta, la invitó a sumarse nuevamente a nuestro juego. George lanzó finalmente esa pelota cuya trayectoria era una verdadera falta de respeto al deporte.

—No nos hagas pasar vergüenza, George, tírala como corresponde —le grité desde la otra punta del área. Leslie sostenía la raqueta en guardia preparándose para cualquier clase de lanzamiento. Tomé carrera hasta la pelota, que esta vez volaba direc-

tamente hacia mí, y recurriendo un movimiento claramente imposible de realizar, pegué un fuerte salto hacia ella alcanzando así una de mis mejores jugadas.

—¡Wow! Danser, ¿cómo hiciste eso? —exclamó Frederic sorprendido.

—No tengo idea. Supongo que tuve algo de suerte —respondí, conciente de que aquello era un contundente resultado de la presencia de mi amiga. Continuamos peloteando unos cuantos minutos más hasta agotar la entereza de nuestros observadores.

—Hey, muchachos, creo que ya han jugado demasiado. Nos toca el turno a nosotros —vociferó finalmente uno de los hombres, alistando su raqueta junto a su compañero para apoderarse de la cancha.

—Media hora más y terminamos —agregó James, muriéndose de risa. El hombre se colocó de pie y se acercó bruscamente hacia el área de juego.

—No te pases de listo jovencito. Nos toca a nosotros, están invitados ya mismo a salir de la cancha —concluyó él, haciéndole a su compañero un leve gesto con la mano para que este se pusiera también de pie.

—¡No lo provoques James! —le gritó Leslie—. Pasemos a la cancha de al lado.

—No quiero insultar tu inteligencia, amiga, pero la cancha de al lado es de básquet —reparó Frederic, mientras George continuaba riéndose burlescamente de ella. Yo la observaba con compasión, intentando sumarme a su propuesta para que no se sintiera una verdadera idiota.

—Hey, chicos, no es mala idea. Podríamos simplemente utilizar la línea del medio para reemplazar la red —sugerí yo, corriéndonos de la cancha de tenis para cederle el turno a los otros dos muchachos. El sol ya comenzaba a esconderse y pronto nos quedaríamos sin jugar.

—¡Tengo una idea, chicos! Podríamos ir a las canchas de Air-sena —propuso Frederic, levantando un poco nuestros ánimos. Aquel era uno de los barrios más nuevos de Harainay. Situada al sur de la ciudad y poblada por los más hermosos edificios y vi-

viendas, Airsena poseía a su vez unas cuatro canchas de tenis y pequeños parques de juegos para niños.

—De acuerdo, Frederic y yo iremos en bicicleta. Tú, Danser, puedes darle la tuya a George e ir caminando con Leslie — exclamó James, organizando nuestro largo trayecto hacia las otras canchas. Aquella era la ocasión perfecta para comprobar una de mis tantas teorías.

—Yo iré en bicicleta, tengo las piernas realmente cansadas. No creo que pueda caminar tanto —exclamé en voz alta. Mis amigos se miraron de reojo intentando comprender la naturaleza de mis últimas palabras mientras Leslie, al parecer, distraída en la otra opuesta, observaba a los dos muchachos jugando al tenis. Esperaba que reaccionara, que se desviviera por caminar junto a mí hasta Airsena, pero no. Continuaba distraída como si nada.

—De acuerdo, iremos todos a pie —decidió finalmente James, evitando cualquier tipo de inconveniente. Sujetamos con ambas manos nuestros manubrios y comenzamos finalmente nuestro viaje.

—Escuchen, conozco un camino más corto hasta Airsena — sugirió Leslie, señalando una de esas calles que yo jamás hubiera escogido. ¿Qué importancia tenía acaso? Con ella a mi lado estaba francamente dispuesto a perderme en cualquier parte del mundo. Continuamos caminando por aquella senda oscura y sosteniendo con fuerzas nuestras bicicletas para no perder el equilibrio en la subida. Noté de pronto como Leslie caminaba entre nosotros alejándose cada vez más de donde yo me encontraba; comprendí que algo no iba bien. Giró lentamente su cabeza hacia mí y me observó con suma seriedad.

—No hablaré más contigo —pronunció en voz baja.

—Hey, Leslie, espera, ven aquí. ¿Qué ocurre? —le grité para que se acercara.

—¿Cómo “qué ocurre”? ¿Me hablas en serio? “Ay, tengo las piernas cansadas, no podré caminar tanto” —me regañaba ella, citando con exactitud mis previas palabras. Al parecer, había alcanzado a escucharme.

—Oh, jaja, es que... quiero decir... te estaba poniendo a prueba —respondí finalmente, recurriendo a la pura verdad.

—No necesitas ponerme a prueba, tonto. Claro que quería ir caminando contigo, ¿Qué necesitabas comprobar?

—Tienes razón, no sé porque dije eso. De veras lo siento —me disculpé.

—Hey, Danser, préstame tu bicicleta, nos adelantaremos un poco —me gritó George, acercándose a nosotros. Se la entregué en perfectas condiciones y nos quedamos completamente solos detrás del resto de los muchachos.

Platicamos un buen rato recordando algunas de mis viejas actitudes; ya no había secretos ni mentiras. Sabía lo mucho que la amaba y cuanto disfrutaba el estar con ella, y aun así, continuaba conmigo. Todo era tan perfecto, ya sólo estaba a unos pocos pasos de obtener su amor; sin embargo, aún no sabía cómo lograrlo. Temía equivocarme, obligarla a dar aquel último salto del que tanto dependíamos para estar juntos. La sentía intensamente mía, pero no era suficiente. Necesitaba observarla a los ojos, sentir su boca, su calor. Abrazarla fuertemente sin siquiera preocuparme por las consecuencias. Oír su voz tan cerca de mi alma, cuya música pudiera envolverme en un interminable mundo de emociones. Temía realmente equivocarme. Ya no pensaba correr aquel riesgo; no hasta que nuestros intereses fueran claramente mutuos.

—¡Hey, Danser! Tú que sabes arreglarlo todo, necesitamos de tu ayuda —me gritó Frederic a pocos metros de donde estábamos. Nos encontrábamos ya muy cerca de Airstena, sin embargo, George parecía haber tenido un pequeño percance.

—Te tienen una gran admiración tus amigos. Eres aquel chico que lo sabe hacer todo —aseguró Leslie. Si hubiera sabido que el total de mis motivaciones provenían de ella, se hubiere realmente asustado. Prometí que jamás se lo diría.

—¡George mi bicicleta! ¿Te das cuenta? No puedo darte nada —le grité, observando una cadena colgando del eje trasero. Me acerqué a gran paso veloz y lo ayudé a voltear mi bicicleta con las ruedas hacia arriba. ¿Dónde encontraría un taller abierto en aquella zona?

—Lo siento, Danser, creo que se ha trabado al usar uno de sus cambios —me explicaba él, mientras yo intentaba descifrar la

naturaleza del problema. Nuevamente aquella extraña energía se deslizaba desde el cuerpo de Leslie hacia el mío, creando en mi mente una compleja enciclopedia de ingeniería mecánica. Dejé que aquella fuerza se apoderara poco a poco de mis manos y me incliné hacia la rueda para solucionar finalmente el problema; supuse que algún día lo entendería. ¿Existía alguna explicación a ello? ¿Puede realmente el amor generar una potencia tan ilimitada capaz de permitirnos lograr cualquier reto? Y tal como era de suponerse, allí estaba nuevamente mi bicicleta funcionando a la perfección.

—¿Ya ves, Danser? ¿Por qué te haces tanto problema? Lo has arreglado en menos de treinta segundos —se defendía George, librándose de la poca culpa que le quedaba. Se subieron una vez más a las bicicletas y pedalearon los pocos metros que restaban para llegar a las canchas de Airstena. Leslie y yo retomamos nuevamente nuestra conversación.

—¡Me encanta tu arete! Deberías agregarte alguno más —comentaba ella, caminando a mi lado.

—Creo que con este estará bien. No soy muy fanático de las perforaciones.

—Bueno, a mi me gustan los chicos que tienen la cara repleta de aros, sobretodo en la lengua. Se siente realmente bueno besar a alguien con arete en la lengua —opinaba ella, mientras yo me sorprendía por la diferencia en nuestros gustos.

—Pues, estás realmente loca si piensas que me haré un agujero en la lengua sólo para satisfacer tus gustos. Mi amor por ti tiene algunos límites ¡Jaja! —exclamé irónicamente, compartiendo con ella una leve carcajada.

—A ti no te hacen falta. Estás muy bien así —reparó, dándome un pequeño toque en el hombro.

—¿Conoces la ciudad de Telia, Danser?

—Claro que sí, Frederic me ha hablado de ella muchas veces. Nos gustaría ir allí algún fin de semana —respondí, ciertamente cautivado. Telia era una ciudad vacacional ubicada a unas cinco horas de viaje hacia el sur. Atestado de hoteles y playas privadas, se convertía en un sitio sumamente recomendable para aquellos que anhelaran sus tiempos de descanso.

—Pues, mis padres me pagarán el viaje hacia allí —comentaba ella.

—Vaya, que buen gesto. Mis padres no me pagan nada —agregué algo extravagante. Caminamos unos pocos metros más y llegamos finalmente a un pequeño estacionamiento. Los muchachos aparcaron las bicicletas a un costado y saltaron el pequeño muro que nos separaba de las canchas de tenis.

—¡Por aquí, chicos! —nos gritó James desde el otro lado. Nos acercamos lentamente a aquella pared intentado imitar el mismo salto para alcanzar el lado opuesto. Utilizando una pequeña parte de mi energía, brinqué con todo mi cuerpo para, luego, ayudar a Leslie a cruzar sana y salva aquel muro.

—Chicos estoy cansada. ¿Podríamos sentarnos unos momentos? —exclamó ella, acercándose a unos de los bancos que había encontrado allí. Se trataba de un pequeño parque de juegos para niños, repleto toboganes y hamacas. Leslie y yo nos desplomamos sobre aquel banco mientras el resto de los muchachos se lanzaban contra los juegos para revivir algunas de sus infancias perdidas. Parecían tres criaturas deslizándose de una punta hacia la otra, desperdigando una gran coreografía; una significativa pintura donde Leslie y yo representábamos juntos la perfección del desorden. Continuamos conversando sin prestarles la más mínima atención a nuestros amigos.

—¿Cada cuánto te sacas? —me preguntó ella, realizando un extraño gesto con su mano y el mentón; tardé algunos segundos en comprender lo que intentaba decirme.

—¡Oh! Te refieres a cada cuántos días me afeito. Pues, depende de la época. A veces me gana la pereza —respondí. Me quité mi gorra para acomodarme el cabello mientras ella me la colocaba de nuevo, esta vez con la visera hacia atrás.

—Ponla así al revés, te queda mejor. Te resaltarán más los ojos —agregó, observando con fascinación mi nueva imagen. Se encontraba más cansada de lo que parecía; tal vez no estaba acostumbrada a caminar tanto. Se recostó boca arriba sobre el banco y apoyó su cabeza sobre mis piernas. Yo intentaba no moverme tanto para que pudiera descansar tranquila. Cerró lentamente sus ojos y dejó que su pelo se desplomara sobre mis ma-

nos mientras yo la observaba sin poder siquiera pestañear. Allí la tenía junto a mí de una manera tan inexplicable, que pudo mi mente guardar la más perfecta fotografía de su belleza. Le acomodé el cabello justificando mis ansias por acariciarla, cuando abrió sus ojos para observarme fijamente. Entonces pude sentir el poder de su mirada, de su corazón. Su piel era la obra más hermosa que pudiera yo encontrar escondida en la naturaleza. Un mundo perfecto justo entre mis manos, aquel trofeo que tanto deseaba alcanzar. Deseaba besarla, sentir el esplendor de su boca sobre a la mía, su tan desconocido sabor. Encerrarme con ella en un mundo aparte, un universo completamente distinto donde sólo existieran nuestros cuerpos, el poder de nuestras miradas. Moría de ganas por besarla, y aun así, por primera vez en mi vida, me sentía realmente completo.

—¡Hey, Leslie! Tu teléfono móvil está sonando —gritó James desde uno de los toboganes. La muchacha se levantó rápidamente a responder antes de que colgaran. Al parecer, su madre quería saber dónde estaba.

—Está bien, mamá, no te preocupes, estoy con Danser —le contestó ella para que se quedara tranquila; la observé sorprendido desde aquel banco. ¿Era yo un motivo suficiente para garantizar la tranquilidad de su madre? Allí éramos cuatro chicos, ¿por qué mencionaría sólo mi nombre? Logré finalmente comprenderlo; la presencia de mis amigos no importaba. Leslie estaba allí sólo por mí. Jamás hubiera acompañado a esos cuatro payasos hasta Airsená; no cabían dudas al respecto.

—¡Insolentes! ¿Se dan cuenta del ruido que están haciendo? Váyanse de aquí o llamaré a la policía —nos gritó un vecino desde el edificio más cercano. Ya eran casi las diez de la noche y nosotros continuábamos allí como si nada.

—Lo siento, señor. Nos iremos aquí a la vuelta. Ya puede seguir durmiendo —me disculpe, convenciendo a mis amigos de continuar nuestro viaje. Allí encontramos un parque bastante similar al anterior. Nos sentamos nuevamente en uno de los bancos mientras George y James correteaban otra vez entre los juegos.

—¿Hey, alguien me prestaría su campera? Me estoy congelando —murmuró Leslie, abrazándose a su chaqueta deportiva que, al parecer, no era lo suficientemente abrigada. Yo continuaba en mangas cortas como si el frío no pudiera afectarme. La energía de mi cuerpo se encontraba en un punto sumamente alto como para que el clima pudiera aquejarme.

—De acuerdo, iré a casa a buscar un suéter y algo para comer. ¿Quién me acompaña? —se ofreció Frederic, observando a James y a George con plena curiosidad. Sabía bien que yo me quedaría con ella.

—De acuerdo yo iré. Vamos Frederic —se propuso George, dispuesto a acompañarlo hasta su casa. James se quedó junto a nosotros sentado en aquel banco; su presencia se volvió realmente imperceptible. Leslie se acurrucó sobre mi hombro izquierdo, aclimatándose con el calor de mi cuerpo, mientras James nos observaba sorprendido. Lo miré fijamente a los ojos comprendiendo claramente el mensaje en su mirada:

—Bien hecho, Danser, lo has conseguido.

George y Frederic no tardaron en llegar. Leslie continuaba acurrucada sobre mi hombro y abrazándome fuertemente con sus brazos. Su energía junto a la mía provocaba una inmensa atmósfera de magia que, al parecer, sólo mi cuerpo lograba percibir. Aquella sensación era la huella más perfecta que alguien podría dejar en mi memoria.

—Qué callados que están —exclamó Frederic, acercándose con las provisiones y nuestras bicicletas.

—Aquí traje un suéter de mi hermanito y esta pequeña bolsa de cacahuetes; en caso de que alguien tenga hambre, claro.

—Gracias amigo, realmente te has pasado esta vez —le agradecí, despertando a Leslie para que se pusiera el suéter. Se veía realmente encantadora con aquel pulóver gris y sus pantalones color fucsia. James y George se arrojaron contra las hamacas mientras ella y yo estrenábamos la bolsa de cacahuetes. Sacó uno del paquete y, sosteniéndolo con dos dedos, lo adentró sutilmente en mi boca. Ya sentía esa confianza que tanto deseaba tener con ella, ¿qué más podía pedir? Nuestra relación se volvía cada vez más perfecta, ya casi no hacía falta desvivirme por alcanzar

su amor. Se recostó nuevamente sobre mis rodillas y me mordió la pierna tal como si aquello fuera un amistoso jugueteo de pareja.

—Hey, Leslie, mira lo gorda que te estás poniendo por comer tantos cacahuets —bromeó James, intentando molestarla un poco.

—No es gordura, es que estoy embarazada —continuaba ella con aquel juego tan disparatado.

—¡Oh! Que interesante. ¿Y quién es el padre? —indagó él, aprovechando la reciprocidad de su broma.

—Danser, por supuesto, ¿quién más sino? —concluyó ella. Yo sonreía más por su respuesta que por la trivialidad de su juego. ¿Me convertía finalmente en algo más que su amigo, o sólo era exceso de confianza? Quizá así se comportaba con todo el mundo y yo era sólo un bufón más de su lista. Aun así, aquellas respuestas saltaban a la vista al igual que su cabeza sobre mis piernas. Ya no quedaban suposiciones pendientes.

—De acuerdo, tengo otro juego interesante —exclamó George desde una de las hamacas—. Se llama “Verdad consecuencia”. Yo formularé una pregunta a cada uno, y ustedes estarán obligados a responder con la verdad, ¿de acuerdo? —nos explicaba nuestro amigo. Por alguna razón, supuse que aquel recreo no terminaría nada bien.

—Tú primero, Danser. Aquí va la pregunta. ¿Eres virgen? —me comprometía George con aquel juego tan tonto. Me encontraba a punto de mentirles a mis amigos; Leslie ya sabía la verdad y no iba a arriesgarlo todo por preservar nuestra confianza.

—Así es, lo soy —respondí orgulloso. Sin embargo, aquello no fue suficiente. Los tres comenzaron a reír con intensas carcajadas mientras una molesta desconfianza reaparecía en Leslie una vez más. Le había dicho la verdad, ¿por qué iba a creerles a mis amigos? Prometí que jamás le mentiría; no iba a hacerlo a esas alturas.

—Hey, no entiendo de que se ríen. Estoy diciendo la verdad —me defendí, intentando ganar nuevamente la confianza de mi amiga.

—Jaja, ni tú te lo crees, amigo. En fin, no importa. Vayamos ahora a la siguiente pregunta, esta es para ti Leslie. Y aquí va, ¿estás enamorada de Danser? —concluyó George, desbordando aquel vaso con la última gota de nuestra paciencia.

—De acuerdo, ya es suficiente, déjenos solos —se quejó ella, defendiéndonos a los dos por igual. Acababan de tocar un punto crítico en nuestra amistad. Esa última incógnita que nos separaba hasta entonces.

—Hey, está bien, sólo era una broma. No se enojen —se disculpó él.

—Está bien, no pasa nada. Ya podríamos ir volviendo, se está haciendo demasiado tarde —exclamó Leslie, colocándose de pie. Se sacudió del suéter algunos restos de cacahuete y se libró de algunas contracturas en el cuello.

—Espérenme un segundo, necesito ir al baño —añadió ella, apoyando las manos por debajo de su ombligo.

—Pues, yo no veo ninguno por aquí. Tendrás que ir detrás de aquel muro —le sugirió James, señalando un pequeño rincón al costado del parque.

—Está bien, no tardaré —le agradeció ella, alejándose a gran velocidad. George se acercó a mí sigilosamente y, procurando no alzar demasiado su voz, me reveló su opinión respecto a los hechos.

—Ya es tuya, Danser, lo has conseguido. Sólo te falta otro poco y es tuya.

—Sí, Danser, deberías verte cuando estás junto a ella. Es realmente inconfundible lo que pasa entre ustedes dos —agregó James, sumándose a los elogios de George. Yo no supe responderles. La sentía tan cerca y a la vez tan lejos. Tan mía y aprehendida a mi corazón, que no hubiera soportado perderla de nuevo. Comprendí finalmente que una vez cruzada esa pequeña barrera que aún nos separaba, ya no habría marcha atrás.

—¿Ya hemos descargado suficientes toxinas? —le dije a Leslie, mientras se acercaba nuevamente hacia nosotros.

—Jaja, sí, ya está. Ya podemos ir regresando —respondió ella, acomodándose el suéter que Frederic le había traído. Camina-

mos unos pocos pasos hacia la calle principal de Airsená donde algunos de los vehículos pasaban por allí despaciosamente.

—¿Hey, Frederic, me prestas tu bicicleta? —exclamó ella acercándose a él.

—¿Sabes andar? Podrías caerte, es especial para ciclistas altamente experimentados —apeló él, evitando acceder a sus tan infantiles peticiones.

—Claro que sé, tonto. Tenía una hace un tiempo pero me la robaron —se defendió. Yo caminaba junto a ella mientras Frederic le entregaba su bicicleta. Se subió cuidadosamente y comenzó andar por la acera mientras yo disfrutaba de esa imagen tan graciosa; una vez más, su poca feminidad se ausentaba para expresarme la magia de su personalidad. Aquella aniñada forma de ser suya que no encontraría jamás en otras musas, conseguía enamorarme cada vez más de su persona.

Se bajó por fin de la bicicleta y continuamos caminando hacia su casa retomando una vez más el mismo recorrido. Allí alcanzamos finalmente ese humilde barrio residencial por el que habíamos arribado.

—Creo que nos hemos perdido, Leslie. ¿Estás segura de que es por esta calle? —protestaba James.

—Casi segura. Desde aquí puedo ver el edificio en el que vivo.

—Lo que tú digas —accedió él.

Continuamos avanzando algunos metros mientras ella se quejaba de un molesto dolor de pies.

—Ya casi llegamos, Les. Tan sólo unas calles más —la serenaba yo, caminando apegadamente a su lado.

Por fin alcanzamos aquel círculo frente a esos siete edificios idénticos. George se despidió de nosotros con sumo desinterés mientras Frederic, James y yo escoltábamos a Leslie hasta el edificio de enfrente.

—Adiós chicos, gracias por acompañarme —saludó a mis dos amigos. En cuanto a mí, se acercó sin decir palabra alguna y me abrazó intensamente desplomando todo su cuerpo sobre el mío. Pude sentir su calor a través del suéter de Frederic, que al parecer, olvidaba devolverle. Gocé una vez más de su cabello rozan-

do mi rostro, convirtiendo aquel abrazo en una entidad claramente inquebrantable. Su energía florecía en mi interior creando una cierta e indescriptible ebullición de emociones.

Frederic se alejó en dirección oeste mientras yo acompañaba a James hasta su casa.

—¿Qué opinas al respecto, Danser? Es realmente increíble — exclamó James, deteniéndose unos segundos junto a su puerta con ansias de quedarse conversando algunos minutos más.

—No sé qué podría opinar. Por lo visto, las cosas parecen estar resultando tal como quería pero, no lo sé, ¿y si todo se desmorona de nuevo?

—¿Por qué piensas eso? Está todo más que claro, Danser, Leslie es indiscutiblemente la chica que necesitas.

—Es que temo perderla de nuevo. Se pone a veces muy histérica, James. ¿Cuánto tiempo crees que pasará hasta que ella cambie de parecer? Un pequeño error y la perderé para siempre, no creo que vaya a darme tantas oportunidades —agregué confundido; me inquietaba aquella idea. La suerte iba y venía sin previo aviso. Lo que fácil llegaba, fácil podría irse de nuevo.

Un sonoro graznido nos obligó a apuntar de pronto nuestras cabezas hacia el cielo. Allí a lo alto, un inmenso halcón blanco cruzaba las nubes observándonos desde las vastas alturas.

—¿Lo has visto? Es realmente hermoso —exclamé absorto. Su brillante pelaje se lucía preciosamente ante la luz de la luna. Me despedí de James y abandoné finalmente aquel vecindario. Mi cabeza daba vueltas y vueltas; parecía ser que por fin lograría concebir el sueño.



Lo noche del día siguiente resultaba ciertamente anecdótica. Me encontraba aburrido en mi ordenador conversando con Leslie en el Chat; nuevamente a pocos metros de mi bloque, tal como la otra vez, en casa de su amiga.

—¿Qué no tienes mucho que hacer, Danser? —preguntó ella, tras contarle de mi escaso entretenimiento.

—A decir verdad, no. No hay mucho para hacer aquí en casa, creo que iré a mi cuarto a pelearme con mis instrumentos musicales —le respondí.

—¡Que bien! ¿Puedo ir a visitarte? —se ofreció ella.

—¡Ay sí, por favor! Me encantaría que vinieras. Te mostraré mi habitación y el desorden en los estantes ¡Jaja! También podríamos quedarnos en mi cuarto con la guitarra y pasar un rato el tiempo. ¿Qué dices?

—¡Suena genial! Pero sólo una hora, mi padre vendrá a buscarme por aquí más tarde —explicaba ella.

—Claro, no hay problema. Y en cuanto a hacer algo de música en mi habitación, a mis padres no les molesta, estarán cada uno ocupado en sus cosas.

—¡¿Qué?! ¿Tus padres están casa?

—Sí, ¿cuál es el problema? —exclamé sorprendido por su reacción.

—Entonces preferiría que fuera otro día, lo siento.

—Hey, no lo entiendo ¿cuál es el inconveniente, Les? Siempre traigo gente aquí —enmarqué, intentando comprender lo que ocurría.

—Locuras mías, Danser, tengo la mera impresión de que tus padres me odian por hacerte sufrir tanto —concluyó finalmente ella. ¿Por qué respondería ahora con esa extraña paranoia? Mi padre jamás la había visto y mi madre apenas la recordaría como “la hija del señor Gilbera” de la pizzería Parci. ¿Qué rayos le ocurría ahora a esta chica?

—¿Cómo puedes pensar eso, Les? Nadie podría odiarte, ni yo ni nadie. Vale aclarar, también, que mis padres ni siquiera te conocen.

—No importa, Danser, yo me entiendo. Preferiría que fuera un día en el que estés solo, ¿de acuerdo? —insistía ella. Supuse que ya no iba a lograr que cambiara de parecer.

—Pues, siguiendo esas pautas, no vendrás nunca. Mi familia se encuentra siempre en casa.

—Entonces no será nunca. Mala suerte —añadió ella, expresando una notable actitud de rebeldía; tal como si yo fuera el culpable de nuestro desencuentro. Así era su gran personalidad:

Hermosa con su frágil tolerancia ante los pequeños obstáculos que pudieran atravesársele en su camino. Le gustaba ofenderse con cierta facilidad; fingir que nada le importaba, que todo era un simple papel abollado que podría arrojarse al bote de basura ignorando la existencia de los problemas. Adoraba tener razón en todo; excluir la realidad de su imperfección rebelándose contra cada una de sus vicisitudes. ¿Por qué iba a cargar el destino con la culpa de nuestros inconvenientes? ¿Por qué no adaptar esas oportunidades a nuevos intentos, nuevas vivencias que pudiéramos compartir juntos? Así era su empírica personalidad: ¿Por qué culpar al destino si, en lugar de ello, podía culparme a mí?

✘ ✘ ✘

Domingo 19 de Junio, y como todos los sábados de verano, las vívidas figuras de Harainay se reunían en la rambla a disfrutar de los bailes populares. Tenía ese extraño presentimiento de que la encontraría allí, sentada en alguna parte, respirando el mismo aire que yo inhalaba. Me paré junto a la pista de baile observando a las distintas generaciones disfrutar de la misma corriente musical. Buscaba a Leslie por todas partes; mi cuerpo la sentía cerca y ella aún no aparecía. «¿Estaría funcionando mal mi radar corporal?» pensaba por momentos.

Por fin pude encontrarla sentada en una de las gradas; allí estaba sumamente solitaria, sólo que no había alcanzado a verla. Comencé a caminar hacia allí cuando noté que un grupo de muchachos se interponía sorpresivamente en mi camino.

—¡Danser! Qué bueno encontrarte por aquí ¿Te nos sumas a nuestra salida? Vamos hacia el centro —me saludaron El Tucán y sus amigos.

—Vaya, pues, justo estaba por ocuparme de algo. Si tan sólo esperaran unos minutos...

—Nada de eso, Danser, no te nos pongas antiguo. Vamos a la pizzería Parci a tomar una gaseosa, ven con nosotros —insistía él, mientras Leslie se acercaba lentamente desde un costado; parecía algo indignada por mis compañías. Me saludó a unos me-

tros de distancia con un leve gesto de miradas y continuó avanzando hacia el lado opuesto.

—¿La estabas esperando a ella, Danser? —preguntó uno de los muchachos mientras yo la observaba alejarse de mí.

—No, claro que no. Ya podemos ir yendo, chicos. Tengo mucha sed —concluí yo, y encaminamos finalmente nuestra ruta hacia la pizzería.

Por fin regresé a casa algunas horas más tarde. Me senté tranquilamente en mi ordenador mientras mi madre preparaba la cena. Allí estaba Leslie conectada tal como siempre, sólo que esta vez, algo molesta.

—¿Se puede saber que hacías con El Tucán y su pandilla? —preguntó irritada. Sabía cómo ella los detestaba con claros y contundentes motivos; supuse que aquella sería una forma algo tonta de ofenderla.

—Son mis amigos. ¿Cuál es el problema? —comencé lentamente a provocarla. Quería que reaccionara tal como reaccionan las novias; sentirme protagonista de una escena de histeria, aquellos caprichos suyos que no existirían jamás al soñar con ella en mis profundas utopías.

—¿Cómo que tus amigos?! Esos muchachos son típicos perversos, ni siquiera se acercan a ser buenas personas —comenzó a criticarlos. Debía admitir que tenía razón, y sin embargo, me agobiaba su forma de pensar tan ofensiva. ¿Quién era ella para cuestionar mis compañías, mis amistades? Olvidé por un instante las interminables burlas efectuadas hacia ella por cada uno de esos muchachos, y les di inconscientemente una primera prioridad.

—Disculpame, Leslie, pero creo tener el derecho a juntarme con quien quiera. Y por cierto, yo jamás critico tus amistades —respondí decisivo, revelándome contra su caprichosa actitud.

—¡De acuerdo, adiós! —se ofendió ella, confirmando la emergencia de ese único resultado posible. Decidí darle, entonces, algunos minutos para que recapitara ante ello. ¿Cómo es que un hecho tan tonto lograba enfadarla de esa manera? ¿Así es cómo se peleaba con todos sus amigos? ¿Por qué yo? ¿Por qué a mí y

no al resto de las personas con las que solía conversar tanto? Parecían importarle bastante mi pureza social y mis amistades.

—Hey, Danser, ¿Qué cuentas? —me saludó Lisa al verme conectado en el Chat.

—Pues, desorientado, ¿qué puedo decirte?

—Vaya, que sorpresa, tú siempre estás desorientado querido. Cuéntame que te ha ocurrido ahora con Leslie —exclamó deducivamente.

—Es que no la comprendo. Hasta ayer todo iba perfecto, no te harás una idea. El problema es que hoy, durante las danzas en la rambla, me vio junto a El Tucán y su pandilla. No entiendo que cuernos le ocurre, el tema es que ahora está ofendida por ello y no quiere hablarme más —le explicaba a Lisa, interpretando personalmente mis propias palabras. Pude de algún modo comprender la base del conflicto.

—Lo entiendo, Danser. Pues, mira, por una parte, aquellos muchachos son realmente una mala influencia para ti, Leslie no está tan equivocada después de todo. Y aun así, no creo que este sea un motivo tan grave para no hablarte más, pero es también una muestra evidente de lo mucho que le importas. ¿Y se ha enojado así sin más, o por algo que tú le has dicho? —desarrollaba Lisa en una interesante interpretación de hechos.

—Bueno, ahora que lo mencionas, creo haberle reprochado que no tenía derecho a decirme con quien juntarme.

—¿Qué eres tonto, Danser?! Claro que no tiene ningún derecho, ¿pero cómo es que pones a esos bandoleros en primer lugar? Leslie es la persona que quieres a tu lado, no ellos —se sobresaltó Lisa, desnudando la ingenuidad de mis actos. Había vuelto a equivocarme, ¿en que diablos estaba pensando cuando dije eso?

—De acuerdo, ya he metido la pata de nuevo. Ahora dime como puedo arreglarlo, Lisa —le rogué encarecidamente, esperando a recobrar al menos una pequeña parte de lo que ya había logrado hasta entonces.

—¿No es evidente acaso? Pídele disculpas —me respondió combativa.

—¿Y por qué iría a perdonarme? No es lo que dije lo que le ha molestado, sino el hecho de juntarme con El Tucán y los suyos.

—Aun así, Danser, pídele disculpas. Demuéstrale cuanto la quieres, que sabes admitir tus errores y faltas. Y procura buscarte buenas amistades si quieres realmente que Leslie te aprecie como tú lo deseas —concluyó Lisa, mientras yo discurría la forma más efectiva de pedirle perdón.

Abrí nuevamente aquella ventana de Chat que continuaba desolada en alguna esquina de la pantalla y comencé a escribir tan objetivamente como pude.

—Hey, Les, tengo la mera impresión de que no se te irá el enfado tan fácilmente. Estuve pensando y llegué a concluir que tienes toda la razón, aquellos muchachos son un mal provecho a mi identidad.

—No es eso, Danser. Lo que me enfada es que me digas una cosa y luego hagas lo contrario. Me dices que tú no eres como ellos, que no te agradan las cosas que hacen o dicen, sabes perfectamente las crueldades que han dicho de mí, y luego vienes y me dices que son tus amigos y que no tengo derecho a decirte con quien juntarte —exclamó Leslie, sumergiendo su bronca en aquellas palabras. Por fin pude razonar coherentemente, no se trataba de un capricho sino de mi sinceridad. ¿Por qué pude haber actuado de esa forma? Yo apenas podía tolerar a esos muchachos y, aun así, olvidé injustamente mis objetivos. Olvidé que la forma de descargar mis afectos hacia Leslie no era estando con aquellos que pintaran mi realidad con otros colores, sino estando con ella; con la verdadera dueña de mis emociones. Olvidé que su presencia en mi vida era más fuerte e intensa que cualquier pandilla de holgazanes. Que el sólo gozar de su compañía lograría crear esa extraña diferencia entre lo real y la ilusión.

—¡Maldición! No puedo creer que no me haya percatado de ello, Leslie. Soy un completo imbécil, juro que no era mi intención ofenderte así. Ni siquiera podría soportar el hecho de pelearme contigo por defender a esos zánganos. No sé en que estaba pensando.

—Está bien, Danser, al menos lo has entendido. No estoy enfadada, pero intenta ser más cuidadoso con las personas que frecuentas. Podrías lastimar inadvertidamente a otros.

—Sí lo sé, ni siquiera sé porque me junto con ellos. Le echaré la culpa a mi adolescencia —bromeé, justificando ocurrentemente mis actos. Logré finalmente que me perdonara pero supe que aquello no sería suficiente. Sentía que las cosas nunca volverían a ser las mismas; que todo lo logrado hasta entonces se convertiría en un gran jarrón roto recién acabado de reparar; nada jamás queda perfecto.

El inmenso autobús esperaba estacionado junto a la esquina de la ruta principal aquel 24 de Junio. Allí estaban Fabio y el resto de los muchachos aguardando para subir al vehículo.

—¿Tú también vienes a Velvati, Danser? No sabía que te gustaran las discotecas —exclamó Flammeed, al verme allí parado junto al autobús.

—Pues, me gusta innovar de vez en cuando. Nunca es tarde para bailar un poco de música —respondí, esperanzado a que mi amada apareciera de una buena vez.

Me senté junto al resto de los chicos en aquel tabique de piedra junto a la acera esperando a que todos fueran llegando. Allí pude ver a Leslie con dos de sus amigas, acercándose zigzagueadamente hacia nosotros. Llevaba puestos unos atentos zapatos de mediana altura y unos pantalones de cuero blanco que alcanzaban levemente sus tobillos al desnudo. Su cabello, sin embargo, arremetía con un perfil completamente innovador, bañado en interminables reflejos dorados que le daban al bronceado en su rostro una hermosa melodía de tonalidades. Se acercó finalmente a nosotros mientras yo me sorprendía por su nueva imagen.

—¿Y tú quién eres? —bromeé, al saludarla con un beso. La muchacha reaccionó pasmada por mi actitud, y me sonrió dulcemente tras entender finalmente la esencia del chiste.

—¡Jaja! Lo dices por mis cabellos, ¿no es así?

—Exacto, y te queda realmente hermoso —me atreví a responderle. Continuó saludando al resto de mis amigos mientras yo le pagaba el dinero correspondiente al muchacho que organizaba el viático. Subí finalmente al autobús y tomé asiento junto a Matnik, que allí se encontraba revolcado con su cabeza apegada a la ventana.

—¿Con cuántas chicas nos besaremos hoy, Danser? —me preguntó él, liberando una flácida sonrisa. Su asistencia a esas fiestas era ciertamente perfecta; aquello comenzaba a asustarme.

—No vine a besarme con ninguna muchacha, Matnik, sólo vine a bailar —respondí, algo molesto por sus intereses. Supuse que algún día también yo me adaptaría a los suyos.

—¿No piensas besarte con Leslie? Ya he visto como la miras. No puedes negarme lo que sientes por ella.

—¿Aquí, en esta fiesta? ¿Estás loco? Si voy a besarla lo haré en un lugar más reservado; algo mucho más romántico. No pretenderás que vivencie algo tan exquisito bajo esa música tan asquerosa que ponen allí —sus comentarios realmente me alteraban. ¿Cómo es que nadie lograba entender mis sentimientos?

—Pues, déjame recordarte que, para las chicas de hoy en día, estas discotecas son el lugar más romántico que existe. Si no aprovechas tus oportunidades, será otro hombre quien tome tu lugar —insistía Matnik, mientras yo me dejaba llevar por sus palabras. Rogaba por sentir que estaba en lo cierto; que el verdadero amor no existía, sólo intercambios sexuales con los que la juventud lograba satisfacer sus tontas necesidades.

Y llegamos por fin a aquella discoteca en la ciudad de Velvati. Bajamos ansiosos del autobús mientras Leslie y su amiga se abalanzaban desesperadas hacia la puerta de entrada. El resto se colocaba en las filas esperando para ingresar ordenadamente al lugar.

Dejé que las horas pasaran tal como acostumbraba a hacerlo cuando el total de mis herramientas desaparecían sin previo aviso. Me encontraba dispuesto a robarle a mi amada una pieza de baile, cuando noté que sus manos se decidían por unas cuantas copas de alcohol que yacían sobre la barra.

—¡Hey, Danser! ¿Qué hora tienes? —masculló ella, dejando escapar de su boca el más repulsivo de los olores. Metí la mano en el bolsillo de mi pantalón y le extendí mi teléfono móvil para que pudiera comprobarlo ella misma. Me sentía indignado; indudablemente aburrido ante su extraña ausencia. La muchacha zigzagueaba a lo largo de la pista de baile mientras su amiga intentaba atraparla en cada uno de sus tambaleos.

—¿Ya has visto a la señorita? Parece un langostino bailando en la cacerola —se reía Matnik, acercándose a mí entre la multitud. Continuaba desplegando su satírica sonrisa mientras yo me lamentaba por mis tristes circunstancias. Realmente deseaba estar con ella; volver a abrazarla tal como lo había hecho unos pocos días antes. Rozar sus cabellos recién teñidos, deslizando mis dedos por cada una de sus mejillas envueltas en maquillaje. Apoyar mis manos en su cintura y dejar que sus ojos, abiertos de par en par, se convirtieran en la única senda donde deambularían mis fantasías. Volví a agradecer el hecho de que los sueños aún seguían siendo gratuitos.

Ya eran casi las cinco de la mañana. Allí esperábamos todos a un costado de la entrada a que el autobús abriera finalmente sus puertas. Yo continuaba platicando con Lisa quien, sobria como una novicia, compartía conmigo sus diversas opiniones sobre la fiesta.

—Por cierto, Danser, vi a Leslie besándose con Flammeed y parecía estar realmente borracha —acabó ella por contarme.

—¡Vaya! Pues, no lo sabía. Pero tienes razón, sin lugar a dudas estaba pasada en alcohol. Debería ser más responsable con ello, ¿no crees?

—¿Qué importa su borrachera, Danser? Se estaba besando con un chico que no eras tú, ¿cómo es que no sientes celos al respecto? —se desesperaba mi amiga por comprenderme.

—¿Por qué debería ponerme celoso?

—Pues, porque es la más común de las reacciones humanas. Todos se ponen celosos al ver a sus musas en brazos ajenos, siempre es así —insistía ella al observarme tan tranquilo.

—Te enseñaré algo Lisa: Cuando ves feliz a la persona que amas, te llenas de satisfacción. Sólo quiero que Leslie esté bien, no me importa con quien lo haga —me exteriorizaba yo. Sabía que el mundo jamás lo comprendería.

—Suena realmente curioso, Danser. Si yo estuviera en tú lugar, me volvería realmente loca al verla besándose con otra persona.

—Si amas realmente a alguien, no te complaces al ver sus fracasos amorosos, te alegras al verla concretar su felicidad. Supon-

go que allí está la diferencia entre el verdadero amor y el que tú y tus amigas conocen —volví a defender una vez más mis sentimientos.

—¡¡¡Pero estaba borracha, Danser!!! Todos parecen felices con cuatro litros de alcohol en la sangre. Debiste haberla ayudado —comenzó a reprenderme mi amiga, acomodándose reiteradas veces su blusa escotada.

Allí estaban todos subiendo finalmente al autobús. Tomé a Lisa de su cintura y, tras subir delicadamente los escalones de ese inmenso vehículo, nos colocamos a gusto en los asientos situados frente a la puerta trasera. Leslie pasó tambaleándose junto a mi hombro izquierdo mientras Altina, una de sus íntimas amigas, la sostenía con ambos brazos para que no perdiera el equilibrio. Se sentaron justamente detrás nuestro. El conductor esperó a que el resto terminara de subir al autobús y encendió finalmente el motor. Así partimos nuevamente hacia Harainay.

—¡Hey! Háblenme, cuéntenme algo —exclamó Leslie, asomando su cabeza por entre nuestros asientos. Lisa y yo la observamos con cierta altivez mientras ella dejaba escapar de su boca un insoportable aroma a alcohol.

—Esta chica está realmente borracha —agregué, observando a Lisa con cierta conjura. Leslie se dejó caer sobre su asiento y, carcajeando torpemente, se durmió en la posición más incómoda que jamás hubiera visto.

—Déjala, Danser. Parece que la bebida le ha adormecido las pocas neuronas que tiene en funcionamiento —se burlaba Lisa. Apoyó su cabeza sobre mi hombro y se propuso a dormir lo que quedaba del viaje. «¿Por qué no podría ser Leslie la que estuviera recostada junto a mí?», osé a preguntarme. ¿Por qué comenzaba a disfrutar de esa sádica indiferencia que tanto lograba separarme de ella? Esperé a que Lisa se durmiera y la acomodé delicadamente junto la ventana; ya había perdido mi poco confort. Confirmando que aún seguía dormida, me volteé hacia mi asiento trasero para observar a Leslie en su transe nocturno; dormía como un verdadero angelito. Allí estaba frente a mis ojos, desnuda ante mi cercana perspectiva donde nadie me impediría disfrutar de su belleza. Tan dormida en las profundidades de sus

sueños, cediéndome la oportunidad de deleitarme con cada uno de sus detalles; cada rincón de su cuerpo. Observar su boca y su pelo a sólo unos veinte centímetros de mis ojos, sentir su respiración al dormir mientras su tarda borrachera desaparecía tras cada suspiro. La parte inferior de su lencería parecía escapar de sus pantalones, perdiéndose por entre los pliegues de su cintura. La prolijidad de sus cabellos ya no era un canto al equilibrio ni mucho menos la estética más ejemplar. Se veía realmente un desastre, y aun así, no podía dejar de mirarla. ¿La tendría algún día en mis brazos de nuevo? Tendida junto a mí, bajo la exquisitez de la noche, envueltos en aquella magia que ya comenzaba a extrañar. Volví a acomodarme sobre mi asiento y dejé que el cansancio se apoderara de mis parpados en esas últimas horas de viaje.

Necesitaba disponer de Leslie sin la indefectible ayuda de mis amigos. Poder invitarla una tarde a compartir un par de horas de magia; momentos en los que pudiéramos reforzar nuestra amistad o concretar, tal vez, algo mucho más profundo. Supuse que invitarla a jugar al tenis lograría crear en mí aquel compañero suyo que tanto deseaba ser. Vencería nuevamente mis limitaciones: Ya era hora de comprarme una raqueta.

Tomé algunos billetes que ya llevaba ahorrados de viejas épocas y salí finalmente a cubrir mis necesidades deportivas. Cruzé aquellas calles que me separaban del centro y entré a una de esas modestas casas de deporte que decoraban las calles de Harainay.

—Buenos días, muchacho. ¿En qué puedo ayudarte? —me atendió el vendedor, tras cerrar sus negocios con otro de sus clientes. Me acerqué al mostrador con cierta inseguridad y, evitando desparramar mi timidez con tanta expresión, señalé una de aquellas raquetas que colgaban de los estantes superiores.

—¡Vaya! Pues, déjame decirte que si estás interesado en realizar una buena compra, esta será tu mejor opción —reparó el vendedor, concediéndome una paleta mucho más atractiva y convincente.

—Le agradezco por su asistencia, señor, pero estoy interesado en comprar la más barata de todas. Sólo es para jugar con una de mis amigas y ella no es muy buena en el deporte. ¿Cuánto cuesta

esta de aquí? —volví a señalarle la misma que había elegido minutos antes.

—Esta no vale prácticamente nada. ¿Comprarás una raqueta sólo para jugar con tu amiga? ¿Por qué mejor no la invitas al cine? Tendrás mejores resultados y gastarás menos dinero —continuaba asesorándome el vendedor con suma insolencia; sólo buscaba pagar por ella y abandonar su tienda de una vez por todas.

—Pues, no me malinterprete pero creo que la llevaré de todas formas.

—Lo que tú digas jovencito. Nomás déjame envolvértela —desistió el vendedor, retirando la raqueta del estante. La apoyó sobre el mostrador y tomó una bolsa de las cajoneras.

—Aquí tienes. Muchas gracias por tu compra —exclamó el hombre, mientras yo le pagaba el dinero correspondiente.

—Gracias a usted —añadí yo, y me retiré finalmente del negocio.

Así llegué a casa sumamente satisfecho por mi nueva inversión. Me arrojé prontamente hacia mi ordenador donde Leslie yacía inmóvil en mi lista de contactos conectados. Supuse que aún estaba a tiempo de gastar junto a ella las migajas de aquella tarde.

—¡Hey! ¿Te gustaría ir a jugar al tenis conmigo en un rato? —osé a preguntarle, sumamente esperanzado de que accediera sin ningún problema.

—Pues, hoy no podrá ser. Lo siento, Danser. Aún tengo mucho que estudiar y no quisiera desconcentrarme —respondió ella, soslayando mi propuesta con el más razonable de los argumentos.

—Está bien, supongo que otra vez será. Te dejaré estudiar tranquila —me despedí con suma cortesía, esperando a que algún día pudiéramos concretar nuestros pasatiempos.

Me encontraba buceando en mis sentimientos de logro por haberla invitado, cuando sonó mi teléfono móvil unas horas más tarde. Para mi sorpresa, sólo se trataba de Arbin:

—¡Hey, Danser! ¿Cómo estás? —me saludó él, decorando con cierto tono de euforia la extrañeza de su llamado.

—Muy bien, aquí descansando un poco. Una tarde realmente aburrida. ¿Qué cuentas tú?

—Pues, verás, necesitaba pedirte un favor. ¿Tendrías casualmente una raqueta de tenis? —preguntó Arbin, mientras yo me alegraba por poder satisfacer milagrosamente sus necesidades.

—Que tremenda coincidencia. A decir verdad, compré una precisamente hoy. Si quieres puedes venir a buscarla, estaré en casa toda la tarde —accedí amablemente ante el hecho de que ya no iría a usarla aquel día.

—¡Vaya! Realmente te lo agradezco, Danser. Estaré allí en quince minutos —se despidió él.

Descansé unos momentos más y, abandonando la pantalla de mi viejo televisor, bajé finalmente a entregarle la raqueta a mi amigo.

—¡Que bueno verte, Arbin! Aquí tienes lo que me has pedido. Procura cuidarla, está completamente nueva —le cedí la paleta mientras él la colocaba en la canasta de su bicicleta.

—Despreocúpate, Danser. Te la traeré en unas horas y en perfectas condiciones —aseguró él, estirando su mano para despedirse.

—Está bien, no hay problema. Por cierto, ¿con quién es que vas a jugar al tenis? —alcancé a preguntarle antes de que se fuera.

—Pues, Leslie me ha llamado para invitarme.

—¿Que quién te ha invitado?! —dejé escapar un grito de coraje. Jamás la perdonaría por ello: Sabía que nunca podría obligarla a dedicarme su tiempo; sólo esperaba que pudiera brindarme su sinceridad.

—Leslie, ¿por qué? ¿Qué ocurre?

—Oh, no, por nada. Me pareció escuchar otro nombre. Pasen una buena tarde, podrás devolverme la raqueta cuando gustes, Arbin —volví a despedirme, mientras él remontaba nuevamente su bicicleta.

—¡Gracias, Danser! De veras te agradezco el favor —exclamó distante, y se alejó finalmente de aquella cuadra.



Dejé que las zarpas de mi desesperación alcanzaran los últimos capítulos de mis avances con Leslie. Su presencia parecía fugarse cada vez más y mis pretensiones por evitar agobiarla sólo me obligaban a alejarme inevitablemente de ella.

Me reuní con El Tucán en la vieja plazoleta junto a la pizzería aquel viernes 22 de Julio. Con nuestras mochilas en mano y las gorras para cubrir nuestros ojos del sol, esperábamos a que se hicieran finalmente las doce del mediodía.

—¿Estás seguro de que quieres venir a Gratikati, Danser? Es muy lejos de aquí y volveríamos recién del domingo —cuestionaba El Tucán mis decisiones de última hora. Me había invitado a acompañarlo hasta una de aquellas ciudades que permanecían ocultas en algún rincón del sur. Allí nos esperaba una muchacha de nuestra edad que, hambrienta por conocernos, nos instigaba a pasar con ella todo el fin de semana.

—Sí, estoy seguro. Necesito realmente despejarme.

—Es por esa chica de la que me has hablado hace unos días, ¿no es así? —inquiría él, con cierta curiosidad.

—Así es. Ya estaba por terminar de conquistarla y lo he echado todo a perder. Me estoy volviendo completamente loco y necesito respirar otro aire. Creo que Gratikati será una buena opción —aseguraba yo, absorto ante el vagabundeo de mi amigo. ¿Acabaría yo en sus mismas rutas de vida? ¿Me convertiría en uno más de aquellos mendigos que transitan las sendas de la perdición, buscando recursos que pudieran amortiguar sus penas? Ya no parecía importarme demasiado.

—¿Podrías al menos decirme su nombre? ¿La conozco? ¿Vive aquí en Harainay? —me ametrallaba El Tucán con miles de preguntas.

—De acuerdo, se trata de Leslie. Aun así, ya todos lo saben, no creo que mantenerlo en secreto haga alguna diferencia.

—¿Leslie?! ¿Pero qué cuernos le viste a esa chica, Danser? ¡Es completamente estúpida! A decir verdad, podrías haberte enamorado de alguna jovencita un poco más atractiva —murmuraba él, claramente impasible a lo que pudieran provocarme sus palabras.

—¡Hey, no hables así! El amor no se explica, simplemente se siente. Algunas cosas van más allá de la belleza exterior.

—¿Y qué hay de su personalidad, Danser? Me pareces un muchacho sumamente inteligente, búscate una chica de tu altura —insistía él, con ciertos fundamentos. Comenzamos a caminar hacia la estación de tren mientras yo continuaba meditando en voz alta.

—No estoy seguro de que sea tan tonta como parece, Tucán. A decir verdad, me gusta tal como es: Pueril y divertida.

—Pues, para mí seguirá siendo la misma tonta de siempre. Ven, Danser, sentémonos aquí —añadió él, apegándonos a una de las ventanas de aquel vagón.

Así continuamos conversando un total de tres horas seguidas; un viaje que, en la voz de El Tucán, se transformaba en un mundo donde las mujeres sólo eran parte del decorado. Un joven realmente insensible, agobiado por el control femenino al que tanto le gustaba adentrarse; adicto a la morbosidad y a todo lo referente al sexo y sus prerrogativas. ¿Acaso aquel mundo era más hermoso que el hecho de amar a alguien? Obsesionarnos con una quimera que, perfecta ante nosotros y errante frente a ojos ajenos, sobrepasaba en nuestra imaginación cualquier semejanza a la felicidad. ¿Por qué ahogarse en desnudos y patologías que sólo lograrían alimentar a nuestras hormonas? ¿Por qué desgastar nuestras energías en cuerpos que claramente desconocíamos, en lugar de luchar por aquellos capaz de envolvernos en magia y emociones?

—¿Cómo están, chicos? ¿Qué tal el viaje? —nos saludó una muchacha al salir de la estación. Una joven ciertamente hermosa, de cabello castaño y ojos color turquesa.

—Danser, esta es Leya. Una amiga de Gratikati —nos presentó El Tucán, mientras yo me arrimaba a ella para saludarla con un beso. Nos llevó gentilmente hasta su casa donde pudimos disfrutar de una deliciosa merienda.

—De acuerdo, chicos, esta es la habitación en la que dormirán esta noche y la de mañana —nos concedió ella un confortable dormitorio. Me resultaba una joven claramente encantadora.

Dejé que las horas corrieran de prisa. Horas en las que aprendimos a pasar el tiempo sin hacer absolutamente nada; contemplando con sumo desgano aquel paisaje vacío que nos rodeaba. Bajamos con Leya hasta un pequeño parque situado en la planta baja de su edificio. El Tucán se desesperaba por consumir finalmente su caja de cigarrillos mientras yo telefoneaba a Frederic para pedirle uno de esos favores que siempre surgían entre mis repentinas limitaciones; favores de los que esperaba no volver a depender jamás.

—¡Hey, Frederic! ¿Cómo está todo allí en Harainay? —lo saludé, mientras Leya se sentaba en un banco a un costado de aquel farol que alcanzaba a iluminarnos.

—Pues, está todo tan tranquilo como siempre. ¿Cuándo me has dicho que volverás?

—El domingo estaré allí. Me quedaré a dormir aquí en Gratikati. Escucha, amigo, necesito pedirte un favor —pregunté, esperando a que pudiera asistirme tal como siempre lo hacía.

—¡Claro! Lo que tú digas. ¿Qué necesitas? —accedió libremente, desconociendo por completo mis venideras demandas.

—Pregúntale a Leslie si puedo llamarla por teléfono. Me gustaría conversar con ella unos minutos.

—¿Y por qué necesitas su permiso? Simplemente llámala. Si no quiere hablar contigo te lo dirá —asumía Frederic, algo abismado por mis extraños procedimientos—. Aquí está conectada en el Chat, déjame preguntarle.

Esperé unos segundos con suma impaciencia, escuchando a través de la línea el golpetear de las teclas de su ordenador.

—Pues, no quiere que la llames. Dice que está cansada y que no tiene ganas de hablar por teléfono ahora —respondió Frederic a los pocos minutos. Sabía que me toparía con algunos de sus típicos planteos. ¿Qué tan problemático podría ser escuchar mi voz unos minutos? Conversar de cortas temáticas que no tuvieran ninguna importancia en sus palabras pero que, bajo el encanto de su voz, pudieran decorar mi mente de una felicidad claramente intangible. Necesitaba escucharla de nuevo; sentir que a pesar de esos días de ausencia y desencuentro, aún quedaban esperanzas por recuperarla.

—De acuerdo, supongo que la llamaré algún otro día. ¿Podrías al menos darme su número?

—Está bien, toma nota. Pero no vayas a llamarla, Danser, se enojará conmigo por habértelo dado —me exigía Frederic, dictándome finalmente las cifras. Lo grabé en la memoria de mi teléfono, allí donde guardaba los datos de todos mis contactos, y anoté su nombre esperando a que algún día apareciera inesperadamente en mi pantalla.

—Escucha, Danser, tengo una propuesta para hacerte. ¿Qué opinas si vamos a Telia el viernes próximo? Me han dicho que esta es la mejor época para disfrutar de sus playas —sugería Frederic, animoso a que accediera gratamente a su propuesta. Sabía que siempre me inclinaría hacia nuevos mundos y aventuras de las que pudiera aprender sobre mi propia vida. Fronteras en las que Leslie jamás existiría a nivel físico; lugares donde podría escapar de su imagen sin tener que cerrar inevitablemente mis ojos.

—Me parece una excelente idea Frederic. ¿Pero dónde dormiremos? No tengo dinero para pagar un hotel; allí son realmente costosos —me tomé la molestia de recordarle.

—Despreocúpate, Danser. No habrá ningún inconveniente, James me ha prometido que nos prestará su carpa.

—¡Vaya! Un gran gesto de su parte. De acuerdo, amigo, lo discutiremos el domingo una vez que vuelva a Harainay —nos despedimos, mientras yo regresaba con El Tucán y su amiga. Me senté cómodamente junto a Leya y esperé a que mi compañero terminara de encender su cigarrillo.

—Voy a hacerte una pregunta, Leya, e intenta ser lo más precisa posible —dejé escapar finalmente de mi boca. Necesitaba obtener una opinión femenina ante esos hechos tan recientes. Comprobar que, a pesar de aquellas actitudes tan incomprensibles con las que Leslie comenzaba a revelarse, aún tendría la fortuna de encontrarle una explicación a todo.

—¿Le darías la espalda a un chico que estuviera realmente enamorado de ti? Alguien que se desviviera por estar contigo, cuidarte y escucharte a cada momento. Un joven que supiera valorarte como tanto te gustaría.

—Pues, a decir verdad, es lo que todas las mujeres buscamos. Pero déjame decirte que no todas somos iguales. Yo, por mi parte, me daría la oportunidad de estar con alguien así. Asumo que estás realmente enamorado, ¿no es cierto? —indagaba Leya ante mi pregunta que, al parecer, lograba despertar en su mente cierta curiosidad.

—Así es, y no lo comprendo. Sabe perfectamente lo que siento por ella y, aun así, se las rebusca por alejarme de su vida.

—¿Por qué mejor no la llamas y se lo dices? —se entrometía El Tucán, intentando expresar aquel lado romántico que tanto escaseaba en su alma.

—Eso intento, pero dice que está cansada. Qué no quiere hablar ahora —respondí, extrayendo el teléfono móvil de mi bolsillo. Mi amigo se aventó hacia mi mano y me lo quitó desprevenidamente.

—¡Hey, tonto! ¿Qué haces? ¡Tráeme eso aquí! —le grité desesperado, mientras él se zambullía con sus dedos en mi agenda de contactos.

—Si no la llamas tú, lo haré yo, Danser —aseguró El Tucán, presionando finalmente la tecla más grande de todas. Me arrojé raudamente hacia él y, alcanzando a quitarle el teléfono a tiempo, le di fin a esa llamada que aún no había alcanzado a realizarse.

—¡No puedes meterte en mi vida, Tucán! Deja que yo mismo resuelva mis propios problemas, ¿está bien? —me ofendí, guardando el aparato nuevamente en mi bolsillo. Leya se reía a carcajadas mientras yo volvía a sentarme a su lado para cambiar finalmente de tema; aquello ya comenzaba a alterar notablemente mis nervios.

Dejé que esos días en Gratikati se apoderaran de mis pensamientos. Que los aprisionaran en una inmensa canasta de amnesia y se los llevaran muy lejos de mí. Esperaba que el tiempo me enseñara a destruir mis emociones sin perder el don de la fantasía. Aprender a borrar de mi mente aquellos recuerdos de Leslie que sólo me transformaban en un romántico incurable.

Esperaba que esos días en Gratikati se apoderaran de mis pensamientos, olvidando que estos aún seguían aguardándome en Harainay.



Allí nomás me gritó mi hermana desde la sala. Parecía tener algún problema con nuestro ordenador.

—Hermano, tengo malas noticias. Acabo de abrir un correo electrónico que me enviaron. Creo que ha entrado un virus y ha borrado todas nuestras cosas del disco rígido —exclamó con un pequeño tono de culpa. Evitando el pesimismo y la peor de las ideas, corrí rápidamente hacia ella para ver lo que ocurría.

—¡Maldita sea! ¿Pero qué demonios abriste? ¿Qué tocaste? ¿Quién te ha enviado el correo, hermana? —me desesperaba yo, caminando por toda la sala y recordando cada una de las cosas que acababa de perder: Mis canciones, mis animaciones, las fotos que Leslie me había obsequiado el día de nuestra salida; todo acababa de desaparecer.

—No lo sé, Danser. Mejor siéntate tú en el ordenador e intenta ver qué se ha salvado. Creo que el virus aún sigue por aquí en alguna parte —exclamó ella, cediéndome la silla. Me desplomé sobre el teclado y, evitando perder el control, intenté dilucidar que es lo que había ocurrido con mis cosas. Comprobé que ya era un hecho, todo se había borrado. Evitaba recordar cada uno de mis archivos y proyectos que no volvería a ver jamás pero era imposible. En aquella guerra contra la tentación, mi victoria jamás se convertiría en parte de la realidad. La ira crecía en mis adentros mucho más rápido de lo habitual, acababa de perder todo aquello que podría reemplazar a Leslie; ni siquiera ella me quedaba.

Allí estaba en mi pantalla ese curioso correo electrónico que acababa de destruir los frutos de todas mis inspiraciones. ¿Qué podría hacer con él? ¿Eliminarlo sin más de mi ordenador? Así no iba a librarme de mi desesperación. Tantas emociones corrían por mi mente que el vaivén de ideas pronto acabaría con mi torpe juicio.

—¿Qué hacías cuando ingresó el virus? —le pregunté a mi hermana, revisando mientras tanto las carpetas de archivos.

—Creo que eran las fotos del último baile en la disco.

—¿Estás segura? ¿Quién te lo ha enviado? —pregunté, dispuesto a tomar cualquier tipo de venganza.

—No sé quien me lo ha enviado, pero estoy segura, eran fotos del baile —concluyó ella.

—De acuerdo, eso es todo lo que necesitaba saber, hermana. Tú no tienes la culpa, ya veré quién ha sido el desgraciado. Continué investigando el asunto, dejando que la ira corriera incansablemente por mis venas.

—¡Malditas fiestas, ahora sí me han hecho enojar! —exclamaba una y otra vez. Ya no había algún punto de descarga para volcar mis sentimientos de cólera y desazón. Me negaba a ser una víctima de mis propios errores, de la realidad. Decidí embolsar toda aquella rabia en una inmensa canasta de maldad, y volcar una parte de mis desgracias sobre el resto de la gente. Tomé aquel correo que mi hermana había recibido y lo reenvié a todos aquellos cuya curiosidad los obligara a ser parte de mi misma desdicha. ¿Qué tan grave podría ser? Algunas personas reaccionan con suma violencia. Se adentran en las drogas, en el alcohol. Otras descargan sus miedos y estrés mediante algún cigarrillo. Otros tantos, se encierran en una burbuja de autodestrucción que los lleva luego a un daño propiamente físico; un daño que, a veces, alcanza los márgenes de la tolerancia ajena. Yo, por lo visto, encontraba la forma de descargar toda aquella furia recurriendo al reenvío de un pequeño virus informático. «¿Qué tan grave podría ser?», volví a preguntarme a mí mismo.

Desperté al otro día mucho más relajado que antes. Mis viejos archivos ya no iban a regresar y era un buen momento para comenzar de cero; nuevas canciones y proyectos, melodías inéditas, animaciones superiores a las que pude haber hecho en alguna oportunidad. Nunca es tarde para un nuevo comienzo.

—Hey, Danser, no sabes lo que ha ocurrido —exclamó mi hermana, nuevamente desde la sala de estar. Pasaba allí sentada

horas y horas en el ordenador, divagando por entre las fotos de otras personas a las que comúnmente desconocía.

—Alégrame el día y dime que has encontrado todos mis archivos —invoqué esperanzado.

—Nada de eso, ven a ver. Están todos como locos atacando a los organizadores del baile por infectar cientos de ordenadores. Se está armando un gran lío por ello, ¿a quiénes se lo has reenviado, hermano?

—Pues, no había forma de obtener las direcciones de correo electrónico de todos. Sólo lo envié a aquellos que figuran en mi lista de contactos —exclamé, un poco arrepentido por lo que había hecho. No tenía la intención de hacerle mal a nadie, sólo intentaba darle un fin a aquella bronca en mi cabeza que crecía a gran velocidad.

—Pues, al menos ya todos saben que los responsables del virus son los organizadores del baile. Aun así, tú se lo reenviaste a la gente de Harainay. Tendrás que hacerte cargo de ello —me exigía mi hermana. Tenía razón en cuanto a mi culpabilidad pero no podía revelar esa cruda verdad; nadie jamás lo comprendería. Todos cometemos errores, es nuestra única forma de aprender a vivir como seres humanos; como hombres pensantes y responsables. Claro que no iba a confesar la culpabilidad de mis actos, pero aún podía hacer un gran esfuerzo por remediarlo. Algo que borrara aquella sensación de culpa que permanecería en mi mente por siempre a menos que corrigiera mis faltas.

—Tienes razón, hermana. Averíguame los nombres de todas las personas que hayan recibido mi correo y me ofreceré a repararlos uno por uno —decidí finalmente, asumiendo el total de mis responsabilidades.

—Me parece muy bien, una gran actitud. Nomás procura hacerlo antes de irte a Telia con Frederic —exclamó ella, recordando que tan sólo me quedaban dos días en Harainay hasta regresar de mi corto viaje. Jamás alcanzaría a repararlos todos antes del jueves.

Decidí comenzar por Albert; su inocua inocencia me obligaba a viajar hasta Kalbii especialmente. Acordé visitarlo a las siete de la tarde, el sol ya se habría ocultado entonces y no haría tanto

calor. Vivía en un humilde edificio escondido por detrás de una gruesa hilera de árboles que bordeaban la carretera principal de esa ciudad.

—Sube, Danser, vivo en el último piso —exclamó él, a través del comunicador en la entrada. No había elevador; subí las escaleras agotando poco a poco mi resistencia pulmonar, alcanzando así una vieja puerta desgastada. Allí me abrió su madre mientras Albert me gritaba desde el fondo de su habitación para que entrara.

—Hey, amigo, ¿cómo estás? —lo saludé, al verlo acucillado detrás de su ordenador.

—Aquí, como puedes ver, discutiendo con la maldita tecnología —carraspeó él, ahogándose en gotas de transpiración. Se levantó por fin del suelo y, secándose un poco con las mangas de su camiseta, me saludó dándome un buen apretón de manos.

—¿Cómo estas, Danser?, ¿qué tal tus cosas? —se sentó en su cama para platicar más cómodo.

—Bastante bien. Mañana viajo a Telia con Frederic. Pasaremos allí todo el fin de semana.

—Sí, ya me ha contado. Me parece genial, les hará muy bien cambiar de aire por unos días, sobre todo a ti, ¿no es cierto? ¿Cómo va todo con Leslie? —indagó, sumamente intrigado por cuales fueran mis avances o retrocesos con ella.

—Nada bien, amigo, lo he estropeado todo. Discutimos un par de veces por idioteces mías. Cosas que parecían no ser tan importantes pero que, para mi sorpresa, sí lo eran para ella —le explicaba yo, escupiendo finalmente algunas de mis penas.

—Ay, está muy mal eso, Danser. Y tan bien que iban las cosas. ¿Pero es que ya no se hablan?

—Claro que hablamos, pero no es la misma relación que teníamos antes. Ya casi no confía en mí. Me da la sensación de que lo poco que logramos compartir juntos, tan sólo será un viejo recuerdo a partir de ahora —determiné, lamentando el resultado de mis errores.

—No puedes darte por vencido, amigo. Intenta recuperarla de nuevo. Si ya estabas tan cerca de lograr tus objetivos, ¿cómo puedes echarle atrás?

—Es que ya estoy cansado, Albert, ¿cuánto más podré presionarla? La amo demasiado, no creo que merezca ser víctima de mis insistencias. Ya cometí mis errores, ahora debo hacerme cargo de ellos.

—No hables así, Danser. Todos cometemos errores. Los tuyos no tienen comparación. Los conozco a los dos suficiente cómo para afirmar que tú eres una gran opción para Leslie. Pero debes luchar por ello, las chicas son complicadas, sobre todo ella —me explicaba él.

—Sí, dímelo a mí. Es que ya estoy harto de retos y objetivos por cumplir. ¿De que sirve insistir tanto si nunca estaré seguro de lo que pueda ocurrir luego?

—Deberías escucharte a veces. La gran mayoría de las personas se dejan llevar por sus actos sin saber lo que ocurrirá después, pero aun así, lo intentan de todas formas. Se equivocan mil veces, se pelean con sus parejas, con sus amigas, pero al menos lo intentan —insistía mi amigo. Sus palabras se saciaban en certezas y verdades que aprendí a recordar con el tiempo.

—Ya lo he intentado demasiado. Pero te diré algo, Albert. Prefiero perderla para siempre en lugar de convertirme en su enemigo. No quisiera llegar a la situación de que me odie por obligarla a sentir cosas por mí —concluí, conciente de mis reflexiones.

—Realmente te admiro, Danser. Se nota que la amas demasiado, ignoras tus emociones por cuidar las de ella. Deberías aprender a ser más egoísta, es un consejo. Las chicas nunca saben lo que quieren. Podrías ser su mejor opción como pareja y, aun así, te rechazaría —comentaba Albert. Aquellas eran las lecciones que yo aprendería tarde o temprano.

—Lo sé, lo sé. Y lo que más me molesta en todo esto, es que tendrá decenas de novios que sólo se aprovecharán de ella. Muchachos egoístas que le dirán las cosas que ella quiera escuchar sin sentir las de verdad —comencé a lamentarme. Así funcionaba la vida, ¿qué más podía hacer yo al respecto?

—Claro que sí. Así somos los hombres: Le decimos “te amo” a una chica por el simple hecho de decirlo. Nos gusta escucharlo

salir de nuestra boca. Recuerda, es una muy buena forma de conseguir sexo con ellas.

—Eres un imbécil, ¿lo sabes? Mejor déjame arreglarte el ordenador de una vez —exclamé, revolcándome en el suelo y cortando la electricidad para no recibir una inesperada descarga eléctrica.

—Sí, será lo mejor. Y en cuanto a lo otro, Danser, inténtalo al menos una vez más. Si son realmente la pareja perfecta y no lo compruebas, será una verdadera lástima —concluyó Albert. Sabía que tenía toda la razón pero ¿qué más podía hacer? ¿Volverla completamente loca hasta que accediera a estar conmigo? Sería sumamente egoísta de mi parte.

—Ya no tengo fuerzas, Albert. Lo mejor será pelearme con ella y dejar que el tiempo me depare algún otro amor. De acuerdo, probemos a ver si este cachivache logra funcionar —repose, sentándome algo incómodo en el piso y encendiendo finalmente el ordenador.

—¡Eureka! Lo has conseguido, Danser —gritó Albert, al ver sus archivos y programas desparramados por toda la pantalla. Yo acomodé nuevamente la mesa e inspeccioné que todo funcionara a la perfección.

—Bueno, creo que ya está arreglado —exclamé aliviado, quitándome un gran peso de encima.

—Menos mal, ya estaba empezando a preocuparme. Se sospecha que han sido los organizadores de la fiesta bailable —intuía Albert, citando algunos de los rumores que divagaban por allí.

—Así parece. Lo más probable es que algún desdichado furioso por sus problemas se haya desquitado con algo de violencia informática —justifiqué, ocultando mi indebido protagonismo en aquella malicia.

—Está bien, a decir verdad no me importa. De todas formas, no iba a desesperarme por mi ordenador. Siempre hay cosas peores. Por cierto, ¿cuándo comenzarás a darme clases de guitarra? —exclamó Albert, recordando una de mis viejas promesas.

—Jaja, tienes razón, lo había olvidado. Te daré algunas canciones para que practiques. Cuando vengas a Harainay nos sentaremos a perfeccionar tus técnicas.

—Me parece muy bien, Danser —me dio las gracias. Continuamos platicando unos minutos y me acompañó hasta la puerta para despedirme.

—De acuerdo, estaremos en contacto, Albert.

—Lo mismo digo, Danser. Que tengas un excelente fin de semana en Telia. Y más te vale arreglar tus asuntos con Leslie o yo mismo te declararé el hombre más cobarde del mundo —se despidió él, con una amistosa sonrisa. Enfrentándome una vez más a esas interminables escaleras, alcancé finalmente la puerta de salida.

—De acuerdo, un virus menos —exclamé en voz alta, y abandoné satisfecho los suburbios de Kalbii.



Y llegó por fin aquel miércoles. Nos reunimos con Frederic en casa para armar la carpa y verificar su comodidad y espacio.

—James es realmente un completo desordenado. Sólo espero que no falte ninguna pieza —exclamé furioso, observando sobre el sofá toda su carpa alborotada.

—Pues, revísala bien, Danser. Nos vamos mañana temprano, no tenemos mucho tiempo para conseguir pedazos —advirtió Frederic, mientras yo analizaba por donde comenzar a armarla.

—Hey, Danser, ¿me permites conectarme a mi Chat unos minutos? Tú puedes seguir armando la carpa.

—Claro, no hay problema. Ya que estás, fíjate si está Leslie conectada —agregué, retirando unas largas varillas de acero de la pequeña bolsa que James me había entregado. Desplegué la gran tienda por toda la sala y, acomodando sus tensores por entre los sillones del living, comencé a investigar el misterioso armado.

—Definitivamente estas carpas no son como las de antes. Tan sólo espero que el viento no nos remolque con ambos dentro —exclamé algo preocupado.

—Así son las carpas modernas, Danser. Si no entiendes algo, podríamos llamarlo a James para que nos lo explique. Por cierto, aquí estoy hablando con Leslie. De hecho, está hablando de ti, ven a ver lo que dice —me alertó Frederic, mientras yo arrojaba las varillas sobre el sofá y arremetía rápidamente hacia el ordenador.

—Parece que alguien envió un virus por Internet y le destruyó el ordenador a un montón de gente —se quejaba ella.

—Sí, lo sé, Danser me lo ha contado. A él también se le ha descompuesto el suyo.

—No sé porque, pero tengo el presentimiento de que fue él —me acusaba ella sin prueba alguna. Corría esta vez con la ventaja de que no me lo preguntaría directamente; yo no hubiera podido mentirle. Le había prometido que sería sincero con ella por siempre, aun cuando el hecho de decirle la verdad me perjudicara inapelablemente. De forma decidida, mi sinceridad hacia ella sería siempre una primera prioridad aunque continuaran pasando los años.

—¿Cómo podría ser él? Te digo que el virus le ha descompuesto también su ordenador —me defendía Frederic, desconociendo una pequeña parte de mi culpabilidad.

—Con más razón aún. Seguramente se lo ha enviado a él mismo para que nadie sospechara —continuaba insistiendo ella. ¿Por qué acusarme de esa forma tan errática? ¿Pensaba realmente que había sido yo, o sólo se trataba de una proyección, una necesidad por que yo fuera una vez más el protagonista de siempre? Tenía razón respecto a mí, cometí un verdadero error, sin embargo, ella simplemente lo había adivinado. Estaba dispuesto a admitir mi culpa, mis cargos por lo que había hecho, pero no de esa forma; jamás siendo mi veredicto el resultado de una tonta adivinanza.

—Bueno, Frederic, intenta averiguarme eso por favor. Es que ya me siento una verdadera paranoica sospechando siempre de la misma persona —concluyó Leslie.

—¿Por qué está tan desesperada en saber quien fue? A nadie le interesa —indagaba Frederic, mientras yo preparaba mi bolso y el itinerario de nuestro viaje.

—No lo sé. Aun así, lo admito, yo fui quien reenvió aquel correo a todos nuestros contactos. Estaba enojado, Frederic, borraron todas mis cosas del ordenador. ¿Qué querías que hiciera? No soy bueno para resignarme —me quejaba, guardando en la mochila una vieja camisa negra que aún no había estrenado; supuse que la usaría durante la noche, en caso de que refrescara.

—¿Qué opinas de Verjai? Él es quien dirige esas fiestas y el único con suficiente conocimiento para diseñar aquel virus —sugería mi amigo.

—Sí, no lo había pensado. De todas formas, yo fui quien lo reenvió a los otros correos electrónicos. Eso me haría tan culpable como a él. No tengo excusa, Frederic.

—Tienes razón. Pierde cuidado, Danser. Ya averiguarán quien lo ha hecho —concluyó él, ayudándome a empaquetar la carpa en la bolsa. Continuamos organizando nuestras mochilas hasta estar suficientemente seguros de no olvidar nada. Se acercaba un viaje realmente importante; un viaje de amigos.

Nos reunimos con Frederic en la estación de autobuses de Harainay; la única que había allí. Exactamente a las doce del mediodía partiría nuestro transporte.

—¿Has alcanzado a dormir algo? —le pregunté, descubriendo sus ojos entrecerrados. Sacudí la funda de mi guitarra y me la colgué finalmente de los hombros.

—No lo suficiente. Dormiremos una vez que lleguemos a Teliá. ¿Tú que opinas?

—Es justamente lo que tenía en mente. Tan pronto lleguemos allí buscaremos un buen lugar para desplegar la carpa. Hará mucho calor, sólo espero que no nos sequemos antes de tiempo —comencé a dramatizar. Frederic revisaba su billetera, asegurándose de tener sus boletos bien guardados. Sujetaba su mochila tal como si sólo llevara en ella una incierta cantidad de lingotes de oro. Yo sostenía la carpa entre mis brazos, esperando a que el conductor del autobús, que allí permanecía estacionando frente a nosotros, abriera finalmente las puertas del vehículo.

—Espero que tengan aire acondicionado —murmuró Frederic, acercándose a la fila de aquellos que esperaban impacientes por subir.

Cogimos dos asientos del lado derecho mientras yo me apoderaba de esa ventana que me acompañaría a lo largo de aquel viaje tan agotador. Dejaba que las horas pasaran de prisa, recostando mi cabeza sobre el mástil de mi guitarra y percibiendo el suave murmullo de los ronquidos de Frederic. Soñaba con que fuera Leslie la que estuviera sentada a mi lado; desplomando su cuello sobre mi hombro al decorar mis silencios con el sonido de sus jadeos. Poder observar ese andar tan suyo y único serpenteando junto a mi sombra una vez que llegáramos allí. Esperaba descubrir en Telia aquel sitio apartado en el que nunca lograría encontrarla. Un lugar donde, quizá, pudiera finalmente olvidarla.

Y llegamos por fin a la estación principal de autobuses. Frederic bajaba su bolso por la puerta trasera del autobús mientras yo sujetaba mi guitarra con fuerzas para que no se escapara inesperadamente de mi vista. Caminamos unos cuantos minutos hacia el sur de la ciudad y, decidiéndonos por un pequeño sitio meramente deshabitado a orillas del mar, montamos finalmente la carpa.

—No sé tú, Frederic, pero yo pretendo dormir unas cuantas horas. Este viaje me ha dejado postrado —murmuré, arrojándome decididamente al interior de nuestra choza. Mi amigo aventó su mochila a un costado y se limitó a hacer exactamente lo mismo que yo.

—Si mal no recuerdo, Danser, Arbin se encuentra trabajando en uno de los hoteles de Telia. Sugiero que nos recostemos algunas horas y vayamos a buscarlo. ¿Qué dices? —proponía Frederic, mientras yo entrecerraba finalmente mis ojos; nada de ello tendría comienzo hasta no abrirlos de nuevo.

Así fuimos a buscar a nuestro amigo a uno de esos profusos hoteles que se encontraban a pocos pasos de nuestra carpa. El conserje nos atendió muy a gusto y, llamando a Arbin a través de esas líneas de comunicación interna, nos invitó a esperarlo en el hall principal de la entrada.

—¡Muchachos! Sabía que vendrían. ¿Cómo han estado? — nos saludó él, sumamente gozoso ante nuestra inesperada visita. Se encontraba trabajando en la parte de limpieza general desde hacía ya tres meses y aún sobraban en su rostro energías para sumarse a nuestras propuestas vacacionales. Continuamos conversando allí en el hall de la planta baja mientras Arbin se despedía para reanudar nuevamente sus tareas.

—Nos veremos esta noche, ¿de acuerdo, chicos? —exclamó él, alejándose lentamente hacia aquel lujoso elevador que aguardaba en una esquina con sus puertas abiertas.

—Así es, Arbin. Te llamaremos más tarde, pierde cuidado — lo saludó Frederic, mientras yo cogía mi guitarra para abandonar finalmente el hotel. Sabía que su compañía se nos haría a ambos indudablemente placentera.

Convertimos aquel viernes en una estupenda caminata nocturna en la que, Arbin, Frederic y yo, disfrutábamos del movimiento popular que atiborraba interminablemente las calles de Telia. Mi instrumento musical colgaba de mis hombros mientras Arbin se detenía a observar algunos puestos de adornos y menudencias por las que podría canjear su dinero.

—¡Hey, muchachos! Tengo una idea —exclamé, con un leve gesto de creatividad; Arbin y Frederic interrumpieron su plática para escucharme con atención.

—¿Qué dicen si me pongo a cantar algunas canciones con mi guitarra en esta esquina de aquí? La gente podría arrojarme algunas monedas.

—¡Te has vuelto completamente loco, Danser! Imagina que alguien te reconozca, pensarán que estás mendigando —repuso Frederic, mientras Arbin sonreía sumamente atraído por mi ocurrenente idea. ¿Qué tan malo podría ser? Desplegar mis melodías en aquellas multitudes que deambulaban por los rincones de Telia; suburbios iluminados por las luces de cientos de negocios y puestos de feria que, tras la sombra de aquellos hoteles que amenazaban con aplastarnos bajo su evidente inmensidad, nos envolvían en una extraña sensación de libertad; una sensación que jamás encontraría en las sendas de Harainay.

—Permítanme intentarlo, muchachos. Sólo me tomará unos momentos —concluí, apoderándome de aquel sitio que esperaba ansioso por que quitara mi guitarra de su funda. Abrí el estuche de par en par y, desplegándolo a veinte centímetros de mis pies, comencé a entonar mis mejores canciones, dejando que el viento las transportara hacia aquellas almas que caminaban junto a los puestos de venta. Arbin y Frederic me observaban admirados mientras las vastas multitudes que allí merodeaban, colmaban las profundidades de mi estuche con cientos de monedas plateadas. Cubrí mi rostro con aquellos anteojos negros a los que alguna vez recurrí para ocultarme de Leslie, y dejé que las monedas continuaran desmoronándose sobre la funda de mi guitarra unos cuantos minutos más.

—De acuerdo, Danser. Ya ve terminando, no hemos venido a presenciar tu concierto sino a descansar y pasar unas buenas vacaciones en Telia —rezongó Frederic al cabo de una hora. Recogí todo el dinero que acababa de ganar con la ayuda de mis canciones y, contándolo con sumo entusiasmo, regresé la guitarra a su estuche para continuar paseando con mis amigos.

—Eres realmente un privilegiado, Danser. Has hecho en dos horas más dinero del que Arbin ha ganado en todo un día de trabajo —se quejaba Frederic, mientras su amigo asentía con cierto desgano.

—No hay por qué lamentarse, muchachos. Ustedes también obtendrán sus recompensas. ¿Qué dicen si los invito a cenar a un buen restaurante? Estoy que me muero de hambre —me ofrecí, ante sus rostros chamuscados en pena. Rostros que, tras la bondad de mis palabras, comenzaron a iluminarse de par en par. Así dejamos que nuestras entrañas se alimentaran durante esas últimas horas que restaban aquel viernes.

—De acuerdo, chicos. Yo estoy alojándome en un pequeño departamento al final de esta calle —comentaba Arbin, despidiéndose finalmente de nosotros.

—¡Vaya! Nos gustaría conocerlo antes de volver a Harainay —añadió Frederic, alejándose unos metros hacia la calle opuesta. Yo sacudía nuevamente la funda de mi guitarra.

—¡Oh, por supuesto chicos! Es más, están invitados mañana a comer pizza en mi casa. Sólo avísenme antes de venir para que pueda ordenar mi habitación —se alejó hacia las largas lontananzas de esa calle que crecía de forma montuosa.

Nadábamos con Frederic aquel sábado en alguna de esas playas privadas en las que nos permitieron ingresar. A nuestra derecha, dos jovencitas de veinticinco años flotaban sobre las aguas con sus pechos al descubierto.

—¡Mira, Danser! ¡Esas chicas están desnudas! —exclamó mi amigo, sumamente instigado. Mis ojos buceaban famélicos entre las olas, alcanzando esos pezones que se calaban lentamente con la humedad del clima.

—Intenta hablar más bajo, tonto. No querrás que oigan tus comentarios sobre sus pechos —lo acallé con un fuerte susurro. Dejamos que la tarde esparciera sobre nuestros hombros cada uno de esos rayos con los que el sol parecía canturrear. Dorarnos con un bronceado claramente atractivo que pudiera transformarnos en dos aves rapaces hambrientas por cortejar damas adolescentes. Por momentos, escapábamos hacia los centros comerciales de Telia y, sentándonos en algún rincón de sus patios, compartíamos la sapidéz de una fresca gaseosa.

Y partimos finalmente hacia la casa de Arbin; allí nos esperaba esa deliciosa pizza que nuestro amigo había garantizado el día anterior. Caminamos unas cuantas cuadras por aquella calle que ascendía hacia alguna parte; lugares que atravesaban fijamente las corneas de mis ojos. Frederic sujetaba su mochila con fuerzas mientras yo, incinerándome bajo los rayos del sol de aquel mediodía, arrastraba mi guitarra por las losas de la vereda. Así llegamos a un vetusto vecindario embestido en pobreza y una pizca de indigencia, donde las matronas de la miseria sacudían sus alfombras contra las cornisas de sus balcones. Cruzamos un viejo pasaje en ruinas, tal cómo Arbin le había explicado a Frederic unas horas antes, alcanzando así una desgastada construcción de piedra cuyas formas se adecuaban a las de un añoso edificio.

—Me ha dicho que vive en el cuarto piso —exclamó Frederic, subiendo al instante las escaleras junto a la puerta. Desde allí podía aprehenderse el aroma del queso y la salsa de tomate. El

muchacho nos abrió la puerta mientras yo me quitaba la camiseta para darles un respiro a mis hombros insolados.

—Pónganse cómodos, chicos. Están en su casa —nos invitaba Arbin, regresando a la cocina para servir las pizzas sobre su cama.

—¿Aquí es donde comeremos? Se mancharán las sábanas con salsa de tomate —murmuré yo, mientras Frederic se tiraba sobre ella para exhumar comodidad.

—Tú despreocúpate, Danser. Pondré algo de música para amenizar nuestro almuerzo —agregó Arbin, arrojando entre nosotros esa inmensa caja de cartón—. Adelante, muchachos, sírvanse unas porciones.

—Gracias, amigo, está realmente deliciosa. Hey, Frederic, ¿le has contado a Arbin sobre las chicas que nadaban ayer junto a nosotros?

—¡Vaya! No sabes lo que te has perdido, amigo. Debiste haberlas visto con su torso al desnudo, Danser y yo no dejábamos de mirarlas —se exaltó Frederic, mientras Arbin delineaba en su mente cada relato.

—Pues, a decir verdad, él las miraba más que yo —repuse, limpiándome la salsa de tomate en mi boca con una servilleta.

—¡Jaja! No me caben dudas. Por cierto, chicos, Leslie está aquí en Telia. Acaba de llegar hoy con sus amigas y me ha llamado por teléfono —comentó Arbin, tomando de la caja otra porción de pizza, mientras yo me atragantaba con la que aún llevaba en mi mano. El aire comenzaba a cerrármeme inevitablemente; luchaba por creer que aquello no podía estar ocurriendo, que el eco de las coincidencias no se encontraba acechándome con tanta facilidad. Necesitaba creer que su imagen dejaría de perseguirme tarde o temprano.

—¿Leslie está aquí?! Tiene que ser una broma. Di algo, Frederic, no te quedes allí riéndote —lo sermoneé a mi amigo, mientras este se desplomaba a carcajadas en una esquina de la habitación. Arbin observaba perplejo intentando obtener alguna pista que lo ayudara a comprender lo que ocurría.

Y por fin acabamos de comer aquella pizza que, bajo el aire fresco que atinaba a colarse por las ventanas de la habitación, co-

menzaba finalmente a enfriarse. Nos despedimos de Arbin y, agradeciéndole por nuestro almuerzo, abandonamos ese pequeño departamento que, escondido en algún rincón de Telia, permanecería intocable en las profundidades de mis recuerdos.

Así alcanzamos a escapar de aquellos mundos incoherentes en los que el amor parecía ausentarse notablemente en sus letreros. Paisajes de arena e incertidumbre que, persiguiéndome desde esos misteriosos confines, decoraba sus desiertos con esa muchacha que yo buscaba olvidar. Caminaba por aquellas sendas vacacionales evitando encontrarla; sabía que Leslie estaría allí, paseando con sus amigas por los bordes de esas playas de las que yo tanto necesitaba escapar.

—¿A qué hora sale nuestro autobús, Frederic? —le pregunté sumamente ansioso. Deambulábamos por uno de esos inmensos centros comerciales sumergidos en el centro de Telia. Dejé que la insolación en mi espalda absorbiera la humedad de mi camisa mientras Frederic compraba en la tienda uno de esos refrescos que tanto nos urgía.

—A las tres de la tarde, Danser. ¿Y qué tal siguen tus hombros? Aún te arden, ¿no es así? —indagó él, con cierta inquietud.

—¡Vaya! No puedo creerlo, casi lo olvido —exclamé ensalzado, corriendo hacia uno de esos pequeños puestos de ropa.

—¿Qué te ocurre? ¿Acaso piensas comprar algo? —indagaba Frederic, arrastrando su mochila con excesiva fatiga.

—Pues, platicando con Leslie hace algunas semanas, surgió la idea de renovar mi gorra. Esta ya está algo gastada —respondí, quitándome aquella que llevaba puesta. La tienda se encontraba atestada de boinas y sombreros para todas las edades. Sólo era cuestión de elegir la indicada.

—Dijo que me quedaría bien una gorra roja y negra. ¿Tú que opinas, Frederic?

—Considero que le das demasiada estima a sus opiniones si tienes en cuenta sus actitudes. No puedes vestirte a su gusto, Danser. Quizá ni siquiera te preste atención —opinó él con cierto discernimiento. Dejé que sus palabras penetraran en mi mente como aguas de río; un río cuya corriente yacía atascada en alguna parte de mi orgullo. Tal vez, después de tantas ofrendas a su

persona, Leslie no merecía ser la inspiración de mis devociones. Sujeté mi guitarra con fuerzas y, colocándome mi vieja gorra una vez más, me alejé finalmente de aquel negocio.

—Me alegra que lo hayas entendido, Danser —añadió Frederic, caminando junto a mí con su inmensa mochila.

Le asentí con un leve gesto en mis ojos y me desplomé sobre un confortable banco de madera situado en una de las galerías.

—Es realmente una suerte que no te hayas topado con Leslie aquí en Telia, ¿no crees? —repuso Frederic, mientras yo le daba un buen sorbo a ese jugo de naranja que aún permanecía tan frío como antes.

—Mejor no digas nada, amigo. Podría aparecer en cualquier momento —me recosté nuevamente sobre aquel banco y cerré mis ojos de una vez por todas.



Me encontraba cepillándome los dientes frente al espejo del baño cuando, de mis pocos antojos, surgió una inexplicable y alocada idea. Ya habían pasado tres días desde mi regreso de la ciudad de Telia. Decidí buscar una nueva imagen, darle un cambio a mi aburrida fisonomía. Tomé finalmente una vieja máquina de cortar pelo y dejé que mi cabellera comenzara a desaparecer sobre el brillo de la piletta.

—¿Qué rayos haces, Danser?! —gritó mi hermana al ver mi cabeza completamente afeitada; el baño ya estaba atestado de pelo por todas partes.

—Le doy a mi rostro una nueva imagen, ¿tú qué opinas?

—Pues, debo decir que se ve bastante sorprendente, pero no te queda nada mal —repuso, algo confundida. Se alejó hacia mi habitación y regresó a los pocos segundos:

—Danser, tu teléfono está sonando. Aquí tienes, atiende —dejé la máquina a un lado y respondí finalmente la llamada.

—Hey, James, ¿cómo estás?... me alegro... yo muy bien, claro, cortándome el cabello algo más corto de lo usual. Ya lo verás... De acuerdo, déjame darme un buen baño y nos vemos en la entrada de la rambla. Adiós amigo —corté el teléfono y lo dejé a un

costado para terminar de darle forma a mi nuevo perfil. Esperé a que el agua se calentara un poco y me di un buen baño para limpiarme los cabellos que aún llevaba desparramados por todo mi cuerpo.

—Veamos que prendas no he usado esta semana —exclamé en voz alta, eligiendo algo de ropa veraniega.

—Déjame avisarte que hace mucho calor afuera, Danser —exclamó mi hermana al verme zambullido en el armario. Tomé unas zapatillas de montaña y aquellos pantalones verdes que aún no había estrenado. Luego una playera blanca y, recurriendo a aquella gorra desgastada que aún no había renovado, salí rápido de casa antes de que se me hiciera tarde.

Allí estaban James y El Tucán esperando justo donde habíamos acordado.

—¿Cómo están muchachos? ¿Alguna idea de lo que haremos hoy? James no ha sido muy claro al teléfono —los saludé, mientras ellos escabullían sus miradas por debajo de mi gorra.

—De acuerdo, basta de inspecciones. James, ¿vas a decirme a dónde vamos? —insistí, algo molesto por mi innovadora imagen; parecía despertar más curiosidad de lo que esperaba.

—Iremos a las montañas de Rosa Harkin, un lugar realmente hermoso.

—¿A las montañas? ¿Por qué tan lejos? ¿No sería mejor tomar algo frío en un bar? —gimoteé ante su aburrida idea.

—Nada de eso, Danser. ¿No lo entiendes? Haremos caída libre sobre el mar desde las montañas. Será realmente fascinante.

—¿Caída libre?! ¿Estás loco? Tú bien sabes que le temo a las alturas.

—Precisamente, esto te ayudará a perder el miedo. Confía en mí —insistía James. Se había vuelto completamente loco. ¿Yo? ¿Danser? ¿Caída libre? ¿Cómo iba a lograrlo? Ni siquiera era un amante de la adrenalina, ¿cómo iba prestarme a aquel deporte tan riesgoso?

—Estarás bien, Danser, yo también le temo a las alturas. No pasará nada —agregó El Tucán, con una sonrisa versátil. Se veía mucho más emocionado que James.

Allí partimos en nuestras bicicletas hacia las famosas montañas de Rosa Harkin. Sólo serían unos cuarenta minutos pedaleando; nada que mis piernas no pudieran afrontar. Llegamos así a un viejo camino despoblado que conducía hacia las altas superficies de una de las sierras. Dejamos nuestras bicicletas atadas a unas enormes cadenas de hierro y, revisando una vez más nuestros bolsillos, comenzamos a subir hacia la cumbre.

—Hey, muchachos, traje mi cámara de video. ¿Qué les parece si filmamos nuestras caídas? —sugirió James. Parecía una gran idea; al menos quedarían registradas nuestras muertes en caso de desarmarnos contra las piedras. Así alcanzamos por fin la cima de esa pequeña montaña. El mar esperaba abajo a que nos desprendiéramos de esas alturas y aterrizáramos rápidamente sobre sus aguas. James y El Tucán dejaron sus pertenencias a un costado mientras yo investigaba la forma más segura de arrojarme al vacío.

—¡A ver, Danser! Dedicar unas palabras a la cámara antes de brincar —exclamó James, apuntándome con aquel cachivache.

—Pues, creo que aquí ha llegado la hora de saltar. Así que... —comencé a relatar frente a la cámara intentando ganar, mientras tanto, algo de tiempo. ¿De dónde sacaría esa valentía que jamás tuve?

—¡Menos palabras y más acción, Danser! ¡Vamos, al agua! —logró incentivar me James. Retrocedí algunos metros desde aquella cornisa y, anulando el total de mis miedos y percepciones, comencé a correr hacia la gran nada. Abandoné finalmente la superficie, sintiendo como el viento y la velocidad se apoderaban rápidamente de mi cuerpo. Algo surgió fuera de mis planes; había olvidado descalzarme. Continuaba cayendo a la deriva cuando noté que el peso de mis zapatillas parecía afectar mi posición de caída; ya era demasiado tarde. Me desplomé sobre el agua utilizando inevitablemente mi pecho como amortiguador. El sonido del impacto retumbaba entre las otras montañas mientras mis amigos rezaban por que saliera vivo de aquellas profundidades. Yo continuaba bajo el agua sintiendo como mis pulmones explotaban uno por uno. Comencé a hundirme lentamente hacia el fondo cuando, de pronto, sentí como una mano

me tomaba sorpresivamente de la cintura. Entonces pude verla claramente, confusa tras las pocas burbujas de aire que escapaban de mi boca.

—¿Leslie? —exclamé confundido, liberando unas cuantas burbujas más. Su pelo se ondulaba bajo el agua mientras yo cerraba mis ojos sintiendo como el poco aire que me restaba se desprendía finalmente de mí cuerpo. La muchacha me respondió con una dulce sonrisa y me arrojó sobre la orilla del lado opuesto; pude ver nuevamente la luz del sol. Esperé algunos minutos a que mi cuerpo se recompusiera y regresé nuevamente hacia el otro lado de la montaña. Se sentía como si alguien evitara que mis pulmones inhalaran suficiente aire. Como si sólo estuviera respirando por un pequeño orificio en mi pecho.

—¡James, aquí está! Ven rápido —gritó El Tucán, al verme llegar por la otra punta. Me dejé caer en el suelo y esperé a que otro milagro me devolviera el aire que aún me faltaba.

—Maldita sea, Danser. ¿Qué manera de saltar es esa? ¿Y cómo has salido del agua? Hay que estar realmente loco para tirarse de pecho desde estas alturas —me regañaba James.

—¿La han visto? Ella me ha sacado del agua. Díganme si la han visto —farfullé, intentando aspirar cada partícula de aire. «¿Lograría sobrevivir unos minutos más?», pensé de pronto.

—¿Si hemos visto a quien? Vaya leñazo que se ha dado este chico, el pobre está alucinando —se preocupaba El Tucán. Continuaron sentados junto a mí, mientras yo contaba cada uno de mis suspiros; supuse que podrían ser los últimos.

—Danser, comprendo que no puedes respirar pero ya deberíamos ir regresando —comentaba James. Ya habían pasado casi dos horas y mi cuerpo continuaba sin presentar mejora alguna.

—Regresen sin mí, muchachos. Yo volveré en cuanto pueda respirar —respondí, casi sin aliento.

—Nada de eso, idiota. Vinimos juntos y nos iremos juntos —remató El Tucán, algo ofendido por mi comentario. Continuamos allí unos minutos más y regresamos nuevamente hacia las bicicletas.

—¿Seguro que podrás pedalear, Danser? No te ves muy bien —me observaba James algo preocupado.

—Lo intentaré muchachos. Les avisaré en cuanto vaya a desmayarme —respondí con algo de ironía; aquello no resbalaba de los posibles hechos.

Y por fin llegamos nuevamente a Harainay. El Tucán dobló en la primera de las calles mientras James se tomaba la molestia de acompañarme hasta mi casa.

—Gracias por venir hasta aquí, amigo. Es un milagro que haya podido llegar con vida —exhalé aliviado.

—No digas tonterías, no creo que sea tan grave. Aun así, te sugiero que vayas al hospital, puede que tengas daños internos.

—Si, creo que eso haré. En fin, nos vemos mañana James —nos despedimos con un fuerte apretón de manos mientras yo descubriría nuevos métodos para lograr respirar.

—¡Por cierto, Danser! ¿A qué te referías con eso de “ella me ha sacado del agua”? Sólo por curiosidad —preguntó James, subiendo nuevamente a su bicicleta.

—Ah, pues, no lo recuerdo. Probablemente estaba alucinando, olvídale —me despedí otra vez y cerré por fin la puerta del edificio.

Desperté al otro día sin dolor alguno. Mis pulmones parecían funcionar a la perfección y ya no encontraba ninguna dificultad al respirar.

—¿Cómo es posible? Juraría haber explotado por dentro —exclamé en voz alta desde mi cama, inhalando y exhalando varias veces para estar seguro de ello. Al parecer, ya todo estaba bajo control. Me puse algo de ropa para estar cómodo en casa y me apegué a mi guitarra para descubrir algunas melodías. Decidí dejar el Chat abierto por si algún desdichado optaba por quemar su tiempo conversando un rato conmigo. Mientras tanto, yo continuaría envuelto en mi música.

—Hey, Danser, Leslie ya ha vuelto de Telia —resonó mi ordenador, desplegando en la pantalla aquel mensaje de Frederic—. Así que ya sabes, podrías cruzártela en la calle en cualquier momento.

—Gracias por avisarme, amigo. No sé de dónde sacas tú la información. De todas formas, ahora estaré otra vez mirando

hacia todos lados con la típica idea de que aparezca repentinamente —le respondí, sin siquiera sentarme en la silla, y regresé otra vez a mi cama para seguir zambullido en mi guitarra.

Nos juntamos aquella noche a recorrer las habituales calles de Harainay. Después de mi gran salto, no pensé que fuera a respirar nuevamente el aire de la ciudad. James y Frederic caminaban junto a mí, mientras yo, gracias a la oportuna información de mi amigo, desviaba mis ojos hacia cada rincón de la zona. Nos sentamos en un modesto kiosco, de aquellos abiertos las veinticuatro horas del día, y nos compramos una botella de jugo entre los tres. Así platicábamos horas y horas hasta que nuestros párpados comenzaban a entrecerrarse.

—Bueno, yo me voy retirando muchachos. Ya estoy un poco cansado —exclamó James. Frederic se levantó de su asiento mientras yo me bebía la última gota de jugo que aún quedaba en la botella.

—Te acompaño hasta tu casa, James —me ofrecí gentilmente.

—No lo entiendo, Danser. Te quejas de estar todo el tiempo pendiente de Leslie, pero haces todo lo posible por cruzártela —se entrometía Frederic en mis tontos dictámenes.

—No es eso. Me gustaría intercambiar con ella algunas palabras.

—Pues espérala en la puerta de su casa en algún momento. O síguela cuando la veas y pídele algunos minutos de su tiempo —continuaba Frederic, mientras James se alistaba para irnos.

—No pienso seguirla ni esperarla en ninguna parte. No soy un acosador, Frederic. Pero sé que cuanto más recorra estas calles, más rápido podré encontrarla.

—Sí, en eso tienes razón. Me parece adulto de tu parte. Yo en tu lugar la hubiera seguido —agregó James, con una morbosa sonrisa.

—Lo que tú digas, Danser —concluyó Frederic, despidiéndose finalmente de nosotros. James y yo apuntamos en dirección este y comenzamos a caminar.

—De acuerdo, al menos sobreviví al salto de ayer. Tendría que repetirlo una vez más. Necesito realizarlo como corresponde aunque no tengo mucho tiempo, las vacaciones son cortas.

—Sí, tienes razón. Este mes pasará volando, tendremos que aprovecharlo al máximo. Por cierto, ¿qué día es hoy, Danser?

—Cinco de Agosto —le respondí, corroborando la fecha en mi teléfono móvil.

Nos sentamos en un pequeño banco de la calle principal de su barrio, propuestos a descansar de nuestra larga caminata. Ya sólo estábamos a unos pocos metros de su casa. A nuestra izquierda, el edificio de Leslie nos observaba con algunas de sus luces encendidas.

—Así es la vida, Danser. Uno se desvive por otras personas mientras el mundo continúa girando hacia el lado opuesto —galanteaba mi amigo, mientras yo permanecía concentrado en la calle principal frente a nuestros pies.

—Ya sé como funcionan las cosas, James, no tienes que recordármelo. El problema no es que Leslie no me corresponda su amor, sino el hecho de no comprender el porqué de mi necesidad de estar con ella. Ni siquiera la conozco lo suficiente para sentir algo tan profundo. Es que percibo algo extraño en su persona, algo que no consigo encontrar en otras chicas. ¿Tú que crees que sea?

—Pues, su marca de perfume, quizá —bromeaba James. Me reí irónicamente, admitiendo el hecho de que ya había pensado en ello en alguna oportunidad. ¿Desde cuando el entender se convertía en un problema? Aun así, necesitaba hablar con ella. Imaginaba aquella plástica una y otra vez; ya casi lograba sentir su presencia:

No era algo tan crítico de imaginar. Leslie sentada en un viejo banco tal como aquel en el que James y yo nos encontrábamos. Dejé que el sonido del viento le diera a nuestro momento esa exclusividad que yo tanto necesitaba. Sólo eran unas pocas palabras.

—Escucha, Les. Ya sé que tú no sientes lo mismo que yo siento por ti y jamás ocurrirá, lo comprendo. Pero me hace bien estar cerca tuyo, escucharte, cuidarte. Déjame ser aquella persona que pueda ayudarte cada vez que lo necesitas. Aquel hombre dispuesto a escuchar tus ideas, tus frases alocadas que sólo son propias de ti. Permíteme estar allí al menos como un buen ami-

go. ¿Qué importa si estoy perdidamente enamorado de ti? Dame una oportunidad para ser yo mismo, acercarme a ti sin correr aquel riesgo de equivocarme, de obligarte a alejarte de mí otra vez.

Leslie continuaba escuchándome con atención, cuando el sonido de un auto consiguió despertarme de mi momento imaginario.

—¡Mira, Danser! Que coincidencia —exclamó James, mientras yo reconocía al señor Gilbera tras la ventanilla del vehículo que pasaba frente a nosotros.

—No es una coincidencia, James. Leslie vive aquí, ¿de qué otra forma llegaría a su casa si no es por esta calle? —le aclaré, dándole un toque de claridad a su leve confusión.

—Por cierto, creo que tu amada iba en el mismo auto. Es más, allí lo están aparcando en el estacionamiento —agregó él, mientras yo rezaba por que no me hayan visto. Tal como mi amigo se había percatado de ello, Leslie bajaba de aquel automóvil junto a su padre. Ingresaron finalmente al edificio y se alejaron de nuestro alcance visual.

—De acuerdo, creo que no nos vieron —agregué, mientras él me observaba con esa asediadora sonrisa. Pasaron unos pocos minutos cuando noté que la puerta del edificio volvía a abrirse. Leslie atravesó nuevamente aquel paso y se sentó solitaria en la pequeña barraca de madera junto a la puerta. James y yo la observábamos perplejos.

—¿Por qué crees que haya salido? —indagué en voz alta.

—¡Claro! ¿Qué no lo estás viendo, Danser? Te vio aquí sentado al pasar con el auto, supuso que querías hablar con ella y se ha sentado en aquel banco para que te acercaras —me explicaba James. A pesar de su plena convicción, algo allí no encajaba lo suficiente.

—No creo, ¿por qué lo haría? Ella no es así, no me dedicaría su tiempo de esa forma tan indirecta.

—¿Es que acaso tienes dudas todavía, Danser? Bajó a hablar contigo, está más claro que el agua. Si no te acercas pensará que eres un cobarde —me retaba él. Yo aún seguía sumamente indeciso, confundido.

—De acuerdo, supongamos que tienes razón. Me acerco, le digo todo lo que tenga para decirle y todo sale a la perfección. ¿Pero que ocurre si estás equivocado? ¡Pensaré que la estoy acosando, James! Qué la estuve esperando afuera para atraparla imprevista. Si estás realmente confundido, se llevará de mí la peor de las imágenes. Es su casa, su edificio. ¿Y si sólo ha bajado a descansar?

—Puede descansar en su habitación —repuso James.

—De acuerdo, ¿y si sólo ha bajado a tomar aire?

—Puede abrir la ventana de su habitación —agregó nuevamente. Me costaba admitir que tuviera tanta razón.

—¡Ay! De acuerdo, iré. Maldita sea —exclamé alterado, y me puse finalmente de pie. Comencé a acercarme lentamente hacia su casa intentando ocultar mis nervios. ¿Por qué estaría James equivocado? Quizá debía comenzar a escuchar a aquellos que observaban mi historia desde un punto de vista más superficial. El pequeño camino que conducía hasta su puerta era un hermoso túnel de flores y plantas inteligentemente decorado. Podía verla allí sentada con su pollera larga y sus delgados lentes, completamente desprevenida a mi llegada. Me acerqué los pocos metros que restaban cuando alzó finalmente su rostro hacia mí venida.

—Perdona la demora, Leslie, se me hizo un poco tarde —exclamó una voz, asomándose justo por detrás de mí. La muchacha me observó desconcertada mientras Fabio se acercaba para saludarnos. Finalmente comprendí lo que ocurría: Esta vez, había logrado hacer un verdadero ridículo. No podía creerlo. James ya había desaparecido y me encontraba ahora atascado en aquel momento tan ajeno. Salimos los tres hacia la calle principal donde Leslie y Fabio se sentaron cómodamente en un pequeño tabique de piedra.

—¿Y qué haces tú aquí, Danser? —replicó Fabio, sorprendido ante mi presencia. Leslie me ignoraba con la mirada intentado librarse de mi compañía.

—¡Oh! A decir verdad, nada. Tan sólo quería hablar con Leslie unos minutos. Pero está bien, supongo que será en algún otro momento —le respondí a ambos, notando como ella continuaba ocultándose por detrás de sus lentes.

—Me parece bien, nos veremos luego en el centro entonces. Y tú, mujer, ¿se puede saber por qué me has llamado?

—Creo que mejor los dejaré solos. De todas formas ya me iba —concluí yo, despidiéndome de una manera sumamente impropia. Esperé a alejarme unas cuantas calles de allí y descargué por fin toda aquella frustración.

—Cuando vuelva a ver a James lo ahorco. Literalmente hablando —exclamé en voz alta, desapareciendo finalmente hacia el centro de la ciudad. Allí me encontré con Lisa junto a El Tucán y su pandilla, vagamente sentados frente a la pizzería Parci.

—¡Ya mismo me dirás lo que te ocurre, Danser! —me gritó mi amiga, tomándome fuertemente del brazo y alejándonos a un rincón donde pudiéramos hablar reservadamente.

—No creerás lo que acaba de ocurrirme, Lisa. Estábamos con James sentados muy tranquilos en la calle principal del lado este de Harainay, cuando...

—Allí dónde vive Leslie, ¿no es así? —me interrumpió ella, asumiendo saber de qué trataría mi relato.

—¡Exacto! ¿Qué quieres que haga? James vive en la misma zona, no puedo mudar de casa a todos mis amigos para evitar verla. De todas formas, necesitaba hablar con ella, decirle unas palabras. En fin, no era ese el problema. El caso es que mientras platicábamos, su padre llegó con ella en el automóvil pasando justo frente a nosotros. Cinco minutos más tarde, después de haber entrado al edificio, la señorita reaparece de nuevo y se sienta solitaria en un banco junto a su puerta.

—Déjame adivinar! Te vio al pasar con el auto y bajó para hablar contigo —volvió a interrumpirme Lisa.

—¡Ay, no! Otra idiota más.

—¿Otra que?! —se exaltó mi amiga.

—Nada, nada. Es que James también me convenció de ello. De manera que fui, sumamente intranquilo pero fui, y pasé la afrenta más grande de mi vida. Resulta que lo esperaba a Fabio, quien llegó precisamente en el momento en que yo me acercaba a ella.

—¡Ay, no! Qué vergüenza. Seguro habrá pensado que la estabas acosando —exclamó Lisa, sumamente tensa.

—Eso es lo que más me molesta en todo esto. Que ahora me vea como a un típico hostigador. Ni siquiera tenía pensado acercarme, fue James quien me convenció de ello —me defendía yo, aceptando la dura gravedad de los hechos.

—Tienes toda la razón, Danser. Pero lo hecho está hecho. Te sugiero que por unos días evites acercártele y quizá así puedas remediar lo ocurrido —sugería mi amiga; supuse que estaba en lo cierto. ¿Qué más podía hacer acaso? ¿Pedirle disculpas por hacer el ridículo al querer hablar con ella?

Nos acercamos finalmente al resto de los muchachos y dejé que el correr de la noche me ayudara a descargar mis emociones. Así pasaron dos largos días desde mi último intento por llegar a Leslie.

La desesperación continuaba creciendo aquel 8 de Agosto. La presencia de mi amada aparecía y desaparecía a cada instante, creando en mi mente la peor de las desorientaciones. Necesitaba desconcentrarme, huir de aquella prisión de la que pronto no lograría escapar. Me senté en mi ordenador esperando hallar algún punto de distracción, algo que me ayudara a encontrarme a mí mismo de nuevo.

—¡Oh, claro! La página Web de El Tucán y su pandilla. Veamos que novedades hay por allí —exclamé para mis adentros, ingresando a aquel sitio virtual. En su portada, una simpática fotografía les daba la bienvenida a todos los que osaran a entrar a aquel mundo de lo irracional. Ese humor tan ilógico y absurdo que, al parecer, lograba divertir a muchos de sus lectores. Yo era uno de ellos.

Las personas parecían aportar pequeños cuentos en la parte inferior de la página; historias sobre vivencias o anécdotas personales que pudieran alimentar su tan amplio contenido. Supuse que sería una gran catarsis psicológica el aportar mi pequeña historia, aquella que me mantenía tan alterado y arraigado a la incertidumbre. Observando aquel espacio al pie de la hoja en la pantalla, comencé a escribir un pequeño relato:

Érase una vez, un joven enamorado de una hermosa muchacha. En sus insistentes esfuerzos por conquistarla, el valiente jo-

ven se enfrentó a los distintos niveles de rechazo que ella pudiera imponerle en su camino. Afrontando la existencia de su gran desamor y la distancia superficial que hasta entonces los separaba, el joven no se dio por vencido. Resultó mágicamente un día que la joven se dispuso a acercarse a su fiel enamorado. Compartieron juntos una hermosa y romántica salida y algunos momentos también fantásticos. De pronto, sin razón contundente alguna, la muchacha decidió alejarse de nuevo. El muchacho se mantuvo firme hasta percibir como aquella joven volvía a acercarse nuevamente para luego alejarse otra vez. Un completo vaivén de presencia que ese pobre adolescente jamás pudo comprender.

Y así fue transcurriendo el tiempo; el joven nunca supo que cuernos quiso de él la muchacha.

Decidí firmarlo anónimamente y derramarlo sobre aquel espacio virtual, asumiendo que mis palabras se perderían una vez más entre los relatos de otras personas. ¿Quién podría, siquiera, relacionar aquella historia con mi propia vivencia?

Continué indiferente al pasar de las horas y esperé a que algún día las cosas cambiaran de nuevo.

—Hey, Danser, vamos al centro con James y George. ¿Cuánto tardarás en llegar a la pizzería? —inquiría Frederic a través del Chat. Yo continuaba en paños menores tras despertar de mi larga siesta.

—Quince minutos. ¿A qué hora no encontramos allí?

—Ahora, a las nueve de la noche. De todas formas, no hace falta que seas puntual. Recuerda que James llega siempre diez minutos más tarde —añadía Frederic.

—Sí, lo sé. No te preocupes. A las nueve estaré allí —me despedí de él. Sólo disponía de media hora. Comencé a vestirme a buen ritmo cuando noté que mi teléfono móvil ya casi no tenía batería.

—De acuerdo, lo cargaré cuando regrese —exclamé en voz alta, corriendo finalmente al encuentro.

Nos juntamos los cuatro en la pizzería, efectuando desde allí unas cuantas vueltas por Harainay. Llegamos así hasta la rambla donde la luna ya lograba reflejarse sobre las orillas del mar.

—No entiendo cómo es que lo has echado todo a perder, Danser. Y tan bien que iban las cosas —exclamaba George, poniéndose algo insoportable.

—Sí lo sé, se ha puesto todo muy complicado. Ya no sé como hacer para recuperarla. Es más, creo que el “no volver a abrazarla jamás” sería un hecho sumamente temprano —me lamentaba constantemente sin saber que hacer. Mis amigos ya no podrían ayudarme con ello.

—¡Ay! No seas tan cruel contigo —me confortaba Frederic. James continuaba sonriendo como si nada de ello le importara.

—¡Tú cállate, Frederic! Yo creo que eres un cobarde, Danser. Un verdadero cobarde —comenzaba a fastidiarme George; le gustaba provocarme en mis peores momentos.

—No soy un cobarde. Las cosas se han dado de esta manera. ¿Qué puedo hacer? ¿Obligarla a salir conmigo de nuevo? Jamás.

—Sí que eres un cobarde, Danser. Demuéstranos a todos que estoy equivocado. Es más, te reto a que entres al mar con toda tu ropa puesta. ¿Qué opinas de eso? —me desafiaba George.

—Eres un completo idiota. ¿Y sabes qué? Lo haré sólo para demostrarte que estás equivocado —accedí finalmente. James y Frederic me observaban con suma atención mientras yo cruzaba las arenas de la playa para alcanzar una de las olas más grandes. El agua se sentía realmente fría pero placentera. Dejé que mis zapatillas rebalsaran por completo hasta empapar finalmente mis pantalones.

—¿Satisfecho, George? —exclamé, acercándome una vez más hacia a ellos. James y Frederic se reían a carcajadas. Claramente, no esperaban que lo hiciera.

—Retiro lo dicho, Danser. No eres ningún cobarde —se disculpó George.

—Si decidí no enfrentar mis conflictos con Leslie es porque no quiero agobiarla. No es valentía lo que hace falta sino respeto. Sólo quiero que sea feliz, nada más —exclamé, defendiendo mis propios valores.

—Si tan sólo ella escuchara lo que dices —agregó James, algo conmovido por mis palabras.

—Me da igual. No necesito impresionarla —concluí mis vanos discursos y escurrí con ambas manos mi camiseta.

—Bueno, muchachos, me iré a casa a cambiarme de ropas. Hablaremos mañana, ¿de acuerdo? —me despedí de ellos y me alejé dibujando una gruesa franja de agua a lo largo del camino. Llegué finalmente a mi departamento esperando no volver escuchar el nombre de mi amada en lo que restaba del día; al parecer no tuve tanta suerte.

—Danser, dice Leslie, a través del Chat de una de sus amigas, que te ha llamado varias veces por teléfono y tienes el móvil apagado —exclamó mi hermana, mientras yo cruzaba la puerta de casa.

—¿Dices que me ha llamado? Maldita sea, no puedo creerlo. Es la primera vez que no cargo mi móvil antes de salir. Seguramente sea la única vez en la vida que vaya a llamarme —grité alterado, encerrándome en mi habitación con el cargador del teléfono en mano. Esperé unos cinco minutos a que recobrara una parte de su batería y revisé finalmente mis llamadas perdidas.

—No puedo creerlo. Primera vez que me llama y lo tengo apagado —me quejé una vez más. Copié su número a un pequeño pedazo de papel y la llamé de inmediato.

—¡Hey, Leslie! Lo siento, me quedé sin batería —exclamé al saludarla.

—Esta bien no hay problema. En realidad necesitaba hablar contigo. Creo que tú también querías decirme algo, ¿no es así? —respondió ella, rememorando mi inesperada aparición frente a su encuentro con Fabio dos días antes.

—Si, así es. ¿Cuándo quieres que nos veamos?

—Pues, ahora estoy en casa de Altina; vive cerca de la tuya. Podríamos encontrarnos aquí en la esquina —sugería ella. Recordé aquel lugar donde vivía su amiga; un exiguo edificio de cuatro pisos a pocos metros de la escuela. Tan sólo serían unos diez minutos a pie.

—¿Te parece bien dentro de quince minutos aquí abajo? —me preguntó algo apresurada.

—Claro, estaré allí puntualmente. Nos vemos —me despedí. Dejé conectado el móvil en la pared para que continuara cargándose y, colocándome ropa seca y una gorra para cubrir mi calvez, corrí con mi bicicleta hacia nuestro encuentro. Allí llegué por fin a esa esquina en la que acordamos vernos.

—¿Pero dónde está esta chica? —exclamé alterado, observando impacientemente mi reloj; ya habían pasado varios minutos y aún no aparecía. Decidí esperar un poco más. Según mi determinada memoria, Leslie no era una chica impuntual.

—De acuerdo, la llamaré de nuevo —agregué, descubriendo, para mi sorpresa la trágica ausencia de mi teléfono. Escupí algunas pocas maldiciones tal como antes y regresé velozmente a mi casa para llamarla de nuevo. Allí seguía mi hermana sentada en el ordenador.

—Hey, si tienes a Altina conectada, dile que le avise a Leslie que estoy sin mi teléfono y vine a casa a buscarlo. Que vuelva a bajar en diez minutos —le ordené, y volví a entrar en mi habitación. Revisando el estado de la batería, arranqué el aparato del cargador y regresé una vez más a mi encuentro con ella. Estacioné mi bicicleta contra el viejo farol de la esquina mientras Leslie se acercaba cruzando la calle. Allí estaba vestida con su típica pollera verde y una delgada chaqueta para cubrirse de la brisa proveniente del mar.

—Hola, ¿cómo estás? —la saludé con un beso, mientras ella escabullía su mirada por debajo de mi gorra.

—Jaja, a ver como te ha quedado la cabeza —exclamó sonriente. Encaramé unos pocos centímetros mi gorra y volví a cubrirme sumamente avergonzado; ya pronto volvería a crecerme el cabello. Caminamos algunos metros y tomamos asiento en un banco junto al correo postal de la cuadra. La notaba sería, indignada por algo en particular, sólo que aún no sabía de qué trataba nuestro encuentro. No me importaba, estaba con ella; nuevamente a solas bajo la luz de la luna que iluminaba su piel bronceada y el marrón de sus ojos.

—Escucha, Danser, estas empezando a preocuparme de nuevo. ¿Qué es ese texto que has puesto en la página Web de El Tucán? —exclamó ella, con una ocurrente mueca de rabia.

—¿Qué?! ¿Cómo lo has visto? —reaccioné repentinamente. ¿Por qué entraría ella a ese sitio?

—Altina fue quien lo ha leído. Se dio cuenta que eras tú y me llamó para contármelo.

—No puedo creerlo, soy un verdadero idiota. No quise molestarte, Leslie, no pensé que fueras a leerlo —me disculpé, sumamente arrepentido. El destino parecía encargarse siempre de convertirme en un idiota. Sólo intentaba descargar mis emociones, toda aquella energía negativa que luchaba por escapar de mi cabeza.

—De acuerdo, ya no importa. Esta vez lo he decidido, voy a eliminarte del Chat.

—¿Qué?! ¿Por qué, en que te afecta platicar conmigo? ¿Es por ese texto? —la bombardeaba a preguntas que sabía que ella no respondería; jamás lograría entender sus verdaderos motivos.

—No es eso. Es que quiero estar con otros chicos, Danser. No puedo disfrutar de nuevas relaciones pensando en que tú estarás por allí deseándome mala suerte —justificaba ella.

—Te has vuelto loca ¿Por qué haría eso? Jamás te haría nada malo, lo sabes. Y no lo entiendo ¿qué es lo que quieres probar con otros chicos? Me tienes a mí y sabes muy bien lo que siento por ti. Otros muchachos jugarán contigo, te mentirán sobre lo que sienten, Leslie. ¿Por qué eliges ese camino? No lo entiendo.

—Hey, no seas injusto, Danser. ¿Crees que tú eres el único que puede enamorarse de mí, que puede amarme? —se quejó con plena razón. ¿Y si estaba equivocado? ¿Y si sólo era uno de otros tantos que lograrían ver aquella perfección indescriptible en todo su ser?

—Lo tuyo no es amor, Danser. El amor sólo existe cuando dos personas comparten una relación intensa, momentos íntimos. Tú simplemente estás obsesionado —repetía una y otra vez. Comprendí la profundidad de su mensaje; tenía toda la razón. Tantos pensamientos corrían entonces por mi mente. Lo que darían tantas mujeres en el mundo por que alguien se obsesionara tan románticamente con ellas. El tiempo que gastarían cientos de chicas esperando a un enamorado que se desviviera por su compañía. Un joven como yo, capaz de gastar cada uno de sus suspiros

por conseguir aquellos momentos tan mágicos que sólo Leslie lograba crear. Pioneros del amor dispuestos a recorrer interminables distancias por un beso de su boca, una caricia. Lo que darían tantas mujeres por un alma hambrienta de pasión y lujuria. Yo sólo la necesitaba a ella. Su piel, su presencia ante mis ojos y, sin embargo, ella optaba por rechazar mi existencia e intentar encontrar en otros cuerpos la magia que, quizá, sólo existiría en mí. Me sentía un completo egoísta, un avaro que sólo pensaba en sus deseos sin siquiera cuestionar los suyos. Recé por estar equivocado; ser sólo uno más en su lista de admiradores y enamorados que encontraría a lo largo de su vida. Recé por que el tiempo me enseñara a sentir esa fantasía en otras mujeres, otros ojos.

—De acuerdo, Leslie. Si eso es lo que quieres, pues entonces que así sea. Insisto en que no es la solución. Tú sabes lo que haces —accedí, en sumo desacuerdo.

—¿En serio has querido quitarte la vida? —me preguntó con algo de lástima. ¿Cómo podría siquiera pensar en acabar con mi vida? Leslie era la dueña de todas mis virtudes, del bien y del mal en mis acciones. Su existencia era una de mis mayores razones para existir. ¿Cómo iba a quitarme la vida? ¿Renunciar a mis poderes y a toda esa magia dentro mío? Claro que no. Si no iba a lograr su compañía, aprendería a vivir sin ella. Dejaría que mis fantasías ocuparan su lugar en mi mente, en mi corazón. Le daría a mis recuerdos un hermoso marco de ilusiones y lo colgaría en algún rincón de mi memoria. Jamás podría quitarme la vida; mi amor hacia ella era un verdadero tributo a la existencia, no a la destrucción.

—Creo que ya hemos hablado al respecto —le respondí finalmente; tomando en cuenta su última decisión, supuse que no merecía una respuesta concisa. Dejé que su errante criterio le diera a entender lo que ella quisiera. Me observó con algo de compasión mientras yo la miraba fijamente a los ojos.

—Jaja, que tonta es mi amiga —exclamó de pronto, al recibir un mensaje de texto en su teléfono móvil.

—¿Qué ocurre? —pregunté intrigado.

—Es un mensaje de Altina. Me escribe “los estoy observando”.

—Pues, que entrometida.

—Es mentira, Danser, no puede vernos. Su ventana no apunta a este sector —agregó, guardando nuevamente su teléfono. Ya no tenía ganas de platicar con ella. Decidí despedirme y abandonar finalmente aquel banco. Me eliminaría de su lista de contactos, ya era una decisión tomada; una decisión que acepté respetar tanto como yo la respetaba a ella.



No tardamos tanto en volver a vernos. Sabía que algún nexo amistoso lograría en algún momento someternos a un nuevo encuentro. Yacíamos sentados con Frederic junto al bloque de George; justo allí frente al de Leslie. Acabábamos de ver una película en el sofá de nuestro amigo y nos sentamos allí abajo a descansar un poco antes de esa larga caminata que nos esperaba. Conversábamos tranquilos cuando un hombre se asomó por una de las ventanas.

—¡Ya estoy harto de ustedes dos! Todos los viernes me hacen lo mismo, se ponen allí abajo a dialogar y no me dejan dormir. Váyanse de una vez por todas —se quejaba aquel hombre, mientras Frederic se colocaba de pie para responderle.

—Disculpe señor, lamento informarle que hoy no es viernes, es domingo 7 de Agosto. Y si continua durmiendo tanto, olvidará también en que mes estamos.

—Déjalo, Frederic. Es sólo un viejo cascarrabias —lo corregí yo, sentándonos nuevamente en aquella tapia de piedra. De pronto, el teléfono de mi amigo comenzó a sonar. Esperé a que acabara su conversación y me atreví a preguntarle quien era.

—Era Albert. Está regresando de Kalbii con Leslie y quiere pasar a visitarnos. Le dije que estamos justo frente a su casa, no tardará en llegar —me explicaba él.

—Vaya, que interesante. Supongo que al menos podré verla de lejos.

—Así es, Danser. Ya ni siquiera estás en su lista de contactos. No creo que vaya a echarte de la ciudad para no verte —agregó él, guardando nuevamente su teléfono.

Pasaron algunos minutos y allí estaba Albert intentando aparcar su automóvil en el edificio de Leslie. Sus técnicas de manejo resultaban claramente menesterosas; propias a las de alguien que acababa de obtener su licencia. Supuse que despediría a su amiga en la puerta y vendría a saludarnos solo; me equivoqué una vez más. Allí se acercaban ambos hacia nosotros mientras Albert guardaba en su bolsillo las llaves del auto.

—¿Cómo están muchachos? ¿Qué tal la película? —nos saludó él, sentándose en el suelo frente a nuestros pies. Leslie tomó asiento junto a Frederic en la esquina opuesta a la mía.

—Te queda bien el “pelado” —exclamó ella desde la punta, observándome con algo de culpa. ¿Supuso que aquello mitigaría el hecho de haberme borrado de su Chat? Yo aún seguía molesto por ello; se había deshecho injustamente de mi único medio para hablar con ella y disfrutar de sus palabras en mi pantalla. Jamás la perdonaría por ello.

—¿El “pelado”, Leslie? ¿A que te habrás referido con eso? No me gustan las expresiones sexuales —se revolcaba Albert a carcajadas. Le gustaba comprometerla frente al resto de las personas. Su humor resultaba sano y afable.

—¡Ay, Albert! Él me ha entendido —se defendía ella mientras Frederic y yo continuábamos muriéndonos de risa. Conversamos un buen rato hasta agotar finalmente nuestras energías. Albert regresó a su auto y, despidiéndose de nosotros, acompañó a Leslie hasta la puerta de su casa.

—¿Qué crees, Frederic? ¿Lograré algún día deshacerme de ella y de mis sentimientos? —le pregunté, algo desesperanzado.

—Olvídalo, Danser. Una chica que logra darle a tu vida un valor tan grande, no desaparece fácilmente —me respondió reflexivo, y abandonamos aquel suburbio de una vez por todas.

Descubrí al día siguiente un extraño vestigio de paranoia; un molesto sentimiento de persecución que comenzaba a nacer en Leslie, y a pesar de mi amor por ella, no había nada que yo pudiera hacer al respecto. Supuse que mis viejas acciones serían por siempre las responsables de su monomanía. Decidí cargar con la culpa y tomarlo todo como un gran merecido:

En pocas horas me encontraría en la costa con Lisa y aún no me había ido a bañar. Me senté en el ordenador esperando a que Leslie ya me hubiera admitido nuevamente en su lista de contactos aunque, en el fondo, sabía que aquello no iba a ocurrir todavía. Allí fue cuando Flammeed surgió con una extraña acusación cuyo autor aún sería una gran incógnita.

—Danser, ¿cómo estas? —me saludó cordialmente. Había entre nosotros un gran desafecto que jamás pude comprender y, aun así, cruzábamos de vez en cuando algunas palabras.

—Muy bien, ¿y tú?

—Mas o menos, me gustaría que me ayudaras con algo que intento resolver.

—Por supuesto, haré lo posible. Cuéntame nomás —accedí amistosamente. Disfrutaba ayudando a mis amigos e incluso a aquellas personas cuya confianza no era una de nuestras mayores características.

—Me ocurre lo siguiente. Parecería que alguien se ha infiltrado en mi cuenta de correo electrónico y me gustaría cambiar la contraseña. ¿Sabes cómo podría lograr eso? —desembrollaba Flammeed, intentando solucionar su problema.

—Pues, creo que el panel de configuración del correo te permitirá lograrlo. Si no me equivoco, deberías encontrar allí una opción llamada “Cambiar contraseña”. Intenta de esa forma. En caso de que no lo consigas, me quedaré aquí unos minutos más; estaré encantado de ayudarte de alguna otra manera —respondí explícitamente, esperando a que mi ayuda pudiera servirle de algo. ¿Por qué iría alguien a infiltrarse en su correo electrónico?

—De acuerdo, intentaré de esa forma. Y dime algo, Danser, ¿no has sido tú por casualidad? —me preguntó, recurriendo a un extraño tono de ironía que no pude discernir. Decidí seguirle el juego.

—Pues, claro que sí, tan sólo procura no contárselo a nadie.

—¡Oh! No será necesario. Con saberlo yo, alcanza y sobra —concluyó, rematando aquel juego de ironías.

—Es más, te diré algo, Danser. Tan pronto me entere de que has sido tú, juro ir hasta tu casa a reventarte a golpes —agregó él, dejándome ciertamente boquiabierto. ¿Qué demonios le pasa-

ba a ese chico? No le había hecho absolutamente nada. Tan sólo intentaba ayudarlo y de pronto reaccionaba de esa manera tan prepotente.

—¡Hey! ¿Qué te ocurre, Flammeed? Pensé que estabas de broma, tan sólo te seguí el juego.

—Es que me ha llegado el rumor de que has sido tú quien se ha infiltrado en mi correo electrónico. Ahora reza por que no sea cierto —insistía él. Sus palabras se corrían de lo apacible; si continuaba formando parte de su agresiva discusión, las cosas no iban a terminar nada bien.

—¡Eres un completo imbécil Flammeed! No sé ni por qué me gasto en discutir contigo —contraataqué, eliminándolo finalmente de mi lista de contactos. ¿Qué demonios ocurría? ¿Por qué iba alguien a acusarme de algo así? Mis conocimientos informáticos eran tan sólo auxiliares, ¿por qué iría a usarlos acometidamente contra otra persona?

—¡Idiota! —exclamé en voz alta, abandonando el ordenador y encendiendo finalmente la ducha.

En tan sólo unos minutos me encontraba con Lisa y Matnik. Tomé mi guitarra y algunas monedas y salí rápidamente a mi encuentro. Allí estaban los dos sentados sobre una pequeña tapia de piedra frente a Bramia; aquel restaurante en el que Leslie había puesto a prueba sus aptitudes laborales meses antes.

—Bien hecho, Danser, veo que has traído tu guitarra —me saludó mi amiga, con esa inconfundible sonrisa, mientras Matnik me extendía su mano tal como siempre.

—¿Y cómo va todo con tu muchacha?

—Pues, ni hacia atrás ni adelante, aún me tiene eliminado de su lista de contactos. Creo que lo mejor será dejar todo tal como está. De todas formas, no creo que cambie de parecer por ahora —le respondí a Lisa. Matnik se distraía mientras tanto con la luz de las estrellas; una noche ciertamente acogedora. Saqué finalmente mi guitarra de su estuche y comencé a tocar algunas de las canciones que mejor interpretaba.

—Oye, cántanos aquella que comienza con el arpegio que a mí tanto me gusta —me exigía Lisa, compartiendo con su amigo Matnik un romántico cruce de miradas.

—Ah, creo que sé a cual te refieres —comencé a sacudir mis dedos sobre las cuerdas, destruyendo aquel silencio que correteaba a nuestro alrededor, mientras las luces de Bramia permanecían encendidas de par en par.

—¿De manera que no piensas hacer nada respecto a Leslie? —exclamó Lisa, al concluir mi canción.

—¿Qué pretendes que haga? Quiere que me aleje de ella por un tiempo, no puedo obligarla a ser mi amiga. De todas formas, no creo que vuelva a oír de ella por unos días —apuré, atendiendo mi teléfono móvil que sonaba en medio de mis palabras.

—Frederic, ¿cómo estás? Estoy frente a Bramia junto a Lisa y Matnik, ¿por qué no vienes? Estamos tocando la guitarra —lo invité para que se uniera a nosotros; estaríamos allí un largo rato.

—De acuerdo, pero no llamaba por eso. Dice Leslie que necesita hablar contigo. Me pidió que la vaya a recoger a su casa y la lleve a donde tú estas. ¿Tendrás algún problema con eso? —me preguntó Frederic, mientras yo intentaba comprender la naturaleza de los hechos.

—Claro, no hay problema. Estaré en la entrada de la rambla, pueden venir cuando quieran. Nos vemos luego —me despedí y guardé nuevamente el teléfono en mi bolsillo. Lisa y Matnik me observaban inquietos esperando algún tipo de explicación.

—¿Por qué tengo el presentimiento de aquella llamada tenía algo que ver con ella? —se atrevió a indagar Lisa.

—¡Jaja! Pues, o tú eres muy intuitiva o soy demasiado previsible. Así es, parece que Leslie necesita hablar conmigo y, con toda sinceridad, no tengo ni la más mínima idea del porqué. De todas formas, Frederic se tomará la molestia de traerla hasta aquí.

—¡Vaya, Danser! Esta es la primera vez que no eres tú quien va corriendo a buscarla —se reía mi amiga. Yo continué jugando con mi guitarra mientras ellos me acompañaban cantando en algunas de las canciones. Entre cada acorde, mi mente se detenía a pensar en las distintas razones por las cuales Leslie podría querer hablar conmigo.

—De acuerdo, Danser. Creo que tu amada no tarda en llegar, será mejor que Lisa y yo te dejemos solo —exclamó Matnik, inte-

rrumpiendo una de mis canciones. Observé la hora en mi teléfono; tenía razón, pronto Leslie y Frederic llegarían.

—Te cuidas, muchacho, y será mejor que mañana me cuentes de qué hablaron. Realmente me intriga tu historia —se despidió ella, dándome un fuerte abrazo.

Esperé unos minutos junto a la entrada de la rambla; allí pude verlos acercándose. Estaba vestida tal cual la recordaba de nuestra única salida juntos; aquella playera negra y su pollera tan volátil como su pelo. Se acercó lentamente hacia mí mientras yo lo saludaba a Frederic con un gran apretón de manos.

—He venido a renegarte por algo que hiciste y no quiero que me lo niegues —se quejaba ella, jugueteando. No parecía estar tan encrespada después de todo.

—No hay trato si no piensas saludarme —la corregí satíricamente, acercándome para darle un beso. Caminamos unos metros hacia el interior de la rambla y nos sentamos en un banco de la zona.

—No puedo creerlo, se me ha descompuesto el teléfono, mis padres van a matarme —gimoteaba ella, sosteniendo el aparato en sus manos.

—Mejor entrégaselo a Danser, él puede arreglarlo todo —le sugería Frederic.

—No podrá arreglarlo, el problema está adentro.

—Apuesto a que logro repararlo en menos de un minuto —la desafié, confiando en aquella energía que su cuerpo me brindaba a sólo unos pocos centímetros del mío.

—No podrás arreglarlo, Danser. Ya he probado todo —accedió finalmente, entregándome el teléfono por un lado y la batería por otro. Dejé que mi mente se mimetizara con el pequeño artefacto, transportando ese extraño poder hasta la punta de mis dedos.

—Todo suyo, señorita. Y creo que ha pasado menos de un minuto —presumí, entregándole el teléfono en perfectas condiciones. Sabía que no iba a darme las gracias; la conocía ya lo suficiente.

—De acuerdo, chicos, los dejaré a solas para que hablen tranquilos —exclamó Frederic, colocándose de pié.

—Sí, realmente te lo agradecería. Por cierto, puedes llevarte mi guitarra para no aburrirte, sólo nos tomará unos minutos —le respondí, entregándole el instrumento sin su estuche. Mi amigo la tomó con sumo cuidado y se alejó varios metros para pasear apacible por la rambla. Por fin teníamos con Leslie algo de privacidad.

—De acuerdo, vine a acusarte por algo que hiciste y no quiero que me lo niegues. Sé muy bien que fuiste tú —comenzó ella con aquella charla que esperaba algo más amistosa.

—Te infiltraste en el Chat de Fabio y de Flammeed para poder hablarme, ¿no es cierto?

—¡Oh! No puedo creerlo, ahora todo tiene sentido. Y yo intentando como un loco comprender que cuernos le ocurría a Flammeed conmigo —exclamé, tan pronto Leslie concluyó con su acusación.

—¿A qué te refieres? Fuiste tú, ¿no es así? —cuestionaba ella, cambiando repentinamente su postura al mirarme.

—¡Claro que no he sido yo, tonta! ¿Qué ganaría haciendo eso? Y por cierto, me tomo la molestia de informarte que, por poco, y logras que Flammeed y yo acabemos a los golpes. No entiendo por qué haces eso. Dijiste que eliminarme de tu lista de contactos sería lo mejor para ambos, pero no pareces conformarte con ello —me defendí justamente, reaccionando de la forma más tersa posible. Merecía que le gritara, que me enfadara tal como en otras ocasiones mis actos provocaron en ella la misma reacción. Logré entonces comprender a que se refería con aquel “no me lo niegues”. No se trataba de su acusación ni de los verdaderos hechos. Estaba finalmente paranoica, perseguida frente cada uno de mis actos y movimientos. No le importaban ni Fabio ni Flammeed, sólo buscaba tener razón en cuanto a sus sospechas. Sentir que yo aún la perseguía; acechándola en cada esquina, desde cada uno de sus contactos en el Chat. Sólo pretendía que yo admitiera mi equívoca culpabilidad por no aceptar la existencia de su obsesión. Jamás me daba las gracias, ¿por qué iba a pedirme disculpas ahora?

—De acuerdo, ahora que lo pienso, puede ser que nadie se haya infiltrado en ninguna parte. Es que, déjame explicarte lo

que ocurrió. Estaba caminando por la calle cuando pasó Flameed con su automóvil y me ofreció alcanzarme hasta mi casa. Me contó que alguien se había apoderado de su mail o que, al menos, eso era lo que él creía —me explicaba ella, intentando justificar sus actos.

—Le dije que probablemente habías sido tú. No, no, ahora lo recuerdo bien, le dije que estaba completamente segura de que fuiste tú. Lo siento, Danser, ¿me perdonas? —se disculpó sorprendentemente, dibujando con sus labios una pequeña y dulce tristeza. ¿Cómo podría resistirme a semejante divinidad? Decidí ingerir mi propio orgullo, derritiéndome ante esa boca tan perfecta, y perdonarla sin más.

—Está bien, ya no tiene importancia. Sólo espero desaparecer algún día de tu lista de sospechosos. Tengo la mera impresión de ser el único allí ¿no es así? —exclamé en tono de broma. Frederic caminaba a nuestro alrededor intentando robar de las cuerdas de mi guitarra alguna melodía. Se acercó finalmente hacia nosotros y tomó asiento a un costado. Yo me paré para darle algo de lucro a mis piernas.

—Tú te lo has buscado, Danser. Admite que me has dado motivos suficientes para sospechar de ti.

—Tienes toda la razón, Leslie. Sin embargo, da la extraña casualidad de que tú eres la única que parece aferrarse tanto a las cosas que hice en el pasado. La única que está permanentemente pendiente de mí —la reté yo, basándome en sus tangibles actitudes.

—Sí, es cierto, y ya te lo dije una vez, creo que tú me has embrujado —se atrevió a justificar, mientras yo intentaba clarificar el mensaje de sus palabras.

—No me extrañaría, dispongo de varios poderes realmente interesantes. Algún día te enseñaré alguno de ellos. Por cierto, ¿qué hacía Fabio el otro día debajo de tu casa? Aún no tuve la oportunidad de preguntártelo.

—De acuerdo, te lo confesaré. Con Fabio estamos de novios —respondió ella, con un tono sumamente falaz. Sabía que no era cierto y no necesitaba comprobarlo.

—¡Jaja, es sólo una broma! —reparó a los pocos segundos.

—No me hagas esos chistes, Leslie. Puedo llegar a infartarme —agregué, sumamente distendido.

—Lo sé. Me gusta molestarte. De acuerdo, te lo explicaré: Muy de vez en cuando, nos juntamos con Fabio allí abajo a conversar de cualquier cosa. Nada importante.

—Que actitud tan simpática. Yo me ofrecería encantado a compartir algunas pláticas contigo pero, lamentablemente, no puedo hablarte ni siquiera desde mi ordenador porque me tienes eliminado de tu lista —me quejé burlonamente, intentando cambiar algunos detalles en nuestra triste realidad.

—Jaja, no te preocupes, te volveré a agregar —acotó bien sonriente. Supuse que lo haría, aunque nada era seguro con Leslie.

—A parte no tengo con quien platicar. Nadie me quiere, todos hablan mal de mí —dramatizaba ella con un tono ciertamente irresoluto.

—Nadie habla mal de ti. ¿Qué podrían decir?

—No lo sé. Muchos me consideran un poco ligera con los hombres. ¿Será porque uso ropas escotadas? Quizá por besarlo a Flammeed en la discoteca estando prácticamente borracha —conjeturaba en voz alta. Conocía a muchas chicas ligeras y Leslie no era una de ellas. Se suponía que me sintiera sumamente celoso; suspicaz y ambicioso ante el hecho de que otros conseguían disfrutar de lo que estaba tan fuera de mi alcance y, sin embargo, ninguno de esos sentimientos parecía despertar en mí. ¿Cómo es que podía amarla tanto y no sentirme celoso de otras personas? Besaría cientos de bocas a excepción de la mía y, aun así, aquel hecho no me molestaba en lo más mínimo. Algo dentro de mí insistía en que jamás encontraría en otros cuerpos aquella magia tan única y singular que estallaría al rozar sus labios con los míos. Me sentía seguro, confiado de mí mismo. ¿Cómo podría estar celoso de otros muchachos? Me sentía ciertamente un privilegiado por haberla conocido.

—Te daré un consejo, Leslie: Sólo preocúpate por lo que fueran a pensar las personas que tú verdaderamente quieres; el resto no importa —le respondí. Pude verla claramente atrapar el sentido de mi mensaje.

—Lo sé, Danser. De todas formas, debo confesarte que jamás he estado con un chico como lo he estado contigo —agregó sorpresivamente. Aquellas palabras resultaban realmente profundas ¿A qué se refería exactamente? ¿Cómo podría lo nuestro ser más importante que cualquier noviazgo que haya compartido con otros chicos? ¿Por qué compartir conmigo lo que pudo haber vivido con otros tantos? ¿Qué había de especial en mí? Decidí conformarme con sus cortas expresiones; algún día lograría comprenderlo.

Pronto ya iba a amanecer. Nos alzamos nuevamente y comenzamos a caminar hacia el lado este de Harainay.

—¿Me acompañan hasta mi casa? —preguntó ella atrevidamente. Frederic y yo asentimos con la cabeza y continuamos avanzando. La ciudad, ya iluminada, les brindaba la exclusividad de sus calles a los barrenderos y repartidores de periódicos. Los negocios y puestos de ventas aún permanecían cerrados, esperando a que aquel martes comenzara con la más amplia de las clientelas. Nosotros continuábamos caminando mientras yo disfrutaba de mi amada a pesar de la presencia de mi amigo.

—¡Hey, Leslie! ¿Qué tú no estuviste enamorada hace algún tiempo de mi amigo Austin? —desveló él, delatando algunos datos sobre ella que yo aún desconocía.

—Tienes razón, pero eso fue hace varios años. Jamás pude lograr que él sienta nada por mí —rememoraba ella. Yo continuaba escuchándola, intentando darle a algunas de mis inquietudes una posible respuesta.

—Aun así, tú no has hecho mucho por conquistarlo —añadió Frederic, comparando mis esfuerzos con los que ella pudo haber tenido en algún pasado.

—¿Que no he hecho mucho, dices? He hecho lo imposible por conquistarlo —se defendía ella.

—¿Tanto cómo Danser? —concluyó él, agregándome repentinamente a la conversación.

—Jaja, tienes razón. Danser es un caso único —se reía ella. Me gustaba el hecho de que admitiera que mis esfuerzos eran ciertamente inusuales. ¿Se habría acostumbrado a mis persisten-

tes intentos por obtener su amor? No había caso en pensar en ello, jamás lo hubiera deducido.

Así llegamos finalmente a su casa. La despedimos junto a la puerta de entrada, mientras yo rozaba lentamente su mejilla dedicándole un último adiós. Presentí, por alguna razón, que aquella sería la última vez en la que disfrutaría de su compañía.

✘ ✘ ✘

Comenzaba aquel sábado 3 de Septiembre una gran cacería cibernética. Encendí mi ordenador, tal como acostumbraba hacer los sábados, y me detuve pasmado al encontrar mi página de fotos con una imprevista sorpresa; alguien parecía haber continuado aquella vieja embestida virtual recurriendo a un nuevo culpable. No tardé en notar que habían saboteado las páginas de fotos de todo el mundo incluyendo la mía. Utilizando la imagen de uno de los volantes de esas fiestas bailables a las que tanto asistíamos, firmaban aquella irrupción a nombre de Verjai; el primo de Leslie.

—¡Danser! ¿Ya has visto lo que han hecho con las páginas de fotos? —exclamó mi hermana acercándose rápidamente al ordenador.

—Claro, lo estoy viendo. ¡Maldita sea! Y ahora se la han agarrado con nuestras páginas —me quejé, dejando escapar uno de esos bostezos matutinos.

—Y observa al pié de la publicidad: Está firmado por Verjai —detallaba mi hermana.

—¡Vaya! Tienes razón. Las suposiciones de Frederic eran ciertas. Al parecer fue él quien envió el virus la vez pasada.

—No lo sé, quizá. Tendrás que decirles algo, destruirán los ordenadores de todo el mundo, Danser —insistía ella.

—¿Qué quieres que haga, hermana? Si intento hacer algo al respecto me culparán a mí por ello. Recuerda que fui yo quien reenvió aquel correo electrónico cuando nos arruinaron el ordenador a nosotros. Frederic lo sabe, pensará que fui yo también quien saboteó las páginas de fotos.

—Él no me preocupa. Alguien creó hace unos meses un virus y tú te metiste entre medio esparciéndolo hacia otras personas. Intenta solucionarlo antes de que te culpen a ti por todo —se desesperaba mi hermana, previendo resultados claramente obvios.

—De acuerdo, cometí un error, lo admito, pero no volveré a equivocarme de nuevo. Esta vez, dejaré que el resto se ocupe de sus propios problemas. No creo haber hecho nada malo, hermana, no hay motivos para preocuparse —concluí, abandonando el ordenador y saliendo a la calle a respirar un poco de aire. Mi única ansiedad en aquel entonces era Leslie y no iba a perder mi enfoque por el simple hecho de que alguien acometiera sus travesuras por Internet. Supuse que aquello jamás intervendría en mis reiterados intentos por recuperarla; claramente me equivoqué.

Ya habían pasado dos largas semanas sin avance alguno. Si no iba a lograr recuperar su amistad, sólo restaba una última opción por tantear.

Desperté aquel 17 de Septiembre con una de mis más candidas ideas; algo ciertamente inofensivo pero efectivo. Así fue que llamé a Frederic por teléfono para conversar de ello con algo más que mi propia conciencia.

—Lo que escuchas, Frederic. Me inventaré una novia de mentira. Un viejo amigo se tomará la molestia de falsificar algunas fotografías para ponerlas en mi sitio Web de fotos. La gente entra siempre allí.

—Digo yo, Danser, ¿por qué mejor no te consigues una novia de verdad? —me sugería él, algo agobiado por mis tontas ideas.

—Ya lo sé, y tienes toda la razón, pero no puedo. No voy a jugar con los sentimientos de otra persona para solucionar mis problemas con Leslie. No me parece prudente.

—Sí, tienes razón. En fin, explícame bien el plan, suena muy interesante.

—De acuerdo, es así: Me inventaré una novia falsa tan sólo por un mes. Esto me dará el tiempo suficiente para evitar que Leslie crea que estoy pendiente de ella. Dejará de perseguirse

con la idea de que me infiltro en cuentas ajenas de Chat y que le lanzo brujerías contra sus relaciones amorosas —le explicaba a Frederic con lujo de detalles.

—¿A qué te refieres con “brujerías”?

—Pues, mejor pregúntaselo a ella. Dice estar segura de que, al estar con otros chicos, yo estaré deseándole mala suerte permanentemente. Está realmente paranoica.

—¿Por eso te ha eliminado de su lista de contactos? —objetó él, un poco confundido.

—Pues, eso es lo que ella dice. Lo sé, ya lo he pensado muchas veces y no tiene relación una cosa con la otra. No trates de entenderla, creo que ni ella misma logra entenderse.

—Tienes toda la razón, Danser ¿Y qué se supone que deba ocurrir una vez que tu novia ficticia desaparezca?

—No hace falta que ocurra nada. Puede que Leslie se acerque a mí nuevamente o puede que acabemos peleados tal cómo hace un tiempo. Lo importante es que ella descubra la verdad sobre la inexistencia de mi pareja —continuaba explicándole. Frederic parecía captar tan sólo una pequeña parte de mi estrategia.

—¿Qué lo descubra?! ¿De qué te servirá eso? ¿La idea no es que ella crea que estás de novio? —se cuestionaba de nuevo.

—Claro que no, tonto. Sólo busco que Leslie reaccione. Demostrarle que, a pesar de excluirme de su vida, ella aún sigue pendiente de la mía.

—Acabarán peleados, créeme —predecía mi amigo con suma contundencia. Yo suponía exactamente lo mismo.

—¿Y cómo estás tan seguro de ello? —cuestioné, intentando desenterrar algunos de sus secretos.

—Ella me ha dicho que quiere pelearse contigo, que será lo mejor para ambos. Aunque no entiendo muy bien sus intereses, ¿por qué querría alguien estar en conflicto con otra persona?

—Es Leslie, Frederic, ¿qué pretendes que haga? —le respondí con un leve tono de obviedad.

—No te preocupes, tengo todas las conversaciones de Chat guardadas. Me ha pedido que las borre pero, claro que tratándose de mi amigo, jamás podría hacerlo. Te las enviaré en cuanto llegue a casa —me garantizó él.

—Te lo agradezco, Frederic. Sólo me resta pedirte un pequeño favor. Una vez que mi novia salga a la luz, necesitaría que seas tú quien desparrame el rumor de mi engaño. Intentaremos lograr que la información llegue a Leslie por otras bocas.

—Perfectamente entendido. Aun así, Danser, me gustaría entender algo. Si tanto la amas, ¿por qué aspiras a estar en guerra con ella? —preguntó, sumamente intrigado por los próximos resultados de mis actos.

—No es una guerra, Frederic. Tú lo has dicho, la amo demasiado. Sólo busco neutralizar aquella fe de que algún día estaremos juntos. Evitar saludarla, que me dirija la palabra, su mirada. Es la forma perfecta de evitar que siga intentando llegar a ella. Estando peleados, no me quedará más remedio que acostumbrarme a su ausencia —concluí finalmente.

—Suena algo triste, Danser —interpretaba mi amigo, un poco inconforme con mis propósitos.

—Pierde cuidado, no lo es. Recuerda que aún tengo mis poderes, aprenderé a controlarlos y a sacarles algo de provecho.

—¿Y cómo lo lograrás estando lejos de ella? —volvió a inquirir Frederic.

—Supongo que se me hará más difícil entonces. No te preocupes, la vida da muchas vueltas. Tarde o temprano, en algún futuro, volverá a acercarse al menos por unos pocos segundos. Me despedí de mi amigo y me alejé en la negrura de aquella calle. Mi plan ya estaba en marcha.

La existencia de mi novia no tardó en convertirse en la noticia del mes. Mediante algunas fotografías meramente alteradas, logré darle a mi inexistente pareja un nombre y un rostro. El plan sólo duraría unos pocos días; sabía que tarde o temprano Leslie acabaría reaccionando frente a ello.

Mi tonta estrategia logró concluir aquel 20 de Septiembre, acortando inesperadamente su longitud. Me encontraba en el Chat conversando con algunos de mis amigos mientras las fotos de mi novia esperaban en una de las carpetas de mi ordenador, ansiosas por salir nuevamente a la luz.

—¡Danser! ¿Qué cuentas? —me saludó Albert de pronto. Yo continuaba hambriento, esperando a que mi madre terminara de preparar la cena.

—Muy bien, aquí junto a mi novia organizando una romántica salida —le respondí, disfrutando del sonar de mis palabras; jamás había estado en pareja, y el sólo hecho de mencionarlo se volvía realmente inquietante.

—Vaya, me parece bien. Me gustaría conocerla, ¿cuándo podré verla? —insistía curiosamente Albert. No acostumbraba a interesarse por mis asuntos de esa manera tan persistente; supuse que allí había gato encerrado.

—Algún día la verás, no te preocupes. ¿Y qué andas haciendo a estas horas? ¿Ya tienes pensado qué harás esta noche?

—Aún no lo sé. Por cierto, Leslie está aquí en casa pero ahora se encuentra en el baño. Y dime, Danser, ¿de dónde es tu novia? ¿Cómo la has conocido? ¿Qué edad tiene? ¿Cuándo podré conocerla? —insistía Albert, mientras yo le cambiaba el rostro a mi supuesto locuaz. Sólo quedaba comprobar mis supuestas hipótesis respecto a la identidad de la persona con la que me encontraba hablando.

—Ya tendrás el placer de conocerla, Albert. Y dime algo, ¿ya te has aprendido las canciones que te he enseñado el otro día en la guitarra? —pregunté, disimulando el hecho de que aquella clase jamás se había llevado a cabo.

—¡Oh! Seguro, Danser. Claro que aún no suenan muy bien que digamos. Deberé seguir practicando —respondió, despejando finalmente todas mis dudas. Mi reacción fue claramente inmediata.

—De acuerdo, escúchame bien chica idiota. Me pediste que nos distanciáramos y eso es exactamente lo que hicimos. Deja de averiguar lo que hago, soy yo quien no quiere hablar contigo esta vez —estallé de mala manera, dejando que todas mis esperanzas por recuperarla y tenerla nuevamente junto a mí, desaparecieran en los confines de mis recuerdos. Jamás podría borrar el resultado de mis actos ni los suyos. Allí explosionaba el más rotundo de los finales. Un final que lamentaría por el resto de mi

vida. Aun así, sabía que ella se apoderaría de la última palabra; siempre lo hacía:

—Albert me está golpeando para que no te responda pero lo haré de todas formas. Aquí el único mentiroso y actor eres tú. No me interesa nada de lo que haces, es más, me das mucho asco. Adiós idiota —concluyó ella, mientras yo eliminaba a Albert de mi lista de contactos con una ocurrente sonrisa en mi rostro. Acababa de completar finalmente mi gran objetivo. Aquella no era la reacción de alguien que no se interesara por nada de lo que yo hacía. Su exabrupto se adecuaba perfectamente a la de una niña de cinco años. Ahora ambos estaríamos sometidos a una gran guerra de presencias ¿acaso no le molestaba aquella realidad? Al parecer no. Bucearíamos una vez más en aquel silencio del que ya habíamos escapado tiempo atrás. No era un hecho tan irracional después de todo; a diferencia del amor, los enemigos se obtienen gratuitamente.

✘ ✘ ✘

Sólo me había tomado tres días volver a verla después de nuestra lacónica pelea. Nos reuníamos con los muchachos en aquella plazoleta en la que alguna vez Fabio pretendió festejar su cumpleaños. Allí estaban Frederic, James, Pacho, El Tucán y su infaltable banda de compañeros, y otros tantas celebridades que, gastando sus pasos alrededor de una pequeña fogata, aportaban su indudable presencia.

Me senté desahogadamente en el suelo junto a Frederic y Pacho, mientras James se entibiaba las manos con la calidez del fuego. Saqué mi guitarra, que aún yacía escondida en su estuche, y comencé a revolver algunas prestigiosas melodías.

—Hey, Danser, creo que está desafinada —se percataba Mac Portteis con una ofuscada sonrisa.

—Sí, lo sé. Sólo me tomará un momento.

James se alejó hacia una de las mesas que habían allí, donde El Tucán desliaba una bolsa repleta de hamburguesas que luego degustaríamos entre todos.

Continuaba afinando mi guitarra cuando pude vislumbrar un pequeño automóvil estacionándose junto a la calle trasera.

—¡No puedo creerlo! ¿Por qué no me sorprende? —exclamé a los gritos, al descubrir a Leslie bajando de aquel vehículo con algunos de sus amigos.

—Tienes razón, Danser. Ya es mucha mala suerte —agregó Frederic, claramente sorprendido—. ¿No son esos los muchachos de la ciudad de Kalbii?

—Eso creo, parecen estar platicando fuera del auto —exclamé yo, reconociendo a uno de ellos. ¿Quién la había llamado? ¿Cómo es que Leslie sabía de nuestra fogata?

—¡Hey, Danser! ¿Cuánto tardarás en afinar esa guitarra? —me gritaba El Tucán desde la otra punta.

—¡Ya está afinada! Enseguida comenzaremos con la guitarra —respondí, algo desconcentrado. Los muchachos de Kalbii subieron nuevamente al vehículo mientras Leslie y su amiga se acercaban a nuestra asamblea nocturna. Pacho se sentó a mi lado junto al resto de los chicos; James molestaba al grupo arrojando piedras al fuego. Continué sosteniendo mi guitarra allí sentado, mientras Leslie y su amiga se sumaban a nuestra ronda. Allí estaban también dos de los más exiguos personajes en aquel entonces. Mac Portteis, un muchacho de mi misma edad cuyas amistades con Leslie jamás se habían ausentado durante sus largos años en Harainay, deambulaba por el parque intentando juntar ramas y maderas para avivar las llamas del fuego. En la otra esquina, John Wanta, un joven cuya presencia humorística se convertía en un factor claramente imprescindible, conversaba entre fábulas y disparates junto a El Tucán y su pandilla.

—¿Tú que crees, Frederic? ¿Me saltará? —le susurré al oído, observando a Leslie saludar a uno por uno con un beso. ¿Por qué me esquivaría? Aquella no era una guerra legítima, ¿o sí? Se agachó a saludar a Frederic y, tal como lo supuse, pasó de largo frente a mí rostro para acercarse a Pacho y al resto de los muchachos.

—Te lo dije, no iba a saludarme —exclamé, orgulloso de mis leves predicciones.

—Así es, por lo visto no acabaron nada bien —repuso Frederic algo asombrado; no esperaba a que me esquivara de esa manera tan codiciosa.

Continuamos cantando y guitarreando entre todos, acoplando nuestras voces en una inmensa escolanía de gritos y melodías. Mi tan reciente enemistada yacía sentada junto a su amiga en la esquina opuesta a la mía. Yo intentaba no observarla, ignorando el hecho de contar una vez más con su presencia. La luz de la fogata rebotaba en sus pupilas alcanzando inevitablemente la percepción de mis ojos. Necesitaba acercarme a ella; sentir que a pesar de nuestra triste disputa, aún quedaban esperanzas por recuperar su amistad y su presencia en mi vida. Sabía con suma certeza cuánto la amaba y, aun así, aprendería a acostumbrarme a esa ausencia tan cercana a mi cuerpo.

—Mira, Danser, Leslie está cantando —me gritó Frederic al oído.

—¡Jaja! Sí, lo sé. No puedo quejarme, ¿no es así? Al menos disfruta de lo que hago —añadí, deslizando mis dedos por cada una de las cuerdas de mi guitarra. La observé nuevamente tras el humo del fuego. Se veía feliz, compartiendo con el resto de los muchachos una hermosa velada de la cual ambos éramos protagonistas.

—Hey, Danser, ¿podrías venir un momento? —me llamó uno de ellos; se veía más serio que de costumbre. Le dejé mi guitarra a James y me alejé a un costado para hallar cierta privacidad.

—Dime, ¿qué ocurre?

—El Tucán le dijo a Leslie hace un rato que tú has dicho que tas has acostado con ella. Tuve que entrometerme y desmentirlo pero, bueno, ella creerá lo que quiera creer —me comentaba él. Yo fruncí el ceño y, evitando volverme loco, le agradecí por tenerme al tanto. ¿Sería verdad? Aquellos muchachos vivían mintiendo, sobre todo El Tucán. ¿Por qué iba a importarme de todas formas? Mi gran amistad con Leslie ya había terminado y no volveríamos a dirigirnos la palabra. ¿Qué trascendencia tendría lo que dijeran los demás? Aun así, no podía evitarlo: Realmente me importaba.

Regresé nuevamente con Frederic mientras James me devolvía con desgano mi guitarra. Dejé que las melodías purificaran mis malos pensamientos en lo que restaba de la noche; ya pronto saldría el sol.

✘ ✘ ✘

Comenzaba aquel mes de Octubre una interminable batalla de cruces y miradas. La intendencia de Harainay concluía sus cuatro años de mandato despertando, entonces, una gran etapa de elecciones. Así fue como nos convocaron a mí y a mis amigos para participar de una importante asamblea en nombre de Jack Bagas, nuestro actual intendente en aquel entonces. No dejaríamos de aprovechar esa imperdible oportunidad laboral con la que todos ganaríamos una atractiva suma de dinero.

—¡Danser! Supongo que vas hacia la reunión —me gritó Mathiew, al verme cruzar la calle algo distraído.

—Así es, ¿tú sabes dónde es? —le pregunté, sin siquiera saludarlo.

—Claro, hombre. Tú sólo sígueme —concluyó él. Caminamos unas dos calles hacia el centro, cruzando el río Tonga por sobre uno de sus pequeños puentes. Así alcanzamos finalmente una compuerta de rejas blancas detrás de una enorme palmera. Sobre ella, enmarcado en un gran pasacalle de color azul, el nombre del intendente nos daba la bienvenida. Cruzamos la puerta y, recorriendo aquel largo pasillo hacia sus finales, alcanzamos así una pequeña entrada de vidrio tras la que pudimos vislumbrar a algunos de los oyentes. Entramos silenciosamente evitando llamar la más mínima atención. El coordinador del evento continuaba con su discurso mientras Leslie y yo nos descubríamos inadvertidamente por entre la multitud.

—Escuchen con atención, jóvenes —comentaba aquel hombre—. Los hemos convocado aquí esta tarde para ofrecerles esta nueva oportunidad laboral. Jack Bagas, nuestro intendente, necesitará de vuestro apoyo colectivo para ganar las elecciones este año. Cada uno de ustedes recibirá una tarjeta personal de trabajo en la que anotarán sus horas de llegada y de salida. Así recibirán,

terminadas las votaciones, el pago correspondiente. La señorita aquí en la punta será vuestra coordinadora. ¿Alguna pregunta? —concluyó el organizador, señalando a una mujer muy delgada junto a un escritorio al final del salón.

—Sí, señor. ¿Qué tipo de trabajos se nos asignarán? —preguntó uno de los muchachos de la primera fila.

—Serán mayormente trabajos callejeros. Repartir volantes, sostener carteles, realizar llamadas telefónicas desde la delegación. Les asignaremos todo tipo de transporte y cualquier material que pudieran necesitar —continuaba explicando aquel hombre. Su manera de gritar y esos rebuscados ademanes lo convertían en un verdadero dictador. Yo la observaba a Leslie desde la puerta mientras ella se escondía por detrás de sus lentes. Aquel perfil suyo se veía tan hermoso y ocurrente como su forma de ignorarme. Comprendí que se acercaba allí un gran mundo de tensiones; momentos en los que, tarde o temprano, nos encontraríamos uno frente al otro. ¿Soportaríamos aquella adversidad o acabaríamos dándole a nuestra batalla un merecido final? ¿Qué tan difícil podía ser comportarnos como simples adultos? No había caso en intentarlo, francamente no lo éramos.

Los trabajos comenzaron el primero de Noviembre. Mac Portteis se encargaría de organizar a todo nuestro grupo; así se lo habían asignado. Nos reunimos aquella tarde en el patio interior de la delegación; Jack Bagas aún no había aparecido. ¿Trabajábamos realmente para él, o era todo una misteriosa entidad política? Yo continuaba allí sentado, esperando a que el resto de los muchachos arribaran para comenzar finalmente con nuestras tareas.

—Hey, Danser, veo que has venido temprano —me saludó John Wanta con un fuerte apretón de manos. Junto a él llegaron Mathiew, Leslie, El Tucán y Ted Casidy; claro que sólo uno de ellos optó por no saludarme. Decidí permanecer allí sentado mientras Leslie se arrimaba a la secretaría para anotar su horario de llegada. Portteis y los muchachos comenzaron a organizarse.

—¿Qué tal marcha todo, Danser? ¿Algo novedoso para contarme? —exclamó John, acercándose a mí.

—No mucho. Aquí me ves, dispuesto a ganar algún dinero —le respondí, con cierto desgano. No tenía mucho apetito de conversar; la presencia de Leslie comenzaba a volverse realmente engorrosa. Mientras tanto, el resto de los chicos se organizaban en distintos grupos.

—Hey, muchachos, observen lo que haré —exclamó Mac Portteis, sosteniendo en su mano la lista de repartidores —los pondré a Danser y a Leslie juntos en el mismo equipo. Será realmente divertido.

—Jaja, muy rencoroso de tu parte, Mac. Lograrás que se maten —agregó Mathiew, observando detenidamente la lista. Portteis llamó a todos los que trabajaríamos allí y nos reunió en el patio exterior de la delegación.

—De acuerdo muchachos, escuchen con atención. Mathiew y El Tucán vendrán conmigo, repartiremos los volantes en la zona de Airstena. John, Leslie, Danser y Ted irán en otro vehículo a la parte este de Harainay. Tendrán hasta las cuatro de la tarde para repartirlos todos. No quiero a ningún bufón que los bote a la basura ni los arroje en algún buzón de cartas —concluía él. El resto de nosotros nos alejamos hacia el centro de taxis mientras Leslie lo agarraba a Mac Portteis de un brazo.

—¡No puedo creerlo Mac! Me lo haces a propósito. ¿Por qué me pones con Danser en el mismo grupo? —se quejaba ella, sumamente alterada.

—No es culpa mía, querida, así están organizados los grupos. Ve al taxi antes de que se vayan sin ti. Y has un buen trabajo —se defendía Mac Portteis, regresando nuevamente con sus compañeros.

Allí estábamos los cuatro subiendo al vehículo. John escogió el asiento junto al conductor mientras Ted nos dividía a Leslie y a mí contra cada una de las ventanas laterales.

El taxi nos dejó justo en la puerta de la casa de George. Leslie cargaba en sus manos una voluptuosa pila de volantes mientras el resto nos acercábamos para recibir, cada uno, su parte correspondiente. Me expresaba indiferente a su presencia e ignorando nuestra última pelea; fingiendo que no me importaba nuestro silencio, sintiéndola tan cerca y lejos a la vez. Conciente de aque-

lla realidad que, marchando a ese ritmo, podría durar toda una vida. Ese intenso silencio de miradas evasivas que nos envolvía entonces, se transformaba en una inmensa guerra de enemigos luchando hacia el mismo lado.

Leslie sacó finalmente el contenido de la bolsa que traía consigo y comenzó a repartir el total de volantes evitando el contacto físico con mis manos. Emprendíamos nuestra larga caminata hacia la calle adyacente, mientras John descargaba entre nuestros pasos algunos de sus ocurrentes comentarios. Leslie continuaba brincando de buzón en buzón cuando noté que su pequeño hermano se sumaba a nuestra travesía laboral. Pasados algunos minutos, nos sentamos con John y Ted junto a una pared en la acera. Leslie y su hermano continuaban realizando injustamente nuestro trabajo.

—Hey, Danser, ¿estás peleado con ella? —exclamó John finalmente, apagando su tan redundante sentido del humor.

—Así es, ¿te lo ha dicho ella?

—Sí, ¿pero qué es lo que ha pasado? —me preguntó intrigado el muchacho. Aquella no era una de esas situaciones que solíamos frecuentar todos los días. Nuestro silencio lograba crear una retórica inquietud en el resto del grupo.

—Pues, es una larga historia, no tiene importancia —le respondí, evadiendo aquellos detalles que John se desvivía por descubrir. Allí correteaba entre nosotros su pequeño hermano mientras Leslie se sentaba junto a nosotros para dejar descansar sus piernas.

—¿Qué tienes en la cara, Leslie? —le preguntó John burlo-namente, observándola de reojo.

—Ah, me ha salido un herpes en la boca —respondió ella, algo avergonzada.

—Jaja, me refería a tu cara, no al herpes —concluyó John, mientras Leslie se reía ofendida; sabía que yo no iba a defenderla esta vez. Moría de ganas por recordarle lo bella que se veía debajo de aquella erupción y los cientos de granos que le cubrían el rostro. Besarla y abrazarla fuertemente afirmando lo mucho que la necesitaba; sentir sus palabras en mi oído, sus ojos frente a los

míos. Moría de ganas por poder tocarla siquiera, pero ambos sabíamos que aquello no iba a ocurrir.

Su hermano se acercó nuevamente hacia nosotros, sosteniendo en sus manos algunos panfletos que aún no había alcanzado a repartir. Pude notar entonces una personalidad sumamente evasiva ante mi presencia, tal como lo hacía su hermana. ¿Qué acaso le dijo que no se acercara a mí? ¿Qué no me hablara? ¿En qué clase de monstruo me había disfrazado mi nueva enemiga? Aquel era uno de esos tantos resultados que, junto a nuestras disputas, nos perseguirían a ambos por un largo tiempo.

Decidí finalmente alejarme del grupo. Ya no lograba soportar esa presencia suya tan latente como invisible. Necesitaba respirar, sentir que aquello era sólo un producto de mi imaginación. Poder convencerme de que todo era un simple conflicto pasajero y que lograríamos vencer algún día nuestras diferencias, volver a estar juntos. Sentir que aquel odio en sus ojos no era más que un disfraz para ocultar sus verdaderos sentimientos tal como yo lo hacía con mi tonta indolencia. ¿Cuánto tiempo pasaría hasta dirigirnos una vez más la palabra? Necesitaba saberlo; la fe ya dejaba de ser la opción más recomendable.

Regresamos a la delegación nuevamente. Nos sentamos los cuatro junto a una palmera frente a la puerta, esperando a que Mac Portteis volviera y anotara nuestras horas de trabajo. Yo continuaba fingiendo mi tonto desinterés frente a Leslie; ella parecía hacer exactamente lo mismo. Esquivábamos nuestras respectivas miradas mientras John nos estudiaba con suma curiosidad. Aquella era la más incómoda aventura de silencios y combates donde, sin lanzas ni espadas, nos heríamos el uno al otro de la forma más ingenua.

Esa noche hablé con Frederic, parecía tener algunas cosas para contarme.

—¿Qué tal el trabajo de hoy, Danser? —nos sentamos en un viejo banco frente a la pizzería Parc. El señor Gilbera acomodaba las mesas del lugar mientras los clientes terminaban finalmente de digerir su cena.

—Un verdadero karma, Frederic, una tortura. Jamás te imaginarás lo que nos hizo Mac Portteis a mí y a Leslie —rezongué; la risa de mi amigo resonaba por todo el terreno.

—Sí, lo sé. Leslie ya me lo ha contado todo. Escucha con atención la conversación que tuvimos —comenzó a relatar él. Citaba cada una de las líneas de esa plática de forma que yo pudiera imaginar cada uno de los detalles:

—¿Qué tal fue todo, Leslie? ¿Tuviste algún problema al trabajar en el mismo grupo con Danser? —le preguntó él, intentando descubrir cada uno de los hechos.

—Pues, no cruzamos palabra alguna —respondió ella, flemáticamente. Me interesaban sus sentimientos, todo lo que pudiera compadecer frente a nuestra rivalidad. ¿Sufría aquel silencio tanto como yo lo hacía? ¿Cuándo nos sentaríamos como dos personas normales a descargar todo aquello que tuviéramos para decirnos el uno al otro?

—Bueno, eso era lo que querías, ¿no es así? —repuso Frederic. Conocía sus intenciones y, sin embargo, sabía que aquel no era el camino adecuado: Jamás la borraría de mi mente; no de esa forma.

Dejé de imaginarlos a ambos en sus respectivos ordenadores conversando a través de Chat. Acababa de comprobar finalmente las verdaderas intenciones de Leslie. Sabía que no me odiaba, que toda era una simple estrategia mutua por destruir aquella conexión amorosa. ¿Lograríamos nuestro objetivo, acaso? Disentía con ella en todo aspecto y, aun así, optaba por darle la razón. Sentir que sus métodos pudieran tener un resultado efectivo, algo que me ayudara algún día a neutralizar todos mis sentimientos. ¿Lo conseguiríamos? Necesitaba comprobarlo; el tiempo podría cumplir allí una función realmente importante.

✘ ✘ ✘

Decidí asistir a la delegación aquel domingo 6 de Noviembre; llovía torrencialmente. Así pues, supuse que Leslie no trabajaría un día como aquel.

Allí frente a la puerta, sentado en una de las mesas, Mathiew efectuaba algunas llamadas telefónicas.

—¡Danser! ¿Cómo estas? —me saludó eufórico. Había estado trabajando toda la mañana y parecía necesitar algo de compañía.

—Todo muy bien. Y tú ocupado, por lo visto.

—Efectivamente, y es realmente estresante. Anda, ve a anotar tu horario de llegada y siéntate conmigo —continuaba con el teléfono en la oreja, sosteniendo un extraño pión de hojas frente a sus ojos. Le pedí a la secretaria mi tarjeta de trabajo y anoté sobre la fecha las diez de la mañana.

—¿Qué son esas hojas? —le pregunté a mi compañero, desplomándome en la silla junto a la suya.

—Es una lista de los ciudadanos de Harainay. Observa, todos estos que están aquí anotados con sus respectivos números telefónicos, son aquellos que votarán a favor del intendente. Lo que hago yo es telefonar a uno por uno e informarles sobre el lugar al que deberán ir a votar el día de las elecciones —me explicaba él.

—De acuerdo, veamos quien sigue. ¿Quién es la última persona a la que has llamado? —me interioricé. Mac Portteis caminaba por el salón yendo de una punta a la otra, comprobando que todo marchara como debía. Yo continuaba ayudando a Mathiew con los llamados, cuando distinguí a través de la puerta un pequeño paraguas cerrándose bajo la lluvia.

—Dios mío, no puedo creer que haya venido —murmuré en voz baja, mientras Leslie sacudía su paraguas para entrar finalmente al salón.

—¿Qué has dicho, Danser? —preguntó mi compañero, sosteniendo con una mano el tubo del teléfono.

—Nada no importa —lo evadí con rapidez mientras la muchacha, recién llegada, cerraba sus ojos con desespero al hallarme allí sentado. Se acercó lentamente a la secretaría y pidió su tarjeta personal de trabajo.

—Hey, Danser, ¿por qué has venido hoy? —me preguntó Mac Portteis algo inquieto; parecía llamarle la atención mi inesperada presencia—. Disculpa que te lo pregunte, es que, bueno

verás, Leslie me pidió que le asignara un día en el que tú no estuvieras aquí. Se suponía que no trabajarías hoy.

—Lo siento, no lo sabía, Mac —me disculpé. Me sentía realmente avergonzado, no tenía el más mínimo designio de molestarla. Comenzaba a levantarme de la silla con la clara intención de abandonar el lugar, cuando Portteis volvió a arrojarme contra la silla.

—No seas tonto, Danser. Quédate aquí. La pondré a trabajar en la mesa del fondo, no te preocupes —me convenció para que me quedara.

El agobio ya lograba distinguirse en los ojos de Leslie. Portteis la sentó junto al teléfono en la esquina opuesta y le cedió una lista idéntica a la que teníamos nosotros en la mesa. Intenté no observarla demasiado; ya tanto la estimaba, que no quise siquiera accharla con la mirada. Mac Portteis continuó divagando por el salón.

—De acuerdo, Danser. ¿Qué nombre sigue? —prosiguió Mathiew. Concentrarme en mis tareas con mi amada a mis espaldas se volvía algo realmente lioso.

—Que imbécil que es esta chica —exclamó Portteis, regresando velozmente hacia nuestra mesa.

—Jaja, ¿por qué?, ¿qué ha ocurrido? —preguntó Mathiew intrigado mientras yo me acomodaba para escuchar sus protestas con atención.

—Dice que llamó a una de las personas de la lista y la línea está ocupada. Qué no sabe que hacer —se reía insensiblemente. Lo acompañé con una leve carcajada, dejando salir de mí aquella personalidad tan vengativa por haberme alejado de su vida. Aun así, moría de ganas por sentarme junto a ella y ayudarla con sus labores; reír juntos un buen rato olvidando el motivo de nuestra pelea. ¿Qué otra cosa podía hacer más que ocultar nuevamente mis sentimientos?

—Jaja, que chica tonta. ¿Por qué no llama al siguiente de la lista en lugar de molestarte? —agregó Mathiew a su vez. Allí llegaron Pacho, El Tucán y Ted Casidy. Sin siquiera anotar sus horarios de llegada, se sentaron junto a nosotros en la misma mesa. Nos reíamos incasablemente, evadiendo todo tipo de tra-

bajo mientras Leslie continuaba en el rincón opuesto con la lista de votantes y el teléfono a un costado. El Tucán nos relataba sus historias de erotismo; Pacho lo acompañaba con algunos de sus inesperados comentarios. Afuera continuaba lloviendo; podían oírse desde allí las gotas cayendo sobre el pasillo exterior. Pasaron así varios minutos. Leslie se acercó a nuestra mesa mientras el resto nos divertíamos encontrando algunos nombres jocosos en la lista de votantes. ¿Qué haría ella respecto a mí? La estaba ignorando notablemente, ni siquiera la observaba.

Pacho jugaba con el cable del teléfono mientras Mac Portteis conversaba con el resto del equipo.

—¡Que bonito que eres! —exclamó Leslie, tomando a El Tucán del mentón y haciendo un incierto gesto de cariño. Si sus propósitos eran lograr que me pusiera celoso, sólo lograría causarme un espasmo de risa. El Tucán la observó con sorpresa.

—No me toques, querida —le gritó él, regresando su mirada a la lista de votantes que aún yacía entre sus manos. Yo aproveché para alejarme al fondo de la sala y retirar un delicioso capuchino de la máquina expendedora de café. Los muchachos se pusieron de pie, alistándose para regresar nuevamente a sus casas. Leslie continuaba parada junto al resto de los chicos mientras yo me acercaba a ellos para continuar torturándola con esa indebida indiferencia. Ya no había mucho por hacer allí, el trabajo estaba terminado. Anotamos cada uno nuestros horarios de retirada y, dispuestos a abandonar finalmente la delegación, nos despedimos en la puerta de salida.

—¡Hey, Danser! ¿Podrías venir un momento? —me llamó la coordinadora desde el fondo de la sala.

—Adiós muchachos, nos vemos la próxima —me despedí de ellos y me acerqué finalmente a la señorita que acababa de llamarme.

—¿En que puedo ayudarla? —me dirigí a ella respetuosamente.

—Pues, me han comentado que eres un excelente cantante. ¿Te gustaría deleitarnos con algo en la fiesta del mes que viene? Se hará aquí mismo en el teatro de la delegación y estarán todos tus amigos. Es una buena oportunidad para mostrarte, ¿no crees?

—me sugería la coordinadora. ¿Cómo no aprovechar una ocasión como esa? Me encontraba realmente decidido cuando recordé que contaría también con la presencia de mi nueva enemiga. ¿No sería acaso tan comprometedor? Aquel conflicto acababa de comenzar y aún no sabía por cuanto tiempo permaneceríamos tan a la defensiva. De todas maneras, no había forma de rechazar la oferta. ¿Sería acaso una buena oportunidad para que Leslie me escuchara? ¿Dedicarle algunas de esas canciones que compuse inspirándome en ella y en mi triste desamor? ¿Qué pensaría de mí? Mis actos me convertían en un ente tan diferente al resto de las personas, que pronto me observaría como a un verdadero lunático. Supuse que sería un gran riesgo revelar de esa forma todos mis sentimientos; allí desde el escenario, frente a todos mis amigos y compañeros. ¿Qué pensaría ella? ¿Cómo podría exponerla de aquel modo tan arduo? Dejé que mis impulsos decidieran por mí. Me negaba a ser víctima de la realidad, necesitaba darle a mis sentimientos la importancia que tanto merecían.

—Es una excelente idea, señorita. ¿Estará bien si canto cinco canciones? —accedí finalmente.

—¡Oh! Por supuesto. Elige los temas que tú quieras, el público es tuyo. Y dime algo, ¿dónde aprendiste a cantar? Tengo entendido que lo haces muy bien.

—Pues, no aprendí en ninguna parte. Es un poder que estoy aprendiendo a usar, tengo un pequeño truco —exclamé, creando en la coordinadora un profundo interés.

—Vaya, ¿y cuál es el truco? —me preguntó, sumamente intrigada.

—Si se lo dijera, dejaría de ser un truco, ¿no cree? —respondí con algo de picardía. Sólo requería concentrarme en la única fuente de inspiración que tanto necesitaba; nada inusual.

Me despedí de la coordinadora, confirmando el horario exacto de la fiesta, y abandoné finalmente la delegación; al parecer, ya tendría en lo que ocuparme aquel mes.

✘ ✘ ✘

Me encontraba empotrado en una entretenida película, allí en mi habitación, cuando recibí aquel 19 de Noviembre de 2005 una curiosa llamada a mi teléfono móvil. Supuse que llegaría algún día aquel momento en el que me enfrentaría a acusaciones imparciales.

—¿Estoy hablando con Danser? —preguntó una voz masculina al otro lado de la línea.

—Así es, ¿con quien tengo el agrado de comunicarme? —esperaba que se tratara de alguno de mis amigos.

—¿Realmente no sabes quien habla? ¿"El virus informático a nombre de las fiestas bailables" no te dice nada? —respondió impetuoso el muchacho, mientras yo relacionaba finalmente los hechos.

—¡Vaya! Claro que sé quien eres, nos has destrozado a mí y a otros tantos los ordenadores. Y, si mal no recuerdo, hace poco has atracado los sitios de Internet donde muchos de nosotros poníamos nuestras fotografías —acusé a Verjai con cierta desconfianza, asumiendo en parte que aquel llamado declaraba claramente su inocencia.

—¡Ah! El muchacho se cree muy astuto por lo visto. Escúchame bien, Danser. Tú eres el que ha estado dispersando aquellos virus a mi nombre, tengo pruebas contundentes —ahora el acusado cambiaba notablemente de bando. ¿Qué cuernos estaba ocurriendo allí? ¿Por qué me acusaría a mí de todo aquel caos? Si Verjai no había sido, el verdadero culpable continuaba allí suelto. ¿Por qué yo? ¿Por qué acusarme a mí?

—¡Hey! Espera un momento. ¿De qué pruebas estás hablando, muchacho? ¡Yo no he hecho nada! Tengo dieciocho años, jovencito, ¿crees que malgastaría mi tiempo en hacer idioteces por Internet?

—No me interesan tus motivos, Danser. Además, tú eres muy bueno haciendo esas cosas. Escúchame bien, yo no iré a golpear-te, no te preocupes. La próxima vez que bromees con mi nombre por Internet, te enviaré directamente a prisión, ¿queda claro?

—¡Wow, wow! ¡Hey! ¿Te has vuelto loco? Creo haberte dicho que yo no he sido. Si alguien tiene algún problema contigo y está fastidiándote, lo comprendo. Pero no puedes acusarme a mí, no

tengo nada que ver con ello —insistía yo, esperando que el muchacho reaccionara de una vez por todas; acababa de inscribirse instantáneamente en mi lista de personas detestables.

—Sé que fuiste tú, tengo pruebas —se defendía él, de un modo claramente pueril.

—No se qué clase de pruebas tendrás, Verjai, pero puedo asegurarte que son erróneas. Si realmente necesitas deshacerte de esas dudas, has la denuncia correspondiente y deja que las autoridades te demuestren mi inocencia —lo desafié yo, ubicándome holgadamente en mis casillas; estaba tranquilo pues no tenía nada que ocultar.

—De acuerdo, en caso de que hayas sido tú, no lo hagas más. No eres el primero al que llamo —confesó él, mientras yo entrelazaba algunas ideas preliminares sobre aquella acusación. Corté el teléfono y llamé a Frederic para contárselo todo, supuse que él me ayudaría a resolver esa incógnita.

—No puedo creerlo, Danser. ¿Pero por qué te ha llamado a ti? No puede acusarte de ello por tus conocimientos informáticos. ¿Acaso va a culpar a cada aquel cuyas facultades con los ordenadores sean de algún modo superiores? —indagaba Frederic, intentando resolver el enigma de esa inesperada llamada.

—Lo sé, no tiene sentido. Aun así, podría acusarme por reenviar aquel correo electrónico hace meses, no lo culparía.

—Sí, Danser, pero según lo que me cuentas, aquel no fue el motivo del llamado. Te ha acusado de firmar con su nombre los ataques virtuales —me recordó Frederic, regresándome nuevamente al presente.

—Tienes razón. ¿Pero por qué yo, Frederic? ¿Cómo es que llegaría hasta mí? No tenemos a nadie en común que pudiera acusarme a excepción de... ¡Oh, dios mío!

—¡Leslie! —disparó Frederic, amalgamando sus gritos con una estruendosa carcajada.

—¿Cómo pude haberlo olvidado? Es la única persona que ha estado acusándome estos últimos meses de problemas informáticos que ni siquiera eran suyos. Comenzó investigando el primer ataque virtual, luego le dijo a Flammeed que yo me había infiltrado en su ordenador, y ahora me encuentro con un nuevo in-

dividuo acusándome de acometer ilegalidades que, sorprendentemente, es su primo. ¿No lo entiendes Frederic? Ya todo tiene sentido.

—Tienes razón, Danser. Cada vez que alguien te acusa de algo referente a los ordenadores, ella está entre medio. ¿Por qué crees que lo haga? —se cuestionaba él, engendrando en mi mente nuevas incertidumbres.

—No tengo idea, no se me ocurre algún motivo congruente. Además, no le he hecho nada. Jamás le falté el respeto ni abusé de su credulidad.

—Así es, Danser. No tiene ningún derecho a hacer esto. No te hagas problema, algún día se humillará a sí misma en sus propias calumnias —insistía Frederic. Yo continuaba en búsqueda de la justificación más lógica que pudiera hallar. ¿Por qué me odiaría sin haberle hecho daño? ¿De dónde provenía esa clara necesidad suya por convertirme en un mal para los demás? Desviviéndome a cada instante por asistir a aquellos apetentes de ayuda, brindando mi presencia positiva en cada sitio donde la armonía estuviera ausente. ¿Por qué yo? ¿Desde cuando el amor, nos transforma en un blanco de odio y rencor por no haber enfrentado valientemente nuestro destino? Quizá su resentimiento hacia mí sólo era el contundente resultado por no poder culparse a ella misma. Si no me extrañaba a su lado, ¿cuál era el porqué de esos intentos por mantenerme protagonista en su vida? Tal vez por eso lo hacía. Sujetándome a su mundo para evitar que me escapara de ella; evitar que la borrara de mi mente. ¿En qué más podría pensar? No había ninguna otra explicación a sus actitudes que pudiera cruzar por mi mente; claramente ninguna.

✘ ✘ ✘

Terminaba por fin de preparar las canciones para el show de aquella noche. Llegó finalmente el día 6 de Diciembre y, tal como estaba organizado, debía estar junto a mi guitarra en la delegación del intendente a las siete en punto. Llevaba listas cinco de las canciones que había compuesto para Leslie, quien las escu-

charía desvalida ante mi presencia mientras yo la observara alerta desde el escenario del salón.

Llegué prácticamente temprano. Crucé aquel pasillo de la entrada y, atravesando bruscamente la puerta del salón principal, alcancé así un segundo pasaje ocupado por una notable fila de mesas; sobre ellas yacían las listas de invitados y unos sobres en blanco. Traspasando la puerta al final del corredor, me esperaban unas largas escaleras decoradas por una abultada alfombra roja oscura y, en sus desenlaces, un inmenso espejo reflejaba a todo el que osara a bajar por ellas. Acababa de ingresar al salón de reuniones donde aquel escenario frente a mis ojos me daba una calida bienvenida; no había nadie allí. Sujeté mi guitarra con fuerzas y subí finalmente al entarimado para dejarla a un costado. Así regresé nuevamente al patio exterior, donde el resto de los muchachos escuchaban atentos al coordinador del evento.

—Presten mucha atención, jóvenes. La reunión festiva comenzará a las nueve en punto. Disfrutaremos de algunos números musicales hasta que arribe finalmente el intendente. Hasta entonces, intenten relajarse disfrutando de la música y la comida. En cuanto a ustedes chicas... —comentaba el coordinador, mientras Leslie y otra de las muchachas escuchaban con atención lo que estaban por encomendarles—. Ustedes repartirán flores a cada persona que entre al salón de reuniones, sean gentiles y no olviden regalar algunas sonrisas. Mi compañera les traerá, en instantes nada más, los ramos de rosas —concluyó aquel hombre. Yo continuaba caminando por el patio exterior, mientras el resto de mis amigos se desconcentraba con alguna plática colectiva. Ignoraba a Leslie con la mirada mientras ella hacía lo mismo conmigo; se volvía todo un juego realmente peculiar. Algo que recorría ese pequeño lugar decorándolo todo con una extraña quimera de acechanzas.

—¿Qué nos cantarás hoy, Danser? —preguntó John, mientras yo me acercaba al grupo; al parecer, me habían visto entrar con mi guitarra.

—Ya verán. Será asombroso.

—Nada de "ya verán". Cuéntenos —insistía Mathiew.

—Cinco canciones que he escrito hace poco. No lo entenderían, no van dedicadas a ustedes, lo siento.

—¡Oh! Comprendo. Pierde cuidado, ya sé a quien te refieres —repuso Mathiew, con plena certeza.

Los adultos no tardaron en llegar. Allí se encontraban todos nuestros padres, otros jóvenes no tan jóvenes, y sin falta alguna, el señor Gilbera junto al resto de su familia. Las mesas del pasillo comenzaban a atestarse de invitados, mientras Leslie y su compañera se acomodaban junto a la puerta del salón para repartir las rosas. Su pequeño hermano surgió de aquella multitud acercándose a mí con esa sonrisa indudablemente tierna; parecía tener algo que decirme.

—¡Hey, Danser! ¿Cuándo saldrá un nuevo capítulo de tus animaciones? —me preguntó vergonzoso.

—Jaja, pues, quizá dentro de poco —opté por mentirle. No iba a permitir que mi voz retumbara nuevamente en las paredes de su casa; Leslie no lo soportaría.

—¡Excelente! —exclamó eufórico, correteando contento hacia el salón de fiestas. Su hermana continuaba allí en la puerta sosteniendo las rosas. ¿Cómo haría yo para pasar por allí? Jamás me entregaría una, ¿lo haría su compañera, quizá? Decidí finalmente probarlo, aún debía conectar mi guitarra a los equipos de sonido y no quedaba mucho tiempo restante. Me acerqué hacia ellas a gran paso veloz y, atrancándome precisamente frente a su compañera, abrí provocativamente mi boca para que pusiera allí una de las rosas. No podía negarlo, las chicas suelen ser muy previsibles. ¿Qué lograría yo con esa actitud? ¿Generarle celos a Leslie tal como ella lo había intentado con El Tucán? Parecíamos dos completos idiotas jugando a la pareja recién peleada. Ignoré cual fuera que haya sido su reacción y bajé nuevamente las escaleras para ocuparme del sonido de los parlantes.

—Escucha, Danser —me detuvo el coordinador, acomodando una de las butacas del lugar, mientras algunas sirvientas colmaban las mesas de torta y bebida.

—El hombre que está allí sentado junto al escenario ha venido desde la ciudad de Marciel, es guitarrista. Lo que trato de decirte es que él tocará sus canciones antes de ti. Calculo que serán

sólo unos cinco minutos. Ve a preparar tus cosas y revisa que no falte ningún cable —me asesoraba el coordinador.

—¿Qué tal señor? Al parecer compartiremos esta noche el escenario —lo saludé amablemente. Un hombre humildemente empilchado de unos cincuenta y cinco años quizá. Afinaba su guitarra a un costado del salón mientras yo subía a la tarima para regular el sonido de la mía. Los muchachos comenzaron a tomar asiento junto al resto de los invitados mientras yo descubría a Leslie por entre las mesas de los jóvenes; esta vez, me observaría sin ninguna otra opción.

El intendente Jack Bagas llegó más temprano de lo esperado. La gente comenzó a aplaudir mientras yo me sentaba junto a mis amigos en la mesa opuesta a la de mi amada. Oculto entre nosotros se encontraba su pequeño hermano bajando irremediamente nuestro promedio de edad.

—Miren muchachos, acaba de subir un delincuente —exclamó El Tucán, en voz baja para que el intendente no alcanzara a escucharlo. Subió finalmente al escenario junto a su guardaespaldas, mientras el encargado del sonido le cedía un micrófono para que comenzara de una vez su discurso.

—Hey, Danser, ¿qué no ibas a cantar? —indagó Mac Portteis, percatándose de aquel pequeño cambio en el programa. Se activo finalmente el micrófono.

—Estimados ciudadanos de Harainay, tengan ustedes muy buenas noches. Los hemos reunido aquí para hablarles hoy de algunos proyectos que tendremos encaminados para este nuevo año —balbucía Jack Bagas.

—¡Este hombre es un payaso! —exclamó en voz alta el hermano de Leslie. Mathiew se arrojó sobre él y le cubrió la boca antes de que el intendente alcanzara a oírlo.

—Permítanme recordarles que a mediados del año 2002 era nuestro propósito traer a la ciudad cincuenta familias. Señoras y señores, no dejaré de mencionar que fueron doscientas las familias que se han mudado a Harainay. Vale recordar que este ha sido uno de nuestros mayores logros.

El intendente continuaba con su discurso mientras yo investigaba la forma más dinámica de contemplar a Leslie sin que ella pudiera notarlo.

—De acuerdo, ciudadanos de Harainay, ¿alguien tiene alguna pregunta? —concluyó finalmente Jack Bagas. Su guardaespaldas se rascaba la pierna observando con ansias las tortas que reposaban solitarias sobre una de las mesas.

—Sí, yo señor intendente —exclamó Mac Portteis, intentando debatir a nombre de toda la juventud.

—Claro, muchachito. ¿Cuál es tu pregunta?

—Pues, a mí y al resto de mis amigos nos gustaría que hubiera una discoteca en alguna parte de la ciudad, y creo que todos los jóvenes buscan lo mismo —exigía Portteis, con la voz algo temblorosa.

—Verás muchacho, eso resulta algo complicado. La ciudad de Harainay ya se encuentra completamente edificada, son muchas las casas y edificios que ocupan la mayor parte del terreno. Lamentablemente, no hay lugar para construir lo que tú pides —le respondió Jack Bagas. El resto de nosotros permanecemos callados, sin embargo, la respuesta parecía no satisfacer del todo a nuestro amigo.

—¿A qué se refiere con que no hay lugar? Le informo que he visto muchos terrenos disponibles en las calles del centro —insistía Portteis.

—Lo siento, querido amigo, pero esas son zonas residenciales. ¿Crees tú que podrías dormir a gusto si colocáramos una discoteca bailable justo debajo de tu ventana? —se ofendió el intendente. Portteis agachó su mirada y respondió con un gesto de negación; parecía haber entendido finalmente el mensaje de Bagas.

—De acuerdo, señoras y señores. Agradezco que hayan venido a este encuentro y esperamos volver a verlos pronto. Confío en que tomarán la decisión correcta durante estas elecciones —se despidió el intendente. Por fin llegaba mi hora, el momento de revelarme ante Leslie; dejar explotar mis emociones y cada uno de mis sentimientos junto a mi guitarra y la magia de aquel micrófono que me esperaba allí arriba. El hombre subió al escenario

con su instrumento en mano mientras yo me sorprendía al notar que la gente comenzaba sorpresivamente a abandonar el salón.

—¡Hey, Danser! No quisiera arruinar tus expectativas, pero tengo la mera impresión de que no cantarás —exclamó John Wanta, abandonando la mesa junto al resto de mis amigos. El hombre de la guitarra guardó su instrumento en el estuche y bajó del escenario notablemente ofendido; yo continuaba interpretando los hechos: Quizá no era tan grave después de todo. ¿Habría sido obra del destino protegiéndome de un nuevo error, una nueva confusión de objetivos e inclinaciones que sólo un romántico incurable acometería? Tomé aquello como un hecho fortuito. Guardé nuevamente mi guitarra asegurándome de no olvidar ningún cable; el salón ya estaba casi vacío y no quedaba prácticamente nadie. Regresé una vez más al patio, allí donde las multitudes luchaban por escapar a lo largo ese angosto pasillo. Frente a la puerta, debatiendo del lado exterior junto a la gran palmera, se encontraban algunos de los coordinadores; me acerqué para escucharlos con atención.

—Ya vieron ustedes, compañeros, el pobre guitarrista se ha venido especialmente desde Marciel y no ha podido tocar. ¿Qué piensan ustedes al respecto? —se quejaba uno de ellos.

—¡Estoy de acuerdo contigo! Aun así, creo haber esclarecido la naturaleza del problema. El intendente debería haber realizado su discurso al final del evento, y así la gente hubiera disfrutado de la música sin ningún inconveniente. ¡Oh! Miren, aquí está el otro muchacho que iba a cantar —se percató uno de ellos al verme allí parado escuchando la conversación. Noté que se trataba del padre de Mac Portteis conversando con el señor Gilbera.

—Ven, Danser, acércate un momento —me llamaron gentilmente. Me aproximé con mi guitarra sin siquiera percatarme de que Leslie se encontraba justo a mis espaldas.

—Escucha, muchachito, el intendente organizará un nuevo discurso la semana entrante en mi casa. Nos gustaría que pudieras cantar allí lo que hoy no has podido, ¿qué dices? —preguntó el señor Portteis, mientras Leslie se arrimaba sorpresivamente a nosotros para escuchar la conversación.

—Claro que sí, eso estará bien. No será lo mismo, por supuesto, pero haré el intento —accedí encantado. ¿De que me serviría realmente? Leslie ya no estaría allí; sólo serían unas pocas personas de tercera edad y no contaría esta vez con su presencia.

Acordamos el día de aquella reunión y, observando a Leslie a los ojos al menos por última vez, me alejé con mi guitarra hacia alguna parte. «Quizá no sería tan difícil acostumbrarme a ese molesto silencio de miradas», pensaba una y otra vez. Tal vez valía la pena intentarlo.



Las clases ya estaban por concluir en pocos días. Última vez que pisaría los pasillos de la escuela, las losas del patio, el banco en los recreos. Se acercaban nuevas aventuras; hazañas en las que dejaría de ser aquel joven escondido detrás del escritorio con su cuaderno. Nuevos mundos, vivencias que aún desconocía por completo. Se cumplían en aquel entonces nueve meses de silencio con la chica más importante de mi vida. Nueve meses en los que aprendí, con algo de fe, a conformarme tan sólo con su foto en mi imaginación. Los encuentros continuaron acechándonos a ambos sorpresivamente en cada esquina, cada rincón de la escuela, cada pequeño sector de Harainay. Aprendimos a ignorarnos notablemente al cruzarnos y a saludarnos con suma simplicidad, en caso de que tan sólo fuera un encuentro colectivo. El más mínimo cruce de miradas podía ser realmente peligroso; un brusco despertar de sentimientos, de recuerdos relegados u otros que buscábamos olvidar. Continuamos navegando como víctimas del tiempo, evitando a cada instante que nuestros ojos se confrontaran. Aprendí a padecerlo como el mejor de los guerreros, ocultando aquella herida por detrás de mis sonrisas y mis tantas alegrías. Supuse que algún día terminaría; creía ciegamente en ello. Mientras tanto, perseveraba en la triste idea de acostumbrarme.

Se acercaba finalmente el último día de clases. No muchos, claro, pero aún quedaban algunos más por asistir. Se organizaba la noche de aquel 12 de Junio una gran fiesta para todos los gradua-

dos. Nos encontramos con mis compañeros de clase a las ocho de la noche bajo la gran oscuridad del patio escolar; el autobús no tardaba en llegar.

—Vaya, Danser, sí que te ha crecido el cabello. ¿Cómo estas? —me saludó una de mi compañeras. Tenía en aquel entonces una abundante cabellera; no me había vuelto a cortar el pelo desde aquellos tiempos en los que anduve rapado. Me llevé una camisa a rayas y esos viejos pantalones de vaquero, sin notar que el resto de mis compañeros llegaban vestidos como un gran monumento a la elegancia.

—Muy bien, gracias por preguntar. ¿Y cómo estás tú? Por cierto, que hermoso vestido —alabé a mi compañera. Parecía una verdadera novia bajo su lujosa indumentaria.

—¡Gracias, Danser! También está muy bonito tu... bueno... especie de traje, claro —se reía algo distraída. El autobús acababa de llegar. Así fuimos ascendiendo al vehículo uno por uno mientras las chicas cuidaban de no dañar sus vestidos al subir los pequeños escalones. El viaje no se hizo tan largo. El calor del aire acondicionado humedecía las ventanas del autobús mientras mis compañeros se divertían escribiendo insultos y otras frases igual de cortas.

—Hey, discúlpame. ¿Sabes si asistirán a esta fiesta los alumnos del segundo sector de la escuela? —le pregunté preocupado a la chica sentada a mi lado.

—¡Claro! Es su último año escolar al igual que el nuestro. Ellos van en otro autobús —me respondió, algo retraída. Llegamos por fin a un inmenso castillo antiguo donde un centelleante bailar de luces iluminaba el cielo desde lo más alto. Bajamos finalmente del autobús y, sosteniendo nuestras invitaciones en mano, comenzamos a subir por una pequeña escalera metálica.

—Bienvenidos alumnos. Sus entradas por favor —nos recibía la directora en la parte superior de la fortaleza. Allí pude ver claramente de que se trataba. Habían transformado aquel rústico solarío en un atractivo salón de eventos. Las mesas, delicadamente decoradas, recubrían el total de la azotea mientras los platos de comida viajaban simétricos en manos de las camareras.

—¡Arbin! Amigo, veo que has llegado antes que yo —lo saludé, al encontrarlo en una de las mesas.

—Así es, arribamos hace unos minutos. Vaya, tú cabello ha crecido notablemente. ¿Qué le haces?, ¿lo riegas por las noches? —bromeaba él.

—Jaja, algo por el estilo. Vamos a comer algo, estoy muerto de hambre —chillé, mientras Arbin abandonaba su silla. Entramos al salón interior del lugar, donde las mesas atestadas de comida y bebida desaparecían tras esas interminables rondas de jóvenes hambrientos. Decidimos arrimarnos al rubro de las carnes; me serví un vaso con jugo de naranja mientras Arbin conversaba con uno de sus compañeros de clase.

—¿Por qué mejor no preparamos unos platos y nos sentamos en las mesas de afuera? —me sugirió él. El lugar estaba realmente repleto. Por momentos, me cruzaba con algunas caras curiosamente conocidas; otras no tanto. Me serví un plato de pastas, brochetas y ensalada, y regresamos nuevamente a las mesas exteriores.

—¡Hey, Danser! Me he enterado que Fabio está de novio con tu hermana. ¿Es cierto eso? —exclamó Arbin, recordando algunos de esos nuevos cotilleos que deambulaban por Harainay.

—Así es, y están muy contentos los dos. Es realmente un excelente muchacho —respondí yo, llevándome a la boca un pequeño trozo de lechuga.

Ya habían pasado unos cuantos minutos cuando pude verla cruzando la entrada principal: La mujer más hermosa que jamás hubieran visto mis ojos. Un verdadero homenaje a la perfección, a las artes humanas, quizá. Me dejaba hechizar por su reluciente vestido rojo y la delicadeza de sus piernas; algo que jamás lograría crear con el poder de mi imaginación. Dejé que su imagen atravesara lentamente aquel patio y alcanzara por fin mis pupilas. No encontraba palabras para describir su belleza, ese mágico resplandor en su piel que, bajo el brillo de la luna, desdibujaba cada una de las curvas de su cuerpo. Su cabello meramente ondulado se dejaba llevar por el viento, mientras yo registraba en mi mente cada uno de esos detalles.

—¡Hey, Danser! ¿Te encuentras bien? —indagó Arbin, al verme tan abstraído; preso bajo aquel trance tan profundo.

—¡Cierra el pico, Arbin! Déjame disfrutar de la chica más perfecta de todas.

—¿A quién estás mirando? ¿Te refieres a Leslie o a su amiga? Porque déjame decirte que su amiga no es tan linda —repuso él, intentando alinear sus ojos con los míos para entender de quien se trataba. No iba a confesarle nada. Continué contemplándola y dejando, mientras tanto, que mi plato se enfriara un poco; su vestido irradiaba vitalidad convirtiéndola en el único motivo por el cual me adentraría en la pista de baile.

—De acuerdo, Arbin. Vamos a bailar un poco, a disfrutar de la fiesta —me levanté bruscamente de la mesa.

—Pero acabamos de sentarnos, Danser. No he probado ni siquiera el spaghetti —se quejaba mi amigo, mientras yo me ape-gaba a mis compañeras de clase para no quedarme solo. Me dejé llevar por la música aprovechando esa magia que Leslie ejercía sobre mi cuerpo; supuse que podría ser de gran utilidad usar algunos de mis poderes para impactar a mis amigas.

—Vaya, Danser. ¡Qué energía! ¿Dónde aprendiste a bailar así? —exclamó una de mis compañeras, sacudiendo su cuerpo junto al mío.

—No aprendí en ninguna parte, de hecho, soy un pésimo bailarín.

—Pues, debo decirte que lo haces muy bien —repuso ella.

—Sólo será esta noche. La energía que me permite lograrlo se encuentra a unos pocos metros de mí —agregué en voz baja sin que mi amiga escuchara; jamás lo hubiera entendido. Continuamos gambeteando mientras yo observaba a Leslie bailando a un costado con sus amigas. ¿Qué pensaría de mí al verme con tantas muchachas juntas? ¿Me había visto, acaso? Dejé que la fiesta continuara su curso evitando acercarme demasiado a su persona.

Arbin continuaba en la mesa devorando todo lo que osara a posarse sobre su plato. Yo escapaba por momentos al baño y me remojava el cabello para mermar su exuberancia. Luego, bebía algún vaso con jugo y regresaba nuevamente a la pista de baile para seguir disfrutando de la música.

—Están repartiendo unas listas con canciones, Danser. Creo que harán algún tipo de karaoke —exclamó de pronto una de mis amigas—. ¿Por qué no te ofreces para cantarnos algo? Sería realmente lindo.

—Esta noche no, lo siento —me disculpé con gran aflicción; temía que Leslie pensara que sólo lo hacía para acecharla con el sonido de mis cuerdas vocales. De todas formas, si así lo quería el destino, tarde o temprano acabaría oyendo mi voz tras algún micrófono.

Y por fin estallaron los lentos. Aquella música que, bajo el encanto de la noche, envolvía a las parejas de mi edad en un baile claramente romántico. Allí estaban Leslie y sus amigas atisbando desde una esquina de la pista, esperando a que algún príncipe les robara aquella pieza y las sacara a bailar. «¿No podríamos haber esperado un año más para pelearnos?», pensaba una y otra vez. Podría haberla disfrutado al menos una vez más. Sentir su cuerpo abrazado al mío mientras su vestido rojo se perdiera entre mis brazos. Disfrutar de la suavidad de su cabello dispersado sobre mi hombro y mi camisa entreabierta. Podría haberla sentido mía una vez más; mientras tanto, sólo me conformaría con el mero hecho de contemplarla.

Y así concluyeron finalmente los lentos. La organizadora tomó uno de los micrófonos e informó que los autobuses ya estaban abajo esperando. Abandonamos organizadamente la fiesta mientras yo recordaba lo cerca que pude tenerla esa noche. Una cercanía tan lejana qué sólo mi corazón lograba sentir: La extrañaba de verdad.



Me encontraba rebuscando la mejor manera de dejar pasar esas últimas horas de clase. El resto de mis compañeros continuaban con la vista hacia el pizarrón mientras la profesora de historia reprimía a aquellos que murmuraban al fondo del aula.

—Saquen una hoja, alumnos. Escriban la fecha de hoy: 20 de Junio de 2006 —dictaba la señorita. Mi mochila continuaba cerrada y colgada en el respaldo de mi silla. De pronto, la puerta se

abrió bruscamente dejando pasar a una joven meramente obesa. Parecía tener casi mi misma edad.

—Disculpe, profesora. La directora está buscando a Danser —exclamó temblorosa la muchacha—. ¿Podría salir unos momentos?

—Por supuesto. Ve con ella Danser —me indicó la profesora, mientras yo abandonaba de antemano el banco de clase. Caminamos por el largo pasillo, bajando las escaleras del hall y alcanzando por fin su oficina.

—Espera aquí, Danser. En seguida te recibirá la directora —replicó la muchacha, dejándome solo frente a aquella puerta blanca. ¿Qué podrían necesitar? Ya pronto terminarían las clases y jamás volvería a pisar una escuela.

La directora me gritó desde el interior de su oficina para que accediera. Acomodando con cierta sutileza mi uniforme, me senté en la silla frente a la suya mientras ella realizaba algunas llamadas telefónicas. Pasaron algunos segundos y colgó finalmente el teléfono.

—¿Cómo estas Danser? Te contaré el motivo de nuestra reunión —me saludó agradablemente. Yo la escuchaba con atención.

—Verás, mañana es la entrega del libro de fin de año. Cada uno de los alumnos, incluyéndote a ti, recibirán un cuaderno ejemplar con fotos y recuerdos de todos sus compañeros. La entrega se realizará en el auditorio de la escuela y nos gustaría contar con tu participación musical. ¿Qué opinas? —me dejaba llevar por su propuesta mientras ella me observaba con cierta admiración.

—Suena realmente tentador. Me encanta la idea, señorita. Podrán contar conmigo sin ningún problema. ¿Y qué estilo tienen en mente? ¿De cuantas canciones estaríamos hablando? —pregunté yo, hambriento de detalles.

—Bueno, con los rectores hemos decidido que serán dos canciones, una al principio y otra al final. En cuanto al estilo, nos gustaría algo romántico con un poco de ritmo. ¿Qué crees? ¿Podrás adecuarte a nuestras necesidades, Danser?

—Por supuesto, no habrá ningún problema. Confíe en mí, saldrá todo realmente bonito —le respondí, sumamente emocionado.

—¡Ay, Danser! No te hubiéramos convocado si no confiáramos en ti. Este es tu último año en la escuela, serás una gran pérdida para todos nosotros.

—Me alegra mucho oír eso, directora. Les agradezco que me hayan tenido en cuenta para el evento de mañana —le sonreí con una mueca de orgullo y me retiré finalmente de su oficina.

Comencé a armar mi repertorio tan pronto llegué a casa esa tarde. Escogí una melodiosa canción romántica para el principio del evento; una balada de amplia instrumentación y palabras profundas que nadie jamás comprendería. Sonaba realmente agradable. Cerraría aquel espectáculo con un tema mucho más cadencioso. Una canción donde guitarras y trompetas bailaran por entre los instrumentos de percusión; algo bastante dinámico para el final. Pasé frente al ordenador horas y horas grabando voces y coros mientras mi madre conversaba en la cocina con una de sus mejores amigas. Revisé cada una de las canciones y, guardándolas finalmente en un disco, me aseguré de preparar mi mochila para no olvidar nada al día siguiente.

—Trabajo terminado. Mañana será un gran día, no me cabe ninguna duda —suspiré en voz alta, recostando mi cabeza sobre la almohada.

Allí nos encontramos todos los alumnos en el hall del auditorio. Los rebeldes de la clase se amontonaban en un rincón del pasillo mientras, las chicas más reservadas, compartían sus más memorables recuerdos en uno de los bancos de la sala. Yo caminaba de una punta a la otra intentando calmar mis nervios. Cada presentación era una nueva ansiedad, un nuevo reto en mi vida. Había dejado horas antes mi piano sobre el escenario probando el micrófono y cada uno de los enchufes; ya todo funcionaba a la perfección.

—¿Así que cantarás para nosotros, Danser? —preguntó una de mis compañeras de clase.

—Efectivamente. Y espero que salga todo muy bien —me esperanzaba yo, ignorando el total de mis inseguridades.

—Claro que saldrá todo muy bien. Saldrá perfecto. Nos fascina como cantas y lo que haces. Estaremos justo en primera fila para escucharte —me sonreía mi compañera. El resto de las muchachas se sumaban a la conversación mostrando un mayor interés en los detalles. ¿Eran más las canciones? ¿En quién me inspiraba al componerlas? ¿Quién sería la afortunada? Cientos de preguntas cuyas respuestas siempre lograba enterrar bajo alguna contestación admisible.

Comenzamos a entrar en la sala mientras yo me alejaba hacia la parte trasera del escenario. Allí había un baño donde pude arreglarme un poco antes de salir a mi encuentro con el público. Cada uno de los alumnos fue tomando asiento mientras algunos de los profesores recorrían las gradas repartiendo los libros de los que me había hablado la directora el día anterior. El rector se encontraba allí de pie, junto a un modesto podio de madera, esperando ansioso para comenzar con su discurso. Respiré hondo; aquella intranquilidad por que algo saliera mal era una de esas claras e infaltables sensaciones previas a un recital por más pequeño que fuera. El rector tragó saliva y se acercó finalmente al micrófono.

—Les damos la bienvenida y estamos muy contentos de verlos a todos aquí. En sus manos traen un libro tan importante como ustedes. Un libro con sus recuerdos, fotos de sus años escolares, momentos inolvidables entre amigos y compañeros. Este libro marcará un capítulo fundamental en sus vidas. A partir de ahora, abandonarán el mundo de los estudios secundarios para adentrarse en las próximas etapas de vida. Unos irán a la universidad y otros dejarán que sus impulsos los conlleven por otros senderos. Así es como, cada uno de ustedes, dejará en esta escuela una huella imborrable. Los invitamos ahora a disfrutar de uno de sus compañeros más destacados que nos deleitará con una de sus canciones. Adelante, Danser, el escenario es todo tuyo —salí por detrás del telón y, tomando el micrófono junto al piano, comencé con la primera de mis canciones. Algunos alumnos me oían con suma atención mientras otros se sumergían en aquel

libro, convirtiéndose mi voz en una fantástica música de fondo. Concluí con la canción y volví a ocultarme por detrás del telón para que el rector realizara su siguiente discurso.

—Y ahora, los dejamos una vez más con Danser, quien dará fin a nuestra entrega de diplomas con otra de sus románticas canciones —exclamó él, entregándome una vez más las riendas del escenario. Me coloqué un pañuelo rojo en la cabeza para darle a mi abundante cabellera una segunda imagen. Concluí con un tema mucho más rítmico, acudiendo también a la magia de mis teclados. El público aplaudía al compás de la música mientras mi cuerpo se dejaba llevar por las melodías.

La canción llegó a su fin. Me convertía ahora en víctima de los aplausos, de aquellos que portaban su orgullo y admiración en algún sitio, y otros que sólo dedicarían su desinteresada ovación con el fin de complacerme. Entretanto, el alumnado abandonaba finalmente el auditorio. Me acerqué al rector para agradecerle una vez más por tenerme en cuenta y dejarme formar parte de aquel evento.

—¡Eres genial, Danser! Ha estado todo fantástico. Tan sólo te pediremos un favor más: En pocos instantes se llevará a cabo la entrega de diplomas de los cursos del otro edificio. ¿Crees que podrás repetir tu actuación para ellos? Nos encantaría contar nuevamente con tus canciones —me consultaba el rector, con plena fascinación. ¿Qué podría hacer al respecto? Leslie se encontraba en uno de esos grupos y aún no estaba preparado para cantar frente a ella. Mi pelo era un verdadero estropicio y la transparencia de mi camiseta blanca sólo dejaba lucir el abultado espesor de mi estómago; todo sería una gran vergüenza. Aun así, necesitaba verla. Tenerla frente a mis ojos aunque fuera sólo por unos pocos instantes, disfrutar de su presencia al menos una vez más.

—Por supuesto, señor. Iré al baño a arreglarme nuevamente y esperaré detrás el telón tal como antes —accedí ansiosamente, mientras el resto del alumnado esperaba fuera del auditorio. Revisé una vez más que el micrófono funcionara a la perfección y me fui a arreglar el cabello. Desde allí pude escuchar a los jóvenes entrando en la sala, ocupando paulatinamente cada una de

las butacas. Me asomé unos segundos para hacerme de una clara imagen de ellos cuando pude verla bajando las escaleras. Allí estaba ella con su pollera verde y esa playera negra que tan prestigiosa se volvía ante mis ojos; tal como yo solía recordarla. De su hombro colgaba una modesta cartera color verde musgo. También llevaba puestos aquellos lentes que disfrazaban la hermosura de sus ojos con el reflejo de las luces del auditorio. Se veía tan perfecta como siempre.

—Los invitamos ahora a disfrutar de uno de los alumnos de la otra sección de la escuela, que nos deleitará con una de sus canciones. Adelante, Danser, el escenario es todo tuyo —repitió una vez más el rector, al igual que antes. Así pues, arremetí por detrás del telón intentando imitar cada uno de mis últimos movimientos. La presencia de Leslie se encontraba una vez más logrando un notable efecto sobre mi cuerpo que, de un modo casi imperceptible, se transformaba en una molesta serie de nervios. Quizá ella ni siquiera se fijaría en mí. Tal vez aquel rencor que tanto compartíamos, aún permanecía latente en su interior. ¿Qué sentiría al escuchar mi voz? ¿Lograría llegar a su corazón, acaso? No había forma de saberlo. Dejé que la música resonara por todo el auditorio y recé por que todo saliera nuevamente a la perfección. Necesitaba observarla a los ojos. Cruzarnos con la mirada en aquellos diez metros tan insignificantes que nos separaban. Lograba percibirla frente a mí sin siquiera contemplarla. Sentía a mi música alcanzar sus oídos, sus más profundos pensamientos. Percibía aquella mirada evasiva con la que supuse que me observaría desde su butaca. ¿Qué más podía hacer al respecto? Sólo alcancé a dar las gracias porque Leslie aún permanecía en mi vida. Porque, a pesar de esa distancia tan infinita que nos separaría por siempre, aún tendría la fortuna de poder encontrarla. Disfrutar de su belleza y de esa magia que, aunque a sólo unos pocos metros de ella, me envolvería como a un niño de tres años. Aquellos errores de los que pude aprender a deshora, fueron los verdaderos promotores de ese abismo que aún yacía entre ambos. Supuse que ya no habría marcha atrás. Tarde o temprano, lograría acostumbrarme a su ausencia.

Dejé que pasara un año completo. Tiempos en los que pude desarrollar cada uno de mis poderes y habilidades. Aprendí a imaginarla junto a mí en mis actividades diarias; se volvía un hábito ciertamente hermoso. La belleza de su rostro continuaba dibujándose frente a mi piano y en las cuerdas de mi guitarra. Su cuerpo creaba aquel calor pasajero sentado junto a mí en el mismo taxi, el mismo autobús. Me acompañaba en cada calle, a cada lugar al que asistía, cada paseo al que osaba a aventurarme. Aprendí a escuchar su voz ausente en cada uno de mis silencios, rozando su piel imaginaria junto a mi almohada mientras dormía. Su ausencia dejaba sin duda algunos frutos; instantes de los que aprendí a disfrutar con el correr del tiempo. Sólo era cuestión de cerrar suavemente mis ojos y dejarme llevar por mis sentimientos. Sabía que algún día volveríamos a hablar.

LOS GUARDIANES DEL LABERINTO

Así arribamos a un nuevo mundo; una escena completamente distinta a las anteriores. Avanzamos firmes hacia la salida de aquel pasaje hasta alcanzar una inmensa explanada rodeada sólo por el más abisal de los precipicios. El terreno, cercado por esa gran nada que acechaba con devorarnos ante la más cerril de nuestras caídas, llevaba en su centro una pirámide al final de unas extrañas gradas circulares; la dimensión de aquel sitio era ciertamente inimaginable. Leslie se aferraba a mi mano mientras yo permanecía contemplando la curiosa pirámide ante nuestros ojos. Llevaba en su parte superior una considerable argolla de hierro portando en su centro una clave de sol.

—¿Qué cuernos tiene que ver la música en todo esto? — exclamé asombrado ante aquel ornamento.

—¿A qué te refieres?

—La clave musical, allí encima de la pirámide. ¿Alcanzas a verla? Es un símbolo de escalas melódicas, no tendría por qué estar allí —insistía yo, contemplando ahora todo lo demás. Frente a nosotros, un podio de piedra llevaba en su cara superior una inmensa espada de acero. Comencé a acercarme a ella mientras Leslie se percataba del tamaño de esas gradas que rodeaban robustamente la pirámide.

—Creo que tenemos que llegar hasta allí arriba, Danser — masculló ella, señalando hacia lo alto de aquel sepulcro; poseía en su lado frontal esa puerta que tanto buscábamos. Yo continuaba observando la espada frente a mis ojos.

—¿No irás a usarla verdad? —se esperaba Leslie, mientras yo tomaba el estoque con ambas manos.

—Pues, supongo que está aquí por una razón. No me arriesgaré a subir sin ella —respondí, quitándola finalmente del podio. Leslie se alejó algunos metros para contemplar el brillo de la hoja; se veía realmente afilada. Allí nomás, el suelo a nuestro alrededor se transformó en una gigantesca plataforma encendida por las más temibles llamas.

—¡Danser! —gritó ella petrificada, al notar como el fuego se arrimaba insípidamente hacia nosotros. La espada parecía crear algún tipo de escudo que nos mantenía protegidos de las llamas.

—No te preocupes, Les. Observa, el fuego no puede acercarse. Intentaremos movernos hacia esa esquina, ¿de acuerdo? Necesitamos subir hasta la primera de las gradas —sugerí, caminando hacia mi derecha y advirtiendo como el fuego se dejaba deslizar tras nuestros pasos.

—¿De modo que esta espada es lo que evita que el fuego se nos acerque? Ni se te ocurra soltarla, Danser —exclamó Leslie, sumamente tensa. Se acercó nuevamente a mí y, evitando anteponerse a la espada, apoyó sus manos sobre mis hombros.

—¡¡¡Intrusos!!! —estalló una voz desde algún rincón del extraño coliseo. Leslie volvió a esconderse detrás de mí, mientras yo alzaba la vista por encima de las llamas. Allí pude ver a un estiloso caballero vestido con una corpulenta armadura de plata; en sus manos portaba una espada muy similar a la mía. El hidalgo caminaba sobre el fuego sin siquiera percatarse de su ardiente viveza. Se acercó finalmente a nosotros mientras yo me colocaba, por si acaso, en la más ridícula de las posiciones de ataque.

—¡Nadie escapa de aquí, forasteros! Morirán antes de alcanzar la pirámide —aseguró el caballero, sacudiendo su espada hacia mi cuerpo. La tomé a Leslie de la cintura y la arrojé al suelo para que esquivara el ataque de nuestro enemigo.

—¡Maldito seas! ¡Es una mujer! —le grité furioso, arremetiendo hacia él con mi propia espada. Supuse que aprendería a pelear por las buenas o por las malas.

—¡Les, súbete rápido al podio de pérdida! —añadí, sin siquiera echar la vista atrás. Continuaba sentada en el suelo esperando a que sus sentidos volvieran a reaccionar.

—Va a matarte, Danser. ¡No quiero ver! ¿Qué me suba a dónde, has dicho? —preguntó algo confundida. El caballero volvió a atacarme con su espada mientras yo la entorpecía milagrosamente con la mía.

—¡Al podio de piedra, Les! Confía en mí, tú súbete allí —le repetí, esperando a que siguiera mis órdenes al pié de la letra. El hidalgo se lanzó velozmente contra mí mientras yo comenzaba a correr hacia la esquina opuesta de la explanada.

—¡Danser, el fuegooooo! —volvió a alarmarse Leslie, al notar como aquel círculo que nos rodeaba a mí y a mi enemigo se alejaba de su podio, dejándola completamente a la deriva.

—No te preocupes, las llamas no llegarán hasta allí arriba. Intenta tranquilizarte y no te muevas por nada del mundo —volví a gritarle, sacudiendo mi espada hacia todas partes.

—¡No podrás vencerme, muchacho! Ni siquiera sabes como sostener tu arma —el caballero continuaba juzgando mis torpes movimientos y esquivando cada uno de mis asaltos. Apoyó su acero contra el mío dando un suave viraje circular para repetir otra vez su ataque. Yo retrocedí unos cuantos metros hacia atrás y, evitando caer desprevenidamente sobre el fuego, agité mi espada contra la suya para frenar su arremetida. Se acercaba hacia mí con sus piernas alineadas en noventa grados mientras yo intentaba imitar sus movimientos; aprendía realmente rápido.

—¡Danser, ten cuidado! —exclamó Leslie desde su pequeño altar, resguardando cuidadosamente mis pasos; me encontraba a sólo unos pocos centímetros del precipicio que nos rodeaba. El hidalgo arremetió con otro de sus ataques mientras yo me resregaba hacia el centro del campo de batalla. Volvió a lanzarse acometidamente sobre mi cuerpo; lo contuve nuevamente con mi espada.

—¡Gracias, Les, eso estuvo cerca! —le grité aliviado. Lo atacé con el más raudo de mis movimientos, apuntando plenamente a su cabeza, mientras este se agachaba al mismo instante en el que yo resbalaba con mis pasos; volví a colocarme de pie y, corriendo hacia la esquina derecha junto a la primera de las gradas, me volteé para asegurarme de que Leslie aún continuara a salvo. Mi enemigo apresuró nuevamente su espada y se lanzó

confiadamente sobre mi cuerpo. Pude notar, de pronto, como su torpe carrera dejaba su pecho al descubierto. Tomé con firmeza mi espada y, sin siquiera pensarlo dos veces, la sumergí sagazmente en su tórax. El caballero detuvo inesperadamente su ataque para intentar comprender lo que ocurría. Dejó escapar de su boca una delgada línea de baba ensangrentada y soltó finalmente su espada.

—¡Vaya! Lo siento, no fue mi intención. Usted fue quien lo empezó todo, no estaba en mis planes luchar —me disculpé, observando la sombra de mi estoque apegada a la de su espalda. Se dejó desplomar en el suelo y, apoyando una mano sobre su pecho bañado en sangre, intentaba esputar sus últimas palabras.

—¡¡¡Serafines!!! —carraspeó el hidalgo, restañando finalmente sus ojos. Allí pude oír el sonido de unas largas cadenas deslizándose por los rincones de ese inmenso anfiteatro.

—¡Danser, no me dejes aquí! —protestaba Leslie, mientras yo descuajaba mi espada del pecho de mi enemigo. Corría velozmente hacia ella cuando noté que el fuego comenzaba a apagarse de una vez por todas.

—Ven, baja. Tan sólo procura mantenerte detrás de mí, ¿de acuerdo? —se abrazó nuevamente a mi cintura mientras yo sacudía de mi arma algunas gotas de sangre.

—¡Pagarán con su vida la muerte de Ramiel! —gritaron dos criaturas realmente asombrosas descendiendo desde las más curiosas alturas que rodeaban la pirámide. El plumaje de sus alas dejaba escapar la más agreste de las corrientes etéreas; una brisa ciertamente formidable. En sus cabezas portaban unas mascararas doradas recubiertas por pequeños diamantes de rubí. Sus túnicas blancas desbordaban por debajo de esas ajustadas armaduras de bronce mientras yo empuntaba mi espada al igual que ellos.

—Ni lo sueñes, Danser. Estos seres llevan escudos y tú ni siquiera portas una apropiada armadura —exclamó Leslie, observando a mis adversarios firmes e inmutables ante nuestros ojos. Sus botas de hierro alcanzaban a resonar por todo el hemisiciclo mientras yo me alejaba poco a poco de mi compañera.

—Les, cuando cuente hasta tres, aléjate de mí a toda prisa —susurré, sin despegar mi vista del campo de batalla. Dejé que el

polvo se expandiera por detrás de mis pasos y comencé a correr hacia mis enemigos.

—¡¡¡Tres!!! —grité finalmente, escuchando como Leslie se alejaba a toda velocidad. Su sombra se escabullía hacia la esquina izquierda de las gradas mientras yo alzaba mi espada con ambas manos. Ignorando las contracciones de mis músculos, alcé mi ataque hacia el primero de ellos que, contemplando con cautela mi torpe arremetida, se cubría el rostro con su escudo. Empiné nuevamente el filo de mi arma mientras el guerrero me intimidaba sacudiendo sus alas de par en par. Giró finalmente su espada y, arrojándome al suelo con el peso de sus piernas, buscaba la forma más estilosa de atravesarme. Esperé a que estuviera tan cerca como esperaba y salté decididamente hacia el lado opuesto de su escudo; allí me encontraba tendido bajo sus pies que, hundidos bajo algunas de las cenizas que aún perduraban por todo el campo de batalla, me encerraban como entre dos grandes columnas de hierro. Lograba escapar por entre sus alas mientras Leslie gritaba despavorida desde aquel rincón desolado. Cobré nuevamente una pizca de mi profunda concentración y alcé una vez más mi espada. El guerrero agitó sus alas y, golpeándome con el borde de su escudo, me arrojó desprevenidamente al suelo.

—Esta vez no te me escaparás, muchacho —pronunció el caballero, gravitando su pierna izquierda sobre mi pecho. Irguió finalmente su estoque y, frunciendo las cejas bajo aquella máscara dorada, se preparaba para acabar conmigo de una vez por todas.

—¿Pero que demonios?! —exclamó de pronto, mientras yo alzaba nuevamente mis párpados. El guerrero arrojó su escudo y se dejó caer de espaldas al suelo. Allí pude ver sus alas bañadas en llamas mientras Leslie, parada justo frente a mí, soltaba la antorcha que traía en sus manos.

—¡Maldita! —gritó el caballero, empujándola hacia el podio con todas sus fuerzas.

—¡Hey! ¿Qué crees que haces? Ni se te ocurra tocarla —corrí desesperado hacia ella mientras él continuaba en el suelo intentando apagar sus alas; su compañero, en cambio, permanecía allí

tieso junto a las gradas esperando su turno para acabar con nuestras vidas.

—¿Estás bien, Les? —me incliné presuroso hacia ella, observando sus manos sobre la curva de sus caderas.

—Sí, estaré bien. Sólo me he golpeado la cintura. ¡Cuidado Danser! —se exaltó Leslie, al ver a mi enemigo corriendo rápidamente hacia nosotros. Salté hacia los bordes del precipicio y, tomando una cierta distancia, empunté nuevamente mi espada. El hombre avanzaba hacia mí con todas sus fuerzas mientras yo me preparaba para su nueva embestida. Se aventó ágilmente hacia mi cuerpo y, sacudiendo algunas cenizas de su espalda, apuntó sus rodillas hacia mi pecho.

—¡¡¡Danser!!! —gritó Leslie desesperada, al vernos caer sin más por los horizontes de ese abismo que nos rodeaba. El guerrero intentaba acudir a la ausencia de sus alas mientras yo desaparecía junto a mi enemigo en las profundidades de aquel precipicio.

—¡¡¡No, Danser, por favor!!! ¡¡¡No me hagas esto, no me dejes aquí sola!!! —lloraba desconsolada, observando mi espada en el suelo ante el eco de mi caída. Se dejó tropezar descarriada sobre mis huellas mientras mi mano se asomaba sorpresivamente frente a sus ojos.

—¡No puedo creerlo! ¡Estás vivo! —se arrojó ardorosa hacia mí y, secándose las lágrimas con gran esperanza, me tomó con sus brazos para ayudarme a subir. Me abrazó una vez más con todas sus fuerzas y, besándome sumamente desafortunada, nos pusimos de pié.

El segundo de los guerreros cargó finalmente energías y, sacudiendo sus alas al igual que su compañero, comenzó a arremeter velozmente hacia ambos.

—¿Cuántos de ustedes vendrán a atacarnos? —exclamé, observando fijamente a mi nuevo enemigo. Ni siquiera atinó a responderme; voló algunos metros por encima de nuestros ojos y, tomando nuevamente carrera, se dejó caer tenue sobre nosotros. Me golpeó airadamente con su escudo y empuñó una vez más la curva de su espada. Observándome allí tendido a un costado del pedestal y agitando indómitamente sus alas, se arrojó sobre el

cuerpo de Leslie que, inerme y desprotegido sin armas ni adargas, se petrificaba ante su inesperado ataque.

—¡¡¡Ni se te ocurra tocarla!!! —grité, dando un fuerte salto desde el suelo y corriendo apresuradamente hacia ellos. El guerrero alzó su inmenso estoque mientras yo me interponía a tiempo entre su escudo y mi amada. Sentí como su espada atravesaba sutilmente mi cuerpo tras el ruido de sus botas frente a mis pies. Leslie cerró sus ojos y, observando la espalda ensangrentada, se alejó boquiabierta hacia el pequeño pedestal de piedra.

Para su sorpresa, yo aún continuaba impetuoso ante el súbito ataque de mi enemigo. Sacudí velozmente mi espada y, realizando el más desatinado de los zarandeos, la apunté directamente hacia su cabeza. Su rostro se tornó de un rojo fornido mientras su escudo caía al suelo atajando su testa recién truncada. Dejé escapar un leve quejido desde el fondo de mi garganta y extraje finalmente la espada de mi estómago. Así me acerqué una vez más a Leslie que, observando aquel cuerpo decapitado frente a sus ojos, apoyó su mano temblorosa sobre mi herida.

—Está bien, sólo me ha dado en el abdomen. Me pondré bien en un par de horas —respondí, algo dolido. La tomé de la mano y la ayudé a descender nuevamente del pedestal.

—¡Maldita sea! No puedo creer que esté ocurriendo de nuevo —exclamé sumamente rígido, al vernos rodeados por las más altas y temibles llamas. Amenazaban con alcanzarnos tal como al principio sólo que, esta vez, no tendría mi espada para ahuyentarlas.

—De acuerdo, Les, no hay tiempo. Debemos subir a las gradas y alcanzar finalmente esa pirámide. Vamos, apresúrate. Comenzamos a correr hacia el lado izquierdo del anfiteatro mientras yo presionaba mi herida ignorando algunos de mis mareos.

—Te pondrás bien, ¿no es así? —repuso ella, corriendo agitada junto a mis pasos. Subimos así una pequeña escalera de piedra y, apurando notablemente nuestra carrera, alcanzamos a subir a la primera de las gradas. El fuego parecía no resignarse ante nuestro escape. Continuaba arrastrándose por detrás nuestras huellas mientras Leslie gritaba amedrentada.

—¡Hey, Les! La próxima escalera se encuentra del lado opuesto. Vamos, sé que podemos lograrlo —exclamé entre quejidos y agonías, avanzando hacia nuestro siguiente objetivo. Así alcanzamos finalmente a posarnos sobre la segunda de las gradas. El fuego continuaba ascendiendo de manera imparable mientras yo me detenía ante un nuevo e inesperado obstáculo.

—¿Cómo haremos para cruzarlo? —exclamó Leslie asustada, observando un pequeño poso repleto de lanzas en la angostura de nuestro camino.

—Pues, el fuego no tardará en alcanzarnos. Tendremos que saltar —concluí, entrecerrando mis ojos ante cada mareo. La sangre escapaba de mi cuerpo cada vez con menos fuerza mientras Leslie se arrebujaba en fe por que no muriera desangrado en sus brazos.

—No puedes saltar en estas condiciones, Danser. Tan sólo mírate, ni siquiera puedes sostenerte —agregó ella, sujetándome con sus brazos cansados. Comenzaba finalmente a perder mi equilibrio.

—Lo sé, pero no hay tiempo. Tendré que arriesgarme. A la cuenta de tres, ¿de acuerdo, Les? —cargué aquellas fuerzas que aún yacían escondidas entre los músculos de mis piernas y, embolsando todo el aire que pude, comenzamos a correr hacia el lado opuesto de aquella grada. El fuego continuaba aproximándose mucho más rápido que antes, mientras nuestros cuerpos se elevaban por encima de esas lanzas que esperaban ansiosas por sepultarnos en sus profundas fosas. Retomamos nuevamente la carrera, apurando una vez más el ritmo de nuestros pies; así alcanzamos finalmente la última de las gradas. La vista comenzaba a volverseme ciertamente ininteligible frente al brillo de aquella pirámide que, emplazada ante nuestros rostros, nos daba una cálida bienvenida.

—¡Apresúrate, Danser! Sólo unos pocos metros más, el fuego ya casi nos alcanza —exclamó Leslie azuzada, sujetándome con fuerzas. Las llamas parecían alcanzarnos finalmente quemándolo todo a nuestro alrededor. Solté finalmente mi herida y, tomando a Leslie de la mano con gran consistencia, nos arrojé hacia el interior de aquella pirámide. Noté como el fuego comenzaba a es-

fumarse inesperadamente mientras Leslie me aventaba hacia uno de los muros de ese misterioso habitáculo.

—Pensé que te había perdido —exhaló aliviada, besándome y sujetándome con fuerzas para evitar librarse de mí. Apoyé mis manos sobre su cintura y dejé que mi boca gozara una vez más al posarse sobre la suya. Sentía mi herida cerrarse tras el sonido de mis latidos y el calor de su cuerpo tan cerca del mío. Dejé que la sangre se evaporara ante el ruido de nuestros besos y volví a mirarla fijamente a sus ojos castaños.

—Creo que deberíamos continuar. ¿Tú que dices? —musité, despegando mis labios de los suyos. Deslizó su nariz por la mía y volvió a abrazarme tal como antes. Le devolví una indubitable sonrisa y la tomé de la mano para cruzar aquella puerta que yacía entreabierta frente a nosotros.

—Hey, Danser. ¿Crees que podemos escapar de este laberinto algún día? —carraspeó Leslie, agachando nuevamente su mirada. Yo acaricié su mano con mi dedo pulgar.

—Nunca lo sabremos. De todas formas, aún seguimos juntos.

LA RECONCILIACIÓN

Las bombas de esos barcos cruzaban para llegar a sus respectivos blancos. La película ya estaba en sus más intensos momentos mientras yo, cómodamente revolcado sobre un almohadón, disfrutaba en el piso de una hermosa obra cinematográfica. Las vibraciones se sentían tan reales; podía jurar que aquellas explosiones eran verdaderas, y quizá, así lo era. Mis padres acababan de despertarse. Ya eran las siete de la mañana de aquel 12 de Julio de 2006, cuando noté que parte de la película ya era un hecho sumamente protagónico en mi vida. Llovían entonces sobre la ciudad de Harainay, miles de cohetes provenientes de ninguna parte; de alguna tierra enemiga, quizá. Nos encontrábamos bajo fuego, claramente en peligro, y amenazados por ruinosas explosiones que, tras los devastadores impactos de aquellos cohetes, acechaban nuestra calma con cada estruendo. La película continuaba en reproducción allí en la pantalla de mi ordenador mientras yo, sin prestarle la más mínima atención al rodaje, me dirigía hacia living comedor para intentar tranquilizar a mis padres.

—Esto es una masacre, una barbaridad. ¡Estamos bajo ataque aéreo! —se desesperaba mi madre, mientras los cohetes continuaban cayendo y destruyendo toda la ciudad.

¿Qué ocurría con Leslie mientras tanto? Necesitaba saber que ella estaba bien, que no necesitaba mi ayuda. Yo no podía hacer nada al respecto y no iba a abandonar mi casa para averiguarlo; de ninguna manera. Me hubiera gustado, quizá, convertirme en aquel héroe que la rescatara de la crisis, de esa guerra que nos aterraba segundo tras segundo; salvarlos tanto a ella como a su familia, pero no. La valentía era una de esas tantas virtudes que

realmente me sobraban al igual que mi torpe sentido común: Aun si Leslie hubiera estado en peligro, yo no podría hacer nada al respecto.

Decidieron mis padres dejar la ciudad hasta que todo se tranquilizara. Yo no pude; algo me retenía allí, no podría separarme de aquel escenario tan arraigado. La presencia de Leslie, bordada en mi mente con invisibles e inquebrantables cadenas, me impedía alejarme de Harainay; no me iría hasta saber que ella estaba fuera de peligro.

Y así trascurrieron dos días de pánico y estrés, mientras las explosiones continuaban arrasándolo con todo. Mi casa vacía, junto a mi tan silenciosa presencia, me vigilaba de habitación a habitación. Mis pasos insistían en recorrer el departamento. Estaba seguro, las leyes de la física y la dinámica no permitirían a ninguno de esos cohetes alcanzar mis paredes o ventanas, a diferencia de esas vibraciones provenientes de otras casas no tan afortunadas. Me senté en mi ordenador y, enfrentando mi pasado y sus tristes resultados, me propuse a agregar a Leslie finalmente a mi lista de contactos en el Chat. Allí estaba ella conectada, sólo quedaba actuar frente a mi rigurosa indecisión y hablarle de una vez por todas; después de dos largos y tendidos años.

—Sé que ya no hablamos desde hace tiempo, quisiera hacer las paces durante unos segundos para saber como están tú y tu familia enfrentando esta situación que, esperemos, acabe lo más pronto posible —le escribí, esperando una respuesta algo madura. Una respuesta que creí bastante previsible: Ya no estaba resentido por nada y esperaba que ella tampoco lo estuviera. En tiempos difíciles como aquellos, el compañerismo y el apoyo son siempre esenciales; aun cuando se trata de gente socialmente distante por errores pasados.

—Estamos bien, ya nos gustaría abandonar Harainay cuanto antes, pero estamos bien —contestó abiertamente, evitando connotar la realidad en la que tanto tiempo de silencio no podría ser obviado. No buscaba conversar con ella ni mucho menos aprovechar aquella guerra sanguinaria como excusa para recuperar su presencia en mi vida. Después de todo, quizá era mejor así.

—Hey, creo que ya es tiempo de arreglar las cosas. Ya pasó mucho tiempo —advirtió ella, al notar que su última respuesta bastaba para retomar una vez más aquel silencio que nos mantenía distanciados hasta entonces. Aún no era el momento. Le prometí que tan pronto terminara esa guerra le daríamos un buen desenlace a nuestras disputas. Quizá, mi respuesta crearía una pequeña parte de esperanza por que llegara aquel día. ¿Supuso, tal vez, que mi interés por arreglar las cosas crecía al igual que el suyo? ¿O sólo eran viejos rencores que fue acumulando con el tiempo, rogando por dispararlos contra mí algún día? Pues yo no iba a saberlo. Su necesidad de reconciliarse demostraba que la tranquilidad entre ambos le era importante. Quizá no tanto como a mí, pero algo de importancia para Leslie aún tenía. Lo pensé una y otra vez, recordando cada momento vivido, sufrido y superado; ya había tomado una decisión final. Quizá no valía la pena intentarlo de nuevo, otra vez la misma travesía, los mismos errores. Ya era una elección tomada: Aquella reconciliación jamás se llevaría a cabo. “Después de todo, quizá era mejor así”.

Los estruendos continuaban oyéndose uno tras otro. El miedo y la pavora aún no se presentaban ni en mi piel ni en mis sentidos. Persistía indiferente a los hechos como si nada de ello me afectara emocionalmente. Las explosiones no se detenían y esa insistencia enemiga por destruirnos acabaría pronto con toda la ciudad.

En aquel entonces, compartía una buena amistad con mi vecino Sebastián; una gran compañía. Un joven sumamente musculoso y creativo que gozaba al sentarse conmigo a crear magia con nuestras guitarras. Sebastián vivía justo frente a mi casa y nos reuníamos muy a menudo en aquel tiempo. Nos sentábamos en las plazas de la ciudad con nuestros respectivos instrumentos musicales, e intentando imaginarnos acompañar a una gran orquesta, deleitábamos con canciones y melodías a todos aquellos que pasaban por allí.

Sebastián tenía en su casa una especie de refugio. Uno de esos cuartos blindados que resistirían tranquilamente cualquier tipo

de ataque aéreo. Así fue como llamó a mi puerta en aquel intenso momento de desesperación; mientras las bombas y cohetes continuaban cayendo por toda la ciudad.

—¡Hey, Sebastián! Es bueno verte. Pasa nomás, esta es tu casa, como siempre digo.

Nos dimos aquel fuerte apretón de manos que siempre nos identificaba y lo invité a pasar a mi cuarto. Le encantaba ver las maravillas que creaba yo en mi ordenador. Los dibujos, los programas, los videos artísticos que diseñábamos y planeábamos juntos cuando no encontrábamos otra cosa que hacer. Nos sentamos en mi cuarto a disfrutar de un buen rato de amigos, ignorando lo que afuera continuaba transcurriendo. Repentinamente, el sonido de una inmensa explosión logró atravesar las ventanas de mi cuarto. Se suponía que eran altamente herméticas, y aun así, alcanzamos a sentir aquella vibración tan significativa. El cohete había logrado su objetivo a pocos metros de mi casa. El temblor y el estruendo consiguieron penetrar nuestra barrera emocional, sometiéndonos a una gran sensación de miedo e impotencia. Arrojándonos rápidamente al suelo, esperamos un par de segundos para determinar alguna táctica y abandonar finalmente mi cuarto. Corrimos hacia la puerta de entrada y, asegurándonos de cerrar con llave, cruzamos la calle que nos separaba para alcanzar a salvo el refugio en su casa. Nos esperaban allí sus padres, preocupados por la misma explosión que acabábamos de oír minutos antes. «Cuando te vuelves protagonista del caos, la historia es ciertamente distinta», pensé de pronto. Su madre, Esmeralda, le agregaba a la situación aquel sentido del humor tan grotesco que balanceaba poco a poco nuestros miedos. Convertía las circunstancias en una simple broma en la que el pánico se transformaba en ocurrentes risas sin sentido. Una de esas tontas defensas psicológicas, pero efectiva. ¿Será realmente una buena idea ignorar los malos momentos? ¿Cómo es que lograba Esmeralda encontrar humor en instantes como aquel? Quizá allí estaba mi respuesta. Logré entenderlo, definirlo con plena astucia. Comprendí que no existe ni el bien y el mal sino la interpretación a la que nos aferramos. Un hecho es simplemente un hecho, sea cual sea su resultado. Está en nosotros ver la luz o la oscuridad,

el camino a seguir o la barrera que nos obstruye el paso. Así entendí como ya no importaría cuanto tiempo siguiera Leslie en mi cabeza a pesar de su ausencia. Tarde o temprano, encontraría la luz en mi camino. Y aunque nunca escapara de mi mente, ni pudiera borrarla de mis sueños o de mi imaginación, seguiría sonriendo; como si todo fuera entonces una simple y absurda broma. La interpretación es la dueña de nuestros ojos, y la manera en la que vemos la vida, es lo que determina el éxito y el fracaso. Así logré entenderlo de una vez por todas:

Leslie nunca fue mi maldición sino mi más preciada bendición. Una eterna musa inspiradora, responsable de mi arte, de mi magia y de toda esa luz que iluminaría al mundo cuando las flamas de la humanidad se avecinaron a una posible oscuridad.

Así transcurrieron tres días desde el comienzo de los ataques. Decidí mantenerme firme, consistente. Deseaba creer que ni con miles de salvas adicionales lograrían echarme de mi hogar, pero ya era suficiente. La familia de Sebastián se ofreció a llevarme con ellos hacia otra de las ciudades más lejanas. Una ciudad donde estaríamos seguros y fuera de peligro. Decidí interpretar aquellos hechos como unas forjadas vacaciones hasta que todo volviera a la normalidad. Preparé una bolsa con el mínimo de ropa que podría necesitar y subimos finalmente al automóvil para abandonar Harainay de una vez por todas.

El vehículo atravesaba las calles lentamente mientras la muerte caminaba a nuestro alrededor con los ojos vendados. Cinco minutos nos tomó alcanzar los límites de la ciudad; cinco minutos que se volvían relativamente eternos al cruzar cada senda, observando desde las ventanillas los escombros y destrozos que dejábamos tras el curso de nuestro viaje.

Así fue como llegamos horas más tarde a un florido asentamiento llamado Reismath; un lugar situado a varias horas de Harainay. Se trataba de un pequeño cercado repleto de viviendas cuyo verde era un gran himno a la naturaleza. Árboles y flores acechando a nuestros ojos por todas partes. Aquel aire era como un buen baño de agua fría para nuestras mentes que, en búsqueda de esa pronta libertad, pedían a gritos un lugar en el cual refu-

giarse. Allí nos ofrecieron una respetable habitación para todos en la que hallaríamos comodidad hasta que los ataques en Harainay acabaran. Aquel lugar se convertiría en nuestra casa por un largo tiempo indefinido.

Allí conocimos también a Ojitos y a Rulitos. Nunca supimos sus verdaderos nombres, así era como llamábamos a esas dos muchachas. Ojitos, de unos dieciséis años quizá, pelo lacio y mediana estatura, era la chica más hiperactiva que jamás hubiera conocido. Se movía incansablemente de punta a punta como si escapara de alguna persecución psicológica. Sus bailes me ponían realmente nervioso pero, en lugares como aquel, ya no serían un gran problema. Más allá de esas características tan superficiales, eran sus ojos lo que más llamaba nuestra atención. Unos ojos ciertamente perfectos ante cualquier crítico, que amenazaban con penetrarte si te atrevías a observarlos fijamente. Así que simplemente le llamábamos Ojitos. Rulitos, en cambio, era todo lo contrario a su amiga. Una muchacha delgada, de ojos celestes, cuya paciencia y tranquilidad enarmonarían a cualquier residente de Reismath. Sebastián ya estaba loco por ella; por ella y por su abundante cabello enrulado. Le llamábamos simplemente Rulitos.

En aquellas cercanías, se encontraba el comedor principal del asentamiento. Allí se reunían todos sus habitantes a disfrutar de las comidas del día que ahí mismo se preparaban. Elegíamos una mesa con nuestras nuevas amigas y nos turnábamos en pares para ir a servirnos de las fuentes. Las personas se movían organizadamente, cada uno con su bandeja y su vaso vacío que, tras largas elecciones gastronómicas, llenarían con algún refresco de su agrado. Yo me conformaba siempre con un vaso de agua.

Al concluir los almuerzos, regresábamos nuestras bandejas a la cocina, donde una máquina se arrebatava todos los platos y cubiertos, lavándolos y secándolos hasta dejarlos nuevamente relucientes. Nuestra mayor atracción era entonces una vieja máquina de café y chocolate que se ocultaba en la esquina de aquel comedor. Nos sentábamos largas horas los cuatro a conversar de cualquier temática, sosteniendo nuestros cafés unos minutos para que se enfriaran un poco.

Una de las características más graciosas que poseía Reismath, era una pequeña cancha de fútbol en cuyo centro yacía irritablemente un enorme árbol. Un significativo árbol situado allí en medio del terruño como si a nadie le importara. Allí encontré, escondidos y perdidos entre los relieves del pasto, unos viejos lentes de marco rojo. Siempre había querido uno de esos. Me gustaba como me quedaban, creando en mí ese efecto intelectual que enamoraría a cientos de chicas. Siempre había soñado con llevar lentes pero, para mi desgracia, o afortunadamente quizá, nunca los necesité. Los guardé en el bolsillo de mi pantalón donde, minutos más tarde, se doblaron como delgadas tiras de papel.

Así transcurrieron los primeros veinte días junto a Sebastián y sus padres desde nuestro súbito escape. Fue esa sin duda una época indiscutiblemente maravillosa, sin embargo, ya era tiempo de volver con los míos. En aquel entonces, mis padres y mi hermana se encontraban refugiados en un lugar muy parecido al nuestro. Se trataba de Golma, otro asentamiento como aquel, sólo que un poco más antiguo que Reismath. Junto a ellos se encontraba Fabio que, incapaz de separarse de mi hermana, se sumaba a ellos como un miembro más de la familia. Un gran gesto de su parte. No obstante, yo aún continuaba en Reismath; ya era tiempo de despedirme de Sebastián y de su familia y regresar finalmente con la mía.

✘ ✘ ✘

El autobús me dejaría a unos pocos kilómetros de aquel lugar. Yo observaba desde mi asiento como el mundo continuaba su curso detrás de las ventanillas del vehículo. El aire acondicionado se sentía como una gran avalancha de aire sobre mi cuello mientras yo continuaba allí sentado esperando a que el autobús llegara a destino. Nuestra despedida con Sebastián había sido un gran “nos veremos pronto” que, mezclado con un poco de optimismo, se convertía en sabias esperanzas por que todo terminara. Yo observaba el asiento vacío a mi derecha imaginando a Leslie recostada sobre mi hombro, ansiosa por llegar, por descubrir junto a mí aquellos mundos claramente nuevos. Sentía una vez

más su respiración sobre mi cuello. Un suspiro frío e intenso, como si sólo se tratara del aire acondicionado del autobús. Apoyé mi bolsa sobre aquel asiento para dar pausa a mis fantasías; necesitaba concentrarme en aquel viaje o perdería mi parada por ponerme soñar en cualquier lado.

Bajé finalmente del vehículo y, asegurándome de no olvidar nada, me limité a buscar a alguien que pudiera orientarme un poco. La parada se encontraba en medio de la gran nada. Un camino abiertamente desolado cuya vida se concentraba en un pequeño pueblo allí cerca. Caminé hasta encontrar una humilde residencia donde una mujer desarreglada tendía ropa sobre una cuerda desgastada.

—Disculpe que la moleste, señorita —me dirigí hacia ella cortésmente, mientras esta ignoraba mi presencia continuando con sus tareas de lavandería.

—¿Sabría usted como podría llegar a Golma? Estoy dispuesto a caminar tanto como haga falta.

La mujer alzó su brazo y lo apuntó hacia esas montañas que me observaban desde el horizonte mientras, con su otra mano, sostenía algunas de las prendas.

—Golma se encuentra de ese lado. Te sugiero que te apresures, pronto anochecerá y caminar por el desierto en plena oscuridad no es una hazaña que recomendaría realizar —me respondió la señora, regresando la atención una vez más a su tendedero. Ajusté fuertemente las correas de mi bolso y comencé a dirigirme hacia las montañas. El sol parecía ocultarse más rápido que de costumbre. Sentía como si temibles fieras me vigilaran desde aquel desierto mientras yo luchaba por alcanzar mi objetivo. Ya pronto el sol había desaparecido. Me costaba caminar sobre esas piedras, encontrar la seguridad en mis pies sobre niveles que se transformaban en plataformas de circo. Ya había recorrido al menos dos kilómetros cuando, al final de esa interminable oscuridad, logré visualizar una luz muy débil y anaranjada. El resplandor de la luna dibujaba frente a mis ojos la silueta de las sierras mientras yo me acercaba más y más a aquel destello; una luz que poco a poco se transformaba en decenas de casas iluminadas. Logré finalmente llegar a una enorme cerca de hierro. Inten-

taba comprender como ingresar a aquel lugar cuando noté que, a pocos metros de mí, una pequeña puerta entreabierta me llamaba para otorgarme acceso. Crucé aquellos límites hasta llegar a una bella plazoleta repleta de mesas y bancos donde decenas de familias refugiadas compartían aquellos momentos de charlas grupales. Allí, en una de las esquinas de la plaza, pude reconocer a dos de esos rostros tan familiares.

—Hola mamá, hola papá —los saludé, acercándome a ellos sigilosamente para sorprenderlos. Se encontraban conversando con otro matrimonio amigo de la misma edad. Me abrazaron felizmente y me invitaron a sentarme junto a ellos para sumarme a la conversación. Platicamos un buen rato sobre todos, especialmente sobre mis actividades creativas y mi música. Me gustaba que mis inquietudes fueran a veces un interés colectivo. Algo que, acorde a esos diecinueve años que ya estaba por cumplir, sirviera de inspiración para aquellos que creían que la juventud tendía a decaer con el correr de los tiempos. Mis actos y decisiones eran ese armónico ejemplo de vida que tantos otros deseaban usar como referencia.

La plaza central se encontraba rodeada por decenas de cuartos de alojamiento. Golma había convertido aquel sector en un hermoso complejo turístico donde, en aquel entonces, nos permitían residir por un largo tiempo hasta que los ataques en Harainay terminaran. En nuestra habitación me encontré con Fabio y mi hermana. Allí pasaban sus interminables horas mirando telenovelas e informándose de las noticias que a cada rato brotaban de un viejo televisor de veinte pulgadas. Ese 12 de Agosto telefoneé a Sebastián para desearle un feliz cumpleaños. Conversamos un buen rato cuando un curioso presentimiento comenzó a corretear de punta a punta por mi mente. Nuevamente, mis poderes parecían intentar comunicarse conmigo: Imágenes futuras que, tras destellos de luz y sonidos, me envolvían en la idea de que mi pronto cumpleaños lo pasaría en Harainay. ¿Significaba que todo terminaría antes de ese cercano 25 de Agosto? Ya pronto lo descubriría. Mientras tanto, Fabio era un gran compañero en aquella aventura que nos llevaba a la deriva cada día que pasaba; mis padres, mi hermana, toda una gran compañía. Sin embargo, yo

aún necesitaba a mi verdadera compañera; mi ángel de la guarda. Me sentaba por las noches bajo algún árbol solitario y cerraba mis ojos para imaginarla de nuevo. La sentía tan cerca mío; incluso podía oír sus pasos acercándose lentamente hacia mi cuerpo. Me abrazaba, me besaba una y otra vez. Sentía su pelo deslizándose por entre mis dedos al intentar acariciar su rostro. Me dejaba llevar por su silencio, su invisible existencia para sentir cada momento y cada uno de sus suspiros sobre mi boca. Así disfrutaba yo de mis tardes. Momentos que se volvían únicos y perfectos. Momentos que nadie lograría robarme jamás; nunca más.

El despertar de aquel nuevo día traía consigo una gran noticia. Mi padre encendió aquel televisor donde las imágenes de Harainay desteñían su desgastado color gris para entintarse de vida nuevamente. Nuestro verde comenzaba a aparecer una vez más tras las ruinas de esa guerra que por fin había terminado. Treinta y cuatro días de incertidumbre y congoja que acababan de una vez por todas con aquel conflicto, para realumbrarse de nuevo con el regreso de sus habitantes. Compartíamos aquel 14 de Agosto una gran sensación de alivio entre todos. Ganas de recomenzar, de revalorar lo que era nuestro. Nos observamos con Fabio unos segundos en aquel cuarto de lujo y, con cierto gesto de negación, confirmamos a coro esa deliciosa realidad:

—De acuerdo, amigo, se acabaron nuestras vacaciones — exclamamos los dos. La aventura había alcanzado ya sus merecidos finales. Volcaría de nuevo mis pasos en aquellas inequívocas calles que se volverían parte de mí con los años. La ciudad de Harainay era mi aire, mi elixir de vida. Un lugar donde lo tenía todo. Volveríamos de nuevo a nuestra pequeña ciudad, una vez más, a esa vida aburrida que se limitaba a unas pequeñas sendas comerciales donde, quizá, encontraría algo que lograra entretenerme. Ya no me importaba. Estaba ansioso por volver, por regresar a mi vieja vida. Aquella vida que abandonamos días antes por culpa de imprevistas embestidas; y aun así, más allá de toda realidad que pudiera demostrarme lo contrario, fui consiente del porqué de mis necesidades. Quería verla de nuevo. Sentirla cer-

ca. Sin su existencia en mi vida, la ciudad se volvía simple, ciertamente incompleta. Se volvería una tonta masa popular cuyas sendas no desembocarían nunca en ninguna parte; se perderían aquellos encuentros casuales que aguardaban en cada esquina y cada rincón. La esperanza se volvía un hecho tras esos segundos que transcurrían y mis ilusiones continuaban de pie.

Organizadamente, nos turnamos uno a uno para darnos ese buen baño fresco que todos necesitábamos. Mi madre se limitaba, mientras tanto, a guardar todos nuestros atavíos en los bolsos y valijas. Terminé de darme un baño y, entregándole el cuarto a mi hermana en plenas condiciones, me dirigí al patio exterior para tomar ese último respiro de libertad. Una libertad sin Leslie, sin persecuciones, ni miedos o paranoias, donde aquel olor tan desconocido nos obligaba a olvidar de donde veníamos o hacia donde íbamos.



Alisté mis zapatillas y, adornando mi cuello con un rutilante colgante de plata, observé aquellos anteojos que había encontrado en Golma junto a Sebastián. Derroché varios minutos de mi tiempo para enderezarlos de nuevo tras notar que aún seguían tan encorvados como antes. Tenía ese extraño presentimiento de que la vería. Un encuentro casual, como otros tantos, que traería a nuestras mentes una chispa de esa última conversación. Aquella charla en la que prometí que, tan pronto terminara el combate, nos sentaríamos a solucionarlo todo, nuestras viejas disputas. Observé nuevamente mis anteojos y, creando en mi mente otro de esos estúpidos engaños que solía manifestar, decidí llevarlos puestos como un símbolo de "cambio". Un hombre nuevo, cuyo juicio y cordura se transformaban ahora en un adulto con carácter; un ser perfectamente consciente de su historia. Un hombre que, más allá de sus viejos errores, se encontraba dispuesto a enfrentar una vez más su pasado y darle un fin a esa relación de dudas y asechanzas que a cada encuentro creaba una inmensa atmósfera de magia imprecisa.

Terminé por fin de vestirme y salí de prisa hacia mi encuentro con los míos. Ese mes concluía bajo una armonía que daba gusto vivenciar. Un mes que, injustamente, separaba esa amistad que ya se extrañaba de una forma desgarradora. Algo que poco a poco se volvía una gran necesidad. Pero allí estábamos, todos a salvo y a punto de reencontrarnos; en busca de nuevas aventuras por Harainay. La ciudad, incandescente e iluminada por todos aquellos pobladores que recorrían sus calles nuevamente, me nombraba una vez más protagonista de sus historias y leyendas de vida.

Nos reunimos en la esquina principal; allí donde los semáforos discutían otra vez para crear ese caos hermoso que transitaba nuestras carreteras.

—¡Danser! —exclamó Frederic, contento de verme nuevamente. Nos abrazamos con fuerza mientras James se sumaba a nuestro reencuentro.

—Bueno, señores, todo ha concluido por fin —interrumpía James, cubriendo una vez más sus sentimientos—. Así que basta de cursilerías y a patrullar por estas calles que nos esperan ansiosas.

La ciudad se encontraba más poblada que de costumbre. Las sendas eran una gran fiesta de triunfo que, alumbradas por centenares de negocios y restaurantes, nos recordaban aquella dulce sensación de hogar. Caminamos unos metros hacia la gran avenida cuando pronto me topé con varios de mis ex compañeros de escuela. Se veían ansiosos y con muchas ganas de saludarme.

—¡Que bueno verte, Danser! —exclamó uno de ellos, dándome un fuerte apretón de manos. Se trataba de Rami, un muchacho de contextura muy parecida a la mía, delgado y muy carismático. Merecía unos segundos de mi atención, al menos para saludarlo como correspondía.

—Lo mismo digo, ha pasado mucho tiempo. Me alegra saber que están todos bien —respondí animado, al verlos tan grandes y saludables. Se notaba que los años habían sido generosos.

Para mi sorpresa, mis intuiciones solían ser medianamente ciertas cuando se trataba de mi musa inspiradora. Logré verla cami-

nando hacia nosotros mientras yo concluía esa grata conversación con mis viejos compañeros.

—Y dime, Danser ¿dónde te has refugiado tú durante este mes? —me preguntó el muchacho, mientras yo apartaba la mirada evitando que Leslie notara que ya la había visto.

—Pues, estuvimos con mi familia en Golma. Un viejo asentamiento a varias horas de aquí.

—Vaya, suena interesante. Y dime, ¿desde cuando usas lentes tú? —se percataba Rami; recordé torpemente que aún los llevaba puestos. Pude haberle respondido de no haber sido por aquel brazo que me volteaba por completo hacia el sentido contrario.

—Vaya, ¿cómo estas? —la saludé a Leslie con suma naturalidad.

—Todo muy bien, ¿y tú?

—Muy bien por suerte. Nos vemos —la eché con cierto desdago para continuar conversando con Rami y sus acompañantes. Deseaba haber podido abrazarla, atraparla al menos un par de minutos más. Escuchar su voz, disfrutar de su imagen. Deseaba haber sentido todo aquello que me daba ilusión y agonía al mismo tiempo. Sentir esa perfección de mujer tan inmejorable e imposible de esquivar. Sus ojos y su boca provocando en mí una incontrolable debilidad tras la que, sólo al besarla, entendería su verdadero significado. Pero no fue así. Sólo pude percibir su presencia pasajera. Sentía como si todo a mi alrededor desapareciera quedando solamente ella a mis espaldas. Y aun conciente de su importancia, la ignoraría. Escaparía de ella una vez más tal como prometí que lo haría. Para protegerla de mí. Preservarla de mis sueños e ilusiones. Sueños donde mis fantasías quedarían por siempre encerradas con llave.

Evitaba su presencia sabiendo con plena convicción que la chica en mi mente sólo era una mera creación de mi ser, de mi infinita imaginación. Sabía que mi amor absoluto sólo iba dirigido a una joven que no existiría jamás fuera de mi cabeza. Una mujer diseñada al pie de mis deseos e inventivas, que llevaría su nombre y su cuerpo por siempre. El brillo en su cabello, su manera de andar, de mirar. La chica en mi mente sería por siempre una réplica perfecta de Leslie, imposible de encontrar en otros cuerpos. Su

voz quedaría grabada en mis pensamientos como un canto de fe y motivación. Encontraría su imagen frente a mí en cada concierto, cada aventura. Sentiría su presencia a cada instante de incertidumbre, allí dónde la esperanza fuera una herramienta difícil de alcanzar. La sentiría conmigo por siempre, incondicionalmente, pero no podría nunca convertir a la verdadera Leslie en el envase de mis sentimientos. No había forma alguna de transformar su personalidad tan desconocida en la que yo me atreví a construir años antes. Mi amada ya tenía su propia vida, su forma de ser, y yo jamás podría cambiar eso. Prometí que aprendería a controlar mis sueños, a no depender de ella ni de su inadvertida presencia, a conformarme con mi propia creación. Enfrentaría el hecho de que aún me quedaba mucho por aprender.

La encontré precisamente al otro día; en circunstancias muy parecidas. Mis amigos y yo caminábamos en cierta dirección mientras ella y sus amigas se dirigían en otra. La saludé abiertamente y con suma naturalidad mientras mis muchachos saludaban al resto de sus amigas.

—¿Desde cuándo usas lentes tú? —me preguntó Leslie, observándome detenidamente con mis nuevas gafas.

—Pues, ya hace bastante —mentí. Ignoré nuevamente sus intenciones amistosas y le di la espalda tal como el día anterior. Me sentía un ser realmente egoísta, creyendo que lo hacía por una causa tan noble como personal. Continuamos rumbo hacia alguna parte y convertimos nuestra indiferencia en nuevos puntos suspensivos que reaparecerían quizá en otra ocasión.

Así pasaban nuevamente los días en Harainay. Aquella noche se volvió francamente significativa. Descubrí lo que implicaba mi presencia frente a Leslie. Los efectos que yo lograba generar en ella, en su atención. Efectos ambiguos que sólo el tiempo fue explicándome con vivencias ejemplares. Nos sentamos con Sebastián en la entrada de la costanera, junto al quiosco, bajo vastas arboledas, donde un banco de madera nos cedía su desamparo. Nos tendimos con mi guitarra mientras, recurriendo a aquella mano que aún tenía disponible, telefoneé a Frederic y a James para que se unieran a nuestra exhibición musical. Allí todos eran

bienvenidos. La flexibilidad de nuestro repertorio era una amplia gama de estilos cuyas épocas solían reunirse en momentos como aquel. Comenzamos a tocar nuestras canciones, esos cánticos alegres en los que nunca faltaba algún toque popular. Indiferentes al rubor y a la vergüenza, alumbrábamos ese angosto pasaje que llevaba hacia la rambla con nuestras más creativas melodías. La gente nos oía muy atenta, disfrutando de la música que el viento transportaba desde mi guitarra hasta sus corazones.

—¡Hey, toca algo de Rock 'n Roll! —me gritó James a carcajadas, acercándose hacia nosotros. Frederic lo acompañaba sigilosamente, no quería molestarnos. Así eran las repentinas apariciones de James. Elocuentes, desconectadas de cualquier situación. Finalicé mi canción y nos saludamos con un buen apretón de manos, mientras yo les cedía a ambos un lugar en el banco. A James le encantaba molestarme, siempre lo hacía. Apoyaba su mano sobre las cuerdas de mi guitarra cada vez que tocaba, con el simple afán de que me desesperara como en tantas otras ocasiones. Continuábamos cantando y disfrutando de la brisa del mar cuando notamos que muchas de las personas que allí pasaban, detenían su curso para sumarse a nuestra hermosa velada musical. Las luces del quiosco a nuestra derecha creaban allí un precioso reflejo sobre nuestros rostros. La gente continuaba admirándonos como si sólo se tratara de un extraño movimiento global que el público alcanzaba a comprender. Eran tantas nuestras voces; ya pronto el sonido de mi guitarra se perdería entre el bramido de la multitud. Fue en aquel mismo instante cuando noté que mis cualidades musicales se detenían repentinamente sin explicación alguna. El diccionario que existía entre mi mente y los músculos de mis manos parecía apartarse de mis aptitudes corporales amagando con detener nuestro concierto. Continué luchando contra las cuerdas de mi guitarra cuando noté lo que allí ocurría. Allegándose desde la entrada, un pequeño grupo de jóvenes de nuestra edad se proponían a sumarse a nuestra revuelta musical. Se trataba de Leslie y de sus nuevas amigas. Las personas con las que pudo descargar las vicisitudes durante esos treinta y cuatro días de estragos y muerte. Se acercaba vestida con una pollera roja bastante inusual, mientras su playera, colo-

rada a su vez, la transformaba en aquel demonio que deambulaba indiferente por toda la ciudad. La acompañaba un muchacho de cabello semirubio, algo atractivo y ciertamente interesante. Intenté ignorarlos, evadirlos de mi atención. Logré comprender de donde provenía aquella energía, aquel poder que atravesaba mis músculos intensificando mis facultades musicales. Mi cuerpo la detectaba de forma etérea como si sólo se tratara de un pequeño radar tecnológico jamás construido. Pero allí estaba, llegando lentamente hacia nuestro asentamiento artístico. Intentaba desdeñar su presencia cuando noté que todo su grupo de amigas se sumaba a nuestra guitarreada, arrastrándola a aquel encuentro que ella tanto deseaba evitar. Continuamos cantando y aplaudiendo entre todos, allí frente a mi extraño protagonismo, cuando pude sentir aquella euforia incansable de parte de mi público. Comencé a sentir mis músculos una vez más percibiendo una inagotable vivacidad que, apoderándose de mí como si fuera yo un viejo títere de trapo, convertía mis canciones en revelaciones perfectas y sobrenaturales. Allí donde los acordes florecían incansablemente uno tras otro, atravesando enteramente la tolerancia de Leslie. Ya no parecía poder soportarlo. Su grupo de amigas ahora estaban bajo mi poder; en la magia de mi guitarra, de mi voz y de mis poemas. Se colocaba de espaldas afrontando aquella realidad con sumo desinterés. El joven que la acompañaba parecía ignorar la presencia de Leslie sólo para adentrarse en mi música; ese ritmo que devora a cualquier oyente que osa a dejarse llevar por él. Intenté lograr que la presencia de mi musa inspiradora permaneciera allí el tiempo suficiente, pero fue en vano. Continuaba dedicándome la suavidad de su espalda hasta convencer a sus amigas de abandonar nuestra velada y seguir viaje.

Y allí se alejaba nuevamente mi energía. Volvería a disponer una vez más de mi propio albedrío físico, sin ningún poder sobrenatural que me permitiera sobresalir del resto de los demás. Me convertiría nuevamente en ese simple guitarrista que decoraba musicalmente las calles de Harainay junto a su pequeño público.

Se acercaban nuevos encuentros, momentos en los que sus apariciones se volverían, quizá, un hecho ciertamente cotidiano. Me acostumbré a no estar pendiente de ella. Sabía que su presencia activaría aquel radar interior en mi cuerpo que me avisaría de su llegada. Así pasaron pocos días desde ese último acercamiento. Regresaba una vez más a la vieja pizzería Parci junto a Sebastián y mi guitarra. Nos sentamos en los bancos de esa gran plazoleta rodeada por tantos negocios, y desenfundé finalmente mi instrumento musical. Comencé a afinar las cuerdas cuando un niño de piel oscura se arrimó sigilosamente para verme trabajar en ella.

—¿Es tuya la guitarra? —me preguntó, con cierto gesto de curiosidad. Lo observé muy desatento y regresé nuevamente la vista hacia las clavijas.

—Sí, es mía, jovencito.

—¿Podrías prestármela? Me gustaría mucho poder tocar —me suplicaba el muchacho con su valiente excusa.

—Sólo permíteme un momento para terminar de afinarla, ¿de acuerdo? —le respondí. El pequeño permanecía allí mirándome de reojo mientras yo continuaba haciendo uso de mi oído intentando acabar el proceso. Sebastián no parecía estar muy de acuerdo con ello. Lo observaba con algo de desconfianza mientras yo le entregaba mi guitarra al muchacho para que se divirtiera un buen rato con su nuevo juguete.

Realmente lo había subestimado: Para nuestra sorpresa, sus dedos comenzaron a nadar por entre las cuerdas, dejando brotar las más hermosas melodías que jamás había escuchado. La sonrisa de Sebastián se transformaba poco a poco en un gran gesto de admiración. Yo continuaba escuchándolo atento cuando noté que mi detector interior comenzaba a sonar de nuevo. Alcé lentamente la mirada hacia la esquina de esa plaza para verla llegar junto al resto de sus amigas, tal como la otra vez, junto al mismo muchacho de cabellos rubios. Se sentaron precisamente en el banco adyacente mientras yo, llevándome a Sebastián conmigo, me alejaba un par de metros con aquel pequeño e insólito músico que acabábamos de descubrir. Comencé a tomarlo todo como una gran práctica. Una forma de adaptarme a su presencia. Descubrí

que aquel poder que tanto me envolvía cada vez que ella emergía, era más fascinante de lo que yo pensaba. Aumentaban mis sentidos, mi visión se perfeccionaba. Mis oídos escuchaban todo tipo de sonidos casi imposibles de percibir. Lograba disfrutar del imperceptible olor de las flores que se encontraban a cientos de metros de allí, algunas incluso más cerca. Mis músculos parecían devorar toda esa energía dándome la sensibilidad de un ser indestructible, sumamente activo; tan despierto como si hubiera descansado cien años y mi cuerpo aún estuviera como nuevo. Así funcionaba esa magia tan real: Me volvía simplemente perfecto cada vez que Leslie aparecía.

El pequeño guitarrista ya se había apoderado de toda nuestra velada. Lo que comenzaba siendo un corto lapso de algunos minutos, terminaba convirtiéndose en una interminable hora de música.

—Muchas gracias, hermano —me agradeció el muchacho, devolviéndome finalmente la guitarra. Sebastián ya estaba muy cansado. Yo seguía tan despierto que no pude percatarme de la hora que era. Leslie continuaba allí sentada junto a su amigo, mientras yo comenzaba a despedirme de todos al igual que Sebastián. Ignoraba con tanto afán su presencia que ni siquiera había atinado a saludarla cuando llegó. Caminaba a su alrededor reiteradas veces demostrándole mi indiferencia, esa distancia tan mínima que se convertía en un gran precipicio. ¿Habría sido una buena idea? ¿Por qué ignorarla de esa forma? Leslie tuvo la valiente sutileza de querer arreglar las cosas conmigo y yo simplemente respondía con aquellos insistentes ataques de apatía. Debí haberle dicho la verdad. Que su amistad y su compañía serían la mayor alegría para mi corazón, pero el peor de los encantos para mi mente. Debí haberle confesado cuanto deseaba reconciliarme con ella, olvidar las duras ofensas y mis tontas travesuras. Sin embargo, aquella distancia que yo continuaba construyendo día tras día, me transformaba en una maquina de creaciones. Alimentaba mis sueños, mis esperanzas. Recordándome a cada momento la importancia de evitar descubrir su verdadero ser. Necesitaba impedir que su empírica personalidad interfiriera con aquella chica que aún yacía en mi imaginación; continuar cre-

yendo que esa parte tan suya que yo claramente desconocía, encajaba plenamente con la Leslie de la cual yo aún seguía enamorado.

Ya todos habían desaparecido de nuestra historia. Algunos continuaban divagando por los suburbios de mi memoria, dejando que el tiempo se apoderara de aquella importancia que tuvieron algún día. Personas que lograron conformar momentos sumamente críticos en nuestras vidas, acercándome a Leslie o alejándome definitivamente de ella. Entes que, con el tiempo, se perdieron por otros senderos, otros caminos que mis ojos jamás volverían a hallar. Aquellas historias que quedarían grabadas por siempre en mi memoria, se transformaban en un antiguo escenario en el que ella y yo compartiríamos nuestros recuerdos algún día. No permitiría que el viento se apoderara de ellos, dejando que el tiempo los destruyera con el olvido. Quedarían eternos por siempre, resaltando en otras vivencias, en otros mundos donde almas ajenas pudieran encontrar esperanzas y fantasías.

Me gustaba ese escenario. Esa "magia indefinida" que reaparecía cada vez que estábamos cerca uno del otro. Se creaba esa energía inexplicable que atrapaba mis músculos uno a uno y me impedía respirar. Comenzaba a temblarme la voz, el cuerpo, tal como si mi historia fuera más allá de mi psicología y mi cordura. Como si ya se tratara de algo corporal, algo que corría a mi alrededor de manera invisible, impalpable. Así era cada momento con Leslie. Desde que su cuerpo se asomaba por alguna esquina hasta pasar justo frente a mis ojos como si nada allí ocurriera; observándola acercarse mientras ella, tal como de costumbre, optaba por agachar su mirada para ignorarme.

La reconciliación nunca se llevó a cabo, sin embargo, me gustaba ese escenario. Aquel silencio que permanecería allí por toda la eternidad hasta que la suerte del destino nos capturara en un complejo laberinto repleto de sorpresas. «Quizá ocurriera algún día», pensé.

EL LABERINTO DE HERMES

Lo observábamos allí parado sobre su pedestal, firme y opulento ante nosotros esperando a que lo enfrentáramos de una vez por todas. Llevaba en su cabeza un inmenso casco de plata, adornado por insignificantes diamantes que brillaban coreográficamente ante nuestros leves movimientos. Su torso, cubierto por una robusta armadura de acero, dejaba aporrear cada uno de los sonidos que allí merodeaban de par en par. Una gigantesca sala, iluminada por decenas de antorchas y mechas encendidas, sostenida por enormes pilares de piedra bordeados en ramas que se dejaban caer como largas y florecidas lianas; enredadas y retorcidas, amenazaban con rozar sutilmente la rudeza del suelo. A la derecha de la entrada, unas efigies con forma de ángeles nos daban la bienvenida a aquel nuevo santuario, observándonos absortos ante semejante maravilla. Decorada por diáfanas y coloridas notas musicales, la sala nos invitaba a explorar cada uno de sus rincones. Nos miramos con Leslie perplejos, buscando una forma de escapar de allí, sin embargo, aquella parecía ser la única salida. Nuestra presencia no parecía alarmar en lo absoluto a aquel hombre: Continuaba allí parado con su lanza en mano, observando atento como ingresábamos a su santuario. Comenzamos a dirigirnos lentamente hacia las pequeñas piletas situadas en la mitad del salón. Intentamos ignorar su presencia, su mirada desinteresada; así nos acercábamos cada vez más hacia él. De las piletas se dejaban escapar unos incandescentes rayos de luz que creaban un hermoso efecto translúcido hacia las vastas superficies del santuario. Unos peces de colores se deslizaban lentamente sobre las aguas y, esquivando esos rayos de luz prove-

nientes de ninguna parte, nadaban sin cesar a lo largo de ambos estanques. Entre ellas, el piso comprendía bajo nuestros pies de un gigantesco símbolo con forma de estrella. Una estrella un poco extraña de ocho puntas y, dentro de cada una de ellas, símbolos tan incomprensibles que desafiaban indudablemente nuestra imaginación. Nos mirábamos con Leslie una y otra vez con miedo a pronunciar una sola palabra. Nuestra presencia parecía no molestar allí en lo más mínimo, y aunque supuse que aquel silencio preferiría ser mantenido allí de esa forma, ignoré aquellas reglas desconocidas para estudiar la escena con más atención.

—Mira, sé que quizá este lugar no sea lo que parece, pero es realmente hermoso —exclamé, observándola a Leslie nuevamente.

—Tienes razón, es una maravilla, pero ¿por qué mejor no nos ocupamos de aquel hombre que nos mira desde allí hace rato? —me susurró al oído, acercándose a mí y tomándose de la mano para sentirse otra vez protegida. Observamos a nuestro espía detenidamente para estar seguros de que sus intenciones fueran ciertamente inofensivas, nuestra seguridad parecía no lograr sus objetivos. Continuaba allí mirándonos fijamente, ignorando lo que hacíamos o musitábamos.

—Está bien, Les. Creo que no queda otra opción, tendré que acercarme yo mismo y averiguarlo —farfullé, dispuesto a enfrentarme a aquel misterio. Comenzaba a alejarme lentamente cuando Leslie me arrancó de un tirón para besarme.

—Estamos juntos en esto, así que iremos los dos —me contuvo, abrazándome como sólo ella lograba hacerlo. Asentí con la cabeza y observamos nuevamente a aquel hombre que nos esperaba allí parado con esa temible incertidumbre.

Comenzamos a acercarnos hacia él sin siquiera apartar nuestra vista y tomándonos fuertemente de la mano. El observador continuaba allí frente a nuestros ojos tan inmóvil como inquietante y nuestros nervios, quizá innecesarios, se mimetizaban en un inmenso temor que no habíamos sentido jamás. Así notamos, ya casi alcanzándolo, como aquella plataforma que lo mantenía de pie resultaba ser más alta de lo que parecía. Alzábamos nuestras cabezas a medida que nos íbamos aproximando, mientras nues-

tras manos, sudorosas por tanta tensión, se sujetaban cada vez más fuerte. Allí nos detuvimos frente a su incomunicativa presencia. Observé a Leslie una vez más y alcé finalmente mi rostro para entablar conversación con mi rival.

—Bienvenidos a mi laberinto —exclamó aquel hombre, interrumpiendo mis temblorosas palabras que aún no habían alcanzado a ser pronunciadas. Parecía como si sólo al mirarme hubiera leído mis decididas intenciones antes de actuar. Lo observamos sorprendidos.

—Dije “Bienvenidos” —repitió una vez más con una voz envolvente. Parecía más tranquilo de lo que su presencia atinaba a manifestar.

—Bueno, gracias señor. Es un bonito laberinto por cierto —le respondí irónicamente. Estábamos vivos de pura casualidad y su cortesía verbal me irritaba significativamente tras admitir su autoría en aquella tortura.

—Realmente los felicito, nunca nadie ha llegado hasta aquí anteriormente. Se los garantizo.

—Bueno, pues, los envidio —agregué una vez más, usando como siempre aquel sentido del humor que ya lograba causar tristeza. El hombre comenzó a reír. No descontroladamente, claro; tal como si algún detalle en particular le resultara divertido.

—¡Jaja! Me extraña que digas eso, Danser. No pareces estar tan mal acompañado después de todo. Tú mejor que nadie sabes que lo que has encontrado aquí es más importante que aquella salida que están buscando. Y por cierto, disculpen mi falta de respeto: Soy Hermes y es realmente un placer conocerlos finalmente. Debo admitirlo, nunca pensé que lograrían cruzar los santuarios.

Leslie me observaba con cierto orgullo. Ambos sabíamos que estábamos allí gracias a mi valentía, a mis persistentes ganas de continuar y a aquella imaginación que, sometida a lógicas e incógnitas, nos permitía sobrepasar cada uno de nuestros obstáculos. Algo nos envolvía en una gran calma que empujaba notablemente hacia la fe. Allí terminaba nuestra aventura, nuestro camino hacia aquella meta cuya existencia desconocíamos con gran naturalidad. Sin embargo, todo era una gran confusión to-

davía; un gran signo de pregunta rogando por ser resuelto de una vez por todas.

—Vayamos al grano, Hermes, y disculpe que lo tutee, pero estamos cansados y respirando con vida por pura suerte y casualidad. ¿Podría al menos darnos una última palabra de aliento, y responderme una sola pregunta? —indagué, esperando a que su respuesta fuera meramente idónea. Me observó con gran seriedad esta vez. Creí estar equivocado, pero no fue así. Su rostro reflejaba ahora una gran desilusión que, disfrazada por una extraña y pequeña mueca, expresaba duda e inseguridad de su parte.

—Pues, eso dependerá de ti Danser. La puerta que está aquí detrás de mi pedestal es la salida que han estado buscando desde el principio —respondía Hermes con gran naturalidad. Lo que habíamos estado buscando por tantos días, meses quizá, se encontraba justo allí frente a nuestras narices. La observé a Leslie tal como si aquello fuera el tesoro más importante de su vida, su libertad. Pude entender su emoción, su alegría, su corazón latiendo a dos mil kilómetros por hora sin siquiera notar mi presencia o la de Hermes obstruyendo su libertad. Ya sólo nos quedaba cruzar aquellos bordes.

—¿Cómo es que depende de mí? Sólo depende de ti, querido amigo. Nomás déjanos subir allí arriba y cruzar esa puerta, eso es todo.

—¿Eso es todo, Danser? ¿Qué crees que encontrarás allí afuera? La magia que ven aquí no abandonará estos rincones, Danser. Nada de lo que encuentras aquí podrá cruzarla, sólo el viajero que alcanza a vencer los retos de mi laberinto —agregó Hermes, más que grato de permitirnos subir hasta allí y abandonar su santuario.

—Entonces déjanos ir, escapar de este laberinto. Leslie y yo ya estamos juntos, no nos queda más nada por hacer aquí. Déjanos cruzar esa puerta de una vez, sólo eso te pido —le rogué a gritos, mientras ella me tomaba firmemente de la mano, demostrándole la importancia de nuestra unión. Hermes dejó caer su lanza y se cruzó lentamente de brazos. Comenzó a sacudir su

cabeza de lado a lado como tratándose de un gesto de negación, rehusándose a acceder a mi tan inocente petición.

—Veo que no has entendido lo último que dije, Danser. Y eso me obliga a someterte a una última prueba, una última oportunidad para dejarte salir de aquí. Necesitas entenderlo. Cruzar estos muros requiere más que una simple necesidad de libertad, de destino. Necesitas comprender las cosas, observarlo todo con atención —me explicaba Hermes con cierta filosofía.

—¿Observar? ¿Qué es lo que necesito observar?

—Esta es mi última prueba, Danser, y sé que la pasarás. Siempre lo haces.

La observaba a Leslie atónita frente a mí, mientras Hermes alzaba nuevamente su lanza y la apuntaba hacia mi rostro. Una poderosa luz roja se dirigía a mis ojos a gran velocidad mientras yo, inmóvil frente a su ataque, me dejaba caer lentamente sobre aquella energía que me envolvía por completo. El santuario acababa de desaparecer, sin embargo, a pesar de ese gran destello que me impedía observar a Leslie y a Hermes, sentía como si ahora el escenario fuera otro:

La muchacha salió por detrás del telón y tomó una pequeña cajita repleta de pequeños animales; de aquellos que sólo encontramos en los zoológicos. Yo la observaba desde un lejano rincón del auditorio mientras ella citaba sus líneas teatrales. Allí pude ver un hermoso halcón blanco cruzando el salón sobre las testas del público y aventándose bruscamente hacia mi cuerpo.

—¡Hey, déjame en paz! —le grité al pajarraco, librándome finalmente de él. Mi escenario comenzaba a transformarse una vez más. El ruido de los parlantes se deslizaba por los muros de aquella discoteca en la que ahora me encontraba. Allí estaba Leslie bailando junto a sus amigas mientras yo me observaba a mí mismo contemplándola desde un costado de la pista. Un rostro claramente enamorado, bañado en esperanzas y melancolía. Me acerqué lentamente a mí mismo para observarme con más atención: Me veía más joven, de unos dieciséis años quizá. La pista se transformaba ahora en un cómodo ordenador informático en el que mi propia persona parecía gastar sus tramos. Me notaba sumamente feliz; conversando con Leslie en el Chat tal como si

aquello fuera el más insólito de los paraísos. Me dejé llevar por esa imagen hasta encontrarme a mí mismo en otro extraño escenario. Mi cuarto se transformaba ahora en un pequeño parque de juegos para niños, donde tres muchachos de rostros ciertamente familiares retozaban por aquellos toboganes que los deslizaban hacia nuevos mundos; nuevos paraísos donde pudieran estirar sus sonrisas y parte de la niñez. Allí pude verla a un costado, recostada sobre mis piernas en las coderas de un viejo banco de madera, mientras yo acariciaba la piel de su rostro con el borde de mis manos. El resplandor de sus cuerpos brillaba sobre el plumaje de ese halcón que cruzaba las cuevas del cielo una vez más. Dejé que el batir de sus alas convirtiera ese universo en una interminable playa en la que un farol me permitía ver lo que ocurría. Allí, recostados sobre la arena, Leslie y yo observábamos el cielo mientras mi guitarra yacía a unos pocos metros de mis pies. Me observaba a mí mismo dichoso, ciertamente completo. Mis brazos la envolvían sobre mi cuerpo mientras yo le acariciaba su hombro con una de mis manos. Nos observaba allí tendidos sobre la funda de mi guitarra, en esa calma aparente, mientras el mar se dejaba aturdir por el sonido de sus olas. Me acerqué para vernos con más atención e intentar revivir nuevamente aquel momento. Su pierna sobre las mías se esparcía libremente hasta tocar la arena que descansaba debajo de nuestros cuerpos. Comencé a notar detalles que no había notado años atrás, cuando todo aquello era tan real como imposible. La luz del farol comenzó a apagarse lentamente mientras ellos continuaban allí tendidos, abrazados, conversando sobre cosas que quizá no tendrían importancia alguna. Pero allí continuaban, mientras yo desaparecía como un simple fantasma junto a ese halcón blanco que me perseguía en cada uno de mis recuerdos.

La luz roja comenzó a apagarse frente a mis ojos mientras Hermes alzaba nuevamente su bastón para sostenerse en su pedestal. Noté que la puerta ya se encontraba abierta y el supuesto autor de aquel laberinto acababa de hacerse a un lado. A mi izquierda, una pequeña escalera de hojas secas me invitaba a recorrer sus peldaños para enfrentar mi destino, sin embargo, Leslie ya no estaba allí. Subí hasta aquel pedestal y, acercándome len-

tamente hacia la puerta, noté que se trataba de un pequeño túnel vertical, en cuyo interior, una significativa corriente de aire me empujaría rápidamente hacia la superficie. Me volteé hacia mi izquierda y observé a Hermes con atención. Entonces pude sentir su compañerismo y su tan desinteresada comprensión.

—Veo que has entendido de que va todo esto, ¿no es así Dan-ser? —me preguntó, apagando lentamente su voz. Yo asentí con la cabeza.

—Leslie es parte de tu laberinto, ella no puede abandonar este lugar. Nada de lo que encuentres aquí podrá irse contigo de la mano. Sin embargo, puedes llevarlos en tu memoria, en tu imaginación. Las maravillas que aquí te esperan serán siempre innumerables.

Le sonreí al observar el santuario que allí dejaba a mis espaldas. Me sentía satisfecho, lleno de fantasías y sueños por concretar.

—¿Cómo sabré entonces lo que es real, si ni siquiera puedo distinguir entre mis sueños y mi realidad? —le pregunté a Hermes, esperando a que él tuviera una respuesta.

—¿Qué importancia hay en distinguirlos? Se trata de tus sentimientos, de tus deseos. Vivir no consiste en sufrir las realidades sino en disfrutar de numerosas irrealidades, allí está la magia que jamás vemos; es el don que tienes, el poder que has descubierto. Allí afuera no encontrarás nunca lo que logras encontrar aquí. Es este poder con el que alcanzas tus metas, tus objetivos. Con él superas cada uno de tus obstáculos y miedos, sólo necesitas creer en el poder de la imaginación. Podrás crear mil universos más como este, cientos de historias y aventuras junto a los personajes que tú quieras. Podrás enfrentar peligrosos y temibles enemigos y salvar a tu doncella de incalculables trampas mortales.

Regresé mi sonrisa hacia Hermes y, respondiéndole con una indiferencia claramente inesperada, crucé esa inmensa puerta que yacía frente a mis narices. Me dejé llevar por esa espesa corriente de aire que soplabla hacia arriba. Cerré mis ojos, sintiendo como un gran destello de luz roja me esperaba en la superficie para invitarme a abrirlos nuevamente. La corriente soplabla cada vez con menos fuerza y mi cuerpo se estabilizaba cada vez más. Pu-

de entonces sentir como el laberinto desaparecía en los confines de aquel túnel que lograba deshacerse de mí de una vez por todas.

Allí estábamos por cruzarnos los dos sobre esa angosta vereda. Nos aproximábamos cada vez más, concientes de aquel encuentro aunque indiferentes a cualquier sensación de atracción o rechazo. Nos observamos mutuamente mientras esa cercanía se convertía en un nuevo adiós para alejarnos una vez más.

Y allí se iba Leslie a mis espaldas mientras yo me alejaba de las suyas. Imaginé una vez más aquella columna de luz roja desplomándose sobre el cruce de calles, absorbiéndonos a un mundo de magia intensa, un mundo de emociones. Y continuamos cada uno en su rumbo hacia alguna parte, envueltos en esa indiferencia que el tiempo parecía no borrar jamás. La simplicidad de la vida crearía otros tantos encuentros sin sentido que no significarían absolutamente nada; que se perderían en algún libro como vanas historias de amor en las que una chispa de fantasía crearía siempre la luz en esa oscuridad que ya lograba pasar desapercibida. Y así continuábamos cada uno con su rumbo:

Tal como antes.



Este libro terminó de imprimirse en Noviembre de
2009 en Editorial Salamandra, S.A. de C.V., Almagòvers
núm. 56, C.P.8018, España, Barcelona